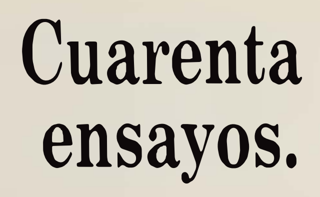


Cuarenta ensayos.

Arturo Uslar Pietri



MONTE AVILA EDITORES

ESTUDIOS

CUARENTA ENSAYOS

Arturo Uslar Pietri

CUARENTA ENSAYOS

Compilación, prólogo,
cronografía y bibliografía
EFRAÍN SUBERO

Monte Avila Editores

1ª. edición en M.A., 1990

Apartado Postal 70712, Zona 1070, Caracas, Venezuela
ISBN 980-01-0302-3
Diseño de colección y portada: Claudia Leal
Fotocomposición y paginación: La Galera de Artes Gráficas
Impreso en Venezuela
Printed in Venezuela

CRITERIO DE ESTA EDICIÓN

NO ES tarea fácil seleccionar sólo cuarenta ensayos en una muestra representativa de la oceánica obra ensayística de Arturo Uslar Pietri: cincuenta títulos sin incluir la obra dispersa.

En este caso no se trata de una compilación crítica ni monográfica. Por ello se aplicó el criterio de conjuntar una temática diversa pero representativa del ideario del autor. A pesar de ello enfatiza en asuntos venezolanos e hispanoamericanos porque reflexionando sobre ellos y nuestra identidad, ha invertido Uslar Pietri muchos años, al extremo que constituyen la médula de su pensamiento.

La integración de este libro se consultó con el autor; y de acuerdo con él se adoptó la estructura y hasta el sencillo título: *40 ensayos*, que siguen una enumeración correlativa aunque obedecen a una doble ordenación interna, cronológica y material.

Para suministrar referencias útiles tanto al estudioso como al simple lector adicionamos una Cronología vital, una Bibliografía ensayística que incluye Bibliografía de Bibliografías, Bibliografía directa, Bibliografía indirecta y las Fuentes bibliográficas de los textos seleccionados.

E.S.

APROXIMACIÓN A LA ENSAYÍSTICA DE ARTURO USLAR PIETRI

INTRODUCCION ESTRICTA

La obra de Arturo Uslar Pietri es diversificada y oceánica. Abarca todos los géneros literarios tradicionales. Comienza, como es natural en todo escritor de su tipo, con las primeras instancias escolásticas, pero pronto se afirma hasta convertirse en una de las más vastas y representativas de las letras hispánicas.

Uslar se inicia en 1924, precisamente como ensayista, con *Todo es subjetividad*, que constituye la tesis con la cual opta al título de Bachiller en Filosofía y Letras. Tenía 18 años.

Su evolución es rápida. En 1928 publica su primer libro de cuentos, que incluye por lo menos tres títulos que van a ser definitivos en relación a su obra posterior: *Barrabás*, que le da título al volumen, *La voz* y *La tarde en el campo*.

Un año después —1929— vuelve al ensayo. Esta vez: *El principio de la no imposición de la nacionalidad y la nacionalidad de origen*, tesis de grado como Doctor en Ciencias Políticas. Tenía 23 años.

Apenas dos años después —1931— con *Las lanzas coloradas*, su primera novela, ocupa un lugar permanente en la historia de la lite-

ratura latinoamericana. De manera que si no hubiera publicado sino ese título, le hubiera bastado para alcanzar la gloria literaria. En ese caso su nombre se juntaría a los grandes escritores de un solo libro famoso. En los del lado de acá: Jorge Isaacs, José Hernández, Ricardo Güiraldes, Jorge Icaza, su gran amigo Miguel Angel Asturias, entre muchos otros.

I. LA FORMACION. LAS LECTURAS

Entre las innumerables entrevistas concedidas por Arturo Uslar Pietri, en la que habla con mayor amplitud sobre su formación y sus lecturas, es la realizada por Margarita Eskenazi para el libro *Uslar Pietri. Muchos hombres en un solo nombre.* La citamos in extenso por tratarse de un testimonio de la mayor importancia:

> Arturo, en 1923, era un joven de 17 años con escasos recursos económicos.
> En el país no eran óptimas las perspectivas para el desarrollo de un joven con inquietudes de progreso.
> Los buenos estudiantes debían recurrir a lecturas adicionales y aun así, aquellos que obtenían un título se convertían en autodidactas.
> Fue en 1924 cuando viaja a Caracas para ingresar a la Universidad Central. Era una casa de estudios poco estimulante desde el punto de vista intelectual. Los que tenían inquietudes crearon su lugar, y así comenzó a germinar una tertulia en una cervecería frente a la Plaza Bolívar (Cervecería Donzella). En ella participaban Alfredo Arvelo-Larriva, Jacinto Fombona Pachano, Andrés Eloy Blanco, José Antonio Ramos Sucre, etc., y junto a ellos los más jóvenes acudían con mucho entusiasmo. Allí oían referencias de nuevos títulos y nuevos autores que ávidamente solicitaban en las pocas librerías existentes.
> Es la época en que Uslar Pietri comienza a descubrir a los modernistas, Rubén Darío, Rodó... Le atraen todos los temas literarios: ensayos, estudios técnicos, sociológicos, históricos, económicos. *La información literaria de esa época era escasa e inconexa. Podíamos leer libros conocidos por azar de algunos simbolistas como Gourmont, Eugenio de Castro y D'Annunzio. Un libro que tuvo mucha influencia entre aquellos jóvenes venezolanos fue Sacha Yegulev de Leonidas Andreiev; sus cuentos produjeron literalmente un deslumbramiento. Entre otros autores recuerdo a Oscar Wilde, Tolstoi, Korolenko. Y entre los españoles recuerdo a Gabriel Miró, Azorín, Machado. Fue una época en que con Carlos Eduardo Frías leíamos y escribíamos en perpetuo trance de*

revelación y creación. La fascinación de las palabras se había apoderado de nosotros. Escribíamos nuestros primeros cuentos...

. . . .

Especial transcendencia tuvo entre los jóvenes intelectuales de la época, la llegada a Venezuela de la *Revista de Occidente*, de Ortega y Gasset, por medio de la cual tuvieron acceso a conceptos del pensamiento contemporáneo. Basta recordar que, además de ensayos y noticias, en su biblioteca se publicaron la *Filosofía de la Historia* de Hegel y *La decadencia de Occidente* de Spengler.

Así mismo, los jóvenes venezolanos recibieron con beneplácito el torrente cultural que significó la revolución vanguardista, y la cual trajo consigo el dadaísmo, el ultraísmo, el surrealismo, etc.

. . . .

Se puede resumir que hasta su egreso de la Universidad, Uslar tuvo una formación cultural fragmentaria e inconexa; es por ello que en 1929 se produce un hecho que será de gran significación en su vida: su viaje a París como Agregado Civil de la Legación de Venezuela en Francia y Secretario de la Delegación de Venezuela a la Sociedad de las Naciones con sede en Ginebra (1929-1934).

. . . .

Después que me gradué, mi experiencia en Francia se convirtió en una de las más importantes de mi vida: era la primera vez que salía al extranjero. Me fui de un país atrasado, marginal y pueblerino, donde no había ni una editorial, ni una orquesta sinfónica, tampoco vida intelectual. Tuve el privilegio de llegar a una ciudad donde había todas las posibilidades literarias: era el París del Surrealismo. Mi vida cambió en ciento ochenta grados. Me conecté con mucha gente valiosa, entre ellos dos latinoamericanos que fueron amigos fraternales de toda mi vida. Me refiero a Miguel Angel Asturias y Alejo Carpentier. Recuerdo que nos reuníamos todos los días. Nos presentábamos los personajes interesantes que íbamos conociendo. Era la época del tango en París, del jazz y comenzaba a entrar la música cubana. ¡Fueron tantas las cosas importantes que me pasaron!... A los veintitrés años descubrí un mundo universal en todos sus aspectos.

. . . .

En París tuvo la oportunidad de conocer famosos poetas, escritores, pintores.

Entre ellos podemos mencionar a Paul Valéry, Breton, Desnos, Da-

lí, Luis Buñuel, Rafael Alberti, Robert Desmons, Max Dalraux, Jean Cassou, George Pillement, Curzio Malaparte, Máximo Bontempelli... También asistió a la tertulia de Ramón Gómez de la Serna que se realizaba en un cafetín de Montparnasse. ... *A veces, cuando la bruma del atardecer convertía el boulevard en una asordinada feria pueblerina, íbamos Miguel Angel Asturias, Alejo Carpentier y yo a la terraza de La Coupole. Venía gente pintoresca de lo más variada de América. La noches se poblaban de súbitas e incongruentes evocaciones. Una palabra nos llevaba a otra. Había pasado por sobre nosotros el cometa perturbador de James Joyce. Era posible ir por los lados del Odeón y toparse con la librería de Silvia Beach, que había hecho la primera edición de Ulises.*
Entre las obras que más le impactaron recordó los ensayos de Paul Valéry, especialmente (...) *La crisis del espíritu* que tuvo mucha resonancia en su tiempo. (...) Leía cosas de Bernanos, hombre muy reaccionario; los libros de Kubernov y Calergui, y también le interesó un escritor que prometía pero que no llegó a ser: (..) Emanuel Berl (quien) había publicado una serie de ensayos sobre la burguesía desde un punto de vista muy crítico. También se asomó a la economía, de la cual no tenía la menor idea cuando llegó a París (pp. 29 y sig., 31, 33-35).

2. LOS PRIMEROS LIBROS DE ENSAYOS

Una simple ojeada a los primeros libros de ensayos (*Las visiones del camino*, 1945; *Letras y hombres de Venezuela*, 1948; *De una a otra Venezuela*, 1949; *Las nubes*, 1951; *Apuntes para retratos*, 1952; *Tierra venezolana*, 1953) evidencia no sólo su diversidad sino la consolidación de su estilo. Junto con ello las características que lo distinguirán en una extensa trayectoria de más de medio siglo: corrección, coherencia, elegancia, economía de elementos, claridad.

El primero de ellos, *Las visiones del camino*, aunque publicado en 1945 incluye páginas hasta de 1931. Se trata de un libro vivencial. Son páginas escritas en el momento mismo de experimentar la emoción del viajero por extraños o entrañables países. Pues Uslar en contacto con los paisajes de aquí o de más allá, observa, siente, se estremece. Primero se comunica con la Naturaleza, la transmuta, y después se comunica con el lector.

La pasión de los viajes extrovertida luego en hermosos libros de viajes, lo acompañará siempre. Octogenario, quiere volver a Europa

y Sudamérica. Para Uslar viajar es disfrutar, pero más que todo comprender y aprender. Y su sensibilidad, esponja viva, se impregna igual frente a un paisaje del Mediterráneo que frente a un paisaje venezolano; aunque en los nuestros, como es natural, palpite un reprimido sentimiento patriótico.

Vean cómo nos despliega su capa de viajero en *Tierra venezolana* (1953):

> Viene uno de la ciudad, cada día más distinta y más de piedra, y al tomar el camino siente que ha entrado como a enfrentarse con la esfinge del destino o con las oscuras madres que nos han deparado los dones y los deberes de la vida. Se sienta uno en la silla que tan generosamente le brindan, sin que le pregunten por qué ha tardado tanto o por qué va tan de prisa. Somos como los hermanos olvidadizos que nos marchamos en busca de más fácil disfrutar, que no estuvimos presentes para la faena ni para el dolor y que venimos sólo para la fiesta pasajera.
>
> Y lo que tienen que decirnos, tan sin reproches, no nos lo dicen con exigentes palabras, sino con abrirnos su vivir, con darnos en exceso de sus cosas, con presentarnos su música, sus canciones, sus bailes, y la mesa servida con los frutos de la tierra propia. Pero allí está dicho con inmensa elocuencia todo lo que las palabras no alcanzarían a expresar. Todo el reclamo generoso de entregarnos al destino de la ancha tierra y de poner la mano en la tarea que es de todos y que ellos cumplen en tanta soledad.

Esta sana costumbre de abrir personalmente la puerta de sus libros la va a mantener como una constante en el después.

Veamos cómo lo hace en éste ahora.

> *Letras y hombres de Venezuela* (1948):
>
> Este pequeño libro no pretende sino allegar algunos materiales venezolanos para la empresa de esa concepción de lo hispanoamericano (una concepción integral). Apenas se asoma tan honda perspectiva, pero al menos presenta algunos de los rasgos de lo que podríamos llamar el tono venezolano dentro de lo general hispanoamericano. Cómo Venezuela se ha expresado en sus letras, que es, después de todo, como la han revelado sus espíritus mayores. Los caracteres que hacen de ella una nación se han ido afirmando en expresiones literarias y humanas que reflejan poderosamente un carácter propio.
>
> Basta apenas considerar su rica producción de novelas y cuentos de los últimos años para sentir que al través de ella hay ya, no sólo un tono común sino un sentido de la individualidad colectiva.
>
> La novela y el cuento venezolanos, más allá de lo que individualmente valga cada autor, son el reflejo y la confesión de una mane-

ra de ser, de obrar, de entender la vida y de realizar el destino, que es el manadero de la existencia histórica de un pueblo.
Esa literatura narrativa no es sino la expresión más reciente y resonante en que se refleja, incompletamente como en todo espejo, la fisonomía de esa personalidad colectiva.
Los rasgos de esa fisonomía no han brotado de pronto, sino que han venido revelándose en hechos y en palabras, en el arduo y atormentado proceso de la historia nacional.

De una a otra Venezuela (1949):

Estos son algunos de los artículos que, en los años de 1947 y 1948, y ante los acontecimientos dramáticos de la vida venezolana, me sentí obligado a publicar en la prensa, movido por un sincero sentimiento de angustia.
No pasan de ser, por su misma naturaleza y por las circunstancias en que fueron escritos, exposiciones fragmentarias, rápidas y simples de las más graves cuestiones que determinan el destino de Venezuela. Las circunstancias vivas y las raíces del hecho venezolano. Tal vez hubieran podido ganar en claridad y en comprensión de haber sido reelaborados en una forma más sistemática y analítica. Pero sin duda hubieran perdido en expresión directa, en calor humano y en emoción comunicativa. La misma repetición en que incurren hace de martillo sobre la conciencia.
Se miran en ellos varias faces de la compleja situación venezolana (petróleo, población, educación, política), y se repiten, con ánimo de grabarlos en la conciencia colectiva, los rasgos de la crisis nacional. Ese tema y el sincero tono de angustia con que está considerado le dan su unidad y su valor a estas glosas.

3. LOS GRANDES NUCLEOS TEMATICOS

Sólo un comprensible afán didáctico nos lleva a intentar una sistematización de la vasta temática que aborda Uslar en sus numerosos ensayos.

Mas bien proponemos grandes temas de meditación y estudio. La cultura pendular del autor no se queda mucho tiempo en un asunto determinado. Va con el tiempo y simultáneamente escapa a él y adquiere un valor de permanencia. Impresiona que en una obra ensayística tan vasta y prolongada no haya concesión visible ni a lo periodístico ni a lo circunstancial.

Digamos que Uslar toma la esencia de la circunstancia, como motivación. Luego la desarrolla y la hace intemporal.

Si el estudioso se ocupa de cotejar las versiones iniciales de sus trabajos, publicados en revistas y periódicos, advertirá que cuando más el escritor les modifica el título; pero el contenido se mantiene idéntico. De manera que fueron concebidos de una vez pensando en el universo cerrado del libro.

Así sucedió con *De una a otra Venezuela,* volumen éste de particular éxito. Así sucedió igualmente con *Pizarrón* (1955), sin duda alguna uno de los títulos en los que fluye con mayor dramatismo su angustia venezolana.

En este aparte, aun sin la menor intención de ser exhaustivos, enumeramos las individualidades a las que Uslar ha dedicado ensayos específicos. Obviando sugestivos análisis, la simple enumeración indica la riqueza de sus conocimientos y la amplia gama de su cultura. De ellas, por razones editoriales, este volumen sólo incluye la figura del Libertador que ha estudiado reiteradamente. Piénsese sólo en las grandes piezas oratorias en ocasiones conmemorativas, recogidas algunas de ellas en el libro *Oraciones para despertar*, otras están incluidas en *Bolivariana.*

De los tantos ensayos referentes a individualidades sólo algunos están recogidos en la serie *Valores humanos* (t. I, 1955; t. II, 1956) de manera que constituyen fascinante venero para el futuro compilador de sus *Obras completas.*

Insistimos en que a pesar de lo extenso que pueda parecer la muestra, es, no obstante, incompleta.

Bueno es decir también que desechamos los nombres mencionados en forma incidental aunque, como acostumbra con frecuencia, no se queda en la simple mención, la complemente con apreciaciones críticas.

Ejemplo al paso. En *Medio milenio de Venezuela* (1986), volumen que al igual que éste tuvimos la fortuna de compilar, léase el siguiente párrafo en el que se refiere tangencialmente a Juan Vicente González y José Rafael Pocaterra:

«Desde Juan Vicente González, que creía haber visto enterrar al último venezolano, hasta José Rafael Pocaterra, que medía con dolor e indignación aquella centuria que le parecía de barbarie y decadencia, se repite como un redoble de funeral el eco del contraste del presente mezquino y el pasado esplendoroso.»

Un segundo ejemplo:

«Los costumbristas se esforzaron en su tiempo por construir, frag-

mentariamente, una imagen veraz del pueblo venezolano. Los personajes que desfilan por los cuadros de Bolet Peraza, de Sales Pérez, de Jabino, son funcional e irremediablemente criollos, está grabada en ellos una manera de comportarse, un estar, que son reflejo de la época y del medio, y que iluminan con repentina claridad mucho oscuro vericueto de nuestra historia y de nuestra psicología.»

Para ofrecer una información concreta y si se quiere, estadigráfica, del *back-ground* de Uslar Pietri digamos que en este mismo volumen maneja 834 nombres de personajes históricos, mitológicos y novelescos; 402 nombres de lugares, ciudades y países; 172 títulos; y toca 1.634 temas, lo que totaliza un corpus informativo de 3.042 entradas.

Pasemos de seguidas a la escueta enumeración de las personalidades que han merecido la atención de su escritura.

A - Individualidades venezolanas

1. Cecilio Acosta, 2. Alberto Adriani, 3. Antonio Arráiz, 4. Baralt, 5. Bello, 6. José Francisco Bermúdez, 7. Bolívar, 8. Alfredo Boulton, 9. Boves, 10. Teresa Carreño, 11. Codazzi, 12. Carlos Eduardo Frías, 13. Juan Vicente González, 14. Pedro Grases, 15. Guaicaipuro, 17. Eleazar López Contreras, 18. Madariaga, 19. Isaías Medina Angarita, 20. Eugenio Mendoza, 21. Guillermo Meneses, 22. Francisco Narváez, 23. El Negro Miguel, 24. Miranda, 25. Páez, 26. Manuel Palacios Fajardo, 27. Pérez Bonalde, 28. Picón Salas, 29. Juan Pietri, 30. Henri Pittier, 31. Reverón, 32. José Félix Ribas, 33. Simón Rodríguez, 34. Arístides Rojas, 35. Rodolfo Rojas, 36. Soto, 37. Sucre, Teresa de La Parra, 39. Arturo Uslar Santamaría, 40. José María Vargas, 41. César Zumeta.

B - Individualidades de otras latitudes

1. Abraham, 2. Alejandro El Grande, 3. Alfonso El Sabio, 4. Apollinaire, 5. Raymond Aron, 6. Miguel Angel Asturias, 7. Marcel Bataillon, 8. Borges, 9. Roger Caillois, 10. Braque, 11. Jean Cassou, 12. Carlos V, 13. Carlos III, 14. Louis Ferdinand Celine, 15. El Cid Campeador, 16. Copérnico, 17. María Curie, 18. Chateaubriand, 19. Churchill, 20. Colón, 21. Dante, 22. Diaghilev, 23. Don Quijote, 24. Donoso cortés, 25. T. S. Eliot, 26. Erasmo, 27. Faulkner, 28. Benjamín

FRANKLIN, 29. FREUD, 30. GHANDHI, 31. GARCÍA LORCA, 32. GARCILASO INCA DE LA VEGA, 33. GAUGUIN, 34. GIDE, 35. GOYA, 36. GUILLERMO EL CONQUISTADOR, 37. GUTENBERG, 38. HITLER, 39. HOMERO, 40. HUMBOLDT, 41. ISABEL LA CATÓLICA, 42. JESUCRISTO, 43. JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, 44. JAMES JOYCE, 45. JUANA DE ARCO, 46. JULIO CÉSAR, 47. KIPLING, 48. LAUTREAMONT, 49. LE PARC, 50. LENIN, 51. LEONARDO, 52. LINCOLN, 53. LOPE DE AGUIRRE, 54. MAO TSE-TUNG, 55. LUTERO, 56. MAGALLANES, 57. ANDRÉ MALROUX, 58. MALTHUS, 59. THOMAS MANN, 60. MARCUSE, 61. MARX, 62. MASACCIO, 63. MATISSE, 64. MIGUEL ANGEL, 65. MIRABEAU, 66. JOAN MIRÓ, 67. MONTAIGNE, 68. MOZART, 69. NEHRU, 70. NIJINSKI, 71. NOSTRADAMUS, 72. O'LEARY, 73. FEDERICO DE ONÍS, 74. ORELLANA, 75. «PAPILLON», 76. PERICLES, 77. PICASSO, 78. GEORGES PILLEMENT, 79. PIRANDELLO, 80. CAMILO PISSARRO, 81. FRANCISCO PIZARRO, 82. SIR ROBERT KERR PORTER, 83. PROUST, 84. QUEVEDO, 85. SIR WALTER RALEIGH, 86. RICHELIEU, 87. RIMBAUD, 88. FRANKLIN DELANO ROOSEVELT, 89. RUBÉN DARÍO, 90. RUBENS, 91. MANUELITA SÁENZ, 92. SALOMÓN, 93. SAN FRANCISCO DE ASÍS, 94. SANTA TERESA, 95. SAVONAROLA, 96. SARTRE, 97. SCHLIEMANN, 98. ALBERT SCHWEITZER, 99. SHAKESPEARE, 100. BERNARD SHAW, 101. SOLIMÁN EL MAGNÍFICO, 102. TOCQUEVILLE, 103. TOLSTOI, 104. TOULOUSSE LAUTREC, 105. VASCO DE QUIROGA, 106. AMÉRICO VESPUCIO, 107. WALT DISNEY, 108. STEFAN ZWEIG.

Junto a la enumeración de las grandes figuras que de una u otra forma han inferido la vida del mundo, la enumeración de lugares, ciudades y países de mucho más allá del campanario, que Uslar describe y analiza con plástica expresión en sus libros de viaje y que demuestra su nacionalismo y su universalismo, ya no libresco sino vivencial:

1. *Las visiones del camino* (1945)

1. Alejandría, 2. Egipto, 3. El Cairo, 4. El Gólgota, 5. Getsemaní, 6. Grecia, 7. Jericó, 8. Josafat, 9. La Tebaida, 10. Palestina, 11. Toledo.

2. *La ciudad de nadie* (1950)

1. Nueva York

3. *El otoño en Europa* (1952)

1. Asís, 2. Castilla, 3. El Guadalquivir, 4. Florencia, 5. Granada, 6. Italia, 7. Madrid, 8. París, 9. Roma, 10. Siena.

4. *Tierra Venezolana* (1953)

1. Barlovento, 2. Caracas, 3. Coro, 4. El Llano, 5. El Orinoco, 6. Los Andes, 7. Lara, 8. Maracaibo, 9. Margarita, 10. Valles de Aragua.

5. *Un turista en el Cercano Oriente* (1955)
1. El Cairo, 2. Francia, 3. Grecia, 4. Italia, 5. Lisboa, 6. Tebas.
6. *La vuelta al mundo en diez trancos* (1971)
1. Atenas, 2. Bangkok, 3. Caracas, 4. Estambul, 5. Hawai, 6. Hong Kong, 7. Israel, 8. Nueva Delhi, 9. París, 10. San Francisco, 11. Tokio.
7. *El globo de colores* (1975)
1. El Volga, 2. Moscú, 3. Sicilia, 4. Suiza, 5. Tanger, 6. Venecia, 7. Volvogrado.

Y junto con los viajes los temas colectivos que en Uslar Pietri se hacen reiterativos. Esta línea reafirma que sólo un didáctico afán de ordenación puede esquematizar una obra ensayística caracterizada más bien por la unidad en la diversidad.

Estos temas no forman estancos. Constituyen reflexiones necesariamente inter-relacionadas como lo es nuestro acontecer. Y aun determinado tema que pudiera parecer monográfico —digamos, Venezuela— en rigor no lo es por cuanto la nación es producto de un complejo proceso social hasta ahora interminable.

Uslar lo advierte y parte del origen remoto —digamos, Los nombres de Venezuela—, describe, narra, informa, analiza la Conquista; se detiene en los rasgos coloniales, los hechos de la Independencia y sus derivaciones, hasta llegar a la época que atestiguamos en la que no atendieron su llamado: SEMBRAR EL PETROLEO, proclamado tan oportunamente el martes 14 de julio de 1936 en un editorial del diario caraqueño *Ahora*.

Por supuesto que el ideario de Uslar al ser diversificado (más aún si se advierte qué diversificado es también en la literatura de creación dados los diversos géneros que cultiva) no ha sido sistemático. En el mismo año cuando escribe un poema, escribe un cuento, mantiene la regularidad cronológica de sus ensayos que alguien podría considerar *artículos* (la teoría del ensayo tendría en Uslar fecunda área de estudio), pronuncia un discurso o publica una novela.

Y esto mismo viene a justificar el intento clasificatorio del compilador. Porque en verdad la única manera de estudiar a un escritor tan importante y tan prolífico es detenerse con modestia en una pequeña parcela de saberes.

Es curioso advertir que salvo el crítico Domingo Miliani que lo hizo con el cuento (*Arturo Uslar Pietri renovador del cuento venezolano* , Caracas, 1969), la crítica venezolana no se ha detenido a estudiar seriamente la obra de uno de sus eximios representantes.

Salvo el libro de Miliani no hay ningún otro sobre su cuentística. Pero tampoco lo hay sobre su novelística ni sobre su ensayística. La tesis inédita ¡de una norteamericana!, Ruth Mary Rogers Daugher Daughersty: *Los ensayos de Arturo Uslar Pietri* (1971) sigue siendo lo único orgánico que existe.

A pesar de todo tal vez esto mismo pueda constituir una motivación para el estudioso. De un total de 470 trabajos que le habían dedicado hasta 1971 —año cuando finalicé la investigación (v. *Bibliografía)* , salvo uno, todas las demás referencias constituían ensayos y artículos dispersos.

Descendamos de los cerros de Ubeda. La pasión venezolana de Uslar patente en libros de diversos géneros (menciono *Barrabás,* en cuanto a los cuentos, *Las lanzas coloradas,* en cuanto a las novelas y en los libros de ensayos reseñados en la *Bibliografía* que complemente estos decires) no lo hace encerrarse en el ámbito nacional.

Desde temprano comprendió que Venezuela integra una plataforma continental de cultura que era preciso estudiar y defender. Uno de los temas más transcendentes de su ensayística es, precisamente, el de las reflexiones en las que dilucida lo hispanoamericano. Varios libros recogen esta preocupación: *La otra América, Fantasmas de dos mundos, Fachas, fechas y fichas; Godos, insurgentes y visionarios...* Los títulos de algunos de estos ensayos, prologados y sistematizados por mí en *Medio milenio,* evidencian la orientación de su inquietud.

Y como consecuencia de la peripecia histórica. el singular fenómeno del mestizaje implicado con el no menos problemático del vasallaje cultural.

Uslar considera el mestizaje como un proceso enriquecedor cuyo mejor fruto es nuestra propia nacionalidad. Llega incluso a expresar que «la posibilidad de que la América Latina pueda llegar a ser un Nuevo Mundo reside principalmente en su vocación y en su destino de mestizaje cultural. En lugar de avergonzarse de su mestizaje —dice con vehemencia— la América Latina debe reconocer en esa peculiar condición la más poderosa base para su originalidad y para el gran papel de síntesis que está llamada a realizar en el futuro inmediato».

En cuanto al vasallaje cultural Uslar asume una posición ecléctica, incuestionable:

«Para un escritor o un artista es ciertamente peligroso aislarse del

mundo y de lo que, en escala mundial, ocurre en su tiempo, pero no es menos peligroso querer ser un hombre de todos los meridianos y del último minuto internacional.»

«Esta decisión, que está llena de dificultades para el creador individual en el pequeño e integrado mundo en que vivimos, es aún más compleja y grave cuando se la puede adoptar como orientación de la actividad cultural de un país.»

«Fomentar un nacionalismo cerrado podría condenar al atraso, a la ignorancia y al provincianismo. Y hasta, en casos extremos, a la exaltación de la mediocridad y el fomento de falsos valores.»

«Pero también una excesiva actitud cosmopolita puede llevar a la esterilización y a la negación de lo nacional y a crear, fatalmente, una conciencia vasalla y dependiente y un estado de ánimo colectivo de evidente complejo de inferioridad.»

«Algo de esto último está comenzando a ocurrir en Venezuela en los últimos tiempos. Del desdén y el menosprecio estamos pasando a la crasa ignorancia de lo nacional.»

Y, por supuesto, como lógica consecuencia de su labor intelectual, sus consideraciones lingüísticas, sus afanes por preservar de influencias dañinas la lengua que hablamos (*Iletrados todos, Cuidado con la pureza, Una lengua para el mundo de hoy, La lengua sucia, Comodines y palabrotas, Conversemos, La riqueza de la lengua*) de la mano con los planteamientos específicamente literarios: *Los elementos del cuento, La economía del cuento, Lo criollo en la literatura, La muerte de la crítica...* Sus reflexiones artísticas que merecen un libro específico: *Tres testimonios del arte hispano-americano, Picasso y su tiempo, Los artistas y América, El arte en la calle...* Iguales conceptos pueden suscribirse de su ideario político (*La política como juego, Política para inocentes, La obra muerta del Estado, Política y pensamiento, Cultura y política...*) aunque, por fortuna, no ha sucedido así con sus reflexiones educacionales, alguna parte de ellas incluidas en *Educar para Venezuela* o sus reflexiones económicas parte de las cuales están en *Sumario de economía venezolana* y *Venezuela en el petróleo.*

Pero Uslar es un humanista, para decirlo con palabras de Luis Beltrán Guerrero, un hombre preocupado «por ver, comprender, amar y saberlo todo». De allí sus lucubraciones sociológicas y filosóficas. Es que Uslar se percata de que en esta hora de crisis «lo que está en juego es el alma misma del hombre. Lo que precisamente tenemos

que llamar porque no existe otra palabra, su humanidad (...). Las humanidades no son otra cosa que una inmensa colección de la experiencia humana. El hombre que penetra en ellas se enriquece de toda la mejor experiencia de todos los hombres que lo han precedido en la maravillosa creación colectiva de la civilización.»

. . . .

«No hay otra disciplina donde recibir la experiencia vivida y expresada en vivo del hombre ante el mundo. No hay otra escuela donde afinar, extender y profundizar la sensibilidad. No hay otro gimnasio donde aprender la ciencia y el arte fundamental de ser hombre. Sabiendo lo que el hombre ha hecho es el único modo de aprender a conocer el hombre.»

«Eso que por tradición llamamos humanidades, no es otra cosa que el conocimiento de conjunto de la humanidad. El testimonio en belleza y pensamiento de cómo los hombres se han ido haciendo hombres».

4. CONCLUSIONES

Jorge Luis Borges era enemigo de las conclusiones quizás porque ellas nunca son conclusivas. Pero siguen siendo la manera más recomendable de terminar un prólogo.

Concluyamos, entonces, con los conceptos emitidos por Ramón Díaz Sánchez:

> Dirijamos una mirada, aunque sea someramente, a la múltiple obra de este escritor. Observamos al cuentista, al novelista, al crítico literario, al economista, al sociólogo, al ensayista de las más variadas apetencias y seducciones en los campos del arte: siempre veremos juntos al esteta y al pensador.

. . . .

> Su prosa, cada vez más ceñida, es un alarde de plasticidad y de robustez. Sin sacrificar esa magia profunda de las imágenes que convierten en formas palpables las más sutiles parábolas del pensamiento, el artista se torna más sobrio y preciso; su léxico se enriquece y su poder persuasivo se intensifica por la conjunción de las esencias internas y del brillo del instrumento. Esas mismas cualidades

> las encontramos en sus trabajos de crítica, de economía, de sociología, en sus páginas líricas sobre nuestra naturaleza y en sus hermosas descripciones de paisajes y ciudades visitadas por él en sus viajes.
>
> . . . .
>
> Pero no sólo es artista Arturo Uslar Pietri cuando se sienta a escribir; lo es igualmente en su vida ordinaria de ciudadano y en su actividad de factor del progreso social. Ese sonriente equilibrio que distingue su estructura corpórea no es sino el trasunto de una armonía interior en la que predomina la claridad.

Concluyamos con los conceptos de su compañero de generación Miguel Otero Silva:

> Hace más de veinte años dije yo una frase que ha sido citada en muchas ocasiones sin decir que fue mía: «Arturo Uslar Pietri es la inteligencia mejor organizada de nuestra generación». Si alguien me preguntara ahora si deseaba rectificar ese concepto, respondería que a lo que estoy dispuesto es a ampliarlo de este modo: «Arturo Uslar Pietri es la inteligencia mejor organizada y mejor amueblada de todo el siglo XX venezolano».
>
> Porque ahora es cuando puede verse en entera perspectiva la extensión de su obra múltiple y maciza. Novelista, ensayista, dramaturgo, poeta, estadista, pedagogo, divulgador incansable de cultura a través de la televisión y el periodismo, ninguna actividad intelectual le es ajena. Para no tomar sino una de ellas afirmaré que en el cuento, en el difícil género de la narración breve es uno de los más altos valores latinoamericanos de todos los tiempos.

Concluyamos con los conceptos del riguroso, culto y nada complaciente crítico actual José Napoleón Oropeza:

> Con una prosa desnuda y esencial, despojada de adornos innecesarios y precisa en su expresión y en la creación de mundos, irrumpe Arturo Uslar Pietri (nacido en 1906) en el escenario de la literatura nacional, hace ya más de cincuenta años. Desde sus primeros cuentos hasta *La isla de Robinson,* su novela más reciente, el mundo literario de Uslar Pietri ha estado signado por una búsqueda obsesiva, presente tanto en las narraciones breves como en los ensayos y novelas; la explicación de nuestras raíces históricas, la imaginación de nuestra historia nacional a través de la ficción, como si ésta fuera apenas una excusa para explicar nuestro devenir como pueblo.

Afirmó cierta vez el filósofo peruano Francisco Miró Quesada que ser cristiano y ser humanista es la manera más elevada de ser hombre, frase aplicable a Arturo Uslar Pietri que es, entre los venezolanos, el humanista más importante de este siglo.

Uslar ya ha recibido los más grandes homenajes que pueden tributarle las instituciones del país que no han hecho otra cosa que oficializar el sentimiento colectivo.

Pero todavía falta el homenaje más fructuoso; el que puede tributarle el país atendiendo el diáfano mensaje de sus libros.

Recordemos su desasosiego en el Congreso de la República, agradeciendo el señero reconocimiento con motivo de sus ochenta años:

«Yo no soy ni he sido nunca pesimista, no es con pesimistas ni tampoco con simuladores como se hace una patria. Mi vieja sensibilidad de venezolano me hace sentir casi físicamente que el país está deseoso de que se le señale un rumbo aunque tenga un precio de sacrificios, que no van a faltar voluntades para tarea tan digna, que hay más soldados dispuestos para el buen combate de fortalecer la democracia, impulsar la economía, hacer efectiva en su pleno sentido la justicia social y abrir caminos al futuro.»

. . . .

«Para esa empresa de salvación todos tienen que concurrir con su aporte de esfuerzo, de consejo, de trabajo y de sacrificio. Allí estarán todos, los viejos y los jóvenes, las mujeres y los hombres, los trabajadores y los empresarios, los de mono azul y los de cuello blanco, los de la pala y los de la computadora, los artistas y los sembradores, los hombres de gabinete y los de taller, porque no hay nadie que no deba y pueda aportar algo, hasta este viejo soldado de la esperanza que se declara presente.»

De todos modos, si la semilla se pierde, doctor Uslar, ya no será por falta de sembrador.

EFRAÍN SUBERO

Ensayos

Tío Tigre y Juan Bobo

En muy escasa medida la literatura venezolana ha sabido aprovechar el rico venero de consejas, leyendas, cuentos y personajes que la tradición oral ha conservado en nuestro pueblo, y que hubiera podido servir para elaborar una literatura infantil, un fabulario mágico, una escena de títeres, un verdadero teatro del pueblo y hasta la raíz propia de un gran arte popular.

Apenas como fondo episódico en las novelas, como rasgo en el cuento, como nota en la poesía criollista, asoma algo de ese mundo mal conocido. Antonio Arráiz, con algunos de los personajes y de los altos temas esenciales, se ha atrevido a formar un hermoso libro de relatos en el que lo lírico y lo satírico se tejen, como en todo lo verdaderamente popular.

Tampoco se ha hecho la labor previa de recolección y ordenación de materiales tan dispersos y fluidos. Después de que don Arístides Rojas, el sabio tradicionista humboldtiano, rescató algunos preciosos testimonios, la empresa quedó interrumpida hasta que en estos últimos años la han reanudado con mayor amplitud y sistema algunos entusiastas folkloristas, como Juan Liscano y Rafael Olivares Figueroa.

Es obra inaplazable y capital. La civilización urbana, la radio, el cine extranjero, los dibujos animados, las tiras cómicas de los periódicos, mustian y suplantan ese tesoro poético y moral, que las ayas venidas de las aldeas transmitían a los niños soñolientos y maravillados.

Los costumbristas se esforzaron en su tiempo por construir, fragmentariamente, una imagen veraz del pueblo venezolano. Los personajes que desfilan por los cuadros de Bolet Peraza, de Sales Pérez, de Jabino, son funcional e irremediablemente criollos, está grabada en ellos una manera de comportarse, un estar, que son reflejo de la época y del medio, y que iluminan con repentina claridad mucho oscuro vericueto de nuestra historia y de nuestra psicología.

Pero en los costumbristas está principalmente la fauna social de los pueblones con faroles de aceite de coco de nuestro pintoresco y agitado siglo XIX; la inmensa y solitaria Venezuela rural escapa casi por completo a su pesquisa.

La novela posterior, con un propósito más sistemático y hondo, ha emprendido el análisis y la revelación del alma del pueblo venezolano. Ha ido con su carga de preguntas cultas y de propósitos ulteriores a interpretar las sibilinas respuestas que ofrece la existencia de lo venezolano y su condición.

Pero en todo este claro empeño de ir hacia el conocimiento de lo popular y propio es precisamente a lo popular a lo que no se le ha permitido ahora su irremplazable confesión. Poco nos hemos preocupado de las formas en que el pueblo espontáneamente ha revelado sus sentimientos, sus pensamientos, sus complejos, o, más simplemente, su propio aprendizaje y sabiduría. Lo que la vida y la tierra le han enseñado, o han permitido que sobreviva de lo que otros le enseñaron.

De todo ese conjunto, que es poesía, música, danza y relato, es el relato lo que me ha parecido más próximo y aprehensible. El que reduce a términos más simples el oculto mensaje del alma criolla.

Los cuentos populares venezolanos no pueden referirse sino a tres fuentes principales: los que trajeron los españoles, que en parte son de origen arábigo y oriental; los que han quedado de la raza indígena que, en los más de los casos, tienen carácter mítico y propósitos de descripción del origen del mundo, de los elementos, de los animales y del hombre; y los que con los esclavos vinieron de distintas regiones de Africa en las sentinas de los barcos negreros, y que casi siempre se caracterizan por la elaborada truculencia.

Estos relatos no se han mantenido puros. Se han mezclado y mesti-

zado en mil formas. El apólogo español ha sufrido el toque de la magia natural de las otras razas. Y a quien ahora se parece, no es a las razas originales, sino al mestizo criollo en quien se han fundido.

Escudriñar la genealogía de esos relatos y de sus personajes es la fecunda tarea de los especialistas. Pero desde otro punto de vista lo que más importa es la confesión del alma popular en esos relatos. Es ese autorretrato psicológico el que tiene importancia para la literatura y para la historia.

En los mitos y leyendas que nuestro pueblo conserva y transmite oralmente, hay mucho más de lo que podríamos llamar la concepción venezolana del mundo, su espíritu, su vida, y su moral, que en todas las obras cultas que han pretendido explicarlo.

Sus ideas de la sociedad, de la justicia, del bien, del mal, de la felicidad, de lo bello, de lo sobrenatural, surgen diáfanas de esas sabrosas leyendas y consejas sobre el alma del Tirano Aguirre, el carretón de las ánimas, el cantor Florentino, Juan Bobo y los personajes de su comedia animal.

Por allí nos enteramos, sin lugar a dudas, de que la igualdad le importa más que la libertad, y que la justicia no significa para él dar a cada uno lo suyo, sino castigar y escarmentar al poderoso, que nunca es bueno, aun cuando con ello no se remedie el mal. La fortuna y la riqueza no provienen nunca de un trabajo metódico y esforzado, sino de un hallazgo inesperado, de un don mágico, o de una violenta expoliación. Ningún personaje de importancia es femenino.

La mayor parte de esas consejas populares tienen por personajes a los animales, y presentan breves anécdotas ejemplares, en las cuales la astucia del débil triunfa siempre de la estúpida fuerza del poderoso, y de las que se desprende, como filosofía fundamental de la vida, la prédica de la desconfianza.

En nuestro fabulario, el tigre, el vigoroso jaguar americano de moteada piel, substituye al león clásico o al lobo nórdico, y el manso conejo vegetariano a la zorra taimada y erudita. Tío Tigre y Tío Conejo son siempre los obligados personajes de nuestra fábula, y es siempre Tío Conejo, el indefenso pobre diablo del mundo animal, bueno, humilde e ingenioso, quien lleva la mejor parte en los lances con el terrible señor de los animales.

En un país en que existen zorros y otros animales de aguda perspicacia natural, es curiosa esta atribución de la astucia al conejo, que nunca se ha distinguido por ella. Los astutos son siempre los anima-

les rapaces y carnívoros acostumbrados al acecho y al ocultamiento. Sin embargo, por lo menos una vez, en *Calila y Dimna* se cuenta un caso en que la liebre burla sagazmente al león.

El rasgo más destacado y al mismo tiempo el arma de Tío Conejo es la astucia, un poco teñida de hipocresía, engaño y dolo, que es el arma del débil contra el fuerte en las sociedades primitivas.

Frente a Tío Tigre, que personifica el puro y simple poderío, Tío Conejo esgrime su cúmulo de turbias condiciones que nuestro pueblo comprende bajo el nombre genérico y profundo de viveza. Nuestra fábula popular es la epopeya de la viveza. En cierto modo es la forma más tenaz de la voluntad de subsistir, de sobrevivir, de sobreponerse a los tremendos enemigos que no sería posible derrotar frente a frente. En este sentido la viveza viene siendo como el daño y la huella de lo vivo, que no quiere sino vivir; así como el daño y la marca perdurable de lo triste es la tristeza.

Los cuentos populares con personajes humanos son menos numerosos, coloridos y ricos de intención.

Los más socorridos de estos personajes son el tonto Juan Bobo y el taimado Pedro Rimales, evidente adaptación y corrupción del castizo Pedro de Urdemalas.

En estos cuentos con personajes humanos resulta curioso que, contra lo acostumbrado entre Tío Tigre y Tío Conejo, es siempre el bueno de Juan Bobo quien lleva la peor parte, mientras el avieso Pedro Rimales saca invariablemente provecho de las tonterías de aquél. No parece lógica esta aparente contradicción de la moral popular, que pone todas sus simpatías en Tío Conejo, pobre diablo animal, y en cambio las niega totalmente a su congénere humano Juan Bobo. Pero, en verdad, la contradicción es más aparente que real. La simpatía popular no está con el desvalimiento de Tío Conejo, sino con su astucia, que llega a ser más poderosa que la fuerza de Tío Tigre. En el caso de Juan Bobo y Pedro Rimales, la simpatía sigue estando de parte de la astucia de éste último.

Al sentimiento popular no parece importarle la razón que asista al personaje (muchas de las tretas atribuidas a Tío Conejo para con Tío Tigre son injustas y malévolas), sino el invariable triunfo de la astucia, que es el arma del débil contra el fuerte.

En la leyenda popular venezolana casi no existe el hada. Su papel lo desempeñan brujas y brujos, más malos que buenos. En la tradición de nuestro pueblo el brujo es el instrumento de comunicación

con lo sobrenatural. Es el curandero que depara el bien de la salud y es, al mismo tiempo, el ser demoníaco que puede mandar daños, torcer las voluntades y metamorfosear hombres en animales y cosas.

En la conciencia del pueblo llega a establecerse un ancho canal de comunicación entre lo mítico y lo real. El brujo de la aldea, medio curandero, medio director espiritual, medio santón, y el brujo de los cuentos, llegan a confundirse, así como los atributos humanos de los animales de la fábula llegan a personificarse, por una curiosa inversión, en seres humanos. Martín Espinoza, aquel famoso guerrillero de las fuerzas de Zamora en la Guerra Federal, que en cada pueblo dejaba un arroyo de sangre y una esposa, iba a todas partes acompañado de su brujo, y sus más allegados hombres de confianza respondían a los nombres, muy caracterizados en el fabulario criollo, de Tigre, Caimán, Mapanare, Perro, Gavilán y otros.

También la técnica de la narración popular venezolana ofrece caracteres curiosos. Generalmente el narrador mima en gran parte la acción, por donde algunos cuentos de animales no dejan de tener cierto sabor y alusión a la danza totémica. Con ruidos imitativos y mímica suple en gran parte las descripciones, y tan pronto como entra en la acción, el proceso narrativo se interrumpe para ser substituido por la técnica rigurosamente dramática del diálogo y el monólogo de los personajes.

El narrador nunca dice: «Tío Tigre se puso a maldecir a Tío Conejo», sino que dramatiza la acción, poniendo en boca del Tigre todos los improperios que se le ocurren. Tampoco dirá que Tío Conejo iba muy preocupado y triste, sino que pondrá a éste a expresar sus sentimientos en un sabroso soliloquio.

Esta tendencia realista a lo dramático y a lo oratorio excede muchas veces de la simple anécdota narrada para volverse un puro pretexto de diálogo popular cuajado de refranes, retruécanos y agudezas. En veces la acción ha concluido, y sin embargo el relato se prolonga por algún tiempo para dar lugar a un comentario intencionado de uno de los personajes.

Esta forma dialogada, con la que el pueblo venezolano cuenta sus consejas, corresponde a lo que en otros climas culturales, y bajo otras y determinadas circunstancias históricas, dio origen al teatro primitivo. La técnica del drama épico, que Victor Bérard encontró en *La Odisea,* tiene un curioso parentesco con esta técnica del narrador popular.

Casi se podría decir que el instinto popular allegó los materiales y preparó las condiciones para la creación de un arte propio, pero faltó irremediablemente el impulso culto y el contacto con otras formas superiores de la vida social.

Acaso la explicación sea más sencilla y todo se deba a un simple anacronismo. En la época en que hubiera podido florecer espontáneamente ese arte popular, otros instrumentos y otras formas más eficaces llenaban la función que había correspondido al juglar, a Tespis, al atrio de las catedrales y al corral de la Pacheca.

El petróleo en Venezuela

Cuando hayan desaparecido las generaciones presentes y otras remotas y distintas las hayan sucedido en el modificado escenario de este país, es posible que, al contemplar en su conjunto el panorama de nuestra historia, lleguen a considerar que uno de los hechos más importantes y decisivos de ella, si no acaso el más importante y decisivo, es el hecho geológico de que en su subsuelo se había formado petróleo en inmensas cantidades.

El petróleo durmió ignorado en el seno de la tierra venezolana por millares de años de edades geológicas y por varias centurias de historia.

Mientras sobre la superficie del suelo pasaban las migraciones indígenas, mientras los Conquistadores se lanzaban a la desesperada empresa de hallar El Dorado, mientras se fundaban pueblos, se introducían cultivos, se leían libros, se discutían ideas, se encendían guerras y revueltas, se gritaban «vivas» y «mueras», nacían y morían hombres, surgían y caían caudillos, se hablaba de progreso y de atraso, el petróleo estaba dormido en el seno de la tierra como una promesa o como una amenaza. Se conocían algunos rezumaderos naturales que lo hacían aflorar a la superficie en ciertos lugares. Los indios del La-

go de Maracaibo lo llamaban «mene» y lo usaban las tripulaciones de los viejos veleros para calafatear sus cascos antes de lanzarse a la aventura del mar.

Aquel aceite negro y maloliente no parecía servir para mucho, fuera de su utilidad para las embarcaciones y para alimentar por la noche la luz de alguna solitaria lámpara.

Pero en la segunda mitad del siglo XIX ocurren grandes transformaciones técnicas y económicas en el mundo. El petróleo halla, en rápida sucesión de hallazgos, otros empleos distintos del de combustible para lámparas. Se inventan los motores de explosión. La tracción de sangre desaparece. Los trenes y los barcos empiezan a moverse con máquinas Diesel. Viene la Primera Guerra Mundial que, según la frase de un político inglés, se ganó «sobre una ola de petróleo». Las vías aéreas ofrecen al hombre un mundo más asequible y más a la medida de su tamaño y de su tiempo. La Segunda Guerra Mundial se lucha con petróleo en el aire, en el mar y en la tierra. En un proceso de cien años el petróleo se ha convertido, acaso, en la materia prima más importante para el hombre.

Esta gran transformación, que es una de las más profundas y determinantes del largo período de crisis de crecimiento y de reajuste por el que ha venido atravesando la humanidad desde hace medio siglo, tiene su dramático reflejo en Venezuela. El petróleo que dormía ignorado en la tierra de aquel país atrasado, dividido y pintoresco, poblado de gentes anacrónicas, que vivía de espaldas a las grandes transformaciones del mundo, entregado a una economía de hacienda y mano esclava y a una política de guerrilleros y de rábulas, va a revelar de pronto su desproporcionada presencia.

La circunstancial y limitada explotación y refinación que a partir de 1878 hizo, en tierras de Rubio, la Compañía Petrolera del Táchira, es un valiente y pintoresco episodio, pero que no puede citarse como un antecedente válido del desarrollo del petróleo venezolano.

Desde 1904, bajo las previsiones de las antiguas leyes mineras, se había comenzado a otorgar concesiones para la extracción de aquella especie de brea. Los conocimientos geológicos, y hasta los geográficos, eran escasos. No había siquiera un mapa fidedigno de la región del Lago de Maracaibo. Eran soledades anegadizas, cubiertas de áspera vegetación, donde el paludismo endémico diezmaba a los contados pobladores.

El primer pozo exploratorio comenzó a producir en 1914. En 1917

se hizo la primera exportación. En 1922 en el campo de La Rosa, en la parte oriental del lago, el pozo «Los Barrosos No. 2», de la Venezuela Oil Concessions Ltd., saltó violentamente en un inmenso chorro de aceite negro que estuvo fluyendo incontrolado a razón de cien mil barriles diarios.

Este espectacular suceso anunció a Venezuela y al mundo la presencia de la riqueza petrolera. Más alto que las torres y por encima de los árboles, el poderoso chorro estaba de pie como un gigante, sacudido de acometiva fuerza, dispuesto a comenzar su camino en la historia. La Venezuela de 1922 no se dio cuenta de la completa significación de aquel suceso. Los periódicos del 22 de diciembre lo comentaron de una manera superficial. Más importancia parecía tener la noticia de que un agitador italiano, jefe de un grupo de camisas negras, había tomado el poder después de una simbólica marcha sobre Roma. En los cinco días siguientes no se dijo nada más. Había muy pocos venezolanos que tuvieran un verdadero conocimiento de lo que el petróleo significaba en el mundo, y nada se sabía de cierto sobre la naturaleza de nuestro subsuelo.

Vale la pena lanzar una mirada al país en que brota el famoso chorro de La Rosa. Su población sobrepasaba escasamente las 2.800.000 almas. Una sola ciudad, Caracas, tenía más de cien mil habitantes. Fuera de la navegación por costas y ríos, que era ocasional y lenta, no existía, prácticamente, comunicación entre las distintas regiones. Había unos setecientos kilómetros de ferrocarril, y un millar de kilómetros de carreteras de tierra, estrechas y mal trazadas. En la ciudad de Caracas sólo había un mediano hotel digno de ese nombre y dos salas de cine. De Caracas a Barquisimeto, a Higuerote o a Maracaibo se iba por mar. El Presupuesto de gastos fue de 72 millones de bolívares. El total de lo asignado para Obras Públicas de Bs. 8.290.000; y el total de lo previsto para Situado Constitucional apenas sobrepasaba los cinco millones. El valor de las importaciones alcanzó a 125 millones. Por año y por habitante el Presupuesto representaba 26 bolívares y las importaciones 44.

A partir del año de 1922 el progreso de la industria petrolera en Venezuela fue rápido. El desarrollo comenzó en las zonas del Lago de Maracaibo y Falcón. Más tarde, para 1928, se hicieron exploraciones, con resultados positivos, en la región oriental del país y se establecieron los primeros campos de la llamada zona del Orinoco, que cubre los Estados Anzoátegui, Monagas y el Territorio Delta Amacu-

ro. Una tercera zona, con muchas posibilidades, se descubrió más tarde en la llamada zona del Apure.

El aumento del volumen del petróleo producido fue espectacular. En 1921 se había producido poco menos de 5.000 barriles por día. Diez años más tarde, en 1931, la producción alcanzaba a 321.000 barriles diarios. Veinte años más tarde, en 1941, llegaba a 625.000. En 1951, o sea treinta años después, la producción llegó a la cifra de 1.700.000 barriles por día. O sea 340 veces la producción de 1921.

Dentro de ese desarrollo los expertos distinguen varios períodos, a saber: el período inicial que llega hasta 1922; el primer desarrollo en gran escala desde 1923 hasta 1929; de 1930 a 1932 la depresión mundial se refleja en una actividad disminuida; de 1933 a 1942 hay recuperación y nuevo progreso; en 1943 la Segunda Guerra Mundial ocasiona una nueva paralización. A partir de 1944, realizada la reforma de la situación jurídica de la industria por la ley del año anterior, comienza, con ligeras fluctuaciones, el desarrollo culminante que llega hasta hoy.

Durante ese tiempo la industria petrolera de Venezuela se convierte en una de las más grandes del mundo. Poderosas empresas dirigen su desarrollo y crean grandes centros de trabajo y costosas y complicadas instalaciones. En apartados lugares se alzan las torres de perforación, se tienden los tubos de los oleoductos, se tejen los hilos de las centrales eléctricas y surgen campamentos de calles asfaltadas y blancas casas.

La industria del petróleo es una de las más tecnificadas del mundo. Científicos y profesionales de las más variadas especialidades intervienen en ella. Desde el mecánico hasta el ingeniero electricista, desde el experto en caracoles fósiles hasta el ingeniero hidráulico. Sus problemas de perforación, de transporte, de refinación están entre los que necesitan utilizar los más adelantados conocimientos de la tecnología.

Al desarrollarse en Venezuela, esta industria adquiere ciertas características peculiares. De las distintas fases sucesivas, que constituyen su integración normal, sólo las de exploración y producción forman entre nosotros la principal actividad, porque los mayores centros de consumo no están en el país, sino que son los grandes mercados extranjeros. Esto le da, desde el comienzo, un carácter internacional a esa industria. Sólo la producción tiene su asiento entre nosotros, el

consumo es extranjero en una proporción que nunca ha sido inferior al 95 por ciento.

Esto ha determinado que fueran extranjeras las principales empresas que acometieron el desarrollo del petróleo venezolano. Eran en realidad filiales de los más vastos consorcios petroleros del mundo, los que por su capacidad técnica y económica y su vinculación con los grandes mercados, estaban en posición privilegiada para descubrir y explotar al petróleo venezolano.

Este hecho estableció el tipo de organización que hubo de prevalecer: el capital, la técnica y la gerencia vinieron de fuera. La materia prima y el trabajo fueron venezolanos. Esta estructura, aun cuando con algunas modificaciones, es la que ha predominado hasta hoy.

Surgida la industria petrolera en esta forma súbita, sin que el país estuviera preparado para conocerla, aprovecharla y encauzarla, el problema del petróleo pareció reducirse por mucho tiempo para nosotros al de obtener para el Fisco los mejores beneficios monetarios.

En medio de la general ignorancia un hecho casi providencial vino a servir los intereses de Venezuela. En nuestra legislación se había conservado de un modo tradicional y casi como una reliquia de los tiempos coloniales, el derecho regaliano del Estado sobre las minas, con la misma amplitud y casi en los mismos términos con que lo definió Solórzano en su *Política Indiana* en el siglo XVII. O sea que los metales «i las minas o mineros de donde se sacan se tengan por de lo que se llaman Regalías, que es como dezir por bienes pertenecientes a los Reyes y Supremos Señores de las Provincias donde se hallan, i por propios i incorporados por derecho, i costumbre en su patrimonio, i Corona Real, ora se hallen y descubran en lugares públicos, ora en tierras, i posesiones de personas particulares. En tanto grado, que aunque éstas aleguen, i prueben, que poseen las tales tierras, i sus términos por particular merced, i concession de los mesmos Príncipes, por muy generales que ayan sido las palabras con que se les hizo, no les valdrá ni aprovechará ésto, para adquirir, i ganar para sí las minas, que en ellas se descubrieren». El sistema regaliano, que conservaba para el Estado la propiedad del subsuelo, y permitía conceder a las personas de derecho privado el privilegio de explotar las minas, bajo los términos y condiciones estipulados por la ley, es el que ha estado en vigencia durante toda la historia de nuestro petróleo.

A medida que el país y sus clases dirigentes fueron adquiriendo

conciencia de la verdadera importancia de la riqueza petrolera, el régimen legal fue sufriendo modificaciones cuyo propósito consistió siempre en asegurar a la nación una participación más justa en la riqueza producida. Este proceso tuvo su culminación en la memorable Ley de Hidrocarburos de 1943, que vino a uniformar y a establecer sobre bases más equitativas las relaciones del Estado y de las empresas petroleras. Esta Ley acabó con la heterogeneidad que reinaba en materia de condiciones, con los chocantes privilegios que los más antiguos concesionarios tenían sobre los más recientes en perjuicio del interés nacional: sometió toda la industria al imperio del sistema impositivo general; le dio al Estado la posibilidad de intervenir en la orientación general de la industria y en su desarrollo y estableció las bases para obtener la participación que se considere más justa en los beneficios.

Este largo proceso es el que pudiéramos llamar el de las relaciones técnicas, jurídicas y fiscales del Estado con las empresas petroleras, que es sin duda de la más grande importancia. Pero, desde otro punto de vista, más amplio y también más verdadero, esto no representa sino un aspecto de la cuestión más general e importante que constituye la presencia de una industria como la del petróleo en un país como Venezuela, es decir, las inmensas consecuencias sociales, económicas y políticas que, en la historia y el destino de un país como la Venezuela de 1922, ha producido y puede producir el desarrollo vertiginoso de una industria que lo ha convertido en el primer exportador de petróleo del mundo.

Durante esos treinta años Venezuela ha experimentado los cambios de mayor monta que haya conocido en su historia. Vale la pena asomarse, aunque sea brevemente, a contemplar la magnitud sobrecogedora de esas transformaciones.

El espectacular desarrollo de la producción petrolera se ha reflejado de un modo directo en la economía venezolana, como lo comprueban los siguientes datos:

El ingreso nacional es decir, la suma total estimada en moneda de todo lo que recibieron los habitantes del país, durante un año, por su trabajo o por su capital, que en 1936 se estimó en 1.500 millones de bolívares, alcanzó el nivel de 7.000 millones en 1949, y para 1954 se calcula en 10.000 millones anuales; lo que equivale a decir que, en ese lapso, el promedio de ingreso anual por habitante que era de

450 bolívares subió a cerca de 2.000, que es uno de los más altos del continente americano.

El Presupuesto Nacional ha seguido el mismo rápido desarrollo. Desde la Independencia había ido subiendo lentamente, reflejando en sus fluctuaciones la inestabiliad, el atraso y las agitaciones del país. En el año económico 1830-31 los gastos públicos sumaron poco más de cinco millones de bolívares. El primer año de la Administración de Monagas (1847-48) tuvo como Presupuesto de Gastos 12 millones... Para 1864-65 el Gobierno de la Federación gastó 23 millones. Los gastos del último año fiscal del Septenio de Guzmán Blanco escasamente rebasaron los 24 millones. Para 1889-90 los gastos del Gobierno del doctor Rojas Paúl llegaron a 45 millones de bolívares. En una sola anualidad, del Quinquenio de Crespo, llegó excepcionalmente a alcanzar el nivel de 50 millones de egresos.

En la primera década del siglo XX el promedio anual de gastos públicos es de 49 millones. Entre 1911 y 1920 el promedio es de 59. Es a partir de entonces cuando el crecimiento del presupuesto refleja poderosamente la transformación ocasionada por el petróleo. El promedio anual de gastos en la década 1921-1930 llega a 146 millones. En 1936-37 se alcanza la cifra de 215 millones de egresos. En 1938-39 la de 335. En 1944-45 la de 487, en 1953-54 la de 2.433 millones de bolívares de egresos en un año. Lo que significa que la capacidad anual de gastos del Fisco Nacional hoy, en moneda, es mayor que la suma de todo lo que la Administración Pública erogó desde la Separación de la Gran Colombia hasta el fin de la Primera Guerra Mundial.

La circulación monetaria experimenta igualmente un desarrollo notable. El circulante en manos del público que era de 288 millones en 1938, pasa a 345 en 1941, llega a 536 en 1943, para subir a 2.086 millones en 1953. Es decir, que aumentó más de siete veces en el transcurso de quince años.

Junto a estos índices de la moneda, del ingreso y del presupuesto, debemos considerar los que representan el volumen de los bienes producidos o importados, el movimiento de los pagos internacionales, los precios y el costo de la vida.

Los productos agrícolas de exportación permanecen estacionarios o revelan descensos de volumen. Esto es particularmente cierto del café y del cacao que fueron los dos soportes tradicionales del comercio exterior venezolano. En cambio, en la producción destinada al

consumo interno ha habido un aumento general, que pone de manifiesto el hecho importante de que todo lo que depende del mercado nacional ha sentido el estímulo de la expansión de la industria petrolera.

Ese aumento de la producción destinada al consumo interno, se manifiesta tanto en la industria como en la agricultura, y es la consecuencia directa del constante crecimiento del poder adquisitivo de la población venezolana, que se expresa en las cifras del ingreso nacional.

Aumentos notables en el volumen de producción, se han presentado, desde 1938, 1943 y 1945 en las más diversas ramas. Citaremos al azar en cifras globales algunos de esos desarrollos. Para 1951 había aumentado desde un tercio hasta menos del doble la producción de carne, leche, arroz y cigarrillos; había llegado al doble la del azúcar; era cinco veces mayor la de pescado en todas sus formas; seis veces la de energía eléctrica, galletas y bebidas gaseosas; ocho veces la de maderas; diez veces la de cauchos y cerveza; once veces la de telas y pastas alimenticias; dieciocho veces la de cemento, y cincuenta y tres veces la de alimentos concentrados para animales.

En el quinquenio comprendido entre 1948 y 1952, según datos del Banco Central de Venezuela, la industria de materiales de la construcción aumentó al triple; las industrias de la alimentación y de artículos no durables crecieron en un 55%; la producción textil en un 42%; la industria del cuero casi cuadruplicó; la inversión en construcciones públicas y privadas pasó de 597 millones a 1.281 millones de bolívares. El índice general de toda la producción manufacturera (excluyendo la refinación del petróleo) aumentó en un 81% desde 1948 a 1952.

Pero donde más espectacularmente se refleja el aumento del poder adquisitivo de la población venezolana es en las importaciones. En un centenar de millones de bolívares se cifraba el nivel máximo de lo que el país podía comprarle al exterior en un año. En el año de 1913 el valor total de todo lo importado fue de 93 millones de bolívares. Esa cifra va a crecer con una rapidez impresionante. En 1936 llega a 211 millones; en 1945 a 804; en 1952 a 2.420 millones. Es decir, que durante ese lapso, en que la población había doblado su volumen, la importación había aumentado 26 veces. Mientras que en 1913 cada habitante de Venezuela compró, en promedio, por valor

de 37 bolívares de cosas importadas, en 1952 ese mismo habitante invirtió en productos importados 484 bolívares.

En algunos renglones ese incremento de la importación es más impresionante. Venezuela importó productos alimenticios en 1938 por un valor de 34 millones de bolívares, para 1952 la suma correspondiente había ascendido a 390 millones, o sea más de once veces la anterior, como si por cada boca hubiera habido once, o como si los que estaban reducidos a una miserable dieta de subsistencia hubieran tenido la oportunidad de multiplicar su ración con alimentos importados. En el solo renglón de leches conservadas se pasó de una importación de 144 mil bolívares en 1922 a 82 millones en 1952, o sea una multiplicación de 570 veces en treinta años.

El aumento no es menos señalado en maquinarias, en metales, en textiles, en vehículos, en productos químicos. Es como si el país hubiera estado durante siglos sometido a la escasez y a la pobreza y comenzara por primera vez a tener los medios para comer a su hambre y para proveerse en forma creciente de todo cuanto desea, necesario y superfluo.

En cambio, si hacemos abstracción del petróleo y sus derivados, las exportaciones no han experimentado, ni remotamente, un incremento que guarde proporción con el de las importaciones. En efecto, las exportaciones tradicionales de Venezuela, es decir aquellas que tenía antes del petróleo y de las que dependía su capacidad exterior de pago, han permanecido estacionarias o han señalado pequeños aumentos. En volumen, las exportaciones de café y cacao, nunca llegaron a sobrepasar después del auge petrolero, las cifras más altas alcanzadas anteriormente, aun cuando en valor, debido a fluctuaciones de los precios mundiales, haya habido un aumento apreciable en los últimos años. El valor total de la exportación venezolana (sin petróleo) que, en 1922, era de 137 millones de bolívares no pasaba en 1951 de 161 millones.

El contraste entre importación y exportación se hace mucho más dramático si nos vamos a las cifras relativas, que damos en seguida. En 1952, mientras cada habitante de Venezuela, en promedio, compró productos importados por un valor de 484 bolívares, sus ventas al extranjero, excluido el petróleo y el hierro, no llegan sino a 38 bolívares.

Es la explotación petrolera la que ha financiado ese aparente desequilibrio. El dinero proveniente del petróleo ha ampliado el merca-

do interno y de esa ampliación se han beneficiado las importaciones y en segundo término la producción no petrolera.

Nuestra capacidad de importar ha dependido de nuestra capacidad de hacer pagos al exterior, y a su vez, nuestra capacidad de hacer pagos al exterior ha dependido, en grado casi absoluto, de las divisas petroleras. En 1934, hace apenas veinte años, el doctor Vicente Lecuna, estimaba el lado activo de la balanza de pagos de Venezuela en 198 millones de bolívares. Así de bajo era el nivel de nuestra capacidad de pagos al extranjero. En 1948, según estimación del Banco Central de Venezuela, el activo de nuestra balanza de pagos había llegado a la suma de 759 millones de dólares. Ese activo tan rápidamente aumentado se compone casi en su totalidad de divisas petroleras. En 1952, por ejemplo, el ingreso de divisas del Banco Central fue de 718 millones de dólares, de los cuales 707 provenían de la actividad petrolera. Es decir que el 98,46 por ciento de las divisas controladas para nuestros pagos al exterior provenían directamente del petróleo, y tan solo el 1,54 por ciento restante, del café, el cacao y las demás fuentes de divisas de que dispone el país.

Esa afluencia de divisas, que se ha reflejado en una tendencia del cambio a la baja, es decir en la oferta de dólares baratos, ha constituido una prima para las importaciones y una barrera para las exportaciones no petroleras. Para contrarrestarla en sus peores efectos el Gobierno Nacional ha tenido que recurrir con frecuencia, en los últimos veinte años, al pago de subsidios, primas y cambios diferenciales a los productos venezolanos de exportación.

Junto con los dólares baratos, la afluencia de divisas ha traído el aumento de la circulación monetaria. Este aumento de la circulación ha sido uno de los factores que ha influido en el alza de precios por mayor y en el costo de la vida. El índice general de precios al por mayor pasa del nivel de 98,27 en 1940, a 134,12 en 1944; 173,50 en 1948; para llegar a 176,42 en 1952. El índice del costo de la vida en Caracas pasó de 100 en 1945, a 126 en 1948 y a 150 en 1952. Más que el efecto de una típica inflación monetaria, estos índices reflejan el aumento del ingreso exterior.

A estos movimientos ha correspondido un alza de salarios. De los estudios del Banco Central sobre los salarios en Caracas en los últimos siete años, resulta que, el salario nominal medio por día, pasó del índice de 100 en el primer semestre de 1946, a 239,4 en el segundo semestre de 1952. Este aumento no sólo es nominal, es decir

en moneda, sino que también es real, es decir, en poder adquisitivo. El índice del salario real, que es el que resulta de la comparación del salario en moneda con el costo de la vida señala que del índice 100 en el segundo semestre de 1946, el nivel del salario real subió a 163,3 en el segundo semestre de 1952.

Estos dólares baratos que facilitan las importaciones y obstaculizan las exportaciones; estos salarios altos que aumentan el poder adquisitivo del mercado interno pero que también hacen subir el nivel de los costos de producción venezolana por encima de los que pudiera considerarse como el nivel de los mercados mundiales, haciendo difícil a nuestra producción no sólo llegar a ellos sino hasta competir con la importación, el efecto inflacionista que han tenido muchas veces los gastos públicos, todas estas causas, entre otras, le han dado a nuestra economía uno de sus aspectos más singulares, como es el de su relativo aislamiento con respecto a los niveles de la economía mundial. Ha sido la nuestra una especie de economía en vaso cerrado, confinada al mercado interno, cuyo poder adquisitivo se alimenta con los proventos del petróleo y que permite que sus costos y sus precios no guarden relación directa con los correspondientes costos de precios mundiales. No es una economía aislada, en el sentido de la autarquía, sino más bien una economía de una sola vía, en la que la producción y las importaciones convergen al mercado interno, sin que para compensar ese movimiento se dirija al exterior, prácticamente, otra cosa que petróleo. Podríamos casi decir que Venezuela es como una península económica, aislada, por el cambio, los precios y los costos, del intercambio con el extranjero y unida a la economía mundial por un solo producto: el petróleo.

Esta economía en vaso cerrado o esta peninsularidad económica de Venezuela es uno de los rasgos fundamentales y más dignos de tener en cuenta de su situación actual.

El hecho de que, en grado dominante, la fuerza principal de la actividad económica venezolana sea el petróleo, ha dado a los canales de su distribución una importancia decisiva en la orientación de nuestra coyuntura económica. La riqueza petrolera entra a circular en el país por dos fuentes principales, a saber: los gastos de las compañías explotadoras en compras, inversiones y salarios; y, por otra parte, el Presupuesto Nacional.

El aumento extraordinario experimentado por el Presupuesto Nacional ha estado alimentado directamente por el petróleo. Según el

análisis practicado por el Banco Central de Venezuela sobre los ingresos fiscales de 1952, resulta lo siguiente: sobre 2.395 millones de bolívares de recaudación total la renta de hidrocarburos representó el 34,33 por ciento, o sea algo más de la tercera parte. A esto es menester añadir la mayor parte del impuesto sobre la renta, que es contribuido por compañías petroleras. En efecto, en 1952, sobre un producto total de 649 millones de dicho impuesto, la parte pagada por las empresas petroleras sumó 524 millones, o sea el 81 por ciento de lo percibido por ese título. Esto significa que la contribución directa del petróleo al Fisco sumó ese año 1.347 millones de bolívares, o sea bastante más de la mitad de los ingresos totales del Tesoro. Pero no es eso todo; en una forma indirecta otras rentas dependen de la explotación petrolera, como por ejemplo la renta aduanera, que representó el 15 por ciento de los ingresos totales de ese año.

La renta aduanera se percibe sobre las importaciones y las importaciones se pagan con las divisas de que dispone el país, las cuales en proporción de más del 98 por ciento fueron de origen petrolero en 1952. De manera que, en el presupuesto de 1952, alrededor de las cuatro quintas partes del total de ingresos dependieron directa o indirectamente de la explotación petrolera.

Esta situación fiscal ha hecho del Estado venezolano el principal centralizador y dispensador de la riqueza petrolera, y le ha dado, en consecuencia, una participación activa y creciente en todas las formas de nuestra vida económica. El Estado ha llegado a ser así gran productor, financiador y consumidor.

Se ha convertido, por ejemplo, en el mayor terrateniente. Inmensas extensiones de tierra agrícola y de pastos han pasado a su dominio. Además de las tierras baldías, desde el Caura hasta los valles de Aragua y desde el Táchira hasta la costa de Paria muchos de los mejores fundos han pasado, por diversos títulos, a ser de su propiedad. Todo el sistema de silos es del Estado y la casi totalidad del crédito agrícola, que antes del petróleo estaba en manos de particulares, depende ahora de organismos oficiales.

En materia de industrias es preponderante su participación como empresario en electricidad, azúcar, textiles, grasas, hoteles y en la industria de la construcción.

En materia de crédito se puede decir que es el principal banquero nacional. La mayor parte del crédito a largo plazo está en sus manos, especialmente el agrícola y el industrial.

En materia de transportes su actividad es preponderante. Es el solo dueño de ferrocarriles, propietario de las únicas líneas regulares de navegación internacional y de cabotaje y de dos de las tres líneas aéreas comerciales con tráfico de pasajeros que prestan servicio dentro de las fronteras nacionales. No es distinta su posición en materia de comunicaciones. Le pertenecen los telégrafos, es principal empresario de teléfonos y telecomunicaciones, y, opera estaciones de radio y de televisión.

Si a esta vasta intervención como empresario añadimos la que, en virtud de las Leyes, tiene en el comercio exterior por medio de los aranceles, los cupos y los permisos de importación; en la fijación de precios, y como único propietario de todo el subsuelo minero, tendremos una imagen aproximada del verdadero y extraordinario poderío económico del Estado venezolano.

Muy lejos estamos, por obra del petróleo, de aquellos días de fines del siglo XIX, en que el Fisco paupérrimo, iba a mendigar a las puertas de la Banca privada y del comercio algún mezquino anticipo para poder pagar los sueldos de los funcionarios públicos.

Si tratáramos de aplicar a lo que ha ocurrido, desde este punto de vista, en Venezuela en los últimos treinta años, alguno de los rótulos que ha creado la doctrina económica, ninguno sería más apropiado que el de capitalismo de Estado. Es el Estado el que, con el dinero petrolero ha actuado, directa o indirectamente, como agente, para hacer entrar la Venezuela de economía colonial, que habíamos recibido del siglo XIX, en la etapa inicial del capitalismo moderno.

Ese capitalismo de Estado, que es uno de los hechos resaltantes de la transformación que el petróleo ha causado, puede ser juzgado favorable o adversamente, según los puntos de vista doctrinarios de quienes lo consideren, pueden señalársele graves errores, pero con todo ello no constituye menos un hecho real y decisivo, cuya influencia se deja sentir profundamente en el presente y se ha de sentir en el futuro de esta nación.

La posición de gran dispensador de la riqueza petrolera, ha llevado al Estado a convertirse en empresario, en financiador, en gran productor, en gran consumidor, en gran empleador y ha concentrado en sus manos la mayor parte de lo que de la riqueza petrolera se gasta y también la mayor parte de lo que de la riqueza petrolera se ahorra y se invierte.

Sería posible imaginar un proceso distinto. Un proceso por medio

del cual los propietarios del suelo lo hubieran sido también del subsuelo en el que la riqueza petrolera se hubiera distribuido regionalmente y hubiera ido en primer término a manos particulares, y en el que esos particulares hubieran sido los empresarios y los creadores del capitalismo venezolano y el Estado hubiera participado en la riqueza, por medios puramente impositivos, recibiendo su participación de las personas jurídicas y naturales que hubieran sido sus propietarios. Pero no ha sido así, no ha creado el petróleo un capitalismo poderoso que a su vez haya enriquecido al Estado, sino que es el Estado directamente el que ha recibido el flujo de esa riqueza y el que a su arbitrio, y en segundo grado, lo ha hecho llegar a las personas de derecho privado.

Esa concentración de la riqueza petrolera en manos del Estado, ha traído a su vez consecuencias políticas y sociales.

Ya hemos señalado algunas, que ahora completaremos. Para 1926 la población venezolana alcanzaba, después de un lento y difícil proceso de desarrollo, la magnitud de tres millones de habitantes. La pobreza, las guerras, la insalubridad, la escasa capacidad productiva, la baja capacidad de consumo, no le habían permitido desarrollarse. El paludismo, la mortalidad infantil, las enfermedades de origen hídrico, la diezmaban... El crecimiento vegetativo por mil habitantes llegó a bajar a 10 y hasta a 6. La inmigración era nula. En vastas regiones la población descendía y algunas viejas ciudades comenzaban a ser abandonadas y a convertirse en cementerios ruinosos. La mayor parte de esa población era campesina, y habitaba en aldeas, caseríos y diseminadas chozas. Tan sólo el 15 por ciento de la población total habitaba en centros urbanos de más de cinco mil habitantes. Estaba concentrada en las haciendas y ciudades de la zona montañosa del Norte del país, una pequeña parte languidecía en el Llano, y más de la mitad del territorio nacional, constituido por la zona guayanesa, al sur del Orinoco, estaba prácticamente deshabitada.

Para el censo de 1950 esta situación había experimentado grandes cambios. La población había alcanzado el nivel de cinco millones de habitantes, habiendo casi doblado y lo que es más importante, más de la mitad de esa población era urbana y vivía en centros de más de cinco mil habitantes. Esto significa que, en los veinticuatro años transcurridos, Venezuela había dejado de ser el país de campesinos, que había sido desde el siglo XVI.

La población aumenta movida por una dinámica nueva. El coefi-

ciente de natalidad por mil habitantes que en 1935 era de 27 llega a 46 en 1953; mientras en el mismo lapso el coeficiente de mortalidad descendía de 16 a 10, lo que significa que el crecimiento vegetativo de la población subió en el transcurso de esos dieciocho años de 11 a 36 por mil habitantes, que es seguramente uno de los más altos del continente. La capacidad neta de crecimiento anual de nuestra población llega así a 188.000 habitantes en 1953. Este extraordinario desarrollo refleja el resultado de una mejor higiene, de una mejor alimentación, de una mejor asistencia y sobre todo de la casi completa erradicación del paludismo, que no sólo ha eliminado una de las principales causas de mortalidad sino que ha permitido abrir grandes zonas del país a la vida y al trabajo del hombre.

Esas mismas favorables condiciones nos han permitido recibir en los años recientes un considerable flujo de inmigrantes, que han venido, indudablemente, a aumentar la productividad del país y a darle el impulso de que tanto hubieron de beneficiarse otros pueblos americanos de notable desarrollo. De un saldo neto de inmigración que raramente sobrepasó la cifra de un millar por año, hemos llegado a sobrepasar en algunos años cercanos el número de 40.000, y para 1953 la suma total de extranjeros y naturalizados alcanzaba el ya importante volumen de 297.000 personas.

La población que había permanecido acorralada en la zona montañosa del Norte, en una quinta parte del territorio, comienza a invadir la llanura y a penetrar en la Guayana; las vías de comunicación y los medios de transporte se desarrollan facilitando el intercambio; para el último Censo once Entidades Federales sobrepasaban los 200.000 habitantes, y la zona metropolitana de Caracas se acerca en nuestros días al millón de habitantes, reflejando el inmenso y continuado proceso de centralización que se ha venido efectuando en el país.

No sólo ha aumentado la población sino que también ha crecido con ella la mecanización y la capacidad productiva por trabajador. Según cifras del Banco Central el índice de la producción manufacturera subió de 100 en 1948 a 181 en 1952, en el mismo lapso el índice de la capacidad de producción por trabajador empleado subió de 100 a 151; lo que significa que el aumento de la producción manufacturera se debió en un 30 por ciento a aumento de la mano de obra y en un 51 por ciento a aumento de la productividad por trabajador. Este es uno de los aspectos más auspiciosos de esa transforma-

ción porque revela que, por lo menos en una categoría de trabajadores, hay más técnica, más salud y más aptitud para sacar el mejor rendimiento de su esfuerzo.

La concentración de la renta petrolera en el Fisco y el capitalismo de Estado provocado por ella, han tenido otras importantes consecuencias políticas. Han reunido una suma de poder extraordinaria en el Ejecutivo Nacional. Los Estados y los Municipios dependen de los situados que el Tesoro Nacional les acuerda. Los demás poderes públicos han perdido autonomía. Este acrecentamiento continuo de Poder económico y político en el Ejecutivo, le da al Estado venezolano una fisonomía peculiar, que cada vez se aparta más de las concepciones doctrinarias que han encontrado expresión en nuestras Constituciones. No será posible comprender la realidad política del país, ni analizar sus instituciones, ni tratar de entender el curso previsible de su historia, sin tener fundamentalmente en cuenta este hecho, que es una consecuencia de la economía petrolera venezolana. Es como si de los pozos de petróleo hubiera brotado una fuerza transformadora que se traduce cada día en fenómenos económicos, sociales y políticos.

No podemos ya contemplar nuestras cuestiones políticas con el criterio simplista de nuestros constituyentes del siglo XIX, según el cual bastaría con copiar las instituciones de los países más adelantados para lograr una situación similar a la de ellos. Hoy se nos hace más diáfana que nunca la lección que Bolívar predicó en 1819 y que Fermín Toro, cuarenta años más tarde, trató de enseñar a la Convención de Valencia. De estas realidades debe partir la acción que, reconociéndolas y modificándolas, permita alcanzar los altos ideales humanos que por tanto tiempo hemos perseguido tan vanamente.

La transformación llega también a la vida de la cultura. El viejo país aislado heredero de los valores culturales y morales del siglo XVII español, sobre los cuales habían venido pugnazmente a injertarse las teorías políticas del siglo XVIII francés, se abre vertiginosamente al mundo de hoy, impulsado por la ola del petróleo: el cinematógrafo, la radio, la televisión, llegan a todas las clases sociales, modismos regionales o extranjeros se hacen nacionales, la música, los cantos, la tradición se mestizan de aportes nuevos; por un coche de caballo surgen cien automotores; por una tertulia veinte salas de cine; llegan toneladas de libros y revistas; más de 40.000 venezolanos salen al exterior anualmente; millares de estudiantes cursan en universidades

y centros docentes del extranjero; sabios, profesores y artistas del mundo entero vienen a dictar conferencias o cátedras entre nosotros; los conciertos y las exposiciones se han multiplicado de un modo extraordinario. Todo esto significa que el venezolano medio está hoy más en contacto con el mundo y más expuesto a las influencias universales de lo que estuvo su antepasado de ninguna otra época. También significa que los valores y conceptos tradicionales que se crearon bajo el imperio de otras circunstancias, sufren y han de sufrir notables mutilaciones y modificaciones y que el carácter nacional, en muchos de sus rasgos recibidos, está en un proceso de activa metamorfosis.

Tamaño proceso de transformación implica grandes riesgos. Enumerarlos es tarea fácil que se presta mansamente al capricho, al devaneo, a la superficialidad y a la demagogia.

Pero en toda esa transformación que vivimos hay, a mi entender, dos aspectos principales que merecen detenida consideración por parte de todos los venezolanos. Acaso no haya temas más importantes para la reflexión de un venezolano de hoy.

El primero de esos aspectos consiste en que la transformación ocasionada por el petróleo no ha sido uniforme para toda la población venezolana. Hay una parte de ella, la que habita los grandes centros urbanos y los campos petroleros, que disfruta de un gran número de beneficios y privilegios desconocidos para el resto de los habitantes. Hay obreros venezolanos que gozan de altos salarios, prestaciones, asistencia médica, refrigeración, electricidad, transporte, casa moderna, alimentación rica y variada, deportes y diversiones y otros, en cambio, que viven en chozas semejantes a las que levantó Francisco Fajardo, y que para todo lo que se refiere a comodidades y progreso, prácticamente, no han salido del siglo XVI. Hay modernas explotaciones agrícolas con irrigación, tractores y maquinarias y hay millares de conucos donde se cultiva con los mismos primitivos métodos que el español enseñó al indio.

Coexiste un sector económico de la más alta eficiencia productiva, como es el de la industria del petróleo y muy pocas otras, con otros sectores productivos, anticuados o en iniciación y por lo tanto ineficientes.

Ante nuestros ojos surge una Caracas novísima, toda en rascacielos de cristal y acero, en viaductos, en autopistas, en dispositivos de tránsito a varios niveles que, a ratos, parece la concepción urbanísti-

ca de una ciudad del futuro, que ha cortado violentamente con todo lo que representa nuestra tradición y nuestro estilo de vida, pero en los mismos cerros que la circundan cerca de 300 mil habitantes viven en chozas. Según los datos oficiales del Censo de 1941, el 60 por ciento de las viviendas existentes en el país eran ranchos; de los cuales no menos de 90 por ciento eran de techo de paja, de piso de tierra, carecían de agua corriente, arrojaban las basuras al descubierto y no tenían letrina de ninguna clase. Más de la mitad (54%) de la población venezolana vivía en estas lamentables condiciones. No se conocen aún las cifras correspondientes del Censo de 1950, pero es evidente que a pesar de lo mucho que se ha hecho, por los organismos oficiales y por iniciativa particular, buena parte de nuestros habitantes continúan en las mismas atrasadas condiciones.

Una población emocional y socialmente desajustada, de conuqueros, trabajadores manuales no calificados, de millares de niños y adolescentes abandonados, se mueve o tiende hacia las ciudades y las regiones donde brilla el azariento atractivo de la riqueza petrolera, como si quisieran pasar, por una operación de magia colectiva, de las aldeas y pueblones que no han salido todavía de lo más dormido de nuestra época colonial, a la abundancia, el dinero y el lujo de las pródigas ciudades donde se concentra la riqueza nueva.

Esto representa un difícil período de transición por el cual Venezuela, por zonas, clases y actividades, va pasando de la estrechez y el atraso a la abundancia. Esto crea violentos contrastes y graves desigualdades que llevan a concebir que, mientras este proceso no se complete, van a subsistir lado a lado dos Venezuelas profundamente distintas, con muy graves recelos y diferencias entre sí: la Venezuela que no ha salido del pasado, con sus viejas casas, sus viejas tradiciones, sus primitivos sistemas económicos; y la Venezuela del petróleo, de rascacielos, lujosos automóviles, instalaciones costosas de placer, y lujo cosmopolita; la Venezuela de terratenientes patriarcales y peones, y la Venezuela de comerciantes, constructores, industriales, técnicos y creciente clase media; la vasta Venezuela que toca arpa y se divierte en las riñas de gallos, y la de las ciudades que envía 40 millones de espectadores en un año a las salas de cine; la Venezuela de alpargata, machete, sombrero de cogollo, rancho y casabe; y la Venezuela de los hoteles de gran lujo, de los automóviles más costosos del mundo, de los más famosos modistos, de los más célebres joyeros, la que importa por 12 millones de bolívares de whisky en un

año y por más de 21 millones de brandy. Es decir, una Venezuela que estaría representada en su mejor personificación en la montañosa, sosegada y laboriosa ciudad agrícola de Boconó y otra, enteramente distinta, que podría mirarse en la inorgánica, inestable, agitada y bulliciosa ciudad de El Tigre.

Estas dos Venezuelas coexistentes las ha separado el petróleo, y es, precisamente, por medio de la inversión de la riqueza petrolera como deben llegar a desaparecer integradas y fundidas en un solo país solidario, donde los niveles de bienestar, de productividad y de cultura no se rompan en violentos contrastes y fallas, sino que se integren sobre una base sana y firme de prosperidad, estabilidad y progreso, accesible a todos.

En este punto, surge el otro básico aspecto negativo de la riqueza petrolera. Este es el de la peligrosa vulnerabilidad y fragilidad de la situación económica de un país que depende de un grado tan alto del mercado internacional de un solo producto, como Venezuela depende del petróleo. Un grave colapso petrolero sería casi mortal para la Venezuela de hoy. Las cifras que hemos citado a lo largo de esta exposición revelan hasta qué grado extremo la economía venezolana depende de la exportación del petróleo. La defensa contra esa amenaza consiste simplemente en aumentar la capacidad productiva de Venezuela en otros renglones. Aprovechar la abundancia de medios financieros que el petróleo nos depara para incrementar la producción agrícola e industrial, para poner en valor nuestras porciones del territorio, para iniciar nuevas explotaciones mineras.

Hace ya diecinueve años que tuve la suerte de encontrar una expresión sencilla y clara que sintetizara el objetivo más perentorio de la política económica venezolana. Esa frase, que no vale más de lo que valen todas las frases, fue la de «Sembrar el petróleo». Cuando dije «sembrar el petróleo», quise expresar rápidamente la necesidad angustiosa de invertir en fomento de nuestra capacidad económica el dinero que el petróleo le producía a esta Venezuela, por tan largo tiempo desvalida.

Desgraciadamente no es esto tan fácil de hacer, como de decir. La misma economía petrolera crea obstáculos y dificultades peculiares. El dólar bajo constituye una prima para las importaciones y un gravamen para las exportaciones. Los altos costos de nuestra producción, hacen difícil producir, en los más de los casos, en la cantidad suficiente y a los bajos precios que permitirían, con beneficio atrac-

tivo, competir con los productos importados. Dar empleo a un trabajador, según cálculos aproximados recientes, necesita una inversión de Bs. 40.000 en la agricultura, de Bs. 65.000 en la industria y de Bs. 20.000 en comercio y servicios. Esto significa que el aumento de nuestra población, y el consiguiente incremento de nuestra producción para mantener sus niveles actuales, requerirán de una inversión no menor de 62.000 millones de bolívares en los próximos veinticinco años, lo que exige una capacidad de ahorro y de formación de nuevos capitales superior a la que hasta ahora hemos tenido.

A la conquista del mercado interno, creado por el desarrollo de la explotación petrolera debe, en primer lugar, dirigirse nuestro esfuerzo de producción, pero sin perder de vista que todo producto que no tenga posibilidades seguras de subsistir sin protección constante, lejos de constituir la creación de una nueva riqueza, representa, sin duda, una pérdida de la riqueza existente. En esa especie de predio cerrado que es el mercado interno, creado por la participación nacional en la riqueza petrolera, debemos esforzarnos en fomentar todas las formas de producción razonables, pero sin perder de vista que deben ofrecer la garantía de poder subsistir, el día en que nuevas circunstancias hagan necesario o deseable que la valla protectora baje o desaparezca. De lo contrario no tendremos sino una producción, dentro de un invernadero de derechos protectores y primas, que jamás podrá abandonar la estufa sin perecer.

Resolver de un modo satisfactorio y progresivo estas cuestiones es la grave responsabilidad que tenemos planteada ante nosotros los venezolanos de nuestro tiempo. Una cuestión que no es de menor monta que la más grave que haya confrontado ninguna generación del pasado. Una cuestión que no es sólo de la responsabilidad de los hombres que ejercen el Gobierno, sino de todos y cada uno de los seres que en esta tierra vivimos esta hora, una responsabilidad que no es sólo del Magistrado sino también del empresario, del agricultor, del técnico, del periodista, del profesional, del maestro, del trabajador manual, porque de la forma en que todos y cada uno acometan su parte de tarea, empezando por el Legislador y terminando por el ama de casa que al hacer su compra en el abasto puede ayudar o no a que se siembre el petróleo, depende que este país logre consolidar su riqueza presente y hacer seguro el porvenir.

De la imagen geográfica de la península económica podemos pasar sin transición a la imagen marinera. La situación descrita crea pa-

ra Venezuela dos peligros contrarios e igualmente temibles. Como la nave de Ulises, se halla en el temeroso estrecho que tiene a un lado Escila y al otro Caribdis, con sus rocas y corrientes destructoras. De un lado está la engañosa tentación de abaratar los precios y facilitar la vida por medio de la supresión de aranceles protectores y barreras a la importación, que nos convertiría en una especie de vasta Aruba, poblada de petroleros y comerciantes, donde muy pocas cosas, fuera del petróleo, podrían producirse en libre competencia con los productos más baratos y especializados en todos los países del mundo. Del otro lado está el peligro de caer en la manía autárquica de producir de todo, sin consideración alguna por los costos, creando absurdos artificios protectores, financiados con petróleo, que al final habrían de afectar los costos mismos de este producto colocándolo en una situación marginal en los principales mercados. Ambas situaciones no harían sino acentuar de un modo extremo la fragilidad de nuestra situación económica y nuestra dependencia de la explotación de los hidrocarburos.

Lo razonable parece estar en seguir un difícil, y constantemente rectificado, curso medio que nos libre de aquellos dos riesgos extremos. No vamos a ser ni el país que produce de todo a los precios más altos del mundo, detrás de una muralla china de protección fiscal, ni tampoco el país que importa de todo a los precios más bajos del planeta, entregado a la extracción de materias primas del subsuelo y al comercio de importación. Cualquiera de las dos sería una solución monstruosa y mutiladora del destino de nuestro pueblo. El fin común no puede ser otro que el de constituirnos en una nación normal, con toda la producción, el comercio y los servicios que las presentes condiciones físicas, económicas e históricas permitan desarrollar sanamente. Lo demás sería despilfarrar tiempo y recursos en crear la ilusión de una producción física que acaso, en gran parte, no podría transformarse nunca en verdadera producción económica. Producir no es otra cosa que crear riqueza, es decir, lograr un producto que represente como riqueza un valor superior al de los elementos que hubo que consumir para crearlo. Si el valor mundial de la riqueza petrolera, o de su equivelente en moneda, invertida para lograr un producto determinado resulta superior al valor mundial del mismo, se está en cierto modo en presencia de un artificio económico, que a la larga puede ser peligroso aunque el empresario, dentro

de las condiciones anormales creadas en nuestro mercado interno, logre un beneficio monetario.

Hay que repetirlo: el problema fundamental de Venezuela es de producción, es decir, producir más de todo lo que podamos, a precios de costo que estén lo más cerca posible de los precios mundiales: en agricultura, en industrias, en minas, en servicios. Necesitamos liberarnos, como quien se libera de un peligro de muerte, en la forma más razonable y pronta de la peligrosa dependencia en que todavía nos hallamos con respecto al petróleo. Para ello debemos invertir, al máximo de nuestra capacidad, la riqueza que directa o indirectamente nos proporciona el petróleo, en desarrollar, en el menor plazo posible y en la forma más sana y eficiente, otras fuentes de producción y de actividad económica, en todas las zonas adecuadas del territorio nacional. De ello y de más nada, depende que el petróleo no sea una transitoria etapa de abundancia, una corta época de vacas gordas, que va a pasar indiferente a los requerimientos del porvenir del país y ligada únicamente al destino de los hidrocarburos en el mercado mundial, como ha sido tantas veces el caso de la fugaz bonanza de las regiones mineras, Klondykes y Callaos pasajeros como febriles delirios, sino por el contrario, el punto de partida definitivo y la base fundamental de una larga era de riqueza estable, creciente y diversificada para Venezuela y para todos sus habitantes.

La voluntad creadora y la vivaz inteligencia de los venezolanos, que en tantas pruebas pasadas brillaron con esplendor heroico, en las grandes horas de la conquista, de la Independencia y de la forja de la nacionalidad, no han de estar en mengua en esta otra hora no menos grande y decisiva. La posteridad no habrá de decir de nosotros el melancólico epitafio que los últimos pobladores de Cubagua pusieron al islote yermo antes de abandonarlo, terminado en catástrofe el sueño de las perlas: «...apenas levantado, cuando del todo caído», sino que, por el contrario, habrá de reconocer, agradecida, que, con los inevitables errores y desvíos, los venezolanos del petróleo supieron utilizar aquella venturosa circunstancia para crear una nación rica, próspera y feliz a la que el mundo habrá de contemplar con respeto y admiración.

Yo no soy pesimista. No hay derecho a ser pesimista en un país tan lleno de posibilidades materiales y donde la planta hombre nunca ha dejado de florecer con vigor. Tampoco soy de los que tiende a caer en ese peligroso optimismo beato de que el azar de la riqueza

habrá de resolver para nosotros todos los problemas sin esfuerzo de nuestra parte. Si así fuera no seríamos dignos ni de esa riqueza, ni del nombre de venezolanos. Es mucho lo que se ha hecho y lo que se ha avanzado, pero no será posible alcanzar plenamente los vitales objetivos de nuestro tiempo a menos que todos, a una, nos pongamos con decisión a la tarea.

No es de los humanos el privilegio de escoger el tiempo de nuestra vida. A unos les tocan los siglos serenos y apacibles de cosechar y disfrutar el trabajo de los padres, a otros, en cambio, les toca el tiempo de sembrar, de enrumbar, de fundar, de crear. No sólo son los tiempos de guerra y de escasez los difíciles, también lo son las épocas en que la riqueza y el poderío pueden escaparse de las manos perezosas. Son esos tiempos difíciles y riesgosos los que sirven para poner a prueba la textura del alma de los hombres y de los pueblos. Las generaciones que no saben comprender las tareas de su época quedan fallidas en la historia. Somos los venezolanos del tiempo de la inmensa y compleja revolución petrolera. Sepamos serlo con inteligencia, con energía y con grandeza, y habremos ganado para el pueblo una dura y larga batalla que la posteridad no estimará menos que Carabobo o Ayacucho.

Extranjeros y hermanos

El odio al extraño es uno de los sentimientos más primitivos y espontáneos del hombre. El extraño, el extranjero, el forastero era casi siempre el enemigo. El hombre de costumbres distintas, de mentalidad distinta, de lengua distinta. En los pueblos primitivos el contacto con el extranjero ocurría siempre en formas de violencia y de engaño. La guerra violenta, el comercio depredatorio y la esclavitud.

El hombre tiende a odiar todo lo que no se le asemeja. A mirar como ridículo y en veces odioso lo que difiere de sus maneras habituales. Este poderoso fantasma que sobrevive en el alma del hombre como legado de las más salvajes edades, tiene su expresión cazurra y paladina en la cultura tradicional de todos los pueblos. El refranero de todas las naciones está lleno de la expresión de la más absoluta desconfianza al extranjero. Los refranes aconsejan no entrar en tratos con el que viene de fuera, no introducirlo en nuestra casa, no casarse en tierra ajena. Es la herencia viva del espíritu de la tribu, cerrado, ignorante, supersticioso.

Para esa mentalidad primitiva el sentimiento de hostilidad a lo extraño empieza a ejercerse con el habitante de la aldea vecina. El ex-

traño, el forastero, el «pajuerano», como decían los gauchos, era todo aquel que no había nacido y vivido a la sombra del campanario de la parroquia. La desconfianza tradicional empezaba a ejercerse sobre el hombre que venía de la parroquia más cercana. El odio más enconado era el que dividía a los habitantes de los pueblos vecinos.

La gran misión de la civilización cristiana fue justamente la de tratar de que el hombre mirara a todos los demás hombres como sus iguales y hermanos. Como los hijos de un mismo padre. Y la maravillosa revelación del humanismo consistió en proclamar la identidad fundamental de todo lo humano. En afirmar con creadora emoción que nada que fuera humano podía ser ajeno para ningún hombre.

Detrás de la piel distinta, envuelto en la palabra que no comprendemos, lo que hay siempre es un sentimiento igual al nuestro. Un sentimiento que una vez revelado proclama la identidad humana de los que recelosamente podían mirarse como extraños.

Todo este complejo de la actitud ante el extranjero se ha estado revolviendo en Venezuela en los últimos años ante la llegada de inmigrantes en un número que empieza a ser considerable. No sólo en las ciudades, sino aun en las más apartadas poblaciones, tropieza uno con numerosos extranjeros que han venido a este país a trabajar y a rehacer sus vidas. En un español matizado de los acentos de las más variadas lenguas de Europa hablan a los sorprendidos vecinos de los pueblos y se ponen a trabajar esforzadamente con el empeño de quien quiere recuperar el tiempo perdido.

La gente venezolana, que ha sido siempre abierta y acogedora, los mira al comienzo con curiosidad y sin antipatía. Pero poco a poco esa desprevenida y humana actitud comienza a convertirse en recelo y hostilidad. Es el desempleado que cree que se ha quedado sin trabajo por culpa de alguno de esos laboriosos extranjeros. Es el chofer de plaza de la ciudad grande que piensa que gana menos porque hay muchos extranjeros disputándole la clientela. Es el periódico que, cuando publica un suceso, señala siempre de modo llamativo la condición de extranjero del extranjero que aparece envuelto en él. Es el comerciante que oye y repite que las ventas bajan porque los extranjeros ahorran mucho y gastan poco. O el que cree que los dólares escasean porque los inmigrantes los adquieren en grandes cantidades para enviarlos a sus familiares en el país de origen.

Todos estos prejuicios van envenenando el ambiente y creando un sórdido sentimiento de hostilidad hacia el inmigrante. Un sentimiento

fácil y superficial que estalla en afirmaciones grotescas de nacionalismo, en palabras injuriosas para el inmigrante y en odio negativo y destructor.

Hace pocos días oí a un niño que se peleaba con un compañero en la puerta de la escuela, gritarle a guisa de injuria: «portugués». Sentí en aquella palabra inocente tan viva la llaga del odio irreflexivo, que estuve tentado de acercarme a ellos para decirles, en el tono más suave y convincente de que fuera capaz, lo siguiente:

—Haces mal en emplear esa palabra para molestar a tu compañero. Al hacerlo, injurias sin ninguna razón a millares de hombres que no conoces y que no merecen tu maltrato. Esos portugueses que a veces te habrás tropezado en la calle, son hombres tan buenos, tan honrados, tan dignos de respeto y simpatía como tu padre, como tus tíos o como los señores que visitan tu casa. No se les llama portugueses por nada indecoroso, sino por el contrario, por haber nacido en un país que se llama Portugal, que es uno de los más bellos, más heroicos, más laboriosos y cultos del mundo. La humanidad toda y en especial nosotros los americanos debemos gratitud y admiración a los portugueses, que enseñaron a Europa a navegar el mundo y que han enseñado a todos los pueblos cómo la virtud de una pequeña nación puede hacerla grande e independiente en medio de codiciosos rivales. Esos hombres han abandonado su país, sus amigos, sus costumbres y a veces hasta sus familias para venir a hacer su vida a fuerza de trabajo honrado en este país nuestro. Es triste y doloroso salir de la propia tierra. Sería triste y doloroso para nosotros tener que abandonar la nuestra y lo sería peor si tuviéramos que llegar a un lugar donde se nos mirara con odio y donde se pretendiera injuriarnos llamándonos «venezolanos». En lugar de eso, lo que debemos es agradecerles que hayan escogido nuestra tierra para venir a trabajar, para venir a poner su trabajo y su vida junto a los nuestros para contribuir al progreso de la que es hoy nuestra tierra y que, ganados por el amor y la generosidad de nosotros, será también mañana la de ellos y la de sus hijos.

Yo estoy seguro de que el niño me habría oído con interés y con comprensión, y habría sentido profundamente toda la verdad de lo que quería hacerle entender.

Palabras semejantes y explicaciones parecidas las necesitaba aquel niño, y millares de otros niños y millones de venezolanos. Todos los que creen que Venezuela necesita de inmigrantes y que el aporte de

esa sangre nueva es útil para el país, deben ocuparse no sólo de asegurar trabajo y colocación para esos inmigrantes, sino, además, preparar el ánimo de la gente para recibirlos y convivir con ellos.

Los que vienen a unir su destino al progreso de nuestro país tienen por ese sólo hecho en común con nosotros la más sagrada de nuestras esperanzas. Todo lo que los humille y los segregue empequeñece al mismo tiempo el valor de su aporte y el tamaño moral del país al que han venido a dar todo lo más precioso que tienen: el don de su vida y de su trabajo.

El carácter de la literatura venezolana

Antes de ocupar el sillón con que me habéis honrado, quiero, en llana cortesía, daros gracias sinceras por tan insigne distinción.

Habría que mirar a esta Academia Venezolana no sólo como a la docta conservadora de la lengua nacional, sino además como el centro donde se congregan hombres que por la palabra y el pensamiento se han destacado en el servicio del país. En la medida en que la escasez de nuestros méritos individuales no corresponde a ese concepto, debemos sentir más la responsabilidad que contraemos al venir a tomar asiento en una corporación que tiene por objeto, entre sus preciosas y casi desproporcionadas atribuciones, las letras, la lengua y el pensamiento del país.

Tratando de olvidarme de ese intimidante prestigio, y de no mirar los rostros de los grandes escritores y poetas que, desde sus efigies de desaparecidos, concurren con silenciosas y severas cuestiones a estas juntas, me animo al imaginar que ésta es, después de todo, y ojalá no deje de serlo nunca, la primera y la más autorizada de nuestras tertulias literarias.

Nada es más fecundo, estimulante y aleccionador que el diálogo entre escritores y hombres de pensamiento. El jugar con las ideas y

los conceptos engendra nuevas ideas y sugiere conceptos nuevos. Toda la filosofía griega nació del dialogar de los hombres enamorados de la verdad, y la ciencia, la literatura y la enseñanza no son sino formas derivadas, en una u otra manera, de alguna especie de diálogo.

En mis años mozos abundaban en nuestra Caracas las buenas tertulias literarias, en las que, en las horas tranquilas del atardecer, junto a los vasos de barata cerveza, gente enamorada de las palabras y angustiada por los mensajes de vida o muerte que pueden contener, pasaba las horas hablando de las letras de Venezuela y del mundo y de lo que cada uno se creía llamado a hacer en ellas y por ellas.

Aunque modestos y desorganizados, eran buenos gimnasios del pensamiento y también del amor por Venezuela.

En una de esas tertulias, precisamente, vine a conocer a Jacinto Fombona Pachano, para entonces joven poeta de apuesta figura, vibrantes gestos, aquilino perfil y voz clara. Recitaba sus versos con emocionado pudor de confidencia y comunión, y hablaba con ardor, no sólo de literatura, sino de todo cuanto tocaba al bien y a la dignidad del hombre. Ni a él ni a mí, nos hubiera pasado por la cabeza, pletóricos de confiada juventud y generosos sueños, que un día habríamos de entrar en esta Academia, que entonces nos parecía tan distante y ajena; y, mucho menos que a mí habría de tocarme el triste y honroso privilegio de sucederle y hacer su elogio público, para el cual nunca me hubiera sido necesaria obligación impuesta.

Jacinto nació en 1901, en un hogar donde la poesía era delicia compartida del padre y de la madre. Doña Ignacia, hija del guerrero y escritor federal General Jacinto Regino Pachano, escribía con fino sentimiento; y en cuanto al padre Manuel Fombona Palacio, que había de morir dejándolo en tierna orfandad, ocupó lugar destacado entre la generación positivista, a la que invitó al modernismo y a la vocación heroica José Martí, durante su fulgurante visita a Venezuela. No sería justo que, a la hora de hacer este recuento de familia, fuera a olvidar a Jacinto R. Pachano, tío materno, hombre cortés y culto, de limpia vida y grata compañía, que llenó con dignidad y amor los deberes del progenitor desaparecido, y a quien el poeta con afecto y gratitud no desmentidos durante toda su vida, llamó «padre, hermano y amigo», porque todo esto supo serlo con ejemplar dedicación.

Los que tuvimos la dicha de frecuentarla, no podemos olvidar aquella vieja casa de la Plaza del Panteón, con su granado verde en el patio, su discusión de jóvenes poetas en el corredor y su aromoso café.

Era una casa que correspondía a un tipo de vida y a una ciudad que ya no existen. La Plaza del Panteón era tranquila y no la poblaban sino los árboles, los pájaros, los ojos de las hermosas muchachas que asomaban por las ventanas y el diálogo sin término de aquellos mozos, que descubrían con dolorosa pasión su literatura y su país. En una noche llena de silencio y de estrellas, velamos allí a la madre de Jacinto, a la que él despidió con un canto trémulo y viril de hijo orgulloso.

Jacinto Fombona Pachano fue un poeta no sólo por la obra, sino por el temperamento y por la acción. Era un ser dotado de honda sensibilidad tanto para la belleza estética como para la belleza moral. Se conmovía hasta las lágrimas con la gracia de un verso o con la justicia de una acción. Toda su poesía nace de la emoción y del sentimiento y por eso, a todo lo largo de su obra, hay un indudable sabor romántico. Nunca supo ser frío, ni objetivo, ni formalista. Creía que la poesía no era un juego del espíritu, sino un don o una misión de decir cosas que los demás esperan, y, por eso mismo, prefería las formas más sencillas, las palabras más claras y los temas más humanos.

La poesía suya fue como la destilación natural de sus emociones de hombre verdadero. Es una poesía en la que dice armoniosamente sus cosas el hijo, el enamorado, el amigo, el buen ciudadano, el esposo, el padre, el yerno, el hermano. No era el suyo oficio de poeta, era oficio de hombre vertido en poesía por obra del temperamento.

Todavía en la adolescencia se incorpora a los jóvenes que hacen su aparición en el escenario de nuestra literatura hacia 1918. Llegaban en la hora en que el modernismo se desintegraba y empezaban muchas formas de reacción o de enmienda, el modernismo venezolano nunca fue ni muy genuino, ni poderoso. Había caído, en gran parte, en orfebrería verbal y en hueras evocaciones falsas del falso Versailles de Rubén Darío. Dos notables poetas se destacaban ante ellos, con una obra viva en la que la originalidad y la fuerza creadora primaban sobre la imitación: he nombrado, con el debido respeto, a Alfredo Arvelo Larriva y a José Tadeo Arreaza Calatrava.

Entre las tendencias de reacción antimodernista, las que se caracterizan por el prosaísmo sentimental y por el regreso a ciertas formas y temas del romanticismo (baladas, cantos históricos, poesía civil) son las que predominan en nuestros poetas del 18. Era en verdad escasa, en aquel aislado y oscuro tiempo nuestro, la información de lo que pasaba con la poesía en el mundo. Lo poco que se sabía pro-

venía del azar de un viajero, de un libro o de una revista, pero, en cambio, estaba activo y seguro el instinto de los poetas que buscaban nuevos caminos. Ello acaso sirva para explicar la poca homogeneidad de ese movimiento, la suma inconstante y hasta contradictoria de las influencias que sufrió, y lo personal y distinta de la obra que cada uno vino a realizar en particular.

Jacinto Fombona Pachano comienza por cantar el amor de Carmen Rosa, la muchacha de barrio, y los sueños y esperanzas de una juventud que no veía otro camino que el sacrificio. La visita de un Villaespesa o la de un Chocano eran grandes acontecimientos retrasantes, que desviaban del camino que necesitaban seguir. Hoy nos cuesta trabajo reconstruir el ambiente de aquella Caracas pueblerina y apartada, adonde apenas de año en año venía una bailarina, un celista o una compañía de ópera y donde no existía un solo curso de humanidades superiores. Prácticamente no había conciertos, ni conferencias, ni exposiciones. Con la excepción de los pocos que podían evadirse a Europa, fueron aquéllas, en el más exacto sentido de las palabras, generaciones de desheredados de la cultura, y este trágico rasgo no deben perderlo de vista quienes tomen hoy la fácil tarea de juzgarlas.

Los nuevos sintieron muy pronto el horror de la torre de marfil que habían elogiado los modernistas. Creyeron que el poeta tenía una misión social que cumplir y fueron valientemente al pueblo con su poesía. Los domingos, en un teatro de la ciudad, se celebraban recitales públicos donde los jóvenes poetas daban a conocer su obra y llevaban su mensaje hasta el hombre de la calle. A veces la emoción del público, sea dicho en su elogio, subía hasta el estallido de la ovación, como en los buenos espectáculos populares. No faltaron entre ellos quienes, animados por la experiencia, proyectasen una especie de misión poética itinerante que se fuese a pie, a lo largo de los caminos del interior, para decir a las gentes, en las plazas de los pueblos, las «cosas sabias, útiles y buenas», manteniéndose virtuosamente de la caridad de la poesía.

Para el año de 1932, Fombona Pachano recoge por primera vez su poesía en un libro. El título *Virajes* ya es un anuncio de cambios y rectificaciones. Sin embargo, en un hombre en quien la poesía estaba tan asociada a su propio ser no podían darse cambios muy radicales. *Virajes* se compone de una selección de su obra anterior, dispersa en periódicos, y de los poemas en los que expresa su nueva manera. Si estos poemas difieren de los anteriores, es precisamente porque

se ha acentuado en ellos la voluntad de sencillez del poeta. Canta con una voz que, a fuerza de simple y natural, casi parece del pueblo, los menudos sucesos de la vida apacible, la nube que echa a perder el domingo de las muchachas, la carreta del malojero, la devoción de la Virgen de Palosanto, el Avila y los juegos de su pequeño hijo. Más que un cambio es una afirmación de sus cualidades. Afirma lo sencillo, lo directo, lo tiernamente humano, que es, por lo mismo, lo verdadero, lo inmutable, lo eterno. Es un poeta que quiere llegar a las grandes verdades eternas del hombre por el camino de la vida cotidiana. Mientras más despojada y más directa, su voz parece hacerse más tierna y conmovedora.

Se asoma también a los campos «que azotan soledad, polvo y miseria» para mirar con angustia al campesino sin palabras y sin obras, y exclamar:

«¡Quién sabe por qué no labras,
hombre que miras la tierra!»

Así como en sus primeros tiempos tuvo un tenue eco de las baladas de Paul Fort, más tarde se podrá observar, cómo de un modo pasajero, se acerca a García Lorca y a Neruda. Sólo que en él las influencias son apenas ensayos instrumentales, como han de ser en todo artista verdadero a quien sólo importa expresar lo propio y no tiene tiempo ni curiosidad para otra cosa.

Más tarde, las angustias del mundo y de su tierra no le permiten disfrutar de la paz que la vida parecía ofrecerle por primera vez. Está en Washington cuando la tormenta de la Segunda Guerra Mundial va a desatarse sobre una humanidad ciega que parece condenada por una maldición bíblica a destruirse a sí misma.

El que mucho ama, mucho sufre. Vuelve sobre él el desasosiego y el dolor por los hombres. Su voz se hace transida y clamante:

«Yo soy el que no sabe dónde asentar los pies.
Soy el de 1940.
Soy el atado...»

Mira venir la irreparable destrucción sobre las torres desprevenidas, que el hombre alzó para la vida y para el trabajo:

«Alguien o algo está naciendo,
alguien o algo se ha detenido en las cabañas,

se ha posado en las cúpulas,
duerme debajo de los puentes y en los establos;
alguien o algo viene alimentando
su estrella con aceite de criaturas deshabitadas,
con llanto de piedras rotas y de campos hundidos.»

No iba a ser larga su vida. No iba a tener tiempo de recoger la cosecha y de gozar en paz de la serena hora de la tarde, bajo el tibio sol que «alarga todas las cosas». La salud gravemente quebrantada le daba crudas advertencias. La presencia de la sombra aviva en él el gusto de lo esencial y el desdén por lo pasajero. No es que cambia su vida, ni su actitud, porque en él, como en todo hombre de verdad, el existir no es sino un «ars moriendi», un arte de ir muriendo, que es un arte sereno de irse afirmando sobre lo cierto, pero su poesía se despoja todavía más de todo lo que parece superfluo, y sin abandonar la ternura, que es de su naturaleza, toma un tono más sereno y desengañado.

Regresa a las formas más simples y casi rituales de la poesía castellana. Es la alta voz, que no se quiebra, de Jorge Manrique, la que siente más próxima.

Está en vigilia y en espera:

«hombre habitado, encendido,
de pies,
con sus huéspedes en vela.»

Los más de esos huéspedes, que acompañan su vigilia, son los que ya se han ido, los que quiso y ya no están, que acaso lo aguardan del otro lado, y acaso esperan una palabra suya que les anuncie su llegada:

«Salga la voz de mi pecho
la antigua copla exhalando
sin gemido,
y anime el mundo deshecho
que estoy en mí contemplando
cómo ha sido».

Al fin, la certidumbre de la muerte se convierte en él en victoria de lo que no ha nacido sino para vivir, que es la victoria fundamental del hombre creador, del hombre animado de espíritu, ante la muerte, que no puede destruir sino lo perecedero. Una victoria difícil, amarga y sin jactancias que hay que proclamar en un himno, desnu-

do y asordinado, donde cada palabra se llene, hasta desbordar, de contenido humano:

«diga vida y no muerte
quien de morir habló,
quien tuvo dicho:
—aquí todo acabó,
y no vio que en mi pecho
un nombre inscribí yo
Diga, y lo diga siempre,
si lo vio:
—vida es la que este mármol
con su estela marcó,
vida, tan sólo vida
y muerte, no.»

Un hombre que había llegado a hablar así, estaba listo para ausentarse y maduro para la gran hora, que fue la que llegó en un triste día de 1951. Todo creador que muere, interrumpe un proceso de creación, y nos priva para siempre de dádivas insustituibles. Nadie habrá de darnos lo que la muerte le quitó a Jacinto la oportunidad de revelarnos. Había llegado al punto de una madurez ejemplar y segura y las palabras venían a su boca como el fruto en la estación al buen árbol. Pero para compensarnos de la pérdida de todo lo que calló, nos queda el abundante y renovado regalo de todo lo que acertó a expresar, que, como dijo el otro, es «harto consuelo». Allí está, para todos los que viven y sienten, su obra llena de belleza y de comunicativa emoción humana donde lo mejor de su voz se ha salvado y está en presencia perpetua, para los que se la oyeron y para los que ya nunca se la podrán oír. Porque él podía hablar así, podemos hoy hablar de su vida y no de su muerte, conmovernos con sus palabras, sentirlo en sus sentimientos, entrar en la entraña de su ser que es su poesía, y dialogar sin término, ahora y siempre, que es el don, casi sobrehumano, que sólo pertenece a los artistas y a los creadores. «Vida, tan sólo vida y muerte, no».

Si él estuviera aquí ahora, y quién puede saber si lo está, podríamos ponernos a hablar de literatura, como tantas veces lo hicimos. Y es, precisamente, lo que me propongo hacer.

¿Qué otra cosa podría yo hacer, al incorporarme a vuestras deliberaciones, sino hablar de literatura? No vengo aquí revestido con los prestigios del lingüista o del filólogo, que mucho respeto pero que no poseo, sino apenas con el amor intelectual de quien desde tem-

prano en la vida ha sentido el gusto de las letras y la terrible vocación de escribir para los otros, de la que nunca ha renegado y a la que ha vuelto siempre, a sabiendas de que nada más maravilloso le ha sido dado al hombre que la palabra, que le permite llevar a los otros lo más verdadero y valioso de su propio ser.

En aquellas tertulias literarias de mis años juveniles, se hablaba con pasión de nuestras letras, de su pasado y de sus empresas para el porvenir. Muchas de las cosas que entonces surgían ante nuestros ávidos ojos de principiantes, como invitaciones al riesgo, a la creación o al debate, no sólo siguen teniendo validez, sino que en cierto modo la han cobrado mayor, en medio de las grandes transformaciones de toda índole que vienen ocurriendo en nuestra tierra, que afectan y han de afectar todas las formas de su vida, y que plantean a los escritores y hombres de pensamiento venezolanos requerimientos tan perentorios y graves, que acaso excedan a los que hubieran de enfrentar los hombres de 1810.

Habría que comenzar por hacer un sincero examen de conciencia y preguntarnos, aun a riesgo de parecer que dudamos de lo obvio, con la trágica sinceridad de quien no quiere engañar ni ser engañado, algunas de esas cuestiones fundamentales: ¿Existe una literatura venezolana? ¿Qué país es el que ha expresado nuestra literatura? ¿Qué le ha dicho la literatura a la nación y en qué medida ha tenido influencia sobre su destino?

Preguntarse si existe una literatura venezolana no es cuestión tan ociosa como pudiera parecer. No siempre fue fácil contestarla. A lo largo de nuestra vida de pueblo, en una u otra forma, se la han planteado muchos de nuestros más notables pensadores. No es que nadie dude de que haya habido escritores en Venezuela, ni de que entre sus obras hay algunas que habrán de llegar a la más remota posteridad. La cuestión que se plantea es otra. Es la de saber hasta dónde o desde cuándo, además de tener escritores nacidos en su suelo, Venezuela puede decir que tiene una literatura propia, con rasgos definidos, que la distinguen de las demás.

Cuando se ha tratado de hacer una enumeración de los hombres de letras nacidos en el país, como son las más de las reseñas publicadas hasta principios de nuestro siglo, los historiadores parecen estar de acuerdo en que la actividad literaria comienza con la Independencia.

El propio Andrés Bello, en su *Resumen de la Historia de Venezue-*

la, coloca en los fines del siglo XVIII el comienzo de lo que llama «la época de la regeneración civil de Venezuela». Para otros, se inicia en los alrededores de 1806, y le asignan como solar la famosa tertulia de la casa de los Ustáriz, que viene a resultar así la fuente y madre de nuestras agrupaciones literarias y academias. Esta es la opinión de Julio Calcaño, de Felipe Tejera, de Menéndez y Pelayo que llama «páginas en blanco» las que nuestra historia literaria podría ofrecer con anterioridad a esa época, y de Gonzalo Picón Febres, quien en una de sus obras llega a señalar exactamente el año de 1830, diciendo: «De aquí nació realmente nuestra literatura».

Sin embargo, cuando se ha tratado de hallarle un carácter nacional a la literatura, las dudas y las vacilaciones han sido grandes y reiteradas. Durante el siglo XIX, muchos negaron de plano que existiera, otros la veían apenas en estado embrionario, y no pocos certificaban su ausencia, al trazar los programas de lo que, a su entender, debería ser una literatura de Venezuela.

Al final de la tormentosa jornada de su vida, en 1865, Juan Vicente González dirige los desengañados ojos a la literatura de su país y confiesa: «Al oírnos hablar del espíritu literario, se nos preguntará si creemos exista en Venezuela, si conocemos obras que lo expresen y cuáles son su carácter y sus tendencias. La literatura nació un día entre nosotros y sin las agitaciones y revueltas ¡ay! que han consumido al país, tendríamos acaso una, ingeniosa, noble, fruto espontáneo de nuestra civilización y nuestro clima». Venía a ser en sus labios como el melancólico reconocimiento de que no había sido atendido el consejo que tiempo antes había dirigido a los jóvenes: «Hilad la seda de vuestro seno, libad vuestra propia miel, cantad vuestras canciones; porque tenéis un árbol, un panal y un nido».

En fecha tan relativamente próxima a nosotros como el año de 1881, Felipe Tejera exclamaba en sus *Perfiles Venezolanos:* «...de todo tienen nuestras letras, menos de venezolanas». En 1892, Julio Calcaño en su *Parnaso Venezolano* consideraba nuestra poesía como «rama de la poesía castellana». En 1903 José Gil Fortoul señalaba que la contribución literaria de Venezuela «no se distingue aún con caracteres esenciales» del movimiento literario del resto de Hispanoamérica.

Y todavía en 1920, en su primera novela *(Reinaldo Solar)* Rómulo Gallegos insiste: «...han fracasado lastimosamente todos los que han tratado de hacer una literatura nacional, falta la materia prima, el alma de la raza».

Esta duda, que llega hasta a negar, puede interpretarse como la expresión de un sentimiento de frustración ante lo que la literatura ha hecho para expresar al país y darle una conciencia. Los mismos que señalaban esa falta, estaban trabajando, de una manera casi paradójica, por llenar el vacío que advertían y por crear una obra literaria que fuera inconfundible y profundamente venezolana. La verdad es que junto a la declaración de ausencia de una literatura nacional había estado siempre no sólo la tentativa de hacerla, sino incluso los programas explícitos para que se realizase.

Esos programas de invitación al nacionalismo aparecen ya en la obra de Bello, el mayor de los próceres de nuestra literatura.

Cuando en 1823, en Londres, en su *Alocución a la Poesía* se dirige a los ingenios de su lejana tierra, los incita, con el ejemplo y con la prédica, a expresar lo rústico americano, a tomar por tema de sus obras la poderosa naturaleza de la Zona Tórrida, a emprender la misión de un Virgilio criollo que cante las mieses, los rebaños y los trabajos y virtudes del labrador, y a celebrar y narrar las leyendas del pasado indio y los héroes y los grandes hechos de la guerra de la Independencia. Más tarde, en 1826, en su *Silva a la Agricultura,* señala a los escritores, como objeto, la formación moral de la juventud, la exaltación del trabajo agrícola, y la glorificación de las antiguas virtudes y de la paz. Lo que auspicia, en una palabra, es una literatura que ayude a reconstruir y a civilizar las naciones derruidas por la guerra, hecha de motivos, intenciones y caracteres nacionales. En 1848, en un discurso en la Universidad de Chile, lo dice aún de manera más enfática: «...o es falso que la literatura es el reflejo de la vida de un pueblo, o es preciso admitir que cada pueblo de los que no están sumidos en la barbarie es llamado a reflejarse en una literatura propia y a estampar en ella sus formas».

Un eco de esta gran voz que clamorea a lo lejos es el que hemos oído en Juan Vicente González cuando desespera por una literatura que sea «fruto espontáneo de nuestra civilización y nuestro clima».

Esa búsqueda de lo nacional va a encontrar sus más visibles realizaciones en el costumbrismo y en la novela y el cuento criollista, que aparecen a partir de los diez o veinte últimos años del siglo XIX. Para unos (como Blanco Fombona y Picón Febres) comienza con las obras de Romero García y de Urbaneja Achelpohl; para otros (como Julio Planchart) se inicia con *Zárate* de Eduardo Blanco.

Sin embargo, pasada la primera oleada de ese criollismo meramente

descriptivo de las costumbres y el lenguaje popular, Rómulo Gallegos encontraba, en la misma oportunidad que hemos citado anteriormente, que esas obras no pasaban de ser «pinturas más o menos adulteradas de la parte externa de la vida popular. De lo interior, de lo hondo, que es lo único verdadero, ni una palabra, ni un vago indicio de penetración en esa alma sepultada».

Había sido necesario que la literatura llegara primero a una descripción externa de las gentes y del paisaje, para que luego pudiera pasar del mero documento etnográfico a penetrar en el espíritu de lo nacional y en sus visibles e invisibles caracteres.

Una vez que se llega al concepto de que lo nacional no sólo está en lo pintoresco visible, sino además, y acaso sobre todo, en ciertos finos matices de la tradición, del carácter, de los valores, de la conducta, de la vivencia, de la concepción peculiar del mundo, es lógico pensar que, aun en la época en que no era exteriormente ostensible, debió haber una identidad o una huella del país en las cosas que se escribieron por quienes estaban penetrados de la realidad de su ambiente. Era como descubrir un tono, un sabor y un carácter, menos visible y superficial que los que destacó el criollismo, que había marcado la condición venezolana en hombres y obras desde tiempos muy remotos.

Esta manera de entender lo nacional ha sido la de los críticos más recientes. Ya no sólo se piensa que comienza a haber una expresión venezolana en Juan Vicente González o en Bello, sino que Julio Planchart encuentra «un mundo de venezolanidad» en la historia de Oviedo y Baños, y un hombre de tan perspicaz y culto sentido crítico como Mariano Picón Salas, inicia su *Proceso y Formación de la Literatura Venezolana,* que «busca en nuestra Literatura uno de los signos más expresivos del alma histórica venezolana», con el estudio de las crónicas que Aguado y Castellanos escribieron en el siglo XVI, en el refugio de las primeras aldeas de bahareque que se alzaron sobre la tierra recién conquistada.

El panorama de las letras patrias que se extiende ante la vista de Picón Salas, lógicamente, no es el mismo que podían contemplar Felipe Tejera, o Juan Vicente González, y menos aún Andrés Bello, que había visto surgir la imprenta entre nosotros y podía sentir que la literatura venezolana nacía con sus contemporáneos, y antes que materia de estudio era tema de proyectos y programas.

Es evidente que no sólo el panorama de nuestras letras ha ido cam-

biando con las obras que aporta cada nueva generación, sino que también el criterio para juzgarlas ha sufrido importantes modificaciones a lo largo de esa evolución. Los caracteres en los que los hombres de hoy podemos reconocer lo nacional, no eran los mismos para Urbaneja Achelpohl, ni mucho menos para Juan Vicente González.

Sin embargo, los rasgos que podrían señalarse como peculiares de la manera de escribir de los venezolanos, no han sufrido tantos cambios con los tiempos, los gustos, las influencias y los géneros predominantes. A pesar de que no se tenía el mismo modelo para un discurso en los tiempos de Acosta que en los de Díaz Rodríguez.

Desde los días de Bello hasta los años del 90, lo que más se cultiva entre nosotros es la poesía, la historia, la elocuencia y el cuadro de costumbres. Desde fines del siglo XIX hasta nuestros días, los que predominan son los narradores, los ensayistas y los poetas. Este cambio de preferencia por determinados géneros no afecta fundamentalmente las características que desde el siglo XIX venían señalándole los críticos a nuestra literatura.

Desde el siglo pasado, algunos críticos han creído poder señalar un estilo literario predominante en Venezuela, o, acaso mejor, un gusto predominante, al través de géneros y de épocas, por determinados estilos afines. Es un gusto por las formas más elaboradas, preciosas y gratas al oído, que, en no pocas ocasiones, por culpa del exceso, ha llegado hasta el defecto y el amaneramiento.

El poder señalar una manera de escribir predominante, a lo largo del mayor espacio de la historia literaria de un país, ya por sí sólo constituye, si no la prueba de la existencia de una literatura, por lo menos el indicio de una escuela de poetas y prosistas.

No pocas veces, lo mismo que declaraban que no existía una literatura venezolana, señalaban, con aplauso o con reparo, la persistente presencia de esa manera o estilo venezolanos.

Miguel Antonio Caro, el humanista colombiano, señalaba la «grandielocuencia» que «a veces raya en declamación y retumbancia» como «manera nacional» de nuestros escritores.

Si uno piensa que nuestras gentes han admirado el *Delirio sobre el Chimborazo* como la culminación literaria de Bolívar, que los dos libros más famosos en nuestro siglo XIX fueron, tal vez, la *Historia Universal* de González y la *Venezuela Heroica* de Eduardo Blanco, que ningún poeta de esa época fue más leído y alabado que Abigaíl Lozano, se siente tentado a darle la razón a Caro.

Ha habido en Venezuela un gusto muy pronunciado por el estilo florido, por el ingenio de la expresión, por las bellezas de forma, independientemente del contenido, que ha traído la curiosa designación de «estilista» para destacar a los que se acercan a ese ideal de gracia formal.

Estilista, orfebre, artífice de la palabra, son epítetos que abundan en los elogios de escritores venezolanos, a partir de la aparición del modernismo. Manuel Díaz Rodríguez con su florilegio de imágenes fue por mucho tiempo el dechado de estas características. Su prosa, llena de ritmo y recargada de efectos descriptivos, vino a halagar y afirmar nuestra vieja tendencia a la declamación. Julio Planchart pudo decir: «El modernismo encajaba bien en la tradición literaria venezolana. Es muy nuestra la tendencia a darle más valor al estilo que al fondo, o a lo menos a cargar aquél de flores y lindezas».

Ese gusto barroco por la decoración retórica no se pierde ni en la novela ni en el ensayo. Muy contados serán los novelistas y ensayistas venezolanos en quienes las preocupaciones de forma sean secundarias.

Podría decirse que a todo lo largo de su historia la literatura venezolana se ha caracterizado por el predominio del estilo artístico.

Una tendencia tan marcada y persistente no puede ser considerada como una mera escuela o moda que se deja sentir en las letras, sino más bien como la manifestación literaria de un rasgo del carácter nacional. En ese archivo viviente del espíritu de un pueblo que es su lenguaje, podremos hallar algunas indicaciones. Todos los que han estudiado el castellano de Venezuela coinciden en destacar la peculiaridad del estilo lingüístico del pueblo venezolano y su preferencia por las expresiones ingeniosas, efectistas y abundantes de imágenes. Bastaría, al efecto, citar el testimonio de Angel Rosenblat, cuyos estudios del lenguaje venezolano son los más valiosos y completos de que disponemos, quien dice: «En ninguna parte hemos encontrado en el habla familiar tal riqueza de giros, de comparaciones ingeniosas, de expresiones pintorescas y metafóricas, tal imaginería, tal profusión de matices» (A. Rosenblat, *Buenas y malas palabras,* p.21). En efecto, nuestro lenguaje popular abunda en retruécanos, en juegos de palabras, en jocosas paronimias, en dobles sentidos, tanto o más preciados cuanto más elaborados y difíciles son. A esta misma inclinación por las formas ingeniosas y, a su manera, artísticas, debe atribuirse la preferencia de nuestros cantores populares por un tipo

de estrofa tan complicado como la décima, y por un género de composición tan rígido como la glosa.

No es de extrañar que una nación que marca tal inclinación en su lenguaje hablado y en su poesía popular por las formas más artificiosas, lleve hasta la elevada esfera de su literatura la preferencia por el estilo artístico, y lo precioso y lo raro en la expresión.

De este modo nuestra literatura ha tendido con frecuencia a caer en una especie de «manierismo», de pasión por las gracias de estilo, de apegamiento, a veces retardado, por los preceptos artísticos de las escuelas sucesivas.

Tuvimos el caso en la larga permanencia de las modas neoclásicas que todavía a mediados del siglo XIX, resuenan en la más celebrada oración de Cecilio Acosta. En el Juan Vicente González final de la *Revista Literaria* hay también un manierismo del estilo romántico de Michelet; Huysmann, D'Annunzio y los decadentistas marcan todo nuestro tardío modernismo. Nuestro reconocido cosmopolitismo ha sido más de las formas que de las ideas y han sido precisamente las escuelas literarias que más se han señalado por la elaboración de la forma artística, las que más largamente han ejercido su influencia entre nosotros. Piénsese en la larga influencia del neoclasicismo, en la de Zorrilla, en la de Núñez de Arce, en la de Rubén Darío, en la de Rodó, en la de Pablo Neruda, en la de Faulkner.

El cosmopolitismo de las influencias y el gusto por las formas más refinadas y difíciles han tenido, sin duda, su parte, tanto en la vacilación de los críticos para reconocer y definir una literatura venezolana, como también en la manera parcial e incompleta como la literatura ha expresado al país y como el país ha sentido y recibido su literatura.

Por su estilo predominante, por sus preocupaciones estéticas, mucha parte de nuestra literatura no ha sido dirigida al país, sino concebida y realizada como una especie de «sermo nóbilis» que se dirige a una minoría culta, nacional o internacional. Tampoco ha sido la preocupación principal de nuestras letras la de entender y expresar al país. No pocas veces nuestra literatura ha sido más bien como una evasión, como un refugio o como un lenguaje cifrado para la realización y satisfacción de algunos espíritus selectos.

Una literatura venezolana no puede existir sino en la medida en que es propia de un país llamado Venezuela, al que expresa y representa y al que se dirige como principal auditor.

Valdría la pena, en consecuencia, que tratáramos de indagar, como un curioso forastero que no dispusiera de otra fuente de información sino la que ofrecen nuestros libros, qué país es el que está representado en nuestra literatura. Es como si a la manera de los físicos que estudian en los rayos de luz la composición de los remotos cuerpos celestes, quisiéramos conocer la forma en que nuestra realidad viva se ha reflejado hasta ahora en espectro literario.

La más antigua literatura hecha en este país pertenece a la corografía y a la crónica. La revelación o la invención literaria de Venezuela comienza por ser una descripción de los escenarios geográficos y un recuento de las luchas que sobre esos escenarios se desarrollan. No otra cosa son el cronicón prosaico sin rimas de Aguado, y el cronicón prosaico con rimas de Castellanos. El *Inventario* de un territorio extraño, cambiante y desmesurado para la escasez de los hombres que, en aventura voluntaria o involuntaria, se han encontrado sobre él.

Oviedo y Baños, que pertenece a un tiempo más culto y sosegado y que tiene el oído hecho a las sutiles combinaciones del barroco, describe la ciudad cabeza de la provincia, las luchas que ha costado ganar aquellos días de sosiego, que él puede dedicar a la buena prosa y a la administración de sus fundos, y la apenas adivinada vastedad del país todavía no sometido al hombre.

Ni el programa, ni el ejemplo de Bello se apartan en lo substancial de esta línea: describir la naturaleza, narrar la historia, exaltar el trabajo humano como condición de un futuro mejor.

Hasta ese momento lo que el espectro literario revela es la existencia de un inmenso territorio que escapa por igual al conocimiento y a la acción de sus pocos habitantes. Lo que aparece es la desproporción entre el escenario y el habitante, entre lo realizado y la inmensidad de lo que habría que realizar para tomar posesión cabal y fructífera de aquella extensión misteriosa y fascinadora.

La noción de esa relación desproporcionada entre el habitante y el país, va a manifestarse en las letras en dos aspectos distintos, pero no del todo contradictorios: uno es el de la posibilidad mágica de inmensas riquezas por descubrir y explotar en bosques, tierras, minas y aguas: el «todo lo que se pisa es oro», de Acosta; el otro es el del pesimismo ante la impotencia del habitante para explotar esas riquezas y sacarles provecho en tiempo oportuno. La noción mágica de la riqueza de Venezuela, donde las gentes más desheredadas no

se resignaron nunca a no encontrar El Dorado, tenía también su dragón que la guardaba y defendía, que no era otra cosa sino el desierto, la insalubridad y la falta de educación para el trabajo.

Se crea así una literatura en la que el invariable pesimismo ante el presente contrasta con las deslumbrantes posibilidades de una abundancia que la tierra ofrece. Es como si sintieran optimismo por la tierra desconocida y pesimismo por su poblador.

Esto es lo que llama Aguado el infeliz «suceso», lo que Oviedo llama la «falta de aplicación», lo que para Bello era la necesidad de regresar al campo y curar las heridas de la guerra; lo que Codazzi espera ver hecho un día cuando aquella geografía con visiones que lega a la posteridad como una esperanza, haya de ser realidad; lo que Toro llama la falta de civilización y Acosta la necesidad de enseñar a todos lo que sea útil.

Ese sentimiento que surge de la visión de la tierra no va a ser diferente ante la historia. La Independencia va a resultar a su manera como El Dorado de la grandeza. Los románticos van a mirarla como un fabuloso tiempo heroico que se fue para no volver y a cuya comparación resultan desgraciados y mezquinos todos los tiempos posteriores. Así mira la historia Juan Vicente González, quien la escribe como una elegía a los grandes días y a los grandes hombres idos. Tienen la sensación de pertenecer a una época de decadencia, en la que no hay posibilidad de nada grande, y la misión del escritor se reduce a evocar y llorar los esplendores pasados.

La literatura venezolana del siglo XIX lo que refleja es la condición de un país que siente vagamente que vive en un territorio demasiado grande y bárbaro, que no ha podido aprovechar, y que, al mismo tiempo, ha caído bruscamente de la epopeya en la guerrilla permanente y en la politiquería. Es una literatura que refleja un sentimiento de frustración. No hay otras actitudes que tomar que la de fustigar la realidad social y trazar más o menos velados programas de reforma, o la de volverse al pasado a cantar la legendaria Venezuela heroica, o a la culta Europa, para consolarse de la barbarie nativa.

La llegada del Positivismo y de la novela naturalista, a partir de 1880, van a cambiar las maneras de expresión pero no la actitud mental. El sentimiento de frustración da en la literatura de entonces el mismo reformismo satírico y el gusto por la evasión de las épocas anteriores, sólo que acompañado de un vocabulario que traduce los conceptos positivistas, tratando de analizar las causas del determi-

nismo racial y geográfico, o que se refugia en un refinamiento de las sensaciones a la manera simbolista, en vez de la explosión de los sentimientos que había caracterizado a los románticos.

No son menos pesimistas los trabajos históricos de Gil Fortoul o de Alvarado, que los de Juan Vicente González y Cecilio Acosta. La invocación de una vida campesina como disciplina y remedio de los males históricos no es esencialmente diferente en la *Silva* de Lazo Martí de lo que fue en la *Silva* de Bello. Podríamos seguir el paralelo en los distintos géneros y seguiríamos hallando el mismo sentimiento de frustración del escritor venezolano ante la historia y la realidad, que en sus obras se refleja.

En este sentido, la novela puede suministrarnos un buen acopio de imágenes literarias del país. La historia de la novela venezolana puede dividirse, hasta ahora, en tres períodos. Uno de comienzo, que va, desde los ensayos románticos de Fermín Toro y José Ramón Yepes, pasando por las tentativas naturalistas de Tomás Michelena, a terminar, en rigor, con *Zárate* de Eduado Blanco, una obra en que los anteriores discontinuos y aislados escarceos, son sustituidos por una descripción de la sociedad en varias de sus capas y del país en una de sus más hermosas regiones.

El segundo período podría tener como punto de partida aquel en el que Manuel Vicente Romero García, pretendiendo imitar la *María* de Jorge Isaacs, realiza como un predestinado, la combinación de caracteres, situaciones e intenciones de donde surge, en 1890, *Peonía*. *Peonía* va a crear una especie de prototipo que van a seguir los novelistas venezolanos por cuarenta años. Ese prototipo, realizado con torpeza en *Peonía,* consiste en poner en conflicto personajes representativos y hasta simbólicos que, de una parte, encarnan las más retrógradas formas del pasado, y de la otra, el progreso, la ciencia y la justicia. Es decir, el conflicto básico entre civilización y barbarie, que se desarrolla generalmente en el medio campesino, en el que la barbarie y el atraso están personificados por el terrateniente ignorante o violento, y la civilización por un joven universitario lleno de ideas y de reformas y de progreso. Hay una trama amorosa que surge en contradicción sentimental con la antiposición de los caracteres, y en el desarrollo de la trama se intercalan las descripciones de paisaje, la utilización del lenguaje popular, y los usos, costumbres, creencias y fiestas de los habitantes del campo. Es fundamentalmente una novela regionalista y costumbrista, a la cual están incorporados elemen-

tos de reformismo social y político, y el simbolismo, claro o velado, de una especie de epopeya de las fuerzas de la civilización contra las de la barbarie. Este es el que podemos llamar el Ciclo de Peonía, al que pertenecen, por lo más caracterizado de su obra, Urbaneja Achelpohl, Picón Febres, Blanco Fombona, Pocaterra y que llega a su culminación y término, en 1929, con la aparición de *Doña Bárbara,* la gran novela de Rómulo Gallegos.

Mientras se desarrolla el Ciclo de Peonía, surge de una manera breve y localizada, el episodio de nuestra novela Modernista, que dura pocos años y comprende principalmente las novelas y cuentos de Díaz Rodríguez, Dominici, Fernández García y Pedro Emilio Coll. Es una irrupción momentánea de prosa preciosista y de caracteres irreales y cosmopolitas. El propio Díaz Rodríguez tratará, finalmente, en *Peregrina* de asimilar a su manera la temática del Ciclo de Peonía. Este ciclo corresponde, en gran parte, a lo que se ha llamado, de una manera indefinida, el criollismo, que en verdad viene de antes, desde que aparece el interés por el realismo en nuestras letras, y sobrevive en nuestros días, transformado y adaptado a los gustos del tiempo.

El tercer período de nuestra novela es el que comienza entre los años de 30 y 40 y en él coexisten las más variadas tendencias, que apenas coinciden en dos aspectos que son: el repudio del costumbrismo pintoresco y un propósito de universalidad, no de cosmopolitismo, que consiste en tratar de llegar a lo universal por medio de la revelación de la experiencia inmediata.

El país que muestra la novela venezolana, especialmente durante los dos primeros períodos señalados, es un país rural. El escenario es casi siempre la hacienda o el hato, y los más de los personajes son campesinos. La capital sólo aparece incidentalmente, como lugar donde las buenas intenciones y los ideales están condenados al fracaso, donde la ruindad y la bajeza triunfan, y también como centro de donde, al través de algunas privilegiadas cabezas, irradian las ideas de progreso y reforma. Las intrigas amorosas son generalmente secundarias y sólo sirven para realzar, apoyar o contrapesar los verdaderos conflictos básicos, que son los que se establecen entre las viejas clases decadentes y las nuevas clases trepadoras y violentas, la sangre patricia venida a menos y la sangre plebeya ajena a la civilización. En medio de una naturaleza poderosa, se pinta el cuadro de la decadencia de las viejas familias, el surgimiento negativo de los nuevos bárbaros y la lucha desesperada por los ideales de reforma. Es una

novela pesimista en la que abundan los neuróticos y los inadaptados a la realidad.

Si pudiéramos hacer un censo de los personajes de la novela venezolana, resultaría impresionante el número de añorantes, abúlicos, soñadores y fracasados que la pueblan. Todos los que encarnan las ideas de reforma terminan en fracaso o en repudio.

La galería de retratos podría comenzar con el Lastenio Sanfidel de *Zárate,* soñador neurasténico, impotente y mal avenido con la realidad del país. Habrían de figurar en ella seguramente, el fracasado reformador Carlos de *Peonía*; el moralmente destruido Felipe de Picón Febres; el cínico Pepito de *El Doctor Bebé;* el débil Armando de *Tierra del Sol Amada*; el repugnante cinismo de Juan Antonio de *Vidas Oscuras*, todos de Pocaterra. Con el Crispín Luz de *El hombre de hierro* inicia Blanco Fombona su serie de frustrados y malvados que se alternan ininterrumpidamente para ilustrar su idea de que «la vida se burla de la bondad y la arrastra por los suelos». La incompatibilidad del intelectual con el medio y la impotencia para hacer triunfar sus ideales, se reflejan en aquel Alberto Soria de Díaz Rodríguez, que se siente desterrado e incomprendido en su propio medio, al que intenta mejorar y reformar por los métodos menos adecuados y que, al retirarse en fracaso, proclama el «Finis Patriae».

En el período más reciente, tampoco cambia en lo esencial esta actitud del novelista ante la realidad. La María Eugenia de Teresa de la Parra no es, a su manera, menos frustrada que el Reinaldo Solar de Gallegos. Son gentes que no parecen hechas para el país que las aguarda, que tratan de defenderse ante él con la sátira o el vano sueño y que, finalmente, parecen repudiarlo. No se explica de otra manera que, de un modo en cierto grado solemne, Gallegos anunciara en las páginas preliminares de *La Trepadora,* que ya le parecía tiempo, en la novela venezolana, de «amar y esperar un poco».

En 1928, Dillwyn F. Ratcliff, en su excelente panorama de la novela venezolana, señalaba el fenómeno en estos términos: «Hasta hace poco la típica novela venezolana trataba de la decadencia de la aristocracia terrateniente. Era inevitable que semejantes novelas fueran pesimistas. Pero ahora, en vez de narrar las afrentas y derrotas que los decadentes vástagos de los conquistadores y de los próceres de la Independencia han sufrido a manos de insolentes advenedizos, algunos escritores han empezado a hacer de esos advenedizos los protagonistas de sus novelas. Tales novelistas tienen algo de la confianza

y seguridad de sus personajes y 'el mal del siglo' es una enfermedad de la que no sufren. Este cambio de actitud de un pesimismo morboso a un moderado optimismo, puede ser de gran importancia. En términos literarios, ello puede significar que la novela venezolana ha empezado a sobrepasar su neurótica adolescencia».

Como resumen de todo esto podría decirse que hasta ahora lo predominante en la novela venezolana ha sido la actitud satírica o negativa ante la realidad social. Son excepciones los pocos casos que podrían encontrarse de una actitud afirmativa, estimulante y verdaderamente realista en nuestros grandes narradores.

Esa visión satírica y esa actitud pesimista que tan reiteradamente aparecen en nuestra novela, en nuestro ensayo, en nuestra poesía, deben provenir de algo que habría que investigar más adentro y más lejos, acaso más que en la obra en los autores, más que en las palabras escritas, en la actitud del hombre de pensamiento ante el país. Tal vez, toda esa literatura pesimista, no sea, en gran parte, otra cosa que el natural reflejo del desajuste y la incomprensión del intelectual frente a la realidad social. La realidad que se refleja en nuestras letras está vista sin simpatía o con doloroso amor. Esto podría significar que nuestros escritores han visto, sobre todo, un aspecto del país, han sido más sensibles para las formas negativas en que el país entraba en conflicto con sus conceptos y han presentado, por lo tanto, una imagen pesimista. Lo cual equivale a decir que, acaso, ha habido poca comprensión de nuestros escritores para el país, y que éste se ha beneficiado poco de la comprensión, explicación y dirección que su literatura le ha dado en escasa medida.

Quien dice falta de comprensión dice falta de diálogo. Para ponerlo en formas extremas y exageradas, podríamos apuntar que ha habido una literatura que ha estado añorando, apasionada o decepcionadamente, un país que no tenía; y un país que ha estado privado de los beneficios de una literatura dirigida a servirlo, iluminarlo y acompañarlo en su difícil camino.

La verdad es que ha habido poco diálogo entre las letras venezolanas y la nación venezolana. Las grandes literaturas nacionales han sido precisamente aquéllas en las que el escritor y su pueblo se han sentido mutuamente como dos interlocutores. Eso explica la presencia de la poesía y la tragedia griega en las Olimpíadas. Eso es lo que ocurría entre Shakespeare y la gente de Londres o entre Lope de Vega y los españoles de su siglo. Ese fue el caso de Dickens cuando los

vecinos de las aldeas inglesas esperaban la diligencia en el camino para arrebatarle la última entrega de la novela. No fue distinto el papel de Víctor Hugo, o el de Galdós, o el de Dreisser, Mencken, Sinclair Lewis o John Dos Passos en los Estados Unidos contemporáneos. En sus grandes momentos nacionales las literaturas han sido actuales. El pueblo ha ido a buscar en ella la imagen de su tiempo y la explicación de sus instituciones.

No ha sido ese el caso sino muy esporádicamente en la literatura venezolana. Fuera del periodismo político directo, muy poco se ha dirigido la literatura a nuestro pueblo. Algunas veces ha ido a tomar de los poetas estrofas para cantar sus sentimientos, pero en las grandes horas difíciles, en las oscuras encrucijadas de su destino, la literatura venezolana hubiera tenido que desempeñar otra misión, y hacerse verdaderamente actual.

Un día me pareció ver una ejemplar figuración de este conflicto en dos monumentos de la Caracas desaparecida. Lo he referido otras veces, pero no está de más que hoy lo repita. En la muy popular Plaza de Capuchinos, se alzaban frente a frente dos estatuas de escaso mérito. Una representaba a Andrés Bello, sentado, en el hirviente reposo de la meditación. La otra, con el sable desenvainado, en actitud de lanzar al combate una invisible guerrilla, era la imagen del General Ezequiel Zamora, el héroe de la bandera amarilla que cayó en San Carlos. Es difícil imaginar dos tipos de venezolanos más aparentemente opuestos. El hombre de acción intuitivo y violento, y el de la meditación erudita y elevada; uno es el que mejor que nadie podía representar a los hijos de los hechos, labrados por los acontecimientos, y entregados a la pugna directa, y el otro es el paradigma del hombre de letras, lleno de sabiduría de libros, y soñando con una acción dirigida por el pensamiento. No hubo en vida diálogo entre Zamora y Bello, y es difícil imaginar cuál hubiera podido entablarse. Muy poco hay en la obra de Bello que pueda decirse está dirigido a la muchedumbre de los seres que Zamora vino a representar, salvo la invitación a la paz y la embellecida descripción de las tareas agrícolas.

El diálogo entre la literatura y la nación ha sido escaso, incompleto y discontinuo. Apenas se ha entablado en algunos momentos de la novela y del panfleto político, de los que son buen ejemplo *El Cabito*, *Doña Bárbara* y las *Memorias de un Venezolano de la Decadencia*. La situación normal ha sido como la coexistencia de dos mun-

dos, con poco contacto entre sí. El mundo de la literatura y el mundo de los hechos que mutuamente se rechazaban.

El escritor venezolano típico, según resulta de nuestra literatura hasta hoy, sería uno que se sienta mal avenido con la realidad ambiente, en pugna y desacuerdo con ella, que desea luchar para cambiarla a su manera o que se resigna con evadirse, y que, en las formas de su arte, expresa esa inconformidad y su anhelo de otra cosa.

Sobre el país de las realidades, hecho por la historia, nuestros escritores han estado predicando o soñando el advenimiento de un país distinto.

Ha habido una trágica separación entre ese país ideal de nuestras letras y el país real de nuestra historia. Mirándose con mutua desconfianza y recelo, cuando no olvidados aparentemente el uno del otro, se llegó a terribles momentos en que parecieron hablar en dos lenguas distintas, sin posibilidad de comunicación, como en aquella ocasión, casi magnífica y casi trágica, en que mientras una nación analfabeta y depauperada, al borde de la desmembración, reencendía la guerra federal, y se desangraba, sin saber por qué, en los campos de batalla, Cecilio Acosta subía a la tribuna, en un salón de Caracas, a hacer el más pulcro elogio de las letras al través de la historia. No era sin duda un elogio de los guerrilleros, lo que Venezuela esperaba en aquel momento, pero tampoco un elogio de las bellas letras antiguas y modernas, en una hora desesperada en la que el país no hallaba otra manera de expresar sus carencias y sus tensiones internas, sus hambres físicas y espirituales, sino por medio del plomo de las guerrillas.

Sin embargo, esas gentes que iban al acto académico a oír a Acosta, no lo hacían por desentendidas o indiferentes a los hechos. Constituían parte y representación de la minoría que ponía su esperanza en la cultura para hacer un país, y su misma presencia allí en esa hora tenía, ciertamente, un significado ejemplar de combativa afirmación de unos valores que en su esencia eran inconciliables con la montonera y el asalto. Sólo que, acaso, lo hacían de un modo insuficiente o inadecuado. La verdad es que no sólo la gente de alguna educación, sino también grandes porciones de la población, por varios y oscuros motivos, miraban al escritor como al depositario de las fuerzas del pensamiento y al iniciado en las grandes verdades salvadoras.

El país ha puesto siempre, de una manera curiosa, una especie de esperanza mesiánica en sus intelectuales. A lo largo de nuestra histo-

ria, el hombre de pluma ha gozado de un prestigio extraordinario. Los hombres de Marzo vienen a buscar a Fermín Toro como un augur; hay un momento en que Juan Vicente González parece la más grande fuerza que se alza ante los federales; Cecilio acosta se convierte en el símbolo moral del antiguzmancismo; Castro baja de la cordillera con su temeraria guerrilla para buscar en Caracas a Eduardo Blanco. En tiempos más recientes se han dado casos no menos espectaculares. En una tierra primitiva e inculta, el intelectual vino a representar una especie de reserva de poderes mágicos para oponerlos a los hechos adversos, una suerte de piache que podía conjurar los espíritus malos.

Pero a pesar de ello, los hijos de la tierra y del acaecer material, metidos hasta el cuello en la dura faena de los hechos, vieron al intelectual con cierto rencoroso recelo. Era, para ellos, el impráctico, el incomprensivo, el que no podía entender las cosas, el que enredaba peligrosamente los simples procesos del instinto social, el que estaba apegado a unas doctrinas o a unos principios que no podían ejecutarse sin comprometer, en grave riesgo, el difícil equilibrio de los hechos. Esa mezcla de reverencia y de desconfianza vino a reflejarse en frases y en designaciones que destilan resentimiento y animadversión. El intelectual viene a resultar entonces eso que con infinito desdén se llama el «lírico». O se condensa la mala experiencia en una frase como aquella que tanto rodó en Venezuela desde los tiempos de Guzmán: «¡Qué brutos son los hombres de talento!».

Era la reacción instintiva de quienes, en las palabras de los escritores, no veían sino inútiles complicaciones y disimuladas amenazas a una realidad que era su asiento y muy poco que pudiera servirles. En esas condiciones el simbólico coloquio entre Bello y Zamora, que hubiera sido el diálogo entre la realidad social y la literatura, no ha podido establecerse con toda la intensidad y continuidad que un país de tan duro quehacer histórico hubiera requerido.

Hubiera sido necesaria una literatura que acompañara y guiara el devenir social, más que una literatura satírica, o inactual. Más que una actitud añorante, evadida o pesimista, una disciplina para la vida hecha en tono afirmativo y aleccionador.

Bello anduvo lejos y de su gran voz rectora poco llegó a Venezuela. Toro pasa los diez mejores años de su madurez en silencio. Maitín y Lozano cantan en la guitarra romántica sentimientos individuales; Juan Vicente González se agota en el periodismo partidista; Cecilio

Acosta se refugia en la correspondencia con un puñado de humanistas; Pérez Bonalde no vuelve sino para el momento de llorar su dolor; cuando el siglo XIX se va a cerrar aparece la novela satírica y pesimista del Ciclo de Peonía.

Sería difícil hallar en todo ese tiempo el equivalente nuestro de *Martín Fierro,* el *Facundo* que se mete a hurgar en la vida de la tierra, la *Cabaña del Tío Tom* que abre las conciencias a la evidencia de un crimen colectivo, o los que hubieran hecho para nosotros el papel de un Fenimore Cooper, de un Galdós, de un Tolstoi, de un Federico Mistral, para no preguntar por el Walt Whitman, que tanto hubiera servido en aquella centuria de ceguedad e insurrección.

No hay que engañarse; si alguna carencia grave ha tenido nuestra literatura, ha sido la de la falta de ese fecundo diálogo con la nación. ¿No viene a resultar una dramática comprobación de esa falla el hecho de que todavía, en la hora presente, cuando Venezuela es predominantemente un país minero, urbano e industrial en vertiginosa transformación, siga siendo la nuestra, en su mayoría, novela rural o psicológica?

Esto, que a ratos debe parecer una requisitoria, no es sino un examen de conciencia y una voz de llamada. La expresión de una angustia que todos sentimos por ver desempeñar a la literatura venezolana su misión plenamente. Y es por eso mismo, más un acto de fe y de esperanza que de negación.

Grandes son las letras y las responsabilidades que el presente ofrece a nuestra literatura. El mero hecho de que en el recinto de esta Academia se lleguen a suscitar esas cuestiones, es una nueva señal de que estamos en una hora de despertar la conciencia.

Ya no son pocos nuestros escritores, jóvenes y viejos, que lo entienden así. Mirad si no la proliferación de trabajos biográficos sobre los hombres afirmativos de nuestro pasado; de estudios sociales e históricos sobre temas regionales; de tentativas de una novela de la hora presente; de ensayos de interpretación de lo nacional; de esfuerzos por crear un teatro propio. Nunca ha habido interés más activo por la cultura que en nuestros días, desde las aulas de las universidades hasta las salas de exposiciones, conferencias y conciertos, sin olvidar las páginas de los periódicos. Nunca ha habido más mesas redondas, más ciclos de estudio, más divulgaciones de todo tipo. Nunca ha habido más oportunidades de adquirir una formación cultural su-

ficiente para asomarse al país y al mundo con una mirada comprensiva.

Pero estas mismas circunstancias plantean de un modo perentorio la necesidad de que los escritores asuman sus nuevas responsabilidades. Ya no somos los habitantes de la Venezuela agrícola, aislada del mundo, amurallada en sus buenas y malas tradiciones, paralizada por la pobreza. Somos los hijos y los gestores de uno de los países más ricos del mundo, gran productor de petróleo y de hierro, cuya población en más de sus dos terceras partes vive en ciudades, en contacto diario con las novedades del mundo por medio de la prensa, el cine, la radio y la televisión. Estamos en una Venezuela en la que por primera vez en su historia, la clase media es la más importante de la sociedad, en la que centenares de millares de inmigrantes traen al escenario nacional usos, palabras y costumbres nuevas; en la que el setenta por ciento de la población tiene menos de treinta años; en la que el ingreso anual por habitante es el más grande de la América Latina. Un país en el que se realizan descomunales obras y empresas, que está libre de paludismo, que produce todo el cemento que necesita, todo el azúcar que necesita, toda la electricidad que necesita, que pronto va a producir acero y aluminio, pero que, no menos que antes, necesita un espíritu, para tener un ser.

En esta violenta crisis de transformación ha ocupado lugar dominante un nuevo tipo de intelectual: el científico. Científicos y técnicos, formados en nuestras Facultades y en los mejores centros docentes del mundo, asumen con seguridad y desenfado las tareas muy especializadas de esa vasta transformación. Ingenieros, arquitectos, higienistas, especialistas en concreto armado o en hidráulica, investigadores sociales, economistas, estadísticos, naturalistas, epidemiólogos, ingenieros de petróleo o de electricidad, fitopatólogos, geógrafos, antropólogos, técnicos de mercadeo y de ventas, expertos en comunicaciones, en planificación y zonificación de ciudades. Sin olvidar la labor de las Facultades de Humanidades que preparan con disciplina científica filósofos, filólogos, pedagogos y profesores de la literatura e historia, quienes salen armados de todo el aparato de la moderna investigación universitaria.

Así como el técnico ha venido a tomar posesión de las funciones de cultura y de inteligencia que le eran debidas, también el auditorio a quien ha de dirigirse el escritor ha cambiado de condición y de actitud. Lo forman ahora, no sólo esos técnicos y universitarios que

han de juzgar su mensaje desde el ángulo de sus distintas especializaciones, sino también la enorme muchedumbre de los que se dedican a las más diversas actividades de empresas y de negocios, y que tienen del país una experiencia viva desde puntos de vista muy precisos.

Ya no es el escritor el solitario y prestigioso intelectual frente a una colectividad de agricultores y guerrilleros; ahora está en medio de una nación en febril y a veces inorgánica transformación. Ya no escribe para los hacendados de *Peonía*, ni para los rentistas de *El hombre de hierro*, ni para los llaneros de Altamira. Ahora ha de escribir para los apresurados habitantes de ciudades cosmopolitas, donde se editan periódicos en cuatro o cinco lenguas, y para los industrializadores de una frontera móvil y dinámica. Los lectores, a los que se les pide tiempo para comunicarles algo, son los técnicos absorbidos en sus problemas concretos o los hombres entregados sin tregua a un ritmo enloquecedor, a los mil quehaceres contemporáneos, como fabricantes, corredores, contratistas, distribuidores, banqueros, cambistas, vendedores, publicistas, promotores de ventas, constructores, urbanizadores, transportistas, aseguradores, comisionistas, periodistas, personal de radio y TV, tenderos, mensajeros y todas las formas de dirección y empleo en las empresas de comercio, de producción y de servicios. Ese es el nuevo auditorio al que el escritor tiene que llegar con su palabra.

Esto no significa que la función del escritor ha sido disminuida, sino por el contrario que ha crecido en dignidad, en dificultad y en transcendencia. Le ha quedado, nada menos que la función creadora del espíritu. Ante los obreros, la clase media y las verdades parciales de los técnicos y los especialistas, le queda a él y a nadie más que a él, el encargo de expresar las concepciones generales, las intuiciones básicas, la formulación de las direcciones y de las explicaciones que el país requiere para sentir que tiene una unidad y un camino, es decir, que tiene un ser.

No puede hacerse un país sin un espíritu, so pena de no pasar de ser una aglomeración de hombres, una factoría, un mercado o un mero accidente histórico. Un país existe, pobre o rico, próspero o atrasado, sólo en la medida en que todos los que lo pueblan sienten que participan de una unidad superior y más duradera que ellos mismos, que posee un espíritu y cuya expresión suprema, inconfundible y permanente, está en su arte, en su pensamiento y en su literatura.

De las tres maneras de conocer y de presentar los objetos de nuestro pensamiento: la de la descripción y anotación de los hechos, que es la de la historia; la de la comparación de los hechos conocidos para descubrir leyes de relación, que es la de la ciencia; y la de la recreación y creación de los hechos, que es la del arte, no pocas veces la más profunda, valedera y permanente, como ya lo sabía Aristóteles, es la última. Son los hallazgos del arte y de la ficción los que finalmente caracterizan y representan las civilizaciones.

A nuestros escritores y nuestros artistas, trabajando con los elementos que aportan y requieren las circunstancias, corresponde concebir, hallar y expresar, para todos los hombres, técnicos, empresarios, industriales, trabajadores y universitarios, que integran el país, las concepciones, las fórmulas y los símbolos que les van a revelar la conciencia de pertenecer a una misma hora, a un mismo destino colectivo y a un mismo espíritu, es decir: crear un pensamiento nacional y una emoción nacional, coherentes y justos, que tengan en cuenta nuestros problemas y contribuyan a resolverlos en unidad de acción.

No hay que olvidar que vivimos en un país en profunda transformación en medio de un mundo en grave crisis espiritual. Para bien o para mal, las cosas que nuestros escritores o artistas hagan ahora, servirán o no servirán para ayudar al país a transformarse con acierto y a entender y aprovechar el confuso mundo de que forman parte. Es aquí, precisamente, donde reside el problema de nuestra literatura en el presente: en su vocación y capacidad para servir al destino del país en el destino del mundo. Es decir, en su decisión de ser actual y por lo tanto valedera y por lo tanto respetada y activa, o inactual y por tanto gratuita, desdeñada y pasiva.

No puede bastarle al país, en una hora nacional o internacional de tanta importancia y riesgo como la que vivimos, con tener gente informada del pensamiento de Heidegger, o de las ecuaciones de Einstein, o de la sicología de Adler, o de la poesía de Horacio o de la de Rilke. Estos pueden ser, en el peor sentido, pecados de orgullo o vicios. Como tampoco basta con producir ingenieros que sepan levantar la más complicada estructura, o médicos que estén al tanto de las últimas novedades de la bioquímica, o abogados que conozcan al dedillo todas las complicaciones de la legislación positiva. Con todo eso faltaría algo mas. Habría que elevarse a una comprensión superior de nuestro presente y de nuestro inmediato futuro e iluminar los rumbos.

Esa es, precisamente, la función de la inteligencia creadora por medio de las letras y las artes. Lo fue así entre los griegos y los romanos; lo fue así en el siglo XI, en el siglo XIII, en el Renacimiento, en la Ilustración, en todas las grandes horas de los viejos y los nuevos humanismos. Así también lo fue en la hora maravillosa de nuestra Independencia, cuando la palabra y la acción se fundieron en una deslumbradora comprensión de la historia como requerimiento de la vida. Sería muy grave que el pensamiento, las letras y el arte, quedaran al margen de la transformación actual del país.

Esa realidad del país y del mundo, que formula diarias y angustiosas exigencias, es la piedra de toque para juzgar a nuestras letras y para decidir si no valen más que para un juego ancilar más o menos hábil y gracioso, o si sienten la vocación de apersonarse, interesarse, comprender y orientar.

El país, que crece y cuya fisonomía cambia, aguarda con emoción la hora en que nuestra literatura va a decir, por medio de sus realizaciones más significativas: «Venezolana soy, y nada de lo venezolano lo considero ajeno». Y quizá algo de la fecunda emoción que la frase de Terencio levantó en su tiempo, se levante en el nuestro.

Para ello sería necesario no sólo conocer, sino recibir eso que llamamos la realidad en toda su compleja extensión, sin mutilaciones, no para aceptarla y embellecerla, sino para esforzarnos por ganarle la entraña y buscarle el sentido y los valores positivos, a fin de que los que viven en esa y por esa realidad, que son los más, sientan que a su lado y un poco adelante va la literatura acompañándolos, iluminándolos y mejorándolos. Decirle al país las palabras justas, generosas y aleccionadoras que necesita para reconocerse la propia alma colectiva, y sentir la necesidad de realizarse.

Estas palabras están dichas con angustia sincera y con modestia. A nadie acuso, porque para ello sería necesario que comenzara por acusarme a mí mismo. Pero porque creo que, con todo lo que de promisorio tienen hoy nuestras letras, les falta dar más para el hambre espiritual del país, dar lo que sólo ellas pueden dar, y lo que sin ellas quedará frustrado e incompleto, me he animado a decirlas en esta ocasión. El panorama de estas carencias y de estas necesidades es, por su otra faz, una maravillosa invitación al espíritu creador de nuestros escritores. Nunca un país esperó tanto y necesitó tanto de sus hombres de pensamiento y creación, como hoy la tierra de Andrés Bello. El país está como a la espera de esas voces para que se anude

el diálogo vivo y fecundo sobre su destino. Y, por eso mismo, nunca tuvo una hora tan auspiciosa ni una misión tan claramente formulada la literatura venezolana.

Alguien podría levantarse ahora y decirme que después de todo no vengo sino a formular otro programa, que no es sino repetir la queja de ausencia por una literatura, como tantas veces lo expresaron muchos de los que aquí he recordado, y que más valiera ponernos a la obra, sin perder tiempo en preámbulos. No sería del todo justo quien dijera eso. La verdad es que a la obra están puestos muchos y que cada uno, a su manera, oye el llamado y trata de responder con la creación. Pero estaríamos condenados a no poder hablar sino de obras individuales y no de una literatura nacional, si no hubiera formulaciones, debates y acuerdos, sobre los fines, paradigmas y propósitos que han de caracterizar a las obras de un mismo tiempo dentro de una misma literatura.

Y con esto, el evocador de sombras y presencias va a callar, como en los viejos tiempos de las tertulias literarias, después de haber dicho sus esperanzas, sus angustias y sus dudas, para que se enciendan y dejen oír las voces, que pueden y deben hacerlo, sobre un tema que Venezuela tiene hambre y sed de oír.

El rescate del pasado

La historia está presente y nos rodea en todas las horas, porque no es otra cosa que la vida. Soy uno de esos que la siente palpitante en todas las formas del pensar y del hacer social. La he sentido viva en mi vida de venezolano, he asistido a su nacimiento diario en mis horas de acción política, he tratado de revivirla en obras de ficción, he meditado sobre ella en largas horas de pensamiento escrito o tácito, la he buscado en los tratados de los eruditos y en las colecciones documentales con el ansia de un hombre que siente que en ella está la clave de su propio ser junto con la del destino de su pueblo, sin embargo, con todo esto no soy un historiador, sino a lo sumo un venezolano consciente de vivir dentro de la historia, tejido en sus hilos, enfrentado a sus enigmas, atado a su curso y necesitado de entenderla para poder vivir y justificar su vida de una manera más plena.

Esto explica que me sienta algo intruso en esta Casa de la Historia Venezolana, que es como decir la casa de Venezuela, a la que, con generosidad y llaneza, me habéis invitado a entrar y a ocupar un puesto junto a vosotros, señores académicos, que yo me he apresurado a aceptar, honrado y agradecido, sin mirar a la flaqueza de mis mere-

cimientos sino a la espléndida oportunidad que me brindáis de venir en medio de vosotros a saciar mi vieja pasión de aprender y comprender.

Esta grata emoción se empaña de tristeza al recordar el nombre de mi predecesor en el seno de esta docta Academia, el señor doctor Eduardo Rohl. Aquel cumplido caballero, flor de la cortesía venezolana, aquel enamorado de la ciencia, a la que buscó sin tregua en los libros, en los laboratorios y en los campos, aquel descendiente espiritual de Alejandro de Humboldt, de cuya memoria hizo un culto y de cuya obra un paradigma; aquel gran servidor del país, que, por encima de todas esas cosas, fue para mí un amigo.

La obra de Eduardo Rohl, estuvo principalmente dirigida a la investigación y a la difusión en el campo de las ciencias físicas y naturales. Estaba movido por la pasión abstracta del conocimiento exacto que sólo brindan las matemáticas, y nada le complacía más que irse de excursión a los bosques y a los montes para identificar especímenes, para localizar variedades o para hacer la medición geodésica de algún punto del territorio.

Conoció y estudió los trabajos de los grandes descubridores y exploradores de nuestra naturaleza, de cuya familia espiritual entró a formar parte, teniendo como altísimo patrón la venerable figura de Humboldt. Al gran sabio de Tégel dedicó muchas de sus estudiosas horas, reunió sus obras, siguió sus itinerarios, buscó sus huellas luminosas en nuestra tierra, coleccionó su iconografía, le consagró numerosos trabajos de interpretación y divulgación, y llegó a ser en dedicación y conocimiento el más autorizado de nuestros humboldtianos.

La tierra se hace historia desde que el hombre la toca. A la zaga de los exploradores y de los descubridores científicos de Venezuela, Eduardo Rohl fue haciendo la historia de la revelación de nuestra naturaleza. La hizo con gracia y acierto en sus *Exploradores Famosos de la Naturaleza Venezolana*, donde recoge las andanzas y hallazgos de aquellos hijos andantes de la ciencia y del espíritu romántico que rescataron para Venezuela su prodigioso legado de geografía, flora y fauna. Allí figuran desde Humboldt hasta Goering y Sachs, pasando por Appun, Karsten y Linden, y sin olvidar al delicioso paisajista que fue Bellermann, que vino a dejar el más hermoso testimonio del paisaje venezolano para poblar de añoranzas los ojos seniles de Humboldt.

Parte notable de esta importante tarea de historiador de nuestra naturaleza la dejó Rohl en la vasta obra inédita que consignó en esta Academia en la oportunidad de su incorporación. Tiene por tema la Historia de las Ciencias Geográficas de Venezuela y comprende en ordenada síntesis la información de lo que aportaron para el conocimiento de nuestra tierra los Descubridores y los Conquistadores, luego los Misioneros y más tarde las expediciones científicas.

El emisario de las aves, los ríos, las piedras y los bosques era Eduardo Rohl en el seno de esta Academia y por lo mismo era como la insustituible conciencia del hecho natural en el coloquio de los historiadores. Grande por lo tanto es su ausencia y justa la dolida rememoración de sus méritos, que fueron muchos y verdaderos.

Al rendir homenaje a esta noble figura desaparecida, no hago, en cierto modo, otra cosa, que labor de historiador, que consiste sobre todo en rastrear en el presente las grandes presencias del pasado. Cuando se le preguntaba a Ciriaco de Ancona, uno de los adelantados del Renacimiento, para qué se había puesto a reunir con tanto interés restos e inscripciones de la antigüedad, respondía: «Para despertar a los muertos». Para despertar a los muertos, señores académicos, existe esta casa y estamos aquí congregados hoy.

Los viejos historiadores solían decir que la historia es la maestra de la vida y con ello apuntaban, más con un propósito moral que histórico, a la conveniencia de estudiar el pasado para no incurrir de nuevo en los mismos errores en el presente. En estos tiempos de historiografía científica sería difícil subscribir por entero a este concepto que casi reduce la historia a una lección ética, pero, en cambio, cada vez nos resulta más evidente que la imagen que un pueblo llega a formarse de su historia está entre los agentes más activos de la comprensión de su presente y de la proyección de su futuro. De la forma en que lleguemos a concebir nuestro pasado depende en mucho la manera como vamos a entender y enfrentarnos a los trabajos del presente.

Si la imagen que la historia da a un pueblo de su propio ser colectivo y de su quehacer fundamental en los tiempos es una visión de orgulloso sacrificio y entrega a ideales intemporales, será muy difícil llevarlo a acometer las ordinarias tareas del taller, del camino y del mercado que es la ocupación de la gente organizada y productiva.

Una historia como la del Padre Mariana hecha toda en tono heroico, no podía tener otro fin que el de hacer de los castellanos meros

añorantes de una cruzada sobrehumana, mal avenidos con las mezquinas necesidades de la vida ordinaria. De esa imagen más poética que histórica, y acaso por lo mismo más efectiva, lo que surgía era un mandato de conquista, de señorío y de guerra de Dios, tan imperativo y convincente como el que los romanos recibieron, emocionalmente de *La Eneida*, que fue para ellos, esencialmente, la imagen de su misión frente al mundo, la proyección militante del romano frente al mundo subalterno de los peregrinos y de los bárbaros: *Tu regere imperio populos.*

Hombres y pueblos, en gran parte, somos lo que creemos ser. Para un pueblo que por siglos vio su imagen más patente en el *Poema del Cid*, visión poética de extraordinaria eficacia histórica, tenía que parecerle indigno de su condición todo lo que no fuera la guerra santa para establecer el señorío sobre los infieles. «Venid a ver cómo se gana el pan» dice Mio Cid a las mujeres de su familia para que se asomen a las torres de Valencia a verlo combatir contra el rey moro, con la sangre «por la loriga ayuso destellando». Para el granjero de la Nueva Inglaterra, para el comerciante de la Hansa, para los burgueses que pintaron los flamencos, para los marinos de Génova, para los mercaderes de la City, no era eso, precisamente, lo que llamaban «ganarse el pan».

La imagen que un pueblo llega a hacerse de su pasado forma parte esencial de la noción de su propio ser y determina la concepción de su posición ante el mundo. Es su modo más común y certero de tomar partido y de fijar rumbo. No pocas veces esa visión del pasado llega a convertise en una traba para incorporarse eficazmente al presente y a sus nuevos requerimientos.

Por desgracia esa imagen del pasado es generalmente el resultado de una operación de mutilaciones, preferencias y prejuicios que los historiadores han hecho sobre la materia historiable. En este sentido toda la historiografía ha sido, en mayor o menor grado según los casos, *ad usum Delphinii.* La historia de Mariana tendía a dar permanencia al ideal imperial para los españoles; la historia de Bossuet buscaba afirmar lo teológico sobre lo humano; la historia de los románticos quería fiarlo todo a la acción de los héroes y de los ideales populares; la de los positivistas no quería ver sino los resultados de las grandes circunstancias permanentes; la de los marxistas no tiene otro fin que presentar a la revolución social como remate, corona y fin de la historia.

La gran tarea de la historiografía científica en nuestro tiempo está en llegar a escribir una historia sin intenciones, que sea a la vez el reflejo y la explicación del quehacer humano en todas sus dimensiones y variedades, donde junto a la fuerza del hecho económico, esté el poder de la creencia; donde junto a la acción del héroe esté la acción del medio; donde junto a las técnicas de trabajo estén las obras del pensamiento; donde junto a la estructura social esté la concepción cultural; una historia de los trabajos, de las acciones, de los pensamientos y de las creaciones; una historia de los grandes hechos y de las diarias tareas, una historia en que esté lo universal junto a lo peculiar de cada pueblo. Una historia del hombre entero para la comprensión completa del hombre.

Aun cuando más cerca que en ningún otro tiempo, lejos está todavía de ese ideal la moderna historiografía, pero si nos volvemos hacia la historia que hemos solido escribir de Venezuela, encontraremos que está entre las más alejadas de ese objetivo de comprensión y de integración total. Por ello, a pesar de haber tenido tan largo linaje de grandes escritores de historia como tenemos, no se exagera mucho al decir que escribir la historia de Venezuela es una gran empresa nacional todavía en gran parte por hacer. Es casi la empresa previa de un país que tiene que comenzar por reconocerse para poder emprender con suficiente seguridad la empresa de hacer un futuro que esté de acuerdo con sus ambiciones realizables.

La historia de Venezuela, en la forma en que más activamente influye sobre la mente del venezolano medio, que es precisamente la de los manuales elementales que aprenden nuestros niños, es un relato parabólico segmentado en tres tiempos. Es decir, una historia caprichosamente organizada en torno a una perspectiva arbitraria, con un borroso arranque, una culminación breve y fulgurante y una interminable decadencia.

En ese coto de tiempo de cuatro siglos y medio el autor de nuestro manual se coloca como un pintor del *quattrocento,* sobre la eminencia de la gloria militar de la Independencia y deja que las cosas se organicen en perspectiva, es decir en magnitudes y relaciones determinadas por las limitaciones subjetivas de la mirada de un contemplador. Más sabio acaso hubiera sido colocarse como el vitralista de Chartres ante la leyenda carolingia, que la logra representar toda en simultáneos fragmentos, con la variedad fluida y múltiple de la vida verdadera y del verdadero paisaje.

Todo el primer plano de nuestro manualista está hecho de los grandes hombres y de los grandes hechos de nuestra Independencia. Más espacio ocupa uno cualquiera de los combates librados en esos quince años de heroica guerra, que los largos tiempos de domesticar el cacao y de introducir el trigo; más abulta el incidente de Asamblea que ocupó unos días, que el lento y difícil proceso humano, económico y cultural de la fundación de los pueblos sobre la rugosa haz de nuestra geografía; más se detiene en la biografía de un guerrillero que en el pausado cultivo de incorporación de nuestra sensibilidad al barroco.

Los tres siglos de vida colonial en los que literalmente se hace el país y cobra algunos de los rasgos más característicos de su fisonomía física y espiritual, se reducen a un puñado de anécdotas de la resistencia de los caciques y de las cuitas de los conquistadores. Es como si toda la existencia colonial no hubiera sido otra cosa que el alba del día de la Independencia; y el siglo y medio posterior de vida nacional, el largo y melancólico crepúsculo vespertino de ese día de sobrehumana gloria. Es casi como si lo único digno de la historia que tenemos hubiera comenzado en 1810 y hubiera concluido para siempre en 1830. Toda la historia de un país reducida a un lapso menor que la vida de una generación.

Muchas veces me he detenido a reflexionar sobre esta curiosa manera de sentir y narrar la propia historia y sobre todas las graves consecuencias que involucra. No es de extrañar que influidos por ella tantos venezolanos hayan mirado con injustificado desdén la gran labor constructiva de la época colonial, o hayan sentido que todo lo que ocurrió después de la muerte del Libertador, es tan sólo el melancólico recuento de una especie de degeneración nacional.

«Los trabajos de la paz no dan materia a la historia; cesa el interés que ésta inspira cuando no puede referir grandes crímenes, sangrientas batallas o calamitosos sucesos» dirá Baralt. Y Juan Vicente González dirá en tono apocalíptico: «Nuestras madres, fecundadas por la libertad, dieron una generación sobrehumana, llena de la llama del cielo y del calor sombrío de la tempestad. Tuvimos héroes de benevolencia; tuvimos varones que concentraron en su cabeza un poder inmenso, que vivificó y sostuvo a la fabulosa Colombia». Aunque revestido de pretensiones científicas ese tono desesperanzado se mantiene en la explicación fatalista de nuestros discípulos del positivismo. En nuestros propios días, un hombre con tan pasional sentido de lo nuestro

como José Rafael Pocaterra, llega a calificarse a sí mismo, en relación con el tiempo que le toca vivir, «un venezolano de la decadencia».

Esta perspectiva, deformante como toda perspectiva, ha destacado la acción violenta y la lucha armada no sólo como las únicas vías para alcanzar la grandeza, sino también como los solos instrumentos del verdadero hacer histórico y ha creado en la mente del venezolano medio, una imagen heroica de la historia y una inclinación a considerar la violencia como la única forma de la acción creadora, a no aspirar sino a las más inalcanzables promesas y a confiar en la llegada mesiánica del héroe sobrehumano que nos las va a deparar convertidas en realidad gratuita. Es, en verdad, una visión mágica y violenta de nuestro destino la que ofrece nuestro manual de historia.

No hay duda de que los venezolanos tenemos en los hombres y en los sucesos de nuestra Independencia un caudal de gloria que es a la vez energía moral e invitación a la grandeza para el empeño de alcanzar un destino superior, pero también es cierto que todo lo que de positivo pueda tener esa hazaña cambia su signo al llegar a considerarla como agotada en sí misma, como fruto de un prodigio aislado e inexplicable y al sacarla paradójicamente, por eso mismo, del continuo creador y vital de la verdadera historia.

Por cierto podemos tener que no nació Venezuela en 1810. El país que con tan resuelto gesto se encara a la gran hora de la Independencia venía de muy atrás. Venía por descontado de un siglo XVIII muy rico en experiencia humana. Es el siglo en que cobra su fisonomía definitiva el país y en el que se plantean algunas de las grandes contradicciones de su destino. No es menos importante que ninguna batalla la introducción del café que cambia el aspecto de la geografía humana venezolana. No vale menos que ninguna constitución el proceso de acciones y de reacciones que durante medio siglo largo ejerce en nuestro medio la Guipuzcoana. Es un suceso de primera magnitud histórica la introducción de la filosofía racionalista en la Regia y Pontificia Universidad de Caracas. La creación de la Intendencia borbónica, la expulsión de los jesuitas, la Real Cédula de Gracias al Sacar, entre otros hechos, producen profunda influencia en el rumbo de nuestro destino colectivo. Es, sin duda, el tiempo en que las dispersas poblaciones comienzan a sentir claramente que más allá de sus ejidos hay un ámbito nacional al que pertenecen. La cédula de 1777 no es sino el reconocimiento oficial, en lenguaje de escribano, de que existía en el hecho una nación llamada Venezuela.

La historia colonial debe ser entendida por nosotros como la de la formación de la nacionalidad venezolana. En esos tres siglos, duros, magros y estrechos se hizo Venezuela, es decir un país con una sensibilidad histórica y geográfica, y con un sentido del rumbo colectivo tan formado, que en su entraña pudieron madurar los grandes adelantados de un gran destino nacional: Miranda, Bolívar y Bello.

Pero tampoco podríamos aceptar que esa historia surge de una manera mítica un día determinado, el día de 1498 en que Colón toca en la Costa de Paria, o, acaso, aquel en que se inicia el primer establecimiento permanente en el pelado islote de Cubagua.

No nacen los pueblos como los dioses griegos del azar prodigioso de un hecho aislado, sino de muchas confluencias de acciones y de pasiones y de muchas confrontaciones de herencias y de presentes, a la manera gravitante de los ríos o a la manera trabajada de la forja de los herreros.

Ese coto cerrado en el tiempo no es la imagen cierta de la historia. Entre los grandes actores de nuestro destino están sucesos, creaciones, concepciones y valores que hemos recibido de fuera y de antes. Hay toda una herencia viva pre-nacional y extra-nacional en la hechura de lo que hoy llamamos Venezuela.

Los hombres que llegaron detrás de Colón eran los portadores de un complejo pasado cultural. Eran castellanos, cristianos viejos, hijos de la historia mediterránea. En la lengua que traían había palabras que venían de los fenicios, y palabras que venían de los romanos y de los griegos. Cuando decían *guerra*, lo hacían con una palabra que les había quedado de las sangrientas invasiones germánicas. Y cuando decían *acequia* rememoraban sin saberlo las prodigiosas artes del riego que durante siete siglos de permanencia introdujeron los moros en España. Cuando decían *legua*, era como eco perdido, acaso eco de gaita, del nombre con que llamaban sus heredades los celtas que se habían establecido en las lluviosas riberas del Atlántico, en torno al Finisterre.

Pertenecían culturalmente a la Romania y venían, sin proponérselo acaso, por una mera consecuencia del ejercicio vital, a extenderla a la nueva tierra que habían llamado Costa Firme. Era una nueva provincia de aquella Romania, hija abandonada del imperio, que por encima de las diferencias de lengua, iba a mantener la fidelidad a un espíritu y a una tradición latina, cristiana y mediterránea en las gen-

tes que iban a hacer a España, a Portugal, a Francia, a Italia y a Rumania.

Esos castellanos que vinieron a establecerse en la nueva tierra representaban la hora en que la Romania, salida de la Edad Media, creaba el Renacimiento. Eran hijos de las empresas y de los motivos de esa hora, pero a la manera castellana. La Empresa misma de la conquista y población de América es un capítulo central del Renacimiento. No es un mero azar que el nombre de Venezuela brotara de la imaginación florentina de un criado de los Médicis, como la ofrenda augural de una vieja medalla, que Américo Vespucci sacaba del historiado arcón de sus lecturas y de sus correrías de hombre del *cinquecento.*

La empresa de las Indias, como la llamaron los españoles, era, además, en parte una prolongación del espíritu de cruzada y de sojuzgación de los infieles que había animado al Medioevo castellano. Tenochtitlán y el Cuzco eran como otras remotas Córdoba y Granada, y pronto se hicieron a la guazábara indígena los que venían de tan largas centurias de enfrentarse a la algarada de los moros.

No sólo la lengua, sino una gran parte de las emociones y nociones de nuestra alma colectiva son herencia de la Edad Media Castellana. El concepto de la ciudad y de la familia, la figura del alcalde y la del cura, la invocación de los santos patronos y la forma de las fiestas populares. La casa de zaguán y de ventana enrejada, el Cabildo, el estrado de las mujeres, el refrán «qué dice la vieja detrás del fuego», el concepto de la autoridad, de la obediencia, del honor y del buen orden. La idea de la riqueza y la importancia de la salvación del alma, el menosprecio del trabajo servil y el ideal de una vida señorial y caballeresca, todo eso que surge y resurge, como la ola en la playa, en el combatido drama de nuestra historia nos viene, por derecha vía, de los castellanos de la Edad Media.

De más consecuencia que muchos combates de nuestra Independencia o de nuestras guerras civiles, fue para nuestro destino de pueblo una batalla como la que los comuneros de Castilla perdieron contra Carlos V en 1521, a pesar de que en ella no hubiera peleado ningún venezolano, porque allí se cerró para el mundo hispánico, por mucho tiempo, la posibilidad de una evolución ascendente de las instituciones del gobierno representativo. En nuestra larga crisis constitucional pesa con grave peso cierto la derrota de Villalar.

La Bula *Universalis Ecclesiae,* que dictó Julio II en 1508 estatuyendo el Patronato Real en las Indias, ha tenido más repercusiones en nues-

tra vida pública que muchas instituciones adoptadas por nuestros Congresos.

El advenimiento del despotismo ilustrado borbónico al trono de España, tuvo más consecuencias para nuestro destino que muchas de las revueltas armadas en las que nuestros manuales de historia se detienen.

Esto significa que esto que por tanto tiempo nos hemos limitado a ver como una historia local, en gran parte, es la prolongación de un acontecer y de un hacer, que pertenecen a la historia universal.

Venimos por la Edad Media Castellana de la Romania, y de una antigüedad mediterránea, latina, griega, hebrea y mesopotámica. Todo eso está vivo y actuante en nosotros en la creencia y en los conceptos, y al través de nosotros en nuestra diaria creación de historia como pueblo. Puede que no lo sepamos, pero nuestro concepto de la dignidad del hombre está en Sófocles, puede que lo ignoremos, pero eso que llamamos de un modo confuso libertad y que tan profundamente nos mueve, lo sentimos así porque antes los atenienses habían sentido y conocido la *elefteria* que es acaso la misma emoción.

Cuando hablamos de ley y de justicia, hablamos de la ley y de la justicia que hicieron los romanos, una ley escrita expresada en cuerpos lógicos y una justicia que es la declaración del derecho por medio del magistrado que conoce la ley, y no la de los pueblos orientales o nórdicos que nunca lograremos sentir como nuestra.

En no pocas ocasiones la creencia y las técnicas tradicionales que forman parte de lo más raigal de nuestro pueblo, vienen juntos desde el más remoto pasado. La expedición arqueológica iniciada en 1922 por Sir Leonard Woolley excavó en un punto, entre Bagdad y las playas del Golfo Pérsico, las ruinas indudables de la ciudad de Ur. Ur de los Caldeos, según la Biblia, fue la ciudad de donde salió Teraj, con Abraham, con Sara y con sus recuas para celebrar la alianza con Jahveh, de donde brota la corriente del monoteísmo hebraico, que es la matriz del cristianismo. Entre las cosas que sacaron a luz los arqueólogos estaban las ruinas de una casa de ladrillos, de patio central y corredor de madera, contemporánea de Abraham. Esa casa no la verían con extrañeza nuestras gentes de los Andes o de los Llanos. Edificaciones similares han levantado los albañiles venezolanos por generaciones y es fundamentalmente la planta de lo que más justificadamente podríamos llamar la vivienda criolla. De la misma remota raíz de milenios nos viene la casa y la creencia, por donde pode-

mos decir que buena parte de nuestro espíritu y de nuestra vivencia salió de Ur en la recua de Abraham.

Proyectada así y tejida en los milenios, podemos contemplar nuestra historia como una rica y venerable herencia moral y material que salida de los sumerios y de los hebreos pasa por los pueblos más creadores del Mediterráneo y termina por caracterizarse en la Empresa de Indias de la Castilla del Renacimiento.

Sin embargo, ese hacer y ese acontecer, que no cabe en los tres tiempos de la perspectiva de nuestros manuales, no es, ni puede ser una mera prolongación de algo que pasó antes y afuera. Si estuviéramos convocados para repetir o mimetizar una historia hecha y cerrada no tendríamos ni vida ni historia. Ni somos ni pudimos ser nunca una nueva España, porque tampoco somos una mera continuación cultural de la Romania Castellana. En nuestro medio y en nuestra circunstancia hemos constituido un pueblo que ha hecho y hace historia.

En un vasto escenario natural de costas, islas, montañas, llanuras y selvas la historia venida de afuera se convirtió en uno de los protagonistas de nuestra propia historia. El escenario imponía sus condiciones y hubo otros protagonistas importantes.

Hubo, por descontado, el indio, que representa el elemento más telúrico en nuestro sentimiento de la nacionalidad. Sentimos la tierra personificada en el indio. Eso explica la paradoja sentimental de que sintamos más como nuestro héroe al Guaicaipuro derrotado que al Losada vencedor, a pesar de que nuestras características nacionales sean un resultado directo de la victoria de éste. En vastos aspectos sociales está presente el indio, en el maíz, en la arepa, en el casabe, en la coa de cultivar, en el rancho en que habita nuestra gente humilde y en el gran hecho social y económico del conuco, como sistema tradicional de trabajo, vida y producción para la mayoría de nuestro pueblo en lo más de su historia.

No está menos presente en nuestra historia como agente creador la cultura del conuco que el arquetipo intelectual y moral de *Las Siete Partidas* y de las *Leyes de Indias*.

No era cultura de la Romania la que aportaba el indio, ni lo era tampoco la que trajo el negro. En la sentina de los barcos negreros con el doloroso cargamento de brazos encadenados, venían lenguas, creencias, mitos, cantos, danzas, concepciones mágicas del mundo. Esa influencia, no sólo como fuerza de trabajo en la producción de los grandes cultivos coloniales como el cacao y la caña de azúcar, sino como

contribución espiritual tuvo grande importancia en la formación de nuestro pueblo. Se ha estudiado poco la que pudiéramos llamar la pedagogía de las esclavas en la formación de nuestra alma colectiva. Por lo menos durante dos siglos, en que las escuelas escaseaban y la enseñanza no pasaba de nociones superficiales, las ayas negras, conviviendo con los niños de las clases privilegiadas, les transmitieron todo un rico y oscuro tesoro de nociones, refranes, leyendas y ritmos, que entraron a formar parte indisoluble de nuestra mente y de nuestra sensibilidad colectiva. Simón Bolívar, el más grande de los venezolanos, se complacía en reconocer una segunda madre en la negra Hipólita.

Estos protagonistas en grado diferente tejieron nuestra historia en el escenario de nuestra tierra, en un rico y profundo proceso de mestizaje, del que nace el venezolano. Es este el gran hecho central de nuestra historia y el que hay que comprender para comprendernos.

Hubo un profundo y constante mestizaje entre las culturas y las actitudes vitales de los tres protagonistas. No sólo mestizaje de sangre, que es por descontado el menos importante, sino grande y creador mestizaje de aportes culturales en adaptación constante al nuevo medio social y físico.

Este fecundo y original proceso de mestizaje que nos caracteriza está presente en todas las formas de nuestra vida social y cultural. Hay mestizaje vivo en nuestra lengua, en nuestro folklore, en nuestra literatura, en nuestras costumbres. Son mestizas nuestras técnicas de producción y nuestra arquitectura. La chícura va con el arado romano y la pared de bahareque con el techo de tejas. Junto a variantes activas del romancero castellano, está en la mente de nuestro pueblo, lleno de enseñanzas e incitaciones, el vasto ciclo pedagógico de las aventuras de Tío Tigre y Tío Conejo que nos dieron los africanos. Hay todo un muestrario del mestizaje, en una fiesta como la de los diablos del Día de Corpus, y lo hay también en la evolución del barroco en las fachadas de nuestra iglesia, en el mobiliario del hogar tradicional y en muchas prácticas medicinales o mágicas.

Es mestiza nuestra cocina. Un plato tan nacional como la hayaca es como un compendio ejemplar del proceso de mestizaje. Está en ella la pasa y la aceituna de romanos y griegos, la alcaparra y la almendra de los árabes; la carne del ganado de los capitanes pobladores de Castilla, y el maíz y la hoja de bananero de los indios.

Nuestro quehacer histórico, nuestra originalidad histórica, tiene

que ver esencialmente con ese proceso consciente e inconsciente de creación de formas, de concepciones y de actitudes por medio del mestizaje. En el fondo de nuestra mentalidad hay una propensión a lo mágico, que acaso nos venga de los protagonistas oscuros de nuestro drama histórico, y que ha influido decisivamente en muchos grandes sucesos de nuestra vida política. Hay por ejemplo, todo un capítulo por escribir, sobre los elementos mágicos negros e indios como determinantes de la actitud popular en el poderoso proceso de la revolución federal.

Todos estos actores invisibles de la historia son los que tendríamos que llamar al proscenio para comprender en toda su amplitud y dimensión el gran proceso de nuestra vida colectiva.

Junto a ellos, en no menor grado, estarían los otros grandes protagonistas no humanos del hacer de Venezuela. Estaría la búsqueda de El Dorado, el cacao con su voluptuosa fragancia de tierra caliente, el café que incorporó a la geografía humana las laderas de nuestros montes; los ríos, los climas, las sequías, las lluvias, y por último, esa poderosa presencia transformadora, perturbadora y creadora, que ha cambiado el rumbo de nuestro destino en el último medio siglo, que es el petróleo.

Pero esa historia que vemos nacer y tomar rumbos, aún antes de que nazca el hecho nacional, y que vemos desarrollarse luego sobre una tierra ya venezolana por medio de la interacción de los protagonistas del proceso del mestizaje nacionalizante, no estuvo, ni antes ni después, substraída a la influencia de la historia viva del mundo occidental.

Una influencia activa de lo contemporáneo externo, ha formado parte importante de nuestro proceso nacional. No sólo por el hecho de que durante tres de los cuatro y medio siglos de nuestra existencia el centro del poder político que nos gobernaba estuviera fuera de nuestras fronteras, en tierra de Europa, sino por la incorporación constante al proceso cultural y político de Occidente.

Los colonizadores del siglo XVI traían la intención evidente y confesa de recrear una Castilla en estas tierras, trasplantando totalmente las formas de vida y las normas de espíritu y transformando al indio en cristiano de pueblo español de la época de Felipe II. Cuando el nieto de Luis XIV sube al trono de Madrid trae la intención de incorporar a España y su imperio al sistema regaliano francés del despo-

tismo ilustrado. Estas intenciones no se convirtieron exactamente en hechos, pero influyeron en grado variable en el rumbo de los hechos.

Esto es lo que pudiéramos llamar la influencia de la contemporaneidad occidental en nuestra historia. No hubiéramos podido llegar a ser plenamente europeos nunca, pero muchos de los grandes gestores individuales de nuestra historia tuvieron este propósito. Esa intención y vocación de contemporaneidad europea es otro de los factores del proceso de mestizaje de nuestra historia.

Esa contemporaneidad se ha hecho más sincrónica o más retardada según los tiempos y las circunstancias nacionales. No hay duda, por ejemplo, de que para 1730 la contemporaneidad europea que nos llegaba traía un retardo de casi un siglo. Pero luego esa contemporaneidad se va haciendo más presente y activa. El movimiento de los orígenes de nuestra Independencia es precisamente un momento en el que la contemporaneidad occidental se convierte en presente venezolano y actúa poderosa y decisivamente sobre nuestro acaecer.

La aparición del nuevo hombre de razón y de derecho frente al hombre de deber y de autoridad constituye lo que algunos han llamado la crisis de la consciencia europea en el siglo XVIII. Es una mutación general de los valores sobre los cuales la sociedad europea se había estructurado desde la Edad Media. De un pensamiento teológico se pasa a un pensamiento crítico, de hablar del pasado se pasa a hablar del porvenir, el hombre no es el heredero de un orden establecido sino el instrumento de creación de un orden racional. Todo está sujeto a revisión y crítica, desde las creencias religiosas, hasta las formas políticas.

A ese gran proceso, con despierta avidez creadora, se incorporan los grandes venezolanos que van a hacer la Independencia. Hombres como Miranda o como Simón Rodríguez logran evadirse del medio criollo para incorporarse plenamente a la contemporaneidad occidental y por eso nuestra Independencia llega a adquirir su plena significación dentro del proceso general revolucionario del tiempo occidental. Esa pasión por la contemporaneidad universal ha impedido a muchos ver el proceso vivo del mestizaje nacional. Se imaginan que no hay sino circunstancias universales y adhesiones a las verdades generales. Este es precisamente el estado de espíritu de los Constituyentes de 1811 y marca, por lo mismo, la hora de más completa entrega del espíritu venezolano a las solicitaciones de la contempora-

neidad occidental. Estaban en una actitud de ignorar la historia, y la historia se vengó trágicamente de ellos.

La contemporaneidad occidental no podía ser el único protagonista de nuestro quehacer de pueblo. Era uno de los protagonistas y ya era bastante.

Había que buscar el rumbo entre las exigencias del hecho nacional y las solicitaciones de la contemporaneidad universal. Esa tensión creadora entre lo universal contemporáneo y la vigencia de lo peculiar nacional se hace patente en el pensamiento de Bolívar, y esta es precisamente una de sus mayores glorias. Esto está claro en ese prodigioso testamento, en esa luminosa pauta para hacer historia, que es el discurso de Angostura. Bolívar nos dejó en él el acta solemne de declaración del mestizaje histórico, que es la condición de nuestro destino nacional. Fue así el primero en entender el proceso de nuestro hacer de pueblo, y por eso la historia de nuestro siglo XIX le dio la razón.

La historia de nuestro siglo XIX no es otra cosa que la historia de la prolongada crisis provocada por el conflicto entre los ideales de la contemporaneidad occidental y el hecho nacional, de la que brota como resultante una de las grandes creaciones del mestizaje histórico: el caudillismo.

A ese producto del mestizaje que es el caudillo, lo van a mirar como un monstruo anacrónico los grandes espíritus en quienes vivía con más fuerza la contemporaneidad europea, los González, los Toro, los Acosta. Ni siquiera los positivistas van a lograr entenderlo de un modo completo y satisfactorio, atenidos a una contemporaneidad ideológica, ya un poco retrasada en su tiempo, que los llevaba a hallar en todo un mero determinismo de la raza y del medio.

A estas alturas de nuestro examen de conciencia podemos ya pensar que esa historia simplista en tres tiempos, centrada en los grandes hechos externos de la independencia, deja afuera la mayor parte del hecho histórico al que pertenecemos, como herencia viva de otros tiempos, como fundamental proceso creador del mestizaje cultural, y como tensa correlación del hecho nacional y de la contemporaneidad occidental, lo que equivale a reconocer que hasta ahora hemos carecido de una imagen cabal de nuestra historia, y por lo tanto de una visión fidedigna de nuestro propio ser. Porque es incompleta, y parcial nuestra historia escrita, está desfigurada la imagen que recibimos y transmitimos de nuestro ser histórico y por ello mismo nos

condenamos y condenamos a nuestro pueblo a no poderla vivir y realizar plenamente.

Si carecemos de una visión del pasado, suficiente para mirar nuestro ser nacional en toda su compleja extensión y hechura, carecemos de historia en los dos sentidos, de historia como explicación del pasado y de historia como empresa de creación del futuro en el presente.

Vista así la historia nos resulta la más completa empresa del rescate de la personalidad nacional. Una empresa para la que ciertamente necesitamos despertar a los muertos, pero también desvelar a los vivos para que puedan participar en plenitud en la continuidad creadora del hacer histórico.

Es el rescate completo del pasado la condición previa para la completa posesión del presente. Nada menos que esto, significa la historia para un pueblo.

Hemos vivido hasta ahora con una visión desfigurada de nuestro pasado que nos ha dado una imagen mutilada y parcial del ser nacional.

Nuestra actitud tradicional ante el fenómeno de la historia presenta un curioso paralelismo con nuestra actitud ante la realidad de nuestra geografía. Desde el descubrimiento hasta hoy más de la mitad de nuestro territorio ha permanecido siendo tierra baldía o inaccesible, tierra cimarrona escapada a la ocupación útil. Es como si el ser nacional no hubiera vivido sino con una parte de su cuerpo. Es similar lo que nos ha ocurrido con la historia. Nos hemos encastillado en una parte de ella y hemos permanecido ciegos y sordos ante el vasto panorama de los afluentes y las raíces que nutren nuestra individualidad. Es como si no hubiéramos conocido sino una parte de nuestra alma.

La tarea del presente es la conquista y posesión útil de todo nuestro territorio y sus recursos, pero para ello necesitamos primero rescatar toda nuestra alma y su herencia cultural. El alma de los venezolanos, es decir su cultura, su espíritu, sus valores, sus motivaciones, sus conceptos, sus creencias, sus posibilidades creadoras, hay que irla a buscar en la historia. Y no es historia la que a un pueblo no le ofrece la posibilidad de contemplar la imagen cabal de su alma.

La muerte de la crítica

En Caracas se reunió, recientemente, un congreso de escritores para discutir sobre el tema de la novela iberoamericana. Como era de esperarse, hubo más críticos y profesores de literatura, que novelistas. En una de la sesiones, en la que se me invitó a intervenir, dije, después de hacer el elogio del creador de ficción, de su angustia, de su inseguridad, de su desesperada aventura creadora, que la crítica era un género condenado a desaparecer, si era que ya no estaba muerto y desaparecido.

Esta afirmación, que está lejos de ser impensada o efectista, provocó, como era natural, el estupor de algunos y la oposición, más o menos herida, de otros.

La verdad es que a las alturas actuales de la literatura y del arte en general ya no se puede hablar de crítica, por lo menos en el sentido que el término tuvo hasta ayer. Ni el nombre, ni la función corresponden a una realidad de la literatura de hoy.

En primer lugar porque los géneros mismos han ido desapareciendo. Los géneros literarios, en gran parte, fueron una invención estéril y artificial del neoclasicismo europeo. ¿Quién podría, con alguna pretensión de eficacia, distinguir en lo que se escribe en nuestros días

la tragedia de la comedia, o la prosa de la poesía, o lo lírico de lo épico, o la novela del poema, o el ensayo de la literatura de ficción?

Podría decirse que no ha quedado sitio para el crítico. El neoclasicismo lo había instalado en un estrado imponente, en el medio de la escena literaria, con todo un arsenal de pesas y medidas legítimas, para juzgar, clasificar y decidir sobre el valor y la calidad de toda obra literaria o artística. Era él quien pronunciaba el juicio final e inapelable sobre lo bueno y lo malo, sobre lo excelente y lo mediocre, sobre lo aceptable y lo rechazable.

Para esa tarea sublime contaba con modelos, patrones, normas y principios inobjetables. Era la figura central de una literatura centralizada, absolutista, estatizada, sometida a categorías, a arquetipos y a reglas. Era, acaso inconscientemente, la traslación de la corte de Luis XIV al mundo de la literatura.

Un hombre como Boileau no podía tener ninguna vacilación en el juicio. Estaba profundamente convencido de que sabía distinguir entre lo bello y lo feo, entre lo que valía literariamente y lo que no valía. Disponía de todo un juego de normas y de clasificaciones para juzgar y decidir sobre el carácter y valor de cualquier obra literaria. Era un entomólogo de las letras, clasificando insectos en sus naftalinadas cajas de museo.

El romanticismo comenzó a destruir esta imagen. Nació una crítica romántica, pero que ya muy poco tenía que ver con la ciencia de los neoclásicos. Un hombre como Sainte Beuve defiende una causa y una posición, pero ha abandonado ya toda seguridad normativa. Mira la obra literaria, no ya de acuerdo con su correspondencia a unas normas y unos modelos, sino dentro de un contexto histórico y humano.

Los hombres que han aplaudido el grito de libertad y rebelión de los románticos, se van a ver en dificultades para oponerse y mucho menos para condenar las nuevas rebeliones y libertades. Los que defendieron a Víctor Hugo contra el anatema de los neoclásicos, no se podían atrever a condenar a Baudelaire.

Se habían borrado las fronteras de los géneros, se habían negado las normas y los modelos y había comenzado el peligroso reino de la inseguridad, profundamente insalubre para el crítico.

No debió dejar de tener su buena parte en este cambio de clima y de actitud el escandaloso ejemplo de lo que pasaba en las artes plásticas.

Los duros dómines de los jurados de los salones oficiales comenzaron por cerrar orgullosamente las puertas a todo lo que se apartaba de la tradición de la *belle peinture*, de aquellos cuadros de género, poblados de divinidades difuntas, de desnudeces frías y de cascos de bomberos. La avalancha de la irrespetuosa novedad no hizo sino arreciar. Montaron los nuevos, en tienda aparte, sus exposiciones, forjaron inmensos cataclismos y cambios en las artes plásticas, hasta que ya muy tarde, un buen día, los buenos señores jurados y críticos oficiales y académicos, no tuvieron más remedio que darse cuenta de que toda la historia extraordinaria de la pintura moderna se había hecho fuera de sus salones. Los burlados y ridiculizados impresionistas se habían convertido en los grandes nuevos maestros y cuando ellos no habían acabado de proclamar sus normas surgían por todas partes nuevas rebeliones. Aparecían los posimpresionistas, los «fauves», los cubistas.

De la seguridad absoluta de saber lo que era arte, se había pasado a la angustiosa inseguridad de no poder saber lo que no era arte. Los más seguros y venerados criterios quedaron sin aplicación posible. La imitación de la naturaleza, que permitía criterios fáciles y seguros para juzgar de una obra, quedó rechazada por el expresionismo, por el cubismo, por el arte no representativo, por la pintura abstracta, por la creación de objetos plásticos gratuitos, por el arte cinético, por toda la ilimitada e indefinible variedad de todas las formas de expresión contemporáneas.

El caso en las letras no ha sido diferente. La distancia recorrida entre *La guerra y la paz* y la antinovela francesa de nuestros días es inconmensurable. Es equivalente a la que separa la poesía de Verlaine de la que intentan los *hippies* de la actualidad, o a las diferencias que hay entre *Cyrano de Bergerac* y *La cantante calva*.

Casi podría decirse que no pertenecen a la misma familia de expresión y que son manifestaciones creadoras tan disímiles como el ensayo y la danza. Somos lo espectadores o los actores de los más grandes cataclismos y transformaciones que han ocurrido en el campo de las artes en toda la historia humana. Entre los bisontes de la Cueva de Altamira y las obras de Dubuffet hay más parentescos y continuidad que entre la pintura de Matisse y el arte cinético de Soto o Vasarely.

Estamos viviendo en el mundo fragmentado y casi incomunicable de las dos culturas y de los lenguajes parciales y separados. Como

lo ha señalado C.P. Snow, cada día es mas grande el abismo que separa la vieja cultura humanística de la nueva y casi inhumana cultura matemática. Tan incompleto y mutilado resulta el físico que no conoce la *Novena Sinfonía* o la poesía de Dylan Thomas, como el literato que ignora el significado de la segunda ley de la termodinámica.

Lo que los separa y tiende a separarlos más es el abismo que va creciendo entre los lenguajes parciales del humanismo y de la matemática. Hay una intraducibilidad de la experiencia científica en el lenguaje ordinario. Como hay una intraducibilidad del lenguaje de la música.

Acaso seamos las víctimas de una deformación creada por la civilización. Ha habido una separación y empobrecimiento del lenguaje ordinario con respecto a la multiplicidad de la experiencia sensorial e intelectiva del hombre. Una tendencia a la simplificación lineal frente a la simultaneidad de la experiencia viviente y de la presencia del mundo. Se han creado convenciones mutiladoras como la de la perspectiva en la pintura o la del relato lineal y visual en la literatura.

Un filósofo como Wittgenstein ha podido poner en duda que exista alguna relación verificable entre las palabras y los hechos. También Michel Foucault ha denunciado la parcial, deformada e incompleta imagen que las palabras dan de las cosas.

George Steiner ha podido resumir toda esta situación en su libro *Language and Silence* diciendo que «el lenguaje sólo puede tratar significativamente de un segmento muy especial y restringido de la realidad. El resto, y presumiblemente la mayor parte, es silencio».

¿A qué género pertenece un libro como *Finnegan's Wake*, o conforme a cuál patrón o modelo pueden juzgarse los ensayos de escritura automática de los surrealistas?

Hoy se tiende a entender el lenguaje y la literatura como un código de señales que transmite parcialmente una experiencia que lo desborda. Un hombre tan pintoresco e inquietante como Marshall McLuhan, en su *Gutenberg Galaxy*, ha apuntado el hecho turbador de que la creación del alfabeto fonético comenzó la fatal disociación entre los sentidos, cuya culminación fue la invención de la imprenta. Se redujo el hombre a un modo lineal y visual, dejando fuera todo lo auditivo, lo táctil y lo simultáneo.

Es decir, que la obra de arte no es sino una traducción parcial y momentánea de la compleja experiencia humana, de modo que su

relación con el tiempo y con el espacio no sólo es compleja, sino, sobre todo, cambiante y provisional.

A esto aludía, sin duda, Rimbaud cuando hablaba del «desorden sagrado de su espíritu», y cuando señalaba la videncia, adivinatoria e intuitiva, como el rasgo fundamental del poeta.

¿Cuál podría ser entonces el patrón crítico para juzgar las obras de arte en esa «anarquía» creadora e ilimitada, que ya adivinaba, y en cierto modo temía, acaso el último gran poeta del viejo tiempo, Yeats?

El último refugio acaso de la crítica dogmática y valorativa que ha sobrevivido en nuestro mundo ha sido el de los países socialistas. Por lo menos por un tiempo pudieron pretender a la aplicación de un criterio y de unas normas extraídas de Marx y de Lenin que permitían clasificar y pesar el valor de las obras literarias. Pero esto mismo ha durado poco. Lukács no pudo menos que alzarse contra este dogmatismo presuntuoso y estéril y hoy mismo, el grupo «Clarté», de los jóvenes comunistas franceses ha tenido que admitir y declarar, por boca de Ives Buin, en un simposio público sobre el poder de la literatura que «para los comunistas la literatura no se presenta como una aliada ocasional, una superestructura necesariamente sometida a los objetivos de la política. Reconocen en relación con el problema del arte la modestia fundamental del político frente al artista. Garantizan, en fin, el respeto absoluto al desarrollo autónomo del arte, cuya condición *sine qua non* es la más total licencia de vías, medios y formas de creación.

Vista así, poco nos queda de eso que se llamaba la crítica. Sus normas, sus modelos, sus criterios intemporales, su justicia, ya no tienen vigencia. Quedan los historiadores de la literatura y del arte que toman nota de las novedades y las tendencias y tratan de explicarlas. Quedan los cronistas que anuncian y comentan perecedera y fugazmente las novedades, en las reseñas bibliográficas que informan al público entre el diluvio de libros impresos. Quedan los profesores que reducen la historia literaria a tema de cátedra. Todos ellos hacen obra útil.

Pero la crítica, ¿dónde está? Podríamos decir que ante el mundo cambiado y cambiante de nuestros días ha desaparecido, porque ya no puede existir la función que ella pretendía llenar.

Su sitio lo ha venido a llenar, acaso con más sinceridad y fruto, el partidario y el epígono. El hombre que adhiere a una obra, a una

posición, a una tendencia y la defiende combativamente. Sus pretendidos estudios críticos no son, a la postre, sino manifiestos en defensa de una actitud o en ataque a una posición. Participan en cierta forma directa en la creación literaria y forman parte de la aparición y de la afirmación de las obras. No juzgan, ni clasifican, ni valoran, sino que adhieren y combaten.

Es de este tipo la única obra crítica válida que ha podido conocer nuestra cambiante y combativa época. La de Thomas Mann, la de Eliot, la de D.H. Lawrence, la de Lukács, la de Sartre, la de Camus, la de Malraux, la de Robbe-Grillet. Una crítica de adhesión, partido y combate.

Pero la otra, la judicial y valorativa, la dogmática y preceptiva, la que pesaba y medía, la que se llamó y se ha seguido llamando pomposamente crítica, ésa está muerta y no podrá resucitar porque cada vez se aleja y enajena más el mundo al que perteneció.

La historia en la novela

Abundan los críticos literarios que sostienen que la novela histórica, como género, nació en el romanticismo y tuvo por padre a Walter Scott. Aun hombres de mentalidad que se pretende moderna y hasta revolucionaria, como Lukács, lo repiten con impresionantre convicción.

A mí me parece que hay un evidente equívoco en esto y que no es demasiado tarde para decirlo. Tal vez el hecho mismo de que he escrito algunas ficciones que muchos se empeñan en calificar de novelas históricas me ha llevado a esta reflexión de un modo necesario.

Aun cuando ya muy poca gente cree en los géneros y la historia literaria ha sufrido y sigue sufriendo en nuestros días la más completa y extraordinaria transformación de contenido y de concepto, todavía se habla de novela histórica como de una división neta y distinta, con características propias, dentro de la narrativa.

Cada día más se mira a la literatura como una creación de lenguaje, independientemente de los temas o de las convenciones formales que pueda aceptar. Ya no sólo no se habla de géneros caracterizados o distinguibles, sino que se entiende que lo esencial y lo característico es el «discurso literario». Uno de los nuevos críticos franceses, Pie-

rre Daix,* lo dice con transparente claridad: «El escritor, en el sentido moderno, es un manipulador del lenguaje. Su instrumento y su medio es esa capitalización de experiencias sociales, integrada a su propia experiencia, a su vida, que es el lenguaje. Va a transformar ese lenguaje por medio de un trabajo específico: la escritura, en una red de lenguaje organizado y comunicable que es la obra. El escritor es el revelador del lenguaje común. Es el que da a entender como el pintor da a ver». Es una visión global del acto literario independizado de toda particularidad limitante. Tal vez sea ésta una posición extrema que el futuro de las letras puede desmentir pero, en todo caso, está más cerca de la verdad del hecho de creación que las arbitrarias e inútiles clasificaciones de la obra literaria por géneros y por modelos.

Aun aceptando, en principio y con toda la mala fe de un litigante curtido, que se pueda hablar de novela histórica, se tropieza de inmediato con la dificultad de definir el género.

El hecho de referirse al pasado no constituye un criterio suficiente. Todos los relatos se refieren al pasado, aun aquellos que en el momento de escribirse parecieron más contemporáneos, como las novelas de Paul Bourget. El tiempo de una manera fatal las ha convertido en testimonio histórico. Todo el repertorio de personajes, de sucesos y de escenas de Balzac, que en su tiempo parecía el retrato de la más inmediata realidad, se ha convertido para nosotros en novela histórica en el más exacto sentido de la palabra. Mucho más podemos conocer sobre la sociedad francesa de la primera mitad del siglo XIX en la *Comedia humana* que leyendo a los historiadores profesionales o a los novelistas de minuciosa reconstrucción del pasado.

El caso de Proust es semejante. Seguramente más revelador y elocuente, Proust, acaso más que ningún otro novelista, tuvo en un grado extraordinario la noción y la conciencia de que todo era tiempo y que el gran tema dramático era la muerte y resurrección del pasado en el presente. El punto de partida de su obra es la más inmediata contemporaneidad. Escribe lo que ha vivido y conocido. Sus coetáneos lo leían casi como una indiscreción escandalosa sobre las intimidades reservadas de la vida mundana y de las gentes conocidas e identificables que frecuentaban los salones elegantes. Se convirtió en un juego de sociedad averiguar o imaginar quién podía ser, en la rea-

---

*Pierre Daix, *Nouvelle critique et art moderne*. Éditions du Seuil, París, 1968.

lidad, la Duquesa de Guermantes, o Charlus u Odette. No pocos desagrados le costó al autor esta manía de identificación. Sin embargo, hoy leemos *El tiempo perdido* casi como podríamos leer las Memorias del Duque de Saint-Simon. La diferencia es de profundidad y de arte del narrador pero no de tono ni de contenido. La descripción de la Corte de Luis XIV nos resulta tan novela de situaciones y de psicología como la obra de Proust, la que, a su vez, podemos leer ahora y cada día más como maravillosa ficción de memorialista para conservar viva en toda su complejidad y sus contradicciones una época.

El caso de Proust no es único. Los grandes realistas del siglo XIX que trataron de retratar la vida simultánea que los rodeaba terminaron por hacer ficción histórica. El caso de Flaubert ilumina muy bien esta particularidad. El gran novelista francés es autor de dos libros muy reveladores a este respecto. El se propuso escribir con *Salammbô* un modelo de «novela histórica», tal como la entendía la preceptiva de su tiempo. Hizo una tediosa labor de reconstrucción arqueológica para pintarnos el Cartago de los Barca, sus costumbres, su aspecto, sus trajes, sus ceremonias, sus personajes representativos. Poco antes había publicado *Madame Bovary* que tuvo toda la significación de un manifiesto del realismo y de la presentación directa y descarnada de la sociedad francesa de su tiempo. Nadie puede dudar de que hoy, para nosotros, *Madame Bovary* tiene más valor como historia que el aparatoso y vacío decorado de Opera que es *Salammbô*. Todos aquellos seres de su hora, que el novelista puso en torno al adulterio de Emma, nos dicen más sobre su tiempo que los documentos de los historiadores y los sociólogos.

Acaso en menor grado, pero con el mismo sentido, podría decirse que en Tolstoi *Anna Karenina* es más testimonio histórico que *Guerra y paz*.

El tema verdadero de la novela es el tiempo y en la medida en que está incorporado a ella la convierte en historia. Toda narración es por su naturaleza temporal, es decir, histórica. Tal vez la que menos contenido de tiempo real presenta es precisamente la que pretende reconstruir algún episodio del remoto pasado. En este sentido más novela histórica es *La dama de las camelias* de Dumas hijo, que toda la profusa y truculenta evocación del Renacimiento que hizo su padre en sus vastos ciclos de relatos históricos. Podría acaso decirse, sin ánimo de paradoja, que toda novela es histórica por naturaleza,

a menos, precisamente, el caso extremo de la novela llamada genéricamente ***histórica***.

Eso que en la oscuridad del lenguaje corriente llamamos el suceder, el pasar, o el acaecer es el tema central y casi único de la ficción. El fingir de la ficción implica muchas cosas diversas y concomitantes y entre ellas una traducción en palabras de una cierta realidad y una simulación del estar en el tiempo. Acaso por eso mismo es aparente en todas las grandes novelas la sensación de que el autor no sabe mucho de lo que está hablando o no logra sino aproximarse con dificultad a la verdad sumergida de las personas y de los hechos.

El estar en el tiempo, que es la condición humana, es estar en el cambio continuo, es el estar siendo y dejando de ser en todo momento. Todo cuanto el autor dice en este sentido es testimonio de un tiempo y acaso en el más cierto sentido de dos tiempos, del tiempo del relato y del autor y los dos se superponen o se mezclan y dan la rica temporalidad de que está hecha la textura de la obra narrativa.

Este simple e inescapable hecho de estar en el tiempo convierte la obra de ficción en una tentativa de fijar el tiempo. Una tentativa que siempre es continuamente derrotada por el tiempo mismo. Porque así como no hay lectura intemporal tampoco puede haber escritura intemporal. La lengua misma es como un recipiente que se carga continuamente de significaciones temporales que hacen que una misma palabra deje de ser la misma y de significar lo mismo por el efecto de las significaciones de que la va cargando el transcurso del tiempo. George Steiner, en su libro deslumbrante y revelador *After Babel*, utilizando los instrumentos que ha acumulado la moderna lingüística, nos enseña cómo el discurso cambia de sentido con el tiempo y cómo es de intraducible todo texto no sólo a otra lengua sino a otro tiempo. «Todo acto de lenguaje contiene un determinante temporal. Ninguna forma semántica es intemporal. Cada vez que usamos una palabra es como si despertáramos en resonancia toda su historia anterior. Todo texto está incrustado en un tiempo histórico específico y contiene lo que los lingüistas llaman una estructura diacrónica. Leer de un modo completo es restaurar todo lo que uno puede de las inmediateces de valor y tentativa en medio de las cuales el hablar ocurre efectivamente». Para Steiner esto no sólo significa la imposibilidad práctica de dar exactamente en una lengua lo que fue escrito en otra sino, además, la dificultad, no totalmente eliminable, de leer un texto del pasado de la misma manera que lo pudieron leer sus con-

temporáneos. Ni las palabras, ni los giros, ni el fantasma presente de los ecos y las referencias, pueden permanecer inalterados en el transcurso del tiempo. No podemos leer a Quevedo o a Cervantes como los leyeron sus coetáneos. Toda lectura es, en este sentido, una empresa de reconstrucción. Así como nos cuesta un esfuerzo de memoria establecer el ambiente de los trajes, los muebles, los usos y las formas de tratamiento en que vivieron los personajes del *Quijote* y que para los contemporáneos de Cervantes eran obvios y no necesitaban ser recordados, tampoco podemos lograr alcanzar satisfactoriamente lo que significaban las palabras que hoy leemos en el libro antiguo para los hombres que las leyeron cuando apareció. No son sólo las palabras que indican situaciones que han cambiado o desaparecido como «rey mago» o «caballero». Cada uno de esos nombres siguió cambiando y evolucionando con las circunstancias sucesivas que surgieron después de que quedó escrita y hoy no puede significar para nosotros sino una aproximación, más o menos remota, a lo que entonces pudo significar.

De esta manera los autores no sólo intentan sustraer del tiempo momentos de los sucesos y de la situación de carácter de las personas sino momentos de la significación de las voces.

Literalmente congelan, o intentan congelar, momentos de la vida y también momentos del discurso. En este sentido todo texto es tan enigmático y difícil de descifrar como una inscripción antigua. El caso no se da tan sólo con libros de otras edades sino con la más cercana obra del próximo ayer. No es sólo el envejecimiento rápido de los autores que estuvieron de moda ayer o anteayer, pocos leen hoy a Anatole France o a Blasco Ibáñez o a Wells, sino la distancia que se establece entre nosotros y los textos que no están escritos en nuestro más inmediato presente. Ya no podríamos leer *La condición humana* de Malraux, o el *Ulises* de Joyce, o *El proceso* de Kafka como los lectores de entre las dos guerras mundiales. Se han convertido en historia. La temporalidad los ha penetrado y alejado de nosotros de un modo irreparable. No podemos leer a Jorge Manrique o a Garcilaso como los leyeron los hombres de su tiempo, pero tampoco podemos leer *Fervor de Buenos Aires* o el *Romancero gitano* y encontrar en ellos lo que hallaron en adivinaciones y préstamos los que compartieron la hora de su aparición.

De este modo toda novela es historia porque, voluntariamente o no, se propone detener y preservar un momento del acaecer, lo que

constituye inevitablemente la tentativa absurda de sustraer del tiempo un fragmento del tiempo.

Importaría poco, en este caso, que la novela tuviera por tema personajes y circunstancias del más inmediato ayer o de un remoto y restaurado pretérito. También la evocación del pasado lejano queda sometida al tiempo. La Roma de Bulwer Lytton pertenece al sigo XIX, como el relato de Telémaco, de Fenelón, pertenece al gusto y a la mentalidad del siglo de Luis XIV. Ya la visión de los Rougeon-Macquart de Zola no era inmediata. Entre él y aquel tiempo había pasado Sedán, la Comuna, el ferrocarril y la rápida evolución de las ideas.

Toda novela que se proponga dar un testimonio de lo humano es coetánea inseparable del tiempo en que se escribe y de su circunstancia, aunque trate de sucesos que ocurrieron muchos siglos antes. En este sentido la *Salomé* de Wilde nos informa mucho más y más fiablemente de la hora estética de los simbolistas que del mundo de Herodes.

El interés por la reconstrucción arqueológica del pasado lo trajeron los románticos, que reinventaron toda una Edad Media tan teatral y convencional como la más gratuita imaginación. Esta preocupación no se tuvo antes. La época en que se situaba la acción de una obra literaria tenía mucha menos importancia que el discurso y que el drama humano. Todo el teatro neoclásico francés lo demuestra. Ninguna importancia le dan Racine o Corneille a la reconstrucciónm fiel de la historia antigua. Sus mujeres bíblicas o griegas se expresan en un presente de pasión y de confrontación, que seguramente no tiene ninguna veracidad histórica. Tampoco el *Cid* de Corneille tiene nada que ver con la realidad histórica de la Reconquista española. Los conflictos del amor y del deber que se debaten en esa obra son rigurosamente contemporáneos del autor. Los castellanos viejos, que oyeron el primitivo Cantar de Gesta, no hubieran podido comprender nada de la tragedia del autor francés.

Esa misma actitud de actualización del pasado y de menosprecio de la reconstrucción arqueológica la mostraron abundantemente los pintores del Renacimiento. Los cuadros de los flamencos y de los italianos que tienen por tema la vida de Cristo no hacen el menor esfuerzo por dar veracidad histórica al conjunto. Jesús, la Virgen y los Apóstoles aparecen rodeados de personajes de la época del pintor, la Virgen viste como una alta dama del siglo XV, toda la arquitectura en que se mueven es gótica o renacentista. Basta mirar aquel prodi-

gioso festín veneciano que el Veronés pintó, con decenas de caballeros y cortesanas de la más rica Venecia del siglo XVI rodeando a un Cristo insolublemente extraviado en el tiempo y en el espacio, como representación de las Bodas de Caná, para percatarse de todo el orgulloso desdén que aquellos grandes artistas sentían por toda tentativa de reconstrucción arqueológica. Les interesaba lo humano, el conflicto humano y la belleza de las cosas tal como las conocían.

Tal vez por sentido inconsciente de la situación se percataban de que tan sólo podían expresar lo contemporáneo y que, por lo tanto, cuando trataban un tema del pasado podían y debían trasladarlo a la circunstancia inmediata que conocían. No les interesaba, y ni siquiera se planteaban el problema de reconstruir fielmente un pasado remoto, sino expresar en términos válidos una pasión o un drama humanos que podían tomar del fondo de la más lejana historia, como se trae una flor del campo para colocarla en un vaso de cristal en la sala de una casa.

Como el pintor del Renacimiento, el novelista puede colocarse frente a todo el pasado humano para escoger y representar en términos inescapablemente contemporáneos su deseo de expresión de lo humano. Una novela histórica que se ajustara a la muerta preceptiva de los géneros acaso dejaría de ser novela y de tener toda validez literaria para convertirse en una obra de curiosidad y paciencia.

El campo de la novela es el tiempo, pero no la época, sino la acción del pasado en el presente y la transformación continua del presente en pasado a través del personaje, sus relaciones y sus fantasmas.

Es en este sentido que toda la novela es histórica por naturaleza, porque es una tentativa de contener un tiempo y de mantenerlo vivo en términos de presente, aunque la acción que se relate haya ocurrido muchos siglos antes.

Tal vez, jugando con la etimología, podríamos decir que la novela es la nueva, la noticia del tiempo y de su paso y por eso mismo es inescapablemente histórica. Escribe historia con su lenguaje, con su forma y con su contenido y es, acaso, en ella donde hay que ir a buscar el testimonio del pretérito, el fugaz momento del río de Heráclito, y no en las destilaciones documentales de los historiadores de profesión.

Dentro del fenómeno generalizado en nuestros días de la desaparición de los géneros, de la abolición de la preceptiva y del cuestionamiento de los viejos criterios de la crítica, no podría hablarse de

géneros literarios sino acaso en circunstancias extremas de ciertos tipos de literatura intemporal o marginalizada, verdaderos fósiles que brotan bajo la superficie de lo contemporáneo.

Existe efectivamente en el presente y florece comercialmente bajo la explotación de la industria editorial un tipo de relato muy tipificado que compite a su manera con las reconstrucciones pintorescas y suntuosas del pasado que realiza la industria cinematográfica. En un sentido verdadero esto no pertenece a la literatura sino a lo que en inglés se llamaría *entertainment.*

La verdadera obra literaria, la que se forma de su propio uso del lenguaje y de la visión de las realidades, no puede dividirse en categorías distintas según trate del presente o del pasado. *El Virgilio* de Hermann Broch no se distingue en nada de lo que hace su calidad y su significación literaria de lo que escribe Faulkner o Pasternak. ¿No resultaría una irrisión que a esas alturas habláramos de Faulkner como de un autor de novelas históricas o regionales? Todo gran novelista historiza y regionaliza espontáneamente.

Hoy tendemos a considerar el campo literario como una vasta e ilimitada ágora indiferenciada y heterogénea, donde todo se mezcla y se modifica mutuamente. Donde el ensayo desemboca en la poesía y en la novela, donde todo parece fundirse y mezclarse en un solo discurso literario impreciso y colmado de contenidos insospechados. Podemos leer a Proust como historia y a Rabelais como farsa de la actualidad. A Joyce como poesía y a Ezra Pound como novela.

Acaso la única evidencia fundamental que nos queda es la de que estamos o no ante un discurso literario que contiene e incorpora el tiempo. Que es precisamente lo que hace que la palabra pueda convertirse o no en literatura.

Realismo mágico

Desde 1929 y por algunos años tres jóvenes escritores hispanoamericanos se reunían, con cotidiana frecuencia, en alguna terraza de un café de París para hablar sin término de lo que más les importaba que era la literatura de la hora y la situación política de la América Latina que, en el fondo, era una misma y sola cosa. Miguel Angel Asturias venía de la Guatemala de Estrada Cabrera y Ubico, con la imaginación llena del «Popol Vuh», Alejo Carpentier había salido de la Cuba de Machado y yo venía de la Venezuela de Gómez. En Asturias se manifestaba, de manera casi obsesiva, el mundo disuelto de la cultura maya, en una mezcla fabulosa en la que aparecían, como extrañas figuras de un drama de guiñol, los esbirros del Dictador, los contrastes inverosímiles de situaciones y concepciones y una visión casi sobrenatural de una realidad casi irreal. Carpentier sentía pasión por los elementos negros en la cultura cubana. Podía hablar por horas de los santeros, de los ñáñigos, de los ritos del vudú, de la mágica mentalidad del cubano medio en presencia de muchos pasados y herencias. Yo, por mi parte, venía de un país en el que no predominaban ni lo indígena, ni lo negro, sino la rica mezcla inclasificable de un mestizaje cultural contradictorio. La política ve-

nía a resultar un aspecto, acaso el más visible, de esas situaciones de peculiaridad que poco tenían que ver con los patrones europeos. ¿Qué podía haber en común entre el señor Poincaré y Estrada Cabrera, Machado y Gómez, y qué podría identificar al maestro de Escuela de Guatemala convertido en tirano, al rumbero y trágico habanero tradicional que era Machado y al caudillo rural, astuto e instintivo, que era Gómez? Lo que salía de todos aquellos relatos y evocaciones era la noción de una condición peculiar del mundo americano que no era posible reducir a ningún modelo europeo. Se pasaban las horas evocando personajes y situaciones increíbles. Estrada Cabrera y sus poetas, el siniestro hombre de la mulita que recorría solitario y amenazante las calles de Guatemala, Machado y aquella Cuba rumbosa, rumbera y trágica, y Gómez, su misterio rural rodeado de sus doctores sutiles y de sus silenciosos «chácharos».

Nos parecía evidente que esa realidad no había sido reflejada en la literatura. Desde el romanticismo, hasta el realismo del XIX y el Modernismo, había sido una literatura de mérito variable, seguidora ciega de modas y tendencias de Europa. Se había escrito novelas a la manera de Chateaubriand, o de Flaubert, o de Pereda, o de Galdós, o de D'Annunzio. Lo criollo no pasaba de un nivel costumbrista y paisajista. Ya Menéndez y Pelayo había dicho que el gran personaje y el tema fundamental de la literatura hispanoamericana era la naturaleza. Paisaje y costumbrismo, dentro de la imitación de modelos europeos, constituían los rasgos dominantes de aquella literatura, que parecía no darse cuenta del prodigioso mundo humano que la rodeaba y al que mostraba no haberse puesto a contemplar en su peculiaridad extraña y profunda.

Era necesario levantar ese oscuro telón deformador que había descubierto aquella realidad mal conocida y no expresada, para hacer una verdadera literatura de la condición latinoamericana.

Por entonces, Miguel Angel Asturias, que trabajaba en *El señor Presidente*, publicó sus *Leyendas de Guatemala*. Produjo un efecto deslumbrante; en ellas expresaba y resucitaba una realidad casi ignorada e increíble, resucitaba el lenguaje y los temas del «Popol Vuh», en una lengua tan antigua y tan nueva que no tenía edad ni parecido. Por el mismo tiempo, Carpentier escribió su novela negra *Ecue Yamba O* , llena de magia africana y de realidad sorprendente, al igual que yo terminé y publiqué mi primera novela *Las lanzas coloradas*.

Se trataba, evidentemente, de una reacción. Reacción contra la li-

teratura descriptiva e imitativa que se hacía en la América hispana, y también reacción contra la sumisión tradicional a modas y escuelas europeas. Se estaba en la gran época creadora y tumultuosa del surrealismo francés, leíamos, con curiosidad, los manifiestos de Breton y la poesía de Eluard y de Desnos, e íbamos a ver *El perro andaluz* de Buñuel, pero no para imitarlos o para hacer surrealismo.

Más tarde algunos críticos literarios han querido ver en esa nueva actitud un mero reflejo de aquellos modelos. Alguna influencia hubo, ciertamente, y no podía menos que haberla, pero es desconocer el surrealismo o desconocer esa nueva corriente de la novelística criolla pensar que son la misma cosa bajo diferentes formas y lenguaje.

El surrealismo es un juego otoñal de una literatura aparentemente agotada. No sólo se quería renovar el lenguaje sino también los objetos. Se recurría a la incongruencia, a la contradicción, a lo escandaloso, a la búsqueda de lo insólito, para producir un efecto de asombro, un choque de nociones y percepciones incoherentes y un estado de trance o de sueño en el desacomodado lector. Era pintar relojes derretidos, jirafas incendiadas, ciudades sin hombres, o poner juntos las nociones y los objetos más ajenos y disparatados como el revólver de cabellos blancos, o el paraguas sobre la mesa del quirófano. En el fondo era un juego creador, pero sin duda un juego que terminaba en una fórmula artificial y fácil.

Lo que se proponían aquellos escritores americanos era completamente distinto. No querían hacer juegos insólitos con los objetos y las palabras de la tribu, sino, por el contrario, revelar, descubrir, expresar, en toda su plenitud inusitada esa realidad casi desconocida y casi alucinatoria que era la de la América Latina para penetrar el gran misterio creador del mestizaje cultural. Una realidad, una sociedad, una situación peculiares que eran radicalmente distintas de las que reflejaba la narrativa europea.

De manera superficial, algunos críticos han evocado a este propósito, como antecedentes válidos, las novelas de caballería, *Las mil y una noches* y toda la literatura fantástica. Esto no puede ser sino el fruto de un desconocimiento. Lo que caracterizó, a partir de aquella hora, la nueva narrativa latinoamericana no fue el uso de una desbordada fantasía sobrepuesta a la realidad, o sustituta de la realidad, como en los cuentos árabes, en los que se imaginan los más increíbles hechos y surgen apariciones gratuitas provocadas por algún poder sobrehumano o de hechicería. En los latinoamericanos se trata-

ba de un realismo peculiar, no se abandonaba la realidad, no se prescindía de ella, no se la mezclaba con hechos y personificaciones mágicas, sino que se pretendía reflejar y expresar un fenómeno existente pero extraordinario dentro de los géneros y las categorías de la literatura tradicional. Lo que era nuevo no era la imaginación sino la peculiar realidad existente y, hasta entonces, no expresada cabalmente. Esa realidad, tan extraña para las categorías europeas, que había creado en el nuevo mundo, tan nuevo en tantas cosas, la fecunda y honda convivencia de las tres culturas originales en un proceso de mezcla sin término, que no podía ajustarse a ningún patrón recibido. No era un juego de la imaginación, sino un realismo que reflejaba fielmente una realidad hasta entonces no vista, contradictoria y rica en peculiaridades y deformaciones, que la hacían inusitada y sorprendente para las categorías de la literatura tradicional.

No se trataba de que surgiera de una botella un «efrit», ni de que frotando una lámpara apareciera un sueño hecho realidad aparente, tampoco de una fantasía gratuita y escapista, sin personajes ni situaciones vividas, como en los libros de caballerías o en las leyendas de los románticos alemanes, sino de un realismo no menos estricto y fiel a una realidad que el que Flaubert, o Zola o Galdós usaron sobre otra muy distinta. Se proponía ver y hacer ver lo que estaba allí, en lo cotidiano, y parecía no haber sido visto ni reconocido. Las noches de la Guatemala de Estrada Cabrera, con sus personajes reales y alucinantes, el reino del Emperador Christophe, más rico en contrastes y matices que ninguna fantasía, la maravillante presencia de la más ordinaria existencia y relación.

Era como volver a comenzar el cuento, que se creía saber, con otros ojos y otro sentido. Lo que aparecía era la subyacente condición creadora del mestizaje cultural latinoamericano. Nada inventó, en el estricto sentido de la palabra, Asturias, nada Carpentier, nada Aguilera Malta, nada ninguno de los otros, que ya no estuviera allí desde tiempo inmemorial, pero que, por algún motivo, había sido desdeñado.

Era el hecho mismo de una situación cultural peculiar y única, creada por el vasto proceso del mestizaje de culturas y pasados, mentalidades y actitudes, que aparecía rica e inconfundiblemente en todas las manifestaciones de la vida colectiva y del carácter individual. En cierto sentido, era como haber descubierto de nuevo la América hispana, no la que habían creído formar los españoles, ni aquella a la que creían no poder renunciar los indigenistas, ni tampoco la frag-

mentaria Africa que trajeron los esclavos, sino aquella otra cosa que había brotado espontánea y libremente de su larga convivencia y que era una condición distinta, propia, mal conocida, cubierta de prejuicios que era, sin embargo, el más poderoso hecho de identidad reconocible.

Los mitos y las modalidades vitales, heredados de las tres culturas, eran importantes pero, más allá de ellos, en lo más ordinario de la vida diaria surgían concepciones, formas de sociabilidad, valores, maneras, aspectos que ya no correspondían a ninguna de ellas en particular.

Si uno lee, con ojos europeos, una novela de Asturias o de Carpentier, puede creer que se trata de una visión artificial o de una anomalía desconcertante y nada familiar. No se trataba de un añadido de personajes y sucesos fantásticos, de los que hay muchos y buenos ejemplos desde los inicios de la literatura, sino de la revelación de una situación diferente, no habitual, que chocaba con los patrones aceptados del realismo. Para los mismos hispanoamericanos era como un redescubrimiento de su situación cultural. Esta línea va desde *Las Leyendas de Guatemala* hasta *Cien años de soledad.* Lo que García Márquez describe y que parece pura invención, no es otra cosa que el retrato de una situación peculiar, vista con los ojos de la gente que la vive y la crea, casi sin alteraciones. El mundo criollo está lleno de magia en el sentido de lo inhabitual y lo extraño.

La recuperación plena de esa realidad fue el hecho fundamental que le ha dado a la literatura hispanoamericana su originalidad y el reconocimiento mundial.

Por mucho tiempo no hubo nombre para designar esa nueva manera creadora, se trató, no pocas veces, de asimilarla a alguna tendencia francesa o inglesa, pero, evidentemente, era otra cosa.

Muchos años después de la publicación de las primeras obras que representaban esa novedad, el año de 1949, mientras escribía un comentario sobre el cuento, se me ocurrió decir, en mi libro *Letras y hombres de Venezuela:* «Lo que vino a predominar... y a marcar su huella de una manera perdurable fue la consideración del hombre como misterio en medio de los datos realistas. Una adivinación poética o una negación poética de la realidad. Lo que, a falta de otra palabra, podría llamarse un realismo mágico». ¿De dónde vino aquel nombre que iba a correr con buena suerte? Del oscuro caldo del subconsciente. Por el final de los años 20 yo había leído un breve estu-

dio del crítico de arte alemán Franz Roh sobre la pintura postexpresionista europea, que llevaba el título de *Realismo mágico*. Ya no me acordaba del lejano libro pero algún oscuro mecanismo de la mente me lo hizo surgir espontáneamente en el momento en que trataba de buscar un nombre para aquella nueva forma de narrativa. No fue una designación de capricho sino la misteriosa correspondencia entre un nombre olvidado y un hecho nuevo.

Poco más tarde Alejo Carpentier usó el nombre de *lo real maravilloso* para designar el mismo fenómeno literario. Es un buen nombre, aun cuando no siempre la magia tenga que ver con las maravillas, en la más ordinaria realidad hay un elemento mágico, que sólo es advertido por algunos pocos. Pero esto carece de importancia.

Lo que importa es que, a partir de esos años 30, y de una manera continua, la mejor literatura de la América Latina, en la novela, en el cuento y en la poesía, no ha hecho otra cosa que presentar y expresar el sentido mágico de una realidad única.

La universidad y el país

La Universidad venezolana está lejos de rendir los beneficios que la sociedad debe esperar de ella. No hay disciplina suficiente de estudio, es bajo el nivel de enseñanza y preparación, abundan los profesores que no dan regularmente sus cursos y, por lo tanto, los estudiantes que no asisten a clases y que no logran adquirir una suficiente preparación en las asignaturas; es elevado el porcentaje de reprobados y repitientes; se han creado, de hecho, absurdas instituciones de complacencia con la irresponsabilidad, tales como la inscripción condicional y el arrastre de materias, o la inscripción simultánea en varias Facultades.

Mientras existan tales condiciones es casi imposible que la Universidad le pueda dar al país los hombres de ciencia y de técnica capaces de enfrentarse con eficiencia a las tareas de vencer el atraso y mucho menos los investigadores, los creadores y los pensadores que puedan contribuir decisivamente a fijar el rumbo del destino nacional.

Un país en el que una gran parte de la población no alcanza ingresos anuales superiores a 1.000 bolívares, tiene que ser cuidadoso y exigente con el rendimiento de una Universidad que le cuesta al Estado más de 6.000 mil bolívares por año y estudiante. Ese beneficio

debe ser retribuido con estudio y rendimiento y con la preparación de los mejores equipos humanos, pues de otro modo resultaría un absurdo y odioso privilegio que estaría en abierta contradicción con la esencia misma de la democracia.

Con la sensación de angustia que me producen estas carencias y estas urgencias escribí cuatro artículos en la prensa con el título general de «La Universidad y el País». Muchos sectores de opinión, universitarios y extrauniversitarios, los recibieron favorablemente. El profesor Rodolfo Quintero, desde un punto de vista de extraordinaria rigidez y simplismo marxista, replicó, lo que dio motivo a una breve y esclarecedora polémica.

En la ocasión en que se recogieron en un folleto mis artículos, quise incluir los de la polémica porque no me pareció justo publicar mi parte de la discusión sin que el lector tuviera ocasión de conocer lo expresado por mi contrincante. Sin embargo, con posterioridad, el Boletín Bibliográfico del Instituto de Investigaciones Económicas de la Facultad de Economía de la Universidad Central de Venezuela, bajo el título de «Universidad y Política», publicó un folleto con los puntos de vista del señor Quintero en la citada polémica, complementados con nuevos aportes del mismo autor y un trabajo del señor Eduardo Vásquez.

El lector desprevenido de esa publicación, a base de las citas aisladas que se hacen de mis opiniones, podría llegar a creer que yo no he sostenido sino dislates sobre este grave asunto. Como creo que esta es una cuestión de la más alta importancia para el presente y el futuro de nuestra Universidad, que debe ser conocida, evaluada y debatida por todos los que tienen interés en el rumbo y a las posibilidades de nuestro país, y de manera muy especial por todos los universitarios, he pedido al señor rector que se publiquen mis artículos completos, incluyendo los de la polémica, y se pongan al alcance de todos los interesados, dentro y fuera de la Universidad. Debo agradecer al señor rector el espíritu de equidad con que ha accedido a mi reclamo.

Así queda, en estas páginas, sucintamente expuesta, mi posición ante el presente y el destino de la Universidad venezolana, tan estrecha y vitalmente ligados a lo que Venezuela pueda y quiera ser. Afortunadamente, no es una posición mía, sino de legión de hombres que comparten las mismas preocupaciones y convicciones. Y tampoco es una preocupación de hoy, que esperó para manifestarse el surgi-

miento de las circunstancias actuales o el calor de una polémica. Lo sustancial de ella ya lo había sostenido y practicado hace más de veinte años. En la introducción a la Memoria y Cuenta del Ministerio de Educación Nacional que presenté al Congreso de la República en 1941, en mi condición de Ministro del ramo para entonces, decía estas palabras, las que puedo hoy suscribir sin necesidad de añadir ni quitar nada:

> «Las oportunidades del individuo en la lucha por la vida, la aptitud de la nación para llenar su destino espiritual, histórico y económico son, indudablemente, cuestiones cuya respuesta básica está en la educación.
>
> En cada oportunidad histórica como en cada medio social y físico, sus propias condiciones y tendencias determinan las aptitudes que el ser humano ha de desarrollar so pena de fracasar en su misión y de dimitir la empresa que le está asignada en la inmensa labor colectiva de la historia. La labor de la educación no puede ser otra que desarrollar en el individuo el conjunto de virtudes y capacidades necesarias para cumplir su cometido histórico. Es este el sentido en que la educación es formativa.
>
> Una reforma educacional venezolana no podría, pues, tener otro objeto que formar hasta donde es posible los hombres que Venezuela está necesitando. Hombres de recia disciplina moral y social contra la anarquía y la indolencia que por tantos años nos han destruido; hombres de capacidad técnica para el trabajo y la producción, contra el empirismo, la improvisación y el escaso rendimiento; hombres capaces de luchar con éxito contra la naturaleza hostil; hombres con un claro sentido de sus deberes para con la patria, para con los demás venezolanos y para consigo mismos; hombres, en una palabra, capaces de sacar adelante la empresa de crear una gran nación en el maravilloso marco geográfico de Venezuela.»

1962

LAS VERDADES DOLOROSAS

Sobre pocas cosas se habla más, con menos acierto y objetividad, que sobre la Universidad venezolana. Pareciera que estuviéramos condenados a tratar de ella en un clima de emocionalismo, de pugna de intereses políticos y de aceptación tácita de mentiras convencionales.

Todo esfuerzo que se haga por plantear el problema de la Universidad venezolana en términos objetivos, considerada exclusivamen-

te desde el punto de vista de lo que una Universidad debe ser y de lo que un país puede y debe esperar y exigir de su Universidad, constituye una contribución útil a la solución de una de las más graves cuestiones que condicionan el presente y el porvenir de Venezuela.

Nadie puede sostener que la Universidad venezolana funciona de un modo satisfactorio. Está sobrecargada de estudiantes, el porcentaje de repitientes y de reprobados es excesivo, el rendimiento de la enseñanza es bajo, el nivel medio de conocimientos del estudiantado es francamente deficiente, muchos de los profesores carecen de aptitudes docentes y los más de ellos no alcanzan a cubrir los programas de sus respectivas materias, las interrupciones de labores son demasiado frecuentes, las atenciones extrauniversitarias consumen una parte demasiado grande del tiempo y de los recursos de la institución y, por último, el nivel científico y profesional de los egresados deja mucho que desear. Esto significa que nuestra Universidad no es, siquiera, una aceptable fábrica de profesionales, para poder, ni remotamente, pretender ser un centro de investigación, de creación, de progreso científico y de formación de sabios, de investigadores y de hombres de la más alta calificación en las diferentes disciplinas científicas y técnicas.

Para convencerse de la veracidad de estas graves afirmaciones basta con verificar lo que pudiéramos llamar la calificación internacional de la Universidad venezolana. En el mundo actual existe un grupo de universidades de primera clase. Son, por lo general, los centros docentes de los países más importantes en la escena universal. Y no por una mera coincidencia, sino por una relación de causa a efecto. Los grandes países han descubierto, hace mucho tiempo, que es en la Universidad y en el laboratorio de investigación donde se lucha por la preeminencia internacional. La posición de un país en las relaciones internacionales, aun la que se refiere a lo militar y a lo económico, está determinada por el desarrollo de su ciencia y por el número y capacidad de sus hombres de estudio. La era de la energía atómica se inició en un laboratorio de la Universidad de Chicago. La nueva psicología surgió, no por azar, de la consulta clínica de la Universidad de Viena, donde el doctor Freud examinaba a los histéricos de la época; la relatividad, la física ondulatoria, la geometría no euclidiana, la física probabilística, que tan profunda y radicalmente están determinando el destino de la humanidad, son el producto directo de la investigación y el estudio en las grandes universidades. Las gran-

des universidades americanas, las grandes universidades inglesas, las grandes universidades europeas de Suecia, Francia, Alemania e Italia, y las grandes universidades rusas donde la Unión Soviética realiza sus más decisivos esfuerzos para ganar la hegemonía mundial.

Es doloroso, pero es necesario decirlo, no sólo la Universidad venezolana está lejos de figurar en el rango de esas grandes universidades creadoras, sino que ninguna de ellas reconoce validez a nuestros certificados y títulos. En el escalafón mundial de las universidades de primera y aun de segunda clase no figura la Universidad venezolana. Y no es por una injusticia.

Esta son las dolorosas verdades que los venezolanos tenemos que encarar si queremos hallar soluciones verdaderas a nuestros problemas y no contentarnos con repetir las mentiras convencionales con las que nos hemos conformado cobardemente por tanto tiempo, como si le tuviéramos miedo a la verdad.

Lo más grave es que no se trata de un problema de dinero o de recursos materiales. Lo que Venezuela gasta en universidades es más que lo que cuesta el funcionamiento eficiente y admirable de algunas de las más respetadas universidades del mundo. El costo por estudiante en muchas de nuestras facultades es uno de los más elevados que existan. La verdad es que no ha habido falta de recursos. Si a medir fuéramos por los recursos que se han asignado del tesoro público para la Universidad venezolana, la nuestra debiera ser una de las mejores del mundo. Es un problema de espíritu. Si no hay espíritu universitario no puede haber Universidad, aunque se gasten todos los millones imaginables. Y el espíritu universitario es un espíritu de estudio, de pasión por la busca de la verdad, de sed de conocimiento, de trabajo sin tregua en la investigación y en el aprendizaje, de abnegación y renunciación a todo lo que no sea el conocimiento, de entrega total al deseo de saber.

Con recursos modestos, pero con ese insustituible espíritu universitario, se han logrado algunas de las más grandes hazañas científicas de los tiempos modernos. No era mucho más que un modesto laboratorio de farmaceuta aquel en que Pasteur fundó la bacteriología y renovó totalmente la medicina; era apenas un desván estrecho de la Universidad de París aquel en que los Curie descubrieron el rádium; para cambiar la estructura del universo, al profesor Einstein le bastaron un lápiz y unas libretas. La verdad es que donde hay espíritu universitario, aunque no haya recursos, hay Universidad, y donde éste

no existe, todos los recursos imaginables no lograrán nunca crear una Universidad digna de este nombre.

Esta dolorosa descalificación de la Universidad venezolana no es obra exclusiva de nuestros días. Somos los herederos de una tradición y de una concepción de una Universidad moderna y eficiente. El legado de ayer ha pesado sobre nosotros con poderosa inercia y no hemos tenido ni la decisión ni la convicción suficientes para oponernos a él y darle cabalmente a Venezuela la Universidad que necesita para realizar su destino.

Conviene dar una ojeada a ese pasado.

DE TRENTO A CORDOBA

La Universidad venezolana nace tardía y retardada. Aparece tímidamente a comienzos del siglo XVIII, casi doscientos años después de las de México y Lima, como una mera transformación formal del Colegio Seminario de Santa Rosa. Nace Regia y Pontificia, es decir, tridentina, como rama otoñal de la concepción educacional que surge del Concilio de Trento y del movimiento de la Contrarreforma española. Se había detenido y bifurcado el viejo impulso de la Universidad medieval, que era una corporación independiente de maestros y estudiantes, un «estudio general» volcado hacia la suprema problemática de la teología y de la filosofía.

Mientras en el norte cismático la Universidad tiende a convertirse, según el ejemplo de Tubinga, en escuela consagrada a la adquisición de «todas las ciencias sean divinas o humanas», en el sur español la enseñanza superior se convierte en un bastión de defensa de la escolástica y de la autoridad papal.

Nuestra Universidad nace consagrada a la disputa de tomistas y escotistas, como si tendiera un puente ideal sobre las conmociones de la Europa del siglo XVII para regresar al ambiente de las escuelas en los siglos XIII y XIV y entregarse al numeroso debate entre los alumnos del doctor Angélico y los del doctor Sutil.

Hay que esperar hasta 1770 para que en forma aislada y accidental, primero en la enseñanza de Valverde y luego en la de Baltasar Marrero, asomen las concepciones de la para entonces llamada moderna filosofía. Habrá que esperar hasta Vargas para que haya un laboratorio y un herbario. Sin embargo, en el siglo XVI se había publi-

cado el libro fundamental de Copérnico, entre 1623 y 1638 las obras capitales de Galileo, en 1637 el «Discurso del Método» de Descartes y en 1687 la «Philosophia Naturalis» de Newton, que es el libro en que se establece la concepción del universo del hombre moderno.

Esto significa que para llegar a asomar a los claustros de nuestra Universidad estas ideas, sobre las que reposa toda la nueva sabiduría del hombre, tardaron más de cien años.

En los tiempos sucesivos, el retardo se hace menor, pero no desaparece. El positivismo llega a la Universidad a fines del siglo XIX, con no menos de cuarenta años de retraso.

Este retraso permanente, que se reduce, pero que no desaparece, a través de las distintas épocas, significa que nuestra Universidad no ha sido creadora activa, sino recibidora y repetidora tardía de un conocimiento venido de afuera. Esta actitud pasiva la ha llevado a perder de vista sus fines verdaderos y a ser sumisa y discontinua imitadora de algunas formas externas de otras instituciones.

Con la Independencia la Universidad deja de ser Regia y Pontificia, y cambia el modelo español por el francés. La Universidad francesa había sufrido la profunda crisis de la Revolución, en la que desapareció totalmente, porque se la tuvo por cosa del Antiguo Régimen y, según la apabullante estupidez de alguien, que es mejor no recordar: «La República no necesitaba de sabios, sino de hombres libres».

Napoleón la restablece en 1806, bajo un estilo cesáreo y centralizado y la pone al servicio de la idea imperial. Esta Universidad sometida al Estado como instrumento de política es la que va a servir de modelo a la nuestra, clara o embozadamente, hasta la primera guerra mundial.

Durante el siglo XIX hay varias tentativas de modernizar la Universidad y ponerla al día, convirtiéndola en el centro de formación de un comando científico e intelectual para Venezuela. Vargas lo intenta desde 1827. Estos propósitos naufragan en la pobreza y el atraso de las guerras civiles. Con la autocracia de Guzmán hay un nuevo ensayo de resurgimiento. Es la época de Ernst y de la falange ilustre de médicos y de naturalistas, de físicos y matemáticos, en la que figuran Lobo, Alvarado, Razetti, Domínici, José Gregorio Hernández, los Delgado Palacios, Ugueto, Aguerrevere, Calcaño, etc. La larga etapa de dictadura que se inicia en 1899 actúa negativamente sobre la Universidad.

Es entonces cuando, hacia 1918, surge en la América Latina un cu-

rioso e importante movimiento de reforma universitaria, que tiene su punto de partida en una Universidad de provincia argentina, la Universidad de Córdoba.

Por las circunstancias políticas reinantes en muchos países americanos las universidades habíanse convertido en centro y refugio de la actividad de oposición y de revuelta. Muchos estudiantes y no pocos profesores sentían que, antes que ningún otro deber académico, tenían la obligación previa de trabajar activamente para cambiar por medio de la acción directa la situación política existente.

La reforma de Córdoba, que consistió en luchar por la autonomía de la Universidad con respecto a los poderes públicos y a convertirla internamente en un organismo aislado gobernado por una democracia propia, en cuyo gobierno intervenían estudiantes y profesores, vino a resultar, en el hecho, en la creación nacional de un poderoso centro de lucha contra los gobiernos reaccionarios, pero en el formal, paradójicamente, fue un inesperado regreso, por encima de los siglos, al concepto medieval de la Universidad como corporación independiente de maestros y estudiantes.

En un tiempo de lucha y de exaltación liberal de la juventud el ejemplo de Córdoba se convirtió en una bandera para los universitarios hispanoamericanos. Desde la Argentina a Chile, al Perú, a México, en nombre de esa bandera se libraron heroicas luchas estudiantiles. A Venezuela llega el fermento en los pródromos del movimiento de 1928.

Siguiendo el ejemplo de Córdoba las universidades hispanoamericanas, se convirtieron en centro de actividad política predominante y el estudiante en un abanderado de la lucha de partidos. Este cambio se operó en indudable detrimento de los fines propia e irrenunciablemente universitarios. Antes que como una casa de estudio para formar el comando científico e intelectual del país, la Universidad latinoamericana llegó a ser concebida como una avanzada en la lucha política nacional. La Universidad hispanoamericana, por un grave error de perspectiva, perdió de mira el ejemplo de los grandes centros de enseñanza del mundo, y sus deberes formativos y creadores, para entregarse al forcejeo político de la plaza pública siguiendo el ejemplo de la Universidad de Córdoba. Pusimos a Córdoba, donde hubiéramos debido poner a Gotinga, o a Londres, o a París, o a Princeton o a Moscú.

Esto implicó entre nosotros un verdadero cambio y adulteración

de los fines propios de la Universidad. Y de ello sufre profundamente. Por estas circunstanciales razones, nuestra Universidad, que había sido tridentina y napoleónica, se hizo cordobesa y se convirtió en una especie de vanguardia de la lucha política del país, en un centro nervioso suprasensible, donde las corrientes ideológicas y los intereses de partido se afrontan con extraordinaria acometividad, en una caja de resonancia donde la pugna de la plaza pública se agudiza y extrema.

Esto implica una confusión de tiempo y de fines. No se va a la Universidad para prepararse a la lucha de mañana, al adelanto del país, a la configuración de su destino, sino para enguerrillarse de inmediato en la lucha de hoy.

Esto no significa que no debe haber una política universitaria. Lo que pasa es que la política universitaria no puede ser la política de la calle sino al precio de sacrificar la Universidad.

Hay una política universitaria, que no es otra que la de preparar el futuro y dar los hombres para realizarlo.

En todos los tiempos las universidades han tenido una política, o lo que es lo mismo, han estado al servicio de un gran designio nacional o humano. Han tenido una concepción del hombre y de su destino y han procurado formar los servidores y realizadores de esa concepción. Eso significó la Universidad medieval para con la Iglesia, eso significó la Universidad humanista del Renacimiento, eso significó la Universidad científica y nacionalista del siglo XIX. La Alemania del predominio europeo se hizo en las universidades alemanas. Los designios de Rusia pretenden fundarse en las universidades rusas. Desde el siglo XIII se puso el papel que las universidades podían desempeñar en la formación de una conciencia colectiva. Los grandes designios nacionales, para alcanzar toda la profundidad y eficacia necesarias, tuvieron como base una concepción cultural y científica formulada y mantenida en la Universidad. Las universidades han sido las grandes formadoras de la conciencia histórica y del destino nacional y humano. Esta y no otra es la política de la Universidad.

LOS NUEVOS TIEMPOS

Ningún tiempo de la historia universal ha sido más complejo, difícil y rico, al mismo tiempo, en posibilidades de todo género

que éste que estamos viviendo. Su mejor símbolo es la liberación de la energía atómica en la que, por igual, reside la posibilidad de transformar todo el supuesto material de la situación del hombre en progreso y ocio y abundancia, como también la de exterminar y destruir, no sólo la civilización sino todo vestigio de vida en la tierra.

El designio de la Universidad venezolana, en este tiempo, no puede ser otro que dar los hombres que le van a permitir al país desempeñar un papel importante en esta etapa de la humanidad. Si la Universidad no le da al país esa conciencia y no forma los hombres que la van a encarnar en conocimientos y acción creadora, Venezuela quedará excluida de ese gran proceso y su mismo destino escapará de sus manos.

Basta lanzar una mirada rápida a los grandes aspectos de esta hora para percatarse de la magnitud de lo que está en juego.

Estamos en presencia de una nueva humanidad. El fin de la era colonial y de la hegemonía europea ha cambiado las bases sobre las cuales la historia humana se ha desarrollado en los últimos quinientos años. Asia y Africa están pobladas de países independientes, que crecen en fuerza y en capacidad y que están ansiosos de desempeñar un papel preponderante en la escena mundial. La política de un país como Ghana o como Indonesia influye hoy en la decisión de importantes cuestiones internacionales. Nombres de negros, de asiáticos, de musulmanes, figuran en las principales funciones de los organismos internacionales. Si Rudyard Kipling, el gran cantor del imperio y del predominio blanco, resucitara de su tumba no podría reconocer casi nada de lo que dejó, en el mundo presente.

Nombres de japoneses y de chinos figuran hoy entre los Premios Nobel y de ciencias, en las grandes universidades de América, de Europa y de Rusia pululan por millares los estudiantes asiáticos y africanos que se aprestan ávidamente a ocupar, como avanzadas de sus países, un lugar de primer orden en el mundo del conocimiento y de la investigación.

La división del mundo en los dos grandes bloques enemigos presididos por la Unión Soviética y los Estados Unidos de América presenta a nuestro tiempo inmensos problemas de toda índole que requieren el esfuerzo desvelado de especialistas de la más alta calificación en todas las ramas del saber humano. Estamos lejos de los tiempos, casi idílicos, en que la Venezuela de Guzmán se enteraba pintorescamente de los resultados de la pugna francoprusiana, sin

más resultado inmediato que un cambio en la preferencia por el tipo de uniforme para las tropas en los días de parada. Lo que pasa hoy, a cada minuto, entre Washington y Moscú afecta de modo decisivo el destino de los venezolanos con el de toda la humanidad. No podemos resignarnos a ser espectadores pasivos de ese gran drama, que es ciertamente el drama de nuestro propio destino.

Entre esos grandes cambios de la nueva humanidad están también la existencia de un bloque de naciones neutrales y la tendencia de Europa a constituirse en grandes ententes económicas y políticas. Una Europa reunida en uno o dos grupos de mercado común y de colaboración militar y científica, puede desempeñar de nuevo, y de otra manera, una función rectora en la historia del mundo. La Europa de Euratom, de la Nato, del Mercado Común, de la proyectada Universidad europea, puede llegar a ser el más importante bloque de ciencia, de cultura y de dirección humana del mundo de los próximos años.

No sólo hay una nueva humanidad sino también una nueva ciencia. La geometría y la física de nuestros manuales está muerta. El universo newtoniano está casi tan caduco como lo llegó a estar el universo de Ptolomeo. Hablar de la materia y de la energía, como cosas distintas, es tan anacrónico e inexacto, como lo fue ayer hablar de que la naturaleza le tiene horror al vacío. Durante el último medio siglo ha surgido una nueva y totalmente distinta concepción del universo, una física nueva, una química nueva, una concepción probabilística de la causalidad, y una ciencia de las comunicaciones que, como primer paso, le ha permitido al hombre crear los cerebros electrónicos y que le ofrece posibilidades para las que, en nuestro atrasado vocabulario, solamente encontramos los adjetivos de mágico o diabólico. En las fórmulas de la física matemática se ha encontrado hasta un nuevo diablo que se llama la entropía.

Se está al borde de la producción de la fotosíntesis artificial, que significará la posibilidad de libertar al hombre del cultivo de la tierra. En grandes plantas industriales se producirán por procesos químicos los alimentos que hoy dan las cosechas. Los grandes espacios naturales podrán convertirse en jardines o en bosques.

Todo este proceso científico que estamos viviendo con una dramática celeridad, precipitado por la pugna de dominio entre los dos grandes bloques mundiales, ha traído como consecuencia lo que algunos llaman la Segunda Revolución Industrial. La primera, que ocurrió con la invención de la máquina manufacturera en Inglaterra, cam-

bió radicalmente la faz del mundo. Surgieron los grandes centros fabriles, crecieron las ciudades vertiginosamente, se formó el proletariado industrial, se constituyó el mercado mundial y la producción de bienes alcanzó niveles que nunca pudieron soñarse en épocas anteriores. Esto lo hicieron la energía del vapor y las máquinas de trabajo que reemplazaron la fuerza muscular y el trabajo humano.

La Segunda Revolución Industrial, que está en pleno desarrollo, se caracteriza por la aparición de la energía atómica y de la llamada automación o automatización. La utilización de la energía atómica pone al alcance del hombre la posibilidad de la fuente de energía más poderosa, más manuable, más compacta y más independiente de condiciones geográficas. Las viejas fuentes de energía, aun el carbón, el petróleo y la electricidad hidráulica, estaban limitadas en su aprovechamiento por cierta especialización geográfica, derivada de la localización de las fuentes. La instalación de un reactor nuclear no está condicionada, prácticamente, por ningún factor geográfico. En teoría, es posible instalarlo en cualquier parte. Esto significa que el privilegio geográfico de los países poseedores de fuentes primordiales de energía va a terminar. Esto significa que las posibilidades de desarrollo económico, en un tiempo de energía atómica y de fotosíntesis artificial, más que de factores geográficos dependerá de factores humanos. Es decir, dependerá de la calificación científica y técnica y de la capacidad de trabajo y creación de los habitantes de cada país. O lo que es lo mismo, dependerá del nivel de rendimiento de sus universidades.

La automación significa el reemplazo del hombre por la máquina en muchas de las funciones de dirección, de cálculo y de decisión que no le había arrebatado la Primera Revolución Industrial. Hoy es posible concebir plantas industriales en las que se requiere la intervención de muy pocos seres humanos. No solamente las máquinas realizan el proceso de la producción material de objetos, sino que otras máquinas las dirigen, las corrigen y las analizan.

El desarrollo de la Segunda Revolución Industrial le va a plantear al hombre algunos de los más extraordinarios problemas sociales y psicológicos de toda su existencia. El problema del futuro podría no ser el del trabajo, sino el del ocio de millones de seres humanos, liberados por las máquinas de la tarea diaria. ¿Qué se va hacer con el ocio de esos millones de hombres para que no se degraden y se destruyan moralmente al sentirse inútiles?

Entre ese vértice combatiente del hombre de hoy está Venezuela. Venezuela que necesita adoptar la actitud más previsiva e inteligente posible ante esos cambios y, simultáneamente, resolver los problemas que vienen de su pasado.

Venezuela no sólo necesita prepararse para ese nuevo mundo que comienza, sino que tiene que dar la orientación y los hombres para lograr su más completo desarrollo, para la ocupación útil de su territorio, para la utilización racional y completa de sus recursos, para dar a cada uno de sus habitantes la posibilidad efectiva de una vida humana, sin miseria, sin ignorancia, sin frustraciones, dándole a cada quien todas las posibilidades razonables de ser útil a sí mismo y a los demás, y abriendo a los mejores todas las facilidades de realización y de ascenso.

Esta obra de salvación, este gran designio nacional, tiene que tener su asiento y su punto de partida en la Universidad venezolana. En una Universidad venezolana que no se contente con ser solamente el reflejo pasivo del país presente, sino el activo semillero del país que el futuro reclama.

En una Universidad que no sólo produzca los profesionales de la más alta calificación que las tareas de ese futuro exigen, sino que se empeñe en las labores de estudio, investigación y creación, al nivel de las primeras universidades del mundo, para asegurar a Venezuela la posibilidad de desempeñar un papel en ese futuro.

EL DESIGNIO NACIONAL

Son los fines los que deben determinar la estructura y el funcionamiento de la Universidad. La Universidad medieval fue esencialmente transmisora del saber superior de su tiempo. Lo que había que saber estaba sabido por alguien y no había por qué molestarse en dudar y descubrir. La Universidad renacentista fue orientadora del espíritu hacia nuevos rumbos en los que implícitamente estaba comprendida una revaloración del mundo y del hombre. Se había pasado del teólogo al humanista. La Universidad del siglo XIX tuvo el fin predominantemente utilitario de producir profesionales para las nuevas tareas de la vida social. Esto la llevó a comprender que estaban por hacer los hombres para las nuevas necesidades, pero que tam-

bién estaban por hacer las nuevas ciencias. Fue el tiempo auroral de la investigación creadora.

Dentro de ese cambio, la Universidad alemana cobra una fisonomía peculiar. Por encima de toda otra preocupación se pone al servicio del destino alemán y para servirlo más cabalmente repiensa la ciencia y la filosofía y la historia. Es el largo tiempo de Hegel y de Gaus y de Humboldt, y de Ranke y de Ratzel. Es la intención abierta que se revela cuando Fichte escribe sus «Discursos a la nación alemana». Es una Universidad movida por un gran designio nacional.

Si la Universidad venezolana va a ser únicamente un centro de transmisión de conocimientos, o tan sólo una escuela de formación de profesionales, su organización, su fisonomía y su espíritu tienen que ser distintos de lo que se requeriría si va a ser, además de eso y por sobre eso, la proa del destino venezolano, la avanzada intelectual y el semillero donde se va a anticipar el porvenir, y los objetivos nacionales dentro de ese porvenir, para preparar los conocimientos y los hombres que han de convertirlo en realidad favorable.

Las grandes líneas que el futuro mediato e inmediato presenta como un desafío a los venezolanos son conocidas. Basta reflexionar, con un poco de objetividad, sobre las condiciones presentes del país y del mundo para darse cuenta de ellas. Somos un país de gran riqueza actual y potencial con graves desigualdades de desarrollo. Tenemos un gran porcentaje de gente baldía, de tierra baldía y de recursos baldíos. Resolver ese problema adecuadamente supone el estudio y la laboriosa dedicación de muchos hombres de ciencia y de técnicos, que tendrán que realizar desde un replanteamiento de nuestra geografía, desde una reclasificación y reacondicionamiento del capital humano, desde una nueva concepción de la educación, desde una nueva reestructuración de la familia, desde una pedagogía, y una profilaxia y una higiene y una terapéutica, hasta una nueva concepción de los problemas del urbanismo y de la vivienda, y una justa solución tecnológica, económica y humana de los problemas de la producción, la distribución y el mercado. Simplemente, tenemos planteado, porque en parte lo hemos heredado y en parte lo hemos tratado de resolver en forma inadecuada, un problema del hombre, del medio y del mundo. Cómo lograr lo mejor del hombre venezolano y del medio venezolano para que Venezuela pueda contribuir de una manera activa e importante al destino del mundo.

Los hombres para la concepción y realización de ese gran desig-

nio nacional no pueden salir sino de la Universidad venezolana. Si la Universidad no está en capacidad de darlos, Venezuela se quedará retrasada, desviada y pasiva, malgastando su inteligencia y sus energías en pugnas secundarias, porque no tendrá manera de reemplazar a esos hombres para lograr ese destino.

Está dentro de las posibilidades reales y efectivas del presente que Venezuela pueda ser el país más desarrollado económica y socialmente de la América Latina, el país que haya logrado el mejor aprovechamiento de su territorio y de sus recursos, el país con la mayor productividad, con la mejor calificación profesional de sus hombres y con el más alto nivel de vida para su pueblo y, por lo tanto, el país más influyente, autónomo respetado de nuestra América. Para ello cuenta con el precioso instrumento, con la enorme masa de capital gratuito y utilizable que representan los recursos naturales de su suelo y de su subsuelo. No nos falta sino saber utilizar inteligente y eficazmente esa posibilidad instrumental.

Pero para ello tendríamos que comenzar por tener una Universidad venezolana que, en lugar de ser el reflejo pasivo de las pugnas del presente, fuera la semilla poderosa del futuro. Una Universidad que fuera la imagen laboriosa y fecunda de esa Venezuela que ha de comenzar a hacerse en ella. El anticipo vivo del gran designio nacional.

En la Universidad venezolana se está decidiendo el destino de Venezuela. En ella y en ninguna otra parte. Si logramos entre todos, legos y sabios, gobernantes y gobernados, estudiantes y docentes, concebir el problema en estos exactos y graves términos comprenderíamos que, con una urgencia de vida o muerte, con una prioridad acaso superior a ninguna otra cuestión, Venezuela necesita una Universidad de primera clase, una Universidad al nivel de las más adelantadas y eficientes del mundo, porque Venezuela necesita asegurar su mejor futuro y si la Universidad no los da, Venezuela estará condenada a quedarse sin esos hombres imprescindibles y, por lo tanto sin ese futuro.

Sobre esto deberíamos pensar con sinceridad desgarrada todos los venezolanos, y más que nadie aquellos que tienen a su cargo, como autoridades, profesores o estudiantes, la vida y el rendimiento de nuestros institutos universitarios.

La Universidad y el destino nacional están indisolublemente unidos. Si yo tuviera la facultad de hacerlo pondría a la puerta de cada

uno de nuestros institutos superiores, este simple letrero para la diaria meditación de estudiantes y profesores: «Con una Universidad de segunda clase no se puede hacer un país de primera clase».

¿TIENE UN PORVENIR LA JUVENTUD VENEZOLANA?

SITUACION DE LA JUVENTUD

CADA VEZ que me encuentro ante un grupo de jóvenes venezolanos me asalta la angustiosa pregunta de si tienen o no un porvenir. En su mayoría son despiertos, ávidos, adaptables, ansiosos de acción y de progreso y, sin embargo, tan sólo una pequeña porción de ellos, por el juego de muchos azares, alcanzará a sacar algún sólido provecho de sus aptitudes y sus esperanzas.

La inmensa mayoría de ellos no lo puede hacer en el presente y, lo que es todavía más grave, no lo podrá lograr en el futuro. El país en que han nacido no crece con ellos, ni para ellos, ni mucho menos está preparado para convertirlos en la fuerza creadora del progreso colectivo.

No es el destino de unos pocos, o la salvación individual de una minoría lo que puede satisfacernos, es la suerte de los más y las perspectivas que el presente del país ofrece para su destino lo que debe preocuparnos.

A esa inmensa legión condenada al fracaso hay que dirigir la mirada si queremos encarar con seriedad y previsión el futuro de Vene-

zuela. Nadie puede menos que mirar con dolor y hasta con desesperación esas manos vacías, esos ojos enfebrecidos de desesperada espera, ardidos de hambre de acción y de sed de justicia, mirando pasar los días sin tarea y los años sin obra, como si hubieran llegado demasiado tarde o como si nuestra sociedad no tuviera sitio para ellos.

Unos están en la soledad del campo recibiendo las vagas y contradictorias informaciones de una vida desconocida que les trae el radio y la televisión. Otros están en los bancos de escuelas y colegios rutinarios y monótonos, donde el aprendizaje nada enseña, donde la ciencia y el conocimiento se destiñen en los más aburridos tecnicismos y en las más frías y descoloridas memorizaciones y donde lo único viviente es el bullicio de los corredores y la temprana incitación a la lucha política. Pocos terminan los pesados cursos y los más regresan a la pobreza sin esperanzas de una vida de abandono familiar y a la vulgaridad de un medio social poblado de las más chabacanas y corruptoras incitaciones: el ocio degradante, la viveza, que es la escuela primaria del delito, la vida sexual temprana convertida en repugnante experiencia, la promiscuidad, el cinismo, el ruin aprendizaje de las artes del pícaro y del logrero, la acción política clandestina como delito, o el delito como forma de acción y de superación, el desempleo, el vicio y el cínico envejecimiento prematuro de los que nada esperan y en nada creen.

Los más de ellos a los dieciocho años tienen que detestar el medio social en que nacieron, y antes de los veinticinco se sienten fracasados.

Han oído repetidamente las promesas de los políticos que nunca llegan a cumplimiento, han tocado vanamente en muchas puertas sin encontrar colocación, han ensayado muchos simples menesteres temporeros y se refugian en una actitud desafiante o cínica o se van detrás del hombre que los invita al sacrificio, poniéndoles un arma en la mano, para ir a ofrendar su vida por una vida más digna y una sociedad más justa.

Esta situación afecta, en grado variable, a más de la mitad de la población venezolana. Cerca de la mitad de nuestra población actual no es mayor de quince años de edad, y no menos de las dos terceras partes no pasan de veinticuatro años. Muchos de ellos no conocen padre y carecen de vida familiar. Han nacido en los tugurios de la pobreza, hijos de ignorantes mujeres abandonadas, que no están ni mental, ni moral, ni socialmente preparadas para sostener, educar y alimentar a un número desproporcionado de hijos, a quienes el Esta-

do salva de la muerte infantil, pero no de la miseria y de la desadaptación social.

Son, sin embargo, los habitantes de uno de los países más ricos del mundo, la Venezuela de la abundante y despilfarrada riqueza petrolera, donde cuatrocientas mil personas que habitan en las chozas de los cerros de Caracas miran con engolosinados ojos el brillo de igual número de vehículos que transitan por sus avenidas suntuosas y por sus ultramodernos dispositivos de tráfico.

Han oído, o podrán llegar a saber con asombro, que el Gobierno venezolano es el que más gasta por habitante y por año en todo el continente americano con exclusión de los Estados Unidos y el Canadá. Que la producción anual de riqueza de Venezuela es, en términos relativos, por cabeza de nacional, una de las más altas del mundo; que viven en un país que es el primer exportador de petróleo del mundo, que en el subsuelo nacional están, en posibilidad inmediata de explotación, desmesuradas reservas de petróleo, gas y hierro que pueden estimarse en centenares de millares de millones de bolívares y que, en todo caso, podrían estimarse en un haber potencial de no menos de 10.000 dólares por habitante; que podemos desarrollar ilimitadas cantidades de energía eléctrica barata, que podemos poner en condiciones óptimas de producción agrícola y ganadera tierras suficientes para alimentar diez veces nuestra población y que tenemos, dentro de nuestras fronteras, al sur del arco del Orinoco, alrededor de 400.000 kilómetros de tierras vírgenes donde podría caber la población de Alemania o de Inglaterra.

Todo esto tiene que sonarles a contrasentido, o a mentira.

UNA EDUCACION EN CRISIS

El Estado gasta inmensas sumas en educación, en la Constitución proclamamos demagógicamente que todo hombre tiene derecho a la educación y al trabajo y, sin embargo, la triste evidencia es que de cada diez alumnos que inician el Primer Grado de Primaria tan sólo tres terminan el Sexto, los otros siete van abandonando la escuela a lo largo del período sin otro beneficio que haber mal aprendido a leer, a escribir, a sacar cuentas elementales y a oír algunas nociones superficiales y rápidamente olvidadas de ciencias de la naturaleza, de historia y de legislación nacional. En esos seis años

no han aprendido siquiera a hablar con propiedad, mucho menos a redactar, ni han tenido la ocasión de adquirir alguna experiencia en criar pollos, hacer una conexión eléctrica, sembrar una planta o conocer el motor de un automóvil. No se les ha revelado nada del ciclo hidrológico y de la cadena de interdependencias de todas la formas vivas, que constituye la Ecología, y que hace que sepamos respetar y conservar con amor los recursos naturales, porque donde no hay tierra ni agua no hay vida vegetal y donde no hay plantas, no pueden sobrevivir los animales y, donde no hay plantas y animales el hombre tiene que desaparecer arrastrado como el último eslabón de una indisoluble cadena natural.

De los tres que pasan al liceo tan sólo la tercera parte termina la Educación Secundaria. Es decir, uno de los diez que iniciaron la Escuela Primaria once años atrás y uno de los tres que lograron llegar a la Secundaria. No hablemos de los que se quedan por el camino que, obviamente, se quedan sin nada, sino de aquél, único entre diez, que logra, en medio de un formalismo sin sentido, recibir el título de Bachiller. Durante cinco años, en más de veinte horas semanales de clases, a veces comprimidas tan sólo en medio día por el fatal sistema de los dos turnos en los institutos oficiales, ha pasado en rápida revista sobre más de dos docenas de asignaturas, incompleta y apresuradamente enseñadas, más por medio de clases orales que de enseñanza experimental y práctica y más por medio de esquemáticos apuntes que por medio de libros de texto. En un anacrónico e irracional remedo del liceo francés del siglo XIX se ha pretendido que, en cinco años, pueden aprender matemáticas desde la aritmética hasta el álgebra, la geometría y el cálculo, ciencias naturales que comprenden la biología, la zoología, la botánica y elementos de antropología y sociología; la geografía del mundo, de América y de Venezuela, la historia universal, americana y nacional, una o dos lenguas extranjeras, la filosofía y su historia, nociones de derecho público y de economía, la literatura universal, la española y la nacional, la historia del arte y la educación física. De los pocos que terminan puede decirse literalmente y sin exageración que han oído hablar de todo y no saben nada de nada. No han aprendido siquiera a escribir a máquina o a manejar una calculadora simple, no han aprendido las muchachas a cocer un alimento o a practicar una primera cura, no saben consultar un diccionario o una enciclopedia, no saben preparar un papel documentado con citas y fuentes y ni siquiera una ficha

bibliográfica. En una palabra, no han aprendido nada que pueda ser útil para ellos y menos para la sociedad a la que aspiran a incorporarse. El flamante título de Bachiller no significa ninguna aptitud o habilidad para desempeñar ningún trabajo determinado en ninguna parte, sino que es tan sólo una contraseña para ingresar a la Universidad.

Numerosas veces se ha hablado por educadores experimentados sobre la insuficiencia misma de esa educación libresca o inactual de nuestro bachillerato. No aprenden los egresados ni siquiera pasablemente las nociones fundamentales de ninguna de las asignaturas, se limitan a almacenar transitoriamente y de una manera inconexa e indigesta las noticias memorizadas que han de servirles para el supremo fin de pasar el examen. No han aprendido siquiera a componer y redactar en un castellano legible, no conocen la ortografía necesaria para escribir la más simple frase sin imperdonables errores. Los más no saben quién es Platón o Pasteur, o Edison o Einstein y mucho menos en qué consistió la Primera Revolución Industrial o en qué consiste el petróleo, cómo se ha formado y cómo se extrae.

El cuadro en la Universidad no cambia mucho. También se opera en ella una deserción o fracaso de más del 70 por 100, también los más estudian de manera superficial por medio de apuntes, ante el ausentismo crónico de profesores que no llegan a cubrir en el año ni la mitad de la correspondiente asignatura. Una gran parte de la escasa proporción de graduados no pasa de tener muy insuficientes conocimientos para el ejercicio de una profesión, carecen de mentalidad científica y del nivel cultural propio de universitarios y, en una desproporcionada medida, se dirigen a abarrotar carreras tradicionales, con abandono de aquellas otras que más requiera un país en desarrollo. Por cada 100 sicólogos producimos no más de 10 veterinarios, o agrónomos, o ingenieros petroleros.

La pavorosa verdad es que el actual sistema de educación en Venezuela frustra y deja sin destino ni provecho para sí o para la colectividad a más del 90 por 100 de los educandos.

Venezuela cuenta con un valioso núcleo de científicos y especialistas en las más altas disciplinas de la vida moderna, en ingeniería, en medicina, en ciencias sociales, pero no los tiene en el número suficiente, ni con la imprescindible formación homogénea para poder formar e integrar los cuadros del comando de nuestro desarrollo. Se-

ría necesario que todo nuestro esfuerzo en la educación estuviera orientado enérgica y eficazmente a ese supremo fin.

El país necesita profesionales capaces en todas las ramas del desarrollo económico y social; requiere con urgencia técnicos superiores y medios para dirigir las instalaciones industriales y de servicios que el progreso exige, y nuestra educación no los produce ni en la forma, ni en la cantidad necesarias. No pocas veces hay que recurrir a traer del extranjero hasta obreros calificados en menesteres de la construcción, de la agricultura, de la zootecnia y de la industria porque carecemos de ellos, mientras cada año el ejército de los desempleados crece con el aporte de no menos de 100.000 nuevos reclutas que no logran sitio en el mercado de trabajo.

No encuentran sitio, no sólo porque no se les ha preparado para desempeñar ninguna labor útil específica, sino porque tampoco tenemos una política económica de inversión de la riqueza en desarrollo que produzca cada año el número suficiente de nuevos empleos para absorber con buen fruto la cosecha de brazos que el crecimiento demográfico produce.

Hace poco tiempo el director del Instituto Nacional de Cooperación Educativa, que tiene a su cargo la formación complementaria de técnicos medios y obreros calificados, declaraba que sería difícil hallar colocación en 1967 para los 8.000 egresados de los cursos de preparación. Es una cifra mínima con respecto a la población laboral, pero sin embargo no es fácil encontrarle empleo porque no hay una previsión suficiente en nuestras inversiones para asegurar la creación de nuevos empleos necesarios para absorber la nueva mano de obra. La creación de un nuevo empleo cuesta en promedio 40.000 bolívares de inversión y, por lo tanto, la creación de 100.000 nuevos empleos anuales requeriría no menos de 4.000 millones de bolívares todos los años en actividades productivas. Es obvio que no lo estamos haciendo.

UNA EXISTENCIA DE DESPLAZADOS Y MARGINADOS

Quien recorre una de esas barriadas pobres, que ponen cerco de miseria a nuestras ciudades de reciente y mal empleada riqueza petrolera, encuentra a un gran número de personas, mayoritariamente jóvenes, que literalmente no tienen nada que hacer porque no

han aprendido ninguna habilidad que los capacite para obtener una colocación. Son puros y simples braceros, a veces con algunos años de inútil bachillerato a cuestas, condenados a vegetar en la miseria y la inactividad.

A veces surge alguien que piensa que el problema de las barriadas miserables es de vivienda o de subsidio económico. Que lo que importa es construir suficientes viviendas higiénicas para alojar a todos esos desplazados, sin percatarse de que no son desplazados de la vivienda sino de la actividad económica de producir riqueza y que, dentro o fuera de la vivienda, seguirán siendo desplazados, con hambre y frustración, porque no se les ha preparado para incorporarse útil y establemente a la sociedad. Y si además de la vivienda un Estado paternalista y ciego les proveyera un subsidio de sostenimiento, el problema seguiría en pie y sin solución, porque esos seres seguirán siendo desplazados, desincorporados, despojados de su dignidad de trabajadores y creadores de riqueza, para descender a perpetuidad a la condición de inválidos morales y de parásitos irrecuperables.

Hay ciertamente una grave escasez de viviendas para el volumen actual de la población y para su rata de crecimiento anual. Es posible que tengamos un déficit acumulado de más de 800.000 viviendas y una necesidad de construir no menos de 80.000 nuevas todos los años para encarar la solución del déficit viejo y de las nuevas necesidades incrementadas anualmente, pero si lo que vamos a hacer no es la casa de un trabajador incorporado últimamente a una tarea creadora de la sociedad, sino un hospicio individual para refugiados de la miseria, del desempleo y de la ineptitud para el trabajo, no sólo no estaríamos resolviendo el problema sino contribuyendo a agravarlo y hacer más difícil y remota su solución.

El problema no es de casas y de subsidios, estériles y degradantes, sino de incorporación activa al trabajo y a la creación nacional de riquezas de todos los venezolanos en aptitud física para hacerlo.

Esto requiere un cambio profundo de orientación, de objetivos y de métodos en la educación y en la política económica.

¿Es que somos acaso una nación de despilfarradores y de botarates, de espaldas a las verdaderas realidades del presente y a las amenazas del futuro? ¿Es que vamos a seguir despilfarrando en gastos suntuarios, en paternalismo político, en empresas estatales fallidas, en estímulos a la pereza y a la irresponsabilidad, en suicida negación de las más evidentes realidades económicas, la riqueza potencial in-

mensa que nos ha sido dada para construir una verdadera nación moderna?

EL BALANCE NEGATIVO DEL PETROLEO

Hemos destinado la mayor parte de los millares de millones de dólares de la renta petrolera a gastos de consumo, a burocracia infecunda y a descabelladas empresas improductivas, sin tener en cuenta la menor preocupación por costos, rendimientos y acumulación de capital, como si pareciéramos ignorar que el petróleo del que deriva esa abundancia de dinero es un recurso perecedero y no renovable y que cada barril de petróleo que sale del subsuelo es un recurso menos para Venezuela por la eternidad. Era y es obvio que hemos debido aprovechar la riqueza del subsuelo con un criterio de estricta y severa inversión en actividades reproductivas y no con un alegre e insensato criterio de consumo y bienestar para unos pocos. Más de 17.000 millones de barriles de petróleo han sido extraídos de los yacimientos venezolanos a una rata creciente de producción que hoy se acerca a los 4.000.000 de barriles diarios. Si la mayor parte de ese poder adquisitivo se hubiera invertido juiciosamente en crear otras fuentes de riqueza y de trabajo, distintas de la industria extractiva, en desarrollo industrial completo, en agricultura moderna y de alta productividad, en servicios económicos, en equipar al país mental y físicamente para alcanzar el pleno desarrollo, hoy deberíamos de ser un envidiable ejemplo de progreso, de riqueza colectiva y de bienestar social. Estamos lejos de serlo. Ese volumen de recursos monetarios es más del doble de toda la ayuda internacional que Europa recibió para su reconstrucción bajo el sistema del Plan Marshall. Mientras el presupuesto y las disponibilidades monetarias del Estado se han centuplicado, la población no ha aumentado más de tres veces. De 3.000.000 de habitantes hemos pasado a algo más de 9.000.000 y de 100 millones de bolívares de presupuesto hemos pasado a más de 10.000.

Sin embargo, el balance es evidentemente negativo. Ha habido progreso material en algunas regiones y en ciertos sectores de la sociedad venezolana, se han hecho algunas importantes obras de infraestructura, ha habido un aumento de la capacidad industrial y agrícola, pero a la vista está, y para ello basta recorrer los suburbios de nues-

tras modernas ciudades y la mayor parte del campo venezolano y de los viejos pueblos, el flagrante contraste entre algunos sectores del país que disfrutan de todas las ventajas y comodidades de la más grande abundancia y del mayor progreso tecnológico y vastos sectores que viven prácticamente en la miseria tradicional de la Venezuela prepetrolera, como cuando eran los habitantes de un país atrasado y pobre, de cosecheros de café y comerciantes importadores, de montoneras de peones armados y de caudillaje ignaro, cuyos magros recursos alcanzaban apenas para racionar las montoneras del caudillo gobernante de turno.

La consigna que estaba en el fondo inconsciente del instinto colectivo de supervivencia del venezolano, y que yo formulé públicamente en la hora auspiciosa del año de 1936, de «Sembrar el Petróleo», no se ha cumplido ni con la dimensión, ni con la continuidad, ni con los resultados que hubieran sido necesarios para asegurar el porvenir nacional. Hemos malgastado nuestros 10.000 millones anuales de renta petrolera y estamos malgastando igualmente la más preciosa renta biológica de los 100.000 o 200.000 jóvenes venezolanos que cada año surgen buscando un camino en la creación del futuro de su patria.

Esto hace gravemente débil y vulnerable la posición de Venezuela y muy inseguras y amenazadas las perspectivas de su futuro. Dependemos de la actividad petrolera en un grado gigantesco, como lo revela el hecho de que más del 92 por 100 de nuestras exportaciones, más del 95 por 100 de nuestras divisas y por encima de los dos tercios de los ingresos fiscales provienen directamente de esa actividad. Otros aspectos negativos se añaden a la inestabilidad de esa situación. La explotación petrolera, en su casi totalidad, está dirigida por grandes consorcios extranjeros y depende en igual proporción de tres o cuatro mercados internacionales, sobre los cuales nosotros tenemos poca intervención directa y sobre los cuales hace presión la competencia de otras zonas productoras con costos más bajos o políticas más comerciales. No hemos podido crear una actividad productora y una exportación no-petrolera suficientemente importante para aminorar esta peligrosa dependencia y debilidad. Y, por otra parte, no estamos produciendo en cantidad suficiente y con la alta calidad y el espíritu creador necesarios, los equipos humanos, que puedan llevar adelante, en todos los niveles técnicos, la transformación rápida de la economía venezolana. Somos todavía los parásitos de un pro-

ducto que no está en nuestras manos y no educamos a nuestros hijos para las tareas de transformación que el presente y el porvenir exigen.

EL TIEMPO CONTRA NOSOTROS

Esta situación es particularmente amenazante porque el tiempo y las circunstancias mundiales trabajan contra nosotros. El petróleo es un producto no-renovable y fuertemente competido en los mercados mundiales. Cada día, lógicamente, tendremos menos petróleo y cada día también habrá más competencia de otras fuentes de energía, como el gas, el carbón y la energía atómica.

No podríamos pasivamente mirar crecer nuestra población sin destino económico a un ritmo de casi 4 por 100 interanual, ver doblar cada diez años el hacinamiento infrahumano y anti-económico de algunas ciudades, dejar crecer la población inactiva o improductiva y la dependencia parasitaria de nuestra vida entera del petróleo.

Hemos tenido durante demasiado tiempo una actitud de indefinición peligrosa en nuestra política petrolera que se ha traducido en un amenazante deterioro de nuestra posición y perspectivas de país petrolero. La exploración se ha paralizado, se han perdido mercados, se ha entrado en un franco proceso de desinversión de capitales en la industria petrolera. El régimen legal y administrativo que rige la actividad productora de hidrocarburos en no menos del 90 por 100 de nuestro volumen actual llega a término y caducidad en 1983. Es, por lo tanto, de acuerdo con los largos lapsos de desarrollo y previsión que caracterizan a esa industria, llegado el momento de tomar las decisiones que van a asegurar más allá de esa inminente fecha la continuidad de nuestra actual situación petrolera y del flujo de recursos monetarios que ella provee para financiar la costosa empresa de nuestro desarrollo. Si vamos a asegurar el porvenir habrá que definir en los próximos tres o cuatro años la política petrolera de nuestras grandes áreas productivas para que podamos contar con los recursos suficientes para llevar a cabo la transformación de Venezuela. De otro modo estaríamos viviendo los últimos momentos del auge petrolero, sin posiblidad alguna de financiar nuestro desarrollo con ninguna otra fuente alternativa de riqueza.

No podemos siquiera concebir la posibilidad de que Venezuela haya vivido una etapa, más o menos larga, de riqueza y dispendiosidad

petroleras y vaya a recaer en la vieja pobreza, ya olvidada, de nuestro no lejano ayer. Si no se modifican nuestras circunstancias actuales un descenso importante de la actividad petrolera significaría una verdadera catástrofe económica y social para este país. No habría divisas para pagar los más elementales e insustituibles insumos de nuestra actividad industrial, las rentas del Estado descenderían a niveles insignificantes para las necesidades que hoy atendemos, se desataría una ola de desempleo, de inflación monetaria y de carestía de la vida y el país caería en una caótica y destructiva etapa de desesperación colectiva.

La Venezuela del siglo XIX era un país pobre, atrasado y marginal que exportaba no más de 20 millones de dólares en unos pocos productos agropecuarios. Sus posibilidades de crecimiento y de progreso eran mínimas y remotas. La rutina económica, la baja producción y productividad y la inestabilidad política, eran vicios que si hubieran podido ser corregidos en poco habrían cambiado las posibilidades de adelanto rápido.

Hoy es distinto. Hoy cuenta Venezuela con una enorme riqueza en el subsuelo que basta ampliamente para financiar el alto costo de su desarrollo hasta el más ambicioso nivel y está en un mundo que ya no es el de los estáticos imperios de la Era Victoriana y de la pacífica división del mundo entre la poderosa minoría de los países anglosajones y las vastas muchedumbres sometidas del resto del planeta. La realidad política del mundo actual presenta un profundo cambio de incalculables consecuencias. Han ocurrido dos grandes guerras mundiales y más de 50 guerras locales, en las que han perecido más de 30 millones de hombres y se han consumido riquezas en furia destructiva por más de 2.000.000 de dólares. Viejos imperios han desaparecido, han surgido grandes Estados revolucionarios y entre ellos las dos inmensas concentraciones de poder político de la URSS y de China, en el lugar de las viejas colonias han aparecido decenas de nuevos Estados en Africa y en Asia, sacudidos, no pocas veces trágicamente, por la llamada revolución de las esperanzas crecientes y por el afán febril de librarse, en el más corto plazo y a cualquier precio, del atraso y de la desigualdad económica y social.

Todo este sacudimiento y cambio ocurre mientras se desata la llamada Segunda Revolución Industrial, que es el más completo, espectacular e intenso cambio científico, filosófico y tecnológico que el hombre haya conocido. En menos de medio siglo se ha pasado del

telégrafo eléctrico a la radio y a la televisión. Se ha saltado del ferrocarril al automotor de explosión, al avión de hélice, al avión de turbina, al satélite artificial que da la vuelta a la tierra en noventa minutos y a la nave espacial que llevará tripulantes mañana a la luna y pasado mañana a otros planetas o a constelaciones distintas del sistema solar. Hemos pasado del fusil de repetición y de la bomba de TNT a la bomba termo-nuclear equivalente a 100 millones de toneladas de TNT, y a los proyectiles balísticos intercontinentales que en pocos minutos pueden llevar una carga de muerte nuclear de un continente a otro. Hemos entrado en la medicina antibiótica, en el trasplante de órganos y estamos al borde de producir vida en el laboratorio. Hemos comenzado a explorar los oscuros continentes de la conciencia humana desde Freud, disponemos de drogas para modificar el pensamiento, la memoria y la conducta, le hemos vuelto la espalda a la ciencia newtoniana y avanzamos por una nueva física y una nueva concepción del mundo probabilística, no determinista, que no distingue entre materia y energía, ni entre espacio y tiempo. La lucha por la sobrevivencia y el poder entre las naciones de mañana dependerá de su capacidad para participar en el progreso científico y tecnológico y de su habilidad para integrarse en asociaciones políticas que garanticen su propia independencia y la paz del mundo, amenazada por la excesiva polarización de poder destructivo entre la Unión Soviética y los Estados Unidos de América.

Venezuela nunca ha sido estéril en producir hombres de excepcional calidad. Los dio en el pasado en deslumbrante constelación y los tiene en el presente. Científicos y técnicos venezolanos tenemos en muy variadas disciplinas que en nada son inferiores a sus colegas extranjeros y que han probado su capacidad en la realización de obras y en el cumplimiento de servicios de la más alta y exigente especialidad. Pero ni tenemos esos hombres en la verdadera dirección del destino nacional, ni están encuadrados, apoyados y complementados en vasta y completa estructuración de equipos humanos debidamente coordinados e integrados. El aislamiento individual, la acción personal, el desaprovechamiento de posibilidades y de hombres, la descoordinación y la falta de activa orientación superior siguen siendo las negativas características dominantes de nuestra hora presente.

LA VENEZUELA POSIBLE

Ante tales circunstancias y condiciones Venezuela no puede tener sino una política nacional de máximo aprovechamiento de sus posibilidades y de inteligente y provechosa participación en la cambiante realidad humana. No podemos ser ni pasivos, ni tardos, ni carentes de dinámicos objetivos y metas propias.

Entre el país venezolano que se ha hecho, desde el pasado, con nuestras acciones y omisiones, con nuestros aciertos y errores, con nuestra ignorancia y conocimientos, con nuestra torpeza y nuestra inteligencia y el país que podemos hacer hay una gran distancia que cada día crece en la misma medida de las circunstancias y los recursos desaprovechados. Este es el trágico e ineludible balance entre la Venezuela que tenemos, con hombres y recursos aprovechados a medias, y la que podríamos haber hecho y hacer todavía con la más inteligente y equilibrada utilización de los dos grandes fundamentos sobre los cuales podemos apoyar esa acción creadora: nuestros hombres y nuestros recursos materiales.

El tema fundamental y el gran desafío para los pueblos de hoy es el desarrollo económico y social. Todos luchan por alcanzarlo en medio de las más adversas condiciones. Entre todos esos países en proceso y posibilidad de desarrollo, Venezuela tiene la más ventajosa y privilegiada situación, que es la que le permiten sus inmensas riquezas naturales y la impaciente y mayoritaria juventud de su pueblo. Para ello deberíamos definir, entre todos, una política verdaderamente nacional de máximo aprovechamiento de la juventud y de óptima utilización de los recursos materiales y las circunstancias históricas.

Hay una Venezuela posible, en la plenitud de realización de todas sus posibilidades, que no es ciertamente la que tenemos. Una Venezuela en la que no quedará ningún joven sin una preparación adecuada para la vida y para el trabajo y en la que, por medio de la más eficiente y realista combinación de recursos, capital, fuerzas productivas y colaboración internacional pudiéramos llegar, en un plazo razonablemente breve y predeterminado, a lograr una actividad económica y un nivel de producción y productividad dos o tres veces superiores a los que actualmente representa el petróleo, donde el estimado de la riqueza anual producida crezca en un porcentaje no menos del doble de la población, donde, en la misma forma en que se combate la enfermedad y la muerte, todos combatamos eficazmente

la enfermedad de la producción rutinaria y de la baja productividad que engendra esa muerte social que se llama el atraso, donde no permitamos la existencia de empresas parásitas o deficitarias que consumen estérilmente recursos nacionales, donde el mayor porcentaje de los gastos nacionales se dirija a la inversión en obras de infraestructura y en sistemas de crédito que le permitan al trabajo de los venezolanos, educados para la labor productiva, alcanzar cada vez mayores niveles de rendimiento y de bienestar.

Esto requiere un cambio de mentalidad en las clases dirigentes para concebir un rápido cambio de orientación y de sistemas.

No podemos seguir, en la política, en la administración, en la prensa y en el flujo de ideas recibidas y repetidas, sosteniendo que el problema nacional es el de satisfacer necesidades sociales crecientes, sin poner el énfasis en que no se podrán satisfacer ni ésas ni ninguna si no hacemos previamente una gran movilización nacional en favor de la productividad de riqueza. El concepto paternalista y antieconómico de que se puede atender a las necesidades sociales sin una creación correspondiente de riqueza no lleva a otra parte que al fracaso, a la frustración y a la rutina. Los países del sistema socialista o del sistema de la empresa privada que han alcanzado alto nivel de desarrollo, lo han hecho por medio de un enérgico y continuado proceso de creación de riqueza. Lo hizo la Inglaterra del siglo XIX, los Estados Unidos después de la Guerra de Secesión, la Unión Soviética de Stalin y la China de Mao. Lo hizo la Alemania de la postguerra. En cambio países que tenían condiciones básicas favorables para el crecimiento económico, emprendieron una política de imprevisión, paternalismo irreflexivo, remuneración del ocio, fomento de las actividades improductivas y la formación de crecientes clases de pensionados en lugar de trabajadores que crean riqueza, con el resultado de que, a pesar de sus condiciones favorables, han desembocado en la inflación, la quiebra fiscal, el desempleo y el retroceso económico. Este ha sido el trágico precio que, en grado variable, han pagado por una política demagógica y económicamente irresponsable, las antes florecientes naciones del Cono Sur de la América Meridional: Brasil, Uruguay, Argentina y Chile.

Estamos entrando en el último tercio del siglo XX. Los próximos treinta años han de ser la ocasión de los más extraordinarios cambios que la humanidad haya conocido. En la ciencia, en la técnica, en la educación, en la conducta humana, en la medicina, en la gene-

ración de energía, en los sistemas de producción, ocurrirán cambios tan espectaculares que opacarán las futuras hazañas de la navegación espacial. El viaje a los planetas vecinos y a las otras constelaciones no constituirá el más increíble progreso del hombre.

Para esos treinta años decisivos, al nivel de sus más altas instituciones científicas y gubernamentales, se están preparando por medio de costosos estudios e investigaciones las grandes potencias industriales del mundo, con el fin de anticipar y prevenir políticas adecuadas y objetivos de desarrollo que les permitan conservar una posición preponderante en el cambiado mundo del año 2000.

Para nosotros ese desafío reviste características de angustiosa urgencia. Si en estos treinta años no somos capaces de preparar y realizar nuestro salto adelante para convertirnos en un país plenamente desarrollado e incorporado a la civilización, habremos caído para siempre en la triste condición de renuncia a toda independencia, a todo destino propio y habremos tácitamente aceptado convertirnos en zona marginal y dependiente de alguno de los grandes centros de poder existentes o que hayan de surgir en la próxima y dramática treintena.

En la América Latina surgirán dos o tres grandes centros de poder. Sin duda alguna, Venezuela podría ser uno de ellos. Para eso cuenta con posibilidades y recursos superiores a los de casi todos los otros países latinoamericanos. Sin embargo, nada de eso se alcanzará si desde hoy, mejor aún hubiera sido desde ayer, no contamos con una política del hombre y de la riqueza capaz de lograrlo.

La política es mucho más, afortunadamente, que ese deslucido arte de promesas y engaños de las almas subalternas hambrientas de mando, es el medio superior de revelar y realizar grandes designios nacionales y poner a su servicio, libremente, todas las energías morales y materiales de la colectividad. Es a la posibilidad de esa política superior de la vida, del hombre y del destino nacional realizado para todos con el esfuerzo y la colaboración de todos que están dedicadas estas reflexiones.

Si vamos a intentar con decisión el cambio impostergable y salvador que la situación del país plantea, tenemos que comenzar por definir y adoptar eficazmente una nueva educación y una política económica encaminadas fundamentalmente al más pronto logro del pleno desarrollo de Venezuela a través de la capacitación de sus hombres,

de la incorporación de su juventud y del aprovechamiento óptimo de sus recursos naturales.

No podemos permitir que el 90 por 100 de los que cursan en los distintos niveles de nuestra educación se queden en fracaso sin ninguna preparación suficiente ni para el trabajo productivo, ni para la incorporación a la vida social. La educación debe ser reorientada hacia la adquisición de aptitudes socialmente útiles y aprovechables para el proceso de desarrollo. La divisa debe ser ningún habitante sin un oficio, ningún recurso sin utilización, es decir ni hombres ni recursos baldíos.

No podemos aceptar que una educación sin orientación y sin rendimiento esté condenando a la inmensa mayoría de nuestros jóvenes a convertirse en la materia prima de desadaptados y desincorporados sociales, ni que una ausencia de orientación económica creadora nos convierta en un pueblo de parásitos y burócratas, cuyo principal objetivo social es obtener una remuneración sin trabajo para convertirse de por vida en una carga pública.

La falta conjunta de una economía dinámica y de una educación para el desarrollo no sólo condena al fracaso y a la improductividad a una gran mayoría de nuestra población, sino que además y como fatal consecuencia, provoca una grave erosión moral del carácter de los hombres. No estamos ni enseñando, ni practicando, ni estimulando el sentimiento de responsabilidad individual y colectiva. No estamos formando individualidades responsables de su propio destino y del destino nacional, sino que estamos favoreciendo las desviaciones sicológicas defensivas hacia el escepticismo y la violencia, como única respuesta ante el desplazamiento social y económico al que estamos condenando la mayoría de nuestros jóvenes.

Al nivel de todas las ramas de la educación hay que establecer metas y alternativas que aseguren que nadie pueda quedarse sin un entrenamiento suficiente para una actividad social productiva. Preparar técnicos, obreros calificados, profesionales y científicos que puedan hacerse cargo de todas las actividades específicas del desarrollo en todos los niveles.

En el campo del desarrollo económico tenemos que llevar adelante la empresa vital y aparentemente paradójica de aprovechar avaramente, inteligentemente y hasta el máximo la riqueza petrolera y los recursos del subsuelo para financiar y crear con esos ingresos la creación rápida y estable de una economía no petrolera que nos inde-

pendice de la vulnerable situación actual y ponga por base de nuestro crecimiento una variada producción de riqueza renovable y creciente.

Utilizar el petróleo para hacer un país no dependiente del petróleo y aprovechar la monoproducción para hacer una economía multiproductora con acceso a los más variados mercados del mundo con una gama de productos de alto rendimiento y poderosa capacidad competitiva.

Establecer un sólido orden de prioridades para las obras de infraestructura y para el fomento de las actividades productivas primarias y fundamentales. No producir de todo sin mirar los costos y con el corto propósito de abastecer el raleado mercado nacional, sino producir un selecto grupo de artículos, en calidad y precios competitivos, para invadir con buen éxito los mercados mundiales. Nadie duda de que podríamos ser la gran potencia petroquímica de la América Latina. Sin embargo, no lo somos y hemos perdido las mejores oportunidades de serlo. Podemos producir energías hidroeléctricas a costos muy bajos que servirían de base al crecimiento de muchas industrias de exportación. Tenemos ciertas conocidas ventajas naturales y adquiridas para muchas ramas de la producción. Lo que falta es una política nacional que concentre en ellas los incentivos y las ayudas.

Hay que poner ante los ojos de toda la nación ciertos indicadores que revelen implacablemente y sin torceduras de interés político subalterno, el ritmo de crecimiento que logremos alcanzar. Señalar en todo momento cómo y en qué forma crece el producto nacional y cómo y en qué forma y proporción salen de nuestros institutos de educación los científicos, los técnicos, los obreros calificados que van a tomar en sus manos la creación de una Venezuela distinta, con una vida mejor y distinta para ellos.

Una política de inversión exigentemente alta en favorecer el desarrollo y una política de empleo, a base de nuevas empresas altamente productivas y de trabajadores calificados.

Una política de incorporación de todos los hombres y todos los recursos al proceso del rápido crecimiento y de incorporación de todo el territorio a la integración nacional. No más Guayana virgen, no más zonas de abandono y atraso, no más brazos inútiles, no más despilfarro de recursos irremplazables en burocracia estéril, en ocio remunerado, en empresas improductivas y en escuelas que no enseñan a vivir ni a trabajar y que son almácigos de hombres baldíos.

La juventud venezolana tendrá un porvenir en la medida en que la nación venezolana tenga un porvenir, en la misma medida en la que, al crear con su trabajo un porvenir para Venezuela, estén creando un porvenir deseable y digno para ellos mismos.

Tenemos la más noble, la más atractiva empresa que ofrecer a la juventud: la posibilidad de hacer con su esfuerzo una gran nación moderna, no la de ser nuevas legiones de frustrados, no la de ser los desengañados servidores del cinismo, la mediocridad y la rutina, sino la de los soldados y jefes del ejército civil que va a ganar en heroica y pacífica batalla la independencia, la seguridad y la grandeza económica de Venezuela.

Ese programa de rescate del país y de rescate de la juventud venezolana tienen que trazarlo la inteligencia nacional y las clases dirigentes. El balance exacto de recursos y posibilidades que se presentan a Venezuela y las alternativas de acción para decidir y realizar esas posibilidades.

Si no lo hacemos estaremos arrebatando al país su única posibilidad de crecimiento y de salvación y habremos abandonado, por ciegos o por cobardes, nuestra juventud sin destino a todos los vendedores de ilusiones, a todos los agentes de revoluciones de segunda mano, a la desesperación, al cinismo y a la violencia.

Toda victoria es pírrica y toda promesa engañosa mientras esta suprema empresa no se realice. No como bandera y plataforma de una parcialidad política sino como consigna de movilización general de todos los venezolanos en un tenaz y solidario esfuerzo de superación colectiva.

Repensar la educación

Pienso que entre las múltiples y variadas actividades de la UNESCO, que cada día se multiplican y extienden, hay una que es fundamental y que debe constituir el tema básico de su reflexión y de su búsqueda.

Estamos en la víspera del año 2000, del comienzo del siglo XXI, del inicio del Tercer Milenario de la Era Cristiana, y ya podemos vislumbrar con mucha aproximación lo que será el panorama del mundo en esa hora tan cercana.

No menos de 6.000 millones de seres humanos congestionarán el globo. Distribuidos desigualmente en diversos climas, regiones, culturas, formas políticas y sociales, mentalidades y creencias, pero, fundamentalmente, agrupados en dos categorías definidas. Una, la más poderosa y menos numerosa, constituida por aquellos países, en gran parte concentrados en el Hemisferio Norte, en América, Europa y parte de Asia, a los que llamamos de distintos modos: países industriales o ricos, o desarrollados o avanzados; otra, numerosa y extensa, que ocupa la mayor parte de Asia, Africa y la América Latina, y comprende los llamados países pobres, subdesarrollados, en desarrollo, no industrializados o, más simplemente, el Tercer Mundo. Hoy su-

man los dos tercios de la humanidad, mañana serán más de las cuatro quintas partes. Por una siniestra paradoja, el lecho del pobre es más fértil que el del rico.

La distancia entre esas dos porciones de la humanidad no sólo no tiende a disminuir, sino que aumenta cada día. No es sólo el paso de la pobreza a la riqueza, difícil de apreciar o medir en cifras o magnitudes, sino el más sutil y fundamental de la situación de pasividad recibidora a la de actividad creadora, de la de atraso a la de avance. Y ésta ya no es sólo una cuestión de Producto Territorial Bruto, ni de densidad de población, ni de nivel del gasto público. En los últimos años, desde la crisis energética, hemos conocido países que han recibido descomunales aportes de dinero y continúan siendo estructuralmente pobres.

La diferencia básica reside en la capacidad creadora, en la mentalidad ante la vida y en la capacidad de conocimiento. El poder de los países desarrollados reside esencialmente en el monopolio del saber, la ciencia, la tecnología y la investigación que han llegado a adquirir y que, por su propio dinamismo, aumenta constantemente.

La gran cuestión que cada día se va a plantear de manera más aguda y trágica a los países atrasados es la de salvar el creciente foso de saber que los desventaja y retrasa con respecto a los desarrollados y poderosos. ¿Cómo lograr el acceso y la participación efectivos en el conocimiento y la creación científica y tecnológica y no en su mera utilización secundaria?

Esto implica repensar nuevamente todo el problema de la educación en las sociedades en desarrollo. Enfrentadas a la contradicción dolorosa y difícil de tener que dar cada día alguna educación, generalmente mediocre e incompleta, a una población creciente que aspira irracionalmente a un acceso general e ilimitado de todos a todos los grados académicos, y por otra parte, acaso más vital, de formar núcleos dirigentes de la más alta calificación científica e intelectual, que puedan no solamente asegurar la incorporación y la participación a la creación científica y tecnológica universal, sino además dar la orientación necesaria para enfrentar los graves problemas del desarrollo frente a la masificación y la limitación de los recursos y las oportunidades.

Todo el problema del desarrollo de los países pasa por la educación. No basta ya con enseñar conocimientos más o menos útiles, en una forma insuficiente, al mayor número posible. Es necesario edu-

car para la vida, para ser ciudadano del siglo XXI, para entender el mundo en que ya estamos viviendo, sus desafíos, sus riesgos inmensos y sus grandes posibilidades, con una mente abierta, al día en la ciencia del día, y dirigida, fundamentalmente, a las necesidades y características de la situación local.

Resolver la grave contradicción que está planteada entre la masificación, que tiende a degradar la educación y a hacerla ineficaz, y las exigencias de alta calidad del conocimiento en un mundo cada vez más exigente y difícil en materia de ciencia y tecnología. El mundo de la electrónica, de la bioquímica, de la manipulación genética y de la telemática. La vieja cuestión de qué enseñar, a quiénes enseñar y para qué enseñar, debe estar hoy en el centro de las preocupaciones de los países en desarrollo, si es que piensan seriamente en hacer el duro esfuerzo necesario para salir de la dependencia y del atraso y acceder plenamente al saber, que es el nombre moderno del poder.

Las tentativas de planes de desarrollo del Tercer Mundo, en los últimos años, han estado lejos de ser satisfactorias. Muchas han terminado en frustración y en fracaso. Podría hacerse un triste inventario con los resultados de las reformas agrarias emprendidas con enorme esfuerzo y en nombre de los más generosos propósitos.

Tal vez el mal reside en que no se ha sabido comenzar por la educación. No por la extensión mecánica de una educación formal y neutra, copiada de alguna circunstancia social y culturalmente distinta, sino por una educación nueva, repensada y replanteada en términos de la realidad del mundo actual y de las características y posibilidades de los pueblos atrasados dentro de ese mundo complejo y desequilibrado, donde cada día más el saber es el poder y se concentra en menor número de países y de hombres.

La crisis de la educación*

No es mera retórica decir que para mí este es un duro compromiso. No hay cuestión que más haya preocupado a los venezolanos, casi desde el nacimiento del país hasta hoy, que la de la educación. No hay cuestión más debatida ni más angustiosa y no hay cuestión tampoco más fundamental y más decisiva para nuestro presente y para nuestro porvenir.

De modo que venir aquí a trazar un cuadro panorámico de este inmenso problema es una exigente tarea y mucho más venirlo a tratar frente a gentes que han dedicado su vida y sus preocupaciones a este mismo asunto y que tienen sobre él muchísimas cosas que decir y que aportar. De modo que yo no soy aquí sino por simple y mero azar un primo inter pares, un dialogante que por un azar, en esta vez no alfabético, que generalmente me es contrario, me ha tocado hablar en primer término. Y pido excusas por esto mismo, por esta especie de audacia con que aquí vengo a descorrer el telón, no sobre un nuevo drama sino sobre el más viejo drama, el más padecido y el más angustioso que los venezolanos hayamos conocido nunca.

---

*Transcripción de la Conferencia dictada ante la Asociación Tribuna 83, 10 de agosto de 1980.

LA EDUCACION ESTA EN CRISIS

Eso lo sabemos perfectamente todos. No solamente está en crisis en nuestro país. No es una peculiaridad nuestra. Está en crisis en el mundo entero. Yo vengo de pasar algunos años en lo que pudiéramos llamar el centro neurálgico de los problemas educativos del mundo, que es la UNESCO, y allí pude palpar muy de cerca la dimensión gigantesca del problema, los aspectos difíciles y complejos que reviste, la dificultad de hallar soluciones adecuadas, las divergencias fundamentales que existen en los enfoques y todo lo que caracteriza a esta gran cuestión central. Por lo tanto, no me puedo hacer ilusiones de que podamos hallar soluciones rápidas, ni fáciles. Creo que, a lo sumo, podemos llegar a diagnósticos de la enfermedad y decir qué males sufre el enfermo. Pero de allí a pasar a un plan terapéutico eficaz, para poderlo restituir a lo que consideraríamos saludable y deseable, hay un inmenso trecho y hay diferencias muy considerables en materia de opinión.

En esa crisis mundial de la educación convendría recordar siquiera lo que podríamos llamar algunos puntos centrales de ella. Algunos rasgos fundamentales, algunos aspectos que la definen y la caracterizan.

LA MASIFICACION DE LA ENSEÑANZA

La primera es la masificación de la educación. Todos conocemos y ya es un lugar común el fenómeno de la explosión demográfica que la humanidad viene sufriendo en los últimos años. Pensemos que desde el origen del mundo, desde que el hombre apareció en la Tierra hasta el año de 1900, en un crecimiento lento, a veces detenido, a veces con regresiones, había llegado a alcanzar la cifra de 1.000 millones de habitantes. Pensemos que de 1900 a hoy, hemos cuadruplicado esa cifra en un galopante crecimiento, que no tiene precedentes ni en la historia humana ni en la historia animal. Y pensemos que la mera extrapolación de esas cifras anuncia que para el año 2000, que es pasado mañana, puede haber en la Tierra entre 6.000 y 8.000 millones de habitantes, es decir, ocho veces toda la población del mundo que desde el origen del hombre hasta el año de 1900 logró formarse en la Tierra.

No voy a entrar aquí en detalles manidos que todos ustedes conocen, de todo lo que esto significa de desproporción entre los recursos no renovables y las necesidades crecientes, sino que voy a referirme simplemente a las exigencias de tipo social que esto plantea a los Estados y a las sociedades. Esto ha traído desde luego la masificación de la educación, esto ha traído el que en las puertas de las escuelas, de los liceos y de las universidades, se aglomeren muchedumbres que antes no se veían sino en los ejércitos o en las inmensas migraciones de pueblos. Y esto es el hecho diario que están confrontando todos los países, en mayor o menor grado, de una manera más previsible y controlable o de una manera más caótica e inabarcable.

Esa masificación, esa cuantificación, ha traído problemas muy complejos. En primer lugar, un problema que salta a la vista, que es el problema de los costos. Una educación para todos cuando todos se han multiplicado varias veces, representa un volumen de recursos materiales y humanos, destinados a la educación, del cual tampoco nunca ha habido precedente. Y esto plantea problemas fiscales, problemas de equilibrio de los gastos públicos, plantea problemas de disponer de un personal para manejar esa inmensa muchedumbre que se agolpa a las puertas de los institutos de enseñanza y para hacer algo más que un simulacro de educación.

LA MULTIPLICACION DE LOS SABERES

El otro aspecto es que estamos viviendo en un mundo donde ha ocurrido igualmente una explosión del conocimiento. Se ha dicho que, posiblemente, lo que los hombres sabemos hoy, el volumen total del conocimiento del que se dispone hoy, más o menos en un porcentaje de 80 por 100 se sabe desde los últimos cincuenta años. De modo que estamos asistiendo a una velocidad de innovación de las disciplinas del conocimiento como el hombre no conoció nunca y que luego se traslada, como consecuencia inmediata, a la multiplicación de las tecnologías y de la creación de instrumentos, de aparatos y de sistemas, que suplen no solamente el trabajo humano sino el cerebro humano. Esta multiplicación del conocimiento plantea un problema no menor, tal vez mayor que el problema de la masificación de la población estudiantil porque se trata de encontrar dos cosas muy difíciles, cómo estar al día en un saber que está

cambiando tan velozmente y de manera tan multiplicada en tantos frentes y cómo encontrar en un número suficiente, para enfrentar esa inmensa demanda, los docentes suficientemente dotados para no enseñar la ciencia de anteayer ni la de ayer, sino la que esté más próxima a la de este momento, porque esta misma no la conoce sino un grupo mínimo de investigadores. De modo que este desafío de la explosión de los conocimientos, de la pluralidad de las ciencias, de la multiplicación de las ramas, ha venido a complicar el problema. Si lo que nosotros tuviéramos que transmitirle a esos millones y millones de jóvenes que se acumulan en las puertas de los institutos de enseñanza fuera una vieja enseñanza tradicional muy simple, el problema sería perfectamente manejable, formar maestros para eso no es difícil, conseguir manuales suficientes para eso tampoco es difícil, pero ¿qué les estaríamos enseñando? ¿Una ciencia arqueológica? ¿Los estaríamos preparando para el mundo que dejó de existir hace treinta o cuarenta años o los estaríamos preparando para el difícil, el complejo, el casi impredecible mundo de mañana?

Este aspecto complica la situación muchísimo más que el aspecto cuantitativo. Pero el otro resultado de este aspecto es, desde luego, un descenso de la calidad. En la medida en que el saber se ha hecho más complejo, más variado y más inabarcable, es más difícil abarcarlo y es más difícil trasmitirlo. De modo que muchas veces o estamos transmitiendo un saber que ya dejó de tener vigencia o lo estamos transmitiendo de una manera sumamente parcial e incompleta y, por lo tanto, estamos sencillamente en un desfase de lo que enseñamos para un mundo en el cual vivimos y no nos estamos preparando ni estamos preparando a los jóvenes para vivir en él.

LAS DOS CULTURAS

Esto trae además problemas de otra índole, que apenas voy a señalar al paso. Trae el problema de lo que se ha llamado, muchas veces, las dos culturas. Hasta ayer, cuando digo ayer digo la primera guerra mundial, y aun la víspera de la segunda guerra mundial, la educación, sobre todo la de los grados superiores, era una educación científica y humanística en la que no había mucha separación entre una cosa y otra, todavía quedaba un poco la imagen renacentista de aquellos hombres universales como Leonardo Da Vinci, que uno no sabía

dónde terminaba el artista y dónde comenzaba el científico y dónde comenzaba el tecnólogo, esa imagen desde luego ya no era reproducible, pero tampoco se había llegado a una segmentación tan grave, como para convertirse en idiomas separados y en casi psicologías incomunicables.

Yo he pensado que podríamos imaginar una escena dantesca, por lo trágico de lo que significa, sentar, por ejemplo, algunos resucitándolos y a otros tomándolos de la vida actual, a un hombre como Picasso, a otro como Beethoven, a Einstein, a Freud y, en fin, ustedes pondrán unos cuantos otros, para que dialoguen. Yo me imagino que sería casi un diálogo de sordos y que mucho del lenguaje que está hablando uno de ellos, no lo van a entender los demás. No lo van a entender los demás, porque los saberes han fragmentado los lenguajes. Hay un lenguaje matemático sin el cual es absolutamente imposible entrar en las ramas más elevadas de la ciencia de hoy, por muy inteligente que sea un hombre y por mucha sensibilidad que tenga. Y ese lenguaje matemático hoy ha invadido la química, la física y la biología, de modo que todo el que no posea ese lenguaje fundamental está condenado a estar incomunicado, y el que lo posee está condenado a no poder comunicarse sino con ese círculo limitado que habla esa misma lengua.

Y lo mismo pasa con los que se han mantenido en una cultura humanística. Se ha escrito mucho, y se han publicado trabajos muy buenos sobre esa tragedia de lo que llaman el problema de las dos culturas. Las dos culturas que existen en el mundo de hoy y que posiblemente son más de dos, que son la cultura humanística y la cultura científica y se ha estudiado la manera de tender puentes hasta donde fuera posible, cosa nada fácil, no para crear hombres universales, que no podemos ya ni soñar en crearlos, sino para formar hombres con una información válida, más o menos general. Hombres que sepan mucho de lo suyo, pero que sepan algo, que tengan una información suficiente de lo otro, de lo que no les pertenece y no es su disciplina. Uno de los hombres que más estudiaron esto, que es un famoso inglés a quien las circunstancias de su vida colocaron un poco en una posición privilegiada para contemplar estos dos campos, fue el famoso C.P. Snow. Snow era un novelista, hombre de gran cultura humanística y, simultáneamente, era uno de los más respetados y autorizados científicos nucleares que tenía Inglaterra. De modo que este hombre participaba, privilegiadamente, de esa situación

ambivalente en que podía pasar la frontera tan erizada y tan difícil de esos dos mundos con mucha facilidad. Y fue él uno de los primeros que hablaron de este problema y decía que tan grave era que un hombre lleno de ciencia no pudiera darse cuenta de lo que significaba la Novena Sinfonía de Beethoven, como era grave que un hombre lleno de literatura, de cultura humanística y artística, no supiera lo que significa la Segunda Ley de la Termodinámica. Y esto es cierto, esto es un poco, de manera sucinta, el gran drama de esa bifurcación, que no solamente es en dos ramas, sino en muchas subramas que hoy día constituyen uno de los grandes problemas de la trasmisión de conocimientos y de poder tener una visión válida del conjunto.

ENSEÑANZA Y SOCIEDAD

El otro problema es el de la enseñanza y la vida o de la enseñanza y la sociedad. ¿Para qué enseñamos? Ese es un problema relativamente reciente. El mundo vivió dominado por una cultura oral, prácticamente desde los orígenes de las civilizaciones más remotas hasta comienzos del siglo XIX. El problema se planteó desde comienzos del siglo XIX hasta hoy y se ha ido agravando.

¿Por qué? Porque el mundo se dividía en una cultura oral, que era la cultura de la inmensa mayoría de la población, que era la de los campesinos y allí la enseñanza y la vida estaban estrechamente mezcladas; el hijo del salvaje no va a la escuela, lo cual no significa que no recibe educación, recibe mucha educación, recibe posiblemente mucha más educación y más efectiva y más completa que la que recibe el hijo del hombre civilizado. ¿Por qué? Porque aprendía viviendo, aprendía a sembrar acompañando a su padre al campo, aprendía a pescar y a cazar, acompañando a su padre a la pesca y a la caza, desde que podía moverse y caminar. No era que su vida estaba dividida en una parte en que vivía en medio de los otros y una parte en que vivía en aprendizaje, y cuando estaba en su casa aprendía cómo se construía o se reparaba la choza, cómo se prendía el fuego, cómo se conservaba el mismo, y cómo se curaba el animal. De modo que había una unidad extraordinaria de cultura, enseñanza, vida y sociedad. Pero cuando surgió la revolución industrial y apareció el inmenso fenómeno del urbanismo, entonces la cultura escrita, que había sido una cultura de minorías, una cultura de clerecía, como se decía en

el lenguaje de la época, y que además para esas gentes que seguían ese camino también tenía una estrecha vinculación de aprendizaje y vida, se extendió.

¿Cuál era la cultura clerical de los hombres de la Edad Media y del primer Renacimiento? La de los que o iban a formar parte de una Corte y, por lo tanto, lo que aprendían lo estaban aprendiendo en la manera de vivir y en las cosas que le valían para esa vida cortesana, o lo aprendían en la Iglesia, lo que les servía para la carrera eclesiástica y eso lo hacían desde que tenían diez años, de modo que no había ruptura entre aprendizaje y vida. Aprendizaje y vida era una sola cosa para la minoría de la cultura escrita y para la inmensa mayoría de la cultura oral. Pero cuando la revolución industrial trajo las grandes aglomeraciones urbanas entonces surgió en pleno el problema. ¿Cómo se reemplazaba ese aprendizaje de la experiencia vital? ¿Cómo la escuela, que ya no era vida, sino una institución especializada en enseñanza, podía reemplazar la vida, o complementar la vida? ¿Cómo podía evitarse que hubiera un divorcio y una separación creciente entre lo que la escuela enseña y lo que la vida es, la vida que rodea al niño en el barrio, en la casa, en la calle? Ese problema se ha ido agravando cada día más y ha llegado a revestir aspectos graves y trágicos.

Hay quienes dicen que la educación actual en el mundo lo que hace es desarraigar a los hombres, inadecuarlos para la vida, no prepararlos para incorporarse a ningún trabajo efectivo. Uno podría preguntarse, por ejemplo, un bachiller que ya es un hombre que tiene prácticamente doce o catorce años de escolaridad, si interrumpe su educación a esa altura, ¿puede incorporarse a la vida? ¿Tiene alguna posibilidad que ofrecer en el mercado de trabajo? ¿Tiene algún aporte que hacer a la vida social que lo rodea? Es un analfabeto social. Es un inválido desde el punto de vista de la actividad productiva y sólo después podrá tomar un rumbo hacia una carrera de educación superior, o hacia una carrera técnica. Pero hasta ese punto, él no ha aprendido nada que le sirva para la vida, ni para incorporarse a la sociedad.

Hay un abismo evidente, y ese abismo forma parte de problemas muy grandes. Yo recuerdo haberle oído a un hombre a quien respeto mucho y aprendí a respetar en los años que me pasé en la UNESCO, que es su actual director general, el señor Amadou Mahtar M'Bow, quien nació en la condición más humilde, era hijo de campesinos se-

negaleses en la época colonial. Pudo por un azar del destino ir a una escuelita primaria y en esa escuelita adquirió sus primeros conocimientos y con su inteligencia natural logró que se le presentaran algunas facilidades que lo hicieron poder escapar de esa especie de grillete, de la situación tribal en que vivía su familia. Por lo tanto, es un hombre que conoce eso a fondo, y él me decía, y lo ha dicho públicamente, que siente mucha angustia cuando ve la separación entre el trabajo y la vida que está ocurriendo en la escuela en el Senegal. Decía: «Cuando yo era niño, a nosotros en nuestra casa nos enseñaban a trabajar, teníamos que trabajar, el niño campesino sale con su padre desde que puede trabajar y eso no es una explotación del niño, esa es una idea de la Revolución Francesa absurda, eso es enseñarlo a vivir, eso es enseñarlo a formarse como un hombre verdadero. Pero cuando tomamos los modelos europeos y empezó la separación de la escuela y de la vida —dice él— se creó un problema en el mundo africano muy grave y es que ese niño que aprendía a incorporarse a una vida productiva, a una sociedad, a una estructura social, ese niño se encontró de pronto confinado a una escuela donde se le enseñaban nociones teóricas y donde quedaba cortado completamente de esa raíz de su incorporación a una sociedad determinada y que a eso había que buscarle un remedio en alguna forma, de asociar la escuela y el trabajo, la escuela y la producción, la escuela y la sociedad». Esta es otra de las cuestiones que están planteadas en escala mundial y no solamente en los países en desarrollo, donde es más dramático el caso, sino aun en los países muy desarrollados, en Francia, o en Inglaterra, o en Estados Unidos.

ESCUELA Y ANTIESCUELA

El otro problema, desde luego que es una derivación de la separación de la escuela y la sociedad, de la separación de la enseñanza y de la vida, es el problema de la educación formal y la no formal. Cada vez más la escuela es un islote cerrado e incomunicado frente a un mundo complejo que es la sociedad creciente y cambiante del mundo moderno y la escuela no está preparando al niño para esa sociedad, ni la enseñanza formal que se le da en la escuela está vinculada a ese hecho.

Yo pienso muchas veces que a un muchacho que está al nivel de

secundaria, por qué no se le puede enseñar a escribir a máquina, por ejemplo, que siquiera sería una actividad que le podría servir para algo. No. Se le enseñan nociones filosóficas, se le enseñan nociones abstractas, se le enseña a memorizar hechos que no tienen ninguna aplicación inmediata en su vida ordinaria, y, desde luego, el abismo se acentúa y además se le enseña de una manera aburrida, de una manera pesada, memorizada, que no lo excita, ni lo incorpora ni forma parte de su vida.

En cambio la sociedad que lo rodea tiene un atractivo gigantesco. El primer atractivo que tiene es que es vida verdadera, que es la calle, que es el barrio, que es la familia, que es la televisión, que es la radio, que es el cine, que son las revistas pornográficas, que es la pandilla. Todo eso tiene un poder gigantesco de atracción, de despertar interés, porque eso es la vida y eso es lo contrario de la escuela. Los valores que él aprende allí son los contrarios de los que la escuela pretende enseñarle. De modo que esa antiescuela, que está frente al pequeño espacio de la escuela, ese inmenso espacio viviente de la antiescuela, es poderosísimo y nadie necesita ser profeta para pensar que la lucha entre los valores, que la pequeña escuela aislada quiere enseñar, y los valores, llamémoslos así porque lo son, que la antiescuela enseña con tanta eficacia, esa lucha, se resuelve, se está resolviendo y se seguirá resolviendo en contra de la escuela.

Esto ha llevado a la conclusión de que habría que ampliar el sentido de la educación en el mundo entero. Hace pocos años la UNESCO nombró una comisión compuesta de hombres muy distinguidos, de todas las grandes regiones culturales y geográficas del mundo, que presidió una gran figura francesa, el presidente Edgar Faure, que ha sido presidente del Consejo de Ministros de Francia, presidente de la Cámara de Representantes y que es un hombre de gran estatura intelectual y política y esa comisión realizó una evaluación de la situación de la educación en el mundo, en un mundo en transición, y publicó un trabajo que ha tenido mucho éxito y se ha comentado mucho, que tiene un nombre muy significativo, se llama «Aprender a ser». Porque, esa era la idea central. Ya no se pueden aprender técnicas, ya no puede la escuela resignarse a enseñar nociones sino que la escuela tiene que enseñar al hombre a ser, a realizarse, a vivir y esto es, sin duda alguna, una realidad evidente. A mí me complace mucho como venezolano, que esto que como gran novedad y como una respuesta al desafío de los tiempos actuales, un grupo muy ilustre

y valioso de intelectuales, de políticos y de educadores del mundo entero halló, esto lo había dicho un venezolano iluminado y extraordinario, siglo y medio antes de esta publicación de la UNESCO. Siglo y medio antes nuestro Simón Rodríguez, nuestro olvidado Simón Rodríguez, nuestro desconocido Simón Rodríguez, había dicho, y no era una frase simplemente, era todo lo que de esa frase estaba articulado en todo lo demás que hizo y ensayó: «Ha llegado el tiempo de enseñar a los hombres a vivir». Simón Rodríguez pensaba que lo que había que enseñar no era gramática, ni aritmética, ni geografía, había que enseñar a vivir.

UNA EDUCACION MUY COSTOSA

Sería bueno que ahora regresáramos en este panorama galopante al caso venezolano concreto. Todos estos problemas se reflejan, desde luego, en el caso venezolano, sólo que se reflejan de una manera peculiar. No se reflejan exactamente ni como en el Senegal, ni como en Francia, ni como en Inglaterra, ni como en otros países latinoamericanos.

La primera cuestión que tendríamos que ver es que nuestra educación está resultando extraordinariamente costosa. Debe ser en este momento una de las más costosas del mundo. Yo tengo aquí unas cifras que les voy a citar a la ligera, porque aunque la mayoría de los aquí presentes las conocen, a veces tenemos la tendencia a olvidar. Esas cifras son éstas: el presupuesto nacional vigente para el año 1980 llega a un total de 57.000 millones de bolívares. Es una cifra monstruosa, gigantesca, nunca vista, lo que pasa es que las gentes nos acostumbramos rápidamente a todo y ya hemos perdido un poco la sensibilidad a estas dimensiones astronómicas del gasto público. Ahora, de esa cifra, el gasto en educación presupuestado es de 8.934 millones de bolívares, 9.000 millones de bolívares en cifras redondas, y de esa cifra presupuestada, no ejecutada, la ejecución va a ser mucho mayor, la educación universitaria se lleva 2.991 millones, es decir 3.000 millones de bolívares, que es la tercera parte de la cifra total. La educación superior, no universitaria, la de los institutos parauniversitarios, tecnológicos, se lleva 568, y en este momento existen solicitudes de crédito adicionales en esas ramas por 1.500 millones de bolívares. De modo que la parte que podríamos llamar educa-

ción superior globalmente, universitaria y no universitaria, va a subir, con la aprobación muy posible de esos créditos, a 5.000 millones de bolívares, que viene siendo muchísimo más del 50 por 100 del gasto presupuestado en educación, y el gasto presupuestado en educación, si es que no hay créditos adicionales en las otras ramas, va a sobrepasar la suma de 10.000 millones de bolívares. Venezuela no llegó a tener un presupuesto nacional de 10.000 millones de bolívares sino hace escasamente seis o siete años. Venezuela hace veinte años no llegaba a tener para todo el país un presupuesto de 3.000 millones. Venezuela hace cuarenta años atendía todos los gastos del país con menos de 500 millones de bolívares. De modo que esto les revela a ustedes el monstruoso crecimiento.

Yo aquí les voy a citar una cifra, de la cual puedo dar fe porque yo fui ministro de Educación de Venezuela en 1940, y hace cuarenta años la población de Venezuela era de 3.800.000 habitantes y el miserabilísimo presupuesto de Educación, da casi risa nombrarlo, era de 22 millones de bolívares, para atender desde el kindergarten hasta la Universidad. En 1980, cuarenta años más tarde, tenemos 16.000.000 de habitantes y 10.000 millones de presupuesto educacional. Esto quiere decir que mientras la población ha crecido cuatro veces, el gasto educativo ha crecido cuatrocientas cincuenta y cuatro veces.

DE UN RENDIMIENTO MINIMO

Es evidente que algo aquí escapa a la razón y significa una desproporción sin duda alguna, y una desproporción grave. Pero lo más grave no es que hayamos llegado a estas cifras, lo que ya es muy grave y plantea problemas de financiamiento gigantesco que pueden afectar toda la vida nacional de un modo amenazante, sino que frente a esto el rendimiento es ridículamente pequeño.

Este rendimiento ridículamente desproporcionado lo reflejan estos datos que se los voy a dar y que son de la OPSU, de la Oficina de Planeamiento de la Educación Superior. El año de 1980, este año, ingresaron a las universidades 99.000 bachilleres, es decir, 100.000 bachilleres. ¿Con qué notas venían esos estudiantes de la Secundaria? Venían con estas notas que debían abochornarnos a todos los venezolanos, que debían no dejarnos dormir, que debían provocar en

todos nosotros una revulsión para ver qué está pasando con esto. Con calificaciones de 19 y 20, tres estudiantes. No 300, no 3.000, no 30.000, tres. Es irrisorio. Con calificaciones de 18, 275 estudiantes; con calificaciones de 16 y 17, 1.826 estudiantes; con calificaciones de 12 puntos, que son muchas veces calificaciones de favor, porque ya un estudiante al que se le pone 12 puntos es porque tiene fallas gigantescas, 25.000. Con calificaciones de 11, 43.000, y con calificaciones de 10, que es una calificación casi vergonzosa, 6.000.

De modo que de los 100.000 estudiantes, más de 74.000 tenían calificaciones iguales o inferiores a 12 puntos, esto explica por qué, en gran parte, según las mismas cifras de la misma fuente oficial, de 100 inscritos en las universidades nacionales, fracasa el 85 por 100, termina el 15 por 100. De cada 100 estudiantes, 15. Si nosotros aplicamos eso a la cifra actual de 300.000 estudiantes en educación superior, quiere decir que 255.000 están condenados a fracasar. Esto es una tragedia. Esto es un despilfarro monstruoso, no solamente de recursos de dinero, sino de recursos de hombres. ¿Qué respuesta les vamos a dar a esos 255.000 fracasados? ¿Qué les vamos a decir? ¿Que por debilidad, que por complacencia nuestra los hemos dejado coger un callejón sin salida? ¿Que no hemos tenido el valor, ni la inteligencia, ni la decisión, para decirles con toda franqueza: «Ustedes no pueden ingresar a un nivel universitario, ustedes tienen otros caminos abiertos»?; ¿o es más fácil cruzarse de brazos y dejar que de 300.000 estudiantes que están en estos momentos en las universidades 255.000 hayan de fracasar? Sin preguntarnos tampoco lo que valen los 45.000 que se van a aprobar, porque estas cifras de las notas a nivel de Secundaria, no son muy distintas a nivel universitario. De modo que para producir 45.000 estudiantes graduados nosotros estamos haciendo un gasto universitario para 300.000 estudiantes.

Con mucho valor, señalando este trágico y grave problema, decía el director de la OPSU, el señor Antonio Luis Cárdenas, a quien me complace reconocerle este gesto raro en nuestro medio de hablar con franqueza y con valor cualquiera que fueran las consecuencias, dice: «Nuestros bachilleres no saben leer, no profundizan, no piensan y tienen un vocabulario que sorprende por su pobreza». Esto se ha dicho muchas veces y ha sido visible en declaraciones de todas clases, de la imposibilidad en que están de redactar, la imposibilidad en que están de coordinar.

Se ha señalado muchas veces que nuestra educación se está con-

virtiendo ya en una educación que no enseña ni a leer ni a escribir. A nivel de secundaria, no se enseña a redactar. Da vergüenza a veces ver la forma en que nuestros abogados redactan, las faltas crasas de castellano que cometen; la dificultad para expresarse; la pobreza del vocabulario que tienen que usar en los niveles universitarios y ¿por qué? Porque ni siquiera leen, ni siquiera escriben, ni siquiera están leyendo libros, están leyendo apuntes, memorizando «chuletas», están contestando cuestionarios con una X, con una pregunta de ¿verdadero o falso?

¿Qué tipo de educación les estamos dando, y a quién queremos engañar con esto? ¿Engañarnos a nosotros mismos? Engañar a esos pobres que están jugándose literalmente sus vidas en las universidades sería un crimen monstruoso que no tendría calificación.

Yo creo que la batalla del futuro para Venezuela posiblemente la estamos perdiendo a nivel de la educación. Y tal vez la hemos perdido ya definitivamente. Es todo el porvenir de este país el que está en juego. Y lo estamos viendo con una impasibilidad extraordinaria. Lo estamos viendo con una resignación fatalista increíble. Como si eso fuera el producto de un fenómeno de la naturaleza, como si hubiera sido un terremoto que ha ocurrido en el país y que nosotros no podíamos hacer nada para evitarlo, cuando hemos tenido todos los medios para evitarlo, cuando hemos tenido todos los medios para enfrentarlo, cuando hemos podido, y no han faltado voces alertas que lo digan, encarar ese problema y tenderle una mano para salvar a todos esos jóvenes.

MITOS SUICIDAS

Aquí hay unos mitos y unos conceptos errados que desgraciadamente han proliferado. Uno de esos mitos es la llamada democratización de la enseñanza. Yo estoy de acuerdo en que la enseñanza hay que democratizarla; pero, ¿qué quiere decir democratizar la enseñanza? ¿Democratizar la enseñanza es que todo el mundo debe ser filósofo? ¿Es que todo el mundo debe tener un doctorado universitario? ¿Es que un país puede vivir con filósofos y doctores en astronomía cuando no tiene ni los mecánicos ni los obreros cualificados, ni los técnicos medios que necesita para su desarrollo? Sería un país

macrocéfalo monstruoso, hidrocéfalo, diría yo, que es peor aún, condenado a no poder vivir.

Esa democratización de la enseñanza no puede ser que todo el mundo pueda entrar a la Universidad, que todo el mundo pueda obtener un grado, porque esto es una falsificación. De lo que se trata no es de dar grados, de lo que se trata no es de tener grados, de lo que se trata es de saber. Y con todos los grados del mundo en las manos, el ignorante sigue siendo ignorante, y el ineficaz sigue siendo ineficaz, y el fracasado sigue siendo fracasado. De modo que la democratización tiene que ser darle a todos oportunidades iguales, pero la oportunidad igual no puede llegar a que el que toma el primer grado de primaria esté asegurado de llegar a una Universidad. Está asegurado de llegar si tiene las condiciones para llegar. De modo que las oportunidades deben extenderse a todo el país. Deben extenderse a todos. Pero la educación debe ir escalón por escalón encaminando, debe ir escalón por escalón diversificando, debe ir escalón por escalón abriendo un abanico de posibilidades y vías distintas, porque si no, todavía vamos a estar viviendo con los viejos males que señalaba hace 150 años Miguel José Sanz de la idolatría del doctorado y que repetía a mediados del siglo pasado Cecilio Acosta, cuando hablaba del título que no da pan, de la creación de un proletariado académico sin empleo y sin posibilidad que ya se observaba en aquella Venezuela pobre y estrecha en que vivía Acosta.

El otro aspecto es el de un curioso sentimiento de antielitismo. Se ha pensado que todo lo que sea dar una educación especial a gentes con capacidad superior es elitesco y eso hay que acabarlo. Esa es una monstruosidad. El mundo entero de hoy está en manos de minorías sabias. Si hoy se escogieran 200.000 hombres en toda la tierra y se les hiciera morir esta noche, el mundo andaría muy cerca de caer en la barbarie mañana por la mañana, porque a ciertos niveles de conocimiento y de investigación, fatalmente lo que hay son minorías. Son el fruto de selección sobre selección sobre selección. Y esto lo saben mejor que nadie los países socialistas. En los países socialistas no hay un antielitismo, es todo lo contrario. No hay países más elitistas que los socialistas. Su sistema educativo consiste en producir hombres de calificación extraordinaria y de capacidad excepcional por medio de una selección rigurosa, tramo a tramo.

Nosotros sufrimos de ese prejuicio. Mucho más grave hoy porque ya se conocía, pero hoy es evidente que saber es poder. El poder, el

verdadero poder, que reviste aspectos económicos, políticos, militares y de toda índole, se asienta en una sola fuerza que es el saber. No es poderoso un pueblo porque tenga una gran población, sería el más poderoso país del mundo la India y no lo es. No es poderoso un pueblo porque tenga inmensos recursos naturales, si no los países petroleros serían los más poderosos de la tierra, y no lo son. Es poderoso un pueblo por su capacidad intelectual, por su capacidad de producir y avanzar científica y tecnológicamente. Y por eso en el mundo se han ido creando polos de desarrollo científico muy concentrados. Y esos polos de desarrollo científico están estrechamente asociados con la capacidad de conocer, con la selección de las gentes que sirven, con la búsqueda en el mundo entero de la gente con algún talento para utilizarlo, porque tienen el sentido claro de que esa es la fuerza y el camino del porvenir, y nosotros estamos pensando que eso es elitismo, que nosotros no debemos gastar un céntimo en formar gentes muy capaces, en darle posibilidades de realización plena al hombre de algún talento creativo que podamos producir, y que estamos condenando a perderse por esa idea de que eso es elitismo. Estos son unos mitos esterilizantes, paralizantes, suicidas y contrarios al interés más elemental del país. Y sin embargo, como en la famosa fábula «El rey está desnudo», todos sabemos que está desnudo pero no nos atrevemos a decirlo.

REPENSAR LA EDUCACION

Yo creo que estamos en el caso ineluctable de repensar la educación. Está el mundo en el caso de repensarla. Y estamos nosotros muchísimo más urgidos de hacerlo. Esta abundancia de recursos petroleros que en gran parte malgastamos, no va a durar siempre. Ya estamos llegando casi al tope de la capacidad de producir divisas petroleras de Venezuela. El porvenir inmediato del mundo anuncia para dentro de 10 a 15 años una situación de equilibrio. Las fuentes alternas van a desarrollarse, de modo que Venezuela no puede dormir plácidamente en la confianza de que va a haber un flujo de divisas petroleras que le permitirá seguir no dando la cara a las verdades, seguir cerrando los ojos ante realidades amenazantes, y continuar en este falso juego de verdades a medias o de verdades convencionales.

Ese repensar la educación tiene que partir en primer lugar de la

eficiencia del sistema. Contestarnos abierta y francamente, ¿para qué educamos? ¿a quiénes educamos? ¿y cómo educamos? Trazarnos unas metas y unos rumbos para el país que queremos hacer de Venezuela, y poner la educación al servicio de ese destino venezolano, y de esa realización de destino nacional en un mundo sumamente complejo que va a pedir de los países inmensos esfuerzos de capacidad intelectual, y en un país como Venezuela, donde estas generaciones nuevas van a afrontar las situaciones más riesgosas y peligrosas que ninguna generación venezolana ha confrontado que es la situación pospetrolera, que ya está aquí, que ya está tocando a la puerta.

Tendríamos que condicionar la educación y repensarla con vistas a las necesidades del país y a la situación del mundo. Hacer una educación mucho más realista, mucho más empírica, mucho más con los pies en la tierra, mucho más con la mirada puesta en el mundo en que estamos entrando y en las exigencias que ese mundo impone. De otra manera estaríamos llevando no solamente a las nuevas generaciones al fracaso, sino al país entero al fracaso. El país no puede contentarse con seguir produciendo masivamente semiletrados, más o menos inútiles, sino que tiene que producir los técnicos y los científicos de más alto nivel posible que son necesarios para que desempeñe su papel de gran nación y para que entre con pie seguro en el mundo que está amaneciendo y que ya existe en el resto del planeta.

SIMON RODRIGUEZ, NUESTRO MAESTRO

Yo creo que nosotros tenemos un excelente maestro para emprender este camino, y es el viejo Simón Rodríguez. Simón Rodríguez dijo, con una antelación verdaderamente espeluznante, con una anticipación extraordinaria, qué era y qué debía ser la educación para estos países. Desgraciadamente en 150 años no se le ha oído, no se le ha hecho caso, ha sobrevivido, más que todo, en una crónica escandalosa de chascarrillos y de anéctodas banales, pero en lo fundamental y lo serio de lo que tuvo que decir, no hemos tenido ni voluntad, ni gusto para oírlo. ¿Y qué decía Simón Rodríguez? Simón Rodríguez se anticipaba a estos problemas que hoy está descubriendo el mundo. Se anticipaba al problema de que era necesario utilizar la escuela para crear la sociedad. El no pensaba que se cambiaba la sociedad con una revolución, con un hecho de violencia armada, él

había presenciado el más grande que ha conocido la América Latina, que era la Independencia, y lo decía: «La Independencia está declarada pero no está fundada. Lo que hacemos es una tregua», decía él. «Ahora tenemos que hacer pueblo, porque si no tenemos pueblo no tenemos independencia. Y no tenemos República. Vamos a hacer los republicanos, vamos a formar los ciudadanos de un país en crecimiento, vamos a convertirlos en la gente capaz de realizar esa República, en la escuela».

Eso se dice ahora, pero en 1828 no lo decía nadie. Luego establece un nexo muy estrecho entre la escuela y la sociedad porque para él la escuela no era sino una manera de enseñar sociabilidad, es decir, enseñar a las gentes a vivir en sociedad, a vivir en un mundo moderno, a valerse por sí mismos, a ser útiles a los otros, a realizarse ellos y realizar el país, a no vivir segregados en compartimientos estancos. Y esto lo terminaba con esta frase bellísima, con esta noción extraordinaria frente a todos los europeizantes de su tiempo, frente a todos los hombres que en América no pensaban sino en una manera de parecerse a los franceses, o a los norteamericanos, de traer inmigración europea masiva para que esa inmigración nos transformara. ¿Nos transformara en qué? ¿En europeos de segunda? Eso no era lo que pensaba Simón Rodríguez. Pensaba que teníamos que ser originales, que teníamos que partir de nuestras realidades y que a través de la escuela teníamos que hacer todo lo necesario para colonizar al país con sus propios habitantes.

Ese desafío está todavía en pie, y está ante nosotros. Yo me permitiría invitar a los venezolanos de hoy, a los dirigentes de la educación venezolana a que fuéramos a recuperar ese muerto, a devolverle la vida y la palabra a Simón Rodríguez para que nos repita la lección que inútilmente dijo hace 150 años y que sigue siendo todavía la clave de una solución sensata, completa y eficaz de la educación para Venezuela.

La nación fingida

Construida con petróleo transitorio se alza en Venezuela una nación fingida. De calidad tan transitoria como el petróleo con que está construida su apariencia. No más verdadera que una decoración de teatro.

Es como si con el dinero abundante y transitorio del petróleo hubiéramos levantado sobre la fisonomía de la verdadera Venezuela costosos telones, efectos de cartón y reflectores, panoramas de brocha sobre papel que van a deshacerse pronto a la intemperie. Por sus huecos y desgarrones, cuando pase el maná petrolero, volverá a asomar trágica la Venezuela verdadera, la pobre, la que olvidamos oculta por la bambalina pintada.

El petróleo no nos ha servido para transformar la nación real sino para disfrazarla. Es como el caso de esos amigos ricos que invitan al amigo pobre a una costosa orgía, lo emborrachan, lo deslumbran, y al día siguiente lo vuelven a regresar a su pobreza. Una pobreza que va a saberles peor que antes. Hemos disfrazado con dinero petrolero la verdadera Venezuela y nos hemos contentado con levantar a mucho gasto la apariencia de una nación fingida.

La nación real, la Venezuela verdadera, sigue siendo la misma de-

bajo de las vanas decoraciones brillantes, debajo de las construcciones de cartón. Hay que repetirlo porque es la verdad más importante para nuestra hora. Por debajo del oropel petrolero, de la balumba de baratijas costosas que compramos con petróleo, la verdadera Venezuela sigue siendo tan pobre como antes del petróleo. La verdad es que es más pobre todavía, porque antes del petróleo había un equilibrio entre su vida y su pobreza, y ese equilibrio está hoy día roto de un modo irremediable. Hay una insalvable distancia entre la pobreza inalterada de la verdadera Venezuela, y el alto nivel de vida artificial que hoy estamos teniendo gracias al petróleo.

No hay exageracióón en decir que hemos utilizado el petróleo para construir una nación fingida. La apariencia de una nación. Todo el exterior, vistoso y resonante, sin nada de lo interior, sólido y verdadero. No hemos utilizado el petróleo para aumentar nuestra riqueza permanente, sino para gastarlo en fruición, goce, despliegue, comodidad, apariencia.

La Venezuela verdadera es sustancialmente la misma nación pobre de 1906. Una nación de bajo nivel de vida, poblada por dos millones de habitantes, dedicados a la agricultura y a unas pocas industrias extractivas, que vivía en modestia casi pobre de lo que producía, del maíz, las caraotas, los plátanos y la carne, que exportaba café, cacao, pieles y otros productos por valor de unos veinte millones de dólares, y con esos dólares pagaba las limitadas importaciones que podía hacer.

Esa situación descrita no ha cambiado. Seguimos produciendo los alimentos esenciales para no más de dos millones de habitantes. Seguimos exportando productos nacionales por más de veinte millones de dólares. Y sin embargo el Estado gasta más de dos mil millones de bolívares al año, importamos más de mil millones de bolívares anuales en toda clase de mercancías especialmente de lujo. En la más modesta casa hay un radio y una refrigeradora. Los lujosos automóviles no caben en las calles de Caracas.

Lo que pasa es que, no habiendo cambiado la capacidad real de producir riquezas de la nación, no habiéndose modificado la verdadera base de su economía, el petróleo, el transitorio petróleo, como un dinero llovido del cielo nos ha permitido todos estos lujos. En el fondo somos como un hombre que vive de prestado. Nuestra capacidad de producir riquezas no se ha modificado para permitirnos pasar más allá del plato de caraotas, la alpargata y el caballo de silla,

pero el maná petrolero nos permite olvidarnos de eso, no ver la realidad, y construir rascacielos, volar «Constellations», y comer huevos americanos, carne argentina, azúcar cubana, frijoles antillanos. Todo eso es artificial, porque todo eso no es sino un don transitorio del petróleo transitorio. Artificial porque no hemos sabido transformarlo paulatinamente en realidad permanente del país. No sólo artifical, sino más bien artificial todos los días. La política petrolera del actual régimen, cuyo efecto más visible es la inflación interior, no ha hecho sino agudizar el carácter artificial de la vida económica venezolana. El actual régimen con su política económica y administrativa ha sido el más eficaz constructor de la nación fingida.

Para poner a la vista la condición artificial de nuestra vida actual bastan pocos rasgos. Pocos rasgos que es fácil advertir y que yo quisiera grabar en la mente de todos los venezolanos. El primero es que nuestra capacidad productiva propia, que es la única riqueza estable sobre la que se puede fundar una nación sólida y verdadera, no ha aumentado sensiblemente desde la época en que no teníamos petróleo. El segundo es que la riqueza petrolera y la política financiera del gobierno combinados han creado en Venezuela un fenómeno peculiar que se refleja en el siguiente hecho: inflación interior con altos precios y bajo poder adquisitivo de la moneda, y abundancia de divisas baratas con alto poder adquisitivo exterior. Es decir un plano inclinado que lleva a no producir nada y a comprar en el exterior con petróleo todo lo que necesitamos para mantener un nivel de vida artificial. El tercero de los hechos es que el petróleo no es una riqueza permanente y reproductiva, sino un capital que estamos consumiendo sin reproducir. Una riqueza transitoria. Un bienestar prestado y fugitivo. Amenazado no sólo por la segura posibilidad de una extinción en un futuro, sino también por la probable ocurrencia de que nuestros crecientes costos hagan antieconómica la producción del petróleo, como ya han hecho antieconómica la producción de los demás bienes; o de que se lleve a cabo el ya anunciado plan de producir petróleo sintético del carbón en gran escala en los Estados Unidos, o por último, de que se comience a utilizar con fines industriales la energía atómica, lo que las mayores autoridades científicas creen posible en un lapso no mayor de veinticinco años.

El hecho final, que quiero destacar y que los resume a todos, es que el petróleo sustenta hoy la casi totalidad de la vida venezolana. Ha enterrado bajo apariencias de riqueza la Venezuela verdadera. Y

dependemos de él de la manera más absoluta y trágica. Un solo hecho servirá para pintar la magnitud de esta dependencia. En el sentido más material de la palabra vivimos de la importación. Importamos casi todo lo que necesitamos para vivir. Si la importación se detuviese no tendríamos ni con qué vestirnos, ni con qué comer, ni con qué transportarnos, ni con qué curarnos. Pues bien, el año de 1947 Venezuela gastó 464 millones de dólares para pagar principalmente importaciones. Esos 464 millones de dólares procedían de 442 millones de dólares aportados al mercado por las compañías petroleras y 22 millones producidos por la exportación propia y todas las demás actividades económicas venezolanas. Nuestra vida se financió en 1947 en un noventicinco por ciento con transitoria riqueza petrolera, y en un cinco por ciento con la exigua riqueza permanente de la verdadera Venezuela.

Podríamos decir, sobre la base de 1947, que en una proporción del noventicinco por ciento éramos una nación artificial, un país que vive de una regalía. Y esta verdad sería lo suficientemente dantesca para conmover a los más alegres participantes de ese festín de Baltasar que pagado con petróleo está tendido a todo lo largo de Venezuela.

Pero es que la realidad es todavía peor. No sólo somos en un noventicinco por ciento de nuestra actividad una nación fingida. También ese restante cinco por ciento de la verdadera Venezuela, de la pobre Venezuela, está desnaturalizado. No es una nación artificial que se ha superpuesto a una nación real, es una actividad transitoria absorbente que ha hecho artificial al existencia toda de la nación.

Basta pasar revista a los hechos más salientes para comprenderlo.

Toda nuestra agricultura es hoy artificial. Las caraotas y el maíz son tan artificiales como los aviones de la Línea Aeropostal. Son artificiales porque sus costos son artificiales. No están determinados por los costos mundiales. Suben por el capricho de quienes controlan el dispendio de la riqueza petrolera convertida en bolívares. No puede ser maíz lo que se vende a cuarenta bolívares. Nadie en el mundo compra maíz a ese precio. Es un producto artificial hecho para un mercado artificial, sostenido, como la bola de un prestidigitador, sobre un chorro de petróleo.

La industria es también artificial. Nuestros costos crecientes sobrepasan como torres los costos mundiales. Son industrias artificiales, que a precios artificiales que nada tienen que ver con el mecanismo de la economía mundial, venden para un mercado artificial cuyo po-

der adquisitivo no se deriva de su capacidad propia de trabajo y producción sino del dinero petrolero que pone en manos de los consumidores un Estado pródigo.

La población es también tan artificial como su poder adquisitivo. En artificiales actividades de importación o de servicios crece una población que está en desequilibrio creciente con la capacidad efectiva de producción y de sustentación de la tierra venezolana.

El Estado es también artificial. Toda esa densa y costosa burocracia, todos esos múltiples y aparatosos servicios, no dependen ni de una riqueza fiscal sólida ni de necesidades efectivas de la nación. La verdadera capacidad de producir riquezas de la nación no da para mucho más de un presupuesto de gastos como el que teníamos en 1906. Un presupuesto a lo sumo de ciento cincuenta millones de bolívares. Lo que gastamos hoy en cualquier Ministerio. Esos dos mil millones de bolívares que el Estado despilfarra hoy son artificiales. Es un chorro transitorio de bolívares que pasa sin detenerse, como un inmenso chorro de petróleo que estuviese abierto sobre el territorio venezolano corriendo torrentosamente hacia el mar.

Somos cada día más una nación fingida. Nada de lo que tenemos tiene existencia y asiento real.

Esta es la gran cuestión, la única cuestión, la cuestión de vida o muerte que el destino ha planteado a los venezolanos de hoy. Hacer con el petróleo una nación real.

No disputar de bizantinismos, no embriagarnos de palabras vacías entre las bambalinas y los telones de esta nación fingida que estamos levantando.

Junto a esto, qué mezquino, qué pequeño, qué trágicamente descaminado, resulta el pintoresco debate político en que los hombres de la hora tienen engolfado al país.

Cuando la hora sería del despertar, del destruir mentiras, de la unidad de acción y de una bolivariana salvación de la nación.

Los nombres de Venezuela

Venezuela pudo llamarse Tierra de Gracia. Así la nombró Colón, Almirante del Mar Océano. Y sus pobladores hubiéramos sido graciteños. O hubieran sido los graciteños. Unas gentes seguramente distintas de lo que hemos sido los venezolanos, porque el nombre no es cosa postiza y artificial, sino que tiene que ver con el ser del objeto y con su destino.

Pero no debimos llamarnos así. Había fuerzas históricas que trabajaban en otro sentido.

Hubo también la oportunidad de que nos llamáramos Paria. Era un buen nombre indígena con una fonética clara fácilmente adaptable a las principales lenguas occidentales. Paria era todo el desconocido territorio que se abría desde la costa de los esclavos y de la sal para los sedientos y codiciosos pobladores de la Cubagua de las perlas.

Paria sale también en la carta de Colón a los reyes. Sin duda fue por un tiempo el nombre más conocido de la costa. Pero tampoco dura.

No lo conservan Ojeda y Vespucci que la recorren toda hasta el Lago de Maracaibo. Ellos van anotando incidentes y apuntando nombres locales. En una de sus cartas Vespucci describe someramente la

costa. Casi no la designa con nombres. Se detiene más en hablar de la isla de los Gigantes, que es la actual Curazao, y en narrar un incidente que le pasó cerca de la costa de Paria. Abordaron una canoa donde unos indios llevaban atados a otros prisioneros. Los prisioneros eran tiernos jóvenes que sangraban de las heridas de una fresca castración. Vespucci los vio con espanto. Los que los llevaban eran los temibles caribes, los feroces caníbales, los «cambali», como decía él, en su pintoresco italiano.

Es en rigor el único nombre colectivo que Vespucci menciona en relación con el país cuya costa recorre. Pudo haber pasado a la geografía del Renacimiento. En cambio para nada se refiere a aquella aldea de chozas sobre estacas que vieron en el Lago de Maracaibo y a la que nombraron Venezuela. Para Vespucci no pasó probablemente de ser una humorada olvidada.

Tierra Firme y Costa Firme son nombres que van a durar más. En rigor duran hasta el siglo XIX. Depons, que vive largo tiempo en Caracas, la nombra todavía de esta manera en su famoso libro.

Había ciertamente los nombres de las provincias. Nombres que fueron apareciendo y cambiando a lo largo de la historia colonial. La Nueva Andalucía, Coro, la provincia de Caracas.

Pero el nombre que se va extendiendo no es otro que el de Venezuela. Sale de aquel grupo de chozas en la ribera del lago y va cubriendo ciudades, regiones, provincias, hasta abarcar y hacer toda la unidad de un país.

Ya Aguado, el viejo historiador de fines del siglo XVI, nos dice con sorpresa cómo este nombre aparentemente absurdo e insignificante se ha ido imponiendo sobre todos los otros.

Es un nombre que pierde pronto su desdeñoso sentido de comparación. Que adquiere una resonancia propia y distinta. Que no sólo en realidad llega a independizarse de su origen, sino además a identificarse por entero con una cosa nueva.

Quienes en tiempos de Felipe II dicen la palabra Venezuela ya no evocan a la histórica ciudad del Adriático. No les trae el recuerdo de canales y palacios de mármol, sino una visión salvaje de sierras, llanuras y grandes ríos. Se han soldado sus sílabas dentro de un sonido nuevo y en una nueva significación.

Es bajo ese nombre que el país toma forma, y se constituye. Bajo ese nombre formado por sí solo, hijo del destino, y no bajo ninguno de los otros que le han querido ser impuestos.

Venezuela se va a llamar toda la región del lago y toda la zona de Coro. Venezuela se va a llamar la cordillera y la extensa provincia de Caracas y la oriental Nueva Andalucía. Y así también habrá de llamarse la remota y misteriosa Guayana.

El asiento primitivo se pierde pronto. Se borra sin vitalidad. No logra durar ni sobrevivir. Como para que el nombre pueda volar más libremente, sin ninguna atadura local y cubrir todo el vasto territorio que le está destinado.

Lo curioso no es sólo esa como predestinación, sino la identificación y asimilación profunda que llega a establecerse entre aquel nombre y aquel país que se va a hacer bajo él.

Otros nombres de otras tierras americanas cambian. Cambian durante el período colonial o si no en la hora de novedades de la Independencia. La Presidencia de Quito se llamará Ecuador. El Alto Perú se llamará Bolivia.

Los venezolanos no fueron de los menos afanados en crear nombres. Fueron en rigor de los primeros.

Miranda inventa el nombre de Colombia para la gran organización política del mundo hispanoamericano que proyecta. Una denominación nueva y llena de intenciones de rectificación para una gran novedad política. Pero él no verá ese nombre sino en el papel.

Bolívar lo recoge más tarde, e incorpora a Venezuela bajo ese nombre que abarcaba desde el Orinoco hasta el Guayas. Su intención es que el nombre absorba y cubra la antigua Presidencia de Quito, la Nueva Granada y Venezuela. Acaso un día, piensa, a medida que se solidifique su obra, no habrá más quiteños, neogranadinos y venezolanos, sino colombianos. Los ciudadanos de un vasto país extenso, variado y poderoso que ocupará la más ventajosa y rica posición de la América del Sur.

Pero no sucede así. El nuevo organismo político no resiste los embates del localismo y de los intereses regionales. Las cosas regresan a lo que eran. Vuelven a ser tres países independientes.

Pero, sin embargo, de los tres el único que va a conservar su nombre es Venezuela. Serán cambiados el de Quito y el de Nueva Granada. Pero Venezuela se seguirá llamando Venezuela. Con el mismo extraño e inexplicable nombre que le empezó a crecer desde el día en que brotó por azar, sin escribano ni acta, en un olvidado rincón de las riberas del Lago de Maracaibo.

EL MAL DE LA VIVEZA

I

DE NUESTRA viva herencia española y de nuestro tormentoso siglo y medio de república nos viene la viveza. Un rasgo, no sé si finalmente positivo o negativo, pero engendrador de males, que ha sido muy activo y decisivo en nuestra vida de individuos y de colectividad.

Entre los más ilustres abuelos de nuestro «vivo» está el pícaro español.

Cuando el pícaro aparece, por lo menos visiblemente en la literatura castellana del siglo XVI, la vida pública de España parece dominada por los ideales religiosos y caballerescos. Amadís, el padre de todos los caballeros, es el hombre de una sola palabra, de un solo amor, de una constante disposición de batallar y morir en defensa de lo que cree. Los ideales caballerescos se habían comunicado al pueblo, primero por la vía de los cantares de gesta, y luego por la de los romances. El poema del Cid es un breviario de lealtad. Y los romances de Fernán González, de Bernardo del Carpio, de los héroes del ciclo bretón servían para predicar a las gentes menos letradas los rígidos principios de la entereza moral y de la vida heroica.

Frente a esos ideales acatados y exaltados, que para la gente de la época se personificaban en multitud de grandes figuras llenas del prestigio de esas virtudes, tales como el propio Emperador Carlos, o el Cardenal Cisneros, o Cortés, o Francisco Javier, aparecen los antihéroes del mundo de la picaresca. Lázaro de Tormes, Guzmán de Alfarache, Pablo de Segovia, Rinconete. Y los millares de Lázaros, Guzmanes y Pablos que no entraron en la literatura pero que pulularon por los portales de las plazas y las puertas de los poderosos, al olor de la riqueza y de la aventura.

El pícaro no tiene padres, no tiene oficio, no tiene amparo. Es el mozo de muchos amos, que no dura con ninguno. No tiene para defenderse, sino la astucia y el engaño. Su vida es trabajosa y pintoresca. Su visión de los hombres es pesimista y cínica. Malvive de la explotación de los vicios y de las debilidades ajenas. Su filosofía de la vida se reduce a una filosofía de la suerte. La ventura es todo cuanto distingue a los hombres. La ventura y la aventura. La fortuna es su esquiva diosa. Y su divisa podría ser: «A Dios y aventura». Pero con todo esto está dispuesto a abandonar su vida y asentarse tan pronto como la fortuna le brinda la ocasión. Tan pronto como puede casarse con una moza de buenas relaciones como Lázaro, o llegar a perrero de la Catedral del Cuzco como el criollo Concolorcorvo.

En la vida española del siglo XVI, que fue la que fundamentalmente se transplantó a América, había muchos pícaros pero había también muchos caballeros. Precisamene, el encuentro de Lázaro con el escudero de la casa vacía de Toledo, es el dramático y conmovedor encuentro de esos dos mundos que convivían en estrecho contacto. El escudero estaba dispüesto a morir de hambre para no traicionar sus ideales, y Lázaro estaba dispuesto a engañar a todo el mundo para no morir de hambre.

El pícaro del XVI estaba en lo general limitado a una clase social y a una condición económica. Al cambiar de condición cambiaba de ideas y de procedimientos. Su manera de pensar no era el producto de una convicción, sino de unas circunstancias.

Allí aparece una de las diferencias fundamentales de aquel pícaro, no pocas veces gracioso y florido, con nuestro «vivo», que no es su nieto sino en parte.

La viveza no está limitada a una clase social o a una condición eco-

nómica. La viveza es la falta de fe o la mala fe, que puede perdurar a todo lo largo de las alternativas favorables y adversas de una vida. Es la práctica del engaño y de la defensa contra el engaño como sistema de la vida social.

Hay un compendio popular e infantil del vivo que está personificado en Tío Conejo, el héroe de tantas inagotables consejas. Tío Conejo no es originariamente un personaje venezolano. Existe en el folklore de otros países. En Colombia, en Puerto Rico, en algunas regiones de Centro América. Pero ha llegado a identificarse de tal modo con el espíritu popular venezolano, que ha llegado a convertirse en la principal institución pedagógica de la viveza. Tío Conejo, que carece de fuerza, logra vivir y prosperar entre feroces animales gracias al engaño. La suya es la pequeña epopeya popular de la viveza.

En una curiosa descripción de la vida caraqueña escrita a mediados del siglo pasado por Pedro Núñez de Cáceres, muy cargada de negras tintas y de exagerado tono negativo, este sagaz observador estudia el fenómeno de lo que él llama la mala fe. La tendencia generalizada al engaño. Encuentra en el lenguaje la curiosa repercusión del fenómeno. «En Venezuela, dice, se usan cerca de doscientos modos y voces, muchas de éstas, hermosas y poéticas, para expresar el fraude y el dolo, y pintar hasta las últimas gradaciones de la astucia». Y hace un pintoreso catálogo de esas voces y locuciones. Para decir engañar: «Me tiró, me llevó en las uñas, me llevó en las navajas, me dejó con los ojos claros y sin vista, me largó frío, me meció, me bailó, me amoló, me despellejó, me trabajó, me mamó, me chupó, me prensó, me pinchó, me desolló, me exprimió, etc.». Para decir que alguno falta a su palabra, enumera, entre otros, los siguientes: «Fulano es muy ducho: lo entiende; lo entiesta, cotisea, me costó ponerme en él; se puso en la cuerda; es lidioso; lidiosito, es trabajoso, muy trabajoso, algo trabajoso, trabajosito, etc.».

Leyendo ese catálogo de voces se siente como el eco vivo, como el rumor confuso del mal de la viveza en la vida venezolana. Es como el jadeo angustioso de quienes pugnan sin tregua por sobrevivir, por no ser engañados, por engañar, en una mutua y constante asechanza.

Ese trabajoso, ese avispado, ese lanza, ese tigre, esa águila, cuyos mismos nombres más que a la vida social y civilizada pertenecen a lo selvático y a lo más primario del instinto, son a la vez las víctimas y los agentes de un morbo deformador. De un morbo que destruye

las bases mismas que hacen posible que la sociedad subsista y prospere.

En el empeño de hacer una nación conforme a ciertos ideales aceptados y seguros, así como hay que curar a los palúdicos de su paludismo, a los hambrientos de su hambre y a los ignorantes de su ignorancia, habría que ponerse con todo esfuerzo a curar a los vivos del mal de la viveza.

II

El mal de la viveza debió extenderse y fijarse en las propicias condiciones de pobreza e inestabilidad de nuestro siglo XIX. En la guerra civil endémica y la constante mudanza de situaciones.

Ya desde el siglo XVII se habían señalado los venezolanos por un rasgo que las gentes de la época llamaban «viveza de ingenio». Oviedo y Baños, en su encendido elogio de Caracas, dice: «sus criollos son de agudos y prontos ingenios, corteses, afables y políticos». Casi un siglo más tarde, Humboldt notaba parecidas características. En la apacible y grandiosa vista que se dominaba desde la posada del camino de recuas de La Guaira, le produjo asombro oír a gentes de muy variada condición discutir de los más arduos temas políticos. Dauxion Lavaysse, que vino poco tiempo después de Humboldt, dice de los criollos: «Reina sin embargo, en las relaciones de ellos entre sí un espíritu de desconfianza, de celo y de etiqueta, que destierra de su sociedad la cordialidad. Sólo se les oye hablar de procesos, de modo que estas colonias hormiguean de procuradores y abogados, siendo las de éstos casi la sola carrera abierta a la ambición de la juventud criolla, que muestra una exagerada aptitud para la sutileza de la chicana».

Ese «ingenio pronto y agudo» y esa «sutileza de la chicana» tenían pocas ocasiones de emplearse útilmente. El régimen colonial era estable, pero cerrado. Las oportunidades de ascenso eran tan pocas como las de instrucción. También había pobresa. Depons se puso a hacer el cómputo de los mendigos que acudían a la limosna del Arzobispo. Calculó mil doscientos mendigos para una población de poco más de treinta mil habitantes.

Tantos mendigos, tanta agudeza, tanta chicana, tan escasas ocasiones de prosperar debieron constituir un clima ideal para el florecimiento de la viveza.

Luego viene el siglo XIX con su inestabilidad. La guerra y el azar parecen dominar todas las vidas. Un día entraban las tropas del Gobierno y al otro entraban las de la revolución. Había que esforzarse en estar bien con todos. En engañar a todos. En avisparse.

Había que vivir a la defensiva de todas las asechanzas y en disposición de sacar el mayor provecho de la más pequeña ocasión favorable.

En 1864, al término de la guerra larga y en tratos relacionados con el empréstito de la Federación, vino como comisionado de los banqueros ingleses el señor Edward Eatswck, quien había tenido funciones diplomáticas en Persia. A su regreso a Londes escribió para un periódico de Dickens algunas escenas de la vida venezolana que más tarde recogió en un volumen. La Venezuela que allí aparece está caracterizada por el atraso, la pobreza y la ignorancia. Y también por la dolorosa viveza. Al inglés le parece muy caro todo lo que compra, y Juan, el criado que le sirve, le explica que la gente le cobra más caro de lo acostumbrado porque lo consideran rico. Consideran que debe quedarle mucho dinero a un hombre que maneja un empréstito y quieren sacar su tajada de la oportunidad que se le presenta. Y a guisa de conclusión le dice que no vale la pena ser honesto en tal país y menos aún en asuntos que se relacionan con el Gobierno. Le suelta un proverbio que el inglés transcribe en español: «La mejor hacienda es el gobierno mal administrado». Un proverbio que sin duda debe estar entre los más importantes del triste decálogo de la viveza.

Este vivir del disimulo y del asalto a la ocasión era lo que quedaba a los más entre el vaivén de los sucesos políticos y la falta de oficios y de actividades remuneradoras. Los más eran gentes que no tenían oficio y que se veían obligados a cambiar de ocupación con tanta frecuencia como Lázato de amos. Bastaría con seguir las peripecias de la vida real de muchas personas y sus infinitos cambios de estado. Un día eran agricultores, al otro guerrilleros, al otro omnipotentes autoridades, al otro saltimbanquis o toreros.

El día de la bonanza montaban casa y compraban coches, el día de las malas se iban a hacer guardia a la puerta del todopoderoso de turno o a pasar las horas inertes elucubrando engaños.

No habían tenido tiempo ni ocasión de aprender un oficio y aquellos que mal ejercitaban por pura necesidad los consideraban como un venir a menos. A la hora de preguntarle para qué servían contestaban jactanciosamente que para todo. Eran «toeros», como ellos mismos decían.

Ese «toero» no puede ser sino el discípulo de la viveza. El que se pasa la vida infructuosamente y en su daño en constante ejercicio de avisparse.

El no saber trabajar y el no poder trabajar por obra de las circunstancias sociales los hacía esforzarse en buscar aquella fama de trabajosos que podía abrirles las puertas de alguna fugaz ocasión de provecho.

Con más estabilidad, más enseñanza de oficios y más oportunidades de trabajo hubiera habido menos vivos y la vida nacional hubiera sido más sana y más segura. Hubiera tenido menos de forcejeo y de pugna estéril y más de armonioso trabajo repartido.

Prolifera la viveza donde hay inseguridad, donde el mañana no es seguro y hay que vivir de la ocasión. Y para practicarla y vivir de ella se necesitan superiores condiciones de inteligencia, comprensión y diligencia. Esas mismas condiciones de viveza de ingenio y de ánimo despierto que tan reiteradamente han sido señaladas y elogiadas en el venezolano común y que hubieran podido ser, en circunstancias diferentes, la más activa fuerza de progreso.

Que seguirán siendo fuente de energía potencial y agencia de progreso en la medida en que las circunstancias reales hagan inactual la filosofía de Tío Conejo. Y pongan la seguridad del buen servir donde sólo llegaba la astucia.

Muy hondo ha corroído en el alma nacional el mal de la viveza. Ha torcido inteligencias, ha desnaturalizado energías, ha corrompido y viciado hombres que hubieran podido ser útiles y buenos.

El azar y la inseguridad le han servido de activo estímulo. Las lecciones de la experiencia se han unido a los mitos populares para crear el peligroso concepto de que los hombres se dividen en dos grandes clases: la de los vivos y la de los tontos. Todos los que aspiran a la viveza y la veneran comienzan por considerar como tontos a los que trabajan y se esmeran por trabajar mejor, a los que respetan principios, a los que cumplen palabras dadas, a los que proclaman o sostienen verdades que no favorecen sus intereses.

El vivo se condena a vivir sin sosiego en una feria de engaños que no le da tregua. A vivir sin descanso en su trabajo y en su lidia, la lidia del lidioso y el trabajo del trabajoso, no sólo para engañar, sino para no ser engañado. Aquel «comer avispa» con que le enseñaron de niño a poner la astucia donde debía estar la moral, se le convierte en un veneno que lo condena a vivir en una angustiosa defensiva,

a no confiar en nadie, a subsistir como zorro o como gavilán y no como hombre, con el angustiado ojo insomne del animal de presa que a la vez acecha y teme ser acechado.

La vida individual ha sido difícil y azarienta y la vida colectiva inestable en gran parte porque las que debieron ser las bases de la una y de la otra han estado corroídas por la viveza. Y ese mismo azar e inestabilidad han servido para propiciarla.

Junto con el rumor informe de pugna de insectos oscuros e innumerables de los que se debaten por engañar y no ser engañados y cuyo eco vivo está en el lenguaje, en el refranero, en la existencia de centenares de modismos, en las pedagógicas aventuras de Tío Conejo o de Juan Bobo, en la leyenda poco dorada de muchos personajes históricos en quienes la imaginación popular ha encarnado los más pintorescos atributos de la duplicidad y la bellaquería, también resuenan de manera continua altas voces de alarma.

Pasados los diez primeros años de guerras, cambios y conmociones, Bolívar advertía el amenazante crecimiento del mal. En el Discurso de Angostura hace un patético llamado a las virtudes sin las cuales no hay república ni orden social justo. El ha visto cundir el disociador espíritu de intriga y ha visto la moral en derrota. El pueblo necesita del poder y del saber. Pero también de la virtud. Bolívar clama por «hombres de luces y honrados».

Es entonces cuando concibe, ante la magnitud del daño, la desesperada idea de crear dentro del Estado el mecanismo de un Poder Moral. «Demos a nuestra República una cuarta potestad cuyo dominio sea la infancia y el corazón de los hombres, el espíritu público, las buenas costumbres y la moral republicana». No sólo hay necesidad de combatir la ignorancia, sino de afianzar la moral. Es lo que significa su frase tan simple y tan incomprendida: «Moral y luces son nuestras primeras necesidades».

Lo que pensaba Bolívar era que con «hombres virtuosos» todo lo demás nos sería dado por añadidura y se lanzaba a la desesperada tentativa de crearlos por medio de instituciones.

Los mejores hombres de su tiempo tuvieron noción precisa del mal moral que afectaba al país. El llamado a las virtudes es un treno de angustia que se repite con dolorosa insistencia a lo largo de nuestra historia.

Denuncian el mal y algunos proponen soluciones, que no son sólo la de la creación del Poder Moral que aconsejaba Bolívar. Simón

Rodríguez, por ejemplo, concibe un remedio más radical y violento. El de cortar, como de un tajo, el río de la historia que nos trae los vicios del pasado. Rodríguez quiere aislar en la escuela una generación americana de toda contaminación con el pasado. Hacer de ellos como una raza nueva hija tan sólo de la virtud, la ciencia y el trabajo. Era su manera heroica y dramática de reformar las costumbres.

Toro, González, Acosta abundan también en la condenación del daño moral. Acosta mira también con amargura el agotamiento de las virtudes en una sociedad donde todo es «saltuario, efímero y accidental». El país que le rodea parece desintegrarse. El vicio, la molicie, el engaño asoman sus deformes faces. La mentira se extiende. «Mentir en los comicios, en las cartas familiares y en la prensa por costumbre de mentir». Acosta es de los que piensan, ante aquel panorama, que es «el progreso moral el más importante de todos». Y piensa que la educación y su sistema racional de estudios son el instrumento más adecuado para remediar aquel estado de cosas.

Aquella prédica venía en hora inoportuna y no había de surtir efecto. El mismo Acosta con su pobreza y su soledad, debía de constituir un calificado ejemplo de tontería, para todos aquellos «vivos» que con menos letras y complicaciones intelectuales habían logrado llegar donde él no llegaría nunca. Aquel sistema racional de estudios que él describía con tan pasmosa claridad se quedaría en el papel, sin ensayo de aplicación práctica, mientras en la calle y en la vida diaria se multiplicaban los espontáneos pupilos de la pedagogía de la viveza. Los enfermos del mal que crecía.

Andrés Bello, que quiere vislumbrar para su pueblo un porvenir risueño desde su propio destierro de Londres, lo invita a vivir en la virgiliana fuente de virtudes de la vida campesina. Ir a labrar en paz la heredad maravillosa de la tierra que le deparó la historia.

«Oh, jóvenes naciones...
...honrad el campo, honrad la simple vida
del labrador, y su frugal llaneza».

Dice con voz paternal y llena, para añadir el anuncio maravilloso de la promesa cumplida:

«Así tendrán en voz perpetuamente
la libertad morada,
y freno la ambición, y la ley templo».

Son las altas voces que claman por el bien, alzadas y transidas. Frente al rumor de la malicia turbia, de la palabra de engaño, del rodar del dado emplomado del tahúr, del susurro de la mentira, de las señas furtivas del dolo, del zumbido de malestar de fiebre de la viveza, más dañados y enfermos que los de ningún otro mal, porque hasta que por milagro curen no podrán saber que estaban enfermos de dolencia mortal.

La prédica del país ideal

A todo lo largo de la historia de Venezuela hay como una voz que se alza continua y patética para advertir los riesgos de los tiempos y la necesidad de rectificar el rumbo del país. No es una sola voz, pero sí es, en lo esencial, una sola prédica que pasa de boca en boca descendiendo por los sucesivos escalones de las generaciones.

Ese llamado al orden, cuyos temas han variado, en verdad, muy poco en cuatro siglos, lo han mantenido y recogido precisamente aquellos hombres que, en su proceso histórico, el país reconoce como las más lúcidas y válidas inteligencias que lo han alumbrado.

La insistente actitud de inconformismo de esos hombres frente a lo que, en cada momento, ha sido la realidad nacional, permitía señalar la existencia de una especie de incompatibilidad entre el pensamiento venezolano y el hecho venezolano.

El pensamiento ha concebido un destino para el país que siempre ha tendido a apartarse en mayor o menor grado de lo que las circunstancias han producido. Ese destino que ha brillado siempre como una nota cambiante ante los ojos de la parte más culta de la población, ha creado un sentimiento de frustración o de infelicidad frente a la

de los hechos reales de nuestra historia. Se ha formado la impresión de no haber sido felices en la experiencia.

Esa palabra de «felicidad», precisamente, es la que invoca el Padre Aguado en el libro más antiguo consagrado a Venezuela y que es, también, el primero que plantea el problema de la conducta del hombre en territorio venezolano. No está conforme Aguado con lo que ha ocurrido en aquel primer siglo de conquista y colonización. Quiere decirnos que las cosas hubieran podido pasar de mejor manera, sin tantas muertes, sin tantas hambres, sin tanto inútil devanar caminos que a ninguna parte llevaban, sin tanto espejismo de El Dorado. Contempla en conjunto el pasado de aquella remota y miserable Gobernación y nos advierte con descorazonada sequedad que «el suceso de ella nunca ha sido muy feliz». Es decir, que, para el primero que habla en el comienzo mismo de la existencia nacional, las cosas no han sucedido como hubiera sido de desearse.

Tal vez algún aficionado a análisis psicológicos podría detenerse a considerar que hay en Aguado una desviación ocasionada por la conciencia cristiana del pecado que reacciona ante los crímenes de la Conquista. Algo de ello hay sin duda, pero, además, en el llano narrar del buen fraile hay también una fría actitud de positivo pesimismo. Observa la pobreza y señala que si no fuera por las personas no habría con qué pagar el salario del Obispo ni el del Gobernador.

Aguado siente congoja ante lo sucedido y mira como sin promesas el porvenir. Pero su voz, que es la primera que se alza, no entra todavía a señalar específicamente los males y a apuntar remedios.

Siglo y medio más tarde, Oviedo y Baños, a quien por muchos títulos podría considerarse como el fundador de la literatura venezolana, con sosiego de hombre culto, rico y bien hallado con la vida escribe su armoniosa y afinada *Historia de la Provincia de Venezuela*. Oviedo escribe la loa de los campos, los animales y las gentes. Parece decirnos que hay todo lo necesario para la abundancia y la felicidad y su prosa sube a un tono de emoción poética en la descripción de las bellezas y bondades del país. No es fácil hallar en este escritor ningún eco del pesimismo de Aguado. Y, sin embargo, en medio de tantas bellezas que describe enamorado, se alza, como a su pesar, la nunca perdida voz admonitoria. Oviedo señala específicamente un mal. Todo es bueno en la Provincia, pero «si a su fertilidad acompañara la aplicación de sus moradores, y supieran aprovecharse de las

conveniencias que ofrece, fuera la más abastecida y rica que tuviera la América».

Ese es el acorde sombrío que rompe la graciosa égloga de Oviedo. Falta «aplicación», es decir, falta la aptitud para sacar el suficiente provecho de las ventajas naturales. Nos dice, en otras palabras, que las gentes de Venezuela no han sabido aprovecharse del país que tienen.

Esa falta de aplicación que el historiador señala, como a su pesar, es la forma que aquella voz, pertinaz y casi interna, reviste cuando se inicia el siglo crítico por excelencia. Al impulso del racionalismo que viene de Europa en muchas formas la voz va a multiplicarse hasta hacer un coro. La recogerán para repetirla los hombres de las tertulias filosóficas y de las gacetas afrancesadas. Su tono más patético y violento lo revestirá en el famoso informe de Miguel José Sanz sobre la instrucción colonial.

Sanz repudia y condena todo el sistema de la enseñanza existente. Con lo que se aprende en las pocas escuelas y en la Universidad del país no camina a otro fin que su propia ruina. De esa enseñanza no pueden salir hombres útiles. Esa instrucción inadecuada produce la falta de «aplicación» que deja los campos yermos y las fuerzas humanas improductivas. Habría que hacer las cosas de un modo enteramente distinto.

La falta de laboriosidad que viera Oviedo, se amplía en Sanz con el señalamiento de la enseñanza inadecuada. Por la boca de ambos la vieja voz admonitoria dice, en síntesis, que hay falta de diligencia y de conocimientos. Es decir, se afirma, con aspectos precisos la antigua impresión del suceder poco feliz del país. Pero ya no para lamentarlo o para presentarlo como el efecto de un hado adverso, sino para despertar conciencias, acicatear voluntades y pedir remedios.

Es entonces cuando, en realidad, empieza a haber una prédica. Una especie de tácita, inorgánica, y espontánea orden de predicadores. El nombre no es un mero capricho. Santo Domingo de Guzmán levantó su orden de predicadores para restaurar la verdad religiosa en el alma de los más, frente a la amenaza del cisma de los albigenses. Un afán, que no es enteramente distinto, mueve esa otra orden de predicadores del bien de una Venezuela salvada. Frente al país que los hechos les ofrecen esos hombres sucesivos, movidos por un sentimiento de bien público, se dieron a recoger y transmitir el mensaje que les parecía de salvación. A partir del fin del siglo XVIII los temas del mensaje llegan a adquirir la simpleza enumerativa de un acto de

fe. El «necesitamos aplicación» de Oviedo crece en el eco de las sucesivas generaciones que lo repiten; y el «necesitamos conocimientos» de Sanz se oirá como un rumor de oración repetida por fieles de inagotable esperanza.

En la orden de predicadores de la verdad y necesidad de una Venezuela distinta están los pensadores de la Independencia. Los hombres como Bolívar, como Bello, como García de Sena, como Roscio, como Simón Rodríguez. Los más coincidían en el concepto de que el país necesitaba una transformación.

Era como si las grandes verdades del progreso humano hubieran nacido y crecido en otras tierras, mientras el imperio español permanecía voluntariamente sumido en las más espesas tinieblas del atraso. Todas las instituciones que habían recibido del pasado, en mayor o menor grado, estaban en pugna con los admirables postulados de la filosofía de la razón. El ejemplo sublime de lo que había que hacer estaba en las instituciones proclamadas por la Francia de la Revolución. Su decálogo revelado era la enumeración de los derechos del hombre.

El ejemplo de los Estados Unidos los atraía también con un poder incontenible. Los ideales de Paine, de Washington y de Jefferson realizados en la existencia de un pueblo laborioso, sencillo e igualitario, constituían un contraste demoledor con los arcaicos valores de la jerarquizada sociedad criolla. En 1811, García de Sena, en el prefacio de su *Historia concisa de los Estados Unidos*, dice claramente: «Mi principal objeto en la publicación de la Historia de estos Estados ha sido hacer más generales entre nosotros unas nociones que en el antiguo sistema de Gobierno nos eran prohibidas hasta con la última pena. Ella me ha parecido contener avisos muy importantes a la América Española en sus presentes circunstancias...» Esas nociones las hace más claras García de Sena en los capítulos finales de su libro de propaganda, cuando explica sucintamente las instituciones del nuevo país. Destaca, precisamente, lo que no había podido existir en la Venezuela colonial: la libertad de cultos y de conciencia; la libertad individual reconocida desde la dominación inglesa («la libertad y un gobierno eficiente están combinados justamente de una manera muy superior a lo que se ha visto hasta ahora en el mundo»); la instrucción popular por medio de escuelas públicas, colegios y universidades; la libertad de comercio y de industria y la construcción de obras de utilidad general.

«Eso es lo que no hemos sido y eso es lo que tendríamos que ser si queremos alcanzar un grado superior de civilización», parece ser el «leit motiv» de la prédica de estos hombres de 1811. La evolución que la historia ha deparado al país les parece infortunada. Se sienten movidos por la necesidad perentoria de innovar.

El infortunado ensayo de la primera República introdujo algunas modificaciones en la manera de concebir el progreso del país. La expresión más autorizada y profunda de esta rectificación está en dos grandes documentos bolivarianos: el Manifiesto de Cartagena y el Discurso de Angostura. «No debemos contentarnos con lo que somos, estamos lejos de ser felices y civilizados, pero tampoco podemos progresar haciendo caso omiso y dejando en el olvido lo que hasta ahora hemos sido» es en lo fundamental la expresión de la nueva actitud.

Este nuevo concepto que arranca de Bolívar es también el que se manifiesta en Bello. En sus poemas cívicos y didácticos y en algunas páginas de historia, asoma el deseo de alcanzar la libertad y la armonía, pero sin romper violentamente con el pasado.

En Bolívar y en Bello hay como una tentativa de acercar el país ideal, el inalcanzable país de los «ideólogos», al país real lleno de abominables taras del pasado. La condición del progreso les parece estar en una suerte de compromiso o transacción entre la Venezuela heredada de la realidad histórica y la Venezuela proyectada por el ansia de perfección material y moral de los hombres.

El número y tamaño de las modificaciones y reformas que hay que operar en el país real para acercarlo al país ideal varía según los hombres y los tiempos. Para Simón Rodríguez hay que cambiar la educación y el sistema de propiedad y de trabajo. Para otros basta con la libertad, con que los hombres puedan expresar libremente sus intereses y sus aspiraciones. La imprenta, la máquina de vapor y la difusión de la instrucción harán el milagro de transformar el país. Del lado de los que invocan las transformaciones económicas y materiales, como parte imprescindible del proceso, están Fermín Toro y Cecilio Acosta. Dos de las más grandes voces que se alzan para la prédica de la Venezuela ideal.

Los caminos difieren, pero la concepción del país ideal se mantien casi inalterada. Una tierra prometida donde haya paz, riqueza, justicia, igualdad, libertad, progreso material, altura intelectual. Que es lo que la palabra «civilización» significa en boca de Toro y de Acosta.

Esta concepción surge, como contraste necesario, de todos los aspectos negativos que el país real les ofrece. Anarquía, dictadura, pobreza, ignorancia, desigualdad.

No ha sido feliz la historia. Las culpas caen sobre España y su sistema colonial. No se hizo lo que debió hacerse, no se supo aprovechar lo que se tenía. Es decir, en otras palabras, el suceso no ha sido feliz y ha faltado aplicación. Son las mismas viejas palabras de Aguado y de Oviedo. Las de la primera y más espontánea inconformidad.

Con los ojos puestos en el país ideal y sintiéndose en inconformidad con el país real se ha alzado la voz de los predicadores de la Venezuela salvada. Frente a ellos han estado, poderosos, tradicionales, indiferentes, los hombres del país real. Los que no han conocido otra cosa, o no han sentido el ansia de cambiar. Los bien hallados con los hechos. Los que se han acomodado a lo que los otros llamaban males. Los que decían: «si se acaba la guachafita me voy», «las cosas son como son», «coja el paso», «Venezuela siempe ha sido así», etc.

A los que predicaban el país ideal los llamaban, desde sus firmes apostaderos de la realidad heredada, con indiferencia y desprecio, los ideólogos, los «líricos». Los consideraban como gente terriblemente impráctica. El concepto llegó a tomar su forma más extrema en una vieja frase anecdótica que mucho ha rodado en Venezuela: «qué brutos son los hombres de talento». Que no es sino el repudio de los herederos de los hechos contra los que, a lo largo de los tiempos, han formado la orden de predicadores de la Venezuela ideal.

Entre lo que pudiéramos llamar el país prometido y el país recibido de los hechos y del pasado se ha tejido la dramática pugna de la historia venezolana. Entre los que predicaban el país ideal y condenaban el hilo de los hechos, de una parte, y de la otra, los que estaban atrincherados en las quiebras de esa realidad, y no sólo la aceptaban sino que se beneficiaban de ella.

A ratos la pugna toma un cariz francamente político y llega a convertirse en alegato de partidos. Pero otras veces, y no las menos notables, es la continuidad de la vieja prédica que arranca desde el Padre Aguado por una limpia actitud de inconformismo que no deja de considerar que «el suceso nunca ha sido muy feliz».

Esa prédica que habla de la falta de aplicación de los moradores para sacar partido de las ventajas naturales del país; que se propone reformar la educación para lograr reformar la gente, que sueña con la libertad y que se propone la civilización, asoma no sólo en discur-

sos de Congreso, sino que se expresa, en sus formas más nobles y permanentes, en ciertas obras de cuya concepción estuvo ausente la intención política, por lo menos en su acepción ordinaria.

Un libro como la Geografía de Codazzi está saturado de esa preocupación; sus descripciones de regiones, costas y ríos a veces nos parecen un ejercicio de meditación para aquel pensamiento fundamentalmente preocupado por la necesidad de civilización. Codazzi señala constantemente lo que pudiera hacerse con aquel rico territorio, los puertos, las ciudades, los caminos, los canales que podrían cubrirlo. Su actitud de soñar con el progreso futuro no es sino una manera de condenar el presente que lo rodeaba. «Falta aplicación», nos dice, casi como ciento veinte años antes lo había dicho Oviedo y Baños, y la esencia de su clamor podría resumirse en aquel «falta civilización» que dos décadas después lanzará Fermín Toro a la ardiente arena de la Convención de Valencia.

Frente a los que predican la salvación reformista están los sordos y cazurros hijos de los hechos. De un lado, los «bárbaros»; de otro, los «líricos». En el medio, el destino del país como una corriente de agua que se tuerce trabajosamente por tierra quebrada. Es poco el diálogo que entre los dos extremos llega a atarse. Poco el esfuerzo mutuo de comprensión que llega a hacerse. Más que diálogo lo que hay es un monólogo alzado de una parte que señala lo que hay que hacer y condena lo que hay; y de la otra un hacer instintivo, que mira con desprecio y con hostilidad todo lo que amenace la estabilidad de las cosas recibidas. Es como si hablaran dos lenguajes distintos.

El lenguaje que habla un hombre como Santos Michelena, del lado adentro del Congreso de 1848, y el lenguaje que hablaba o personificaba del lado afuera en su caballo un hombre como Juan Sotillo. Que es la misma diferencia de lenguaje que llega a hacer imposible que se entiendan Toro y Monagas, González y Zamora, Acosta y Guzmán Blanco.

A veces un hombre pasa de un lado a otro, pero el hecho pocas veces pasa de tener una significación individual. Pasan, pero la huella formal de la vieja prédica no se borra de ellos. Lo que Antonio Leocadio Guzmán le dice al Congreso de 1831, está claramente dentro de esa línea: «No tenemos caminos por falta de hombres: no tenemos navegación interior por esta misma falta; y por ella es pobre nuestra agricultura, corto el comercio, poca la industria, escasa la ilustración, débil la moral y pequeña Venezuela».

Para Antonio Leocadio, intelectualmente, el «suceso» ha sido tan infeliz como para Aguado tres siglos antes. El que en su vida pública se haya puesto del lado de la circunstancia nada cambia a la significación de este hecho, sino que, por el contrario, lo eleva a la magnitud de un drama de conciencia.

Esta actitud de prédica del país ideal no llega a cambiar ni siquiera en la hora en que el positivismo filosófico le ofrece a los hombres de pensamiento una clave para entender y aceptar la realidad histórica. Lo que ha pasado, repetirán ellos con las palabras de Taine, es el resultado fatal de la raza, del medio y del momento. Pero de allí mismo sacarán nuevas fuerzas y convicciones para creer que han hallado la manera científica de lograr lo que con la mera prédica de ideales no les fue dado alcanzar a los que los precedieron.

Se sentían, en cierto modo, más cerca del país ideal, porque creían que podrían obtenerlo por medio de un proceso material que modificase los dos elementos determinantes del medio y de la raza.

Nada es más dramático que seguir en los cuatro siglos y medio de historia venezolana ese nunca roto hilo de la prédica del país ideal, ese pugnaz desasosiego ante los hechos que ha sido la marca del pensamiento venezolano o del pensamiento aplicado al hecho venezolano es desde Fray Pedro de Aguado hasta nuestros días.

Esa incompatibilidad constante entre el pensamiento y el hecho es la que les da ese carácter de predicadores a nuestros mayores hombres de pluma y la que tiñe de pragmatismo y de tendencia reformista nuestra literatura.

¿Qué otra cosa son las obras de González, las de Toro, las de Acosta, las del mismo Arístides Rojas, en el pasado, o la de nuestros principales escritores contemporáneos, sino formas de esa prédica que no se resigna a la realidad y que se esfuerza por despertar los espíritus para la creación de un país mejor?

La larga familia de los pensadores venezolanos está unida al través del tiempo por el hilo de esa preocupación que los caracteriza. Son como la orden de los predicadores de la salvación del país.

La hayaca, como manual de historia

Hay en el Museo del Louvre, en París, un famoso cuadro de Murillo que se conoce con el nombre de «La Cocina de los Angeles». En dicha obra se ve, en la cocina del convento, a San Diego de Alcalá en éxtasis, entre los cacharros, las vituallas y los fogones, mientras un grupo de ángeles, con diligente indiferencia, se dedican a hacer los menesteres de los pinches y Maritornes. Es una verdadera obra maestra de ese milagroso realismo español que sabe unir lo más ordinario y vulgar con lo más elevado y simbólico.

Así como, en el convento de San Diego, los ángeles bajaban a la cocina a entregarse a las más humanas tareas, representando de ese modo el hecho de que la presencia de lo espiritual y trascendental puede hallarse en las cosas y quehaceres más insignificantes, así también la historia, el misterioso ángel del destino de la humanidad, puede vislumbrarse entre los guisos y los platos.

La cocina o la necesidad de alimentarse ha sido, ciertamente, una de las fuerzas de la historia. Las rutas en busca de la sal fueron de las primeras rutas por donde los pueblos primitivos se movieron para crear los primeros contactos de donde surgió la civilización. El trigo, el aceite y el vino fueron grandes agentes de la historia de los

pueblos mediterráneos. El viaje de Marco Polo está ligado a una serie de novedades gastronómicas para el mundo occidental. La búsqueda de las especias para sazonar las comidas de los potentados fue uno de los mayores impulsos de la era de los descubrimientos geográficos. El chocolate y las papas del Nuevo Mundo transformaron la vida europea. Estas últimas, contribuyeron de modo decisivo al crecimiento demográfico y al desarrollo del poderío militar y económico de Europa.

Es posible mirar la cocina como un comprendio de toda la historia pasada de los pueblos. En las materias, en las combinaciones, en las salsas están como resumidos los descubrimientos, las conquistas, las batallas, las hazañas de los grandes reyes y conductores de pueblos del pasado.

En una cocina de aspecto tan tradicional como la del Museo de Arte Colonial de Caracas es posible hallar la historia del país en testimonios mudos tan claros y elocuentes como los que en los estratos de la tierra guardan la huella de los grandes acaecimientos geológicos.

Había en ella elementos indígenas y españoles. Pimpinas de tierra criolla y botijas castellanas que vinieron llenas de aceite. Había el pilón de maíz del indio y el budare para cocer las arepas, junto a la olla española y a los platos de loza azul de Delft o de Rouen traídos por los contrabandistas de las Antillas. La jícara de chocolate, la barrica de vino y la cafetera, se acercaban como los representantes de tres tiempos y de tres mundos, allegados y reconciliados en un contacto creador de nuevas formas. El chocolate de América, el vino de Europa y el café del cercano Oriente. En la mano hacendosa de la cocinera criolla guardaban secreta la presencia de grandes sucesos históricos. La expansión del Islam, la romanización de Europa, el descubrimiento de América.

Ese significado histórico de lo que se come no ha desaparecido de nuestras modernas cocinas. Junto a los relucientes aparatos andan los invisibles ángeles del pasado. En la comida de un día en cualquier casa de Caracas es posible hallar concentrada la historia de varios siglos.

La presencia de las papas, de la yuca, de la arracacha, del ñame, de cualquiera de esos variadísimos y suculentos tubérculos, en que tanto abunda nuestra cocina, es como el sello indeleble de la americanidad. La flora americana ha sido muy rica en tubérculos alimenticios. Los primeros exploradores españoles notaban con asombro la

gran cantidad de raíces comestibles que utilizaban los indios. Para los que leían desde la orilla europea las narraciones de los viajes heroicos debía parecerles de las peores miserias aquel tener que alimentarse de raíces, a que hacían tan patética referencia los cronistas.

El jesuita Joseph de Acosta, en su «Historia Natural y Moral de las Indias», publicada a fines del siglo XVI, nos ofrece como el primer gran inventario de la naturaleza americana. Allí tienen esas raíces alimenticias su asombrada evocación. Acosta escribe desde España y en sus palabras hay como la nostalgia de los sabores indianos: «Aunque en los frutos que se dan sobre la tierra es más copiosa y abundante la tierra de acá, por la gran diversidad de árboles frutales y de hortalizas; pero en raíces y comidas debajo de tierra paréceme que es mayor la abundacia de allá... allá hay tantas que no sabré contarlas. Las que ahora me ocurren, ultra de las papas que son lo principal, son ocas y yanaocas, y camotes y batatas, y jícamas y yuca y cochucho y caví, y tótora y maní y otros cien géneros que no me acuerdo».

Cada una de esas nutricias raíces, lleva el aroma y la esencia de la tierra americana en cuyo seno se ha formado. Son como los vivos tuétanos del mundo nuevo. Quienes aprendieron a comerlas, recibieron una iniciación que los incorporaba a un nuevo orden. La sensibilidad para lo americano, acaso, empezó a hacerse por la boca. Los castellanos, hechos a la vaca, al carnero, a la revuelta olla, comenzaron a acostumbrarse a las mazorcas de maíz, a la tierna papa, al chocolate aromoso. La comida había comenzado a modificar su sensibilidad. Cuando regresaban a España, añoraban los alimentos americanos.

Habían aprendido a cambiar el pan de trigo, contemporáneo del latín y de la romanización, por aquellos otros extraños panes americanos como el casabe y la arepa. Blanco panes, sin levadura, de suave consistencia, con los que el indio se había alimentado desde la más remota antigüedad.

En las frutas habían ocurrido también grandes descubrimientos. El cronista Juan de Castellanos los nombra, con golosa emoción, en su encantadora descripción de la isla de Margarita. Eran frutas de otras formas, de otros sabores, de otra consistencia que las que habían conocido en Europa. Estaban allí las guanábanas y los anones de alba y perfumada carne; la piñas tan jugosas y aromáticas; los mamones y cotoperices de breve y deliciosa pulpa; las guayabas de rosados granos llenas de voluptuosa fragancia. Toda una embriaguez de for-

mas, colores y sabores, que pronto se combinó con las frutas traídas de Europa. Especialmente con los higos, las uvas, tan familiares a los hombres del Mediterráneo, y la naranja que es como el Ulises del reino vegetal.

En la crónica admirable de Bernal Díaz del Castillo está la historia del primer naranjo en tierra mexicana. En un viaje anterior al de Cortés, el buen soldado Bernal había traído algunas semillas de naranja. Junto a uno de los pueblos de la costa las sembró. Tiempo después, cuando volvió con Cortés a la conquista definitiva, halló el árbol nuevo cargado de doradas frutas. Así se fue haciendo la mezcla de lo europeo y lo americano, que es la condición peculiar del alma criolla. Naranjas traídas por el conquistador y pitaharas y anones del indio combinando sus contrapuestas solicitaciones en un nuevo paladar.

Los que llevaron la naranja a México encontraron allí el tomate. Otro fruto no menos maravilloso que puso su nota de fina en la rica y variada mesa criolla.

La combinación de esos frutos, venidos de apartadas regiones y mezclados por la historia como un símbolo de su propio proceso de mestizaje, fue uno de los rasgos característicos del estilo de vida del criollo. Tanto como en la arquitectura, o en la literatura o en la etnografía se podría seguir en la cocina el proceso de la formación de la civilización hispanoamericana.

El chocolate con su oscura substancia, con su divagante olor, con los espesos y espumosos meandros de su gusto, se combinó admirablemente con el estilo barroco que predominó en el arte hispanoamericano. Algunos dulces están hechos de una combinación barroca de influencias indígenas y europeas, no menos notable que la que da su característica belleza a tantos santuarios de los siglos XVII y XVIII en los viejos virreinatos. En dulces como el «bien-me-sabe» venezolano o el alfajor del Sur la abundancia de sabores distintos se combina en una riqueza de formas que recuerda las columnas salomónicas, los arcos truncados, la decoración de oros, angelotes y flores de la Iglesia de la Compañía de Quito o del Santuario de Ocotlán en México. Son manifestaciones equivalentes de una misma situación histórica. El mismo espíritu que animaba las manos creadoras de los alarifes en los muros de aquellos templos, movía las manos hacendosas de las esclavas y de sus amas en la cocina.

En este sentido, nada es más barroco que aquel increíble banquete que ofreció Cortés en la ciudad de México. Aquella especie de deli-

rio gastronómico en que, durante varias horas, se sirvieron centenares de variados manjares. Venados enteros, pasteles rellenos de palomas vivas que salían volando al levantar la corteza, fuentes de caños de vino, guisos de todos los colores y formas. Aquella mesa debía ser como un gran mapa en relieve del mundo fabuloso de la caballería andante, por el que los conquistadores sentían abierta predilección. Cordilleras de palominos, picos de torrejas, llanuras de hojaldre, lagos de salsas y glaciares de crema. Muchos comensales se desmayaron. Los silenciosos servidores aztecas paseaban su felino paso y sus quietas pupilas por aquella erupción volcánica de voces, trajes de colores, viandas y condumios.

Así como por una medalla enterrada o por un fragmento de fuste de columna el arqueólogo puede comenzar a reconstruir toda una civilización, así también es posible reconstruir, por la cocina, el pasado de una nación. Para un hombre con suficiente sentido y percepción de lo histórico sería sufiente entrar en una fonda de pueblo criollo para ver desplegarse sobre la mesa, como por un conjuro, todo el proceso de la historia.

Vería allí lo que trajo España y lo que aportaron los indios. Lo que con los conquistadores vino del largo proceso de formación de la civilización mediterránea. El aceite y el trigo de los griegos y de los romanos que incorporaron España a su mundo; la grasa de cerdo de los íberos; el maíz de los indios. Cada elemento ha sido traído por la historia y, a su vez, evoca la historia. Distintas religiones, distintas lenguas, distintos tiempos comparecen en la mesa de la fonda anunciando su presencia en la formación del alma colectiva. La naranja vino con el Islam hasta España; el mango vino desde la India con los ingleses hasta las Antillas. Lo que somos como pueblos algo tiene que ver con que los musulmanes entraran en España, y con que los ingleses se establecieran en las islas del Caribe. Esa historia está narrada en las frutas y en los alimentos. Una bebida como el guarapo de caña, es casi un complejo histórico, y para descifrarlo adecuadamente habría que describir la evolución del mundo occidental por cerca de un milenio. Los varios y azarientos cambios que llevaron la caña y la técnica de producción de azúcar, hasta las Antillas y que trajeron al negro de Africa para que la elaborara, con la presencia de su magia, de sus cantos y de su sangre.

Hay platos en los que se ha concentrado la historia como en un conciso manual. Nuestra hayaca, por ejemplo, es como un epítome

del pasado de nuestra cultura. Se la puede contemplar como un breve libro lleno de delicias y de sugestiones.

En su cubierta está la hoja de plátano. El plátano africano y americano en el que el negro y el indio parecen abrir el cortejo de sabores. Luego está, la luciente masa de maíz. El maíz del tamal, de la tortilla y de la chicha, que es tal vez la más americana de las plantas. Ya Andrés Bello veía en su espiga algo de plumaje de cacique indio. Los mayas, los incas, los aztecas, los chibchas, los caribes, los araucos, los guaraníes fueron pueblos de maíz. Se alimentaban con la masa de las mazorcas molidas sobre la piedra. En la carne de gallina, las aceitunas y las pasas está España con su historia ibérica, romana, griega y cartaginesa. En lentas invasiones sucesivas fueron llegando a la península estos alimentos. Toda la tremenda empresa de la conquista está como sintetizada en la reunión, por medio de sus frutos, de las gentes del maíz, con las de la viña y los olivos. Pero también, en el azafrán que colorea la masa y en las almendras que adornan el guiso, están los siete siglos de la invasión musulmana. La civilización que culmina en la corte de Córdoba bajo Abderramán III, y que tanto influye en la formación del alma que España ha de traer a la conquista americana, asoma también en la hayaca. Y la larga búsqueda de las rutas de las caravanas de la Europa medieval hacia el Oriente fabuloso de riquezas y refinamientos, está en la punzante y concentrada brevedad del clavo de olor.

Hay muchas gratas maneras de estudiar la historia. Estudiarla, por ejemplo, en el arte: en aquel imaginario museo que ha inventado André Malraux donde toda la evolución de los pueblos está representada en colores y en formas. Estudiarla en la música: desde los cantos primitivos, pasando por el solemne gregoriano de la Edad Media, hasta el atonalismo de nuestros días. Seguirla en la evolución de la danza o en la de la poesía.

Entre ellas está, sin duda, la de evocarla y seguirla en la cocina. En lo que el hombre come, y en la sazón en que lo come, está la obra de los siglos en un compendio que sabe despertar lo mismo el gusto de la carne que el gusto del espíritu.

La Tierra, las gentes y el destino

Una campaña presidencial es, además de otras cosas obvias, un gran reconocimiento de la Venezuela viva y varia. Se recorre y se tiene en presencia toda la vastedad del país en la plenitud de su escenario geográfico y se entra en contacto directo y palpable con la multiplicidad de sus gentes. Gentes de los campos y de las aldeas y de las ciudades que salen ansiosas o recelosas a oír y a decir y a dar testimonio de su mundo. La visión de conjunto y la comunicación que se alcanza no es comparable a la que pueda recoger ningún viajero de otra guisa y menester.

Todavía me siento sacudido, deslumbrado y lleno de esa visión y de esa presencia.

Lo primero que surge es la vastedad y variedad de la tierra. Es como si todo el mapa que abarcamos usualmente con una mirada rutinaria creciera palpitante y nos envolviera con todos sus montes y sus vientos y sus ríos. El barinés recio que estremece los árboles en las tardes de la llanura occidental o las ráfagas que erizan el lomo del Orinoco y lo convierten en un lomo de dragón. Los mansos y esbeltos árboles de otoño de las cuestas andinas, eucaliptus y álamos, sobre fondos de trigal y de techos mohosos, y los poderosos y espesos

gigantes vegetales que se unen en falanges imponentes en los bosques de la península de Paria, en Biscucuy, o en la riberas del Delta. Los valles altos y escondidos llenos de los verdes más tiernos de Boconó o de Caripe o la ondulada geografía de colinas echadas de Santa Cruz de Bucaral.

Sobrecoge la vastedad de la tierra y su silenciosa promesa de abundancia. Una promesa que sigue resonando como un eco desde los tiempos de Codazzi en las inmensas soledades, en aquella selva de Barinas que la entreluz de la tarde hace mirar bajo el avión como un mar oscuro y encrespado, o en la visión de prado verde y tierno con que se extiende la sabana en torno a Cunaviche. De trecho en trecho un caserío o un humo de roza.

Está, ciertamente, en espera del hombre esa vastedad. Del hombre organizado y preparado para transformarla en huerta amiga y servidora de sus necesidades. En algunas partes ese desafío se ha decidido en favor del ser humano, en otras partes se ha convertido en su derrota y sometimiento. En sitios como en Acarigua y Turén, está el ejemplo extraordinario de la utilización inteligente de la tierra y del trabajo. Está allí, sin duda, el comienzo cierto de una nueva actividad agrícola moderna y próspera, por igual alejada del latifundio improductivo y del conuco miserable. En otros lugares está el campesino inerme y vencido frente a la extensión, a la puerta de una choza hecha de despojos vegetales, casi desnudo, como si acabara de nacer, con un machete en la mano que más que instrumento de labranza es como un arma de defensa desesperada para una batalla perdida.

Piensa uno que el día en que la agricultura venezolana esté hecha a la imagen de Acarigua está ganada en el campo la lucha contra el desierto y contra la miseria.

En toda la extensión diversa de la geografía sorprende la identidad fundamental del habitante, que puede estar envuelto en la ruana de los páramos o entregado a la luminosa desnudez paradisíaca de las playas orientales, pero que tiene la misma abierta capacidad de esperar y el mismo gesto de dar con bondad. Cambian los acentos, las ropas y las viviendas, cambian las ocupaciones, hombres de atarraya o de soga, de tractor o de chícura, de adobe o de cemento armado, de árbol o de chimenea, pero que miran sin hostilidad al que pasa y dicen: «Adiós, compañero», como si con ello reconocieran que vamos juntos y acompañados todos, compartiendo la posibilidad de un

solo y único destino. Esto es lo que otros pueden llamar el sentimiento de la nacionalidad.

¿Qué va a ser de todos nosotros? ¿Qué vamos a hacer entre todos nosotros? A esta pregunta trataban de responder las voces que se alzaban en las plazas, encendidas como carbones de fragua. Todos sabemos que podemos hacer muchas y grandes cosas. Los venezolanos son hombres de la esperanza, que a ratos llega a convertirse en actitud mágica ante los requerimientos de la vida.

La esperanza de un gran destino está viva en la gente venezolana, de un destino sin término que salga de la tierra y de los hombres.

Una tarde en Paraguaná me detuve en el pueblecito de El Hato. Una vieja iglesia de torre cuadrada y unas veinte casas desparramadas bajo sus aleros en el ancho descampado. A la puerta de la bodega, hombres y mujeres, secos y serenos como aquellla tierra, me hablaron. Había una dignidad sin amargura en su pobreza y en sus palabras. No les llovía hacía años. Me llevaron hasta la charca verdosa que les servía de aguada y me enseñaron los polvorientos campos por donde triscaban las cabras entre los ralos cujíes. No imploraban, ni maldecían, ni pensaban en abandonar la tierra. Esperaban.

Al anochecer me acerqué a Punto Fijo, sobre el cielo nocturno se alzaban las enormes siluetas de las torres de las refinerías, coronadas por el esplendor de las llamas de los quemadores de gas. No dejé de pensar que aquello parecía un altar bárbaro y ciclópeo. Estaban encendidas las inmensas llamas de un sacrificio, en un rito sobrehumano para implorar de los dioses por todas aquellas gentes la saciedad de sus esperanzas.

Para implorar un destino que después de todo no está, no puede estar, sino en nuestras manos. Buena para levantar torres o para perpetuar desiertos, según lo disponga la voluntad que las anima.

Notas sobre el Vasallaje

Dos grandes polos de absorción predominan sobre el mundo latinoamericano de nuestros días. Uno está constituido por la poderosa y múltiple influencia de la civilización de los Estados Unidos de América, que está presente y activa en todos los aspectos de la existencia colectiva, y el otro por el pensamiento, el ejemplo y los modelos del mundo socialista de Rusia, de Asia y, en alguna proporción, de Africa del Norte.

La influencia norteamericana abarca más el campo de la vida ordinaria, modas, usos, actitudes. La inmensa mayoría de la población latinoamericana expuesta en alguna forma al contacto de medios de comunicación está recibiendo, consciente o inconscientemente, una conformación norteamericana. Los servicios de noticias de la prensa y de otros medios son de origen norteamericano. No hay que olvidar que quien escoge la noticia y quien dice la noticia, lo hace fatalmente desde una determinada situación o de un evidente punto de vista. La mayoría de los programas de televisión son producidos en masa en los Estados Unidos y presenta el mundo de la gran ciudad convencional americana o el mito del Oeste. Una moral protestante y una escala de valores de clase media capitalista. La lucha con-

tra el crimen organizado, el espionaje internacional, los conflictos amorosos y los ideales de vida de los habitantes de las grandes ciudades del Norte. Y como atractivos constantes el sexo en todas sus formas y la violencia. Besos y tiros.

En materia de revistas la influencia es evidentemente igual. Las publicaciones periódicas de mayor circulación en español son versiones de revistas del Norte, tales como *Life* en español, *Selecciones del Reader's Digest*, *Buen Hogar* o adaptaciones del concepto y el contenido del periodismo americano como en el caso de *Visión*.

El cine, que es casi el único espectáculo popular, es predominantemente de los Estados Unidos.

En materia de vestido, costumbres, cigarrillos, bebidas, deportes, alimentos, mobiliario, decoración, vivienda, el predominio de lo norteamericano es extraordinariamente grande. La gente tiende a obrar y presentarse como los personajes del cine y TV, a los que imita y toma como modelos casi sin darse cuenta. En el lenguaje entran expresiones tomadas al azar de esa imitación: *okey*, prefijos como *super*, *extra*, buena parte del lenguaje deportivo y *hippie*. Además, toda la técnica de la transmisión de información, de la publicidad y de la formación de opinión pública. Los sistemas repetitivos elementales, los *jingles*, las cantinelas comerciales, los incentivos sexuales añadidos a todo tipo de oferta, que llegan en ocasiones, por la exageración, a lo risible.

Se ha ido fabricando un arquetipo humano que tiende a ser imitado en la vida real. Un hombre que usa cierto tipo de camisas y pantalones, que fuma ciertos cigarrillos y los enciende de determinada manera, que tiene modelos para caminar, sentarse o reclinarse sobre el extremo de una mesa, que ha adquirido una técnica de tratar con las mujeres y que llega a creer, tanto se lo dicen los avisos, que ciertas aguas de Colonia lo pueden convertir en un amante irresistible. Se han creado ideales sociales: ser un duro a la manera de Chicago o del Oeste, ser un *play boy*, ser el que saca la pistola más rápidamente o el que sabe engañar y no se deja engañar.

Todo esto entra a torrentes por la prensa, las revistas, el cine, la radio, la televisión, la propaganda comercial y los ejemplos constantes de la vida diaria.

El otro polo lo constituye el ideal revolucionario alimentado en los ejemplos de Rusia, de la Europa socialista. de Africa del Norte y de China. El ejemplo de las luchas anticoloniales y de liberación

nacional y la veneración casi supersticiosa por todo pensamiento y por todo arte del mundo socialista. Los que leen a los marxistas franceses, los que sueñan con una gesta heroica de liberación a lo Ho Chi Minh, los que aplican constantemente los más elementales esquemas marxistas a cualquier situación latinoamericana para sacar conclusiones que no siempre son verdaderas ni acertadas.

Esta influencia distinta se ejerce sobre un sector más restringido de la población hispanoamericana pero acaso más influyente e importante. Se ejerce sobre la juventud estudiantil en Universidades y Liceos y se recibe con un estado de espíritu casi religioso.

Cabría preguntarse ante los dos extremos, acaso personificables en las dos islas antillanas de Puerto Rico y Cuba, ¿dónde está la América Latina? ¿Es su destino parar en una gran Cuba o en un inmenso Puerto Rico? Y si así fuera, ¿no implicaría ello una especie de monstruosa operación de cambio de sangre, de lavado de cerebro, de renuncia a todo lo que de originalidad y de destino propio pudo y puede tener el Nuevo Mundo, para convertirnos en asépticas dependencias de mundos distintos?

Pero no es esto, con ser tan grave y fundamental, lo que queremos plantear ahora. Es algo estrechamente conectado con esto, sin duda, pero más alejado de la profecía y de la mística política y más en el campo de las preocupaciones y de la acción de un hombre de nuestros días en estas tierras.

Y que, además, en cierto modo, constituye una necesaria consideración previa a todo planteamiento de la cuestión central para la América Latina, que no es ni puede ser otra que sencillamente ésta: ¿Estamos todavía en tiempo y ocasión de poder llegar a ser el Nuevo Mundo?

El que nos demos con entusiasmo o no, conscientemente o no, a un tipo de vasallaje despersonalizador, el que pongamos como ideal para nuestros jóvenes el convertirse en un convencido de las excelencias de la *american way of life* o en un fanático de la «revolución cultural» de Mao. Esta es la cuestión, como ya lo dijo alguien.

Esta es la cuestión y no es simple porque está profundamente intervenida y mezclada de realidades políticas, económicas y sociales y de poderosas motivaciones psicológicas individuales y colectivas. Tampoco puede llegarse en la simplificación a querer preservar como alternativa deseable, frente al «boy» y al «guardia rojo», una forma de costumbrismo latinoamericano, anacrónico y desincorpora-

do del mundo. Frente a la «filosofía» del *Reader's Digest* y al *Manual* del Jefe Mao, la alternativa no puede ser «Allá en el Rancho Grande».

Habría que contestar dos preguntas previas: ¿Tiene, ha tenido y puede tener la América Latina alguna valiosa originalidad creadora? ¿Es posible, en una situación de vasallaje, tener una capacidad creadora original?

Si las dos respuestas fueran negativas no habría sino que escoger en el catálogo extranjero el modelo de sociedad que vamos a adoptar y el Mefistófeles, rojo o blanco, al que vamos a vender nuestra alma a cambio del bien de pertenecer y estar incorporados.

La primera de las dos cuestiones tiene, a mi modo de ver, respuestas tan obvias, que no es preciso pasar más allá de algunas ratificaciones.

La América Latina ha tendido a ser un mundo con características propias desde sus comienzos. Todo el complejo de ideas, ya viejas de cuatro siglos, centrado en torno al concepto de Nuevo Mundo, lo revela así. Lo fue más pronto y en un grado más abierto de lo que lo fue la América Sajona. Tiene todo el aspecto de un innecesario recordatorio repetir la vieja lista conocida de las catedrales y la pintura colonial, de los libros del Inca y de los ensayos sociales, tan repetidamente hechos, como forma de rechazo a lo europeo. ¿No ha sido casi un estado de conciencia constante al repetir en mil formas, las más de las veces sin conocer el antecedente, la frase de Vasco de Quiroga para Carlos V?: «Porque no en vano, sino con mucha causa y razón, éste de acá se llama Nuevo Mundo, no porque se halló de nuevo, sino porque es en gentes y cuasi en todo como fue aquel de la edad primera y de oro...».

En cuanto a la posibilidad de una creación original en una situación política o económica de vasallaje, toda la historia está para contestar por la afirmativa, empezando por nuestra propia historia. Todo lo que de original, y es mucho, tiene la América Latina, desde Garcilaso hasta Darío y desde los traductores de catecismos hasta Bolívar, se hizo en condiciones de innegable dependencia.

Establecer una relación entre la independencia política y económica y la capacidad creadora es un sofisma. Las grandes creaciones de la mente humana se han hecho, precisamente, no en conformismo ante una situación favorable, sino en rebelión y protesta, tácita o expresa, contra una situación o un mundo adversos e indeseables. La enumeración de ejemplos es tan obvia que casi no vale la pena

volverla a repetir, desde Dante a James Joyce, desde Mickiewicz hasta Kazantzakis, desde Miguel Angel hasta Picasso.

Acaso el mejor ejemplo, para probar que la situación de dependencia no significa necesariamente la esterilidad creadora, nos lo muestra la propia Rusia. Nadie, con el más superficial conocimiento, podría negar que la literatura rusa del medio siglo posterior a la Revolución es impresionantemente inferior a la del medio siglo anterior, durante el cual se publicaron *Los hermanos Karamazov* y *La guerra y la paz*. Y, sin embargo, no hay duda de que la Rusia de Nicolás I y Alejandro II era un país mucho más dependiente y vasallo, económica y culturalmente, de lo que ha sido la Unión Soviética después de 1917.

Es que la cuestión se plantea aún más allá del hecho y de su influencia innegable en la conciencia. Es cuestión de tener o no una conciencia vasalla. Es darse gozosa y pasivamente a algo que no es propio, o mantenerse en angustia y vigilia en la búsqueda y afirmación creadora de lo propio.

Reducir la creación literaria y artística a la simple condición de pasiva consecuencia de los hechos o de las estructuras exteriores, bajas o altas, es negar la condición fundamental de su existencia que es la libertad interior del creador.

En las condiciones externas más negativas, y hasta como necesaria respuesta a los degradantes límites que ellas pueden pretender imponer, surge la obra de arte como testimonio y como iluminación. En la abyecta corte puede refugiarse en un retrato cortesano como el de la familia de Carlos IV de Goya, en la servidumbre y la degradación del negro puede liberarse en música y canto popular como el *jazz*; bajo el despotismo del zar puede expresarse en la leyenda de un bandido generoso como Stenka Razine; en las más conformistas formas de tiranía puede surgir en la insospechable forma de la disección del mecanismo de tiranizar como en Maquiavelo, o en la irónica narración de un mundo supuestamente imaginario como en Swift o en Voltaire.

La verdad es que lo que casi no existe, porque equivale en buena parte a la negación de su naturaleza o de su impulso de expresión, es la gran creación del conformismo, el Quijote que elogie a los duques, a los barberos y al mundo que han pretendido forjar a su imagen y semejanza.

La mentalidad vasalla tiende a ser imitativa y estéril. No tiene su

punto de partida ni en la disidencia ni en la protesta, sino en la aceptación y la conformidad. La actitud del hombre integrado e incorporado a una situación totalmente aceptada tiende a arrebatarle toda individualidad y todo poder cuestionante. Quien ha llegado a la convicción de que todas las respuestas están dadas en el *Corán* no solamente puede, sino que hasta se siente obligado como una especie de servicio público a quemar la biblioteca de Alejandría, o por lo menos a no perder tiempo en escribir una sola página más que sería, de toda evidencia, meramente reiterativa o inútil. Nadie gasta tiempo y esfuerzo en encender una vela en pleno mediodía cegador, y el mundo de los artistas y los creadores literarios es el de los encendedores de velas en los rincones más oscuros del alma o de la sociedad.

Si no cae en la esterilidad la mentalidad vasalla se satisface en la imitación, que es la falsa crisis, el falso conflicto, el falso lenguaje, copiados del lenguaje y la forma que la crisis y el conflicto han revestido verdaderamente para otros hombres en otras latitudes. Es el reino de los parásitos literarios y artísticos que viven y chupan de seres distintos a ellos o de los que repiten, fatalmente sin contenido, los gestos y las posiciones que hombres de otras horas y mundos han adoptado ante terribles exigencias de sus realidades.

La pintura de la Revolución Mexicana pudo no estar sincronizada con la hora contemporánea del arte occidental, pero valía mucho más como arte, es decir como testimonio verdadero y válido, que el falso cubismo que podían hacer hombres que vivían la realidad de Managua o de Quito.

No es esto condenar a un autoctonismo y, lo que es peor aún, a un costumbrismo al artista y al escritor de la América Latina. Hay que saber utilizar formas universales del lenguaje y del arte, pero en la medida en que se requieren o justifican como parte del esfuerzo de afirmarse frente, en o contra la realidad ambiente propia. Que es el problema fundamental de ser o parecer, de ser genuino o de ser falso, de encontrar o de repetir.

Hace muchos años, en un tiempo de turbio humor que tenía mucho de desesperación, aquel mal comprendido español universal que fue Ramón Gómez de la Serna se puso a escribir unas que llamó «falsas novelas». No eran falsas como novelas, sino como situación. Eran la falsa novela rusa y la falsa novela inglesa y la falsa novela americana. Falsas en el sentido de que partían de una actitud de imitación

o «pastiche». Muchos propósitos válidos sobre el misterio de las situaciones y la existencia podían estar implicados en este juego aparente. Pero lo que ahora nos importa decir es que, acaso sin proponérselo, muchos no han hecho otra cosa que escribir, desde una hora muy precisa de su América Latina, la falsa novela francesa o el falso ensayo inglés o el falso poema ruso. Sin hablar del falso Picasso o del falso Brecht o del falso Ionesco o del falso Beckett o del falso Zadkine o del falso Evtushenko o del falso Matters.

Hay distintas maneras de darle la espalda a la América Latina, sin darse cuenta, y de frustrarla en su vieja posibilidad de Nuevo Mundo. Una es la de incorporarse a la América Sajona, como consciente o inconscientemente lo hacen todos los días millones de espectadores de cine y TV o de lectores de «magazines». Otra es, acaso como reacción negativa ante esta posición y peligro, la de caer en las ajenas lealtades y traslaciones de una situación revolucionaria que no puede ser impuesta a la América Latina sin graves mutilaciones. Esto no tiene que ver con el tipo de régimen político. La mutilación y la negación pueden ocurrir por igual bajo una dictadura reaccionaria y pasatista o bajo una dictadura nacionalista o socialista. En ambos casos se trataría de hacer realidad la falsificación de la realidad propia. La falsa revolución rusa o el falso *american way of life*.

Ciertamente éstas no pasarían de ser tentativas desesperadas y finalmente imposibles. Tentativas, en lo colectivo, tan antihistóricas y condenadas al fracaso como la de Luis II de Baviera frente al siglo XIX prusiano, como la de los jesuitas del Paraguay frente a la hora de la expansión imperial, como la de los reyes españoles de hacer una Nueva Castilla en las Indias, y también, ¿por qué no? como la de Lenin de establecer contra la realidad social una organización socialista antes de la rectificación de la NEP. El proceso de mestizaje cultural, que ha sido el signo y el destino de la América Latina, hace imposibles esos simples y asépticos trasplantes. Lo que va a surgir es, como en el pasado, una cosa distinta del modelo ultramarino que se quería reproducir, porque el mestizaje es, ciertamente, un proceso dialéctico. La tentativa fracasaría, en lo colectivo, como fracasó la empresa de la Nueva Castilla de los conquistadores, o la Nueva Filadelfia o la Nueva París de los Libertadores. Lo que habría de surgir no tendría más del modelo trasplantado de lo que tuvo de República Cuáquera o Francesa nuestra República o de Reino de los Reyes Católicos nuestra Colonia.

Pero con todo ello es indudable que, aun cuando no se lograra el trasplante, el mestizaje del proceso podría ser distinto según los actores humanos e inhumanos que lo hayan de realizar. Y en esto radica la importancia de las posiciones individuales de quienes dicen las palabras y enseñan los caminos.

Es decir, los peligros de una conciencia vasalla, de una conciencia antihistórica que tienda a considerar la historia como una planta o como una enfermedad que puede ser propagada.

El remedio no puede ser un aislamiento, ni una beata complacencia nacionalista, ni menos un anacronismo sistemático solicitado como una droga alucinógena. Hay que estar en el mundo, pero en el juego real del mundo. Sabiendo en todo momento lo que se arriesga y lo que se puede ganar. Apostando lúcidamente a la contemporaneidad y la universalidad, pero sin perder de vista la base de situación en que se halla el apostador.

Aunque parezca paradoja, el autoctonismo simple es también una forma de conciencia vasalla. Así como es conciencia vasalla querer hacer la Nueva Ohio o la Nueva Pekín, en tierra americana latina, no lo sería menos, y sí más estérilmente, porque paralizaría el proceso de crecimiento, el querer perpetuar un pasado cualquiera, que como sueño es tan absurdo como el de querer preservar de la muerte a los mortales. Por lo demás, tampoco hay que olvidar que Ohio no es una nueva Londres, como Pekín no es una nueva Moscú, aunque se lo hubieran propuesto los respectivos iniciadores de los programas de trasplante, porque la localización histórica no puede permitirlo.

El socialismo latinoamericano será tan disímil de sus modelos, como lo fue nuestra República representativa. Lo cual no es un argumento contra el socialismo, pero sí contra las ingenuas tentativas de trasplante y vasallaje.

Ni exacta contemporaneidad, ni rigurosa universalidad uniforme son posibles, salvo como resultado transitorio y engañoso de una imposición global de fuerza. Hasta la física y las matemáticas modernas niegan ese sueño de poder llegar a un tiempo intemporal y a una localización univrsal. Que es precisamente la transformación en valores absolutos de las dos circunstancias más relativas que condicionan al hombre que son el tiempo y el espacio, o la tercera categoría que surge de la inextricable combinación de ambos.

Es seguro que haya que saber lo que pasa en el mundo para poder saber mejor lo que pasa en nuestra casa. En todo caso éste es el de-

ber fundamental de los intelectuales, créanse insurgentes y resulten vasallos, o sean vasallos y se crean insurgentes.

Este es el drama, el tema y el destino fecundo de la *intelligentsia* de América Latina en esta grande hora de la historia. En la medida en que los hombres de pensamiento, los creadores y los artistas lo comprendan y busquen expresarlo en obras y mensajes, estarán dentro del maravilloso camino de hacer el Nuevo Mundo. En la medida en que no lo entiendan estarán de espaldas al Nuevo Mundo y a su prometida originalidad, aunque individualmente puedan convertirse en el Kandinsky del Brasil o en el Beckett de Santo Domingo o, ¿y por qué no?, en el Víctor Hugo de Panamá.

El remedio para los riesgos de una conciencia vasalla no puede consistir en cambiarla por otra conciencia vasalla de signo contrario. El remedio para el falso lector del falso *Reader's Digest* no puede convertirse en el falso lector del catecismo del Jefe Mao ni tampoco, ciertamente, en llegar a ser un hermano adoptivo de Sartre o de Beckett.

El remedio estará en enfrentarse con la más dura América nuestra y en buscarle la cara en insurgencia creadora. En regresar a luchar en nuestra América la pelea de nuestra América, de nuestro mundo, de nuestra hora, con un credo liberal o socialista, pero con el propósito de hallar lo nuestro y expresarlo, no para hacer el Massachusetts o la Bielorrusia de América Latina, sino la América Latina del mundo. Es decir, nueva y finalmente, la coronación de la vieja empresa de hacer el Nuevo Mundo.

Los expulsados de la civilización

En estos últimos tiempos ha tenido extraordinario éxito un programa de televisión en Inglaterra y en los Estados Unidos. Se presenta bajo el simple y llano título de «Civilización», y está hecho por medio de la intervención directa y personal de un expositor o conferencista que es el profesor inglés Kenneth Clark, recientemente ennoblecido por la reina con el título de Lord Clark.

El programa consiste en una exposición oral, acompañada de documentación gráfica, sobre los grandes monumentos, los rasgos creadores y los mayores personajes de la civilización occidental. Ha tenido extraordinaria acogida, lo cual revela que hay un deseo profundo de conocimiento en el hombre y que la televisión puede ser un instrumento adecuado de divulgación cultural, y su texto escrito se ha convertido en un libro de gran circulación en los países de lengua inglesa, bajo el mismo nombre de «Civilización». Clark, como la mayoría de los anglosajones, no improvisa sus palabras, sino que las lee o las memoriza.

He leído este libro, que pretende ser un retrato de la civilización occidental desde sus orígenes medievales hasta nuestros días y que

destaca lo esencial de lo que como civilización ha creado el hombre occidental.

Sin embargo, comienza con una declaración enfática que a mí me parece por lo menos peregrina y, en todo caso, digna de no dejarla pasar inadvertida. Dice allí el crítico Clark, que ha sido profesor universitario y director del Museo Nacional de Arte de Londres:

> Hay algunas omisiones en este libro. Algunas de las más graves y ofensivas me fueron impuestas por el título. Si yo hubiera estado hablando de historia del arte no me hubiera sido posible dejar fuera a España, pero cuando se me pregunta ¿qué ha hecho España para ampliar la mente humana y para empujar al hombre unos cuantos pasos hacia arriba?, la respuesta es menos clara: ¿«Don Quijote», los grandes santos, los jesuitas en América del Sur? Por lo demás ha seguido, simple y llanamente, siendo España y desde el momento en que este programa no puede tratar de países aisladamente, no encontré manera de poderme ocupar de este país sólo.

Habría que preguntarse qué entiende el señor Clark por «civilización» y él mismo se encarga de decírnoslo más adelante en una de las primeras charlas de su libro. Dice:

> ¿Qué es la civilización, o en qué consiste la civilización? Yo no puedo definirla en términos abstractos. Sin embargo, pienso que la podemos reconocer cuando la vemos, como la estoy viendo yo ahora. Ruskin decía: «Las grandes naciones escriben su autobiografía en tres manuscritos: el libro de sus hechos, el libro de sus palabras y el libro de su arte. Ninguno de estos libros puede ser entendido si no leemos los otros dos, pero de los tres el único importante es el último, el libro del arte».

Si esto es lo que el señor Clark entiende por «civilización», es absolutamente imposible escribir la historia de la civilización occidental, dejando pura y llanamente fuera a España y al mundo hispánico.

Podríamos, frente a esto, adoptar una actitud de indignación piadosa, de ira, de dignidad ofendida, y decir que somos en este momento cerca de doscientos cincuenta millones de hombre herederos de la cultura hispánica y que ni el señor Clark ni nadie tiene el derecho de inferirnos tan gratuita injuria. Pero no es esta la forma en que habría que plantear esto; habría que hacerlo del modo más objetivo, y es lo que propongo tratar de hacer aquí brevemente, precisamente en un programa que pretende tratar de la civilización.

La de Clark no es una posición malhumorada, no se trata de un enemigo del mundo hispánico o de uno que lo odia. Se trata, a lo su-

mo, de alguien que en gran parte ignora al mundo hispánico o que tiene prejuicios contra él, y esto es muy explicable porque en el siglo XVI ocurrió en Europa el gran cisma luterano. Generalmente, cuando hablamos de la Reforma y del cisma de Occidente, pensamos que fue una guerra de religión que duró cierto tiempo y se resolvió. Es mucho más que eso, es infinitamente más que eso, fue una gran ruptura de la civilización occidental. La civilización occidental se partió literalmente en dos mitades: los países de la Reforma y los países que no hicieron la Reforma y que representaron lo que más tarde se llamo la Contrarreforma. Eso no se limitó solamente a la esfera religiosa, fue una pugna sobre principios y disciplinas religiosas, fue una actitud frente a la vida, fue una concepción del hombre, fue una posición política, fue todo un complejo de acciones que tenían que ver con el poder político, económico y el militar. Entonces se separó y se creó un mundo del norte de Europa, que fue luterano reformista religioso y en el que se crearon las condiciones para la creación del moderno capitalismo y de la revolución industrial, y otro mundo diferente, del sur de Europa, que fue el del catolicismo, el de la autoridad papal, que tuvo un desarrollo distinto, porque estuvo presidido por una mentalidad distinta.

Carece de sentido hacer una dicotomía y decir: la civilización es la que queda de la raya de la Reforma hacia el Norte, y lo que hay de esa raya hacia el Sur dejó de ser civilización. Con semejante corte habría que dejar afuera a Grecia, todo el Mediterráneo, por lo menos a media Francia y a toda Italia, y, sin duda, a España y Portugal. Yo no sé si la historia europea puede resistir semejante gigantesca y traumática mutilación.

Pero, ¿es posible pensar que la historia de Occidente se puede escribir con prescindencia del mundo hispánico?, ¿que no hay presencia fundamental del mundo hispánico en ninguno de los tres libros de que habla Ruskin, es decir, ni en el libro de los hechos, ni en el de las palabras, ni en el de las artes? Yo no lo creo y, aún más, pienso que es absolutamente absurdo sostener lo contrario, a menos que se esté enceguecido por el prejuicio de la Reforma, por la herencia del cisma luterano que cerró todo el norte de Europa a la comprensión y la inteligencia del Sur.

Para empezar, en la hechura de la civilización occidental hay un hecho que ocurre muy temprano y que es muy importante. Cuando Europa cae en la barbarie de la primera Edad Media, después de la

disolución del Imperio Romano, la primera luz de civilización regresó a través del mundo árabe. Los árabes salvaron la herencia griega, todo lo que pudieron recoger de ella en la debilitada Bizancio, y la trajeron en su invasión hacia el Oeste y por el puente de los árabes volvió el pensamiento griego a Europa: Euclides, las matemáticas, Platón, la historia, la poesía. El arco maestro de ese puente fue España. En ningún otro país se hizo un contacto más grande, más importante y más completo entre el mundo islámico y el cristiano que en el ámbito de la España medieval. Durante setecientos años convivieron los musulmanes y los cristianos, cortándose la cabeza a ratos y trabajando juntos otros, y de eso quedó no solamente una floración de monumentos que son de los más extraordinarios del genio humano, como la Mezquita de Córdoba, sino que quedó una impronta. Futuros Papas y abades fueron a Córdoba a estudiar. Córdoba fue durante dos siglos o más la capital cultural del mundo europeo. Allí iban los ingleses, los alemanes, los franceses, los lombardos, a recibir la enseñanza de la sabiduría de los griegos, y en Toledo se fundó en pleno siglo XI la famosa escuela de traductores, que fue el centro más activo de conservación y difusión de la cultura que conoció la Edad Media.

Todo eso se hizo en tierra española, y ese puente tendido entre el mundo de los griegos a través del Islam hacia Europa lo realizó España. Yo me pregunto: ¿se puede escribir la historia de Europa ignorando a este fundamental hecho que tan directamente influye, del que surgen y nacen una serie de consecuencias de primer orden, que van a influir la literatura, el pensamiento, la filosofía? ¿Se podría escribir la historia de Europa sin Aristóteles y Platón, que en gran parte penetraron por medio de los musulmanes españoles, o sin Averroes o sin todo lo que significó para la creación de la lírica la poesía que se forjó en esa región de frontera entre musulmanes y cristianos en Españ? Y para la arquitectura, ¿no se manchó, no se impregnó, no se permeabilizó de creación arquitectónica y artística mudéjar, irradiada desde Córdoba y las grandes capitales del Califato la arquitectura del norte de Italia y buena parte de la del resto de Europa? Sin embargo, aparentemente es posible borrar esto de la historia de la civilización y seguir pensando que no le debe nada la civilización europea.

Pero hay otro episodio que nadie puede ignorar. En su estilo pomposo decían los viejos cronistas una frase que es difícilmente exage-

rada: «Después de la encarnación de Jesucristo, el hecho más importante de la historia es el descubrimiento del Nuevo Mundo». Y claro que lo es.

No ha habido acontecimiento singular más importante en la historia de la civilización occidental que el descubrimiento de América. No el descubrimiento azariento, no el hecho de que unas galeras llegaran un día a un territorio nuevo y entraran en contacto con él, sino eso que hay que llamar con su verdadero nombre, «la empresa de Indias», como la llamaban ellos o como la llamaron luego con más justicia, la creación del Nuevo Mundo, porque allí se completó a Europa y se creó una influencia de regreso sobre el Viejo Continente que modificó todo el panorama. Cambió la economía, las artes, el pensamiento, surgieron en tierras del Nuevo Mundo algunos de los más extraordinarios monumentos que el hombre había conocido, como la fabulosa catedral de México, como las maravillas de arquitectura y de pintura que surgieron del gran proceso del mestizaje americano.

Se crearon las Leyes de Indias. Yo me pregundo si el señor Clark cree que las Leyes de Indias no tienen un papel en la historia de la civilización occidental; yo me pregunto si se puede creer que, por ejemplo, el pensamiento de Francisco de Vitoria no significa nada. España fue el único poder imperial en el mundo que sintió un grave problema de conciencia. Reunió a sus teólogos y a sus juristas para decidir una cuestión fundamental que no preocupaba a ningún rey de Europa: si tenían derecho o no a ocupar territorios que pertenecían a los indios, con qué justa causa podían hacerlo, y este fue motivo de grandes debates y de esa legislación que creó la primera norma y la primera preocupación para algo que sigue siendo conflictivo en nuestro mundo de hoy. ¿Qué llamamos nosotros el gran problema del Tercer Mundo, sino la pugna de los países desarrollados del Norte con los países de menos desarrollo de las razas y colores de Asia, de Africa y de los indios americanos? Ese problema que llamamos hoy del Tercer Mundo, que era el contacto de una civilización adelantada con una civilización atrasada, no se hizo nunca con ningún pudor, sino con la desnuda fuerza de las armas. El único Estado que se perturbó mental y espiritualmente al hacerlo fue España. Francisco de Vitoria creó el derecho internacional al formular normas por las cuales expresaba que esos indios remotos eran sujetos de un derecho natural y divino sobre el cual el Rey de España no tenía autoridad ninguna, ni podía entrar por la mera fuerza. Si eso no es un aporte

a la civilización europea, si eso no es la raíz misma de toda posible civilización traducida en normas de vida justa para los pueblos, ¿qué es?, me pregunto yo.

Y si la creación de todo un mundo nuevo en América no forma parte del proceso de la civilización occidental ni influye en él, ni trajo el oro, ni trajo la papa, ni trajo las buenas costumbres, ni trajo el desarrollo económico, ¿qué significa entonces la historia de la civilización?, me pregunto yo, sino una contemplación ociosa de diletante en alguna sala de museo poco frecuentada por la gente.

Pero es que hay mucho más. España, más tarde, cuando estalla el cisma luterano, se hace la cabeza y el centro de un vasto movimiento que se llama la Contrarreforma. La Contrarreforma no es solamente la lucha que encabeza Ignacio de Loyola con la Compañía de Jesús contra el cisma luterano. Este es sólo un aspecto. Es además todo un estado de ánimo espiritual que se traduce en una arquitectura y en un arte que es el barroco.

La creación del barroco es uno de los grandes aportes que hace el mundo de la Contrarreforma, dirigido por España, a esa situación. Y dentro de ese mundo del barroco, España crea una inmensa literatura. Crea en primer lugar un teatro, que es uno de los más valiosos del mundo. Posiblemente la civilización occidental no ha creado sino cuatro grandes personajes literarios, que son: Hamlet, Fausto, Don Quijote y Don Juan. Dos son españoles, Don Juan y Don Quijote. Don Juan es una creación de ese extraordinario teatro del Siglo de Oro español que influyó en toda Europa, en el nacimiento y en la formación del teatro francés clásico, y Don Juan ha sido un personaje universal. El señor Clark debe recordar que uno de los grandes poemas del gran poeta romántico inglés Byron se llama precisamente «Don Juan», y no se llama con otro nombre sino con el nombre español que le puso Tirso de Molina a la creación extraordinaria de ese personaje que no se ha agotado nunca. Y en cuanto al Quijote de Cervantes, es una de las creaciones literarias más extraordinarias del mundo, es una de las penetraciones más profundas de la contradicción del ser humano, es uno de los grandes libros, si se va a hablar de pensamiento, donde eso que hoy llamaríamos el pensamiento existencial o existencia está dicho y concebido y puesto a andar antes de la letra.

Además de esto, existe todo el arte español que viene posteriormente a ese momento. Existe, por ejemplo, para no hablar de más

nadie, Velázquez. No lo nombra casi Clark. Es curioso. La primera vez que nombra a América es para decir que Jefferson, presidente de los Estados Unidos, construyó un palacio neoclásico en Virginia. Todo lo que pasó en los tres siglos anteriores no le interesa. Tampoco se detiene en Velázquez, ni siquiera en *Las Meninas*, que es una de las obras más prodigiosas de la pintura. El filósofo francés Michel Foucault ha creado toda una interpretación filosófica de lo que es la situación del hombre al través de lo que expresa Velázquez en *Las Meninas*, porque es un cuadro que se sale del cuadro y que mete al espectador dentro de él, en que lo que se está pintando no está en el cuadro, sino fuera del cuadro, y en que lo que parece el tema es la anécdota que no forma parte del tema que no alcanzamos a ver sino en un reflejo de espejo que está en el fondo. Esto, sencillamente, no parece formar parte de la civilización occidental, a pesar de que expresa, de un modo extraordinario, en el gran libro ese del arte que consideraba fundamental Ruskin y que invoca el señor Clark, la hechura del arte español.

Hay más. El gran movimiento de renovación de las artes europeas que ocurre en la segunda mitad del siglo XIX es el impresionismo. El impresionismo fue el punto de partida de todo el inmenso cambio que ha sacudido la plástica del mundo occidental, abandonando unas normas y unos patrones de arte para buscar, adaptar y proclamar otros, Ese mundo del impresionismo tiene su raíz en España. La raíz fundamental del impresionismo está en Goya, en su maravillosa manera de pintar, en sus hallazgos técnicos y en la manera como expresó los valores, usó los volúmenes y entendió la composición. Los grandes creadores del impresionismo francés, como Manet, no hacían otra cosa que estudiar a Goya e imitarlo. No se podría escribir la historia extraordinaria del impresionismo sin hablar de Goya.

Esto bastaría para que nosotros tuviéramos, a vuelo de pájaro, una idea de la inmensa mutilación que significa sacar del mundo hispánico la creación del Nuevo Mundo, todos estos inmensos aportes que van desde la alta Edad Media hasta nuestros días y ponerlos del lado afuera, porque no es tampoco un accidente que a la hora de pasar revista a la última etapa del gran arte de Europa no se pueda escribir sin los nombres de algunos españoles capitales. Yo me pregunto, ¿cómo podríamos hablar de lo que está pasando en nuestros días en las artes —y que debe conocer muy bien el señor Clark a pesar de que era director de un museo muy conservador, como la Galería Nacio-

nal de Londres— sin nombrar a Picasso con su culto totémico del toro, tan hispánico, que ha sido la influencia central de toda la evolución del arte europeo de todos estos últimos tiempos? ¿Cómo se podría hacer sin hablar del cubismo que junto a Picasso y otros creó otro español llamado Juan Gris? ¿Cómo se podría hablar del surrealismo que tiene penetrado hasta el tuétano una gran parte de la evolución del arte de nuestros tiempos, sin nombrar a otro español que se llama Dalí y cómo se podría hablar del arte abstracto, de toda esa creación de objetos del arte no representativo, sin nombrar a Juan Miró? Picasso, Gris, Miró, Dalí, son cuatro nombres hispánicos. Picasso no es un español accidental que se formó en la escuela de París, sino un español fundamental que influyó y determinó el rumbo del arte que se estaba haciendo en Francia y el mundo, gracias a sus raíces hispánicas y a su manera hispánica de entender el mundo.

A mí me parece que ésta es una mutilación inadmisible, que es una injuria gratuita, que es una ofensa inocente basada en una suma de viejos prejuicios de superioridad complaciente, que le permite a un profesor inglés hacer un programa de televión de gran prestigio en el mundo y un libro de gran éxito de librería, en el que simple y llanamente dice: «Este libro trata de la civilización y podemos escribirlo sin necesidad de nombrar al mundo hispánico», es decir, los doscientos cincuenta millones de hombres que constituimos, de un modo o de otro, con nuestras peculiaridades y nuestras variantes y nuestras antinomias, eso que se llama el mundo hispánico. El mundo de esta gran lengua de cultura que es el castellano, según el señor Clark, puede quedar fuera de una rigurosa historia donde, sin embargo, cabe la casa del presidente Jefferson en Virginia.

Este es el tipo de cosas contra las cuales hay que reaccionar no iracundamente, sino objetivamente, porque si no iremos siendo colocados en una especie de degradación o de degrado intelectual o moral, pueblos que han contribuido tanto como el que más, no por el camino de la creación científica, que es una vía o un aspecto de la civilización, sino por los tres grandes libros de la civilización de que hablaba John Ruskin, inglés más abierto y comprensivo que el señor Clark. En el libro de los hechos, en el libro de las palabras y en el libro de las artes del mundo occidental, no se puede escribir ni una página sin tener que nombrar al mundo hispánico.

Vasallaje intelectual

El hecho ineludible de que los hombres pertenezcamos por el nacimiento y aún más por el vivir a un país y a una localización regional, tiene consecuencias importantes en todos los individuos, pero de manera especial en los artista y escritores.

Es necesario que tengamos que percibir el mundo desde el punto en que estamos, y que participemos de los usos, las maneras y los juegos de valores de la sociedad en cuyo seno nos hemos formado. Por eso, tal vez, no sea posible para nadie llegar a alcanzar la abstracta condición de un universalismo sin matices, Todos, en mayor o menor grado, tenemos que ser de un lugar y un tiempo, y lo somos aun en aquellos casos en que nos colocamos deliberada y negativamente contra ese lugar y ese tiempo.

Muchos artistas y literatos que se esforzaron en ser decidida y voluntariamente cosmopolitas, como ocurrió con muchos de los Modernistas hispanoramericanos, al través de todas las imitaciones y disfraces, no hicieron otra cosa que presentar y afirmar la condición específica de su origen y formación. Los abates y princesas de Rubén Darío, eran la utilería y el decorado barroco y mestizo del teatro intelectual propio de un hombre de su condición.

Tanto riesgo hay en proponerse ser inconfundiblemente cosmopolita, riesgo de desabrimiento y superficialidad, de convención y de falsedad, como en empeñarse en ser furiosamente autóctono, riesgo de caer en el costumbrismo y en la complacencia lugareña. Ambas son «poses» y por lo tanto no corresponden a la actitud vital de los verdaderos creadores del arte y literatura.

La verdad es que los hombres no podemos eludir el lugar y el tiempo al que pertenecemos y que, en muchas de las más grandes creaciones humanas, está viva y determinante la presencia de esas condiciones inmediatas de la subjetividad.

Para no hablar del Dante y de su estrecha vinculación a una hora de Florencia, nos bastaría considerar algunos de los casos más extraordinarios y valiosos de nuestro tiempo. Joyce amaba poco a su Irlanda natal y a su gente y se convirtió en un exiliado voluntario en la Europa continental, sin embargo su obra está centrada en Dublín y es con personajes y ambientes de esa ciudad con los que creó la prodigiosa fábula universal de sus grandes novelas. Toda la obra de Proust es la glosa amarga y amorosa de una *coterie* social de la Francia de la *Belle Epoque*. El tema y los personajes de Faulkner pertenecen a la pequeña región del Sur americano en que se despertó su juventud. El caso no es distinto en muchos de los grandes artistas plásticos. Los grandes impresionistas pintaron sus lugares de paseo, sus amigos, sus talleres. El gran cuadro de Monet *La Terrasse de Saint Adresse*, que acaba de ser comprado por el Museo Metropolitano de Nueva York por más de un millón cuatrocientos mil dólares, no es otra cosa que una escena familiar de su padre y sus parientes en el jardín de la pequeña propiedad sobre la playa que visitaba en las vacaciones. Los temas y los personajes de toda la obra universal de Picasso se pueden reducir a una veintena de sitios, situaciones y gustos de un español afrancesado: el circo, las corridas de toros, la guerra civil, las lechuzas, las cabras, las mujeres que ha amado sucesivamente, el periódico que leía en 1913, la guitarra, la compotera, las frutas.

Para un escritor o un artista es ciertamente peligroso aislarse del mundo y de lo que, en escala mundial, ocurre en su tiempo, pero no es menos peligroso querer ser un hombre de todos los meridianos y del último minuto internacional.

Esta decisión, que está llena de dificultades para el creador individual en el pequeño e integrado mundo en que vivimos, es aún más

compleja y grave cuando se la puede adoptar como orientación de la actividad cultural de un país.

Fomentar un nacionalismo cerrado podría condenar al atraso, a la ignorancia y al provincianismo. Y hasta, en casos extremos, a la exaltación de la mediocridad y el fomento de falsos valores.

Pero también una excesiva actitud cosmopolita puede llevar a la esterilización y a la negación de lo nacional y a crear, fatalmente, una conciencia vasalla y dependiente y un estado de ánimo colectivo de evitdente complejo de inferioridad.

Algo de esto último está comenzando a ocurrir en Venezuela en los últimos tiempo. Del desdén y el menosprecio estamos pasando a la crasa ignorancia de lo nacional. Basta leer los suplementos literarios de los periódicos y las publicaciones especializadas para advertir de inmediato el predominio de lo extranjero y el relegamiento de lo nacional. Son más las firmas extranjeras que las nuestras y son muchos más los artículos sobre autores extranjeros que sobre los nacionales. Se hace poca crítica seria sobre lo nacional y es difícil para el lector corriente llegar a saber si en Venezuela se escribe algo que valga la pena de leer. En todas las formas se alaba, exalta y recomienda la obra de autores de otras nacionalidades, como si, implícitamente, se quisiera decir que en Venezuela no hay ni escritores, ni literatura digna de ser leída. Se ha llegado a crear, falsamente, la impresión de que no tenemos literatura o de que la que teníamos ha entrado en una final crisis de muerte.

Son las publicaciones nacionales la fuente más fidedigna e inmediata de que se dispone para conocer una literatura. En las publicaciones holandesas se habla principalmente de libros y autores holandeses y en las de México de mexicanos. La fama y el interés por ciertos autores arrancan de la difusión que de sus nombres hacen las publicaciones nacionales. Quien desde el extranjero lea, sin otro conocimiento, una revista cultural de Venezuela encontrará artículos y elogios sobre Sartre, Neruda, Eliot, Robbe-Grillet o John Updike, pero muy poco sobre ningún escritor venezolano.

¿Cómo podríamos extrañarnos de que comience a haber cierto desdén en publicaciones y editoriales extranjeras sobre la literatura de los venezolanos si nosotros mismos somos los primeros en negarle importancia y silenciarla?

En estos días, en el suplemento literario de un diario de Caracas se publica, como recomendación a los lectores, la lista de libros que

habían tenido más demanda en las librerías de Caracas. Sobre quince libros enumerados tan sólo uno era de autor venezolano. No puede darse una más pobre imagen de la situación literaria de un país.

Con este espíritu de pasivo vasallaje, de admiración a lo foráneo y de desdén por lo nacional, no creo que vamos a lograr nada positivo para Venezuela. En ningún otro país se sigue este negativo ejemplo, sino que, por el contrario, se comienza por dar consideración a lo nacional. ¿Si los venezolanos no nos ocupamos de lo venezolano, a quiénes vamos a delegar la tarea de hacerlo?

Yo no creo que la literatura venezolana merezca este desdén, casi unánime, que le estamos haciendo entre todos. Ni que sea indiferente y no haya de tener negativas repercusiones en la formación de una conciencia nacional este desatado cosmopolitismo y este vasallaje en que nos vamos colocando en actitud suicida. Como si en este país no hubiera hombres de pensamiento y valiosa literatura de ayer y de hoy y tuviéramos que importar, junto con la harina y los licores, las ideas y el arte de escribir.

Una galería de insurgentes

Al hojear la historia colonial de Venezuela, el personaje con quien se tropieza con más frecuencia es el insurgente. A cada vuelta de página, a cada tiempo de calendario, aparece con sus ojos encendidos, sus palabras de protesta, su gesto de inconformidad. Debieron ser muchos para que tantos se manifestaran. Los más debieron quedar en el silencio de la no acción, en sellados repartimientos de esclavos, en mudas protestas de criollos ricos, en inconformidades de litigantes y hasta en mandas de testamento. Hay codicilos que son casi el roto eco de una proclama que no llegó nunca a escribirse. Tratan en alguna forma de hacer la justicia que anhelaron y no se atrevieron a cumplir en vida en toda su exigente singularidad.

La insurgencia, visible o soterrada, es el reverso constante de la sociedad colonial. El esclavo que se fuga, el indio que se vuelve al monte, el cuatrero, el alzado, el bandido popular, las células de la antisociedad, como los «cumbes» negros que se formaban en la soledad de los bosques impenetrables, los pasquines anónimos, el carácter de conmoción social, de algunos incidentes, como los del cambio de un gobernador, los de la promoción de un pardo, los de las disposiciones de un obispo, revelan claramente que en el seno de aquella

sociedad, que a primera vista parece quieta y conforme, había posiciones tomadas y divergencias activas.

Los rostros que aparecen con más frecuencia son los de las razas oprimidas. Negros esclavos, indios reducidos a servidumbre, pardos descastados. Desde que se introduce la esclavitud negra aparece con ella la revuelta. El ancho país salvaje y despoblado ofrece duras pero ciertas posibilidades de fuga. El negro se alza, ocasiona daños, se hace cimarrón y forma un «cumbe» como base de operaciones. No sólo es el negro, sino el indio y el mestizo. En las insurrecciones negras toman con frecuencia parte los indios. Antes habían luchado solos. Tienen viejos resentimientos que reclamar contra el gobernador, contra el encomendero y contra el misionero. A fines del siglo XVIII hubo regiones agrícolas que quedaron en manos de estas poblaciones alzadas que mantenían muy tenues relaciones con la autoridad española. Humboldt se refiere a una «república de zambos, descendientes de negros e indios».

También el español había cobrado un nuevo sentido en la tierra nueva. En pleno siglo XVI aparece Lope de Aguirre, vizcaíno de Oñate, conquistador del Perú, cristiano viejo, hijo de sus obras, en quien toma cuerpo de manera trágica la querella fundamental: ¿de quién son estas tierras, de quienes las hallaron y al precio de inmensos trabajos y de continua lucha las sometieron y supieron hacer tangibles y crecientes sus beneficios, o del invisible rey lejano y de sus demasiado visibles y tiránicos bachilleres y oidores que venían a recabar una herencia que ni estaba abierta ni les pertenecía? Era la antinomia fundamental que está inscrita en el apóstrofe verdadero o imaginado de Cortés a Carlos V: «un hombre que os ha dado más tierras que todas las que os dejaron vuestros abuelos».

No falta el colono tardío que se da con extraordinaria claridad en el caso del canario Francisco de León. Poco se ha escudriñado todavía sobre la inmensa significación de las Canarias en los siglos fundadores de América. Fueron la cabeza de puente, la puerta y el preámbulo del Nuevo Mundo en hombres, usos, artes, flora y lenguaje. Francisco de León se hace mente y brazo, a mitad del siglo XVIII, de la más seria insurrección contra la política imperial de la corona española. En los papeles de su empresa se habla del común, como un comunero del viejo tiempo, pero también por primera vez se escribe al nombrar la nueva tierra «nuestra patria».

Más tarde quienes recaban la herencia son los criollos, los descen-

dientes de los conquistadores y de los colonizadores, los herederos de las tierras y las querellas, que empiezan a conocer y a utilizar una nueva ideología y una nueva retórica que le ha suministrado el racionalismo contemporáneo. La nueva filosofía no sólo llega, como románticamente se ha dicho, como contrabando al través de las Antillas extranjeras, sino que desde los primeros Borbones penetra abiertamente en la enseñanza universitaria. Por los años en que nace Bolívar un profesor de la Universidad de Caracas explicaba en su cátedra la «moderna filosofía», que no era otra cosa que el sensualismo racionalista y la abierta refutación del aristotelismo escolástico. Por el mismo tiempo se escribían tesis universitarias sobre el pensamiento de Descartes, Malebranche, Spinoza, Leibnitz y Condillac.*

La insurgencia será revolución y tendrá una ideología que será republicana, racionalista, igualitaria y enciclopedista. Sus campeones serán los ricos propietarios, los criollos de clase alta, aquellos a quienes los pardos se habían acostumbrado a tratar como «mantuanos» y que ahora, en detrimento material de la herencia, se iban a convertir en padres de la independencia y de la república.

Pero hay una continuidad en la actitud levantisca que arranca de sus remotas raíces.

LOS CACIQUES

En el año de 1570 un destacamento, al mando de Pedro Alonso Galeas y Garci González de Silva, logró apresar en el borde oriental del Valle de Caracas al rebelde cacique de los indios mariches, Tamanaco.

Galeas, que había sido uno de los marañones de Lope de Aguirre, llevaba tiempo incorporado a la conquista de la región y era uno de los primeros vecinos de la reciente villa. González de Silva era más nuevo, pero ya se destacaba como uno de los más aguerridos y brillantes capitanes. La leyenda se iba a apoderar pronto de su nombre que más tarde, como imperecedero monumento, iba a servir para designar al gonzalito, un bello pájaro de oro y carbón del bosque tropical.

---

* Ver: Caracciolo Parra. *Filosofía universitaria venezolana. 1788-1821*. Caracas, 1934.

Los capitanes propusieron al vencido Tamanaco darle la libertad si salía vencedor en lucha con un perro de presa. Con los caballos, los arcabuces, las armaduras y la vihuela, vinieron también perros de guerra para la lucha con el indio. El cacique aceptó y el combate se efectuó en medio del ruedo formado por la tropa. Armado de su macana Tamanaco esperó la acometida del perro. El combate fue breve. El feroz animal logró derribar al indio y ya en tierra, con seguras dentelladas, lo acabó y logró separarle la cabeza del tronco.

Terminaban así quince años de lucha incesante para lograr la fundación de Caracas. La resistencia de los indios fue decidida y sin tregua. Desde que en 1555 el mestizo Francisco de Fajardo, valido de su parentela indígena, penetró en el alto y fresco valle, no había sido posible mantener el establecimiento. Las tribus de los Toromainas, Teques, Tarmas y Mariches no se dejaron someter por el conquistador. Continuamente se reponían y volvían al ataque del minúsculo asiento.

Eran indios de raza caribe, de aquel legendario pueblo migrante y guerrero que, partido de las selvas del sur, sojuzgó un vasto territorio y se aventuró a recorrer en navegaciones de saqueo las Antillas. «Carina», que era el nombre que se daban en su habla, vino a quedar como una reliquia de espanto en las lenguas europeas. Colón se lo oyó pronunciar con horror a los mansos taínos de la Española. De esa primera voz nació la palabra caníbal que pobló la imaginación de los occidentales. Cuando Shakespeare va a personificar el espíritu de los terrestres lo llama Calibán. Fue el más alto y noble eco que el nombre de los Caribes alcanzó en la literatura de Europa.

La conquista del valle de Caracas fue tardía y fue larga y sangrienta. Ocurre medio siglo después de los primeros establecimientos de Cubagua y en la costa de Cumaná y pasada una generación desde que los alemanes venidos a Coro habían fracasado en la búsqueda de El Dorado.

Fajardo falló tres veces en el empeño, a pesar de todas las obvias ventajas que significaba su sangre indígena y su dominio de las lenguas locales. Todas las expediciones partidas de la región de El Tocuyo y Barquisimeto habían fracasado cuando el gobernador Alonso Bernáldez, el tuerto, a quien sus contemporáneos llamaban Ojo de Plata por la esfera opaca que llevaba en lugar de la pupila vacía, designó al capitán Diego de Losada en 1567 para llevar a buen término la vieja empresa malhadada.

Losada logra hacer la fundación final y definitiva, Pone el rollo, traza las calles, designa los corregidores y bautiza, en el espacio abierto y en el porvenir desconocido, la nueva villa con el nombre de Santiago de León de Caracas. Pero la guerra con el indio no terminó. Guaicaipuro, el cacique de los Teques, continuó en su implacable resistencia. Sin embargo, no eran muchos. Los cálculos más favorables estiman que la población indígena del valle para el época de la fundación de la ciudad no debía sobrepasar los diez millares. Estaban además dispersos en distintas tribus sin jefatura única, habitando en apartadas y pequeñas aldeas. Pero pronto se reponían de las peores derrotas y reapaecían poco tiempo después en emboscadas y asaltos que costaban vidas de españoles y ruina de sementeras.

Por medio de un ardid Losada logró destruir a Guaicaipuro. Un destacamento suyo sorprendió una noche la ranchería del cacique. Cercaron el bohío, dispararon concentradamente y, por último, prendieron fuego a la choza de paja. Como una salamadra de heroísmo Guaicaipuro cayó combatiendo entre los disparos y las llamas, con una espada española en la mano.

Sólo tres años más tarde, ido ya Losada, con la prisión y muerte de Tamanaco, termina la larga resistencia de los indios.

Esa actitud de feroz defensa de la tierra no va a ser baldía. Va a dar un ejemplo y crear una resistencia. Nunca más se olvidará el nombre de aquellos caciques. En ellos se afirmaba y tomaba tosca forma un instinto fundamental de posesión de la tierra. Fueron cronológicamente los primeros insurgentes, los rebeldes originales, los desesperados antagonistas de un orden que no les pertenecía.

El perro de Garci González de Silva, que por un curioso azar se llamaba Amigo, arrancó la cabeza de Tamanaco, pero no el sentimiento de insurgencia que iba a tener tan larga descendencia y tan importante papel en una historia de tres siglos.

EL REY NEGRO

En el año de 1550 trajeron ochenta esclavos para laborar las minas de oro recién descubiertas en el sitio de San Felipe de Buria, en las soledades del occidente de Venezuela, cerca de la recién fundada Barquisimeto y a poca distancia del ya más consolidado asentamiento de El Tocuyo.

Ya tenían alguna experiencia en el laboreo de minas en la isla Española, y sobre su trabajo fincaban los escasos vecinos la esperanza de salir de tanta estrechez como habían padecido. No era fácil someter a trabajo rudo a los indios, la tierra rendía poco y más se vivía de esperanzas y angustias que de realidades.

Aquellos ochenta esclavos eran parte de los que desde comienzos del siglo habían comenzado a llegar a las Antillas por obra de los corsarios ingleses y de los traficantes portugueses. Venían de la costa de Guinea y pertenecían a varias naciones africanas, con lenguas y culturas distintas. Ya desde 1528, al concederse a los Welser la gobernación de Venezuela, se les dio autorización para importar cuatro mil esclavos al nuevo país. No llegó a cumplirse esta provisión, pero en una u otra forma, legal o clandestinamente, por licencia real o por negocio de «navíos grandes y pequeños de ingleses, que se entiende ser luteranos, los cuales venían cargados de negros y lencerías y otras cosas», como algún oidor informaba al rey, fueron llegando los negros al Nuevo Mundo.

Traían su mundo cultural, su magia, sus creencias, su hostilidad de víctimas y su ansia de libertad. El trabajo de las minas de aluvión era duro. Los capataces españoles asignaban una cantidad mínima de oro por jornada y azotaban al negro que no lograba extraerla.

Entre esos negros llegados en 1550 a Buria estaba uno llamado Miguel. No sabemos de qué nación era, ni cuál había sido su vida antes de llegar allí. El cronista Aguado nos dice apenas que era «negro muy ladino en la lengua castellana y aun rresabido y entendido en vellaquerías».

Poco sabemos de lo que se hablaba y sentía en aquellos campamentos primitivos de esclavos, de su contacto con los indios y los españoles, de las formas de adoctrinamiento religioso a que se les sometía y de las relaciones más o menos clandestinas de sociabilidad que surgían entre ellos. Miguel, a quien debió ser impuesto en el bautizo ese nombre, tenía mujer, llamada Guiomar, y un hijo pequeño.

Miguel entra a la historia el día en que un capataz lo castiga en el trabajo. No lo tolera, echa mano a una espada y huye. Huye a la extensión boscosa y desierta. Desde allá comienza a buscar a los otros negros para que se le reúnan. Con un grupo de éstos y algunos indios establece un *cumbe* africano en las orillas del río San Pedro. Allí concibe y comienza a realizar su proyecto. No va a ser un fugitivo, sino que quiere apoderarse de la tierra y arrebatarla a los españoles.

Constituye su propia legitimidad al proclamarse rey, al designar reina a su mujer y príncipe a su hijo, nombra su casa real y designa un obispo. Era el embrión de la constitución de un Estado.

De allí pasó a la acción. Con los esclavos que se le habían sumado y algunos indios que hizo tiznar el negro marchó sobre las minas, mató a los españoles que allí estaban y se apoderó de armas y pertrechos.

La rebelión pasaba a constituir un hecho político. Miguel anuncia entonces su intención de atacar y tomar el pueblo de Barquisimeto. Del triunfo de esa acción va a depender la creación y mantenimiento, por lo menos por un tiempo, de un estado africano en tierra americana.

El ataque a Barquisimeto se produce. Ya eran cerca de ciento ochenta hombres. Luchan con denuedo y causan grandes daños, pero se ven obligados a retirarse al «cumbe». Es entonces cuando los acobardados vecinos de El Tocuyo resuelven encomendar en 1552 a Diego de Losada, futuro fundador de Caracas, organizar una fuerza y exterminar a Miguel y a sus gentes.

Es lo que logra Losada, hábil y resueltamente, al sorprender el campamento del rey negro con toda la furia de sus armas. Miguel perece en el combate y su gente cae prisionera o se desbanda.

Con esto no termina la hazaña del insurgente africano en el Nuevo Mundo. Su nombre y el eco de su ejemplo van a quedar en la memoria de las esclavitudes alumbrando esperanzas y alimentando resentimientos. Muchos «cumbes», menos historiados y con mejor perspectiva de proyecto que el de Miguel, van a surgir en tierra venezolana y como consecuencia directa de su acción se precipitó la larga insurrección de los indios jirajaras, que se mantuvieron por cerca de un siglo y de los cuales eran herederos los cimarrones negros y los indios alzados, de quienes Humboldt tuvo noticia como la «república de los zambos y mulatos» de Nirgua.

En esos «cumbes» y «quilombos», que motearon la vastedad americana desde la llegada del negro, se forman las células más vivas y activas de la trasculturación. Por debajo del lenguaje acompasado de las Reales Ordenes, por detrás del aparato ceremonial de gobernadores y obispos estaba en fermento activo la formación de una sociedad pugnaz y contradictoria. El negro cimarrón es el más continuo ejemplo de rebeldía en la vida colonial. De los corrales de las caso-

nas, de los patios de las haciendas se escapaban incesantemente en busca de la libertad.

No sabemos exactamente lo que pensaban, cuál imagen de orden deseable traían de su pasado africano, cuál era el reino y cómo esperaban implantarlo en aquellos campamentos de miedo y lucha donde se congregaban.

El indio había luchado por defender su libertad y el negro para ganarla. Eran dos disidencias con distinto signo. Las autoridades reales pusieron mucho empeño en separarlas y disociarlas. Se procuraba aislar a los indios y a los negros pero, a la hora de la revuelta, el negro y el indio, o el indio tiznado de negro como en el caso de la gente del rey Miguel, coincidían.

Podría rastrearse el hilo de esa mantenida insurgencia de la esclavitud cimarrona a lo largo de todo el período colonial como una de las fuentes de las que se va a nutrir el caudal de la identidad criolla y la voluntad de independencia. A ratos, curiosamente, se mezcla con otras, como en el caso de la colaboración frecuente de los negros cimarrones con los corsarios ingleses y franceses y con los contrabandista de las Antillas extranjeras.

Aquel reino que buscaba fundar Miguel fue la primera visión negra de un Nuevo Mundo. Se iba a fundir y mezclar a lo largo de los tres siglos con otras distintas, iba a recibir la ideología contrabandista, e iba a sentirse incorporado a la tierra con su vieja e insatisfecha hambre de posesión.

El primer himno de libertad americana lo formó el eco de los tambores africanos con que celebraban su desesperada rebelión los cimarrones de los «cumbes».

LA QUERELLA DEL CONQUISTADOR

América fue conquistada por los conquistadores. A sus expensas, a su propio riesgo, con los escasos recursos que podían reunir, con medios desproporcionadamente pequeños, casi sin ayuda, ni sostén, del Gobierno real. La Corona española arriesgó y puso muy poco en la empresa de las Indias. Por su cuenta y riesgo, a ratos en desesperada búsqueda personal, hicieron sus expediciones y conquistas Pedrarias, Balboa, Cortés y Pizarro. Después que la tierra estuvo dominada y un gobierno de ocupación establecido, intervino la Co-

rona con sus bachilleres, sus teólogos, sus juristas, sus oidores y sus Virreyes.

Esto, tan obvio y tan poco visto, constituye el primer y fundamental conflicto de la creación del Nuevo Mundo. El establecimiento del Imperio español no fue una empresa del Estado en ultramar que despojó a los indios de sus posesiones materiales y morales, sino el expolio que la Corona hizo posterior y fríamente de la obra de los conquistadores.

Fue el conflicto en que pereció Balboa, en que fracasó Cortés, y en el que se sacrificaron uno detrás de otro, como en el orden ritual de una tragedia, los hermanos Pizarro.

La cuestión era simple y grave. ¿De quién era América? La respuesta del derecho natural no dejaba dudas. Era de quienes la habían adquirido por un hecho de conquista. Ese hecho no fue obra de la Corona española, sino de aquel puñado de aventureros que jugándoselo todo se lanzaron a la increíble aventura que en cuarenta años los hizo dueños de todo un continente.

Cuando la tierra estuvo sojuzgada y pacificada entró en acción el Estado. Se reunieron los cortesanos, llamaron a teólogos y juristas, surgió la Casa de Contratación, el Consejo de Indias, las leyes, las pragmáticas, hechas y dictadas por hombres que nunca habían cruzado el Atlántico. Más pudo el Obispo Fonseca que Hernán Cortés. Un funcionario taciturno y arbitrario como Blasco Núñez Vela, con sus sellos y su campanilla vino a arrebatar el Perú a los conquistadores.

Este conflicto del despojo inicial estableció una fisura nunca cerrada entre España y las Indias, entre la remota Corona con sus funcionarios a uno y otro lado del Atlántico, y los conquistadores y sus descendientes, en la remota y desconocida tierra.

Nadie, de manera más dramática y elocuente, personificó y expresó este conflicto que aquel oscuro aventurero de la conquista que se llamó Lope de Aguirre.

Vizcaíno de Oñate llegó tarde a las Indias. Todos los centros de conquista estaban establecidos y los grandes territorios de la riqueza sometidos en su mayor parte. Hizo opacamente todo el recorrido de la historia americana. Del Guadalquivir pasó a la Española como Colón. De la Española a Tierra Firme siguiendo las huellas de Ojeda, de Balboa, de Pedrarias Dávila. Anduvo por la recién fundada Cartagena, llegó a Panamá y por el camino de los Pizarro alcanzó Lima. Debió aparecer, con sus recomendaciones y sus codicias, en el mo-

mento final de la lucha entre almagristas y pizarristas. Se jugaba a las espadas y a los dados la riqueza de la nueva tierra. Vegetará por años en segundonerías. Toma parte en la lucha contra Gonzalo Pizarro y lo ve ejecutar bajo el peso de sus sueños de señorío. Blasco Núñez Vela y Pedro de la Gasca, le enseñan duramente todo lo que se puede esperar de la Corona. Lo que se había ganado con la espada empieza a ser reducido o arrebatado con ordenanzas de Gobernadores, leyes de Castilla y pergaminos del Rey.

El Perú de los primeros virreyes no le deja sino desengaños. En el año de 1559 el marqués de Cañete, acaso para alejar la gente levantisca que lo asediaba, organiza bajo el mando de Pedro de Ursúa una última y desesperada expedición en busca de El Dorado. Allí entra Aguirre, ya envejecido, cojo, lleno de resentimientos, acompañado de una hija que ama y cela y de una oscura mujer llamada la Torralba.

No creía Aguirre en El Dorado. Si va en aquella expedición al través de los Andes, para llegar al Amazonas y construir en él los barcos para la expedición, no es porque espere hallar en alguna ribera del gran río las amazonas que entrevió Orellana, o los indios Omaguas que guardan la ciudad de oro que resplandece en lo más inaccesible de la selva tropical, sino porque piensa que hay modo de apoderarse de aquella expedición y regresarla sobre Lima desprevenida para adueñarse del Perú, que era suficiente Dorado.

No era hombre ordinario. Medio letrado, medio bachiller, tenía sus ideas sobre el derecho y sobre el destino de las nuevas tierras y un odio inmenso por la hipocresía de los oficiales de la Corona y los frailes. En manos de ellos se iban a perder las Indias para los conquistadores primero y luego para el rey.

En una increíble sucesión de actos de temeraria y criminal audacia mata a todos los que podían oponérsele y un día de 1560, con sus flacos bergantines, después de descender el Amazonas y atravesar buena parte de la costa del Atlántico, surge en la Isla de Margarita frente a la costa de Venezuela.

No ha desistido del propósito. Con una desmesurada visión, cortesiana o pizarresca, se propone abrirse paso al través de medio mundo, tomando por sorpresa las villas coloniales, para regresar a Lima y apoderarse finalmente del Perú.

Con su puñado de marañones, en desafío abierto de la realidad y de la fortuna, se propone atravesar a Venezuela y a la Nueva Granada. Desde la recién fundada Valencia en un valle de la cordillera de

la costa venezolana, y antes de perecer, obcecado en su empeño, ante los soldados del gobernador, cerca de Barquisimeto, por las mismas tierras en que pocos años antes había alzado su desesperada rebelión el negro Miguel con su puñado de esclavos, escribe a Felipe II una carta que es uno de los más extraordinarios e impresionantes documentos de todo el proceso de la conquista.

Al taciturno Austria acaso debió llegar un día, cuando ya estaba cortada la cabeza de Aguirre y borrada la semilla de su insurgencia, aquella extraña misiva que no podía tener respuesta.

En ella, en un lenguaje cálido y espontáneo, está expresada la querella del conquistador en su último y agónico estallido, para decir lo que tantos habían pensado y lo que tanta sangre y sufrimiento hubo de costar. Era la palabra de los alzados, los decapitados y los vencidos.

En la hora de desnaturalizarse y proclamarse rebelde hasta la muerte saluda al hijo del César: «Rey Felipe, natural español, hijo de Carlos invencible, Lope de Aguirre, tu mínimo vasallo, cristiano viejo, de medianos padres y en mi prosperidad hijodalgo, natural vascongado, en el reino de España, en la villa de Oñate vecino».

Hace recuento de los males y los atropellos que los conquistadores habían sufrido a manos de los oficiales reales, para decir con altanero énfasis:

> Mira, mira Rey español, que no seas cruel a tus vasallos ni ingrato, pues estando tu padre y tú en los reinos de España, sin ninguna zozobra, te han dado tus vasallos a costa de su sangre y hacienda tantos reinos y señoríos como en estas partes tienes, y mira rey y señor que no puedes llevar con título de rey justo ningún interés destas partes donde no aventuraste nada, sin que primero los que en ella han trabajado y sudado sean gratificados.

Así pensaban todos «los que habían trabajado y sudado» en la terrible aventura de la conquista del rey que «no había aventurado nada».

En su dramático recitativo, como si se sintiera por un momento en la escena del teatro de la historia, clama más adelante en la larga carta: «Ay, ay, qué lástima tan grande que César y Emperador tu padre, conquistase con las fuerzas de España la superba Germania y gastase tanta moneda llevada destas Indias descubiertas por nosotros, que no te duelas de nuestra vejez y cansancio siquiera por matarnos la hambre un día».

Al concluir reitera el dolido reclamo:

> ...Dios Nuestro Señor te aumente siempre y ensalze en prosperidad contra el turco y franceses y todos los demás que en esas partes te quisieren hacer guerra, y en estas nos dé Dios gracias que podamos alcanzar con nuestras armas el precio que se nos debe, pues nos ha negado lo que de derecho se nos debía. Hijo de fieles vasallos tuyos vascongados, y yo, rebelde hasta la muerte por tu ingratitud. Lope de Aguirre el Peregrino.

Así establece su deslinde histórico y su derecho, en vísperas de sucumbir en la descomunal empresa, y pone al firmar, como un epíteto de la vieja época o como una imagen de su trágico destino, el Peregrino. El que va en busca de la verdad, el extranjero, o acaso el solitario.

¿De quién era América? Sin sombra de duda Lope de Aguirre lo sabía, y esa creencia quedó latente o activa como parte de la situación histórica del hispanoamericano.

«DEFENDER NUESTRA PATRIA»

Entre las afrancesadas novedades que la nueva dinastía de los Borbones trajo al imperio español estuvo la fundación de compañías de monopolio comercial para el fomento y aprovechamiento de las tierras de ultramar. Así se fundó en 1728 la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas a la que se dieron los más amplios privilegios en materia de agricultura y comercio y se encargó de perseguir y exterminar el contrabando que desde mucho tiempo atrás se venía haciendo con la isla holandesa de Curazao.

Fue Venezuela una de las provincias más pobres del imperio español. Ni ricas tierras, ni viejas civilizaciones estratificadas sobre las cuales asentarse, ni minas de buen rendimiento. Los dos primeros siglos de la Gobernación son de miseria y desesperanza. Todo lo que sale en las crónicas y en los documentos de la época es un clamor de necesidades y de carencias. Pobres poblados perdidos en la vastedad de un territorio difícil e inabarcable, escasez de mano de obra, falta de comunicaciones y de comercio, iglesias de paja y barro y contadas escuelas de primeras letras. No puede concebirse contraste mayor que el de la visión de El Dorado, que buscaron por esas tierras hasta fines del siglo XVI, y la escasez y pobreza de aquellas aldeas tenaces y frustradas con nombre de villas y con todas las dignidades de una ciudad de Castilla.

Cincuenta años duró el monopolio de la Guipuzcoana y si bien trajo progreso a la agricultura y a la navegación, hirió, con su sistema de monopolio y con la estrecha alianza de sus factores con el Gobierno, no pocos intereses locales. El debate entre sus bienes y sus males está lejos de haber sido concluido por los historiadores. Contra ella estuvieron los ricos terratenientes de la nobleza criolla, los agricultures, los que veían como intrusos a aquellos vizcaínos recién llegados y los contrabandistas, que eran muchos y de todas las clases sociales. Echaron las bases de una oposición abierta entre comerciantes y cultivadores que iba a mantenerse por largo tiempo y a influir más tarde en las luchas políticas que se desarrollaron después de la independencia.

La hostilidad contra las prácticas de la Compañía unió a gente popular y a grandes señores y el clamor se hizo mayor en la medida en que el Gobierno y los intereses de la Compañía parecían confundirse, particularmente cuando llegaron los primeros gobernadores vizcaínos.

El 19 de abril de 1749, sesenta años antes del otro 19 de abril que iba a iniciar la independencia de Venezuela, una abigarrada muchedumbre, armada de machetes, lanzas, escopetas y palos, tocando tambores y con banderas borgoñonas llegadas de contrabando, llegó a los aledaños de Caracas.

Venía en una larga marcha desde las lejanas tierras de Barlovento y la mandaba como jefe reconocido el canario Juan Francisco de León, que era capitán poblador del Valle de Panaquire, donde durante años había deforestado y plantado nuevas arboledas de cacao. Aquella tropa colecticia era como una representación de la gente de la provincia. Había españoles y criollos, negros y mestizos, algunos indios, esclavos y gente libre.

El gobernador y el Cabildo de la pequeña Caracas, de menos de treinta mil habitantes, se asustaron. ¿Qué quería y buscaba aquel inesperado motín que venía de tan lejos y que engrosaba hora tras hora con gente de la ciudad? Al día siguiente, domingo, habían avanzado desde la Plaza de Candelaria, que era el barrio de los canarios donde estaba la casa de Juan Francisco, hasta la Plaza Mayor.

Hubo pánico. Sin embargo, aquella muchedumbre temible no hizo daño a nadie. Nada tomaron por la fuerza, a nadie atacaron, se mantuvieron tranquilos y pacíficos mientras su jefe conferenciaba con los altos representantes del gobernador y del Cabildo.

Lo que pedía era muy simple. Que se revocaran inmediatamente los privilegios comerciales de la Compañía, que se estableciera la libertad de comercio y que se expulsara de inmediato a los vizcaínos.

Tenían de hecho el dominio de la ciudad, pero imploraban simplemente una merced administrativa.

A De León y su gente los alojaron en el destartalado y vacío palacio del arzobispo. Era de hecho el dueño de la pequeña ciudad acobardada, el gobernador y el Cabildo estaban a su merced. La primera exigencia del rebelde fue que se convocase una Junta General con representación de todos los sectores sociales para que se procediera a formular los agravios contra la Compañía y a expulsarla del país junto con todos los vascos. En lugar de aquel primer Congreso del país el Cabildo aceptó hacer una reunión ampliada con asistencia de 97 capitulares y gente de la nobleza. Se formularon allí graves quejas que revelaban la simpatía de las clases altas por el movimiento del canario. Once miembros de la reunión firmaron la solicitud de extinción de la Compañía. Poco después, faltando a sus promesas, el gobernador huye a refugiarse en el Puerto de La Guaira y deja el Cabildo solo frente a De León. Más tarde informaría que del 20 de abril al 3 de mayo todo estuvo en «manos de la conspiración», quedando apenas «una sombra del respeto y autoridad».

Dos novedades evidentes habían ocurrido. Un rebelde era el amo de la ciudad, y el Cabildo había quedado como única representación válida de la autoridad legítima. El Cabildo entra en pugna con el fugitivo gobernador. Pocos días después De León cruza el camino del cerro y se presenta con sus tropas frente a La Guaira, Hubo combate y corrió sangre. La rebelión llegaba a sus inevitables consecuencias finales.

Fue entonces cuando el sitiado gobernador reunió una junta y tomó la decisión de «suspender la Compañía». El mismo día en que se le comunicó la decisión, que significaba su victoria y que lo convertía en caudillo triunfador, De León emprende la retirada.

La situación no se resolvió. De León continuó a la expectativa con sus gentes. A fines del año vino un nuevo gobernador y el rebelde se acercó a la ciudad a recibir el perdón.

Nada quedó definido. Cuando después del pacificador Arriaga vino el gobernador Ricardos, el año de 1751, De León volvió a reunir sus hombres en pie de guerra en los valles del Tuy. Esta vez la suerte no le acompañó. Desbaratado y perseguido se dio a la fuga por los

llanos hacia el Orinoco. En diciembre de 1751 escribe el fugitivo al gobernador pidiéndole gracia y explicando las razones de su actitud. De poco le sirvió. Fue capturado y enviado a España donde murió poco después en el hospital de Cádiz.

Su casa de la Plaza de Candelaria en Caracas fue arrasada y sembrada de sal «para perpetua memoria de su infamia».

Habría de pasar una generación antes de que se elimine el privilegio de la Compañía y seis décadas para que se declare la independencia. Sin embargo, es evidente que la empresa de De León es un antecedente y un ejemplo claro para lo que ha de venir. Su hijo Nicolás, que no regresará a Venezuela de la prisión, sino ya en la vejez, había dicho en un documento de 1751 «que nos toca la obligación de defender nuestra patria porque si no la defendemos seremos esclavos de todos ellos».

Estaba dado el ejemplo y marcado el camino. En la voz del isleño hablaba la nueva gente. Ya la historia no sería igual. Como acertó a decirlo uno de los cabildantes en la hora de la revuelta, con dos adjetivos inusitados y reveladores, la provincia había quedado «alborotada y libertosa».

LA OTRA ESPAÑA

La fundamental querella de las dos Españas no sólo llegó a América, sino que tuvo en ella algunas de sus manifestaciones más evidentes. Muchos historiadores han dicho, con serias razones, que la guerra de la Independencia hispanoamericana fue una guerra civil. Lo fue ciertamente no sólo porque se peleó entre connacionales, sino porque tenía por base evidente dos concepciones contrarias del destino del mundo hispánico.

El 3 de febrero de 1796 debía estallar en España la llamada Conspiración de San Blas. Era una tentativa de sustituir la España de Carlos IV y de Godoy por una república a la francesa. Las ideas de la Ilustración, que habían penetrado en la Corte de Madrid al través de los Borbones y de sus ministros avanzados, no podían detenerse a medio camino. Los libros de Rousseau, los artículos de la Gran Enciclopedia y el espíritu liberal y descreído de las logias masónicas habían hecho su camino en las mentes de muchos hombres ansiosos de progreso y cambio. El principal factor de la conspiración de San

Blas fue el mallorquín Juan Mariano Picornell, imbuido de las ideas educacionales del *Emilio*, miembro activo de la Logia España que había sido fundada por el misterioso Cagliostro, era un apasionado de las nuevas ideas. Cuando la España de Carlos III fue sucedida por la de Godoy y cuando al otro lado de los Pirineos inició su inmensa sacudida política y social la Revolución Francesa, Picornell estuvo entre los varios que se decidieron por una acción que llevara a España los nuevos tiempos. En compañía de otros jóvenes de parecida formación intelectual, entre quienes de destacaban Manuel Cortés Campomanes, andante del Real Colegio de Pajes; Sebastian Andrés, profesor de Matemáticas en San Isidro el Real, que estaba lleno de sueños republicanos, y José Lax, profesor de Humanidades en Madrid, preparó el golpe sorpresivo que iba a permitir la instauración de la República en España.

Descubierto el complot y detenidos los reos se salvaron del patíbulo por la intercesión del embajador francés y de otras gentes influyentes, y les fue conmutada la pena por la prisión perpetua en los presidios americanos. Un azar de las nevegaciones los llevó a Venezuela en lugar de Panamá, adonde estaban destinados.

A la vieja prisión de las Bóvedas de La Guaira llegaron los cuatro delegados de la otra España, en diciembre de 1716. No fue largo el supuesto aislamiento de los reos de estado. Muy pronto entran en contacto con gentes de La Guaira y Caracas que simpatizaban con sus ideas y que pensaban que había llegado la hora de establecer un nuevo orden político dentro del mundo hispánico. Participaban de esas ideas criollos y españoles, seglares y sacerdotes, civiles y militares, profesionales y ricos propietarios. Eran las nuevas ideas de libertad política e igualdad social, de eliminación de privilegios y reconocimiento de los derechos innatos del hombre dentro de un régimen republicano. Debió ser muy activo el comercio de recados, conversaciones y papeles entre los presos y la gente inquieta y levantisca de la Gobernación de Caracas.

Sin cambiar de temas y propósitos, la conspiración de San Blas había cambiado de lugar. Ya no sería en la capital del imperio español, sino en una de sus provincias, pero la intención clara era la de extender el movimiento a todas ellas y llevarlo finalmente a España. En algunos de los papeles, tomados más tarde por las autoridades, se decía reveladoramente: «En Santa Fe (Bogotá) se cree ya todo listo, en España no se duda y los anuncios previstos no dejan la menor duda».

Dos criollos asumieron la dirección del movimiento del lado afuera de la prisión: Don Manuel Gual y Don José María España. Organizaban reuniones clandestinas en las que repartían enseñanzas e instrucciones para la acción. El movimiento debía estallar para mediados de 1797. Tenían preparados varios planes y documentos, entre ellos unas Ordenanzas para la organización del nuevo sistema político, una alocución a los «Habitantes libres de la América Española», una Canción Americana y una Carmañola americana que debía servir para hacer populares y emotivos los objetivos de la revolución. Entre otras cosas la canción decía:

Aflijida la Patria
os llama Americanos,
para que reunidos
destruyáis al tirano...
Viva tan solo el Pueblo
el Pueblo Soberano.
Mueran los opresores,
mueran sus partidarios...

Todos en esta empresa
somos interesados,
unámonos al punto
como buenos hermanos.
Fraternidad amable
estrecha entre tus brazos
los nuevos Pobladores
Indios, Negros y Pardos.

El estribillo de la Carmañola Americana invitaba de un modo más directo a la lucha:

Bailen los sin camisa
y viva el son y viva el son.
Bailen los sin camisa
y viva el son del cañón.

El otro documento, que más tarde circuló abundantemente en forma clandestina, era una traducción española de los «Derechos del hombre y del ciudadano con varias máximas republicanas y un discurso preliminar dirigido a los americanos».

Ese folleto es un instrumento cabal de revolución. Sus redactores conocían muy bien el lenguaje, los temas y las formas del movimiento democrático de la época. Exponen un proyecto minucioso y hábil para tomar el poder y organizar una federación de nuevos estados

libres. En el largo discurso preambular se hace una síntesis del derecho político revolucionario y se determinan los procedimientos para la organización inmediata del nuevo poder. Es un orden nuevo y radical que rechaza todo el pasado y que advierte con penetración que para «destruir el despotismo la revolución (debe ser) al mismo tiempo moral y material; no es suficiente establecer otro sistema político, es necesario, además, poner el mayor estudio en generar las costumbres». Para ese fin propone el establecimiento de «una educación pública, común y gratuita». Con un anticipo de las ideas que los movimientos más radicales iban a adoptar más de un siglo después proclaman: «Hacer de un vasallo o de un esclavo, que es lo mismo, un republicano, es formar un hombre nuevo, es volver todo al contrario de lo que era».

Llama a la unión de todos, por encima de las barreras de clases y color, en el seno de una plena fraternidad. Anuncia la abolición de la esclavitud. Esboza el vasto propósito de establecer varias Repúblicas en las Américas y de esperar que en España no tardará en producirse un movimiento igual pues

> ...se aprovechará de las favorables circunstancias que nuestra determinación le presentará para lograr igualmente su libertad. En el ínterin nosotros debemos vivir en la firme inteligencia de que los Españoles de Europa no nos mirarán jamás como enemigos, y que en el caso de que el tirano envíe algunas tropas contra nosotros, la mayor parte serán de nuestro partido...

En las Ordenanzas que debían servir de guía a la acción inmediata de las nuevas autoridades se establecía la reducción de impuestos, la libertad de comercio y cultivos, la abolición de la alcabala y la pronta elección de los representantes al congreso que habría de declarar la independencia y de adoptar la constitución republicana. El resto era la traducción al español de los Derechos del Hombre y el Ciudadano, en treinta y cinco artículos, tomados de la Declaración francesa que precede al Acta Constitucional del 24 de junio de 1793.

Todo estaba previsto y preparado, la ideología, los fines y los procedimientos. No faltaba sino tomar el poder.

El 4 de junio del mismo año de 1797, se fugan de la prisión Picornell, Andrés y Campomanes. Es posible que la fuga se hubiera adelantando como un paso previo al alzamiento, como lo parece indicar el hecho de que los reos permanecieron ocultos en las vecindades

de La Guaira por veintidós días, hasta embarcar para Curazao el día 26 en un bote que les facilitó España.

El 13 de julio siguiente se descubrió la conspiración y comenzaron las averiguaciones y detenciones. Gual y España lograron huir. El gobernador y capitán general fue descubriendo con sorpresa y desasosiego la magnitud del movimiento. Un contemporáneo del suceso, el fiscal de la Real Audiencia de Caracas, don Andrés Level de Goda, pudo escribir en sus memorias estas reveladoras palabras:

> Se trató de la independencia de Venezuela sobre el pie de una República federal poniendo el sabio Picornell esta Revolución en los intereses de todos, así españoles como criollos o venezolanos, por lo cual entraron en ella cuantos fueron hablados apenas se les descubría el plan. Casi toda La Guaira entró en la Revolución, principalmente los comerciantes españoles, los tres ingenieros de la plaza, todo el cuerpo de artillería en ella y ni el cura párroco... se libertó de tan terrible avenida. Penetró en esta capital (Caracas) en que también cayeron algunos comerciantes españoles, algunos del Colegio de Abogados, uno u otro clérigo, bastantes oficiales del Batallón Veterano.

Y añadía sentenciosamente: «De las actuaciones en Caracas iban resultando reos y más reos, en términos de no saberse en quién confiar...»

Dos años más tarde José María España regresó clandestinamente y fue prendido. En un juicio breve fue condenado a muerte. Su cuerpo fue descuartizado y los pedazos colocados en postes a la vista de los transeúntes en plazas y caminos. Manuel Gual, por su parte, murió, acaso envenenado, en Trinidad en el año de 1800.

El folleto de los Derechos del Hombre, impreso por Picornell, probablemente en la Guadalupe, empezó a circular subrepticiamente. Se había creado un nuevo clima moral y político. Los jóvenes criollos pensaban en la República al ejemplo de Francia y de los Estados Unidos. Grandes sucesos militares y políticos iban a sacudir a Europa y a España en esos primeros años del siglo XIX. Las banderas republicanas se movían con los ejércitos franceses al través de las fronteras de las viejas monarquías.

En julio de 1808 el gobernador y capitán general de Venezuela, don Juan de Casas, recibió dos números del *Times* de Londres, que le enviaba su colega de Cumaná. Seguramente habían llegado por la vía de la isla de Trinidad.

Ya se sabía en Caracas el motín de Aranjuez, la caída de Godoy y la abdicación dada y retirada de Carlos IV. Lo que los diarios ingle-

ses traían era la información, con copia de documentos, de la reunión de la familia real en Bayona con Napoleón y del abyecto tratado por medio del cual cedían al emperador francés, para que los traspasara a su hermano José, todos los derechos de la monarquía española. El laborioso edificio levantado en las leyes y en los usos que vinculaba los vasallos a la legitimidad de la persona de los reyes, quedaba en ruinas, negado y burlado por sus propios beneficiarios, al pretender ungir con la herencia de los Reyes Católicos y de Carlos V a un evidente usurpador.

De un golpe habían desaparecido los reyes y toda la legitimidad del Estado. Era una situación sin precedentes para la que nadie estaba preparado. Cualquier cosa podía ser posible ante semejantes circunstancias.

Bello comunicó las increíbles noticias al magistrado. En horas, las nuevas recorrieron la pequeña ciudad alerta e inquieta. A media cuadra de la casa de Gobierno vivían los hermanos Bolívar, un poco más lejos estaban las casas de los Ribas, Salias y Ustáriz. Los cavilosos letrados que iban a hilar toda la argumentación jurídica de la ruptura irreparable del viejo vínculo con la Corona que establecieron las leyes de Indias, tuvieron una sensación de vacío. Eran Miguel José Sanz y Juan Germán Roscio.

Todo era conmoción y rumores en la ciudad. Las viejas esperanzas y los viejos recelos volvían a avivarse. El destino extraordinario se presentaba en la forma más inesperada y decisiva.

Pocos días después, el 15 de julio de 1808, llegó al puerto de La Guaira el bergantín de guerra francés *Le Serpent*. Traía un comisionado con los documentos de Bayona y el anuncio de la nueva situación política.

El gobernador convocó al Cabildo y a los notables a una reunión extraordinaria. Todo allí fueron perplejidades y desconcierto.

Pero había ya quienes sabían bien lo que había que hacer. En la España acéfala iba a comenzar la hora de las juntas de resistencia al invasor. Aquella reunión resultaba en el hecho el embrión de la junta que los criollos iban a querer implantar poco después y que se convertiría en definitiva realidad el 19 de abril de 1810.

El viejo y vario linaje de los insurgentes había crecido y podía tomar ahora la dirección del país. Sabía que era llegado el tiempo. Bolívar expresó aquel duro sentimiento de necesidad ante los vacilantes de 1811. «¿Trescientos años de calma no bastan?».

Discurso de orden con motivo del 150 aniversario de la muerte del Libertador

Honra insigne, que es a la vez encargo abrumador, me ha hecho el Congreso de la República al darme la palabra en esta ocasión insólita. Mi gratitud es tan grande como la magnitud del compromiso que me habéis otorgado.

Hora cenital de recogimiento y reflexión es ésta para todo hijo de Venezuela. Hace 150 años cerró los ojos a la vida y desapareció de entre nosotros Simón Bolívar, hoy, ayer y mañana, el más grande de los venezolanos, el que más nos ha dado, el que más alto nos puso el honor de servir y el que, con su muda presencia constante, nos impone y nos reclama el deber de no ser pequeños.

La hora que rememoramos es profundamente dolorosa y aleccionadora. Bolívar concluye en un trágico crepúsculo que ilumina y proyecta todo el mundo hispanoamericano y su destino. Como en los héroes griegos, es la fatalidad misma de su misión la que lo condena al terrible «fatum» que se cumple, con tan conmovedora desnudez, en la agonía solitaria de San Pedro Alejandrino. Lo que allí se apaga y termina es más que la vida de un hombre excepcional, es el más visionario empeño de darle a todo un continente una nueva dimensión histórica y llevar a la conciencia de millones de hombres dis-

persos en la más vasta geografía una nueva dignidad para asumir un rango mundial sin precedentes y convertirse, en promesa y en acto, en «la esperanza del universo».

Ese lento viaje que lo lleva desde la madrugada de nieblas de Bogotá hasta el mediodía de San Pedro, debió ser para él como la reviviscencia de toda su prodigiosa hazaña. Acababa de renunciar, por última y definitiva vez, a la jefatura del aquel inmenso Estado que había sido la obra de su lucha de guerrero y de su visión de político. Al Congreso Constituyente, que ha convocado para que decida finalmente sobre lo que ha de ser el futuro de aquella Colombia que él había sacado de la nada, le ha dicho con serenidad y amargura las duras verdades de su experiencia. «Ardua y grande es la hora de constituir un pueblo que sale de la opresión por medio de la anarquía y de la guerra civil, sin estar preparado previamente para recibir la saludable reforma a que aspiraba». Se le ha hecho insoportable oír el eco de la calumnia y de la pasión que lo acusa de todas las peores intenciones. «Libradme, os ruego, del baldón que me espera si continúo actuando en un destino que nunca podría alejar de sí el vituperio de la ambición». Están allí, congregados para oírlo en aquel momento solemne, los representantes de la dilatada organización política que se resquebraja y amenaza ruina. Sería un milagro que pudiera salvarse.

El no puede engañarse, ha vivido prometéicamente el inacabable tormento de aquella resistencia sorda que tiende a la fragmentación y a la lugareña pequeñez de las ambiciones ciegas. ¿Qué va a quedar de toda aquella incomparable creación? Venezuela se ha separado definitivamente y no sólo repudia su obra sino que lo proscribe a él mismo, lo denigra y lo persigue. Acaba de regresar de Guayaquil, donde ha tenido que combatir nuevamente, en la fatiga y la desesperanza, para rechazar el zarpazo de las fuerzas del General Lamar. El Ecuador se agita en procura de su autonomía. En Santa Fe se reúnen los enemigos declarados y solapados de su obra y de su autoridad. Allí, en la Presidencia del Congreso, como la personificación de la más irrenunciable esperanza, está aquel hombe sereno y seguro, envuelto en el resplandor inextinguible de la victoria de Ayacucho, que es Antonio José de Sucre. Todo conspira para destruir el gigantesco empeño. ¿Qué se ha logrado con tan tenaz heroísmo y tan vasta proyección de futuro? El mismo lo dice a los representantes perplejos con

la más desgarrada sinceridad. «Me ruborizo al decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás».

Ha entregado el mando supremo y ha salido de Bogotá casi como un fugitivo. Pocos fieles amigos vienen a acompañarlo. Está envejecido y enfermo. Atraviesa la sabana. Cada paso, cada recodo, es una evocación viva del pasado. Ahora se aleja en dirección contraria a la que traía cuando se adelantó a las tropas victoriosas en Boyacá. Todo entonces era futuro y posibilidad plenaria. Entonces iba a volver sobre Venezuela con los nuevos recursos para sellar la independencia. Pero no se iba a detener allí. El sueño concebido en Angostura iba mucho más allá de la unión de Venezuela con la Nueva Granada. Había que marchar al Sur para incorporar al Ecuador, decidir la independencia del Perú y consolidar la nueva organización de toda la América libre. Ahora baja por las ásperas trochas hacia el Magdalena de regreso del inmenso sueño.

Se dirige a Cartagena. De allá había arrancado la parábola incomparable de su destino, dieciocho años antes. En las márgenes del gran río soñoliento había ocurrido la epifanía de su espada victoriosa. Cada pueblo de la orilla, cada barranca, recordaban un combate y una victoria. Remontaba entonces hacia Bogotá a servir con desesperación la amenazada posibilidad de salvar la independencia. En los ojos aletargados de fiebre debieron reencenderse los rayos de luz del joven brigadier que todo lo tenía que ganar del mañana.

Aquellos hombres respetuosos y cohibidos que se acercan a saludarlo en los pueblos del trayecto reflejan, en su muda expresión, la triste realidad de aquel momento. El hombre agobiado que despiden es el Padre de la Patria, el Presidente de Colombia, el general que ha llevado las banderas de la Libertad de América hasta la cumbre del Potosí, el Libertador. Presenciaban, sin comprender ni realizar aquel hecho inconcebible. El Libertador se iba. Ya no estaría más a la cabeza de los pueblos que libertó, ya no se contaría más ni con su voz, ni con su espada, ni con su sobrehumano prestigio para encarar las dificultades y asegurar el rumbo. ¿Qué iba a ser de ellos?

¿Para dónde iría el Libertador? ¿Adónde podría refugiarse u ocultarse sin que siguiera siendo el héroe fundador de un mundo, el genio iluminado de millones de hombres, la figura fundadora de la idea de Patria, la mano sembradora de la independencia, aquel ser asombroso que se llamaba Bolívar como hubiera podido llamarse Libertad? Adonde fuera iría con él su gloria, su renombre, su incontrasta-

ble autoridad. En el último rincón de la Tierra seguiría siendo el Libertador y su voz y hasta su silencio, alcanzarían las multitudes huérfanas de su presencia. ¿Dónde iría que no fueran con él la gloria y el destino de su América?

Tan sólo él pensaba, en la hora final de expolio, que podía irse. Llegaría al Caribe, ya no en busca de apoyo para continuar la lucha en Jamaica y en Haití, ya no para ir de joven aventurero a Francia, sino para perderse lejos, al otro lado del Atlántico, a olvidar y a que lo olvidaran. Empresa ilusoria que nunca hubiera podido cumplirse. Donde estuviera Bolívar iba a estar América.

Para la gente modesta que se acerca nada ha cambiado. Tal vez el aspecto envejecido prematuramente y la lentitud de los movimientos. Ya no era aquel resplandor de llama que abrasaba y conmovía. Pero para ellos era el mismo hombre, el de la palabra iluminada, el de la visión grandiosa, el que sabía levantarlos y darles fe, el que podía transformarlos en soldados heroicos de la libertad y llevarlos al través de medio continente, en un sobrehumano vuelo de cóndores. Que hablara y que ordenara, no necesitaba sino mover los labios, y cada uno de ellos se sentiría capaz de hacer prodigios, como en la cuesta de Boyacá, en el mediodía de Carabobo, en la silenciosa carga de Junín, en el alba de Ayacucho o con aquellas otras palabras dichas en Angostura o en el palacio de los virreyes en Bogotá y en Lima, que les arrebataban tres siglos de servidumbre para hacerlos ciudadanos de una nueva Patria, y actores de una nueva historia.

Ha dicho las más dolorosas palabras llenas de desengaño y pesadumbre sobre aquella «América, tan desgraciada y tan trabajosa».

La primera en apartarse, y la que lo hiere en lo más profundo, es su nativa Venezuela, después van a seguir, en sucesión fatal, las otras partes. Se conspira contra él con todos los pretextos, el tamaño gigante de su empresa no es para los más de aquellos hombres torpes sino la revelación de una sobrehumana ambición de poder. Los demagogos, los rábulas lugareños lo niegan y lo insultan. Es un ambicioso que aspira a coronarse rey, es un tirano soberbio que quiere aplastar sus libertades y sus derechos feudales a la comarca nativa, al dominio parroquial y a regodearse en el separatismo y la pequeñez con invocaciones de la jerigonza leguleya.

Siente el cansancio y el asco de aquel combate sin tregua contra los liliputienses. En las Asambleas corre el licor barato de la demagogia. Hablan de imposibles libertades los que nunca hicieron nada pa-

ra obtenerlas, invocan la independencia y la soberanía los que no osaron alzar la voz contra el inveterado despotismo colonial. Lo acusan de todos los males y le niegan todas las virtudes. Ponen en duda su desprendimiento, su grandeza, su amor a la gloria. No hubo negación ni bajeza que le ahorraran. Tal vez llegó a encontrar preferibles los puñales parricidas alzados contra su pecho en la noche de septiembre, que aquellas cobardes y torcidas infamias, aquellas traiciones sin riesgo, aquellas negaciones de quienes todo se lo debían.

A poco de estar en Cartagena le llega la increíble noticia del asesinato de Sucre. No podía atreverse a más el crimen. Habían matado la posibilidad misma de que Colombia pudiera sobrevivir. Sabían bien los asesinos emboscados que no había otro hombre, sino el Mariscal, que pudiera recoger con autoridad moral y poder político y militar la continuidad de aquella inmensa empresa de unidad continental. Otros destruían diariamente todo lo que había realizado en el pasado, estos oscuros agavillados de Berruecos, habían matado lo que podía hacerse para el mañana.

Los desconocimientos, los ataques de sus enemigos envalentonados, llegan hasta él como el eco de una feroz jauría. Sus enemigos convertidos en Gobierno se atreven a alzar la cabeza triunfante para execrarlo.

El nuevo Ministro de Gobierno llega hasta la repugnante crueldad de transmitirle la nota infame que el Presidente del Congreso de Venezuela ha enviado al de Bogotá, «porque el Excelentísimo Señor Presidente de la República, embarazado con el contenido de dicha comunicación y en la duda acerca del partido que deba adoptar» ha resuelto remitírsela. Están allí estampadas aquellas frases que constituyen un baldón para los venezolános que osaron escribirlas sin trepidar. Se pone como condición para cualquier entendimiento entre los nuevos Estados que el Libertador sea arrojado del territorio colombiano. Esas frases deben quedar como marca de afrenta y como una lección inolvidable sobre nuestra conciencia de nación. Se escribió allí, y debemos beber hasta la hez esa copa de amargura, que se le impuso al Padre de la Patria: «Venezuela, a quien una serie de males de todo género ha enseñado a ser prudente, que ve en el General Simón Bolívar el origen de ellos y que tiembla todavía al considerar el riesgo que ha corrido de ser para siempre su patrimonio, protesta que no tendrán aquéllos lugar mientras éste permanezca en el

territorio de Colombia, declarándolo así el soberano Congreso en sesión del día 28».

Más duros que las rocas de las fortalezas de Cartagena, que habían sido tantas veces testigos mudos de su heroísmo, resultaban aquellos corazones enceguecidos de pasión parricida.

Bolívar tenía decidido, desde su salida de Bogotá, irse al extranjero. No lo había detenido en esos ingratos días sino la falta de recursos. El Congreso de Bogotá le había ratificado la pensión que años antes le había sido acordada, pero él no confiaba en que pudiera ser pagada con regularidad. De su cuantiosa fortuna ya no le quedaban sino unos contestados derechos sobre las Minas de Aroa, cuya tramitación de venta se hacía dificultosa y lenta por la mala voluntad de los gobernantes. Había pensado ir a aguardar la resolución de estos asuntos a Curazao o a Jamaica, donde podría hallar la acogida afectuosa y el respeto de sus viejos amigos.

Pero ahora, con la incalificable decisión del Congreso de Valencia, y la actitud del Gobierno de Bogotá, su situación cambiaba moralmente. Ya no era el hombre poderoso que abandonaba el mando y se retiraba a un refugio extranjero, sino un proscrito, un desterrado, un hombre sin hogar a quien su patria arrojaba de su seno.

Dirá poco después la expresión cabal de su profunda herida: «Yo creo todo perdido para siempre y la patria y mis amigos sumergidos en un piélago de calamidades...». Hay más aún: «los tiranos de mi país me lo han quitado, así yo no tengo patria a quien hacer el sacrificio».

Todo aquello, bien lo sabía él, era el fruto de una lucha de facciones en la que se mezclaban ideologías, apetitos y feroces ambiciones. En toda la desvaída extensión de aquella inmensa estructura política, que él había querido formar, había poderosas fuerzas dispuestas a seguirlo. El era el Libertador y su solo nombre podía hacer milagros. De todas partes le llegaban incitaciones y ofrecimientos para que a la cabeza de los suyos detuviera el desastre y reinstaurara a Colombia. Pero él conocía el horrible precio de una acción semejante. Posiblemente la guerra civil, la vuelta a la lucha armada contra los hermanos malquerientes, la necesidad de recurrir a la fuerza para imponer el orden y la inevitable consecuencia de convertirse en lo que nunca quiso ser, el jefe armado de un partido a quien sus enemigos señalarían como el destructor de la libertad y de la ley.

No era eso lo que él había querido. Mientras el mal progresa con

rapidez mortal en su organismo, crece su oposición a encabezar un movimiento de reivindicación de su obra y de su autoridad. Sus hombres más fieles, sus viejos compañeros de armas, los que lo han seguido sin tregua en los combates de la paz y de la guerra, vienen a suplicarle que diga una sola palabra para barrer con los enemigos y restablecer la situación. Responde negativamente. Cuando más tarde la impaciencia y la indignación se transforman en pronunciamientos de ciudades y en insurrecciones militares, llega el momento de su mayor tormento y aflicción. Negar su ayuda a los suyos, dejar el campo libre a los enemigos que se empeñan en destruir su obra, permitir que se consume la ruina del gran sueño de unidad. No le piden sino una palabra, un gesto, una declaración de apoyo. Pero él se niega, no quiere arrastrar su gloria a la lucha mezquina de las facciones. El no puede hacer eso.

Cuando ocurre el pronunciamiento de Bogotá y aparece Urdaneta a la cabeza del gobierno provisional, escribe a Estanislao Vergara: «Yo compadezco al General Urdaneta, a usted y a todos mis amigos que se ven comprometidos sin esperanza de salir bien, pues nunca debieron ustedes contar conmigo para nada después de haber salido del mando y que había visto tantos desengaños. A nadie le consta más que a usted mi repugnancia a servir y la buena fe con que insté por mi separación. Desde aquel momento he tenido mil motivos para aprobar mi resolución; de consiguiente, sería absurdo de mi parte volverme a comprometer. Añadiré a usted una palabra más para aclarar esta cuestión. Todas mis razones se fundan en una: *no espero salud para la patria*. Este sentimiento, o más bien esta convicción interior ahoga mis deseos y me arrastra a la más cruel desesperación. *Yo creo que todo está perdido para siempre*, y la patria y mis amigos sumergidos en un piélago de calamidades. Si no hubiera más que un sacrificio que hacer y que éste fuera el de mi vida, o el de mi felicidad o el de mi honor... créame usted, no titubearía. Pero estoy convencido que este sacrificio sería inútil, porque nada puede un pobre hombre contra un mundo entero; y porque soy incapaz de hacer la felicidad de mi país me niego a mandarlo».

El rápido desenlace de la enfermedad va a acortar piadosamente la insoportable agonía moral. Ya no se embarcará para aquel imposible viaje. Lo que viene ahora son los días conmovedores del traslado a Santa Marta y de la llegada a la Quinta de San Pedro, el testamento y la última proclama, que son su declaración ejemplar de pobreza

y su clamor de condenado en favor del entendimiento y la unidad. La brisa que llega del mar y de los lejanos montes de la geografía de su gloria, lleva las palabras del delirio del moribundo: «...¡Vámonos! ¡Vámonos! Esta gente no nos quiere en esta tierra». Hasta aquel minuto de abismo en que el bondadoso Doctor Reverand llama al pequeño grupo que aguarda: «Señores, si queréis presenciar los últimos momentos y postrer aliento del Libertador, ya es tiempo».

Sacudidos hasta el fondo de sus fibras, aquellos hombres curtidos en guerras y enfrentamientos presenciaron sobecogidos el suceso cósmico de ver apagarse, ante sus ojos llorosos, el mayor fuego de humanidad que haya iluminado al mundo americano.

¿Termina allí Bolívar, en aquel desamparo, para no dejar sino el desconsolado ejemplo de un sacrificio sin eco? ¿Va a quedar reducido a una leyenda casi inaccesible, casi milagrosa, buena para ser invocada en horas de exaltación o de abatimiento? ¿Va a transformarse solamente en un mito fundador al que podemos invocar desde lo profundo de nuestra pequeñez y ceguedad para darle a nuestras mezquindades un vago resplandor de grandeza? Todo nuestro siglo XIX parece confirmar, lamentablemente, este despego e incomprensión. Tardamos doce años en traer sus restos a Caracas porque todavía seguían encrespadas las viejas pasiones. Lo vimos invocar irrisoriamente en la bandera turbia de las asonadas y en la retórica hueca de los facciosos. No tenía el derecho moral de invocarlo aquella gente hundida en la anarquía, sin concepto de la nacionalidad, incapaces de organizarse, agentes torpes de la pobreza, el atraso y la destrucción.

De vez en cuando, con miras de mezquino aprovechamiento político, se le rendía algún homenaje externo que no iba más allá de la estatua, el desfile y el discurso pomposo. Era un culto superticioso y vacío que más parecía un exorcismo de magia primitiva para clamar la mala conciencia. Había que exorcisar el espíritu del Libertador para que no nos persiguiera y nos castigara, en lo hondo de nosotros mismos, por nuestra vacilante fe de renegados.

No eran sólo los hombres de 1830 los que lo habían desconocido y arrojado de su tierra, eramos todos los que hallamos, en más de una ocasión, más fácil invocarlo sin servirlo, y rememorarlo en el más completo desacato de su significación profunda.

Para todo venezolano acercarse a Bolívar es hacer un desgarrador examen de conciencia. Lo que él hizo fue pautar una conducta y es-

tablecer una obligación frente a la cual no sólo tenemos que sentirnos deficientes sino hasta desleales.

Bolívar no es un héroe del pasado, confinado dentro de un limitado tiempo histórico. Es el hombre solar que convoca la creación de un nuevo mundo. No se limitaba su empresa a arrancar América del imperio español sino que iba mucho más allá y penetraba en la infinitud del futuro. Para el apogeo de su gloria incomparable pueden bastar las grandes victorias libertadoras de pueblos enteros, con eso sólo tendría una de las páginas más esplendorosas de la historia de la humanidad, pero todo eso no era para él sino el paso previo indispensable. No se había lanzado a aquella temeraria empresa para poner en los palacios de los Virreyes a los jefes de las nuevas montoneras. Para él la Independencia no era sino la condición necesaria para realizar plenamente la gran empresa bolivariana. No pensaba en darle una «patriecita» a los lugareños dispersos en la inmensa geografía, para que saciaran sus ansias reprimidas de mando, sus vanidades folkóricas, sus transitorios ensayos de satrapía o de república ideal, sino para que la América suya se organizara, desde la Sierra Madre hasta la Patagonia, en un cuerpo de integración poderoso que la presentara ante el mundo como él la había concebido en sus horas visionarias de Jamaica y de Angostura: «Volando por entre las próximas edades mi imaginación se fija en los siglos futuros y observando desde allá, con admiración y pasmo, la prosperidad, el esplendor, la vida que ha recibido esta vasta región me siento arrebatado y me parece que ya la veo en el corazón del universo, extendiendo sobre sus dilatadas costas, entre esos océanos, que la naturaleza había separado y que nuestra patria reúne con prolongados y anchurosos canales. Ya la veo servir de lazo, de centro, de emporio a la familia humana: ya la veo enviando a todos los recintos de la Tierra los tesoros que abrigan sus montañas de plata y oro: y la veo distribuyendo por sus divinas plantas la salud y la vida a los hombres dolientes del antiguo universo: ya la veo comunicando sus preciosos secretos a los sabios que ignoran cuán superior es la suma de las luces a la suma de las riquezas que le ha prodigado la naturaleza. Ya la veo sentada sobre el trono de la Libertad, empuñando el cetro de la Justicia, coronada por la Gloria, mostrar al mundo antiguo la majestad del mundo moderno».

¿Era él quien se equivocaba al dar esa dimensión universal a nuestro destino, o hemos sido nosotros, afligidos de estrechez de miras,

los que hemos perdido el sentido del rumbo que él nos trazara? Ciertamente, mengua es nuestra y no de él. La grandeza nunca puede ser culpable.

Ese ha sido el trágico malentendido de no haber sabido verlo sino en la leyenda, sin penetrar en el sentido de legado viviente y la obligación suprema que nos ha dejado irrenunciablemente el hecho trascendente de que naciera y floreciera entre nosotros Simón Bolívar. No puede ser un don gratuito y hasta superfluo, sino obligación de vida que nos ata y nos conmina a una actiud y a una conducta.

No terminó en San Pedro Alejandrino el hombre excelso, está aquí, sigue entre nosotros a cada hora de nuestra agitada y divagante existencia, luchando, como lo hizo siempre, para que lo entendamos, lo sigamos y hagamos de esta tierra lo que él quería que fuera: patria de libertad y de justicia, hogar de armonía y de progreso, palenque de nobles ideas y República sólida y creadora según su fórmula imperecedera: «hombres virtuosos, hombres patriotas, hombres ilustrados, constituyen las Repúblicas».

Siempre tuvimos los venezolanos de la posteridad del grande hombre el sentido de un descenso, de una caída, de una mengua. Basta leer los clamores que los hombres de pensamiento de nuestro siglo XIX dejaron como quemante testimonio de su sentimiento de aquella frustración colectiva. Desde Juan Vicente González, que creía haber visto enterrar al último venezolano, hasta José Rafael Pocaterra, que medía con dolor e indignación aquella centuria que le parecía de barbarie y decadencia, se repite como un redoble de funerala el eco del contraste del presente mezquino y el pasado esplendoroso. Hasta los caudillos de la revuelta armada no lograban escapar de aquella sensación de grandeza perdida y ponían en las banderolas de sus insurrecciones aquellas palabras tan significativas de una nostalgia tenaz: regeneración, restauración, rehabilitación.

Sentíamos angustiosamente que habíamos venido a menos, que habíamos equivocado el camino, que habíamos perdido el sentido precioso de la unidad y de los fines superiores de la sociedad.

No había ya anti-bolivarianismo en el sentido militante y negador que tuvo cuando se desintegró la Gran Colombia. ¿Pero qué clase de bolivarianismo vino a prevalecer? Principalmente el de la retórica patriotera y el de la evocación del pasado en segura lejanía. Era como una resistencia sorda a traer a Bolívar de nuevo a la lucha del presente. No queríamos ponernos ante el dilema definidor de estar con él

o estar contra él, de trasladar a términos de presente y futuro el mensaje vital o de relegarlo al museo y al monumento. En la obra de Bolívar, que apenas logra iniciar en su corto tiempo, hay mucho que pertenece al pasado y que resultaría quijotesco querer actualizar pero, en cambio, hay otra parte fundamental que conserva su validez para nosotros. Lo bolivariano sigue siendo la concepción de una democracia ajustada a nuestra realidad histórica y social, de una centralización de los recursos y de las acciones para alcanzar los fines fundamentales de la asociación, de una moral de servicio público y del reconocimiento de un objetivo nacional superior al cual deben tender todos los esfuerzos y los recursos. Para nadie que conozca, aunque sea superficialmente, su pensamiento y su lucha puede ser difícil imaginar lo que el Libertador haría o diría ante las cuestiones que se plantean en nuestro presente. Podemos imaginar muy bien lo que defendría y lo que combatiría. De hecho lo ha estado haciendo hora por hora a lo largo de nuestra evolución nacional y no podemos dudar, ni un momento, de lo que pensaría de muchas de nuestras cosas, no a la luz añeja de ideas y conceptos de otra época, sino en la vigencia permanente de una moral pública irreprochable, de una finalidad de hacer nación para el bien con justicia y de hacer de todos ciudadanos, no sólo por el derecho otorgado sino por el esfuerzo contribuido al progreso común.

Mudamente, las más de la veces, brotaba un sentimiento de contricción, como si nos dijéramos: «No era esto lo que Bolívar hubiera querido», que era el reclamo inextinguible a reemprender el duro camino de grandeza y de esfuerzo que había sido el suyo. Podríamos señalar aquellas capillas de fieles iluminados que lo invocaban en medio del descamino y la cerrazón de las circunstancias.

Bajo la larga dictadura de Gómez, que cierra una dura época, se preparan almácigos de esperanza, esbozos de acción y planes de renovación. Ante la escasez de recursos y las dificultades y riesgos de la hora, una legión extensa y promisoria toma a su cargo la tarea iluminada de encaminar al país hacia la democracia y la plenitud de su destino. Una voluntad abnegada de alcanzar las metas tantas veces olvidadas y negadas, sin caer en los errores y vicios del pasado. Era el alba tan esperada de una democracia pobre y austera, pero movida por las más nobles ambiciones.

Una nueva fatalidad iba a surgir en el promisor camino. No eran ya sólo las fallas humanas y las estrecheces históricas con las que tu-

vo que luchar Bolívar, sino un hecho natural de dimensión sobrehumana y de ilimitado poder distorsionador. La riqueza petrolera comenzó a crecer y a marcar su presencia en la vida venezolana planteando alternativas, desafíos y riesgos de los que no habíamos tenido ninguna experiencia en el pasado.

Un país que no habíamos podido prever, ni mucho menos proyectar, reemplazaba con avasallador empuje la vieja nación histórica. Todo iba a cambiar y a alterarse sin medida ni concierto ante nuestros ojos asombrados. Un torrente ciego de riqueza iba a desbordarse sobre nuestra tierra y nuestra gente saltando diques, borrando linderos, arrastrando conceptos y valores, creando una vida febril y agitada y transformando todo el paisaje humano. Escapaba a nuestra capacidad de medir y comprender aquel avasallador surgimiento y despliegue de riqueza incontrolable no producida por nuestro esfuerzo, no ganada por nuestro trabajo, no dirigida por nuestra voluntad.

Surgía ante nosotros un país extraño al que nos costaba trabajo reconocer. El Estado se convertía en el pródigo repartidor de astronómicas sumas de dinero para las que no podíamos tener ni medida, ni parangón. Hemos llegado a gastar del fisco en un día, lo que la Venezuela de hace una generación gastaba en un año, a gastar en una escala que ni la riqueza petrolera misma puede soportar y a acumular una deuda gigantesca que en la misma medida en que crece disminuye ineludiblemente nuestra independencia real.

El accidente geológico que no hemos sabido dominar y poner al servicio de nuestra voluntad de crecimiento sano amenaza nuestra identidad de pueblo y nuestro destino.

La ola de petróleo parece borrar la herencia de Bolívar. Nos aleja y nos enajena de él. Porque nadie que no esté obnubilado de cómplice complacencia puede admitir que pertenezca a su gente la avalancha de logreros, buscones, pícaros de toda laya que ha irrumpido en nuestro presente. Nada tienen que ver con él, con el hombre del sacrificio y del desprendimiento sin límites, los afanados de la riqueza fácil, los perseguidores del dinero azariento y mal habido, los de la ostentación escandalosa de una riqueza sin dignidad, los de la maniobra ilícita y la apropiación indebida, la burocracia sin tarea, los doctores sin ciencia, los privilegiados del ocio remunerado, los jubilados de cincuenta años, los bachilleres de 12 puntos, los repitientes, los maestros sin enseñanza, los que reciben préstamos y subsidios del Estado para no pagarle ni retribuirle en trabajo, los reposeros, los

vivos, y todas las infra-humanas larvas que proliferan en la podre de la corrupción.

Todos ésos no están con él sino contra él, y no tienen el derecho de invocarlo, sino por irrisión. Hubo una gesta bolivariana, la historia la recoge con asombro, y hoy deberíamos tener el empeño de continuarla en nuestra hora, en nuestras circunstancias y con nuestra decisión. No podemos convertirnos en los seguidores de Midas y en los adoradores de Mamnon sin renunciar a él, que nunca fue el hombre del engaño, ni del atajo, ni de la simulación de la virtud.

Depongamos la pequeñez y la menuda ambición, echemos de nuestro lado a los logreros, a los traficantes, a los parásitos del facilismo y partamos al reencuentro de Bolívar. No permitamos que el accidente geológico del petróleo nos cambie y desvíe hasta el punto de convertirlo a él en un remoto accidente histórico.

Volvamos a la desnuda alcoba de San Pedro Alejandrino, que debía ser el punto de partida de nuestra conciencia de pueblo, para traerlo de nuevo en medio de nosotros, para oírlo, acatarlo y seguirlo en la grande y no acabada empresa a la que nos ha estado invitando tercamente desde su angustia sin tregua. Quitémonos los crespones del luto, empuñemos con alegría vital las herramientas del trabajo creador y hagámosle «un duelo de labores y esperanzas». Las grandes fechas del esfuerzo de hacer patria no deberíamos celebrarlas en el ocio y el holgorio sino trabajando con acrecido empeño para corresponder en algo a los que tanto nos dieron.

Partamos al encuentro de Bolívar para que, puesto a nuestra cabeza, nos guíe y conduzca por entre el laberinto de acechanzas y riesgos que amenaza nuestro porvenir de nación.

Liberales y libertadores

El bicentenario del nacimiento de Riego invita a una más amplia y completa consideración del vasto y mal conocido proceso histórico dentro del cual se produce la independencia de las antiguas provincias españolas en América.

Rafael del Riego nunca vino a América y, sin embargo, tipifica una situación bastante común en su tiempo, la del militar español ante las nuevas ideas de la Ilustración que se habían venido extendiendo por Europa desde mediados del siglo XVIII. Paul Hazard, en un estudio memorable, ha escrito con muy rica información lo que fue aquel fenómeno que significó una verdadera crisis de conciencia para Europa, cuando el hombre de deberes del Antiguo Régimen es paulatinamente sustituido por el hombre de derechos, cuando la razón sustituye a la fe en las concepciones de los pensadores.

Fue ciertamente una larga serie de cambios de mentalidad y aun de sentimiento que se fue extendiendo en las capas superiores, por la educación o por la posición social, de Occidente. Sus centros principales estuvieron situados en Londres y París, con importantes ramificaciones en Holanda y Suiza. De allí partieron las nuevas teorías de la sociedad y del hombre y la crítica mordaz y destructiva de los

valores tradicionales. Se iba desde la sátira, hasta la falsa ciencia para sembrar la duda en las gentes curiosas de saber. Voltaire destruía, Rousseau proyectaba para un futuro utópico.

No sólo fortalecía y sembraba nuevas ideas aquel gran movimiento, sino que halagaba y justificaba viejos resentimientos sociales alimentados por la desigualdad y la injusticia generalizadas. La independencia de los Estados Unidos constituyó la muestra y el ejemplo de lo que había que hacer y de cómo se podían realizar en la práctica aquellos ideales que parecían tan inaccesibles.

El prestigio de los nuevos pensadores fue inmenso y se transformó en una revelación inapelable. Las sociedades secretas sirvieron, a su vez, de vehículo para la difusión de aquellas nociones inauditas y para fomentar conspiraciones e insurrecciones que implantaran aquel nuevo régimen para la felicidad de todos los hombres.

España no podía permanecer fuera de aquel gran movimiento renovador. Estaba muy estrechamente vinculada a Francia por la vecindad, por la historia y por la nueva dinastía de los Borbones. De una manera progresiva las nuevas ideas y los autores clandestinos lograron penetrar y conquistaron muchas adhesiones entusiastas entre los intelectuales y, aun, entre la aristocracia y los cortesanos. En la lucha por la Independencia de los Estados Unidos participaron fuerzas españolas que por primera vez iban a la guerra en defensa de un régimen democrático.

El poder y atractivo de la novísima ideología no se limitó a los intelectuales sino que inevitablemente llegó a sectores más numerosos y apareció en el seno de las fuerzas armadas. Esta situación nos la revela un testigo excepcional que es Francisco de Miranda. Miranda llega a España en 1771 para enrolarse muy pronto en el ejército donde alcanza el grado de capitán. Venía de la aislada y remota Caracas y era España el primer país europeo que va a conocer. Era un ser lleno de avidez intelectual y de inagotable curiosidad. No tardó en ponerse en contacto con gentes y con libros subversivos. Diez años después de haber llegado, y sin conocer todavía ninguna otra nación europea, ha reunido una importante biblioteca que los censores de su tiempo no hubieran podido calificar de otro modo que como de alta peligrosidad para el orden establecido. La lista de aquellos libros demuestra, palmariamente, que un oficial subalterno del ejército español de aquel tiempo podía leer la literatura más revolucionaria y crítica del Enciclopedismo, que era la semilla de la revolución. Allí

figuran desde Voltaire y Diderot, hasta Montesquieu, D'Alembert, Buffon y Raynal, sin que faltara, desde luego, Rousseau. También sabemos, por los papeles de su archivo, que ya para esa hora se había afiliado a una logia masónica. Sin embargo, nada de eso parece haberle causado inconvenientes con sus iguales y superiores.

El detonante que va a precipitar todo este latente conflicto en España y en todo el ámbito político, peninsular y americano, lo constituyen los inesperados sucesos de 1808: el motín de Aranjuez, las abdicaciones sucesivas de los reyes, el cautiverio de Bayona, la invasión napoleónica y la imposición, como rey, de José Bonaparte.

Este inesperado acontecimiento desata una serie de desarrollos que van a definir la vida española por todo el siglo XIX y, evidentemente, más allá.

No hay que olvidar que Napoleón, con todo, representaba muchas de las conquistas políticas de la Revolución. Lo que se propone no es mantener, por medio de su hermano, el tradicional absolutismo de la monarquía española, sino instaurar un régimen constitucional, con unas Cortes de elección popular, con proclamación de los derechos del hombre y con un rey constitucional, limitado en su acción por una representación nacional.

Muchos españoles, para mal de ellos, vieron con buenos ojos esta novedad. Significaba, según ellos, la única posibilidad de instaurar un régimen democrático en el viejo país y de lograr una radical modificación de sus instituciones y de su estructura social y política. El espontáneo rechazo que el pueblo hizo de esta intromisión, que desembocó en una larga guerra sangrienta, cambió dramáticamente las perspectivas. Los que habían creído que José Bonaparte podía ser el instrumento eficaz para la modernización de aquel Estado decrépito se vieron colocados, por el rechazo general, en una situación casi de traidores. Fueron los infortunados «afrancesados», que tan duramente pagaron su ilusionada equivocación. Lo que quedó del otro lado, en unión con la insurrección popular, fue una mezcla detonante de partidarios del antiguo régimen y de la restauración del absolutismo en la persona de Fernando VII y de los partidarios de las nuevas ideas, que no podían mantener entre sí sino una tregua transitoria.

Muchos militares simpatizaron abiertamente con las fórmulas políticas avanzadas, que tenían como supuesto mínimo el establecimiento de una monarquía constitucional.

Sabemos bien lo que ocurrió después. La suerte variable de la lu-

cha, la intervención inglesa, la constitución de las Juntas y, por último, la reunión de las Cortes de Cádiz.

El contacto estrecho, en el campamento y en la vida cotidiana, con los ingleses sirvió de caldo de cultivo para que se extendiera el contagio de los nuevos principios. Los ingleses representaban una monarquía constitucional, respetaban los derechos fundamentales del hombre y participaban activamente en sociedades secretas, particulamente la francmasonería.

El caso de Riego tipifica la trayectoria de muchos otros militares que lucharon contra la invasión francesa. Querían rechazar al invasor armado, pero no para restaurar el absolutismo servil.

El joven Riego se incorpora a la guerra, entra en un nuevo ambiente popular e ilustrado al mismo tiempo, conoce los ideales de la Gran Revolución, cae prisionero de los franceses, pasa años en Francia e Inglaterra y cuando regresa a España, después de la guerra se reincorpora al ejército.

Esa trayectoria se repite de un modo muy parecido en otros militares. Van a ser partidarios de la monarquía constitucional, masones y amigos del pueblo. La trayectoria se repite en el caso más famoso de todos, por sus consecuencias, que fue el de Espartero, para no nombrar a los generales La Serna, Canterac, Morillo, Rodil, Monet, Valdés y tantos otros.

La figura señera de San Martín recorre la misma secuencia de hechos e influencias: servir en el ejército español, abrirse a las ideas de la Ilustración, participar en la resistencia armada contra los franceses y repudiar la vuelta del absolutismo fernandino.

Cuando la guerra de la independencia hispanoamericana estalla, a partir de 1812, España está en lo más profundo de su crisis política y social. No está en capacidad de mandar ejércitos numerosos a combatir a los insurgentes y tampoco muestra la voluntad de destruirlos y aniquilarlos. Hombres como Espartero o como Riego, no podían ver con odio lo que intentaban hacer aquellos otros guerreros tan parecidos a ellos. Las ideas que los insurgentes sostienen son las mismas de ellos. Las Cortes de Cádiz han proclamado un régimen constitucional que reconoce a los americanos la posibilidad de la igualdad con los peninsulares. La inevitable y trágica división entre absolutistas y constitucionales, o entre serviles y liberales, se extiende al nuevo continente. Existen allí serviles, o «godos», defensores del absolu-

tismo y el pasado, y liberales insurgentes que reproducen el mismo antagonismo que se da en España.

Los separatistas de Caracas, en 1810, han actuado dentro del mismo patrón de las Juntas españolas. Han desconocido al rey usurpador y han invocado razones muy valiosas que es necesario comprender en toda su significación. Se ha roto, alegan, el vínculo que los unía y sujetaba al rey de Castilla, que lo era también de todos los reinos de España y de las provincias americanas. Ese vínculo era personal y directo, y se estableció solemnemente por Carlos V. No era transferible y no era con el Estado español, sino con la persona misma del monarca legítimo. Desaparecido éste por una usurpación, el vínculo quedaba roto.

Es lo que sienten los hombres de las Juntas españolas y lo que expresan los Cabildos revolucionarios de América.

La lucha fundamental no es contra liberales insurrectos en América, contra la usurpación y el absolutismo, sino contra los serviles de adentro y de allende los mares. Se sentían más irreconciliables con los partidarios del absolutismo que con los libertadores americanos, que eran gente con la que compartían esperanzas y sentimientos.

El regreso del rey a España significó el repudio de la Constitución de 1812 y de todo cuanto habían creído lograr los liberales. Se restauraba el absolutismo en pleno y triunfaban los detestados «serviles».

Para Riego, como para muchos de los militares concentrados en el sur de Andalucía para venir a América a sofocar la rebelión de independencia, que proclamaba los mismos principios de los hombres de Cádiz, la cuestión inmediata de mayor monta era derrotar a los serviles y retomar el rumbo liberal. Aquella poderosa concentración de tropas brindaba la tentadora oportunidad de lograrlo. Había que resolver primero el problema político de España para entrar luego a considerar lo que se podía hacer con los insurgentes americanos. Esto fue lo que hizo Riego en 1820 al insurreccionar aquellas fuerzas para servir de base decisiva a un retorno de España al régimen liberal.

Sentirse más cerca de los insurgentes americanos que de los absolutistas metropolitanos, fue una actitud no poco común entre los militares activos. Tenemos el caso revelado del general Mariano de Renovales, de convicciones liberales, que salido de la España reaccionaria le escribe a Bolívar en 1817, ofreciéndole su espada y la de muchos de sus compañeros para luchar por la independencia. En significativa carta el distinguido general que se había batido con-

tra la invasión napoleónica dice, desde Londres donde se hallaba, frases y conceptos que iluminan de una luz nueva el carácter de aquella lucha. Habla de combatir «contra nuestro común tirano» y explica las razones por las cuales no hace distinción entre la lucha que se libra en América y la que está latente en España: «en esta mi decidida resolución nada se ha mudado sino el campo de batalla, mis banderas y mis enemigos son siempre los mismos, mis enemigos son todos los que apoyan el despotismo español y mis banderas las que tremolan por la causa de la libertad».

El eco que los sucesos españoles provocaron en América revela claramente el sentido que para los libertadores tuvo la insurrección de Riego. La interpretaban como un cambio definitivo de la situación dentro de la cual habían luchado hasta ese momento y el surgimiento de otra distinta y opuesta, por medio de la cual podía lograrse una solución incruenta y justa de su aspiración a la Independencia. Ya no iban a enfrentarse al cerrado absolutismo fernandino, sino que se abría una inesperada oportunidad para el diálogo entre quienes compartían las mismas aspiraciones políticas.

El Correo del Orinoco, la publicación periódica que Bolívar funda en Angostura en 1818 para servir de fuente de información y de arma intelectual en la guerra, refleja de un modo fascinante la manera como ese acontecimiento fue visto por los libertadores. Ya desde su primer número, en junio de 1818, habían declarado que «se pelea contra el monopolio y el despotismo, por la libertad del comercio universal y por los derechos del mundo». En esa misma nota se dirige a los súbditos del rey: «Españoles de la península: Vuestro Gobierno es vuestro verdadero enemigo. Nosotros, por el contrario, somos vuestros amigos naturales... Amenazados de los mismos males, víctimas de la misma opresión y de la misma tiranía, ¿por qué no nos unimos de una vez, por qué no nos abrazamos y somos todos libres y nos volvemos a llamar hermanos?».

Las primeras noticias del alzamiento aparecen en el número del 18 de marzo de 1820. En sucesivas ediciones irán informando de los sucesos y reproducirán algunos documentos y proclamas de los insurrectos. Debió impresionarles mucho el estrecho parecido de aquellas frases y conceptos con los que ellos habían venido usando desde el primer momento de la lucha. En las proclamas del General Quiroga podían leerse frases como las siguientes: «Estabais destinados a la muerte, no para realizar la conquista, ya imposible, de América...»,

se califica la guerra en el Nuevo Mundo como «impía, impolítica y fratricida», para finalmente definirla como «una guerra tan asoladora, como injusta y ridícula».

Las páginas del *Correo* reflejan un espíritu de contento y esperanza. Les parece que va a ser posible la reconciliación, con el reconocimiento de la Independencia, aún más, les parece inevitable.

Era evidente la falta de convicción y entusiasmo entre los jefes españoles en América, para combatir decisivamente a los hombres que representaban ideas que ellos compartían. Lo que había habido en España hasta esa hora había sido un estado de guerra civil, larvada o abierta, entre constitucionales y «serviles». Lo que pasa en América representa otra faz del mismo enfrentamiento. Era difícil para hombres como Morillo o La Serna, mirar como enemigos mortales los patriotas americanos.

Basta leer la correspondencia de Morillo para advertir claramente la sincera simpatía con que veía a los libertadores. La famosa entrevista que tuvo con Bolívar, después del movimiento de Riego y la restauración del régimen constitucional, revela y pone en evidencia la simpatía que animaba a los hombres de los dos bandos. Habían ya acordado un armisticio y un acuerdo de regularización de la guerra, pero todos aspiraban a más, a.lo que podía llegar a ser la reconciliación definitiva de los libertadores americanos con los liberales de España, para una nueva forma de unión entre una España liberal y una América independiente.

En aquella ocasión los sentimientos privaron sobre las apariencias y las actitudes convencionales. Se abrazaron, derramaron lágrimas y condenaron la guerra y la lucha armada. Era la aparición elocuente de una realidad histórica y social subyacente. No era España, a los ojos de los libertadores, una potencia extranjera que había venido a sojuzgar su país y a imponerle una cultura extraña. Los americanos se consideraban tan españoles como los peninsulares y su relación con la corona no era menor ni diferente a la que tenían con ella los distintos reinos de la península. Lo que ocurría en España para entonces, era una guerra civil, y lo que ocurrió en América fue el traslado y la continuación de ese mismo conflicto, entre la misma gente, en otro escenario geográfico. La mayor dificultad con la que tropezó Bolívar en los comienzos no fue otra que la de darle un carácter nacional a la guerra contra el régimen. Durante todo el primer tiempo fue predominantemente una guerra civil. Eran mayoritariamente ve-

nezolanos los que peleabn en uno y otro bando. Boves venció a los libertadores a la cabeza de un ejército de lanceros de las llanuras del Orinoco y hasta casi el final de la larga lucha se mezclaron americanos y españoles en los dos bandos. No eran ya para ellos españoles y americanos, sino «godos», que comprendían a todos los partidarios del antiguo régimen, y patriotas, que aspiraban a otro distinto basado en la democracia y los derechos del hombre. De lado y lado los sucesos de 1820 anunciaban la posibilidad cierta de una solución pacífica, que se frustró por la situación política de España en esa hora y desapareció definitivamente con la intervención de la Santa Alianza y la restauración por la fuerza del absolutismo fernandino.

Esos sucesos finales acabaron de internacionalizar el conflicto americano. Los enemigos de la Santa Alianza no podían permitir que la España incorporada a ella y a sus principios retrógrados pudiera conservar el dominio de América. Inglaterra se decidió activamente a apoyar a los partidarios de la Independencia y los Estados Unidos proclamaron la Doctrina de Monroe, que cerraba cualquier posibilidad de restaurar el imperio español.

El lamentable desenlace del Trienio Liberal y de las grandes esperanza que hizo nacer, a una y otra ribera del océano, tuvo sus consecuencias en esa tan larga lucha.

Durante toda la campaña del Perú es visible la división entre constitucionales y «serviles», que remata finalmente en la disidencia abierta del general Olañeta, en vísperas de Ayacucho. Había simpatía de parte de La Serna y de sus generales por Bolívar y su causa. La batalla de Ayacucho misma es un elocuente ejemplo de este estado de ánimo. Dos cosas insólitas ocurren en ella. Primero el caso, único en los anales guerreros, de que formados los dos ejércitos en orden de batalla, momentos antes de iniciarse el combate, oficiales españoles y americanos salieran de las filas para abrazarse en presencia de las dos fuerzas. El general Monet, acompañado de otros oficiales se abrazó con el general Córdova y así lo hicieron otros. Luego se dio el caso, igualmente insólito, que después de una victoria decisiva, el general Sucre le ofreciera a los restos del ejército español la oferta de una capitulación, que les asegurara muchas concesiones de respeto y seguridad, como sólo hubiera podido justificarse antes de una batalla, precisamente para evitarla. La correspondencia posterior de La Serna con Bolívar confirma esta actitud.

Muchos de estos jefes, a su regreso a España, se convirtieron en

los más decididos soportes del régimen liberal, con María Cristina contra los carlistas, como fue el caso de Espartero y de no pocos otros, a quienes los malquerientes políticos dieron el significativo cognomento de «los yacuchos».

Cuando se considera este largo y casi uniforme ciclo de grandes sucesos no puede uno menos que advertir que por debajo y más profundamente de lo que advierte la historiografía superficial, que se regodea en los sucesos y en las palabras sin penetrar en el meollo de su verdadera significación, que el cruento y complejo proceso que parece iniciarse en España, con los acontecimientos de 1808, tuvo antecedentes y consecuencias, y es la manifestación de un cambio de mentalidades y circunstancias que tiene raíces europeas y que se extiende a la comunidad de las naciones hispánicas.

La crisis que estalla, visiblemente, a partir del motín de Aranjuez hasta la resistencia contra la invasión napoleónica estaba planteada en España desde la época de Carlos III y formaba parte del inmenso cambio revolucionario e ideológico que transformó la faz del mundo y que tuvo su punto culminante en la Revolución Francesa.

Sólo dentro de ese marco es posible entender lo que en esos años ocurrió en España y en la América española. Se había creado un cisma, un antagonismo mental irreconciliable, entre las concepciones sociales y políticas del Antiguo Régimen y las aspiraciones hacia la libertad que penetraban todas las capas sociales.

Era la llegada al mundo hispánico, y la expresión dentro de sus peculiaridades de la gran crisis de conciencia de la que brotó el largo y no cerrado tiempo de las revoluciones.

No puede entender el vasto y significativo proceso quien lo ve simplemente como una consecuencia de la invasión francesa a la Península en 1808 o de la decisión de los criollos de terminar con la dominación española. Desde fines del siglo XVIII, y acaso antes, habían venido formándose dos Españas opuestas en lo ideológico y en lo político. Dos visiones nacionales antagónicas. Lo mismo ocurría en las tierras americanas. Se aspiraba a un nuevo orden, al progreso de Las Luces, a la realización del modelo norteamericano y a la adopción de las instituciones liberales. No fue una lucha de América contra España, de unos pueblos coloniales sometidos por la fuerza a una potencia extraña, como fue el caso de la descolonización reciente en Africa y en Asia. Eran la misma gente, con la misma lengua y la misma cultura que constituían una comunidad *sui generis* a ambos la-

dos del océano. Había diferencias pero acaso no más grandes que las que las lenguas y las historias regionales crearon dentro de España. En ambos escenarios la lucha fue esencialmente la misma, contra los mismos enemigos y con los mismos objetivos. El proceso que dio nacimiento al movimiento liberal en la Península es el mismo que anima y justifica la insurrección americana. Entre liberales y libertadores no había diferencia de causa, ni de ideales. La causa que los movía era fundamentalmente la misma. El lenguaje de los liberales de Cádiz y de Riego es el mismo que empleaban los patriotas del espacio americano, las aspiraciones eran iguales. Ellos lo sentían claramente y lo expresaban en sus documentos. No luchaban contra España, luchaban contra el régimen injusto y contra el absolutismo que lo personificaba.

Lo más importante que expresa y revela la larga lucha por la Independencia de la América hispana es la identidad de propósitos con los liberales españoles. No se lucha contra extranjeros, era una lucha entre hermanos separados, en la que liberales y libertadores no lograban desconocer la coincidencia de sus motivaciones y la identidad fundamental que los unía indisolublemente. Así lo vieron no sólo los hombres de pensamiento, sino también los jefes militares que se enfrentaban en los campos de batalla del Nuevo Mundo.

Si algo prueba la larga y destructiva guerra de Independencia hispanoamericana es la existencia de una poderosa comunidad de historia y de cultura, que con la lucha armada no quedó destruida sino confirmada y que es, hoy más que nunca, la base segura para entrar en el porvenir.

VENEZUELA HOY

VENEZUELA fue una de las provincias más pobres del imperio español. De la lectura de los cronistas y de los visitantes queda una imagen de escasez, pobreza y desamparo que parece perpetuarse. Todos señalan las riquezas potenciales del territorio, pero las ponen en contraste con la penuria de los habitantes. Esta situación tuvo una notable mejoría a fines del siglo XVIII, gracias a la expansión de ciertos cultivos y al desarrollo del comercio clandestino con las Antillas extranjeras. Más tarde, ya en nuestro tiempo, brota la inesperada e inconmensurable riqueza del petróleo, que multiplicó por mil los recursos monetarios del país y lo inundó con todas las formas de la riqueza improvisada. Podríamos decir que puestas linealmente las generaciones que se han sucedido en Venezuela desde el Descubrimiento suman catorce, de acuerdo con la estimación estadística del relevo generacional. De esas catorce generaciones, trece vivieron en la escasez y una en la opulencia.

Hubiera sido pedir mucho esperar que esa súbita abundancia hubiera podido manejarse con prudencia y buen cálculo de inversiones y resultados. Se formó una mentalidad de campamento minero y se gastó sin tasa ni medida en todas las formas imaginables. Una

parte, ciertamente, se destinó al desarrollo del país, pero no en la proporción y forma que hubieran sido necesarias para asegurar su crecimiento sano. El resto, que fue lo más, se lanzó a manos llenas a todas las formas imaginables del consumo improductivo y del hedonismo.

Mientras los precios del petróleo aumentaban en galopante sucesión diecisiete veces, la capacidad de gastar se abría sobre perspectivas aparentemente ilimitadas. Se gastó todo lo que el petróleo proporcionaba con dinero y aún más, pues se acumuló una deuda pública muy alta y totalmente injustificada.

No era difícil prever que semejante sueño de Jauja no podía prolongarse indefinidamente. Tenía que tener un término. Ni el consumo ni los precios del petróleo podían seguir subiendo ilimitadamente en una perspectiva sin término. La misma alza de precios provocó que los países industriales, que dependían vitalmente de esa fuente de energía para su prosperidad, tomaran medidas defensivas. Hicieron inteligentemente todo lo que estuvo a su alcance para reducir el consumo y además para substituir el petróleo por otras fuentes de energía. El resultado fue una reducción importante del consumo mundial y por consiguiente de las posibilidades de exportación a altos precios.

Surge ahora para Venezuela la necesidad perentoria de prepararse para enfrentar la nueva situación con todas sus ingratas consecuencias. Habrá que gastar menos, que importar menos, el bolívar ha dejado de ser una moneda fuerte para sufrir un descenso importante de su poder adquisitivo en un sistema difícil de cambio controlado. Todo esto significa un difícil reajuste que requerirá grandes esfuerzos y mucho tino para poderlo llevar a cabo de una manera razonable y aceptable para todos.

Se ha presentado un tiempo difícil para el que el país no estaba preparado ni material ni psicológicamente. Van a producirse grandes desajustes en el nivel de vida, en la producción, en el abastecimiento y en el empleo. En etapas rápidas y bien calculadas y dirigidas, la nación entera tendrá que lograr, en el menor tiempo posible y al menor costo social, adaptarse eficaz y sanamente a sus nuevas condiciones. Tendrá que producir más, que importar menos, que administrar con más sentido del rendimiento y del ahorro. Habrá que contar más con el trabajo propio que con el providencial subsidio del petróleo. Lo que podamos tener en el futuro no va a depender solamente de los precios del petróleo en el mercado mundial, sino

de nuestro propio trabajo y de nuestra capacidad de producir todo lo que no es petróleo.

No es un reajuste fácil ni hay fórmula mágica para realizarlo. Requerirá un plan aceptado por todos y realizado con la contribución de todos. Con una metas precisas y alcanzables.

No es que Venezuela ha vuelto a caer inesperadamente en su vieja pobreza tradicional. Sería física, económica y socialmente imposible que la nación actual pudiera reducirse a las dimensiones mínimas que tuvo su vida y su actividad hace apenas cincuenta años. Si hubiera que regresar a vivir del café, el cacao y el pastoreo, sería un apocalipsis inimaginable. El país de hoy no es el de hace cincuenta o treinta o ni siquiera veinte años atrás. Tiene una infraestructura económica de comunicaciones y servicios de gran magnitud, tiene una capacidad industrial de producción, cuyos rubros más llamativos son el acero y el aluminio, ha desarrollado una elevada capacidad de producir energía eléctrica y cuenta con una riqueza petrolera muy importante que le asegura una participación privilegiada en la economía mundial.

El problema consiste en hacer ahora lo que no se quiso o no se pudo hacer antes. Poner al país a vivir dentro de sus verdaderas capacidades de trabajo y producción, y preparar al venezolano para enfrentar con éxito las dificultades. Ello es posible y hasta con un esfuerzo que no es excesivo. El petróleo nos trajo bienes y males. Esta pudiera ser la preciosa ocasión de curarnos para siempre de los males de imprevisión y la dispendiosidad que nos trajo.

PROFECIAS DE LO OBVIO

Con tristeza y frustración veo a Venezuela caer en esta grave crisis que hoy la afecta en todas sus formas de vida. La negativa situación que ahora se afronta con alarma y precipitación ha sido el resultado previsible y previsto de la forma en que el país usó de la inmensa riqueza que el petróleo derramó sobre él. Desde el primer momento se hizo evidente que no se estaba haciendo con aquella abundancia de medios lo que era razonable, sino que se iba a gastar de un modo que iba a crear inmensos peligros para el futuro. El Estado se hizo increíblemente dispendioso y creó una clientela burocrática innumerable y creciente. En la misma medida en que aumenta-

ban los ingresos fiscales, aumentaba la pasión de gastar. Aun en una medida mayor, porque cuando los presupuestos nacionales alcanzaron cifras que parecían astronómicas y pasaron en galopante ascenso, de la magnitud de diez mil millones de bolívares, a cincuenta mil y a noventa mil, hubo todavía el deseo de gastar más y se contrajo una deuda tan grande como injustificada que hoy, por cabeza de habitante, debe ser una de las mayores del mundo.

No era difícil prever lo que tenía que ocurrir. Muchos lo vieron con claridad y lo dijeron en repetidas alertas.

Eran meras profecías de lo obvio. Se estaba gastando sin ninguna consideración de la inversión y del resultado, se estaba gastando al nivel máximo de los ingresos petroleros y aun más allá gracias al endeudamiento. Cualquier baja de volumen o precios de la producción petrolera tenía que significar una grave crisis para una vida económica tan artificial y subsidiada.

Cuando comenzaba a asomar en el horizonte el potencial de la riqueza petrolera; en 1936, cuando actuaba en el país una generación ya desaparecida, yo me lancé a decir: «Si hubiéramos de proponer una divisa para nuestra política económica, lanzaríamos la siguiente, que nos parece resumir dramáticamente esa necesidad de invertir la riqueza producida por el sistema destructivo de las minas, en crear riqueza agrícola, reproductiva y progresiva: sembrar el petróleo» (*Ahora*, 14-VI-1936).

Más de una década más tarde, ya apartado del gobierno por el golpe de Estado de 1945, insistí muchas veces en la misma cuestión. Veía crecer peligrosamente el gasto corriente y crearse un ambiente de facilismo e imprevisión.

«¿Hasta cuándo podrá durar este festín? —me preguntaba—. Hasta que dure el auge de la explotación petrolera».

En los treinta años que siguieron no cambió la naturaleza de la amenaza pero sí las dimensiones de los factores que llegaron a alcanzar magnitudes gigantescas. La dependencia del petróleo no había cesado de crecer y nuestra tendencia a gastar en el límite máximo de la capacidad de producir petrodólares continuaba en expansión. El 9 de febrero de 1981 tuve que decir en unas declaraciones dadas a *El Universal*: «La fiesta no puede seguir porque vamos a desembocar en una catástrofe. Venezuela vive desde hace tiempo una situación crítica. La fiesta no puede seguir porque, fatalmente, si no la modificamos nosotros voluntariamente en este momento, un buen día se

va a acabar la manera de seguir la fiesta y vamos a desembocar en una catástrofe». Señalaba entonces la necesidad perentoria de una toma de conciencia por parte del país. «En primer lugar, la toma de conciencia debe ser del Gobierno, pero también de los partidos políticos, de los sindicatos y del venezolano... La impresión que yo tengo es que el problema creado por la riqueza petrolera nos ha desbordado. Y entonces los que pretendemos ser dirigentes de Venezuela, en muchos sentidos, lo que estamos es huyendo hacia adelante, lo que estamos es corriendo para que no nos alcance la ola y no nos arrope, pero nos va a alcanzar porque la fuga hacia adelante la estamos financiando con riqueza petrolera y cada día ella está más comprometida, más estrangulada».

Cuando se produjeron, a comienzos de 1982, las primeras dificultades en el mercado petrolero mundial, volví a repetir: «Este es el anuncio de una crisis que tenía que venir, que era previsible y había sido prevista por mucha gente en Venezuela». (*El Universal*, 28-II-1982.)

El mismo año le declaré, entre otras cosas, a Alfredo Peña en *El Nacional* (2-VIII-1982): «¿Qué tienen que hacer los partidos políticos que son los que mandan en este país? Lo que tienen que hacer es impopular. Anunciar sangre, sudor y lágrimas. Hablar con sinceridad a un país al que se le sigue hablando como a un menor y no como a un adulto. El deseo de engañar y de ocultar es muy grande. Siempre se trata de minimizar el daño, el peligro y el riesgo. La conducta correcta sería revelar la realidad en toda su magnitud para que los venezolanos actuaran de acuerdo a las exigencias».

Podría llenar un libro con todo lo que he dicho en tantos años. No he tenido la necesidad de rectificar porque la realidad no ha sido rectificada. Era fácil prever la situación en que nos hallamos, hubiera sido posible tomar a tiempo medidas para evitarla y no nos encontraríamos tan amenazados y desconcertados como hoy. A veces resulta triste y doloroso haber tenido razón.

LA ERA DEL PARASITO FELIZ

Venezuela está en crisis. Las bases y los supuestos sobre los cuales hemos levantado la situación aparente del país han revelado su inadecuación y su incapacidad para continuar sosteniendo un pro-

yecto nacional en gran parte irracional y falso. La terrible sacudida de la devaluación ocurrida en febrero de 1983 puso al descubierto la desproporción creciente e insostenible entre nuestros niveles de gastos y nuestra efectiva capacidad de producir riqueza. En la última decena de años, en la abundancia fantasmagórica de los petrodólares, se formó una mentalidad casi mágica de la riqueza y un estilo de vida y de gobierno que era absolutamente insostenible desde todo punto de vista y que tenía que desembocar en un trágico encontronazo con la realidad, para el cual no estábamos preparados en ninguna forma y del que, todavía, no tenemos una noción válida de la magnitud y de los riesgos que representa, ni mucho menos de los importantes sacrificios y rectificaciones que exige e impone a todos los venezolanos.

No era difícil prever el desenlace de esa loca carrera al derroche y al consumo improductivo de riqueza no ganada. El país entero, en todas sus capas sociales y formas de actividad, se convirtió en un inmenso y gozoso parásito del petróleo. Con el alza inesperada y continua de los precios del petróleo desde 1973, todos llegamos a creer, o a actuar como si lo creyéramos, que todos podíamos hacernos ricos casi sin esfuerzo, con un poco de viveza y suerte, sin muchos escrúpulos, si teníamos el sentido de la oportunidad y del valor de las conexiones.

El cambio de las dimensiones revistió caracteres de pesadilla. Un país que durante más de cuatro siglos y medio, de los cinco escasos de su existencia histórica, vivió en la pobreza, en la escasez y en el atraso vio, en cortos años y a un ritmo alucinante, desatarse un torrente de riqueza monetaria casi sin equivalente en el resto del mundo. En menos de cincuenta años el gasto consolidado del gobierno y sus organismos pasó de un poco más del centenar de millones de bolívares por año, a cifras astronómicas que se estiman, para las etapas últimas, en el fabuloso volumen de alrededor de 150 mil millones de bolívares anuales, para no mucho más de quince millones de habitantes.

Un torrente de riqueza de esa magnitud hubiera causado desajustes graves y deformaciones peligrosas en cualquier país, pero tenía que provocarlos de mucha mayor magnitud en un país tradicionalmente pobre, no preparado para dirigir, y mucho menos para digerir útilmente, semejante diluvio de dólares. Las mismas nociones elementales de riqueza, producción, trabajo, costos y ahorro perdieron su

sentido original y tendieron a convertirse en abstracciones. La abundancia monetaria creó una inflación imposible de contener que engendró a su vez una paradoja económica. Lo único barato era el dólar, gastar y comprar en el extranjero era más ventajoso que en el propio país y todas las actividades tradicionales o nuevas, agrícolas, industriales o de servicios, se convirtieron fatalmente en actividades subsidiadas, en una u otra forma, por la riqueza petrolera que el Estado dispensaba a manos llenas. En el corto lapso de una generación se transformó la composición y la mentalidad de la población. De un país de escasos recursos se pasó a otro que parecía creer que contaba con recursos ilimitados; de un país de campesinos atrasados, en el que de cada cinco habitantes cuatro vivían en el medio rural, se pasó a otro en el que de cinco habitantes cuatro vivían en núcleos urbanos y, particularmente, en las pavorosas aglomeraciones de ranchos que borraron todo aspecto urbano de ciudades como Caracas.

No sólo se gastó locamente sin plan ni concierto, sin parecer darse cuenta de que establecer físicamente una planta industrial no es lo mismo que dotarla de posibilidades económicas, provocando un desarrollo falso de meras apariencias, y de simulaciones que, lejos de producir riqueza, lo que hacía era destruir improductiva y parasitariamente la que el petróleo originaba, sino que, además, se incurrió en la imperdonable imprudencia de contraer inmensas deudas públicas y privadas, dentro del país y en los mercados financieros internacionales, que hicieron mucho más endeble y falsa nuestra posición económica. Ya el parásito no se conformaba con devorar estérilmente la sangre del petróleo, sino que comenzó a buscar sangre prestada, creando un insoportable pasivo que el país no podía pagar oportunamente con sus recursos previsibles.

Lejos de «sembrar el petróleo», lo que hicimos fue despilfarrarlo en proporciones desmesuradas y crear encima una deuda que hoy agobia a la nación y que hace más difíciles sus posibilidades de recuperación.

Ahora podríamos preguntarnos: ¿quiénes son los culpables de semejante desastre? Desde luego, los hombres y los partidos que han gobernado a Venezuela en los últimos treinta y tantos años. Pero, aunque es grande y decisiva su responsabilidad, ellos no actuaron solos y a espaldas de la colectividad nacional. Los venezolanos, en su inmensa mayoría, participamos, en una u otra forma, en ese trágico carnaval. La burocracia parásita, los empresarios que encontraron lu-

crativo y fácil vivir de favores del Estado, los que contrataban con el sector público, todos los que, en una u otra forma, se beneficiaron de ayudas, dádivas, préstamos sin base, subsidios de toda índole y de la varita mágica del dólar barato.

Las pocas voces que se alzaron contra aquella loca carrera al desastre no tuvieron casi eco. Era demasiado grande la tentación del enriquecimiento fácil, de la vida regalada y del consumismo estéril.

Con la abundancia de dinero y su despilfarro por el Estado, tenía que surgir la corrupción. No se necesitaba capital, ni antecedentes de experiencia, para lograr un contrato jugoso con el Gobierno; todo era asunto de conexiones políticas y comisiones cuantiosas. Una errada política laboral, paternalista y con fines politiqueros, llenó de burocracia inútil las innumerables dependencias que el gobierno creaba y mantenía, el volumen de trabajadores doblaba o triplicaba, con inmenso daño de la eficiencia y de los costos, las necesidades reales de mano de obra en empresas y servicios del Estado. No sólo era una política de insostenible derroche, sino de fomento del ocio y la irresponsabilidad del trabajador.

Hoy sabemos con la elocuencia pavorosa de los hechos que semejante derroche de hombres y recursos no podía sostenerse por mucho tiempo y que era fundamentalmente incompatible con toda posibilidad seria de crecimiento estable y sano para Venezuela. La dura realidad de los hechos nos ha obligado a enfrentar con carácter de grave emergencia nacional la situación que nuestra ligereza y nuestra imprevisión crearon.

Hubiera sido menester que se hubiera tenido un sentido claro y eficaz de la fragilidad y artificialidad de nuestra adventicia riqueza y que, en tiempo oportuno, se hubieran establecido correctivos y líneas de conducta que hubieran podido evitarnos este lamentable desenlace. No se hizo y ahora tenemos que intentarlo con la prisa de la emergencia y sin estar preparados en una forma adecuada para implantar y aceptar las rectificaciones, a veces muy ingratas, que impone la situación.

Ha terminado, ciertamente, la era del parásito feliz y ha comenzado, irremisiblemente, el tiempo de las rectificaciones. El Estado venezolano no puede seguir siendo el San Nicolás pródigo que otorga dádivas, empleos y subsidios sin medida; los hombres de empresa no pueden hacer sus cálculos de beneficios sobre la protección y la manirrotez ilimitada del Gobierno, sino sobre la realidad de la capa-

cidad de producción y de consumo del país; los trabajadores, por su parte, tienen que entender que su posibilidad de alcanzar mejoras no depende ya de la generosa intención de los políticos, sino de su real capacidad de producir riqueza por medio del trabajo eficiente. Es un cambio de 180 grados que exigirá de todos los habitantes del país un nuevo espíritu de comprensión y de voluntad de sumar esfuerzos.

La situación anterior no podía prolongarse y tarde o temprano tenía que desembocar en esta difícil confrontación con la realidad. Hubiera sido preferible que la previsión y el sentido común nos hubieran indicado a tiempo las medidas aconsejables para evitar este desenlace indeseable, pero ahora que ha ocurrido, lo peor que podríamos hacer es entregarnos a la desesperación, a la parálisis del miedo y a una visión apocalíptica del presente y del futuro.

No sólo no se ha acabado Venezuela, sino que tampoco ha desaparecido la riqueza fundamental con la que puede contar para su desarrollo sano y sólido. Cuenta con cuadros humanos de alta capacidad intelectual, técnica y laboral y tiene no sólo la seguridad de contar para el futuro cercano con una producción de petróleo que le asegure un futuro de dólares con el que muy pocos países de nuestra dimensión sueñan con alcanzar, sino que, por el efecto mismo de la involuntaria devaluación, se abren ahora nuevas perspectivas para nuestra producción. Con la nueva relación del bolívar con las monedas extranjeras, hoy es posible, a niveles lucrativos, producir para la exportación de toda clase de bienes distintos del petróleo. La posibilidad de lograr una economía más sana y autosuficiente, liberada de subsidios y ayudas estatales integrada firmemente al comercio mundial, se ofrece hoy a nuestro esfuerzo.

Podríamos ampliar muchas de nuestras producciones y servicios para este nuevo mercado y crear otras muchas actividades lucrativas que antes no eran posibles por el efecto desfavorable del dólar barato.

Puede ser, y yo lo espero, que esta crisis, que no supimos prever y evitar, nos enseñe las verdades que parecimos olvidar por tanto tiempo y, entre otras, aquella, tan vieja como Adam Smith, de que la riqueza de una nación es simplemente el producto de su trabajo.

Si así lo entendiéramos y lo pusiéramos en práctica, si supiéramos aprovechar las posibilidades de transformación favorable que ofrece esta ingrata coyuntura, pudiera ser posible que en el futuro los venezolanos recordaran este momento como la providencial ocasión que

se presentó inesperadamente y que Venezuela supo aprovechar con inteligencia para salir de sus vicios económicos, para curarse de desviaciones y engaños, y para establecer definitivamente la posibilidad real de un crecimiento verdadero, distinto e independiente del petróleo.

Sería el gran momento para pasar de la triste y lamentable situación de parásitos del petróleo a la de productores de riqueza, con la utilización sagaz de nuestros recursos y oportunidades y la aplicación sin desmayo de toda nuestra capacidad de producir y crear.

La imagen del hombre en el arte contemporaneo

Hay cierto exceso de especialidad y de tecnicismo en mucho de lo que se habla y se escribe sobre arte en nuestros días. De aquí nacen no pocas confusiones y oscuridades, creadas por los críticos, los profesores y los filósofos del arte. Haría falta acercarse al fenómeno artístico con una mente más abierta y desprevenida, para tratar de comprenderlo desde un punto de vista más humano. Yo, por mi parte, no puedo hacerlo, sino como lo que soy, que, seguramente, no es más que eso que con justificado desdén se suele llamar un *dilettante*, un hombre de otras preocupaciones que, desde su ubicación en el mundo, contempla, entre otros fenómenos, el fenómeno del arte y, por lo tanto, le dirige ciertas preguntas y toma ante él una actitud que no es precisamente la del artista creador, ni la del especialista en historia de las bellas artes, ni muchísimo menos la del filósofo que quiere penetrar en los difíciles vericuetos de la estética.

Por eso, de lo que vamos a hablar aquí es de una cosa que está al alcance de todos nosotros, aun de los más legos, es de: La imagen del hombre en el arte contemporáneo.

La Historia del Arte es un poco como un álbum, como un gran li-

bro de estampas en el que podemos ver, sucesivamente, las distintas imágenes que el hombre se forjó de sí mismo.

El hombre ha estado rodeado de una circunstancia que llamaremos mundo. Ante esa circunstancia, ha asumido siempre una posición, ha sentido que hay una relación entre él y esa circunstancia que lo rodea. Esa relación no ha sido igual en todas las épocas de la historia. La reacción del hombre ante el mundo ha cambiado profundamente en muchas épocas, y esa relación se ha expresado en muchas formas, especialmente en todas las de la creación. La expresa, por descontado, la literatura; la expresa de un modo abstracto la filosofía, y la expresa de un modo inmediato y directo el arte.

Bastaría, aun ignorando cualquiera otra fuente de información, que a nosotros nos pusieran frente a una estatua griega o ante los frisos del Partenón para que, por una especie de deducción, acaso menos dificultosa que aquella que solían hacer los paleontólogos cuando por un pedazo de hueso excavado reconstruían todo un ser antediluviano, por esa mera imagen plástica, pudiéramos darnos cuenta de lo que eran los griegos. Es decir, ¿qué pensaban los griegos de ellos mismos? ¿Qué sentían ellos que era el hombre? ¿Qué idea tenían ellos de la posición del hombre en el mundo? ¿Para qué estaba el hombre allí? Eso lo contiene la imagen plástica que los griegos nos han dejado. En los frisos del Partenón vemos, en primer lugar, un pueblo juvenil, gente joven que vive al aire libre, en una actitud conquistadora y afirmativa. Están a caballo, están guerreando, pero en una guerra alegre. La guerra griega es alegre, es una guerra deportiva de gente joven, afirmativa y audaz. Es una especie de hazaña física. No es la imagen que los hombres más tarde hemos llegado a tener de la guerra. Igualmente es una gente que parece un poco exenta de eso que nosotros llamaríamos preocupaciones morales. Están como en un eterno presente. Mira uno aquella cabalgata y le parece que aquellas gentes no se preocupan mucho de lo que pasó ayer, ni de lo que va a pasar mañana, sino que están en un pleno presente. Además, dan otra impresión muy clara, la de estar muy orgullosos de ser griegos, digo mal, de ser ¡hombres! Tienen una satisfacción evidente en ser lo que son y estar haciendo lo que están haciendo. De modo que nos bastaría esto para que nosotros, con la mera contemplación, si hubiera desaparecido toda la literatura griega y todo el testimonio histórico de la época de Pericles, llegáramos a poder reconstruir lo que era la concepción del mundo de los griegos, por medio de la imagen del hom-

bre, que el arte griego nos ha legado. Afortunadamente, sabemos más sobre los griegos que el mero testimonio plástico, y podemos comprobar una equivalencia evidente y clara entre lo que los griegos pensaron filosóficamente, entre lo que crearon poéticamente y lo que expresaron plásticamente. Ese mismo ímpetu de afirmación y de entusiasmo, de pleno goce y disfrute del vigor, del presente, que está en los frisos, que está en las estatuas, está igualmente, por ejemplo, en el famoso fragmento de la *Antígona* de Sófocles, que todos conocemos, en el que se hace aquel estupendo elogio del hombre, que dice: «Muchas son las maravillas del mundo, pero ninguna es superior al hombre.»

Uno se pone a pensar que esa especie de afirmación gozosa de la condición humana difícilmente la podría repetir un hombre de nuestro tiempo y, tal vez, difícilmente la hubiera dicho un hombre de la Edad Media. Esto lo podemos seguir observando viendo cómo cambia la imagen a través de las épocas. Porque, por ejemplo, si nosotros pasamos de la Antigüedad tal como la conocemos de los griegos, y vamos al arte bizantino, y entramos, por ejemplo, en San Vitale, en Ravena, encontramos allí presente una humanidad distinta, o una imagen del hombre enteramente diferente. En primer lugar, ya no hay hombres desnudos, sino vestidos y muy vestidos, rígida y severamente vestidos. Es decir, ha entrado allí una nueva idea, la idea de la dignidad, del escalafón social, la idea de la majestad. Ya el hombre no es solamente un ser desnudo y gozoso en medio de la naturaleza, sino que es una personalidad en función de una estructura social. Es un ***basileus***, un obispo, un gran funcionario palatino, es una emperatriz. Además, no aparece en una actitud de vida ordinaria. La vida ordinaria carecía de importancia o de interés para ellos, incluso podría parecer indigna. Están en una actitud hierática, en una «pose» majestuosa. Los pliegues del traje son exactamente los que debe tener y no más. La actitud es la que conviene para crear esa impresión casi humana de una dignidad extraordinaria. De modo que también esta imagen nos refleja lo que pensaban los hombres de Bizancio, los contemporáneos de Justiniano, del hombre y de su posición en el mundo. Ya había una distancia muy grande de esto a la imagen de los griegos.

Si pasamos de allí a la alta Edad Media, vamos a encontrar en el Gótico, por ejemplo, otra imagen del hombre. El pueblo de las estatuas en los portales de las catedrales góticas es la expresión de otra

concepción del mundo. Esa concepción ya no tiene que ver con la de los bizantinos, ya no es ni siquiera la dignidad ordinaria de la situación dentro de una sociedad jerarquizada y hieratizada, sino la preocupación del más allá, y lo que está expresado allí es sencillamente la concepción filosófica básica del cristianismo, que es la del «Valle de Lágrimas». Es decir, esto es un valle de lágrimas y estamos aquí de tránsito, y lo que importa, como decía Jorge Manrique, es ganar la otra vida, la vida duradera. El hombre está viviendo prácticamente en dos planos: en un plano humano, que es de por sí pecaminoso y despreciable, y en otro sobrenatural, en el cual está tratando de ser más que hombre. Y por eso esas figuras tienen una estructura, una actitud, una conducta podríamos decir, que refleja una condición espiritual dominante del hombre y del mundo.

Después vendría el Renacimiento. Bastaría que nosotros viéramos en el comienzo del Renacimiento un fresco de Masaccio. Es indudable que si uno ve el fresco del *Pago del tributo*, en Florencia, encuentra que allí hay unos hombres aparentemente simples; ya no queda en ellos nada de esa dignidad sacerdotal o de vestimenta que podría haber en los bizantinos o en la época gótica, sino que son gentes aparentemente ordinarias y comunes, vestidas con trajes de pescadores, que están entregados a una tarea igualmente ordinaria; están allí unos sacando un pez del agua, están otros disputando con un cobrador de impuestos, pero, sin embargo, hay una actitud, una intención en las figuras por las que parecen estar diciendo que el hombre, a pesar de esa situación externa tan ordinaria, es el asiento natural e indeclinable de una grandeza innata que lo habita, de una majestad que le es propia, es decir, la condición humana en sí es una alta dignidad. De modo que ese concepto de la majestad de la condición humana, de la importancia central del ser humano, que no es ya la de los griegos, porque ya en ésta hay preocupaciones sobrenaturales que los griegos no tenían, viene a conformar una actitud distinta de las que hemos encontrado en los bizantinos o en los hombres del gótico, y en ella se refleja igualmente una concepción del mundo por medio de la imagen que el hombre se hacía de sí mismo.

El hombre que podía verse como los personajes de los frescos de Masaccio, tenía una idea afirmativa de su posición. Una idea que coincide mucho con la de los griegos, pero en otra forma. Es un hombre al que ya le empieza a preocupar algo que no preocupaba al hombre antiguo. Ya no le preocupa solamente la salvación del alma, como

al de la Edad Media, sino que le preocupa otra cosa: la fama. Empieza la época de la fama. Al hombre del Renacimiento le preocupa el renombre, lo que van a decir de él, lo que la posteridad va a decir de él, y le importa aparecer embellecido, majestuoso, solemne y grande ante los ojos de los contemporáneos y de la posteridad. Va a vivir, pues, en un mundo de triunfo, de engrandecimiento, de exaltación, que es en el fondo el mundo del Renacimiento. Y si uno lee la poesía y la obra de pensamiento de los literatos de ese tiempo, encuentra que ésa es exactamente la visión del hombre que ellos tenían, la visión que da, por ejemplo, Baltasar de Castigliones en *El Cortesano*. Es un deseo de perfección humana, de gloria, de exaltación, de engrandecimiento, de refinamiento, de lujo. Todo lo que pueda adornar y embellecer al hombre y a su vida, afirmarlo y engrandecerlo a los ojos de sus semejantes, es el tema del hombre del Renacimiento.

Así podríamos seguir hojeando este álbum de estampas, viendo las distintas imágenes del hombre en los distintos tiempos. Tendríamos la imagen de Botticelli, que también es una hermosa imagen del Renacimiento. Si desapareciera, por ejemplo, todo testimonio de lo que fue la España del siglo XVI, toda la literatura española y toda la historia, y no nos quedara sino el *Entierro del conde de Orgaz*, sería suficiente para que nosotros supiéramos qué pensaban los españoles de la época de Felipe II de ellos mismos y del hombre, cómo se concebían ellos frente al mundo y frente a la condición humana, con solamente mirar aquella ringlera de cabezas en estado de éxtasis, con los ojos vueltos hacia una visión que no es de la tierra, vestidos de negro, borrados los cuerpos, donde solamente hay rostros y manos, y encima de ellos una visión sobrenatural de la Trinidad, y en el centro de ellos como nudo central, el gran tema de la muerte.

Allí está, de una manera perfecta y compendiada, todo cuanto necesitamos saber para darnos cuenta de cuál era la imagen del hombre que tenían los españoles de fines del siglo XVI, que crearon y trasmitieron, en la forma más directa que podían, que era la forma plástica, en esa gran obra fundamental del Greco.

Si saltáramos por sobre unos siglos y cayéramos en nuestro tiempo, bastaría también, para algún futuro sobreviviente de la tragedia atómica, si es que ha de ocurrir, encontrar en alguna ruina la *Guernica* de Picasso. Al contemplarla, también se formaría inmediatamente una idea de lo que hemos sentido y pensado los hombre de nuestro tiempo de la condición humana, y de la situación del hombre en el

mundo. Porque esta imagen del mundo no se parece a ninguna otra. Para empezar, no hay allí ningún hombre completo. El hombre está destruido, despedazado, descuartizado, reducido a fragmentos, desarticulado, distorsionado, convertido en un objeto de horror para sí mismo y de horror frente al medio, rodeado de una situación enemiga, agónico en medio de dos bestias: una bestia lamentable y dolorosa, una especie de caballo de pica mal herido, moribundo, risible, tragicómico, y una gran bestia totémica: el gran toro hispánico, que está en el ángulo del cuadro, no sabemos si anunciando la destrucción o la fuerza posible de un renacimiento.

Con esto quería decir que cada tiempo ha tenido su concepción del hombre, y esa concepción del hombre se ha reflejado de un modo evidente y muy claro en el arte. Dicho esto, nos preguntaríamos ahora: ¿cuál es la imagen del hombre que da el arte contemporáneo? Si no tuviéramos ningún otro dato sobre lo que el hombre actual piensa de sí mismo, sino exclusivamente el testimonio de la creación artística de los últimos treinta, cuarenta, cincuenta o sesenta años, ¿qué conclusión sacaríamos? Así como podemos sacar una conclusión de los frisos del Partenón, como podemos incluso pensar, adivinar lo que podrían pensar los egipcios de sí mismos, mirando las ruinas de Karnak, ¿qué conclusión sacaríamos de esta contemplación?

Hay una serie de rasgos que podemos revisar y que son coincidentes, que nos permiten delinear lo que pudiéramos llamar las grandes coordenadas, los temas centrales de esa imagen del hombre. El arte contemporáneo, por descontado, es mucho más anárquico, mucho menos unitario que el de alguna otra época, Nunca ha habido una variedad más grande de expresión artística en toda la historia humana que la que tenemos hoy día. Hoy coexisten las formas más diversas de expresión artística y las búsquedas más opuestas, aunque en el fondo complementarias. Sin embargo, entre todas ellas hay ciertos aspectos básicos, ciertos supuestos establecidos, que *mutatis mutandis*, aparecen en todas las expresiones artísticas actuales. Es evidente, para empezar, en esas imágenes, que el hombre actual ha sufrido el impacto de terribles acontecimientos. Es el hombre de las guerras mundiales, que ha sobrevivido a lo que alguien ha llamado el «Universo Concentracionario». La época en que millones de seres se han hacinado en campos de concentración, en que aparentemente toda consideración y toda piedad humana han desaparecido. En la que hemos contemplado las formas de destrucción más atroces, más cíni-

cas. En la que el ser humano ha regresado a las formas más repugnantes de autodestrucción y de autonegación. Es también un tiempo, en el que paralelamente con este cambio externo del mundo, ha ocurrido un cambio interior, un cambio ideológico, un cambio del conocimiento, un cambio dentro de la mente del hombre igualmente importante. El arte contemporáneo es el arte que ha pasado a través de Freud, a través de Einstein, a través de Marx, a través del existencialismo. Es decir: un arte que ha sobrevivido a grandes cataclismos ideológicos y a grandes crisis.

En todas las épocas anteriores del arte, podríamos encontrar un denominador común, que es éste: ha habido siempre una idea dominante, una concepción del hombre y del mundo dominantes, y frente a ella ha habido exclusivamente dos posiciones: la de los que la aceptan, la proclaman, la mantienen y la realizan, y la de los que se le oponen. Pero cuando uno se opone a una idea, lo que está afirmando es la existencia de esa idea. Y entre la afirmación y la oposición, en todo momento de unidad ideológica, hay una complementación evidente; son como dos caras de una misma medalla, como las dos mitades de una circunferencia, la una presupone la otra y las dos se integran. En cambio en el mundo actual, no existe una idea central, no existe una concepción básica del mundo dominante, como pudo existir en la Edad Media, en el Renacimiento, en el tiempo de los griegos o en Bizancio, sino que existe una actitud de perplejidad, de búsqueda, de duda, de vacilación, de tanteo, en la que cada hombre está reducido a la condición casi de un aventurero, que por su propia cuenta busca su camino. Esto, por lo tanto, rompe un poco lo que pudiéramos llamar la estructura dentro de la cual este proceso se ha verificado en los tiempos anteriores. Es evidente, por ejemplo, que hoy no podemos tener una idea de la responsabilidad o de la culpabilidad semejante a la que tenía un hombre del siglo XVI. Por sobre nosotros ha pasado Freud y no ha pasado impunemente.

Tampoco tenemos una concepción de la causalidad, de la causa y el efecto, o de la estructura del universo o de nuestra posición dentro de ese universo, o del destino de lo orgánico dentro del inmenso mundo enemigo de lo inorgánico, que es todo el universo en contraste con el pedacito de vida orgánica de la Tierra, después de que por sobre nosotros ha pasado la física de Einstein, la física probabilística y todos los grandes cataclismos ideológicos de nuestro tiempo, y cuando el hombre ha terminado, curiosamente, por encontrar

en un rincón de un gabinete de física un nuevo diablo, un diablo mucho más inhumano y mucho menos inteligente que el diablo que encontraron los hombres de la Edad Media, que el Mefistófeles con que dialogaba el doctor Fausto, que los físicos modernos llaman la entropía, y que se ejercita en todo el mundo de la causalidad física, en destruir la relación causa-efecto, y hacer que las cosas no ocurran como lógicamente debían ocurrir.

Estamos en un mundo en el que todo ha sufrido esas transformaciones en las que el hombre se siente perdido, abandonado y solitario, sin rumbo, en una actitud de autocrítica, de búsqueda, de tanteo, en una época verdaderamente agónica en este sentido. Esta situación se ha reflejado en el arte contemporáneo, en lo más valioso del arte contemporáneo, es decir: el arte contemporáneo es la ilustración de esta situación. Y viéndolo así lo podemos entender mejor, aun cuando los artistas no se den cuenta de esto. Los hombres pertenecemos a nuestro tiempo, por el mero hecho biológico de existir pertenecemos a él, estamos anclados e integrados en él y por más esfuerzos que hagamos en contra, somos de él y actuamos como gentes de nuestro tiempo aun cuando actuemos contra nuestro tiempo.

Esto significa que puede no ser lúcido o consciente el artista en la ejecución de su obra, puede no darse cuenta de qué es lo que está detrás de él y lo mueve, como perfectamente podría ocurrir que el escultor medieval que hacía la estatua de San Dionisio en la puerta de una iglesia, no estuviera consciente de toda la implicación ideológica del mundo que lo rodeaba, pero lo expresaba evidentemente, porque no podía expresar otra cosa que la vivencia de lo que llamaría Américo Castro la «morada vital» dentro de la que estaba. Eso mismo puede ocurrir en nuestros días, puede que muchos de los artistas no lo sepan, pero lo que están expresando es esa situación de angustia, de vacilación, de duda y de extravío del hombre actual.

Esa crisis y esa manifestación empieza en las artes plásticas occidentales contemporáneas, a raíz de lo que se ha llamado el posimpresionismo. Con el posimpresionismo surgen el *fauvismo*, el expresionismo, que son en su conjunto formas en las que el artista renuncia a los datos inmediatos del mundo y en su obra crea una especie de afirmación propia. Es decir, una extravasación de su ser interno en la creación de objetos que él ya no toma del mundo, sino que le devuelve al mundo. Pero esos objetos que él crea no son gratuitos; esas figuras, esos juegos de masas y de colores, esas deformaciones, obe-

decen a una concepción de su situación frente al mundo y a una interpretación plástica de lo que el mundo significa para él. Eso lo vemos perfectamente en los expresionistas. Las figuras que éstos pintan ya no son las hermosos imágenes del Renacimiento, son unas figuras caricaturales, repugnantes a ratos, violentamente plantadas ante nosotros, distorsionadas, deformadas, alteradas, en las cuales el artista está afirmando algo, algo contra alguien, algo contra una tradición, contra un mundo que él no acepta y contra una humanidad cuya única expresión para él es la fabricación de ese monigote, de ese instrumento que no es de irrisión, sino de afirmación, y que es su modo de expresarse.

Junto con el expresionismo hay otra raíz de esta visión contemporánea del hombre, que es el cubismo. El cubismo procede a una desintegración de la figura humana, a una descomposición del hombre o de sus elementos. Ya no estamos viendo a la gente de frente o de perfil, ya no estamos preocupados en reproducir una situación real, sino que se va a crear una figura nueva, en la cual va a haber más de dos ojos, o va a verse simultáneamente el frente y la espalda, o los dos lados de la cara, cuando es está de perfil, y en la cual va a haber una reducción de la figura humana a elementos básicos, que al mismo tiempo no pretenden poder ser reconstruidos. Es un poco como cuando un niño rompe un juguete, lo desintegra en partes, y después no lo puede armar. Las figuras contrahechas del cubismo no son rearmables, no lo son porque ha sufrido una deformación el elemento de la realidad que lo ha hecho otra cosa, y esa deformación no consiste simplemente en desarmar una máquina para rearmarla, sino que hay una especie de voluntad de destrucción implícita y evidente, una voluntad de destruir la figura, una voluntad de hacer ver que el hombre ha vivido sobre una falsa imagen de sí mismo, sobre una embellecida imagen de sí mismo, y que esa imagen no corresponde ya a su posición en el mundo, por lo tanto hay que destruirla y crear esa cosa que parecerá monstruosa, pero que en sí tiene un valor estético y es la expresión de un desacomodo, de un desasosiego, de una protesta, de una rebelión, de una concepción de la posición del hombre ante el mundo.

También hay otra raíz importante que es la del surrealismo. El surrealismo trató de incorporar el mundo del absurdo, de lo onírico, de los sueños, de los encuentros fortuitos entre realidades que juntas producen una nueva realidad, una sobrerrealidad. Todos podemos

recordar el burro muerto sobre el piano de la película de Buñuel, los relojes derretidos de Dalí, las jirafas con cuellos de gavetas, aquellos seres desproporcionados y un poco vistos en sueños o en pesadillas de que está poblada casi toda esta pintura de Tanguy, de Dalí, de Ernst. Estas tendencias básicas son las que van a alimentar todo el movimiento del arte de los últimos veinte o treinta años. En este arte, cuyas diversas manifestaciones no podemos reducir a una sola tendencia, por la inmensa libertad de creación que ha tenido cada artista, podemos en cambio señalar algunos rasgos comunes.

Tenemos, en primer lugar, lo que pudiéramos llamar su irracionalidad. Todo el arte comtemporáneo es irracional en el sentido de que repudia la razón. Es decir, no le importa que las cosas carezcan de eso que se llamaba el sentido, que las cosas tengan sentido. En esto se manifiesta una de las posiciones básicas del hombre actual. El hombre actual se ha rebelado contra la razón. Una de las características del pensamiento de nuestro tiempo es la rebelión contra la razón. El hombre pretendía ser un ser de razón, confiaba en que el mundo podía ser explicado por la razón. Aún más, esperaba que el mundo podía ser organizado por un operación de la razón, hasta que llegó de pronto a sospechar que la razón no era sino como una pequeña verruga, una pequeña verruga cultivada, para decirlo en términos de Rimbaud, en un ser monstruoso, en una especie de inmenso *iceberg* sumergido, del que salía fuera ese pedacito razonable, pero que debajo escondía toda esa vastedad absurda, nocturna, peligrosa y desasosegante que era en realidad la condición humana. Por lo tanto, el arte se hace irracional, expresa la voluntad de ir contra la razón, contra lo que es razonable, contra lo que es lógico, contra lo que es explicable, comprensible y analizable. No importa no tener sentido, o más bien, se busca no tener sentido.

Uno de los temas más socorridos, más insistentes del arte contemporáneo es el de la figura humana. Nunca ha tenido tanta importancia la figura humana, tan abrumador predominio como en el arte contemporáneo. La mayor parte de la pintura y de la escultura de los últimos veinte años tiene por tema al hombre. Son alusiones directas a la figura humana, en las que el paisaje ha desaparecido. La figura humana que encontramos en toda la pintura y la escultura contemporáneas tiene unos rasgos muy curiosos. En primer lugar, es una figura transformada, no es un retrato del hombre, no es una semblanza física, no corresponde a la manera tradicional, que nos viene del

Renacimiento, de ver al hombre. Es una transformación. El ser humano se nos presenta como un desconocido, como un ser que de primer golpe no reconocemos como un hombre. En el fondo de todo esto está la idea de que el hombre no se conocía a sí mismo y cuando se empieza a contemplar en su realidad, tiene la impresión de estar frente a un desconocido, frente a un ser del que poco sabía hasta ese momento.

Esa transformación se logra a base de la distorsión y la prescindencia de las rasgos anatómicos. Pierden su importancia las proporciones reales del cuerpo. No importa el tamaño de los brazos, de las piernas, de la cabeza en relación con el cuerpo, ni el número de ojos, ni la posición de la boca, ni de las manos. Se va a distorsionar esa figura porque es está revelando un ser monstruoso, desconocido, nuevo. Ese ser transformado, distorsionado, es al mismo tiempo, en muchos casos, un ser desintegrado. Desintegrado o reducido a formas elementales; o bien se le quitan cosas; o bien se le desarman partes; o bien se le reduce a un elemento únicamente.

También aparecen otros rasgos que podemos señalar de paso. Surge una concepción ingenua, pueril o absurda de la situación humana. Generalmente las gentes están pintadas en situaciones inexplicables, en actitudes en las que no se ve suficientemente claro lo que están haciendo allí, o lo que significa lo que están haciendo, lo que son o lo que hacen, como si el ser humano no supiera lo que está haciendo, ni por qué está aquí. También son seres en soledad. Generalmente son figuras solitarias, aun cuando llegan a formar grupos, son grupos de solitarios. No hay un diálogo, no existe el *Concerto campestre* de la pintura moderna, no existe la fiesta veneciana. Son seres en soledad y por lo tanto son seres incomunicados. Da la impresión de que no existe comunicación ni entre ellos mismos, ni entre ellos y nosotros. Están en un puro acto de presencia del cual no sale palabra ni diálogo. Por lo tanto hay como una voluntad decidida de quitarle significación. Precisamente las gentes ingenuas, cuando se ponen frente a la pintura moderna, hacen generalmente una pregunta muy reveladora, dicen: ¿Qué significa esto? ¿Qué es esto? ¿Qué representa esto? Esa pregunta, ¿qué significa esto?, es precisamente la revelación básica de que el arte moderno tiene el propósito de no significar en el sentido tradicional en que el arte significaba. El arte significaba porque era un juego de símbolos como el lenguaje. Si yo de pronto en este momento, en lugar de seguir hablando en español

más o menos correcto, empiezo a hacer ruidos con la lengua, los que me oyen dejarían de entenderme y carecería de significación lo que estoy diciendo. Sin embargo, yo seguiría probablemente, haciendo el mismo esfuerzo fisiológico, hasta posiblemente mayor, pero se rompería la comunicación y lo que estoy diciendo perdería significación. Este es un acto voluntario del arte moderno, de perder significación. Es decir, no quiere significar nada de lo que la gente le pregunta a un cuadro, no es el retrato de la señora Pérez, no es el paisaje que se encuentra a mano derecha entrando al valle, no es la casa de mi amigo, ni es el retrato de la hermosa señora. Es tan sólo creación gratuita de un objeto nuevo, cuya significación es prácticamente impenetrable. Con lo cual se afirma la falta o la dificultad de comunicación que caracteriza al hombre contemporáneo. En esto hay también un propósito de reducción del hombre a la insignificancia y al absurdo. Bastaría recordar a un escultor muy significativo de nuestro tiempo: Armitage. Armitage hace unas figuras humanas que son como unas grandes chinches, unas sabandijas, unas cucarachas peculiares, cuyo organismo está compuesto de unas extremidades muy delgadas, de una cabeza achatada casi sin expresión ninguna y de un cuerpo que es como el de un coleóptero, de un insecto de caparazón duro y medio esférico. ¿Por qué hace esto Armitage? ¿Es que Armitage no ve a los hombres? ¿Es que él no siente ningún deseo de retratar a las gentes como las gentes nos hemos visto tradicionalmente? No, es que sencillamente a él le interesa eso: le interesa crear esa sabandija, esa chinche humana, esa cucaracha humana, porque con eso está afirmando la falta de significación del hombre y eso coincide exactamente, letra por letra, con una visión humana que surge en otra manifestación de la literatura. Las *Metamorfosis* de Kafka comienzan por el hecho que el personaje central amanece una mañana siendo una cucaracha, es decir, amanece siendo un ser no humano. Cuando decimos un ser no humano, estamos diciendo algo mucho más complejo, estamos diciendo un ser que no se parece a lo que el hombre ha creído que el hombre es. El hombre puede creer que es una cucaracha, y eso lo afirman las *Metamorfosis* de Kafka, y lo afirma la *humanidad* de Armitage. Podemos ver otro caso en el escultor y pintor Giacometti. Las figuras de Giacometti son alargadas, casi monolineales, como de seres que no tienen otra dimensión, casi, que la longitud. Extraordinariamente delgados, altos y frágiles, por lo tanto extraordinariamente solitarios. No hay figura del ser humano más so-

litaria que la de Giacometti. El se complace en pintar esos hombres que parecen unas estacas, solos, incomunicables, sin significación, perdidos en una especie de mundo hostil o enemigo, aislados en sí mismos.

También podríamos nombrar a un pintor muy significativo dentro de esta tendencia, que es Dubuffet. Dubuffet también ha realizado una desintegración, una reducción del hombre a elementos pueriles. Se parece mucho su pintura a la de los niños. Son figuras circulares, distorsionadas, planas. Sin embargo, él se propone algo con este testimonio. Hay unas declaraciones suyas muy interesantes en las que dice que no sabe exactamente lo que se propone en su arte, porque lo que hace es expresar lo que siente y su reacción de ser humano frente al mundo, pero que siempre le ha parecido encontrar una mezcla de extrañeza en las cosas más familiares. Es el problema de la identidad, de que no somos lo que creemos que somos, que los demás no son lo que creemos que son, que estamos constantemente descubriendo seres monstruosos en lo que nos rodea, y él lo dice con una cita de Conrad: «...ha descubierto en lo que lo rodea una mezcla de familiaridad y terror». A mí me parece excelente esta aproximación de las dos palabras, porque es un poco toda la posición del arte contemporáneo ante el hombre. Es una deformación, una recreación, una búsqueda del hombre con una mezcla de familiaridad y terror. Es decir, lo más próximo que podemos tener, pero tratándolo con el terror con que podemos tratar lo desconocido, o lo que potencialmente está lleno de lo más desconocido. En realidad esos hombres son los habitantes de un mundo deshumanizado. Deshumanizado en el sentido de lo que nosotros llamábamos humano, que el hombre llamó humano hasta ayer, y por lo tanto, lo que pudiéramos llamar con toda propiedad, un mundo deshabitado. El poblador de un mundo deshabitado.

Sin embargo, aquí no se detiene el arte contemporáneo. Muy brevemente hay que tratar de otro aspecto. Es aquel en que toda alusión directa a la figura humana desaparece, y que es el arte abstracto o el no figurativo en todas sus formas: geométrico, lírico, tachista, informalista, toda esa pintura en la cual ya la figura humana se eliminó, y toda otra referencia inmediata a la realidad. Ya el artista no se quiere ocupar del hombre, no le interesa la imagen humana, le interesa la creación de un objeto, añadir un objeto más a la creación, añadir una cosa más a las cosas, al gran absurdo de las cosas, al gran azar

de las cosas, guiado exclusivamente por su intuición. Entonces se pone a crear esos objetos que son manchas de color, que son materia, que son añadidos de sustancias o de despojos que recoge del botín del universo, y que no tiene otro valor que el valor de su existencia, de su consistencia. Sin embargo, a pesar de no estar representado el hombre en ese arte, tampoco está ausente. Este arte no figurativo lo podríamos llamar: «el arte de las huellas del hombre», es decir, son las cosas tocadas por el hombre, las huellas del hombre que dejó de ser o que se fue. Así como las gentes que pasan por las calles pintan los *graffitti* en las paredes para dejar un testimonio, así como labran las cortezas de los árboles, el hombre que ya no quiere verse la cara, que ya está de ida, que ya no tiene ningún interés en retratarse, graba esas cortezas de árboles, o escribe esos *graffitti* o recoge esas piedras que tiñe o pule, en las cuales queda el testimonio de su paso. Es en realidad la etapa final de una evolución que nos lleva a un arte de la ausencia del hombre. Todo el arte no figurativo, todo el arte abstracto, es el arte de la ausencia del hombre. Del hombre que se va y deja un testimonio en las cosas, del hombre que se contenta con tocar las cosas, con alterarlas, con torcerlas, con deformarlas. En realidad podríamos así decir: que la etapa final de este arte es aquella en la que el hombre se ha vuelto un agente de erosión. Así como el viento o el agua moldean y cambian el aspecto de la naturaleza, el hombre se ha vuelto también, en la creación artística, un agente de erosión. Con arena, con trapos, con nudos, con el azar de unos colores puestos, crea un objeto en el cual queda el testimonio de que un ser humano pasó por allí. En la última Guerra Mundial surgió una frase a la vez trágica y jocosa, que usaban los soldados norteamericanos. En todas las paredes escribían: *«Kilroy was here»*. Era el nombre de nadie para decir, un ser humano con un uniforme y con un arma, temiendo a la muerte y a desaparecer, pasó por aquí, Kilroy estuvo aquí. Todo el arte abstracto es un poco eso. Es un letrero que dice: Kilroy estuvo aquí, el hombre estuvo aquí y signó este muro y lo dejó allí. No tenía interés en hacer otra cosa.

Aquí tendríamos que plantearnos un problema que voy a eludir por ahora y es cómo, por una evolución continua, hemos pasado de una gran seguridad en el arte a una gran inseguridad, de saber exactamente lo que era arte a la gran duda de lo que es arte. Ningún hombre honesto de nuestro tiempo, medianamente culto, se atreve a afirmar que una cosa no sea arte. En cambio un contemporáneo de Lorenzo el

Magnífico, con una seguridad pasmosa, podía en un instante decidir si una cosa era arte o no era arte.

Esa pérdida de las fronteras que ha ocurrido en la concepción del arte contemporáneo tiene que ver también con la pérdida de lo humano, porque también esa frontera estaba trazada de acuerdo con una especie de patrón humano que había creado el Renacimiento.

Ahora, llegados, en esta ojeada de la imagen del hombre en el arte contemporáneo, a este punto en que termina por desaparecer y por no ser ya imagen del hombre, sino imagen del paso del hombre, testimonio fugaz de su tránsito sobre las cosas, ¿a dónde vamos a ir?, ¿qué va a pasar? Nunca ha habido en ninguna época de la historia, un interés más abierto, febril y batallador por las artes. Nunca ha habido más artistas, nunca la preocupación artística se ha extendido a mayor número de gentes que en nuestro tiempo, y nunca tampoco, por tanto, ha habido tanta búsqueda ni tanta libertad, ni tanta contradicción, ni tanta angustia, ni tanta inseguridad en la creación artística. Pero es evidente que no vamos a quedarnos allí, el hombre, afortunadamente, nunca se ha quedado en un punto, el hombre es el gran viajero, el gran trashumante, el gran cambiador, el que necesita estar constantemente ensayando, buscando y moviéndose, por lo tanto no se va a quedar allí. Pero si no se va a quedar allí, ¿a dónde va a ir? Este es un tema complejo, una pregunta muy difícil de responder, pero es indudable que, de toda esta búsqueda y de toda esta angustia, si el hombre no se va a destruir, no se va a autodestruir finalmente, y existe desgraciadamente la posibilidad de que lo haga, si va a seguir siendo un ser humano, a continuar sintiendo la necesidad de crear; y va a seguir estando confrontado con un mundo y una circunstancia, es justo pensar que el arte va a tener que regresar al hombre, volver al hombre. ¿Cómo va a volver al hombre? No lo sé, no lo sabe nadie. A lo mejor lo sabe algún artista desconocido que en esta hora, en algún sitio, vuelve a encontrar ese camino. Sería la vuelta a lo que podríamos llamar fundamentalmente, *contar el cuento del hombre*, que es la gran misión del arte desde siempre. Al ser humano nada le ha interesado más que el hombre. Todo lo demás nos interesa en función de lo humano. Nuestro interés primordial es el hombre, y es ésta nuestra característica; por lo tanto, forzosamente, si no desaparecemos, si no nos autodestruimos, tendremos que regresar a reconstruir una imagen del hombre y a volver a contar el cuento del hombre. Ese cuento ha empezado muchas veces, ha recomenzado en

distintas épocas. Un día del *Quatrocento* en una población de Italia, mágicamente, misteriosamente, como lo es toda la creación artística, lo recomenzó a contar Giotto. Sería inútil que alguien quisiera volver a repetir a Giotto, pero es posible que haya de nacer el Giotto de nuestro tiempo, el hombre que va a encontrar mágicamente lamanera de volver a contar, como si nunca nadie lo hubiera contado antes, la maravillosa, la inagotable, la fecunda, la hermosa, la trágica leyenda y cuento del hombre, que es, después de todo, la misión del arte y también la misión del hombre.

EL ARTE EN LA CALLE

NO HA dejado de reprocharse a los artistas abstractos y cinéticos su alejamiento y hasta su incomunicación con el hombre común. Se piensa que, ante el paisaje, el retrato, la escena histórica o familiar de la pintura tradicional, el espectador se sentía ante lo ya conocido y habitual y le era fácil explicarse, a su manera, lo que veía. En el techo de la Capilla Sixtina el más inculto espectador puede apreciar, con admiración, figuras humanas, encuentros dramáticos y rememoraciones de veneradas creencias. En cambio, se opina, que ante una obra de pintura abstracta, ante uno de esos monumentos metálicos, esquemáticos y sin forma reconocible, donde todo se reduce a la presencia y oposición de colores y de volúmenes, el hombre común no encuentra referencia valedera que le permita penetrar y comprender.

Podría, desde luego, argumentarse que el arte no es para ser comprendido y explicado sino para ser sentido y que muchos de los que creen admirar el arte de los grandes maestros del Renacimiento no admiran en realidad sus valores plásticos, a los cuales no llegan a penetrar, sino tan sólo la anécdota superficial y externa de su pintura. Los más de los que se acercan a la Gioconda sólo perciben la miste-

riosa y bella mujer representada en el cuadro y muy poco el prodigio de los medios plásticos empleados por Leonardo. Y tal vez, además, sea una cuestión de educación lograr que el espectador, en lugar de contentarse con el engaño que el arte crea, logre llegar al fundamento desnudo del hecho artístico.

En todo caso, no es cierto que los artistas abstractos y cinéticos hayan vuelto la espalda al espectador común. Nadie tanto como ellos se ha preocupado por el problema de la participación del espectador en la obra. Han pretendido, incluso, llegar en formas en las que la visión del que mira entra directamente en la continua elaboración y cambio del objeto artístico.

Han ido frecuentemente a más y se han propuesto sacar el arte de los museos y de las galerías para llevarlo a la calle y a la plaza pública para incorporarlo a la vida y a los espacios de la ciudad. Recientemente algunos artistas venezolanos han realizado muy valiosas experiencias de este género.

Alejandro Otero, en varias ciudades, ha levantado gigantescas estructuras móviles de acero que, con la luz y el movimiento, crean un espectáculo inagotable ante los ojos del transeúnte. Son como grandes juegos gratuitos y reposantes en los que entra por un momento el peatón atareado para escapar de su rutina de todos los días.

Jesús Soto, que ha llegado a convertirse en uno de los más famosos iniciadores del arte cinético y que tiene obras en todos los grandes museos de Europa y de América, ha dado un paso más en su búsqueda de la participación del espectador y ha llegado a montar en plazas públicas y espacios abiertos sus «penetrables», una masa abierta de hilos de nylon, en la que se puede entrar como en una lluvia refrescante. A veces los ha construido con varas sonoras y brinda entonces la posibilidad a todos los que pasan de orquestar su propia sinfonía sin término, en una sumersión en formas y sonidos que se combina en mil posibilidades.

Carlos Cruz-Diez, quien ha llevado hasta sus últimas posibilidades los contrastes y la inducciones de los colores entre sí, se ha lanzado a invadir la ciudad con su visión para transformarla en espectáculo. Los muros se transforman en inmensas sinfonías de colores, las torres, los silos, las portadas y los techos de los edificios se transforman en juegos de color y de formas, crea espacios casi líquidos de saturación de color y utiliza desde los cruces de las calles hasta los

reflectores sobre las nubes para convertir la ciudad entera en una obra de arte habitada y vivida como aventura y descubrimiento.

Juvenal Ravelo, excelente artista de la abstracción, viene de un barrio marginal de un apartado pueblo del oriente de Venezuela. Un día dejó su taller de París para ir a ver sus viejos vecinos del barrio y los invitó a la más inesperada y extraordinaria fiesta. Llegó cargado de latas de pintura y los convidó a pintar entre todos, por un patrón diseñado por él, las fachadas de las modestas viviendas. Fue una fiesta incomparable y un descubrimiento. En un día de inusitado hallazgo cambiaron el pueblo y el marco de sus vidas. La vieja calle se convirtió en un arlequín de alegría. Y cuando Ravelo se marchó se dieron cuenta de que les había regalado una fiesta sin término, un pueblo nuevo y acaso una nueva vida.

Estos valiosos artistas han hallado una manera, con la que no pudieron soñar sus antecesores de los museos, de llevar el arte a la gente de la calle y a la vida ordinaria.

Los artistas y America

La geografía de los humanistas estaba llena de imaginación y de prejuicios clásicos. En toda la redondez del mundo recién descubierto creían encontrar el eco o la huella de las leyendas de la antigüedad. Creían topar con sirenas y amazonas, con vestigios de las grandes civilizaciones orientales y hasta con el Paraíso Terrenal. El descubrimiento de América coincide con el gran florecimiento artístico del Renacimiento. Desde Colón a Walter Raleigh corre en Europa el tiempo que abarca a Leonardo da Vinci, Miguel Angel, los grandes flamencos, Tiziano, Tintoretto y El Greco. Sin embargo, el testimonio artístico del surgimiento del Nuevo Mundo es escaso y superficial.

Una reciente exposición realizada por los museos de los Estados Unidos y de Francia, con motivo del Bicentenario de la Independencia de aquella nación, sorprende por la escasez del comentario plástico de aquel gran acontecimiento.

Todo lo que Europa tuvo como testimonio pictórico del indio y del nuevo continente, fuera de los imaginativos excesos de alegoristas de encargo y de cartonistas de tapices para los palacios reales, se reduce a los escasos documentos gráficos de algunos raros dibujan-

tes y pintores que llegaron a tierra americana. El más famoso divulgador de imágenes del indio americano fue Teodoro de Bry, editor, dibujante y cartógrafo, que emprendió la publicación de grandes obras sobre las nuevas tierras y las ilustró con traspuestas visiones clásicas del indio.

De Bry, que creó la imaginería americana que iba a nutrir la imaginación europea por casi tres siglos, se sirvió de los documentos gráficos de algunos dibujantes que habían cruzado el Atlántico. El más importante fue el inglés John White, que acompañó a Walter Raleigh en su desventurada expedición de fundación de Virginia. Vivió algunos años entre los indios de esa región y llevó a su país numerosos dibujos y acuarelas que ilustran la presencia y las costumbres de los indígenas del Norte.

Mucho más tarde, ya en el siglo XVII, un ilustrado personaje de la nobleza holandesa, Mauricio de Nassau, que trató de establecer una colonia en tierras del Brasil, trajo acaso los dos únicos pintores profesionales que en todo ese tiempo llegaron a tierra americana: Franz Post y Albert Eckhout. Es la única presencia auténtica del paisaje y del hombre que hay en la exposición. Arboles, ríos, costas y gente verdadera asoman en aquellos lienzos que llevaron la primera luz americana a los ojos de los europeos sedentarios.

Ninguno de los grandes artistas vino a América en los tres siglos de su sometimiento imperial. Sólo de modo alegórico o incidental algunos grandes maestros tocaron temas americanos, la silueta de un indio dejada por Durero en un libro de horas, alguna imagen alegórica en Tiépolo, algunos monos y papagayos en Rubens.

Lo demás está en los libros de descripción o de inventario: esquemáticas formas de plantas nuevas y de animales. El maíz, la papa, el tabaco, el tucán de inmenso pico, el pavo orondo, el armadillo y los monos.

Hubo que esperar al siglo XIX para que artistas importantes vinieran al Nuevo Mundo. Degas al Sur de los Estados Unidos, de donde dejó algunos testimonios y el joven Pissarro que realizó una vasta colección de dibujos y aguadas de la Caracas de mediados del siglo.

Es poco y contrasta extraordinariamente con la repercusión que en pensadores e ideólogos europeos tuvo, desde el primer momento, el hecho americano. La presencia del mito de El Dorado y la concepción de la Utopía nacen del descubrimiento. Hombres como Tomás Moro, Erasmo y Montaigne convierten la noticia americana en

reflexión crítica sobre la sociedad europea. De ellos va a brotar la fuente poderosa del pensamiento racionalista y revolucionario que va a florecer en el siglo XVIII y que va a transformar, a la larga, el destino de Europa y del mundo.

Mientras Jerónimo Bosch pintaba sus delirantes visiones de la condición humana, que Felipe II contemplaba con fascinación, poco o nada le llegaba de ese otro mundo que tanto hubiera podido significar para sus imágenes de paraísos e infiernos.

Es también curioso y significativo que la idea paradisíaca y utópica, llena de fermento crítico y evolucionario, sale de las noticias de las Antillas y del Sur. La visión del Norte que transmitieron los primeros viajeros y los dibujantes originales fue más bien de pobreza y atraso. No un indio reliquia de la Edad de Oro, sino un ser de astuta incuria y abandono. Es la misma imagen que, al fin, recoge Shakespeare en Calibán, torpe y maligno.

Si algo revela la exposición es que costó mucho tiempo y esfuerzo llegar a saber lo que realmente era América, si es que a estas alturas hemos llegado a saberlo con alguna certidumbre válida.

La conquista de América como problema jurídico y moral*

La conquista de América ha sido uno de los más grandes procesos de transformación histórica, de conflictos culturales, de evolución social, de adaptación económica y de creación y cambio de formas de relación entre los hombres, que haya experimentado la humanidad.

Lejos se está de haber completado de modo satisfactorio el estudio de todo lo que allí cambió y se creó y de sus inmensas consecuencias para el desarrollo de la civilización.

Ha tenido, además, como toda experiencia humana sus vastas repercusiones emocionales y sentimentales. De donde se han nutrido las que llamamos leyenda negra y leyenda dorada de la conquista.

La leyenda negra, nutrida por la aversión hacia los españoles, que sentía la Europa del siglo XVI, por sus guerras de dominio y por su intransigencia religiosa, vino a fortalecerse en el siglo XVIII por la hostilidad de los enciclopedistas hacia el país de la Inquisición. Un libro de violenta falsificación histórica como el del Abate Raynal, vi-

---

*Conferencia dictada en la Universidad Católica «Andrés Bello».

no a expresar este punto de vista de apasionada negación de toda la obra de los españoles en América.

Como reacción contra tan negro cuadro que no veía sino errores y crímenes en la colonización española, vino a forjarse, a su vez, una leyenda dorada, que pretendía justificar y ensalzar todo cuanto ocurrió en los tres siglos del imperio español de América.

Ambas leyendas son, por descontado, falsas. Lo que pasó en América es bastante más complejo que una leyenda negra o que una leyenda dorada, es la complejidad del alma humana y de los hechos y es por eso que es importante conocerlo y estudiarlo. No podemos absolverlo y terminar la preocupación, declarando simplemente que todo aquello fue un crimen, o declarando llanamente que todo aquello fue una época paradisíaca de perfección y de bondad.

Hubo grandes conflictos y grandes contradicciones, y en ese yunque del conflicto y de la contradicción se forjó al alma hispanoamericana. Ese período formativo tiene ese interés para nosotros.

En todo ese período hay un rasgo que es muy importante, la conquista es un hecho tan viejo como el hombre, el hombre casi desde que apareció sobre la faz de la tierra, trató de sojuzgar a los más débiles, servirse de ellos, apoderarse de lo que tenía de deseable el vecino. Puede decirse que la primera actividad del hombre fue apoderarse de lo ajeno, conquistar, dominar, señorear a los demás. Y casi nunca los que conquistaron y dominaron tuvieron preocupaciones que no fueran de orden material con respecto al hecho mismo de la conquista. Si alguna vez se preocuparon de justificarla fue porque podía haber algún otro vecino poderoso que objetara el hecho de la conquista, es decir, una manera de impedir que otro más fuerte les arrebatara el fruto de su propia rapiña.

Ese derecho de conquista fue una especie de crimen legalizado al través de toda la historia humana, como lo fue la esclavitud. Sin embargo, en la conquista española de América, lo que pudiéramos llamar el derecho de conquista, la justificación jurídica y moral de la conquista, fue una de las preocupaciones fundamentales de todo ese proceso. Jamás en la historia de la humanidad un país conquistador ha pasado por más profundos y graves problemas de conciencia con respecto al hecho de la conquista. Y esto, no hay duda, honra a la Nación española.

Nosotros frecuentemente caemos en un error común de apreciación histórica y es que tratamos de juzgar los hechos de los hombres

de otros tiempos a la luz de nuestra actual mentalidad. Nos cuesta mucho trabajo despersonalizarnos, olvidarnos de quiénes somos, de cómo pensamos, del mundo que nos rodea y ponernos un poco dentro de la piel de un hombre del siglo XVI o del siglo XIII. Sin emgardo, si no hacemos ese esfuerzo de meternos dentro del pellejo de ese hombre de otro siglo, muy difícilmente podríamos llegar a explicarnos lo que aconteció en ese tiempo, y por eso, muchos observadores superficiales no entienden bien esos sucesos y tienen la tendencia a explicar, por ejemplo, como hipocresía cosas que hoy en día serían hipócritas dichas por un gobernante, pero que en el estado de espíritu y en la manera de pensar del siglo XV o del siglo XVI eran profundamente sinceras.

Los conflictos de conciencia que atormentaron a España en el proceso de conquista no eran hipocresía, eran problemas reales, y lo eran por esta razón fundamental: porque los que gobernaban a España, los Reyes y su consejeros, eran espíritus profundamente religiosos y para ellos no se trataba de infringir o de no infringir una Ley escrita sino de algo mucho más grave, como era salvarse o condenarse. Para un descreído este problema no se plantea, incluso podría pensar que era pura hipocresía el que aquella gente pretendiera ocuparse de ello, pero para un Fernando El Católico, para sus Canonistas y sus Teólogos que dicutían estos temas, era la cosa más importante que podía ocurrirles porque si resultaba que la conquista de América no estaba justificada de un modo claro, y si no podían dar una cuenta satisfactoria ante Dios de ese hecho, estaban perdiendo lo más importante que había para ellos que era la salvación de su alma. No debemos perder de vista este aspecto para juzgar cómo y por qué actuaron esos hombres.

El propósito, y casi lo que pudiéramos llamar la manía de justificación jurídica, de hallar los justos títulos para estar en América aparece muy temprano. En 1493, al año siguiente del Descubrimiento, ocurre la primera gestión de los Reyes de Castilla y de Aragón ante El Vaticano para obtener una especie de autorización de conquista. Estas son las famosas Bulas de Donación del Papa Alejandro VI, que fueron dos, aunque en realidad prácticamente es una misma corregida porque se hicieron unos cambios importantes sin alterar el propósito de la Bula original.

Esta donación la solicitaron los reyes de la Santa Sede por varias razones. Por una razón política obvia: para poder tener especialmen-

te frente al Rey de Portugal un título que esgrimir. Pero igualmente por un problema jurídico y moral.

En lo que pudiéramos llamar el espíritu jurídico de la España de la época de la conquista lo que existía era la evolución del viejo Derecho Romano, con la innovaciones de origen germánico que ocurrieron durante la época de dominación visigótica, que vino a encontrar expresión en el *Fuero Juzgo* y más tarde en *Las Siete Partidas*. En *Las Partidas* se expresa que «el modo de adquirir la soberanía», o el Poder Político sobre un pueblo está limitado a varias maneras precisas y claras. La primera es por herencia, es decir, cuando el hijo sucede al padre como soberano. La segunda es por matrimonio, cuando una persona se casa con el Rey o con la Reina del país al cual va a tener acceso luego como Soberano. La tercera es por elección, es decir, cuando las gentes de un país se ponen de acuerdo para designar Soberano a una persona, y la cuarta manera es por la donación del Emperador. Aquí aparece la palabra, que vamos a encontrar en todo este largo Debate.

Durante la Edad Media, uno de los grandes conflictos que sacuden a Europa es el de jurisdicción entre el Papado y el Poder Civil. El poder civil estaba encarnado por el Emperador, heredero titular pretenso del Imperio Romano, que era el Sacro Imperio Germánico. El Emperador y el Papa vivieron en conflicto perpetuo, que llegó muchas veces a ser lucha armada por la afirmación de derechos contradictorios. El Emperador pretendía que el Papa no tenía poder en materia temporal, que todo lo que era temporal dependía del poder político civil. Y por el contrario los partidarios del Papado sostenían que el Papa tenía Poder temporal sobre toda la Tierra y que en la transmisión de autoridad que Cristo le hizo a San Pedro iba implícito el poder temporal. Que el Papa podía delegar ese poder temporal en los gobernantes seglares, pero simplemente como una especie de Delegación, en tanto que la manera de gobernar no entrara en conflicto con la creencia religiosa o con los dogmas o con la disposiciones de la Iglesia.

Este conflicto muy grave, dividió a Europa profundamente. Los hombres más importantes de la Edad Media tomaron parte en pro o en contra, hubo los Güelfos y los Gibelinos que eran precisamente los partidarios del Papado y los del Emperador, y nunca se llegó a una solución final aceptada. Lógicamente, todo esto engendró una inmensa cantidad de literatura jurídica y teológica, interpretando y

sosteniendo una tesis o la otra. Esta disputa ya era vieja cuando se descubre América y había en ella quienes sostenían la tesis de que el Papa era Señor temporal y no solamente Espiritual y, por lo tanto, estaba en su mano poder dar y arrebatar la soberanía temporal a los príncipes.

Es en este principio, que tiene su expresión más conocida en un comentarista de Derecho Canónico llamado el Ostiense, donde se inspiran todas las interpretaciones del derecho del Papa a la donación del territorio americano a los Reyes. Las Bulas Alejandrinas del año 1493 hacen donación de las nuevas tierras que se van a descubrir, que luego fueron corregidas por el famoso trazado del Meridiano imaginario que el Papa estableció, a partir del cual correspondía a los castellanos colonizar y antes del cual correspondía a los portugueses. En esa donación se daba a los Reyes de Castilla la misión de cristianizar y evangelizar en las nuevas tierras y, por lo tanto, se les daba la soberanía para que pudieran ejercer esa misión.

Tal fue el título y con esto parecía resuelto el problema. Sin embargo, no estaba resuelto, y tan no lo estaba que el debate surge de pronto muy rápidamente.

En el primer territorio colonizado que fue Santo Domingo, lo que llamaban entonces la Isla Española, tan temprano como el año de 1510 llegaron unos frailes dominicos quienes se dieron cuenta de que allí se había operado un proceso de esclavización de los indios. Se había establecido por la necesidad. Los hombres que venían de España no eran labradores, sino conquistadores, guerreros, gente que buscaba mejorar la vida y sacar provecho y, por lo tanto, echaban mano del indio para ponerlo a trabajar y lo esclavizaban.

Surgieron los repartimientos y las encomiendas y los dominicos se encontraron con que los tales no eran otra cosa que una manera bestial de opresión y de esclavitud. El padre Montesinos, uno de estos dominicos, en 1510, predicó un sermón en la ciudad de Santo Domingo por el cual negaba la comunión a los encomenderos y a los dueños de repartimientos por la manera inhumana y contraria a todo principio cristiano con que trataban a los indios. Surgió el escándalo, fue de inmensa magnitud, y llegó a la corte. Así quedaba planteado un conflicto que nunca llegó a resolverse satisfactoriamente. El conflicto entre la necesidad militar y material de la conquista y la necesidad de justificar jurídica, teológica y cristianamente ante la conciencia, el hecho de la conquista.

Sube el conflicto a la Corte y los Reyes, Don Fernando y Doña Isabel, lo consideran suficientemente grave para convocar una reunión de teólogos y de canonistas, es decir, de la gente más sabia en estas materias, para que se reunieran y dijeran lo que había que hacer, para que fuera conforme a derecho y a los principios cristianos.

Esta reunión, nacida de la protesta de los dominicos, va a durar largo tiempo y de ella va a salir el primer cuerpo de legislación sobre Indias, las famosas Leyes de Burgos que se promulgan en 1512. Las Leyes de Burgos establecieron una serie de principios muy importantes y nuevos. En primer lugar declaraban la libertad de los indios, es decir, los indios no pueden ser esclavizados, son libres y hay que considerarlos como seres libres. Por lo tanto, condenaban y abolían la esclavitud. Establecían un régimen de trabajo que podríamos llamar el más remoto antecedente de la legislación del trabajo en tierra americana. Dicho régimen establecía cosas como éstas: en primer lugar, que los indios no podían trabajar más de cinco meses continuos al año y, al cabo de ellos debían disfrutar de cuarenta días de descanso, que llamaban ellos de holganza, antes de iniciar otro período de trabajo. Elevaron el jornal al doble, de medio peso de oro a un peso de oro anual y establecieron ciertas obligaciones que llamaríamos hoy prestaciones complementarias, que el encomendero tenía que cumplir con respecto al indio, entre las cuales estaba la del suministro de la alimentación, y de la vivienda adecuada, erigir una iglesia y algunas más tales como, por ejemplo, el que las mujeres embarazadas no podían emplearse sino, exclusivamente, en servicio doméstico. Le quedaba prohibido al encomendero aplicar castigos. No podía aplicar directamente castigos al indio, sino que tenía que ocurrir a las autoridades judiciales normales, para que aplicaran los castigos a que hubiera lugar. Establecían también regulaciones sobre la forma de obtener y de mantener la encomienda.

Estas Leyes de Burgos son la matriz y la fuente de toda la legislación que hubo de regir en tierra americana, que fue esencialmente ad-hoc para el mundo americano que ya se apartaba de la ley común europea.

La Junta de Burgos no fue tranquila y unánime, sino que engendró disputas y debates muy importantes. La primera cosa que surgió fue lógicamente el problema de los Justos Títulos. ¿Qué derecho tenía España a venir a América a ocupar las tierras de los indios, a establecer una autoridad propia y además a esclavizarlos? Ese debate, que

fue de suma importancia, estuvo personificado sobre todo, por una gran figura de jurista español del Rencimiento, la de Juan López de Palacios Rubio. Juan López de Palacios Rubio fue el jurista principal de los Reyes Católicos, hombre de inmensa erudicción que escribió un Tratado muy importante, que ahora acaba de ser editado en México, que se llama *De las Islas del Mar Océano* y en él sigue la tesis del Ostiense, es decir, la tesis favorable al poder temporal del Papa, y, por lo tanto, opina que éste, como señor temporal, podía concederle a los Reyes Católicos la posesión de estas tierras de infieles, sujeta a ciertas condiciones y con el ostensible propósito de cristianizar a los habitantes.

Las Leyes de Burgos son, en cierto modo, el resultado de este debate.

Junto con dichas Leyes surge otro problema. Se dice que para que se tenga derecho a ocupar la tierra de los infieles habría necesidad de que ellos se negaran a permitir la pacífica propagación del cristianismo. Y de aquí surge un hecho que tiene un aspecto quijotesco, porque presenta una mezcla de ridículo y sublime que constituye la esencia de lo quijotesco.

En vista de que no había justificación para dominar a los indios y esclavizarlos y para ocupar sus tierras, mientras no se opusieran a permitir la pacífica predicación, entonces a aquellos juristas se les ocurre un recurso que a nosotros nos hace sonreír. Se les ocurre el Requerimiento. El Requerimiento es un documento escrito muy extenso, toda una argumentación en la cual, en un estilo notarial, solemne y hermoso, se explica quiénes son los reyes católicos, qué es la religion cristiana, qué es el Papa, qué poderes recibió el Papa y se le pide a los indios que permitan que estas cosas se prediquen entre ellos y que les sean explicadas a quienes las quieran conocer y que si ellos se niegan a permitir esto a los españoles, entonces los pondrán en el caso de tener que hacerlo por la fuerza a fin de que se pueda cumplir esta misión.

La primera vez que ocurre esto es cuando la expedición en 1514 de Pedrarias Dávila. La de Pedrarias es la primera expedición que viene a la conquista de tierra firme provista del Requerimiento. Los conquistadores llegaban frente a los indios en guerra y antes de poder disparar un arcabuz o mover un caballo o sacar una espada, el escribano, que venía junto al conquistador y junto al fraile, junto a la espada estaba la conciencia religiosa que era el fraile y también la conciencia jurídica que era el escribano, tenía que desplegar aquel papel

y en un castellano que nadie sabía entender, entre los indios, leer completo el largo Requerimiento.

Esto pinta cómo existía una preocupación sincera de parte de los españoles que los llevaba al grotesco y conmovedor caso de pretender explicarles a los indios en una lengua que no entendían una cantidad de complicados problemas teológicos y jurídicos y de historia de Europa, para poder justificar el hecho de ocurrir a la violencia.

Estas actuaciones que empiezan a plantear el problema de los Justos Títulos se complementan en 1537 con otra decisión de la Santa Sede.

En 1537 el Papa Paulo III dicta la Bula *Sublimis Deus* y en ella, de un modo enfático, proclama que los indios no pueden ser esclavizados y que deben ser libres. Esa Bula declaraba que los indios no debían ser tratados «como brutos creados para vuestro servicio, sino como verdaderos hombres, capaces de entender la fe católica. Tales indios y todos los que más tarde se descubran por los cristianos, no pueden ser privados de su libertad por medio alguno, ni de sus propiedades, aunque no estén en la fe de Jesucristo y no serán esclavos». He aquí una doctrina que confirma la Iglesia por boca de su más alto Representante, que viene a ser el instrumento básico de toda la legislación de Indias y que va a entrar en conflicto con la realidad indiana. Aquellos hombres que tenían que leer el Requerimiento bajo la lluvia de flechas, debían sentir la contradicción profunda de la situación de un modo extraordinariamente dramático.

Con las Leyes de Burgos no termina el problema, Van a surgir algunos grandes objetores del derecho de España a estar en las Indias. Uno de los más grandes es el dominico Fray Francisco de Vitoria, Profesor de Teología de Prima de la Universidad de Salamanca. El Padre Vitoria es una de las figuras más eminentes de un siglo tan rico en grandes hombres como es el siglo XVI. Hoy en día una gran parte de los historiadores del Derecho Internacional lo consideran como uno de los Padres de esta disciplina jurídica.

Y en efecto el Padre Vitoria se anticipó por toda una serie de conceptos a las que hoy son las ideas fundamentales del Derecho Internacional. Por ejembplo, la idea de Comunidad de Naciones, por la que las naciones todas del mundo constituyen una comunidad y, por lo tanto, existen unas relaciones de derecho natural entre ellas. Esa visión, que es en cierto modo el reconocimiento de un derecho internacional natural la tiene el Padre Vitoria antes que ningún otro.

Entre sus obras —escribió poco— están las llamadas *Reelecciones*. Las *Reelecciones* eran, como su nombre lo dice, una especie de guiones o temarios de conferencias que se daban en la Universidad fuera de curso en ciertas épocas o momentos sobre temas que parecían de importancia especial. Y entre estas Reelecciones del Padre Vitoria hay la que se llama *de indis*. En ella trata del problema de los Justos Títulos, y comienza por rechazar los argumentos sobre los cuales se fundaban las Bulas Alejandrinas. El Padre Vitoria dice que el Papa no es señor temporal de la Tierra y, por lo tanto, no puede conceder territorios a nadie.

Además afirma que el Emperador tampoco es señor temporal de toda la Tierra y, por lo tanto, no puede arrebatar el imperio o la autoridad a quienes la ejercen conforme a derecho natural, aunque sean infieles, o gentes en estado de barbarie, a menos que sea para impedir que se cometan crímenes.

Al refutar toda esta argumentación sobre la cual se fundaban los Justos Títulos y que era la de López Rubios, busca otros títulos y en la búsqueda de ellos es que se asoma la creación del Derecho Internacional. Admite que hay un título por le cual los españoles pueden ir a las Indias y establecerse en ellas y ese es el de la comunidad de todas las naciones, es decir, hay una comunidad internacional y, por lo tanto, todo pueblo tiene derecho a entrar en contacto con los otros pueblos, y ninguno tiene el derecho de sustraerse a esa comuniad y negarse al trato pacífico con los demás.

De esta manera si los españoles llegan pacíficamente a establecer un contacto de tipo espiritual y material con los indios y éstos les resisten y recurren a la violencia, entonces hay razón para hacer la guerra y conquistar.

Es asombrosa la modernidad de criterio a que llega el Padre Vitoria en el siglo XVI de concebir en primer lugar esa comunidad de derecho natural que liga y ata a todas las naciones y fundar sobre la violación de este vínculo el único derecho válido a hacerle la guerra a un pueblo extraño, porque ese pueblo en cierta forma se sustrae a la comunidad, niega ese derecho básico de intercomunicación, y eso equivale a colocarse en la posición del que se sale de la ley, del forajido, del que rompe la obligación común, el pacto natural, el vínculo heredado, que nos hace a nosotros hombres y a las agrupaciones de hombres las hace Naciones.

Sin embargo la conquista proseguía, y tenía que proseguir porque

era un proceso material ininterrumpible, y proseguía con ella el conflicto jurídico y moral que no resolvieron las Leyes de Burgos ni resolvía el Requerimiento.

El año de 1542, estando ya en el trono Carlos V, se dicta un nuevo cuerpo de leyes para las Indias, que son las llamadas Leyes Nuevas promulgadas ese año a raíz de otras Juntas de Teólogos y Canonistas reunidas en Valladolid y Barcelona.

En estas reuniones aparece ya un nuevo personaje que es Fray Bartolomé de Las Casas. Ya había comenzado el Padre Las Casas a retomar toda aquela vieja prédica de Montesinos contra la encomienda, la esclavitud y el maltrato a los indios y a convertirse en el campeón y defensor de un justo trato. Había llevado el caso nuevamente ante la Corte Española, habiendo logrado que se convocaran las juntas de teólogos y canonistas de las que salieron las Leyes Nuevas de 1542.

Estas Leyes constan de 40 capítulos. Los 20 primeros tratan de la organización del Consejo de Indias, de las Audiencias y de los Procesos, es decir la parte que pudiéramos llamar constitucional y procesal. Las restantes Leyes tratan sobre la condición de los indios, las encomiendas y la conquista. Vuelven a ratificar el principio de la libertad de los indios que no pueden ser esclavizados. Llegan aún a más: a prohibir el trabajo obligatorio, no solamente no puede esclavizarse al indio sino que tampoco se le puede obligar a trabajar. Regulan las encomiendas y de hecho llegan a suprimirlas. Paso tan audaz que hubo que rectificarlo después.

Carlos V suprime las encomiendas, estableciendo que las que estaban dadas se mantuvieran por la vida del encomendero pero que no se concediera ninguna nueva, y por lo tanto, era una manera de extinguirlas con la vida de los que las estaban disfrutando.

No se mantuvo esta restricción porque el año de 1545 en vista del conflicto creado en América por las protestas de los que estaban en la lucha de la conquista y en el trabajo de la colonización, que le manifestaron el Emperador la necesidad de abandonar las Indias o de tener en cuenta las necesidades reales, el Emperador revisó algunos capítulos de las Leyes de 1542 y permitió que se concedieran nuevas encomiendas, pero que en ningún caso podían exceder de dos vidas, es decir, de la vida de aquel a quien se le concedía más la de su inmediato heredero.

En 1550, es decir muy poco tiempo después, va a ocurrir uno de los hechos más importantes en este problema de conciencia. Tiene

lugar el famoso debate de Valladolid, entre Fray Bartolomé de Las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda. Juan Ginés de Sepúlveda era humanista de los más notables del Renacimiento español, hombre que conocía a fondo la filosofía griega, que estaba al tanto de la revelación del mundo antiguo que venían haciendo los eruditos y artistas que crearon el Renacimiento, se va a enfrentar con esta figura extraordinaria de Fray Bartolomé de Las Casas. Fray Bartolomé era un hombre culto pero era la negación del humanista, había venido a América, había luchado en ella, había vivido con los indios, y había sufrido todas las terribles peripecias de la conquista y la colonización y conocía, por haberlos visto, vivido y sufrido los problemas reales de la conquista. Estos hombres se enfrentan en torno a lo que pudiera haber sido un debate académico.

Aristóteles en su *Política*, sostiene que hay una esclavitud natural. La civilización griega estaba fundada sobre la esclavitud, era la civilización de una pequeña oligarquía culta que reposaba sobre el trabajo esclavo de gentes que no tenían otra función en la vida que trabajar y producir, para que esa minoría pudiera filosofar y crear. Aristóteles justifica esto diciendo que hay una especie de división natural del trabajo y que hay ciertas razas o gentes que nacieron para el trabajo servil y por lo tanto justifica la esclavitud desde un punto de vista natural.

Esta era la manera de pensar de un humanista muy culto, imbuido de filosofía griega en el siglo XVI. Y frente a él se levanta este hombre hirsuto, violento, apasionado e irreductible que se llama Fray Bartolomé de Las Casas, a negar en primer lugar lo que pudiéramos llamar el fundamento del razonamiento aristotélico y luego, por todos los medios posibles a declarar que aquello era desde el punto de vista cristiano herético y que no podía considerarse que había ningún ser humano que hubiera estado destinado por la Divinidad a ser esclavo.

Ese debate, que fue sumamente largo y que estuvo presidido por una especie de Jurado va a promover una nueva pasada en revista de todo este problema de los Justos Títulos y del derecho de esclavizar a los indios y de allí surge, por primera vez, otro aspecto muy moderno porque no solamente estaban estos hombres discutiendo lo que pudiéramos llamar el derecho, desde un punto estrictamente jurídico, de que los españoles vinieran a conquistar a América, sino que planteaban una cosa más grave, que hoy es de la más grande actuali-

dad, como son las relaciones justas y la comunicación entre civilizaciones de desarrollo diferente y entre razas distintas.

El problema que sacude dramáticamente a Asia y Africa en nuestros días, no se planteaba a nadie en el sigo XVI, sino a los teólogos y los canonistas españoles como un problema de vida o muerte en relación con los indios, no porque los indios hubieran ido allí a apelar o porque hubiera un conflicto entre grandes potencias que se reflejaba en una zona colonizable, sino porque para ellos era una cuestión de conciencia. Se plantea allí si se puede admitir que ciertos hombres estaban destinados por Dios a ser esclavos y Fray Bartolomé lo niega, alegando razones de una altura extraordinaria que son las que vinieron a prevalecer en la Legislación de Indias puesto que dicha Legislación de un modo uniforme prohibió la esclavitud y el trabajo obligatorio de los indios. Allí, el Padre Las Casas dijo una frase muy hermosa: «Todas la naciones son libres».

Cuando él decía Naciones no lo decía en el sentido que la palabra tiene para nosotros, sino con la acepción de gente, pueblos, grupos humanos. Lo que quería decir, es que todo grupo humano por la mera condición recibida por el nacimiento, tenía derecho a la libertad. Por lo tanto, negaba de raíz y de plano la tesis aristotélica que le resultaba no solamente falsa sino herética, y contraria al espíritu del cristianismo y por lo tanto negaba la posibilidad de que ese pensamiento que podía ser un tema filosófico para el humanista Juan Ginés de Sepúlveda pudiera convertirse en alguna forma de justificación de la esclavitud o servidumbre para el indio americano.

Ese debate que tuvo gran resonancia en su tiempo, constituye como si dijéramos, la cumbre del gran proceso de conciencia que corre a todo lo largo de la conquista española en América.

En 1549 el Consejo de Indias advirtió al Rey que «los riesgos que acarreaban las conquistas, tanto a los indios como a la conciencia real, eran tan grandes que ninguna nueva expedición debía ser autorizada sin un expreso consentimiento y que era necesaria una reunión de teólogos y juristas, para discutir sobre la manera de cómo se hiciesen estas conquistas justamente y con seguridad de conciencia». Es decir, le aconsejan al rey detener todas las conquistas hasta que se reúna nuevamente una junta de teólogos y canonistas y encuentre de qué modo se pueden seguir que satisfaga estos requerimientos, es decir que se hagan con justicia, conforme a derecho y con seguridad de conciencia.

Al año siguiente el 16 de abril, como resultado de esto, entre otras cosas el Rey ordena suspender todas las entradas en el Nuevo Mundo hasta que una Junta decidiera sobre el método justo de dirigirlas y ordena que no se vuelva a hablar más nunca de conquista sino de pacificación. Es decir, llevaba el prurito de justificación hasta el extremo de borrar la palabra conquista de los documentos oficiales en pleno siglo XVI, en un siglo en que muy poco le importaba a la gente lo de la conquista y le importó muy poco hasta ayer a las grandes potencias europeas y que en lugar de eso se hablase de pacificación y población.

Este largo proceso jurídico culmina en el siglo XVII en 1680, en que se termina y al año siguiente se publica la famosa *Recopilación de las Leyes de Indias*. Esta Recopilación comprende todo cuanto se ordenó y dispuso sobre las Indias, que es lo que pudiéramos llamar el derecho especial del territorio americano, desde las Leyes de Burgos hasta el momento de la Recopilación. Esta vasta codificación comprende 9 libros, 218 Títulos y 6.377 leyes. Formalmente, se parecen muy poco a las que nosotros llamamos Leyes. Es decir, tienen más un tono formal de consejo, de admonición, de regla de conducta, que una redacción imperativa o coercitiva. También muestran un casuismo muy acentuado, muchas de ellas se ocupan de casos particulares y limitados, lo cual hace que proliferen y lleguen a esa abundancia extraordinaria.

Es interesante observar cómo algunas de estas características podrían aplicarse a nuestra legislación actual. En efecto, es innegable su tendencia a lo normativo, a lo idealista, a lo doctrinario y programático. En ella también hay demasiadas leyes, demasiado casuísticas, llenas de minuciosidades reglamentarias y, por último, revestidas de un sentido ético y de propósitos trascendentes. La ley venía a ser la ejecución de un propósito superior ideal. En toda nuestra legislación y especialmente en nuestras constituciones pervive este propósito ético, esa finalidad superior de tratar de consagrar ciertos ideales como normas o reglas superiores de conducta y como definiciones de doctrina o de filosofía política. Es decir, la ley como paradigma moral.

A estas alturas podemos advertir que la conquista de América no fue tan simplemente ni una leyenda negra ni una leyenda dorada, sino un largo proceso material y moral difícil, complejo, lleno de heroísmo individual y de grandes sacrificios humanos y presidido por un torturador y nunca terminado dilema de conciencia. En verdad

no cesó la Corona española desde el momento inicial de la conquista hasta la independencia de los pueblos americanos de preocuparse por el problema de los Justos Títulos; por el problema jurídico de justificar su situación en terriotiro americano y por hallar esa justificación no solamente desde el punto de vista del derecho sino desde el moral y religioso.

Esto es lo que le da al proceso de la conquista española de América un carácter ético, carácter que nos importa mucho a nosotros conocer porque está en la raíz de muchas de las cosas que luego posteriormente han ocurrido en nuestra vida independiente. Nosotros venimos de allí, somos herederos de ese proceso y, por eso, considero que no sería tiempo perdido el que nuestros estudiantes de derecho, dedicaran a conocer, a penetrar un poco en esa selva de la Legislación de Indias, en todos esos antecedentes de tipo a veces inoperante, a veces inocuo, pero en todo caso de gran contenido moral y de gran signficación como rumbo, como norma y como manera de concebir el Estado y los deberes del hombre para con la sociedad y para consigo mismo.

Se encuentran en las Leyes de Indias todas las preocupaciones que estas gentes tenían y su manera de entender los problemas locales americanos. Allí por ejemplo veremos que por disposición de esas Leyes las calles de La Guaira son estrechas y las de Mucuchíes son anchas y es porque las Leyes establecían que en los lugares cálidos las calles fueran estrechas para que a toda hora del día hubiera sombra de alguna pared para proteger a los viandantes y que en los lugares altos y fríos las calles fueran anchas para que en la mayor parte del día hubiera sol en la calle y las gentes pudieran calentarse.

Así como éstas, eran de minuciosas y varias las previsiones que iban desde el trabajo hasta la familia, desde las prerrogativas de clase hasta el urbanismo.

El derecho de las Indias tiene además la novedad de plantear por primera vez ciertos problemas candentes en nuestro tiempo. Primero el problema de justificar jurídica y moralmente un hecho de conquista, cosa que no había ocurrido hasta entonces porque jamás fue para ningún gobierno europeo un problema de conciencia una conquista. Y luego el problema de las relaciones entre civilizaciones y razas distintas, es decir, si era lícito esclavizar hombres por considerarlos de raza inferior. Y a ambos contestaron por la negativa. De un

modo uniforme y constante se negó el derecho de esclavizar a los indios, aun cuando no fueran cristianos.

Esto hace decir a un escritor español, Bullón, autor de un libro sobre el doctor Palacios Rubio, esta frase que me parece que sintetiza muy bien lo que esto significa como antecedente y como fuente ética e histórica del proceso de los pueblos hispanoamericanos:

> Al principio se encontraron canonistas y romanistas en una situación un poco trágica. Ellos querían aplicar al mundo americano sus cánones y sus pandectas, pero al fin, demostrada la vanidad del intento, fue preciso echar por la borda constituciones pontificias y constituciones imperiales para elaborar un nuevo derecho, más amplio que el romano y que el canónico. Un derecho internacional mundial, humano, en el que cupiesen holgadamente americanos y europeos, fieles e infieles, gentes blancas y gentes de color, la humanidad entera en una palabra para la cual sale el sol todos los días con igual amor, sin distinguir entre lenguas ni religiones, pueblos y razas.

Esta es la grandeza y la nobleza de todo ese proceso, con todas sus fallas y con todos sus defectos.

Hay un conflicto de conciencia en toda la historia de la conquista de América. Un conflicto manifiesto. Entre el hecho y la necesidad de justificar jurídica y moralmente el hecho, que se traduce en unas proclamaciones legales que no siempre se cumplieron, pero que no por eso dejaron de existir como tales y no por eso dejaron de tener el valor de Leyes, por lo cual la Ley se convirtió en una especie de paradigma moral. La Ley constituía una manera de suma ideal, de aspiración colectiva, de alzadísimo fin difícil de alcanzar pero que no por eso iba a ser modificado. No se comprometió en esto, jamás se llegó a alterar estas leyes en el sentido de permitir la legalización del hecho, por lo cual se llegó a una situación de divorcio o de antinomia entre lo que pudiéramos llamar el derecho como expresión de ideales colectivos, de ideales morales y de ideales jurídicos y el hecho que estaba en pugna con el derecho pero que sin embargo no lograba alcanzar el reconocimiento jurídico. Es decir, el derecho podía no impedir el hecho pero no bajaba a justificarlo y el hecho continuaba teniendo sobre él el peso de esa condena tácita de lo que la Ley proclamaba que debía ser y sin embargo no era todavía.

Esa antinomia, ese conflicto lo hemos heredado los hispanoamericanos. Con nuestras constituciones, desde la Independencia, no ha pasado otra cosa, sino que ha continuado el problema de las Leyes

de Indias. Es decir, nuestras constituciones han sido proclamas idealistas, normas de conducta elevada, proclamación de altos principios a los cuales no queremos renunciar y que hemos mantenido siempre como un paradigma, como una proclamación en la que esté todo nuestro orgullo, toda nuestra dignidad y toda nuestra esperanza a pesar de que los hechos no correspondan a ella y estén en pugna con ella. De modo que esa especie de personalidad dividida, esa suerte de esquizofrenia colectiva por la cual los ideales sociales, las normas generales que rigen la sociedad pueden estar en pugna con la realidad social, pero sin embargo no se modifican ni se cambian y continúan acatadas como una proclamación de principio, que era el hecho fundamental de este gran conflicto de conciencia de la conquista hispanoamericana, sigue en gran parte siendo el hecho esencial de la vida colectiva de nuestras sociedades independientes. Es decir, los hispanoamericanos seguimos siendo gentes de conciencia atormentada, entre los principios que proclamamos, en los que creemos y que tienen su asiento invariable en nuestras constituciones del más avanzado tipo liberal, humano y democrático y una realidad social que generalmente entra en pugna con ellas pero que sin embargo jamás ha logrado alcanzar el reconocimiento legal. La ley nunca ha hecho compromiso con esa realidad. Y por eso la Ley ha tendido a convertirse en un precepto moral como lo fue durante la colonia.

Hay aquí un estado de ánimo digno de investigar, como antecedente de nuestra actitud frente a la Ley, de nuestra mentalidad jurídica y de nuestra concepción colectiva de la Ley. De la Ley no como mandato imperativo sino como ideal de conducta, como proclamación de principio, como norma a la cual tendemos aun cuando no estemos en capacidad de realizarla prácticamente en la vida diaria. Esto nos viene de la vida colonial y nos muestra la importancia de mirar a ese pasado que, después de todo, nos pertenece, del cual somos herederos, y que nos sirve para explicar y entender mejor nuestro presente.

Las Carabelas del Mundo Muerto

Lento, sin duda, fue el viaje de descubrimiento de Colón. Sesenta días de trabajoso y desesperado navegar lo trajeron desde el Puerto de Palos hasta la madrugada de la playa de San Salvador. Amanecieron los españoles, sin saberlo, en un Nuevo Mundo y comenzó una nueva fase irreversible de la historia universal. Eran castellanos del tiempo de los Reyes Católicos, cristianos devotos y cabales que cantaban la *Salve* para anunciar cada hora, formados en la concepción social y política de las Siete Partidas, con la sensibilidad condicionada para gozar del gótico florido y del labrado plateresco, que concebían la vida como una interminable guerra de conquista en favor de un reino señorial y católico.

Eran literalmente misioneros de una cultura y de una ideología, que se proponían implantarla y difundirla entre gentes nuevas y distintas. Este fue, ciertamente, el primer viaje de ideas que ocurrió entre Europa y América y fue también uno de los más rápidos y completos. Trajeron de un golpe y por entero todo lo que representaba y necesitaba saber un castellano del siglo XV.

Más tarde el viaje de las ideas se hizo más lento, divagante e incompleto. El racionalismo tardó en llegar a las Indias algo más de un

siglo, si se toma como punto de partida la publicación del *Discurso del método*. El romanticismo, entre treinta y cincuenta años. El positivismo se retrasó no menos de una generación.

Este retardo en la comunicación de las ideas ha sido uno de los rasgos más permanentes y significativos en el proceso cultural de la América Hispana, que, por su parte, contribuye a formar y explicar el otro fenómeno del mestizaje cultural tan característico como fecundo en el mundo criollo.

Sobre el racionalismo neoclásico vino a injertarse el romanticismo, sobre el tomismo o el escotismo colonial vino a posarse la ideología positivista de los nuevos científicos. Esa mezcla y coexistencia de ideologías, doctrinas, escuelas y estilos trajo hibridizaciones, contagios, mixturas y mezclas de los que brotaron algunos de los acentos y matices más originales del pensamiento y la creación hispanoamericanos.

El marxismo y el existencialismo de nuestros días no han llegado con menos retraso. Más morosos que las carabelas, han puesto decenios en atravesar el Atlántico y en llegar al abierto y abigarrado mercado intelectual de Hispanoamérica para exhibirse, ofrecerse y mezclarse con las más venerables creencias de la España de los Austrias, de los pensadores de la Ilustración criolla, de los liberales decimonónicos, de los retrasados seguidores de Spencer y de Taine, de los neoespiritualistas del modernismo, en mil combinaciones y aproximaciones para satisfacer o calmar la angustia ontológica del criollo, que desde hace cuatro siglos se pregunta incesantemente, sin hallar respuesta definitiva: ¿Quién soy? ¿Cuál es mi destino?

Si se pudiera trazar en una carta la curva de vigencia y expansión de las nuevas ideologías, veríamos repetirse de una manera reveladora y significativa el retardo en llegar a la América Hispana y su prolongada sobrevivencia en ella. El positivismo podría servir de manera cabal para ilustrar este aspecto. Llega a extenderse y afirmarse entre nosotros cuando ya, de hecho, ha comenzado la reacción antideterminista en Europa.

El causalismo determinista rígido cobra fuerza en la concepción de Newton en la segunda mitad del siglo XVII, se extiende a las clases cultas de la Europa de la Ilustración por medio de la divulgación que hace medio siglo más tarde Voltaire; se afirma en el siglo XIX con las doctrinas de Comte, de Darwin y de Marx, y desemboca en las grandes y brillantes simplificaciones de Spencer, Stuart Mill y Tai-

ne hasta invadir el campo de la creación literaria con la aparición de la novela naturalista y experimental. Desde la abstracta fuente de los *Principia Mathematica* viene a desembocar en *Nana*.

Cuando ese ciclo comienza a cerrarse en Europa, parece, por el contrario, afirmarse en Hispanoamérica. A la simple y escueta explicación mecanicista vienen a darle nueva fuerza las no menos retardadas lecturas marxistas. Sin embargo, los supuestos básicos sobre los que se había fundamentado el universo newtoniano y todo el causalismo determinista en las ciencias puras comenzaban a marchitarse y a desaparecer. A partir de 1902 surgen, en el campo de la física, de la matemáticas y de la mecánica, nuevas concepciones que resquebrajan la doctrina monolítica y cerrada del determinismo. Aparece la mecánica estadística y probabilística de Gibbs, la relatividad de Einstein, la segunda ley de la termodinámica con su principio negador de toda permanencia y progreso dentro de un sistema cerrado, la física cuántica, el microcosmos atómico y, dentro de él, tan perturbadores y revolucionarios principios como el de incertidumbre, que niega la posibilidad del determinismo en la previsión de la conducta y el futuro de las partículas y sólo permite una aproximación estadística y probabilística.

Sin embargo, la noticia del cataclismo declarado en el universo newtoniano, con todas sus implicaciones sobre la teoría de la causalidad determinista, tarda y tardará en llegar a Hispanoamérica.

Ciertamente en el transcurso del último medio siglo largo ha surgido una nueva física una nueva mecánica, una nueva ciencia y, por lo tanto, una nueva concepción del universo que ya comienza a traducirse en los espectaculares cambios de la actual revolución industrial, con la automatización, la liberación y utilización de la energía atómica, la conquista del espacio y los avances de la bioquímica y la biofísica.

Ha sido tan grande y profundo el cambio de las nociones fundamentales y de las concepciones, que ha llegado a surgir una peligrosa separación y divorcio entre las ideas en que se funda la cultura tradicional y las nuevas verdades de la ciencia pura.

Lo más de las artes, de las letras, del pensamiento crítico, del pensamiento político y del análisis histórico y social, en medio de los que vivimos y por medio de los cuales nos expresamos reposan sobre supuestos científicos que han dejado de tener vigencia. De la ciencia divulgada, que llega a los lectores de periódicos y aun a muchos es-

tudiantes de liceos y universidades, gran parte deriva de hipótesis que hoy no se tienen ya por verdaderas.

Esto significa que mientras las raíces de la mayor parte de lo que tenemos por válido en la esfera de la cultura tradicional están muertas, ignoramos en cambio y no hemos traducido a la conciencia de nuestra situación las nuevas verdades encontradas y sus inmensas consecuencias.

Mientras en el siglo XIX los positivistas cumplían una verdadera hazaña de la sinceridad y la lealtad científicas, al llevar a las ciencias sociales y culturales las nuevas verdades halladas en el campo de las ciencias físicas, matemáticas y naturales, los herederos actuales de los positivistas corren el riesgo de dejar de ser hombres de ciencia para convertirse en inesperados espíritus religiosos que repiten y mantienen, en lugar de la verdad científica, un dogma recibido.

Esta separación entre una ciencia viva aislada e ignorada, y una cultura tradicional que ha dejado en mucha parte de ser científica, ha hecho posible que hoy se llegue a hablar de la existencia de dos cultura.

C.P. Snow, hombre de ciencia y novelista británico, es uno de los que ha planteado el problema con mayor claridad y conocimiento de causa en su breve obra *Las dos culturas*. Para Snow el mundo de la cultura tradicional, en el que se mueven los artistas, los escritores y los llamados intelectuales, en general, reposa en gran parte sobre principios, hipótesis y doctrinas que ya han dejado, en su fuente y fundamento, de ser verdades científicas. Reposan sobre la concepción de un mundo gobernado por una causalidad determinista, mientras la ciencia verdadera, desde hace medio siglo o más, ha dejado de ser determinista para reflejarse en una posición de incertidumbre, de probabilidad, de estadística, en la que la ley de causa y efecto deja de tener la vigencia absoluta que los hombres del positivismo podían atribuirle. Casi podríamos hoy decir, para escándalo de Leibniz, que la naturaleza no procede sino por saltos, y que hay muy pocas y limitadas relaciones necesarias, en el campo de la mecánica y de la física, que puedan llamarse leyes en el sentido estricto, rígido y cerrado que podían darle Newton, Montesquieu o Spencer.

Esta dramática separación entre el mundo de la ciencia nueva y las aplicaciones de la vieja ciencia, que continúan vigentes en la esfera de la cultura tradicional, condena a esta última a la muerte segura de un árbol cuya raíz está cortada. Puede parecer por algún tiempo

todavía un árbol vivo y lozano, pero no pasará de ser apariencia.

Establecer la comunicación entre la nueva ciencia y el mundo de la cultura de los intelectuales, los artistas y los políticos es una de las más perentorias necesidades de nuestro tiempo. Esa comunicación tiene que traer como consecuencia la revisión y el rechazo de muchas de las doctrinas que hoy siguen gobernando el pensamiento y la acción de la mayoría de los hombres.

El alcance de las nuevas certidumbres o incertidumbres está todavía por conocerse y determinarse en su plenitud, pero ya no podemos ignorar que trae implícito un cambio más profundo y vasto que todos los que el hombre ha conocido hasta hoy. Un cambio que alcanzará el pensamiento, la sociedad, la economía, la manera de vivir, el trabajo, las comunicaciones, el orden humano y la concepción del mundo.

De esa revolución científica ya conocemos todos algunas espectaculares aplicaciones. Los cohetes espaciales, los cerebros electrónicos, las plantas de producción automatizadas, la utilización de la energía atómica, las delirantes posibilidades de la cibernética, la electrónica y los sistema de comunicación. Teóricamente podemos ya telegrafiar un hombre, convertido en mensaje.

Mientras eso ocurre, el pensamiento occidental tradicional sigue operando sobre la aplicación de las que eran nuevas verdades científicas en la época de la reina Victoria o de Napoleón III. Carece de sentido tratar de continuar creyendo que la historia es una ciencia determinista, que podía aceptarse mientras el universo determinista newtoniano estaba vigente e incólume, en este tiempo en el que, por el contrario cada día más parece que la física y la mecánica se vuelven historia, es decir, mero recuento y verificación del acaecer observable y de sus posibilidades.

Se ha sobrevivido el positivismo en la América Latina y su sobrevivencia tiende a hacer más peligrosamente profundo para nosotros el abismo que en Europa comienza a separar, con muy superficiales e incompletas comunicaciones, la nueva ciencia y el mundo de la cultura tradicional.

Ya el problema planteado para nosotros no puede ser solamente el de acortar el tiempo de viaje de las ideas, sino el de recibir ideas vivas y fecundas y no los retardados mensajes de un mundo de ideas ya en gran parte difuntas. Es como si las carabelas ideológicas y divulgativas que seguimos recibiendo hubieran partido de una Atlánti-

da desaparecida, no de una Viejo Mundo vivo y vigente, sino de un mundo muerto.

Mucho de lo que leemos y de lo que pensamos está cortado y sin conexión con las nuevas verdades que hoy son la base de la física y de las ciencias puras. En no pocos casos la concepción del mundo de nuestros ensayistas, novelistas y poíticos, no sólo ignora sino que contradice abiertamente las bases vigentes de la verdad científica según la han conocido Einstein, Gibbs, Rutherford, Broglie.

Sin saberlo, intelectualmente hemos pasado de ser los dueños de un mundo finito, racional y determinable a ser los extraviados huéspedes de un universo, tal vez infinito, en creciente desorganización, no determinable sino por aproximación y probabilidad, no completamente reducible a razón, que acusa en lo esencial un principio de indeterminación.

Mientras más pronto nos demos cuenta de este cambio y de esta nueva situación, y de las enormes consecuencias que implica, será mejor para el destino de nuestra América.

Podar lo muerto de la cultura tradicional y entroncarlo en la nueva savia de la ciencia actual es una necesidad perentoria en la cual puede estar implícita la posibilidad de salvación de la sociedad humana.

En la medida en que se salve esa separación e incomunicación entre las dos culturas, estaremos entrando plenamente en las inmensas posibilidades, desafíos y riesgos del tiempo nuevo que todavía no es enteramente el nuestro. Nos separa de él, como una muralla de niebla, el grosor de los prejuicios, de las creaciones ideológicas, de los ídolos del pasado, de las verdades a medias en cuya cómoda y ya no segura vecindad creemos poder seguir viviendo de espaldas al destino.

Literalmente está naciendo un mundo nuevo, una nueva cultura, de los que no podemos mantenernos en separación ni en retraso. Conocerla, aceptarla e incorporarla a nuestra vida y a nuestro pensamiento es la tarea primordial de los hombres de este tiempo, acobardados por la guerra fría, atenazados por una falsa ciencia dogmática, extraviados por caminos que ya muchos saben que no conducen a ninguna parte.

Esta debía ser la tarea y la búsqueda fundamental de nuestras universidades y de nuestros hombres de pensamiento. Ponerse al día con la ciencia nueva y anticipar sus inmensas consecuencias.

Hace poco tiempo dije en una reunión académica estas palabras de alerta y angustia que citaré para concluir:

> El árbol de la ciencia del bien y del mal está retoñando de nuevas raíces. Las consecuencias de ese cambio son inmensas y abarcan desde la concepción el mundo, hasta la estructura de la sociedad y la actitud del hombre frente a la naturaleza y el destino. En un tiempo en que tanto se ha hablado y se habla de revoluciones, pocos se han percatado de la inmensa revolución que está ocurriendo en el mundo de la ciencia y de sus aplicaciones, que ya han condenado a muerte muchas de nuestras ideas y ha de cambiar nuestras vidas mucho más allá de lo que revolucionarios y utopistas hayan podido nunca imaginar.

El mestizaje y el Nuevo Mundo

Desde el siglo XVIII, por lo menos, la preocupación dominante en la mente de los hispanoamericanos ha sido la de la propia identidad. Todos los que han dirigido su mirada, con alguna detención, al panorama de esos pueblos han coincidido, en alguna forma, en señalar ese rasgo. Se ha llegado a hablar de una angustia ontológica del criollo, buscándose a sí mismo sin tregua, entre contradictorias herencias y disímiles parentescos, a ratos sintiéndose desterrado en su propia tierra, a ratos actuando como conquistador de ella, con una fluida noción de que todo es posible y nada está dado de manera definitiva y probada.

Sucesiva y hasta simultáneamente muchos hombres representativos de la América de lengua castellana y portuguesa creyeron ingenuamente, o pretendieron, ser lo que obviamente no eran ni podían ser. Hubo la hora de creerse hidalgos de Castilla, como hubo más tarde la de imaginarse europeos en exilio en lucha desigual contra la barbarie nativa. Hubo quienes trataron con todas las fuerzas de su alma de parecer franceses, ingleses, alemanes y americanos del norte. Hubo más tarde quienes se creyeron indígenas y se dieron a reivindicar la plenitud de una civilización aborigen irrevocablemente interrum-

pida por la Conquista, y no faltaron tampoco, en ciertas regiones, quienes se sitieron posesos de un alma negra y trataron de resucitar un pasado africano.

Culturalmente no eran europeos, ni mucho menos podían ser indios o africanos.

América fue un hecho de extraordinaria novedad. Para advertirlo, basta leer el incrédulo asombro de los antiguos cronistas ante la desproporcionada magnitud del escenario geográfico. Frente a aquel inmenso rebaño de cordilleras nevadas, ante los enormes ríos que les parecieron mares de agua dulce, ante las ilimitadas llanuras que hacían horizonte como el océano, en las impenetrables densidades selváticas en las que cabían todos los reinos de la cristiandad, se sintieron en presencia de otro mundo para el que no tenían parangón. La plaza de Tenochtitlán era mayor que la de Salamanca, descubrían frutas y alimentos desconocidos, hallaban un cerro entero de plata en Potosí, un jardín de oro en el Cuzco, y podían fácilmente creer que oían quejarse las sirenas en las aguas del Orinoco, o que topaban con el reino de las Amazonas, o que estaban a punto de llegar a la ciudad toda de oro del rey Dorado.

La sola presencia avasalladora de ese medio natural fue bastante para cambiar las vidas y las actitudes de los hombres, pero hubo algo mucho más importante como fue la presencia y el contacto con los indígenas americanos. Se toparon con millones de hombres desconocidos, diseminados a todo lo largo del Continente, que habían alcanzado los más diversos grados de civilización, desde la muy alta de mayas, mexicanos e incas, hasta las elementales de agricultores, cazadores y recolectores de las Antillas y de la costa atlántica.

En cierto modo, la historia de las civilizaciones es la historia de los encuentros. Si algún pueblo hubiera podido permanecer indefinidamente asislado y encerrado en su tierra original, hubiera quedado en una suerte de prehistoria congelada. Fueron los grandes encuentros de pueblos diferentes por los más variados motivos los que han ocasionado los cambios, los avances creadores, los difíciles acomodamientos, las nuevas combinaciones, de los cuales ha surgido el proceso histórico de todas las civilizaciones.

Las zonas críticas de los encuentros han sido precisamente los grandes centros creadores e irradiadores de civilización. Grandes zonas de encrucijada y de encuentro conflictivo fueron la Mesopotamia, todo el Mediterráneo oriental, Creta y Grecia. El inmediato resulta-

do creador de esos encuentros fue el mestizaje cultural. Convivieron en pugna, resistencia y sumisión, y mezclaron las creencias, las lenguas, las visiones y las técnicas. El mestizaje penetró hasta el Olimpo.

Mientras más se penetra en los orígenes griegos, más surge la rica y todavía en gran parte inextricable variedad de estripes, invasiones, migraciones, mezclas y aportes de muchas gentes venidas por las rutas guerreras de la masa continental y por las rutas piratas del Egeo. Guerra y piratería, conquista y comercio, navegaciones y colonizaciones fueron como los distintos hilos que tejieron el increíble tapiz de eso que más tarde hemos llamado el milagro griego. Ningún griego del tiempo de Pericles y menos aún del de Alejandro hubiera podido sentirse de pura casta y de no adulterada herencia cultural.

Este caso se repite a lo largo de la historia en todos los grandes centros creadores de civilización, no estrecha y mezquinamente como una mera consecuencia de la mezcla de sangres, sino como un poderoso fenómeno paralelo y distinto, lleno de vitalidad nueva y de posibilidad credora. Gentes que podían no tener en sus venas mezclada la sangre de los pueblos del encuentro, pero que llevaban en su espíritu la creadora confluencia de vertientes contrarias. Abraham fue sin duda un mestizo cultural, como lo fue también Moisés.

Roma es una de las más evidentes muestras de la originalidad creadora del mestizaje cultural. Todas las culturas del mundo conocido trajeron su aporte a ella.

La historia del Occidente cristiano es la del más extraordinario y aluvional experimento de mestizaje cultural. Las lenguas modernas son el archivo viviente y el mejor testimonio de esa caótica mezcla. Occidente se afirmó y creó su originalidad histórica sobre la empresa contradictoria de sus grandes mestizadores de culturas y creencias. Habría que mirar a esa luz la obra de los grandes mestizos creadores de la civilización occidental.

Cómo podemos entender a Carlo Magno de otra manera que como a uno de los más grandes mestizos culturales de la historia. Eso que algunos han querido llamar el «renacimiento carolingio» y que tiene su personificación en el gran caudillo que personificó el desesperado ensayo de injerto en la vida germánica de la romanidad cristiana no es otra cosa que la combinación, muchas veces violenta y a ratos sometida, de dos mundos culturales que muy poco tenían en común. Nada es más simbólico que mirar al caudillo bárbaro, con

su lengua no reducida a letra, con su cohorte de jefes primitivos, coronarse emperador romano entre los latines del Papa y las fórmulas palatinas del difunto imperio.

Grandes creadores de mestizaje cultural fueron Federico II Hohenstaufen, Alfonso X de Castilla, los arquitectos del románico, los escultores del gótico, Dante, Cervantes, Shakespeare.

La historia de España ofrece acaso la más completa y convincente muestra del poder creador del mestizaje. Indígenas ibéricos, cartagineses, romanos, godos, cristianos, francos, moros, judíos contribuyeron a crear la extraordinaria personalidad de su alma compleja y poderosa. Toledo es una de las ciudades más mestizas de Occidente y acaso sólo en ella pudo darse el fascinante caso de mestizaje cultural del Greco.

Palabras como mudéjar, mozárabe, muladí, romance, ladino, no son otra cosa que testimonios irrecusables de un vasto, largo y complicado proceso de mestizaje que tuvo por escenario y personajes la Península Ibérica y sus gentes.

Por un absurdo y antihistórico concepto de pureza, los hispanoamericanos han tendido a mirar como una marca de inferioridad la condición de su mestizaje. Han llegado a creer que no hay otro mestizaje que el de la sangre y se han inhibido en buena parte para mirar y comprender lo más valioso y original de su propia condición.

Se miró el mestizaje como un indeseable rasgo de inferioridad. Se estaba bajo la influencia de las ideas de superioridad racial, que empezaron a parecer en Europa desde el siglo XVIII y se afirmaron en el XIX con Gobineau, que dieron nacimiento a toda aquella banal literatura sobre la supremacía de los anglosajones y sobre la misión providencial y el fardo histórico del hombre blanco encargado de civilizar, dirigir y encaminar a sus inferiores hermanos de color. Se creó una especie de complejo de inferioridad y de pudor biológico ante el hecho del mestizaje sanguíneo. Se quería ocultar la huella de la sangre mezclada o hacerla olvidar ante los europeos, olvidándonos de que Europa era el fruto de las más increíbles mezcolanzas y de que el mestizaje de sangre podía ser un efecto, pero estaba lejos de ser la única causa ni la única forma del mestizaje cultural. Lo verdaderamente importante y significativo fue el encuentro de hombres de distintas culturas en el sorprendente escenario de la América. Ese y no otro es el hecho definidor del Nuevo Mundo.

Es claro que en el hacer de América hubo mestizaje sanguíneo, am-

plio y continuo. Se mezclaron los españoles y portugueses con los indios y los negros. Esto tiene su innegable importancia desde el punto de vista antropológico y muy favorables aspectos desde el punto de vista político, pero el gran proceso creador del mestizaje americano no estuvo ni puede estar limitado al mero mestizaje sanguíneo. El mestizaje sanguíneo pudo ayudar a ello, en determinados tiempos y regiones, pero sería cerrar los ojos a lo más fecundo y característico de la realidad histórica y cultural, hablar del mestizaje americano como de un fenómeno racial limitado a ciertos países, clases sociales o épocas.

En el encuentro de españoles e indígenas hubo propósitos manifiestos que quedaron frustrados o adulterados por la historia. Los indígenas, en particular los de más alto grado de civilización, trataron de preservar y defender su existencia y su mundo. Su propósito obvio no era otro que expeler al invasor y mantener inalterado el sistema social y la cultura que les eran propios y levantar un muro alto y aislante contra la invasión europea. Si este propósito hubiera podido prosperar, contra toda la realidad del momento, América se hubiera convertido en una suerte de inmenso Tíbet. Por su parte, los españoles traían la decisión de convertir al indio en un cristiano de Castilla, en un labrador del Viejo Mundo, absorbido e incorporado totalmente en lengua, creencia, costumbres y mentalidad, para convertir a América en una descomunal Nueva España. Tampoco lo lograron. La crónica de la población recoge los fallidos esfuerzos, los desesperanzados fracasos de esa tentativa imposible.

Los testimonios que recogieron fray Bernardino de Sahagún y otros narradores entre los indígenas mexicanos revelan la magnitud del encuentro desde el punto de vista del indio. Desde aquellos desconocidos «cerros o torres» que les parecían las embarcaciones españolas, hasta aquellos «ciervos que traen en sus lomos a los hombres. Con sus cotas de algodón, con sus escudos de cuero, con sus lanzas de hierro». Hay el encuentro extraordinariamente simbólico de la pequeña hueste de Cortés, armada, compacta y resuelta, con los emplumados y ceremoniales magos y hechiceros de Motecushoma, enviados para que sus exorcismos los embrujaran, detuvieran y desviaran. O aquellas palabras que el jefe mexicano le dirige al capitán castellano: «Tú has venido entre nubes, entre nieblas. Como que esto era lo que nos habían dejado dicho los reyes, los que rigieron,

los que gobernaron tu ciudad: Que habrías de instalarte en tu asiento, en tu sitial, que habrías de venir acá».

Lo que vino a realizarse en América no fue ni la permanencia del mundo indígena, ni la prolongación de Europa. Lo que ocurrió fue otra cosa y por eso fue Nuevo Mundo desde el comienzo. El mestizaje comenzó de inmediato por la lengua, por la cocina, por las costumbres. Entraron las nuevas palabras, los nuevos alimentos, los nuevos usos. Podría ser ejemplo de esa viva confluencia creadora aquella casa del capitán Garcilaso de la Vega en el Cuzco recién conquistado. En un ala de la edificación estaba el capitán con sus compañeros, con sus frailes y sus escribanos, metido en el viejo y agrietado pellejo de lo hispánico, y en la otra, opuesta, estaba la Ñusta Isabel, con sus parientes incaicos, comentando en quechua el perdido esplendor de los viejos tiempos. El niño que iba a ser el Inca Garcilaso iba y venía de una a otra ala como la devanadera que tejía la tela del nuevo destino.

Los *Comentarios reales* son el conmovedor esfuerzo de toma de conciencia del hombre nuevo en la nueva situación de América. Pugnan por acomodarse en su espíritu las contrarias lealtades impuestas desde afuera. Quiere ser un cristiano viejo de Castilla, pero también al mismo tiempo, no quiere dejar morir el esplendor del pasado incaico. Un libro semejante no lo podía escribir ni un castellano puro, ni un indio puro. La *Araucana* es una visión castellana del indio como algunos textos mexicanos, que ha recogido Garibay, son una visión únicamente indígena de la presencia del conquistador. En el Inca Garcilaso, por el contrario, lo que hay es la confluencia y el encuentro.

En aquellas villas de Indias, en las que dos viejas y ajenas formas de vida se ponían en difícil y oscuro contacto para crear un nuevo hecho, nada queda intacto y todo sufre diversos grados de alteración. A veces la iglesia católica se alza sobre el templo indígena, las técnicas y el *tempo* del trabajo artesanal y agrícola se alteran. Entran a los telares otras manos y otros trasuntos de patrones. El habla se divierte del tiempo y la ocasión de España y se arremansa en una más lenta evolución que incorpora voces y nombres que los indios habían puesto a las cosas de su tierra. El «vosotros» no llega a sustituir al «vuestras mercedes». Nombres de pájaros, de frutas, de fieras, de lugares entran en el torrente de la lengua. Los pintores, los albañiles, los escultores y talladores introducen elementos espurios y maneras

no usuales en la factura de sus obras. Todo el llamado «barroco de Indias» no es sino el reflejo de ese mestizaje cultural que se hace por flujo aluvional y por lento acomodamiento en tres largos siglos.

Se combinaron reminiscencias y rasgos del gótico, del románico y del plateresco, dentro de la gran capacidad de absorción del barroco. El historiador de arte Pal Kelemen *(Baroque and Rococo in Latin America)* ha podido afirmar: «El arte colonial de la América Hispana está lejos de ser un mero trasplante de formas españolas en un nuevo mundo; se formó de la unión de dos civilizaciones que en muchos aspectos eran antitéticas. Factores no europeos entraron en juego. Quedaron incorporadas las preferencias del indio, su característico sentido de la forma y el color, el peso de su herencia propia, que sirvieron para modular y matizar el estilo importado. Además, el escenario físico diferente contribuyó a una nueva expresión».

Se podría hacer el largo y ejemplar itinerario de los monumentos plásticos del mestizaje: desde la iglesia de San Vicente del Cuzco hasta el Santuario de Ocotlán en México, pasando por las viejas casas de Buenos Aires, por las capillas de Ouro Preto, por las espadañas de las iglesias de aldea en Chillán, en Arequipa, en Popayán, en Coro o en Antigua. Tampoco eran iguales a las de Europa las gentes que iban a orar en esos templos. Venían de hablar y tratar con indios y con negros, en sus creencias, en sus palabras y en sus cantos había elementos anteriores a la Conquista y otros traídos de Africa. Todo un mundo de superstición terrígena convivía con el escueto catecismo de los misioneros.

Fuera de lo más externo de la devoción y de la enseñanza, todo era distinto y nuevo. Las consejas españolas se habían mezclado con las tradiciones indígenas. La lengua, que había llegado a ser tan escueta y eficaz en *Lazarillo*, tiende en América a ser juego de adorno y gracia. Se la oye resonar y cambiar de colores como un gran juguete. Se la recarga y pule como una joya de parada.

Las letras mismas sufren cambios de estilo, de objeto y de género. Aunque pasan novelistas, y algunos tan grandes como Mateo Alemán, no pasa la novela a la nueva tierra. Tampoco pasa en su esplendor la comedia del Siglo de Oro. Hay como una regresión a viejos estados de alma y a modos que ya habían sido olvidados. Resucita la crónica y la corografía, la poesía narrativa toma el lugar del lirismo italianizante, de la comedia se regresa al auto de fe y al misterio medieval. De la tendencia a lo más simple y directo de la literatura castellana,

se pasa al gusto por lo más elaborado y artístico, del realismo popular en letras y artes a la estilización, al arcaísmo y al preciosismo. Hay como una intemporalidad provocada por el fenómeno del mestizaje.

Quienes observan la historia cultural de la América Hispana notan de inmediato ese rasgo de coexistencia simultánea de herencias y de influencias que la distinguen de la sucesión lineal de épocas y escuelas que caracteriza al mundo occidental desde el fin de la Edad Media. Es un crecer por accesión y por incorporación aluvional que le da ese carácter de impureza que hace tan difícil clasificar con membretes de la preceptiva europea monumentos, autores y épocas de la creación cultual latinoamericana. José Moreno Villa *(Lo mexicano)* lo ha observado al estudiar el arte colonial mexicano y ha dicho textualmente: «Las artes o modos artísticos son aquí de aluvión, es decir, que no obedecen a un proceso interno evolutivo como en Europa».

La verdad es que es un proceso de formación que corresponde a un tiempo biológico distinto del que alcanzó Europa después del Renacimiento, cuando su gran época de mestizaje creador comenzaba a cerrarse. Unificada la herencia cultural europea comenzó un tiempo de dominante evolución lineal interna, mientras que en América se abría un nuevo tiempo caótico de mestizaje.

Esa conciencia de individualidad distinta, creada por las circunstancias distintas y por las herencias contradictorias, la advierten pronto las grandes personalidades del pensamiento.

Los europeos del tiempo de Buffon, de De Paw y de Raynal llegaron a pensar que la América pertenecía a otra edad del planeta y que en ella el clima no sólo creaba seres y condiciones de vida diferentes, sino que provocaba un cambio profundo en las características de la especie humana, tal como la habían conocido los europeos. Se habló de la precocidad y de la prematura senectud de los americanos.

La gente americana rechazó estas simplezas llenas del candor seudocientífico de la Ilustración, pero en cambio, nunca dejó de sentir sus profundas y constantes diferencias con los europeos.

Simón Bolívar había concebido la Independencia de la América Hispana como la consecuencia del hecho de existir una personalidad histórica diferente con un destino distinto al de Europa. En su extraordinario Discurso al Congreso de Angostura, en 1819, hace lo que podemos llamar la proclamación solemne de los derechos históricos del mestizaje americano. Dice: «...no somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles.

Americanos por nacimiento y europeos por derecho, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer, contra la oposición de los invasores; así nuestro caso es el más extraordinario y complicado». Cuatro años antes, en Jamaica, ya había formulado el mismo pensamiento: «Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias aunque, en cierto modo, viejo en los usos de la sociedad civil».

Ese «pequeño género humano» era la única base para la pretensión a un destino histórico para la América Latina. Un hombre tan culto, tan europeo, tan universal como Andrés Bello piensa que ha llegado la hora de que su América exprese su propia personalidad, en una lengua común pero no subordinada, con temas propios y con una visión de comienzos de nuevo tiempo. Piensa en una oportunidad romana y virgiliana para el Nuevo Mundo. Reemprender la aventura del hombre con una nueva voz y un nuevo aliento. Ha terminado el imperio español, pero no tiene por qué comenzar un tiempo oscuro de incomunicación y decadencia. Es el tiempo para que se manifieste la nueva personalidad de América de «Occidente hija postrera».

Tan avasalladora es la vocación de mestizaje y el fondo histórico del fenómeno cultural que se pone de manifiesto, aun en aquellos casos en que los hombres de pensamiento pretenden reaccionar intelectualmente contra la tradición y la herencia del pasado e instaurar un nuevo rumbo. Nadie más abierta y desesperadamente que Sarmiento pretendió europeizar, sajonizar o desnaturalizar el hecho americano, sin embargo en nadie es más visible que en él el aluvión de contrarias influencias de la historia y las lecturas, del pasado y el presente. *Facundo* es un libro maravillosamente impuro que no podía escribir sino el gran mestizo cultural de su tiempo que era don Domingo Faustino. El culto por la democracia sajona, por el racionalismo, por la civilización decimonónica europea va junto con la admiración por el payador, por el rastreador, por el gaucho que parecía el enemigo de la civilización y la encarnación de la barbarie y hasta por el caudillo Quiroga, que recibe de sus manos el más fascinante retrato. Esas eran las que las gentes simples llamaban y todavían llaman las contradicciones de Sarmiento y que no eran sino el reflejo, en aquella grande y abierta sensibilidad creadora, del mestizaje vivo americano. Lo que él miraba en Facundo, en el Chacho, en

las gentes que lo rodeaban en Mendoza y en Cuyo, en el guachaje, no era ni podía ser barbarie, sino el estancado y mezclado resto de la civilización que los españoles de los siglos XVII y XVIII intentaron implantar en América. Ese rezago ya era impuro y mezclado. También la condición de un ideal de civilización era inalcanzable: convertir en ciudadanos de la Nueva Inglaterra o en discípulos de Guizot a los hijos de un proceso histórico diferente, en marcha y peculiaridad. Sarmiento no era, ni podía ser, acaso inconscientemente, sino un gran continuador de la fundamental empresa del mestizaje americano. Lo que se proponía era abrir la entrada a nuevos afluentes y nuevos aportes para enriquecer y universalizar más el caldo de creación del Nuevo Mundo.

Acaso en ningún otro aspecto sea más visible esa vocación americana de combinación, mestizaje e impureza que en el gran momento creador del Modernismo latinoamericano. Los hombres que dieron el paso inicial para romper con el pasado y la tradición literaria: Darío, Silva, Gutiérrez Nájera, Casal, Herrera y Reissig, Lugones, etcétera, pretendían romper amarras con lo hispanoamericano para incorporarse en cuerpo y alma a una cierta zona y hora de la literatura de Europa. Habían recibido noticias de los decadentistas, parnasianos y simbolistas franceses. Habían leído o adivinado, en las breves ediciones amarillas del *Mercure de France*, a Verlaine, a Moreas, a Régnier, a Kahn y a una falsa Francia del falso siglo XVIII con marqueses, princesas y abates. Todo el decorado, todas las innovaciones métricas, vinieron en ellos a yuxtaponerse sobre su impuro romanticismo americanizado, sobre sus reliquias y atisbos de la vieja poesía castellana, para dar como resultado uno de los más heterogéneos, ricos y contrastados movimientos que han conocido nuestras letras. Confundidos por los temas exóticos, por las novedades estróficas y métricas muchos llegaron a dudar de si estos grandes poetas representaban a la América. La representaban sin duda y, precisamente, por el innegable y poderoso carácter de mestizaje creador que es lo esencial del movimiento modernista. Eso también explica por qué esa tendencia surge y florece en la América Hispana y no en España. Tamaño ensayo de mestizaje literario y cultural no podía ser hecho en aquella hora sino quienes en su condición, en su psicología, en su situación histórica estaban abiertos y preparados para la impureza creadora del mestizaje.

Llegaron a creer, en ciertos momentos, que se habían escapado de

su mundo americano para convertirse en hijos de París. Era lo que no sin cierto rubor Darío llamaba su «galicismo mental», y sin embargo lo que estaban demostrando de modo plenario era su genuina e irrenunciable capacidad de asimilación aluvional de hijos y continuadores del gran destino de mestizaje de la América Hispana. Podría tomarse el modernismo como uno de los momentos culminantes de la vocación de mestizaje del Nuevo Mundo y de su extraordinaria posibilidad de creación.

El modernismo no es un episodio aislado, su voluntad de mezcla y de incorporación aluvional sigue activa en el desarrollo ulterior de la literatura de la América Hispana. Las grandes novelas americanas de la tercera década del siglo expresan esa impureza receptiva en su poderosa combinación de realismo, costumbrismo, simbología, forma épica y trasfondo mágico. ¿A qué época o a qué escuela europea podrían asimilarse Gallegos, Güiraldes, Rivera, Azuela? La poesía de Gabriela Mistral es una trémula confluencia de tiempos y modos. El aire barroco que mueve las frases de Asturias y Carpentier está mezclado con elementos románticos, con sabiduría surrealista y con la atracción por la magia de los pueblos primitivos. Un libro como *Los pasos perdidos* o como *El señor presidente* refleja, en el más mestizo lenguaje creador, el mestizaje original y profundo del Nuevo Mundo. Jorge Luis Borges es el más refinado manipulador de la vocación y de los elementos del mestizaje cultural. La torrencial voracidad transformadora y caótica de Pablo Neruda tiene sus raíces y su razón en el poderoso fenómeno del mestizaje americano.

No sólo hay una vocación de superponer influencias y escuelas sino que, además, hay una deformadora capacidad de asimilar y desnaturalizar las influencias, que no es otra cosa que la avasallante consecuencia cultural del hecho americano.

Esa vocación no podría limitarse a lo social, a lo artístico y a lo literario, sino que se manifiesta también en el mundo de las ideas. El aluvión y la hibridización ideológica dominan casi toda la época nacional de los países de la América Hispana. Sobre las instituciones, más vividas y sentidas que escritas, de las *Leyes de Indias* y de las Partidas vinieron a injertarse las creaciones políticas y las novedades ideológicas del racionalismo francés. Roto irremediablemente el orden colonial se quiso implantar sobre sus restos esparcidos y resistentes un orden ideal copiado de Francia, Inglaterra o Estados Unidos. Como tentativa de ruptura y de contradicción era apenas más

aventurada que la de los conquistadores de implantar sobre las sociedades indígenas, sobre sus lenguas, sus creeencias, sus usos, sus milenarias condiciones, las formas, las normas y los contenidos de la monarquía cristiana de Castilla. Se invocaba el derecho divino para justificar la República, se apoyaba la Independencia en la venida del apóstol Santo Tomás en figura de Quetzalcóatl, se invocaba a Manco Capac para darle una base emocional a los nuevos estados republicanos y democráticos, las ideas de Saint-Simon se mezclaron con las de Rousseau, el escotismo con el positivismo. Si se intentara, de modo sistemático, hacer la historia de las ideas en la América Hispana, desde la Independencia hasta la primera Guerra Mundial, se descubriría el más barroco, contradictorio y mezclado panorama. La llamada crisis institucional del mundo americano, tan vieja como su independencia y tan ardua y compleja como la propia condición de su ser colectivo, no es sino la manifestación histórica de esa formación aluvional continua. La América Hispana busca sus instituciones, adopta la república representativa y ve surgir el caudillismo autóctono, en una angustiosa búsqueda de su propia identidad, entre los mirajes contradictorios y oscuros del pasado y las solicitaciones de su nostalgia europea.

La gran época creadora del mestizaje en Europa ha terminado desde hace mucho tiempo. Los mitos de su superioridad racial, del pasado histórico, de la pureza de la herencia nacional actuaron como frenos y diques empobrecedores. Tal vez el romanticismo es la última tentativa mayor por volver a descubrir la veta del mestizaje cultural. En las artes plásticas, acaso los cubistas, con su importación de la escultura negra, intentaron la aventura de sacar el arte de Occidente del camino de abstracción y de pureza al que fatalmente iba a caer.

En cambio, la América Hispana es tal vez la única gran zona abierta en el mundo actual al proceso del mestizaje cultural creador. En lugar de mirar esa característica extraordinaria como una marca de atraso o de inferioridad, hay que considerarla como la más afortunada y favorable circunstancia para que se afirme y extienda la vocación de Nuevo Mundo que ha estado asociada desde el inicio al destino americano.

Es sobre la base de ese mestizaje fecundo y poderoso donde puede afirmarse la personalidad de la América Hispana, su originalidad y su tarea creadora. Con todo lo que le llega del pasado y del presen-

te, puede la América Hispana definir un nuevo tiempo, un nuevo rumbo y un nuevo lenguaje para la expresión del hombre, sin forzar ni adulterar lo más constante y valioso de su ser colectivo que es su aptitud para el mestizaje viviente y creador.

Está ella ahora abierta y lista para recibir y transformar en una gran tentativa de unidad y síntesis el presente vivo de sus múltiples herencias y para realizar, en la víspera del siglo XXI, una hazaña de renovación y renacimiento cultural similar al que en su tiempo hizo Roma o hizo Occidente.

Su vocación y su oportunidad es la de realizar la nueva etapa de mestizaje cultural que va a ser la de su hora en la historia de la cultura. Todo lo que se aparte de eso será desviar a la América Latina de su vía natural y negarle su destino manifiesto, que no es otro que el de realizar en plenitud la promesa de los Garcilaso, de los Bolívar, de los Darío, de los constructores de catedrales, para la obra de un Nuevo Mundo.

Somos hispanoamericanos

La lengua inglesa dispone de un adjetivo que, a pesar de estar tomado del latín, no tiene exacta equivalencia en español. De una obra que suscita reflexiones, ecos y repercusiones en el lector y lo estimula a lanzarse a búsquedas y consideraciones opuestas o complementarias se dice que es *provocative*. De este tipo resulta inevitablemente, para el lector hispanoamericano, el rico y concentrado artículo que Octavio Paz publicó hace algún tiempo, en el Suplemento Literario del *Times* de Londres, bajo el significativo título de «Una literatura sin crítica» y en el que pasa una rápida y penetrante revista al mundo de la América Latina, su situación y su literatura.

Octavio Paz no sólo es uno de los mayores poetas vivientes de lengua castellana sino que también, y acaso de un modo complementario e inevitable, ha sido llevado por su sentimiento dramático y universal de la cultura y por su variada erudición histórica y literaria, a convertirse en un penetrante analista de los más oscuros fenómenos del arte y la conciencia colectiva de nuestra época.

Paz reconoce que la literatura latinoamericana forma parte de la literatura occidental, aunque de una manera peculiar y hasta marginal e incompleta. En los dos extremos del espacio literario occiden-

tal han surgido las literaturas eslavas y americanas. Estas últimas divididas en inglesa, portuguesa y española. La rusa y la americana se hicieron universales. La americana de lengua española, después de ser apenas una débil rama de la literatura española hasta el siglo XIX (débil rama de una literatura que ya era débil dentro del contexto de la expresión literaria occidental) nace finalmente, al final de ese siglo, con el modernismo engendrado por el simbolismo francés y, en la segunda mitad del actual, alcanza un reconocimiento universal gracias a la obra de sus poetas y novelistas.

Nadie niega su existencia hoy, pero con ciertas características peculiares. Es rica y original en poesía y en prosa narrativa pero desproporcionadamente pobre en teatro y en obras críticas de carácter literario, filosófico o moral.

Esta falta de un pensamiento crítico importante, lleva a Paz a preguntarse con angustia si la actual literatura hispanoamericana, a pesar de su originalidad «real o aparente», es «realmente moderna». El fondo de su pensamiento se aclara cuando afirma, como un postulado, que sin pensamiento crítico no hay literatura moderna.

Al llegar a este punto el concepto de Paz sobrepasa abiertamente el campo de la literatura. Ya no se refiere específicamente a la crítica literaria, que reconoce que ha existido y que existe de un modo digno de mención en nuestras letras, por lo menos desde Bello hasta Rodó y desde Henríquez Ureña hasta Alfonso Reyes. No se puede negar la existencia de una rica y variada crítica literaria en la América Latina. El crítico francés Albert Thibaudet pensaba que la crítica literaria, tal como la concemos hoy, es en realidad un producto del siglo XIX. Antes pudo haber críticos pero no había crítica. Todos los movimientos y tendencias críticas de Europa han repercutido entre nosotros desde la histórica y temática, hasta la marxista, la estructural y la semiológica. Barthes y su radical pelotón han invadido las escuelas de letras de las universidades latinoamericanas. Lo que Paz señala, más allá de la crítica literaria es la ausencia de un pensamiento crítico comprensivo nuevo y penetrante que pueda constituir la base o la justificación de un «movimiento intelectual original». Nada equivalente a lo que representaron los Schlegel en Alemania al comienzo del romanticismo o el grupo de Coleridge en Inglaterra o Mallarmé y sus seguidores en el gran momento de cambiar el lenguaje de la poesía.

El concepto de Paz se amplía y se aclara al extender su panorama

hacia los antecedentes de la cultura española. Piensa que no ha habido pensamiento crítico en nuestra lengua. No hemos tenido un movimiento intelectual propio y original. No tuvimos siglo XVIII. Por eso mismo constituimos «una porción excéntrica de Occidente». No tuvimos Ilustración, tampoco tuvimos revolución burguesa, ni industrial, ni Romanticismo. «Bailamos fuera de compás».

Buscando las causas de la diferencia de la América Latina con el modelo europeo Octavio Paz señala la época de la independencia como la de nuestro acceso a la Edad Moderna y observa un hecho cierto, que caracteriza a aquel proceso como una ruptura brusca. «Nuestro comienzo fue negación, ruptura, desintegración». «Nuestra revolución fue un acto de autoengaño, tanto como de autodestrucción». Paz se refiere a la falta de raíz y al fracaso de las instituciones republicanas que de una manera adventicia los hombres de 1810 impusieron por fe ideológica sobre una realidad histórica que las negaba. Evidentemente, ni entonces ni ahora podíamos comportarnos como los anglosajones del Norte de América ante las instituciones anglosajonas que poco tenían que ver con nuestra realidad y nuestra tradición. A la hora de la Independencia no había ninguna institución propia que pudiera ser mantenida en la América Latina. Todo el mecanismo político y administrativo del Imperio Español se manejaba desde fuera y no reposaba sobre ningún mecanismo interior de representación, de renovación o de consulta. Era el caso exactamente contrario al de los Estados Unidos. Lo que hicieron los próceres de la Independencia fue proceder a la española. De una manera quijotesca y casi mágica dejaron de lado la realidad para crear de la nada las más perfectas instituciones políticas que había imaginado la ideología racionalista. No hubo ninguna coherencia entre instituciones y realidad cultural y social. El resultado fue el fracaso de las Repúblicas de la primera hora y el surgimiento de la única institución autóctona que la América Latina ha producido en su agitada historia: «el caudillismo rural». Era una actitud semejante y correspondiente a la de los españoles afrancesados del tiempo de la Ilustración y su caso podría definirse con las mismas palabras que Américo Castro dedica a aquellas minorías casi iluminadas, casi místicas, casi mágicas. «Lo utópico y a la vez trágico del afán de aquellos hombres consistía en querer prescindir de lo que España realmente era para en aquel vacío fraguar otro país con otros supuestos, con distinta sensibilidad. Querer ser lo que no se es, como no se es». Ese «intento

de desvivir la propia historia» es el fondo del trágico equívoco de la historia política de la América Latina.

Esta visión del mundo hispánico no es nueva. La han sostenido y repetido muchos observadores y estudiosos, particularmente alemanes, franceses e ingleses. Se ha hablado repetidas veces de España como la tierra sin Renacimiento y también sin siglo XVIII. Cada vez que se hace una de estas afirmaciones se lleva, implícitamente, un modelo en mente.

Cuando se dice que España no tuvo Renacimiento la afirmación es el resultado de una comparación tácita con un modelo de otra región. Podría decirse, y es evidente, que España no tuvo Renacimiento a la italiana o a la inglesa. La Edad Media duró en ella más y se transformó más lentamente. No hubo crisis de conciencia, religiosa, moral o racional, como en los países del Norte. La penetración de Erasmo fue grande, como lo ha demostrado Marcel Bataillon, pero fue contrarrestada y detenida. La semilla de donde salieron Vives y los Valdés no logró cuajar. En cambio, en la gran empresa renacentista de renovar la visión del mundo y crear una nueva dimensión del paisaje humano, el papel de los españoles fue fundamental. La creación, o la invención del Nuevo Mundo, que va a transformar toda la mentalidad europea y a iniciar la Edad Moderna es una empresa hispánica.

Tampoco tuvo España siglo XVIII a la francesa, o a la inglesa. No es que se ignorara la Ilustración. Abundantemente penetraron sus modelos con el advenimiento de los Borbones, pero siempre se sintió como cosa ajena y hasta extraña. La misma palabra «afrancesamiento», con que se la designó, revela este sentimiento de alteridad.

Lo que habría que preguntarse es por qué en España no logra arraigar el movimiento de ideas que con tanto tesón representaron Feijoo, Moratín, Luzán o Jovellanos. Hubo siempre una resistencia natural hacia el racionalismo, un nunca vencido motín de Esquilache que se resistía a la conversión.

Hay un hecho curioso que merecería más estudio y reflexión porque es profundamente revelador. El concepto que sirve de base y de inspiración al pensamiento revolucionario en Occidente es el que deriva de la visión del buen salvaje y que halla su expresión formal en la *Utopía* de Tomás Moro. El mito utópico, que va a desatar todo el inmenso y no acabado proceso de la revolución en Occidente, nace de una imagen del descubrimiento de América. Es la carta de Colón

de 1493, que se difunde rápidamente, y luego las publicaciones de los italianos venidos a España: Vespucci y Pedro Mártir de Anglería, los que crean la visión de un estado natural de felicidad en los salvajes americanos. El mito del buen salvaje está en la base de la visiones críticas y utópicas de la sociedad europea, que van desde Moro, Erasmo, Montaigne y Bacon hasta Rousseau y los enciclopedistas franceses, los autores de la declaración de los derechos del hombre y la revolución igualitaria de los socialistas, a partir de Saint-Simon y de Marx. Este pensamiento no penetra en España sino tardíamente y por influencia francesa e inglesa. Esta reveladora peculiaridad debe estar influida por el hecho singular de que eran precisamente los españoles los que tenían más directamente conocimiento del indio americano y que sobre él poseían una experiencia real que no podía ser sustituida por imágenes literarias. Después de la carta de Colón el testimonio de los conquistadores españoles fue profundamente negativo sobre el indio americano. Llegaron hasta dudar de que fueran seres racionales y se requirió la Bula de Paulo III para afirmar que se trataba de hombres. El cronista Oviedo refleja esta imagen que nada tiene en común con la del «buen salvaje» de los franceses. Para combatir esa idea arraigada y repetida de la «bestialidad» de los indios y de su incapacidad para asimilarse a la cultura española, con todas las consecuencias de maltratos e injusticia que tenía que ocasionar, se alzó precisamente la voz de Las Casas y de Vitoria.

La visión del «buen salvaje» fue extranjera, en el más literal sentido para España, y sólo llegó en el bagaje de las nociones de la Ilustración. Toda una experiencia existencial la negaba. Esto llega hasta el significativo extremo de que el Obispo Zumárraga de México y el fraile Vasco de Quiroga, lectores convencidos de la *Utopía* de Moro, cuando se proponen llevar a la práctica las ideas del libro, lo ensayan como la realización de un modelo intelectual elaborado por un europeo y no como la preservación y mantenimiento de una sociedad real hallada en tierra americana. El caso de las «reducciones» de los jesuitas en el Paraguay fue similar. No se trató nunca de aislar y de conservar una sociedad existente entre los nativos, sino de crear, por medio de la coerción y la disciplina impuestas desde arriba, una sociedad ideal tomada de una ideología europea.

Cuando en su heroica y tenaz lucha por la justicia Fray Bartolomé de Las Casas propone a la corona suprimir la institución de la Encomienda, que no era sino una forma de reconocimiento de que el in-

dio no podía manejarse por sí solo, entre quienes se oponen aparecen no sólo conquistadores y hombres de presa sino seres tan venerables y justicieros como el fraile Motolinía, el «fray pobreza» de los indios, y el propio Vasco de Quiroga. Los hospitales-pueblos, inspirados en la *Utopía* de Moro, no consistían en devolver su libertad al indio para que restableciera sus formas sociales precolombinas sino en la creación de un orden estricto y artificial que debía corresponder a un modelo ideal de justicia. Podríase, con alguna simplificación pero sin gran desacato a la verdad, decir que la concepción utópica, de la que nace el pensamiento revolucionario moderno y que es una consecuencia de la visión del «buen salvaje», no surge en España sino que llega tardíamente como afrancesamiento, porque los españoles tenían del indio una experiencia secular que no les dada base para una concepción utópica y literaria.

La peculiaridad de la situación española dentro de Occidente se revela en esta reiterada divergencia de España con los modelos de la Europa del Norte. Es lo que Américo Castro llama «la manera española de existir» y que, según él, «fue el resultado del entrelace de los cristianos, los moros y los judíos en la Península Ibérica desde el siglo VIII hasta fines del XV». Añade más aún el gran investigador y revelador de las peculiaridades de la cultura hispánica cuando afirma que «el orgullo, los prejuicios y un confuso sentido de los valores impiden reconocer que los españoles no fueron un pueblo completamente occidental».

No es sólo el racionalismo y el *criticismo* del pensamiento del Norte el que llega a España tardío y foráneo, como llegan sus correlatos y consecuencias, el capitalismos financiero y la revolución industrial.

Tampoco el romanticismo español corresponde al de Alemania, Inglaterra o Francia. Careció, por circunstancias propias, del aspecto de revuelta contra el rígido modelo neoclásico que había predominado desde el siglo XVII. Cuando los románticos alemanes se lanzan a luchar contra los modelos y la preceptiva neoclásica encuentran, precisamente, en la comedia española del Siglo de Oro una fuente inagotable de inspiración. Calderón, Lope y Tirso se convierten en grandes precursores del romanticismo europeo. El héroe romántico por excelencia, Don Juan, está tomado de la literatura española. La vieja comedia española, apasionada, violenta, popular y sin respeto por las unidades neoclásicas, nunca había desaparecido de España. Moratín y los afrancesados del siglo XVIII llegaron a juzgar necesa-

rio que se las prohibiera por disposición del Gobierno. No tenían los españoles neoclasicismo contra el cual lanzarse en la violenta rebelión de sus contemporáneos alemanes o ingleses. Tampoco tenían un pasado muerto que revivir. El romanticismo español careció de estos fundamentales aspectos y fue tan sólo una tardía y superficial imitación de modelos extranjeros traídos por los emigrados políticos de principios del siglo XIX.

Esta situación no podía ser diferente en la América Latina, tan estrechamente vinculada con la metrópoli. Andrés Bello recordaba que en su adolescencia, en la Caracas de 1800, compraba en ediciones baratas las comedias del Siglo de Oro español.

La realidad es que la América Latina es culturalmente, como lo dice Paz, un «polo de Occidente», evidentemente «excéntrico» en el sentido en que no corresponde exactamente con el movimiento y las características de un centro o modelo determinado.

La peculiaridad española dentro de Occidente se mantiene y complica en la América Latina por otros y poderosos ingredientes históricos y geográficos. Estamos más lejos, habitamos otro espacio y muy posiblemente otro tiempo histórico y somos, y lo hemos sido por mucho tiempo, uno de los escenarios más activos en el planeta del encuentro de culturas y de mestizaje cultural. En este sentido podemos ostentar una marcada peculiaridad con respecto al Occidente europeo. Para encontrar el equivalente de un hombre como el Inca Garcilaso o como Rubén Darío, grandes mestizos culturales, tendríamos que remontarnos en Europa a los comienzos de la Edad Media, como también para hallar el equivalente de la arquitectura barroca americana.

En este sentido de peculiaridad el mundo hispánico coincide, en muchos aspectos, con el mundo eslavo, igualmente excéntrico por referencia a los modelos ingleses o franceses.

No es Rusia tampoco un país genuinamente occidental, sino un escenario de mezcla y de encuentro. Tampoco tuvo Renacimiento a la italiana o a la inglesa, ni siglo XVIII a la francesa. Las cosas ocurrieron allí a la rusa, y es ésa su riqueza. Podría también decirse de ellos que no tuvieron un gran pensamiento crítico original ni crearon un movimiento intelectual propio. El gran proceso creador de la literatura rusa, el que pasa por Puchkin, Gogol, Tolstoi, Dostoyevski y Chejov, no corresponde a nada europeo, ni al romanticismo alemán, ni al realismo francés. Habría que recordar la impresión de extrañeza

y hasta de barbarie que hizo la literatura rusa cuando comenzó a ser traducida, en la segunda mitad del siglo XIX, en Occidente. El traductor francés de *Vogue* se creyó obligado a suprimir y dulcificar muchas partes de aquellos extraños libros que podían repugnar u ofender al gusto francés.

Tampoco hubo, junto a esa poderosa y original literatura, un movimiento crítico importante u original. Bastaría recordar que, tan tarde como en 1825, Puchkin deploraba que Rusia no tuviera un solo libro de crítica. La visión mística y apocalíptica del mundo siguió siendo poderosa y el arraigo hacia el eslavismo oponía resistencias y deformaciones a la occidentalización. Hasta las doctrinas científicas traídas de Occidente revistieron otro significado y carácter. Berdiaeff habla de lo que llama el aspecto religioso de las teorías científicas en Rusia.

Esa peculiaridad rusa, que es el reflejo del rico y contrastado encuentro de lo occidental, con lo eslavo, con lo bizantino y con lo asiático, no se expresó en ningún nuevo sistema de pensamiento sino en la originalidad extraordinaria de la literatura rusa que sorprendió a Europa. Fue por medio de su creación literaria que el mundo ruso halló su expresión propia, la de su peculiaridad inconfundible.

El caso de la América Latina no difiere mucho. También somos una zona de encuentro de culturas y de tiempos históricos. La tan caracterizada y peculiar manera de la cultura occidental que se desarrolló en España durante la Edad Media fue la que llegó al nuevo continente para entrar en estrecho, nuevo y poderoso contacto con las civilizaciones indígenas, con el testimonio viviente de las culturas negras llevadas por los esclavos africanos y para crear un hecho cultural y social nuevo dentro de aquella extremidad de Occidente. Esa originalidad de situación es la que se ha revelado, igualmente, en la presencia de la literatura hispanoamericana, como un fenómeno nuevo y diferente, en el ámbito de las grandes lenguas occidentales.

Cierto es que la América Latina no ha creado una filosofía o un pensamiento original. La creación de pensamiento original ha sido por lo demás escasa en el mundo. Con la herencia de Aristóteles y de los griegos vivió Occidente por mil quinientos años. Santo Tomás es uno de sus hijos más tardíos. Hay que esperar a Descartes y a Spinoza para tener una nueva concepción que, a su vez, va a durar en sus derivaciones directas hasta el siglo XVIII. Es en el siglo XIX cuando se producen las grandes rupturas y éstas brotan muy localizadamen-

te en reducidos invernaderos especializados de los grandes centros de cultura de algunas universidades alemanas, francesas e inglesas. Eran el producto de una convergencia, decantación y concentración de pensamiento en laboratorios de especulación muy sensibles. Sin embargo, en todo el tiempo que va desde Hegel hasta nosotros apenas ha producido Occidente tres o cuatro nuevas vías filosóficas. La rebelión vital de Kierkegaard, la herejía de Marx, la ruptura de Nietzsche, y la fenomenología de Husserl. Valdría la pena preguntarse si la actitud mental, las condiciones y las facilidades para producir esas nuevas concepciones llegaron a estar circunscritas a esos recintos de pensamiento supersaturados que se dieron en unas determinadas disciplinas, en unos determinados lugares y en alguna determinada lengua, cuya estructura y sentido semántico la hacía particularmente apta para expresar la oscuridad metafísica y ontológica.

Todo ese pensamiento, en una u otra forma, llega a la América Latina. Mejor dicho llega en una forma peculiar, determinada por las características del hecho hispanoamericano. Llega adoptado y trasladado a otro tiempo histórico, a otra circunstancia humana y también a otro lenguaje. Adquiere lo que, utilizando la frase de Berdiaeff, podríamos llamar «el aspecto hispanoamericano de las doctrinas científicas». En esto también el poderoso fenómeno del mestizaje influye. El racionalismo que penetra en la América Latina no es el mismo que se propaga en Francia e Inglaterra en el siglo XVIII. Cambia de tono, de significación y hasta de contenido. Habría que estudiar más a fondo este significativo hecho de la modificación del pensamiento al cambiar el medio cultural. El racionalismo que toman los hispanoamericanos se mezcla y se tiñe con los rezagos de la escolástica, que ha quedado de una tradición de tres siglos, y se mezcla con el sentimiento romántico, que llega casi junto con él. Valdría la pena estudiar la suerte del concepto de razón en el mundo de «la gana». Ese racionalismo a la hispanoamericana se convierte en una actitud crítica y agresiva contra el viejo orden. Va a constituir el fermento de donde brotarán las ideas de la época de la Independencia. Esa mezcla es visible en un hombre tan local como Fernández de Lizardi y aparece igualmente en la expresión de hombres de visión más universal como Bolívar y Bello.

A mero título de ejemplo de esta condición peculiar de mestizaje podríamos citar el caso revelador de Fray Servando Teresa de Mier. El inquieto fraile mexicano va a recibir con entusiasmo las ideas de

la Ilustración, pero las va a mezclar con la más extraordinaria combinación de factores históricos y míticos. Va a sostener que el cristianismo llegó a América traído por el apóstol Santo Tomás y que el recuerdo prodigioso de esa milagrosa visita se transformó en el mito de Quetzalcóatl, la serpiente emplumada. Semejante mezcla de tiempos y de creencias no se daba en la mente de un monje medieval sino en la de un inquieto buscador de verdades que se creía un hijo de la Ilustración.

El caso no fue diferente, más tarde, con la tardía llegada del positivismo. El positivismo a la hispanoamericana, que tanta influencia iba a tener en la segunda mitad del siglo XIX en todo el continente, tiene poco que ver con la concepción de Comte, de Taine o de Spencer. En Hispanoamerica se convierte en un arma de lucha contra los liberales.

El caso posterior del marxismo es parecido. El marxismo, con su inherente necesidad de convertirse en política activa, se mestiza, se hace religioso y llega a adquirir formas irreconocibles. El edificio que levantó Marx en la Europa protoindustrial del siglo XIX, que Lenin y Stalin rusificaron, sufre alteraciones, añadidos y adaptaciones tan grandes como las que la arquitectura europea experimentó al trasladarse a las altas mesetas y a las muchedumbres mestizas de los Andes y de México.

Si no ha habido la creación en escala universal de una corriente original de pensamiento, que no hubiera podido ocurrir sino de un modo antihistórico y casi milagroso, ha existido, en cambio, la continua y activa presencia de una mentalidad crítica y reformista. La rebelión y el rechazo son actitudes constantes hispanoamericanas.

No sólo ha habido una larga tradición muy apreciable de crítica literaria desde el siglo XIX hasta nuestros días, el propio Octavio Paz es un destacado representante de ella, sino que, además, casi todo el pensamiento latinoamericano ha sido cuestionante, crítico y reformista en todas sus manifestaciones. El filósofo español José Gaos señalaba como su característica mayor que era un «pensamiento de educadores de sus pueblos». La novela hispanoamericana, desde José Mármol hasta García Márquez, sin olvidar los grandes ciclos indigenistas y de la Revolución mexicana, es una novela de protesta y de lucha contra el orden recibido. La actitud del pensamiento es similar. Desde Bello y Sarmiento se prosigue la larga y brillante lista que incluye a Hostos, a Martí, a Justo Sierra, a Ingenieros, a Montal-

vo, a Rodó, a Mariátegui. Es una continua y generalizada actitud de insurgencia. Se quiere, en alguna forma efectiva e inmediata, cambiar o reformar el presente. Para ello se invocan principios o doctrinas, recientes o viejas, venidas de fuera, pero se las mezcla con la mitología local y la realidad existencial.

Casi podría decirse, y es revelador, que más que un pensamiento crítico al estilo de Europa es una predicación misionera. La actitud de llevar una verdad de salvación que hay que propagar. Verdad que también sufre tantas alteraciones y adaptaciones como la sufrió la evangelización cristiana que practicaron los primeros misioneros españoles en la tierra americana. Hay también un mestizaje de la ideología, que no se diferencia del que se manifestó coetáneamente en la literatura y, además, casi por los mismos hombres. La distinción entre el hombre de pensamiento y el hombre de acción se hizo tenue. La mayor parte de los pensadores de la América Latina fueron, en una u otra forma, insurgentes. Más que en el libro su prédica se hizo en el periódico y en el planfleto, como guías o como sostenedores de la insurrección y el cambio contra el orden establecido. La dualidad es visible en los casos más insignes. En Bolívar es indistinguible el pensamiento de la acción. El mensaje de Angostura es el programa de la lucha militar y política. El caso es dramáticamente conmovedor en Martí, aquel ser de ideas, convicciones morales e intelectuales y poesía, que pasa, casi sin transición, de la prédica a la lucha armada. No puede entenderse a Sarmiento sino a la luz de esa condición tan característica. No es un Fichte que escribe discursos a la nación argentina. No es tampoco un divulgador fiel de ideas europeas. Es un hombre que conoce a fondo la condición argentina de su tiempo y que se siente inconteniblemente movido a cambiarla. Es en el mejor sentido y *avant la lettre* un militante y un escritor *engagé*. Si quisiéramos proseguirla y traerla hasta nuestros días la lista sería tan larga como la de los escritores hispanoamericanos. En grado variable, pero siempre presente esa condición de pensamiento para la acción está en todos: poetas, novelistas y ensayistas. Cuando García Moreno cae, Montalvo exclama con sincero y romántico alarde: «Lo mató mi pluma». En Bello es evidente la presencia de un programa de transformación social y cultural que aparece en sus grandes odas americanas. El caso de Neruda es demasiado reciente para tener que recordarlo.

No se creó una ideología nueva o una escuela de pensamiento en

la América Latina, pero ha habido una calidad, un matiz y una manera hispanoamericana de tomar y adaptar las grandes corrientes del pensamiento de Occidente, no como cosa extraña y hasta exótica, sino como parte de la herencia histórica y para incorporarla dándole un color y hasta un contenido criollo. El liberalismo hispanoamericano está lejos de ser una mera reproducción del liberalismo europeo. Estanislao Rondón, uno de los agitadores liberales de la Venezuela del siglo XIX, podía lanzar este grito que hubiera sido inconcebible en la boca de un europeo liberal del 30 o del 48: «La Federación es santa, celestial, divina».

Es tal vez necesario no sólo que hagamos con criterio histórico y social el estudio del destino y caracterización de las ideologías o del mestizaje ideológico en la América Latina, sino también que estudiemos la peculiaridad que reviste el movimiento del pensamiento entre nosotros. No podríamos tener, y sería totalmente antihistórico que la esperáramos, la posibilidad de una creación kantiana, hegeliana o marxista entre nosotros, pero en cambio ha habido y merece ser mejor conocida y comprendida la peculiaridad latinoamericana del pensamiento de Occidente que se ha manifestado, como lo hizo entre los rusos, más original y poderosamente en la literatura de creación, en la novela o en la poesía, que en la elucubración filosófica o crítica.

Es en este sentido revelador el estudio del movimiento modernista que agita y transforma las letras de la América Latina entre 1880 y 1914. Hasta dónde en la poesía de Rubén Darío hay presencia y mezcla de elementos del simbolismo francés, del romanticismo español, de la poesía popular tradicional de Nicaragua, de ecos rítmicos de Edgar Poe y del romancero español. Sería un verdadero rompecabezas para un profesor de literatura europeo colocar dentro de sus clasificaciones usuales a ese extraño pájaro tropical que esa Darío.

No puede entenderse y no tiene otra significación más verdadera la literatura hispanoamericana que la de ser la más valedera y profunda manifestación de la crisis de conciencia que caracteriza al hispanoamericano. Situado en una de las fronteras espirituales, culturales y geográficas de Occidente, en presencia de un nuevo escenario, de una nueva relación del hombre con el espacio y casi con el tiempo, distintas de las que la literatura y el pensamiento europeos han expresado a lo largo de los siglos, en la confluencia pugnaz y creadora de tres culturas y de varios tiempos históricos, el hispanoamericano, en grado variable y con matices que distinguen al hombre de

las mesetas altas, del de las Antillas o del estuario del Plata, al heredero de la colonización española al de la portuguesa, ha sido y es, básicamente, un hombre en no resuelta crisis de identidad.

La historia del pensamiento hispanoamericano es la historia de esa búsqueda. Pedro Henríquez Ureña hablaba de la «busca de nuestra expesión». Es cierto pero incompleto. No buscaríamos una expresión si no tuviéramos que partir de la convicción o de la intuición de que no somos ni podemos ser exactamente europeos. Lo que nos caracteriza es la mezcla de culturas y de pasados y nuestro esfuerzo inconsciente se ha propuesto no sólo buscar un equilibrio difícil entre ellos sino averiguar finalmente lo que somos. Al *Quijote* y a la *Celestina* no podremos nunca sentirlos nuestros en la forma en que los siente un castellano, porque simultáneamente el drama del Inca Garcilaso y el folklore negro también son nuestros, en una forma en que no los puede sentir un castellano, pero que tampoco es la del africano o la del indio precolombino. Nuestra manera de leer a Bernal Díaz no puede ser nunca la de un español.

La cuestión verdadera no consiste en preguntarse si la literatura de la América Latina es o no moderna, lo cual implica una comparación con un modelo más o menos arbitrario y ajeno, constituido generalmente por la última literatura que hacen en Londres, en París o en Nueva York, sino la de preguntarnos si es o no hispanoamericana, si expresa o no la peculiar y única circunstancia del hombre hispanoamericano y su situación histórica y cultural.

Si la narrativa hispanoamericana ha alcanzado en los años recientes tanto aplauso en el mundo occidental se debe, precisamente, no a que sea moderna en el sentido del *nouveau roman* francés o de cualquiera otra experiencia de los grandes centros, sino a que presenta la poderosa originalidad de una situación que no se puede equiparar a ninguna otra.

Somos y no podemos ser otra cosa que hispanoamericanos. Aun en los momentos en que nuestros grandes artistas han pretendido o creído ser otra cosa, como en el momento del «modernismo» o en el de la novela social, lo que hizo su valor propio y les dio individualidad y carácter fue lo que tenían de hispanoamericanos. La distancia que va de Rubén Darío a Verlaine o de Pablo Neruda a Aragon no es sino la distancia de esta diferencia de condición y de situación.

Somos hispanoamericanos y es esto y no otra cosa lo que nos da dignidad, valor y presencia ante el mundo.

Tiempo de Indias

Cristóbal Colón era un hombre del Renacimiento. Pertenecía por la mente y por el estilo, por las preocupaciones y por los valores al *Quatrocento* italiano. Era un contemporáneo del Marsilio Ficino, de Leon Battista Alberti, de Brunelleschi y de Masaccio. Hernán Cortés también era un hombre del Renacimiento. Había estado en la Salamanca de Nebrija, algo debió haberle llegado de Erasmo. El que ciertamente no era un hombre del Renacimiento era Motecushoma, ni tampoco Cuauchtémoc, ni menos aún los taínos y caribes de la Española. Tampoco los negros que comenzaron a llegar a las Antillas cuando Leonardo trabajaba para Ludovico el Moro. Pertenecían a otra historia.

Este hecho simple y evidente es la base misma de la peculiaridad cultural del llamado Nuevo Mundo. No fue América el resultado del traslado mecánico de una época histórica de Occidente, sino el conflictivo fruto del encuentro de tres culturas, de tres tiempos, de tres mentalidades. Y, seguramente, esto mismo significa mucho reducir y simplificar, porque los indios de la Conquista correspondían a muchos grados diferentes de nivel social y cultural, los negros no menos y hasta los mismos europeos encarnaban la inagotable variedad

que el tiempo y el lugar imponen sobre el fenómeno cultural. Decir que Colón y Cortés eran hijos del mismo fenómeno cultural es obviamente antihistórico.

No podemos decir que ambos representaban el mismo fenómeno, ni siquiera la misma hora del mundo, si es que el mundo ha tenido alguna vez una hora única. El Renacimiento se extendió y se manifestó por Europa con velocidades, alcances y características diferentes. No fue lo mimso el de Italia, que el de Flandes o el de Francia. Y menos aún el de España. Colón y Cortés venían de dos localizaciones, dos momentos y dos realidades distintas del vasto cambio que se estaba operando en la escena europea desde muchos años antes del nacimiento de ambos. Colón era un genovés, hombre de puerto y aventura marinera. La recién rescatada ciencia antigua debió atraer su imaginación. Andaba por la frontera de los cosmógrafos y los profetas. Cortés era un extremeño de tierra adentro, nacido en la guerra contra el moro. El Renacimiento que llega a la Salamanca de Cortés fue más atenuado. Algo le dijo la puerta plateresca de la Universidad, algo debió oír de la escandalosa crónica italiana de los Borja, algo de Platón, algo de la nueva filosofía y sobre todo la gran noticia del Descubrimiento.

Los españoles, o algunos de ellos, trajeron a la nueva tierra un posible eco, ciertos testimonios y consecuencias del gran fenómeno histórico que empezaba a sacudir el Viejo Mundo. Cierta arquitectura, nada de Lutero, algún eco de modelos italianos.

Es obvio, pero habría que repetirlo para romper el dominio nefasto de las simplificaciones deformadoras, que no hubo Renacimiento en Indias, aun cuando el Nuevo Mundo formó parte importante del complejo histórico europeo que llamamos con ese nombre. Esto no revela otra cosa sino el hecho poco estudiado y evaluado, frecuentemente entrevisto y lleno de significaciones y consecuencias que es, básicamente, la diferencia del tiempo histórico entre los dos mundos y las tres culturas.

La peculiaridad asombrosa del espacio americano fue advertida desde el primer momento. En las cartas de relación, en las primeras crónicas aparece el pasmo y el desacomodo ante las nuevas formas y las descomunales dimensiones del paisaje. Hubo una violenta ruptura de la ancestral relación del europeo con el espacio natural. Todas las relaciones del individuo con el contorno fueron alteradas. Nuevos animales, nuevas plantas, nuevas dimensiones de los hechos geo-

gráficos: mares, ríos, montes, llanuras, nuevos climas, nuevos fenómenos meteorológicos, nuevas estrellas. Las lluvias tropicales, el huracán, las inundaciones, la modificación o desaparición de las estaciones.

Debió ser profundo el desajuste psicológico ocasionado por la alteración brutal de la relación del individuo con el espacio y la circunstancia. La psiquiatría existencial puede hallar un amplio campo de estudio en las perturbaciones psicológicas provocadas por el desplazamiento en los conquistadores. Una relación ancestral quedó profundamente alterada.

El cambio de marco y de circunstancia trajo también un cambio de tiempo. La noción misma del tiempo no era igual en el indio y en el negro que en el español. No se medían el día, ni el año, ni la hora de igual manera. «Contaban los meses por lunas», nos recueda el Inca Garcilaso sobre los habitantes del Perú. Una noción diferente del tiempo, la ausencia de memoria escrita, la visión misma del mundo casi intemporal y mágica, debieron alterar la percepción europea del presente, el futuro y el pasado.

Los historiadores han señalado que la llegada de la Edad Moderna significó en todo Occidente una aceleración del tiempo y de la vida. La existencia de todos se hizo mucho más activa, comenzó la obsesión del reloj, el atareo y el ajetreo transformaron las ciudades. Había que ir de prisa. A la simbólica y lenta Danza de la Muerte medieval sucedió una frenética danza de la vida. Se multiplicaron los viajes, los desplazamientos, las operaciones comerciales a distancia, la movilidad social y el afán de la celeridad. En Indias, al contrario, terminado el ímpetu de la conquista y del sometimiento, el tiempo pareció detenerse. Pasaban años sin que llegara un barco de España, las distancias eran inmensas y pocos se aventuraban a cruzarlas, había que esperar por meses y años el resultado de cualquier gestión ante la Corte, las noticias envejecían en el viaje trasatlántico y transcontinental. Se seguía acatando al rey muerto mientras el nuevo rey llevaba tiempo en el trono. De una epidemia a otra, de un desembarco de corsarios a otro, del nacimiento de un príncipe a otro, de un Día de Santiago a otro, transcurrían los más lentos y monótonos días de un año o de una década. Se vivía en el aislamiento, en la incomunicación de las estancias, en la soledad de los pueblos, protegido contra el espacio y el tiempo. La noticia de la victoria ultramarina recibida hoy ya podía estar anulada por una derrota todavía no conocida.

Al final del imperio Humboldt pudo llegar hasta los asientos de las misiones jesuitas del Orinoco. Las novedades que le pidieron se limitaban a averiguar si el rey estaba en Aranjuez o si el turco se mantenía tranquilo. Era una situación casi intemporal. El tiempo parecía tan inabarcable como el espacio.

Este distinto *tempo* del acaecer tuvo su reflejo inevitable en la psicología, en el trato, en las costumbres, en la noción del destino y de la contemporaneidad.

Las gacetas no aparecieron sino muy tardíamente. Las crónicas se referían al pasado remoto, el presente y el pasado inmediato no parecían dignos ni del comentario ni de la escritura. Los más de los libros eran de devoción o de historia religiosa. Las vidas de santos no pertenecían ni al medio, ni la tiempo de la vida de los criollos. El rito religioso era inmutable. Las formas y los usos cambiaban muy lentamente. La etiqueta de los Austria duró hasta muy entrados los Borbones. El rey lejano parecía ser siempre el mismo y, en cierta forma, eterno. Su misma firma: «Yo el rey», era impersonal e intemporal.

No hubo contemporaneidad con Europa. Los grandes sucesos y transformaciones de la vida occidental no se reflejaron sino tardía y limitadamente en América. La reforma luterana no tuvo eco, tan poco significó Lepanto como la pérdida de la Invencible Armada. Algunos aspectos estéticos del Renacimiento, del «manierismo», del barroco, o del gusto de la contrarreforma, perduraron y se mezclaron, sin sucederse.

En no pocos aspectos hubo hasta cierta regresión. No sólo atrasaba el reloj americano con respecto a la hora de España sino que parecía retroceder. La España que llega es la de Garcilaso, de la *Historia de Mariana*, de la novela picaresca y de la poesía épica a la moda de Italia, la de la comedia de Lope de Vega. En América, por contraste, se regresa a la crónica medieval, al romance antiguo, al auto sacramental.

El afrancesamiento borbónico, a partir del siglo XVIII, llega tardíamente y en una forma atenuada. Combates ideológicos tan significativos como el que desemboca en la expulsión y disolución de la Compañía de Jesús, bajo Carlos III, alcanza a las Indias como una inexplicable arbitrariedad policial. La crisis intelectual que la precedió no tuvo eco en América.

El hecho de que el acaecer llegara como información tardía hacía imposible la participación. Donde ocurrían cosas era en la Corte o

en la Europa luterana, en una lejanía ajena y en un tiempo que ya fatalmente era pasado.

Esto ayuda a explicar la muy aparente pasividad de la vida criolla. Se vivía con retraso, se estaba siempre en un ayer que podía haber sido sobrepasado en la metrópoli. El pasado y el presente se mezclaban. La misma evolución de la lengua es un buen ejemplo. El castellano de América fue siempre y continúa siendo mucho más arcaico y conservador que el de España. Ls innovaciones que se introdujeron en la metrópoli, a partir de los siglos XVII y XVIII, llegaron en poca medida o no llegaron a arraigar. Aún hoy, en el lenguaje hablado de América, se mantienen vivas voces viejas que han desaparecido en España. La instancia más significativa es posiblemente la del rechazo de la segunda persona del plural. En la América Hispana se dice *ustedes* y no *vosotros*. Es decir, se mantiene vivo el *vuestras mercedes* del siglo XVI con todo lo que significa de diferencia en la noción de relación y de distancia. Es, ciertamente, otro tiempo histórico el que sigue vivo en esa tenaz sustitución de la tercera persona del plural por la segunda.

La desaparición del *vosotros* y del *vuestro* del lenguaje viviente establece una distancia entre interlocutores tan grande, para decirlo en los términos de los manuales de gramática, como la que separa a la persona con quien se habla, de la persona de la que se habla. Ese *ustedes* y ese *suyo* establecen una distancia sin transición entre el *tú* de la familiaridad y el *usted* de la reverencia. Los filólogos podrán explicarnos los tiempos y las circunstancias en que esta importante diferenciación tan significativa se introdujo entre el español de España y el de América, pero será sin duda una explicación incompleta. Están presentes en ella aspectos psicológicos y existenciales y formas de situación histórica para los que todavía no tenemos investigación satisfactoria. Hay una situación distinta de la relación entre hombres y de su traducción al lenguaje vivo.

Ese tiempo no es solamente retrasado con respecto al coetáneo de España sino distinto. Es un tiempo histórico compuesto de otras experiencias y de otras presencias. No sólo la de hechos nuevos y distancias nuevas, sino la de formas de relación diferentes. La expresión *«una jornada«* no podía significar lo mismo para el peninsular que para el indiano. En una jornada en la península se iba de un pueblo a otro o se realizaba la faena de un día. En una jornada se iba en las Indias de una soledad a otra soledad, los días y los esfuerzos se po-

dían hacerse en el espacio sin término. Mucho significan en este aspecto las curiosas graduaciones del lenguaje hablado sobre el tiempo. Expresiones como «ahorita mismo», «ahorita», en lugar de ahora, revelan una noción elástica de la marcha del tiempo.

Esta larga desadaptación y readaptación del hombre y del medio que caracterizó a la América colonial fue tan notable que dio pie para todas las peregrinas teorías y explicaciones pseudo-científicas que, sobre todo en el siglo XVIII, utilizaron los europeos para explicar las diferencias de la vida americana y la europea. Se hablaba de un continente que no había madurado todavía, que guardaba con exceso la humedad primigenia, donde la vida animal no alcanzaba su pleno desarrollo. La ausencia de los grandes mamíferos como el hipopótamo o el elefante, la del caballo y las bestias de carga, y la abundancia de sirenios, anfibios, serpientes y lagartos hizo creer en la existencia de un clima donde la vida no lograba madurar. Esto lo dijeron y lo afirmaron seriamente Raynal, de Pauw y hasta Buffon. Todavía se puede adivinar un eco de esta visión en el calificativo de «continente del Tercer Día de la Creación» que Keyserling le dio a la América Latina con ocasión de su rápido y superficial viaje.

Los físicos y los metafísicos nos han revelado hoy que no hay estricta contemporaneidad entre dos puntos en la esfera. Los etnógrafos e historiadores culturales también nos han hablado de los retrasos y alteraciones que sufren las culturas en su trasplante a otros medios humanos y geográficos, pero siempre parecieron hacerlo con un criterio pasivo. Era algo que había venido de otra parte y que al trasplantarse había perdido su ritmo vital ordinario. El caso americano es más complejo y rico en contenido. No se trata de conocer la suerte que sufrieron el español y su cultura trasplantados al Nuevo Mundo, sino del complejo y todavía mal conocido proceso de creación del Nuevo Mundo.

Se creó un hecho social e histórico nuevo que introdujo alteraciones y tensiones dentro de los valores y conceptos aportados por el español, el indio y el negro. Una modificación profunda que no sólo se reflejó en las formas externas de vida y sucesos, de alimentos y trato, de ocupación y situación, sino también en una distinta dimensión y sentido del tiempo.

Los marinos de la carabela capitana se turnaban celosamente para no retardarse en voltear la ampolla de la hora. «Buena es la que va, mejor es la que viene», cantaban para dar fe de su vigilancia. Pero,

fatalmente, ya no era el tiempo de España el que medían. Era uno nuevo y diferente que se iba formando en el nuevo espacio y la nueva circunstancia.

El hecho cultural básico de la existencia de la América Latina es la confluencia, a partir del siglo XVI, de las tres corrientes de cultura, extrañas entre sí, que allí convergen para iniciar un complejo proceso de interpenetración, mezcla y adaptación. Tres corrientes de distinto volumen, fuerza y extensión. La española, que es la dominante y que establece la lengua, la creencia, el tono, la dirección superior y el modelo, y luego, en grado variable según las horas y los lugares, la india y la negra.

Entre otras muchas cosas, cada una de ellas aportaba un concepto del tiempo, una noción o, como dicen los filósofos, una apercepción del tiempo.

El español del siglo XVI comenzaba a salir del tiempo medieval y a entrar en la concepción lineal y finalista del tiempo del Occidente moderno. El indio tenía una sensación cíclica del tiempo, un tiempo ajeno y superpuesto que se repetía tras periódicas catástrofes. El negro, por su parte, como lo reflejan sus lenguas nativas, no tenía una noción clara del futuro y mezclaba las nociones de tiempo y lugar. Un especialista de las culturas africanas (John S. Mbiti, *African religions and philosophy*) dice: «El futuro está virtualmente ausente porque los sucesos colocados en él no han tenido lugar, no han sido realizados y por lo tanto no constituyen tiempo».

Se produjo una especie de desfasamiento de las tres culturas con respecto al tiempo. El tiempo que comenzaba a acelerarse y hacerse autónomo en las nuevas condiciones urbanas, mercantiles y monetarias de la España de la hora, regresa en América a un ritmo rural y eclesiástico. Son las cosechas, las labores y las fiestas de iglesia las que lo determinan. Es un tiempo medido por repiques de campanas y no por relojes. Sería curioso investigar cuándo llegan los primeros relojes públicos a las Indias. Para el indio y el negro el desajuste es equivalente o mayor. La sucesión de los días y las tareas, impuestos por el español, va a alterar sus viejos hábitos sociales y mentales.

Es a partir de esa confluencia y encuentro de culturas que comienza a formarse ese tiempo distinto de América, que tampoco llega a ser igual en toda ella y que podría marcar diferencias apreciables en la medida en que, localmente, predomina una u otra de las culturas.

Esa misma peculiaridad aparece en la memoria del pasado. Son tres pasados los que se mezclan. El Inca Garcilaso nos cuenta cómo en su casa del Cuzco vivía en medio de las dos memorias y las dos cronologías diferentes. Cómo pasaba de oír la Historia Sagrada y la crónica de los reyes de Castilla, en las habitaciones de su padre, el capitán Garcilaso, a oír el recuento de la dinastía de los Incas, sus creencias y sus costumbres, en quechua, en el ala de la casa que ocupaba su madre, la Ñusta Isabel. Dos versiones distintas del tiempo y del pasado se mezclaron en su mente y en su sensibilidad. No menos poderosa fue la influencia del negro. En gran parte de la América, durante el período colonial, las ayas de los niños criollos fueron esclavas negras. Eran analfabetas y conocían sólo superficialmente la cultura de sus amos, en cambio, guardaban vivo en cantos, ritmos, consejas y voces su viva herencia oral africana. Hubo una extensa y poderosa pedagogía negra, que debió transmitir a la conciencia criolla muchos de sus valores mágicos.

De este modo la herencia viva de los tres pasados llegaba a superponerse. Con la oración castellana se aprendía el conjuro negro. Tres historias vivas estaban presentes en las tres culturas, pero que forzosamente al mezclarse, el resultado no correspondía exactamente a ninguna de las tres. Por herencia y escuela se recibía el poderoso legado de la Edad Media europea, pero se estaba en presencia de la realidad indígena y del testimonio del negro. Con los ángeles de la iglesia entraban los demonios africanos y los semidioses indígenas.

No es la menor de las características del hispanoamericano esta presencia contradictoria de lealtades opuestas. Los mexicanos recibían la historia de Carlos V, la de la Conquista de Granada, o el *romancero del Cid*, pero al mismo tiempo sentían como herencia viva la tragedia de Cuauchtémoc. El conquistador, el indio y el negro siguen combatiendo en el alma del criollo.

Los primeros misioneros tropezaron pronto con la dificultad insuperable de traducir los textos cristianos del español a las lenguas indígenas. Fue literalmente una tarea imposible. No correspondían las voces de una cultura americana a los conceptos de una relegión judaico-mediterránea. Nociones como la de la Encarnación, la Trinidad, la Eucaristía, el suplicio de Cristo, no sólo no hallaban equivalente lingüístico sino tampoco cuadro conceptual equivalente. El caso del negro no fue distinto, sólo que no hubo problema de traducción, se le impuso externamente un vocabulario y una creencia.

Hubo un tiempo de Indias y, en buena parte, sigue habiendo un tiempo americano distinto del de Europa. Es fácil advertir esto en las grandes figuras culturales del mundo latinoamericano. ¿A qué época pertenece un hombre como Andrés Bello? Es un neoclásico o es un romántico, o es una mezcla de ambos y algo más. El mismo, anacrónicamente o americanamente, se creía llamado a resucitar la empresa de Virgilio. El caso de Sarmiento no es diferente. No encaja en ninguna de las clasificaciones o tendnecias europeas de su tiempo y un libro como *Facundo* resulta incalificable a la luz de las preceptivas de su tiempo.

Rubén Darío es el ejemplo perfecto de este fenómeno de tiempos y sensibilidades mezclados y distintos. Simultáneamente se sentía español, indio, hombre del siglo XVIII francés, y «muy antiguo y muy moderno y audaz cosmopolita». Para un profesor francés de literatura estaba literalmente fuera del tiempo, de todo tiempo, porque en rigor no pertenecía a ninguno específicamente. Era un producto y un ejemplo insigne del tiempo americano.

América resulta así un caso extraordinario de diacronía viviente. Convergen y se mezclan en ella, desde el siglo XVI, tres distintos y ricos tiempos, tres tradiciones, tres historias, tres mentalidades.

El tiempo americano, producto de la mezcla y del desfasamiento histórico y espacial, no comienza sino a partir de la Conquista. Es un drama que no se inicia sino cuando se reúnen los tres protagonistas. Antes de esa hora las tres historias discurren separadas y distantes, por cauces diferentes.

Cuando se produce el difícil y dramático encuentro, en el nuevo escenario, comienza el tiempo del Nuevo Mundo.

¿EXISTE AMÉRICA LATINA?

¿EXISTE la América Latina? ¿Existe un hombre latinoamericano? ¿Existe una condición latinoamericana? ¿Existe una situación, a partir de la cual podamos presentarnos ante el mundo y dialogar con el mundo? Esta preocupación es vieja, es ardua y ha atormentado el alma de los hispanoamericanos, por tres o cuatro siglos, desde toda la historia, desde el primer momento de la conquista.

Toda la historia de América Latina ha sido una historia de toma de conciencia, de definición de posiciones, una búsqueda hacia afuera y hacia adentro y esta búsqueda ha sido muchas veces frustrante y ha sido difícil y los resultados no han dejado de ser muchas veces contradictorios. De modo que si algo podría caracterizar al latinoamericano en el escenario del mundo, es esa situación un poco hamletiana de estarse preguntando todo el tiempo: ¿Quién soy? ¿Qué soy? ¿Qué puedo hacer? ¿Cuíl es mi situación frente a toda esa gente que me rodea?

Esa interrogante, esa especie de angustia ontológica, ha condicionado la situación hispanoamericana y es precisamente una de sus raíces. ¿Por qué preguntamos tanto qué somos? Es curioso, esa pregunta no se la hacen los africanos, no se la hacen los asiáticos —por lo

menos en el grado angustioso en que nos la hacemos nosotros—, no se la hacen los americanos del norte. Todos ellos parecen estar seguros de lo que son. Tener un adquirido básico desde el cual contemplan el mundo y comercian con él. Nosotros estamos constantemente revisando ese piso sobre el que estamos y poniéndolo en duda y descubriéndolo.

De modo que esta característica complica el problema. Yo pienso que nos ha hecho mucho daño y nos sigue haciendo mucho daño la carga de visión foránea que ponemos sobre lo nuestro. No quiero con esto decir que debamos aislarnos de la ciencia mundial o de las doctrinas universales. Pero sí pienso que habría que hacer un gran esfuerzo para lanzar sobre este mundo, que llamamos la América Latina, una mirada lo más desprevenida posible, en el buen sentido de la palabra, lo más cándida posible, para llegar a mirar lo que es más difícil de mirar, que es lo obvio. Lo obvio es lo que no vemos nunca. Lo obvio es lo que no percibimos casi, porque lo que percibimos es lo extraño, porque lo que percibimos es lo inusitado, porque lo que percibimos es lo anómalo.

De modo que ese esfuerzo por vernos, creo que es el primero que tendríamos que hacer. Y mucho me complació haber oído ayer en las exposiciones de muchos de mis ilustres antecesores en este sitio, una especie de deseo de regresar a una contemplación de lo latinoamericano, descargándose y olvidándose un poco de lo que hemos aprendido en Europa o en otras partes, para tratar de que la América Latina nos diga ella misma su ser, nos revele su entraña, nos diga qué es finalmente, a través de toda esa manifestación.

Yo diría que la primera originalidad de la América Latina y el primer síntoma de esa originalidad es precisamente el estarse interrogando sobre lo que es. Si la América Latina no fuera sino una prolongación de España, no habría interrogación. Si la América Latina fuera simplemente la continuación de las civilizaciones indígenas, tampoco la habría. Pero es precisamente porque no es ninguna de estas cosas y que al mismo tiempo es parte de esas cosas y parte esencial de todas esas cosas, por lo que ella se busca a sí misma, porque hay una diferencia sensible y actuante que la separa de todas estas otras manifestaciones próximas.

De modo que esa misma angustia, podría yo decir, es la primera prueba de su originalidad. Esa noción se tuvo desde el comienzo con una palabra que el doctor Mayz enfocó varias veces, muy atinadamen-

te, la noción del Nuevo Mundo. Yo creo que la noción del Nuevo Mundo es una noción ambivalente y que tiene dos vertientes que valdría la pena ver. Desde luego hay la noción del Nuevo Mundo, para decirlo en el castellano de los conquistadores, en el sentido de tierra nuevamente descubierta o nuevamente conocida. Fue una novedad el encuentro de América, una novedad casual, fue sorprendente en mil sentidos, y por lo tanto, fue una impresión de novedad. El primero que le dio el nombre de Nuevo Mundo fue un italiano, Américo Vespuccio, que fue el primero que usó la palabra *Mundus Novus* de la cual vinieron todos estos derivados.

Pero es que si nosotros vemos la Historia Universal, como la debemos ver, y sobre todo la Historia de Occidente en su complejidad, en 1492, o si ustedes quieren, para no encerrarnos tanto en una fecha, en todo el siglo XVI nace un Nuevo Mundo, pero nace en escala universal. Porque no es que solamente se encontró América, sino que el encuentro con América determinó un viraje y un cambio del Mundo. No es un mero azar que eso que llamamos la Edad Moderna arranque precisamente de esa fecha. Es una época de profunda transformación de la civilización occidental. Es una época de cambio a fondo de la situación del hombre y de su concepto sobre sí mismo, de los valores con los que había vivido en toda la Edad Media y en la Antigüedad, y en ese cambio y en ese reajuste, que es el comienzo de un nuevo mundo, de un nuevo mundo en escala mundial, está el ingrediente americano de un modo muy preciso y muy poderoso.

De modo que nosotros, no solamente fuimos nueva tierra, tierra nuevamente hallada, como decían los viejos cronistas, sino que fuimos el punto de partida de una nueva época del mundo, nueva época en la que estamos viviendo y que no ha terminado su parábola y está lejos de terminarla y en la cual hemos intervenido por acción o por omisión, voluntaria o involuntariamente y en la cual ahora tenemos que intervenir más voluntariamente y más conscientemente que nunca. De modo que esa noción del Nuevo Mundo está doblemente vinculada al hecho americano.

La primera cuestión que habría que ver de esa originalidad es la dificultad que tenemos de incorporarnos a ninguna de las familias a las que pretendemos pertenecer y a las que pertenecemos en parte. Uno de los hombres que primero vio esto fue el propio Bolívar. Recuerden ustedes, en el discurso de Angostura, y ya antes lo había dicho en la Carta de Jamaica, dice de un modo muy claro: «no somos

europeos, no somos indios», y añade una frase muy hermosa y muy significativa, dice: «constituimos una especie de pequeño género humano aparte». El se daba cuenta de la originalidad de nuestra situación, de que no éramos unos europeos como los europeos y que tampoco éramos unos indígenas americanos como los indígenas americanos verdaderos. De modo que ya desde el comienzo había ese hecho que no sabíamos muy claramente en qué consistía.

La primera cosa que habría que ver en esta revista de hechos obvios, y les pido a ustedes perdón porque voy a insistir en hechos obvios, porque creo que son los importantes, es que el mundo americano, particularmente lo que llamamos la América Latina, fue el escenario de un inmenso encuentro de culturas, como no se ha dado en la Historia Universal desde la creación de Occidente. Ese es un punto que no hay que olvidar. Semejante proceso de encuentro, de acomodamiento, de pugna, de desnaturalización, de recreación de corrientes culturales, no se dio en la escala en que se dio en América Latina, sino en la formación de Occidente, es decir en la Alta Edad Media, a raíz de la disolución del imperio romano. En esa dimensión no se ha dado en ninguna otra parte.

Ese encuentro consiste primordialmente en la confluencia en América, de un modo accidental, de tres culturas fundamentales. La primera es la que representaba el español del siglo XVI, el castellano que vino a América. Un hombre muy tipificado, que representaba un matiz muy definido de la cultura occidental y ese matiz se reflejaba y se traducía en una actitud ante la vida, en una concepción del mundo, en una actitud para entender su misión, en una concepción social, guerrera, militante, señorial, con una concepción religiosa y en una visión de una estructura y de un porvenir y una situación del hombre muy tipificadas que pertenecían en gran escala a la cultura occidental, pero tenían un matiz muy peculiar dentro de ella.

Y ese hombre que llega a América, se va a encontrar allí con unas razas y con unas culturas con las cuales él no había tenido ningún contacto. El español que llega a América viene con la visión de que simplemente ha encontrado un espacio que llenar y que va a reproducir lo que dejó. Va a crear una nueva España, va a crear una nueva Castilla, una nueva Andalucía. Ahí están los nombres, las toponimias que nos lo revelan y, sin embargo, lo que les salió fue otra cosa. No podía salir una nueva España, ni una nueva Andalucía, ni una nueva

Toledo, ni una nueva Castilla. Lo que salió fue el hecho americano, que era un hecho profundamente distinto.

Ahora este mismo hombre, ese español que salió de España y vino a América, no vino de una manera similar a como fue el hombre a la luna, metido en una cápsula preservativa de contaminación que le conservaba una atmósfera propia. Ese hombre vino a sumergirse en un caldo de encuentros, de influencias y de comercio en el sentido latino de la palabra, que tuvo que afectarlo profundamente. Ese hombre sufrió, en primer término, un extrañamiento, un extrañamiento que no ha sido bien estudiado.

Cuando uno lee el testimonio de los viejos cronistas, cuando uno lee las Cartas de Relación de Cortés, cuando uno lee a Bernal Díaz o a Sahagún, lo que encuentra allí es la sensación de extrañamiento, de la gente que ha sido sacada de su medio tradicional y proyectada dramáticamente en un medio para el cual no estaba preparada y que no podía entender. Eso trajo desajustes y ya hablaremos de eso. Trajo consecuencias y trajo una sensación muy peculiar de la condición vital de ese hombre que había llegado.

Ese hombre cambió de inmediato y tan cambió que comenzó por no ser semejante a los españoles que habían quedado en España. Allí mismo surgió el nombre de indiano, de perulero, todos los nombres que se le dieron al español que había venido a América, y que regresaba a España, porque ya no era el mismo español, como tampoco era igual el español recién llegado al que ya tenía tiempo en América o al que ya había nacido en América y por eso los nombres de chapetón, de gachupín, los nombres que se le dieron a los españoles recién llegados en toda América para señalar esa diferencia y esa distinción.

Ese español que llega no cae en un vacío; se encuentra con los indígenas, con toda una escala de civilizaciones indígenas. No había lengua en la cual entenderse. No lo digo yo en el sentido material de la palabra de entender un idioma, digo que lo que significaban las palabras indígenas no era lo que significaban las palabras españolas. No había traducción posible. Eran representantes de dos mundos totalmente diferentes. De dos mundos que muy superficialmente podrían acercarse. Así como el español llegó y tuvo que cambiar de todo, desde la vivienda hasta el traje, desde la alimentación hasta los usos y costumbres de la vida, desde la estructura de la casa hasta la formación de la familia, así también ocurrió en su contacto con el

indígena. Tuvo que nombrar frutas que desconocía, plantas que nunca había visto, relaciones sociales que para él eran nuevas. Y el indígena, a su vez, entró de pronto a recibir el impacto de un volumen, de un conjunto de usos, de costumbres, de ideas, de valores, que le eran totalmente extraños y que lo afectaron profundamente.

Al día siguiente del descubrimiento de América, irremediablemente, el español ya no pudo seguir siendo el mismo que era, pero el indio americano tampoco. No hubo regreso para ninguno de los dos. Se marcaron, se influyeron, se desnaturalizaron, se modificaron mutuamente de un modo profundo. Ese hecho ya por sí solo debía introducir un elemento de novedad y de cambio con respecto a lo que era el mundo español o a lo que había sido el mundo indígena antes de la llegada del español.

Pero es que muy pronto aparece un tercer personaje que es el negro. Sabemos muy poco del negro en América. Lo hemos estudiado muy superficialmente. Nosotros tenemos una idea bastante europea de lo que fue el encuentro en el terriotio americano. Pensamos que llegó el europeo, que llegó el español y que se encontró con el indígena y combatió con él y lo sometió, lo esclavizó y que luego trajo al negro africano y lo puso a trabajar como esclavo para aliviarse. Es decir, como si en la presencia y en los encuentros humanos, se tratara de una mezcla de líquidos inertes. No, no eran líquidos inertes. Eran seres que actuaban dramáticamente los unos en los otros y se modificaban tratando. No hay modo de estar en presencia de otro ser humano sin que ese ser humano nos modifique a nosotros y nosotros lo modifiquemos a él en alguna forma, y mucho más en una inmersión de esta magnitud.

De modo que el negro, a quien siempre hemos visto muy marginalmente y de quien pensamos que no tuvo ningún papel cultural o muy remoto y pequeño, que dejó algunos bailes y algunas consejas, pero que estaba completamente segregado de la sociedad colonial, aparece metido en la tarea rural o en la servidumbre doméstica, sin contacto con el mundo del criollo blanco, ni con las castas superiores de la vida colonial. Esto es falso. Hay un elemento, por ejemplo, que deberíamos estudiar a fondo y que yo creo que merecía que le dedicaran mucho tiempo sociólogos y psicólogos y es lo que yo llamaría la pedagogía mágica que el hispanoamericano recibió durante más de tres siglos.

En toda Hispanoamérica, desde el norte hasta el sur, en una edad

que hoy sabemos que es la más importante del hombre, la que va de 0 a 5 años de edad, los hispanoamericanos, y particularmente los de clase alta, tuvieron por ayas esclavas negras. ¿Qué le transmitió esa esclava negra a ese niño en esos cinco años de profunda receptividad? No le transmitió solamente cantares y ritmos que ya tenían importancia, y consejas africanas, le transmitió una visión mágica del mundo, sin duda alguna. Una visión mágica que no tenía el español y no la podía tener. Una visión mágica que sí tenía el indio, pero de otra manera.

De modo que esa pedagogía que estuvo en el fondo del alma americana y que está en el fondo de ella, ha tenido una raíz y una explicación y es un aporte del negro a esa función pedagógica que no le hemos reconocido, a la que no le hemos dado su importancia. Un hombre como Simón Bolívar tuvo una pedagogía negra importantísima en su vida. La relación materna de Bolívar no fue con doña María Antonia, que murió cuando él era muy niño y que por lo demás tenía las escasas relaciones que una señora rica de la colonia tenía con sus hijos que estaban confiados a las esclavas. La madre de Bolívar, en el sentido del contacto, de la alimentación espiritual y de la formación, fue una esclava negra, fue la negra Hipólita, y Bolívar lo reconocía, sentía la deuda que tenía con ella, de tal modo que cuando regresa a Caracas, en 1827, después de la Campaña del Perú y entra triunfalmente, entre la gente que estaba hacinada esperándolo, estaba la negra Hipólita. Bolívar desmontó y la fue a abrazar, porque para él era su madre. Esa influencia no ha sido estudiada, y desde luego es un elemento de diferenciación profundo.

Hay otro aspecto que es muy importante y es el elemento espacial. Nosotros no nos damos cuenta de lo que significó para el español y aun para el negro, aunque en menor grado, el cambio de escenario geográfico.

Ese cambio de escenario geográfico lo vemos y lo percibimos en los cronistas de Indias. El primer cambio desde luego fue la dimensión. Hombres que nunca habían visto un río más grande que el Guadalquivir, desembocaron en el Amazonas, en el Plata, en el Orinoco, en el Magdalena. Hombres que nunca habían visto una montaña más alta que los Pirineos, se encontraron con el Aconcagua, con la Cordillera Blanca del Perú, con las murallas de nieves más gigantescas y más altas que el mundo conoce fuera de Asia. Las llanura, las selvas inmensas inagotables, el espacio geográfico, en una dimensión que

ellos no conocían y la presencia de una naturaleza activa y agresiva que tampoco existía para ellos.

Ya he dicho mucho y lo han dicho los críticos literarios, que la literatura hispanoamericana se caracterizaba y todavía se caracteriza en buena parte, por la presencia de la naturaleza. Fue en gran parte una literatura, la narrativa y la poética, hecha en torno a la presencia de la naturaleza, al hombre ante la naturaleza, al combate del hombre con la naturaleza y esto constituía un elemento de originalidad desde el punto de vista español, y es explicable, porque en España, en la literatura española, la naturaleza casi no se encuentra. Uno podría buscar en el *Quijote* las páginas de descripción de la naturaleza y yo no me atrevo a decir una cifra, pero no deben pasar de unas 5 o 6. ¿Por qué? Porque la naturaleza no tenía ninguna importancia para Cervantes, era un hecho obvio que estaba allí.

Como decía una vez Jorge Luis Borges, hablando de las cosas obvias, decía él que en el Corán no se nombra a los camellos una sola vez, porque para el árabe son una cosa tan obvia que no hay que nombrarla. Pero cualquier turista que desembarca en un país de Oriente, lo pirmero que describe es al camello porque, claro, para él, es una novedad.

Así pasa con la naturaleza. La naturaleza para el español no tiene ninguna importancia, una naturaleza domesticada, reducida, de pequeña escala, con la cual él mantenía una relación de dominio, pero cuando eso se altera y llega a América es la naturaleza la que domina, es él el que está a la defensiva, es él el que se encuentra frente a ríos gigantescos, a animales desconocidos, a selvas impenetrables, a montañas como no había visto jamás, a un régimen de lluvias diluviales, que tampoco había conocido.

De modo que la naturaleza le crea un espacio geográfico y aquí es donde yo digo que habría que estudiar eso que se llamaría el efecto psicológico del extrañamiento, no solamente el extrañamiento por el medio humano nuevo, sino por el medio geográfico y el espacio nuevo.

Hoy en día existe toda una escuela de psicoanálisis existencial que trata de explicar el que buena parte de nuestra salud mental, de eso que llamamos el ajuste del ser, está en unas ciertas relaciones estables que nosotros creamos con nuestro rededor humano y con nuestro rededor físico, es decir, las distancias que recorremos normalmente, la altura de los montes, la dimensión de las casas y de las calles,

la gente que vemos diariamente. Pero que si eso se altera y cambia de un modo brusco, nos desajustamos. Se produce un desajuste muy curioso.

Se ha hablado mucho de la locura de los conquistadores, de los casos de locura criminal, tipos como Lope de Aguirre. Es muy posible que si Lope de Aguirre se hubiera quedado en España nunca hubiera hecho nada de lo que hizo en América, nunca hubiera entrado en aquel drama de locura criminal deslumbrante y aterradora y que el caso de Lope de Aguirre se repite en Pedrarias Dávila, se repite en miles de casos.

¿Por qué estos hombres de pronto se desnaturalizaban y hombres que en España habáan estado dentro de una costumbre o dentro de un ritmo de vida, de pronto se convertían en terribles personajes, cometían insensateces que nos parecen hoy día temeridades de valor y que nos parecen al mismo tiempo excesos de crueldad o de violencia inauditos?

Posiblemente el psicoanálisis existencial nos podría revelar que esos hombres venían de sufrir uno de los más grandes procesos de extrañamiento, de enajenación que un ser humano haya experimentado nunca; que era el desplazamiento súbito, total y completo del medio humano y del medio y escenario físico en el cual se había movido. Eso tuvo que tener unas reacciones profundas en su actitud ante el mundo, en su actitud ante la vida. Y sobre eso, sabemos muy poco y nos imaginamos que los conquistadores eran unos turistas que venían viendo cosas extrañas y que las anotaban y que no les alteraba nada. Que regresaban con su billete de la Agencia Cook, o de la agencia que tenían los Reyes Católicos de España.

Hay otro aspecto, fuera del encuentro humano y del espacio físico, y tengo que pasar muy rápido sobre estas cosas porque desgraciadamente no hago sino un catálogo, que es el del tiempo. Hay un tiempo americano; no podría haber ocurrido un desplazamiento geográfico, del marco geográfico y del marco humano de esa magnitud y del espacio sin que la noción del tiempo cambiara. La han observado mucho, muchas veces en la historia literaria y fuera de la historia literaria y en muchas manifestaciones en el arte. El descubrimiento de América produce en la cultura occidental transplantada un rezago, un retraso. Yo diría más que un retraso, una vuelta al pasado, porque no es que se estanca ni que regresa.

Vean ustedes esto por ejemplo, que es muy curioso. Cuando los

españoles se establecen realmente en América y empieza la obra de la colonización hacia el siglo XVI y XVII, es el momento en que la literatura española entra en pleno Renacimiento, es la hora en que se produce *La Celestina* y la novela picaresca y se produce la comedia española, la gran novedad del teatro español.

Nada de eso llega a América. Es la hora en que se intenta la historia al estilo latino o renacentista que hace Mariana. Nada de eso viene a América. ¿Qué pasa en América? Todo lo contrario. América regresa a la crónica, en lugar de la historia a la romana. América regresa al romancero y a la poesía narrativa que pertenecían a la Edad Media española y no eran contemporáneos. América regresa al auto sacramental y no a la comedia, y la novela no entra en América, entra la descripción. Entra la descripción corográfica y humana, pero no entra la novela y es muy curioso, porque el más grande novelista español, después de Cervantes, en el siglo XVI, viene a América. Mateo Alemán, el autor de *Guzmán de Alfarache* vivió en México los años finales de su vida y escribió una gramática. ¿Por qué se calla Mateo Alemán, que era el más grande novelista español, después de Cervantes, en su tiempo? ¿Por qué no hay una novela americana hasta el siglo XIX? ¿Por qué se regresa a formas tan olvidades en el tiempo, tan anacrónicas, si ustedes quieren, que más que anacrónicas? Es que pertenecen a otro tiempo, como las crónicas que estaban muertas en España, desde la Edad Media; como la poesía narrativa.

Luego existen en esta noción del tiempo otros aspectos que son importantes. Yo pienso que habría que hacer algún análisis a estas cosas. Una de ellas es, desde luego, cómo la América Latina, cuando queda abandonada a su suerte por primera vez, es decir, en la Independencia, y cuando intenta adoptar instituciones venidas de afuera, una república a la francesa o a la americana, un parlamentarismo a la inglesa, un Derecho Civil europeo, en el momento en que intenta eso y que eso fracasa, la América Latina regresa a formas políticas que no tenían nada que ver con la contemporaneidad europea y occidental. Produce la única creación política original que ha dado la América Latina que es el caudillismo rural. Salen los caudillos, no estoy hablando de los dictadores sino de los caudillos; los caudillos del tipo de Rosas, del tipo de Páez, del tipo del más reciente que hemos tenido aquí en Venezuela, Juan Vicente Gómez, que eran hombres representativos de un medio, que correspondían a una noción

de la autoridad, profundamente anclados en esa tradición mágica y en esa tradición histórica.

De modo que cuando fracasa el modelo importado, el mundo americano da torpemente, pero de una manera genuina sin duda alguna, una respuesta y la da en el caudillo. El caudillo hispanoamericano habría que estudiarlo como manifestación y revelación del ser hispanoamericano; como se manifiesta políticamente en ese fenómeno y que es un regreso porque ese fenómeno no lo encontramos en España, ni en Europa, sino posiblemente ya hacia el siglo XII o hacia el siglo XIII, cuando empieza a desintegrarse el feudalismo, cuando aparecen las formas finales de la behetría medieval y eso es lo que resucita en América.

Existen otros casos muy curiosos, que yo creo que vale la pena pensar, de ese anacronismo o anticronismo, no sabría yo cómo llamarlo, por ejemplo: ¿por qué no pasa a América la segunda persona del plural? La segunda persona del plural entra al castellano más o menos en el siglo XVIII. Es una de las herencias borbónicas y del afrancesamiento español, pero no llega a América. En América se queda el tratamiento en la tercera persona del plural. No hay un hispanoamericano, a menos que sea un gramático trasnochado o algún purista sin sentido, que diga vosotros. Cuando lo dice, lo dice de una espantosa manera falsa. No es un mero juego el tratamiento que le damos al otro, establece una distancia y establece un tipo de relación. No es lo mismo decirle a algunos, vosotros, que decirles ustedes. No es el empleo caprichoso de una palabra por otra, es todo un juego de relaciones que está implícito en esto. El «ustedes» es más antiguo que el «vosotros», desde luego, el Vuestras Mercedes que corrompido dio el ustedes. ¿Por qué nosotros nos quedamos con Vuestras Mercedes y seguimos con ella y no entramos al vosotros, en toda Hispanoamérica, desde México hasta la Argentina?

Y cuando llega un gran momento histórico del mundo hispanoamericano, como fue la Revolución Mexicana, un momento en el cual dio la impresión que se daba un vuelco y que afloraban hechos nuevos y que se estaba buscando las raíces y que se quería hallar una indudable veta de la autenticidad hispanoamericana; cuando se trata de narrar plásticamente ese hecho, viene un pintor mexicano, que había estado en París con los cubistas y que estaba al tanto de todas las novedades pictóricas, que es Diego Rivera ¿y qué hace Rivera? Se pone a hacer lo que habían hecho los europeos en el siglo XIII, es

decir, resucita el muralismo que era un arte muerto en Europa. Y no lo resucita por el mero capricho arqueológico, sino porque era el lenguaje que correspondía a esa situación, porque esa situación de México en esa hora pertenecía mucho más al siglo XIII que al siglo XX europeo.

De modo que todo esto configura lo que yo llamaría también un tiempo hipanoamericano. Hay un espacio, y un tiempo y hay un escenario humano distinto. Si todo esto no significa diferencia, yo no sé qué significa.

Todo esto determina lo que a mi modo de ver es el rasgo esencial, que yo me permito llamar con una palabra desacreditada, poco grata, sobre la cual han caído prejuicios de toda índole, que es la palabra mestizaje.

No me refiero al mestizaje sanguíneo o biológico, desde luego lo hubo, y lo hubo en gran escala y creo que tuvo resultados muy dignos de tomar en consideración y que han tenido una gran influencia en el mundo hispanoamericano. Pero el mestizaje más poderoso no es solamente el de la sangre, el principal mestizaje es el cultural, el que determinó todo este extrañamiento del europeo en América, el que determinó el diálogo entre las tres razas y el que determinó esa situación peculiar en la que se mezclaron cosas de uno y de otro. Ese mestizaje dio resultados inmediatos increíbles. En los casos en que había mezcla sanguínea, en los casos en que no la había, porque es bueno pensar que aun los que tengan la piel más blanca, si son hispanoamericanos, son culturalmente tan mestizos como el Inca Garcilaso.

El problema es éste. Acabo de nombrar al Inca Garcilaso de La Vega. El Inca Garcilaso, no les voy a decir a ustedes quién es, lo saben mejor que yo. Fue uno de los más grandes escritores de la lengua castellana en la época de Cervantes, que no era una época fácil. Escribió libros monumentales como *Los Comentarios Reales*. ¿Y quién era este hombre? Era el hijo de un capitán español y de una ñusta indígena. Y este hombre recibio en su educación, de una manera ejemplar, las dos vertientes, en la gran casa del Cuzco en que vivía; en un ala estaba su madre con los parientes que habían pertenecido a la Corte del último emperador inca, Atahualpa, y en la otra estaba el capitán Garcilaso con sus frailes y sus soldados hablando español. De modo que en un lado estaba el mundo incaico, el quechua con sus tradiciones vivas, y en el otro estaba el mundo castellano, y el niño atravesaba

el patio y pasaba de un mundo al otro. Pero los dos mundos estaban en él. Y cuando Garcilaso, luego, empieza a escribir, hace ese libro monumental que son *Los Comentarios Reales*. Ese libro es una obra de creación literaria de primer orden. Pero es una obra única. Ese libro no lo podía escribir un indio, ni lo podía escribir un español. No lo podía escribir sino un mestizo americano, un hombre de ese tipo.

Ahora, piensen ustedes en la originalidad hispanoamericana y contesten esta pregunta: ¿Dónde está el Inca Garcilaso de la América del Norte? ¿Dónde está el Inca Garcilaso de Africa y dónde está el Inca Garcilaso de la colonización asiática? No existe, porque no hubo ese encuentro profundo, porque no hubo esa nueva creación de una situación cultural que hubo en el territorio de la América Latina.

En los otros continentes, en Africa, el colonizador se superpuso y no penetró. En Asia fue peor aún, porque la resistencia de las viejas culturas fue mucho mayor, de modo que lo occidental fue superficial, lo occidental fue en cierto modo episódico. Pero no fue la creación de un hecho nuevo cultural en su totalidad como lo fue en el mundo latinoamericano.

Eso se manifiesta en mil cosas, en la creación del barroco de Indias, que él sólo merecería un estudio muy a fondo, en el cual se combinan los elementos indígenas y los elementos españoles. Esos grandes monumentos barrocos que llenan los Andes y la meseta mexicana, donde hay alguna de las obras arquitectónicas más extraordinarias del mundo, no hubiesen podido darse en Europa, ni tienen nada que ver directamente como consecuencia de la arquitectura indígena. Es la creación de un mestizaje que se da igualmente en la literatura, que se da igualmente en la plástica y que es la revelación de la presencia de esos actores que entran en contacto y en conjunción.

Si vemos la historia de la literatura hispanoamericana, voy a pasar muy por sobre esto, tocándolo, vean ustedes, que cuando la literatura hispanoamericana da una nota original en escala mundial, la da sobre la cuerda del mestizaje. ¿Qué es el Modernismo? ¿Qué es Rubén Darío? Rubén Darío es uno de los más extraordinarios casos de mestizaje cultural que el mundo haya conocido. En Rubén Darío se mezcla todo: lo más viejo de España, la tradición indígena, los ecos del negro, la situación del hombre de la América Central, las influencias que él creía tener de Europa, él podía creer buenamente que era un poeta simbolista francés; no era verdad. Y eso da la nota original

del Modernismo, que no se parece a lo que se hacía en España y no tiene nada que ver con eso, ni el simbolismo francés, ni es por lo tanto indígena, ni mucho menos negro, pero que es la expresión genial de un hombre que estaba en una situación latinoamericana profunda.

Cuando las letras hispanoamericanas dan una primera nota de valor universal, lo dan sobre esta nota, y si nosotros fuéramos, aquí hay quienes lo pueden hacer mucho mejor que yo, a analizar esto que llaman el «boom» literario: ¿Qué son estas novelas que han tenido tanto éxito en el mundo? ¿Qué es Asturias? ¿Qué es Carpentier? ¿Qué es el mismo Borges? ¿Qué es García Márquez? Son los productos de un delirante mestizaje cultural, que no se podía dar sino en un hispanoamericano. Y por eso son grandes escritores, y por eso el mundo entero los mira con curiosidad, porque no se parecen ni a los franceses ni a los ingleses, ni a lo que están haciendo los escritores de los otros medios culturales.

Cuando yo decía, al comienzo, que el Nuevo Mundo no era solamente el hecho de encontrar el continente americano, sino que el Nuevo Mundo era también, en buena parte, la creación de una nueva situación mundial y el comienzo de una nueva época del mundo entero, no he hecho sino apuntar algo que es cierto y que hoy en día se ha investigado a fondo. El descubrimiento de América, yo diría una palabra que es mejor todavía, la presencia americana, cambió el panorama del hombre en occidente, totalmente, lo alteró de raíz y podríamos decir, sin ninguna exageración, que cambió la historia del mundo.

Sin el descubrimiento de América la historia del mundo hubiera sido distinta. No solamente en el sentido de la expansión geográfica; en el sentido de los valores, de los conceptos y de la filosofía.

Se dice que la América contribuyó a la creación del capitalismo, como en efecto contribuyó, con el aflujo de los metales preciosos. Se trata de un capítulo conocido y estudiado cómo esto influyó en los índices de precios, cómo esto determinó el crecimiento de toda la maquinaria financiera que se había ido formando al final de la Edad Media y cómo estableció la fase de donde el capitalismo moderno arrancó.

Pero es que nosotros no podríamos concebir la Europa moderna sin la papa. Mucho más importante que los metales fue la papa. La papa fue la que permitió la Revolución Industrial y la papa fue la que

permitió las guerras napoleónicas. La población europea, la fuerza de trabajo de la que hablaba Marx y la fuerza de sangre de que hablaba Napoleón, las dio la papa, porque se acabaron las hambrunas europeas y la población pudo crecer, de modo que el don de la papa americana transformó la situación básica sobre la cual la historia europea se desarrolló a partir del siglo XVIII.

Pero hay un hecho más que es importante ver: nuestros ideólogos del siglo XIX, los fundadores de estas repúblicas, fueron ávidamente a aprender las novedades políticas y las doctrinas nuevas en los pensadores de la Enciclopedia francesa, en Montesquieu, en Rousseau, en Voltaire. Allí encontraban ellos las grandes novedades con las cuales querían crear las nuevas instituciones hispanoamericanas.

Ahora, lo que no sabían ellos, es algo que sabemos hoy en día muy claro; es que ésa era una pelota que había salido de América, cayó en Europa y de Europa rebotó y regresó a América.

Con la papa y los metales preciosos América exportó a Europa la semilla de la revolución. El pensamiento revolucionario europeo, no digo yo que no habría existido, pero habría existido quizás de otra manera radicalmente distinta y muy tardíamente, sin el descubrimiento de América. El hecho fundamental del pensamiento revolucionario de Europa está en la Carta de Colón a los Reyes Católicos. La famosa Carta que Colón tiró en una copia al mar porque creía que naufragaba y no regresaba, fue el documento que cambió la conciencia europea de raíz.

Colón describe allí que ha llegado a una tierra donde hay unos hombres que no son como los europeos, que viven pacíficamente, que no tienen armas, que no tienen propiedad privada, que se aman entre sí y que son felices. Es la primera vez que aparece la idea de felicidad asociada a la sociedad humana. ¿No pensaban los europeos que el fin del hombre en la tierra era la felicidad? La Iglesia les había enseñado, desde muchos siglos, que esto era el valle de lágrimas. Por lo tanto, aquí no había que esperar felicidad ninguna; la felicidad estaba en el otro mundo. Pero esa visión de que había felicidad aquí en la tierra, esa visión la da la Carta de Colón; y esa Carta de Colón no cae en oídos sordos. Esa Carta de Colón la recoge Tomás Moro y fabrica la *Utopía*.

La *Utopía* es el libro más revolucionario que se ha producido en Europa; y luego la recoge Montaigne, y entonces de allí surge la conclusión lógica: ¿qué ha pasado?, ¿qué explica que en una parte del

mundo haya guerra, haya injusticia, haya miseria, haya una sociedad injusta y en otra parte del mundo haya una sociedad feliz, donde los hombres ignoran la guerra, donde los hombres ignoran la riqueza, donde no hay miseria, donde todos son iguales, donde todos viven en paz? Es decir, nace el mito del buen salvaje. El mito del buen salvaje es un mito americano, y de ese mito nace todo el pensamiento revolucionario europeo, porque de inmediato, de esa actitud crítica que parte de la *Utopía* de Moro, del pensamiento de Montaigne, van a retomar los pensadores racionalista del siglo XVIII una idea de la injusticia de la sociedad europea, del estado natural del hombre que es un estado de bondad, y en nombre de eso van a programar la revolución y nosotros más tardíamente vamos a ir a Europa a recoger esa fruta que partió de una semilla americana y a traerla como novedad, venida después.

De modo que no solamente influimos en hechos de importancia material tan grande como lo que significó poder crecer la población europea y el nacimiento del capitalismo que en buena parte se debió a los metales americanos, sino que todo el pensamiento que transformó el mundo y sacudió al mundo y lo sigue sacudiendo, tiene su raíz en el hecho americano, en la novedad americana, en la impresión de lo que había sido América para aquellos hombres que la vieron la primera vez.

El eco del hecho americano lo mira uno en las cosas más desprevenidas y permeó y penetró todo el pensamiento europeo y lo modificó. Yo debo confesarles a ustedes que nunca, sin cierta emoción oigo, leo o releo, parte de *La Tempestad* de Shakespeare y tropiezo con Calibán. Calibán es americano, diría más, me atrevería a decir que es casi venezolano-brasilero, porque Calibán no es sino el eco corrompido de caníbal. Caníbal es una corrupción de caribe. De modo que el nombre que le daban los europeos al indio caribe cuando llegó Colón y encontró los taínos, que vivían bajo el terror de los caribes y hablaban de esa gente que venía del sur y les cortaba la cabeza y se llamaban carina, en caribe el nombre de ellos es carina y los españoles de ahí hicieron caribe, los italianos hicieron *cambali*, mil nombres más y un día un inglés que escribía comedia, resolvió tomarlo y transformarlo en *Calibán*. Hasta allí llega el hecho, un impacto profundo, que sacudió y modificó toda la situación del hombre europeo.

Esta situación que caracteriza al hombre latinoamericano, esta si-

tuación de originalidad, de duda sobre su personalidad porque no es asimilable exactamente a ninguna de las otras de las que viene, ha tenido sus consecuencias en su expresión y en su actitud. Por ejemplo, en la literatura hispanoamericana, que es un buen testimonio de todo esto, nosotros podemos encontrar un rasgo que es importante y es que esa literatura en un grado no comparable con ninguna otra, es una literatura de servicio, que está hecha para trabajar por algo más que no es puramente la expresión literaria. Es una literatura que desde que arranca tiene un propósito o satírico o reformista o revolucionario. Es una literatura con un programa social y con un programa político implícito desde la *Amalia* de Mármol, hasta las novelas de nuestros días. En toda ella hay esa voluntad de servir, no solamente de intérprete de ese mundo oscuro, que muy claramente no se entiende, para ayudarlo a entenderse y a salir. José Gaos decía, con mucho acierto, hablando del pensamiento latinoamericano, una verdad que también Unamuno había dicho hablando de Martí. Unamuno decía de Martí que más que pensador era sentidor y en realidad tenía razón, su pensamiento tenía unas raíces que venían mucho más del sentir que del análisis racional Y Gaos decía que la literatura hispanoamericana era una literatura de educadores de sus pueblos. Constituye un rasgo muy peculiar, esa especie de misión que se cargó el intelectual latinoamericano, de explicar el ser latinoamericano para los latinoamericanos y de encaminarlos hacia lo que él creía que era la salvación y la realidad. Eso caracteriza y es una consecuencia de esa angustia ontológica y de esa posición.

Todo esto configura para la América Latina una situación única en el mundo actual. En este momento se habla de una civilización global y realmente estamos más que nunca en los prodromos, en los comienzos de una civilización global. El mundo entero está globalizado por las comunicaciones, está globalizado por los usos, está globalizado por las influencias, pero desde luego, las situaciones de sus componentes son distintas. Nosotros pertenecemos a la civilización occidental, nadie lo duda, pero pertenecemos de una manera peculiar, somos un avatar de esa civilización.

Es una situación muy distinta a como recibe la civilización occidental un japonés, porque la civilización occidental no es la civilización de los japoneses, o a como la recibe un africano, o a como la recibe un chino o un hindú. Ellos reciben la civilización occidental como un instrumento, como algo que añadir a lo que ellos son, co-

mo algo que poner de acuerdo con lo que ellos son. Nosotros no, la civilización occidental es nuestro lecho, la civilización occidental es nuestro hecho, la civilización occidental es nuestro ser. Estamos hablando una lengua romance, tenemos una herencia cultural dominantemente occidental en su parte de mayor influencia y a eso añadimos, claro, la presencia de los otros dos actores fundamentales de la creación del hombre latinoamericano. Pero eso nos diferencia radicalmente, porque no somos nosotros gente que estamos recibiendo la civilización occidental para ajustarla a una civilización distinta o con un pasado cultural ajeno, sino que dentro de la configuración de la civilización occidental representamos una provincia, configuramos una familia con una nota, una calidad y una condición diferentes a las demás familias, que son las que constituyen la Europa Occidental y los Estados Unidos y el Canadá. Dentro de esos tres grupos nosotros somos ese tercer grupo distinto, pero que pertenece a la civilización occidental.

Esa pertenencia, en este momento y en esa condición, nos da a nosotros una ventaja gigantesca: somos nosotros la única gente de la civilización occidental que está en el Tercer Mundo, somos por lo tanto, muy posiblemente, el único puente válido que hay entre el mundo occidental y el Tercer Mundo, porque somos gente de la civilización occidental, pertenecemos a ella raigalmente, pero somos gente del Tercer Mundo por todos los otros aspectos. Y estamos tan vinculados a Asia y a Africa o por lo menos, mucho más que ninguna otra porción del mundo occidental.

De modo que eso determina para nosotros una situación privilegiada, una situación que en cierto modo define casi un programa político y un programa cultural, el de representar dentro de la variedad de la familia occidental ese otro núcleo, esa otra posibilidad de apertura, que no sería después de todo, sino una consecuencia fecunda y segura de ese rasgo fundamental de nuestro carácter que es la vocación de mestizaje. De manera que no haríamos otra cosa que seguir sirviendo a esa vocación de apertura y de mestizaje.

Esto es lo que yo quería señalar, muy de pasada y muy superficialmente. Tal vez no somos el Nuevo Mundo, no lo hemos llegado a ser, pero hemos contribuido a la creación de una nueva época del mundo y en este momento estamos en una condición privilegiada para estar entre los constructores fundamentales de ese Nuevo Mundo que va a llegar finalmente y en cuya hechura nosotros tenemos un papel irremplazable que desempeñar.

CORTÉS Y LA CREACIÓN DEL NUEVO MUNDO

«¿QUÉ HAY en un nombre?», se preguntaba Shakespeare para que tres siglos más tarde Wittgenstein pudiera responderle, con igual perplejidad: «¿Cómo es posible representar un mundo no-lingüístico en términos lingüísticos?». Nada es más engañoso, cambiante y ambiguo que los nombres, siempre es oscuro lo que pretendemos expresar con un nombre y su relación con la cosa nombrada no es menos vaga. Nombrar es crear, toda la creación verbal del hombre, que es su mayor hazaña, tiene como base la virtud fecunda de ese descalco que, afortunadamente, no permite que lleguemos a saber todo lo que nombra un nombre, ni hasta dónde representa la cosa nombrada.

Buen ejemplo de ello lo constituye ese inmenso y nunca agotado hecho que hemos llamado de tantas maneras: el Descubrimiento de América, la Empresa de las Indias, el Nuevo Mundo o el encuentro creador de culturas extrañas entre sí. La novedad fue tan grande y tan inesperada que desquició y trastrocó los conceptos más aceptados y nada quedó indemne ante su súbita y creciente presencia. Nos acercamos al medio milenio de su aparición y está lejos de cerrarse el debate, la insegura definición y aquello que, ingenuamente, los primeros cronistas llamaron «la verdadera historia».

Los europeos no tenían antecedente de semejante acontecimiento, la súbita aparición de una inmensa porción de tierra y humanidad de la que nada se sabía. Se podría hacer un largo catálogo de los equívocos inevitables que surgieron en aquella insolitez. No era fácil comprender que había surgido una nueva geografía que invalidaba la antigua, ni una nueva humanidad que negaba la unidad histórica tradicional, ni una nueva manera de ser hombre en una naturaleza extraña.

El primer nombre que brotó espontáneamente fue el de Nuevo Mundo. Es el que usan Pedro Mártir y Vespucci, grandes divulgadores de la nueva. La primera visión fue la de «las islas del mar occidental recientemente descubiertas». La novedad era la del hallazgo, lo que Vespucci llamaba «L'isole novamente trovatte», pero que muy pronto comenzó a conocerse como Nuevo Mundo. Este nombre, aparentemente tan simple, estaba lleno de equívocos y ambigüedades inagotables. Pedro Mártir se refiere críticamente a «las cosas del Nuevo Mundo que en España suceden», de los europeos «idos a mundos tan apartados, tan extraños, tan lejanos» y, al referirse a la primera Misa que se cantó en el nuevo suelo, apunta «en otro Mundo, tan extraño, tan ajeno, de todo culto y religión».

Desde el primer momento del largo proceso todavía no cerrado se advierte claramente la dificultad de la asimilación conceptual y mental del insólito hecho. Toda parece diferente pero se busca desesperadamente, como una seguridad para la sobrevivencia, lo que pueda parecer familiar, conocido o semejante a lo que hasta entonces habían concocido los descubridores. Comenzaron a nombrar por aproximaciones y semejanzas. Animales, plantas, fenómenos climáticos extraños recibieron apelaciones de similitud externa que eran puras metáforas. Oían cantar el ruiseñor y creían andar en el país de las Amazonas. Sería tarea de psicólogos estudiar la significación de conjuro mágico para apaciguar temores que tenía el hecho de reproducir, en aquella tan distinta realidad física, la toponimia española.

La primera acepción del Nuevo Mundo es la que le dan quienes difunden la nueva por Europa. Es un mundo nuevo y desconocido para los europeos. Más tarde, y cada vez más acentuadamente, va a comenzar a parecer un nuevo mundo en sí, caracterizado por una situación distinta. El hecho comienza cuando se hace evidente que los españoles venidos a la nueva tierra no podrán continuar dentro

del mundo al que pertenecían antes de venir y que los indígenas tampoco podrán, nunca más, ser los mismos que eran antes.

Desde la mañana de Guanahaní hasta el inicio de la fabulosa aventura de Cortés corre un tiempo de preludio. Es un cuarto de siglo en el que comienza a tomar fisonomía propia el nuevo hecho humano y natural. Un rico preludio en el que aparecen ciertas constantes, que se repiten y amplían hasta dominar, como el «leit motiv» en la música wagneriana.

En primer término, el nuevo escenario natural. No se va a agotar durante siglos el asombro y el desacomodo de los europeos ante la naturaleza americana: las relaciones, los testimonios de toda índole, expresan ese desconcierto y esa dificultad de adaptación. No tienen nombres para las cosas pero tampoco tienen parangón para los hechos naturales. No han visto viento como el huracán, ni noche pareja al día, ni estellas del Sur, ni aquellos desmesurados ríos que llamaban mares dulces, ni aquellas gigantescas sierras nevadas inaccesibles, ni las vastas llanuras a pérdida de vista, ni el manatí que parece una sirena, ni la llama que no parece pisar suelo, ni la profusión de pájaros desconocidos, ni la inversión de las estaciones, ni el pan, ni el habla, ni la creencia de aquellos seres fuera de clasificación.

También desde el primer momento concurren los tres personajes fundamentales del drama histórico. Aquellos españoles desplazados y aventados a lo desconocido, aquellos nativos que no saben cómo nombrar y que terminarán llamando metafóricamente indios, y aquellos negros esclavizados, que vienen a hacer lo que el indio no sabía y el español no quería, el duro trabajo de los labriegos y mineros de España.

Queda mucho por decir sobre el arduo problema que constituyó la dificultad casi invencible de someter los indios antillanos a un régimen de trabajo a la europea. Literalmente pertenecían a otro mundo donde no había moneda, ni salario, ni capital, ni diferencia entre ocio y labor. Eran cazadores, recolectores, cultivadores de conuco, sin faena ni horario, sin sentido de acumulación ni de ahorro, a los que fue de toda imposibilidad transformar en «labriegos de Castilla».

También se inició allí el encuentro de los dioses. La creencia casi espontánea en deidades del trueno, la muerte y la cosecha y una religión militante, combativa, afirmada en una lucha secular contra los infieles. La presencia de España en las nuevas tierras no fue meramente una empresa imperial, precursora de las que otros pueblos occi-

dentales llevaron adelante casi hasta nuestros días. No se trataba solamente de establecer factorías, estructuras de dominio militares y políticas superpuestas, sino de un propósito abierto y confeso de conquistar la tierra y los espíritus, no para establecer una dependencia astuta y próspera sino para cambiar radicalmente lo existente y crear un hecho humano nuevo. Tan importante, y acaso más, en la mentalidad de aquellos seres, era extender el cristianismo a todos los hombres como conseguir riqueza y señorío. No era ni siquiera imaginable respetar y mantener las creencias locales, había que imponer de inmediato y por los medios más expeditivos la verdadera fe.

Por esa misma actitud surge igualmente el otro conflicto característico de aquella empresa única. La necesidad de dominar y de obtener poder y riquezas chocaba continuamente con los principios y la moral de la religión católica. Había una incompatibilidad inconciliable en la contradictoria pretensión de dominar y de evangelizar compulsivamente al mismo tiempo. Tuvo que surgir una crisis de conciencia, única en la historia del mundo. Someter a los indios y mantenerlos en la pacífica y tranquila práctica de su cultos, con la supresión de algunos ritos inaceptables, como los sacrificios humanos, hubiera sido posible. Someterlos y cambiarles al mismo tiempo su creeencia secular, parecería imposible, pero fue, sin embargo, lo que se pretendió hacer.

No tuvieron éxito en la tentativa de hacer de los indígenas «labriegos de Castilla» pero, en cambio, lo tuvieron de una manera peculiar y viviente en convertirlos a la fe católica. Lo que surgió fue una cambiante y rica forma de sincretismo religioso y cultural. Se empeñaban en hallar trazadas de coincidencias con la práctica y los símbolos del catolicismo en algunos ritos y representaciones indígenas. Se veían cruces en los monumentos mayas y aztecas y se llegó más tarde a pensar en una milagrosa predicación del Evangelio hecha por el Apóstol Santo Tomás.

La crisis de conciencia se plantea de inmediato desde los primeros sermones de los frailes misioneros. ¿Era posible conquistar con las armas cristianamente? Se estaban ganando nuevas tierras pero se podía estar perdiendo el alma. Este dilema, insoluble e insoluto, no se ha planteado nunca en tales términos a ninguna potencia conquistadora de la historia. No se planteaba evidentemente porque en las expansiones imperiales de los tiempos modernos no hubo ni motivación ni preocupación religiosa. Los colonos de Nueva Inglaterra

querían vivir con toda pureza su propia fe cristiana, pero nunca pensaron como razón principal de su empresa la de evangelizar a los indígenas. La separación entre lo que correspondía a César y lo que correspondía a Dios fue completa.

El inagotable debate, nunca concluido, que aparece desde el encuentro va a condicionar toda la acción de la Corona en las Indias, va a provocar los más apasionados y eruditos pronunciamientos, va a alcanzar su culminación en la polémica trágica de Las Casas con Sepúlveda y va a condicionar la comprensión de la historia y la mentalidad hispanoamericana de manera indeleble.

La noción del Pecado Original, de tanta consecuencia en la mentalidad cristiana, fue trasladada, con todas sus consecuencias políticas y psicológicas, al nacimiento de un inmenso ser colectivo. Las voces que alzaron Las Casas, Vitoria y tantos otros, durante siglos, no han dejado de resonar nunca en la conciencia de la identidad hispanoamericana.

La tríada, que va a dirigir el proceso de la creación del Nuevo Mundo, queda formada desde aquel primer momento: el conquistador, ėl fraile y el escribano. El conquistador, que es un hijo de sus obras que todo lo tiene en el futuro y en la voraz esperanza, el fraile que se esfuerza en afirmar el propósito intransigentemente evangelizador de la empresa, y el escribano, que personifica el Estado y su leyes. Ninguno de los tres hubiera podido actuar solo. Cada uno representaba parte esencial de una unidad de propósitos que los dominaba continuamente. El hombre que se apoderaba de la nueva tierra, el que de inmediato comenzaba a convertir a los nativos más allá de la barrera de las lenguas, de la comprensión y de la posibilidad real, y aquel otro que representaba la ley del Estado y daba forma legal y valedera a lo que de otro modo no habría pasado de simple expolio.

Una presencia real, la de un hombre que se jugaba su propio destino, y dos seres no menos heroicos, que representaban mucho más que ellos mismos, la Iglesia universal y la Corona de tantos reinos y señoríos, con su jurisprudencia, sus cortes, sus órganos de poder, sus magistrados, sus jueces, y su rey y señor.

Esa primera etapa de la Conquista define y crea las formas que va a revestir el inmenso hecho que apenas tiene allí su prodigiosa víspera. Lo que allí se hace y define va a determinar en mucho toda la acción futura. Aparecen las nuevas necesidades y las nuevas funciones. Nada hay de semejante en el pasado que ofrezca modelo. La lu-

cha secular contra los moros era una empresa de reconquista para recobrar lo que les había sido arrebatado y restituirlo a lo que imaginaban su verdadero ser. Van a resucitar viejos nombres y funciones de la frontera de combate de siete siglos. Reaparecerán los Adelantados, las formas de dominio de frontera, se crearán instituciones nuevas con viejos nombres, como la Encomienda, y se adaptará a las nuevas necesidades el viejo aparato administrativo peninsular.

Todos los que llegan tienen de inmediato la sensación de que se está en la víspera ardiente de nuevos e increíbles hallazgos. Desde Colón se ha recorrido buena parte del Caribe y se ha topado con la Tierra Firme. Continuamente salen nuevas expediciones que van revelando la dimensión inabarcable de aquel mundo alucinante. Todo parece posible, desde hallar el Paraíso Terrenal, hasta entrar en el reino de las Amazonas, alcanzar El Dorado, la Fuente de la Juventud, las montañas y los ríos de oro y los mares cuajados de perlas.

En la etapa antillana aparecen y toman forma las grandes cuestiones que van a caracterizar todo el largo proceso. El choque cultural que produce el encuentro, el problema de la asimilación de los indígenas, las dificultades de trasladar pura y simplemente el modelo europeo de producción y sociedad, la necesidad imperiosa de atender a circunstancias nuevas que deforman y desnaturalizan los propósitos y los planes, el surgimiento de varios estratos en los que la realidad mal definida y los conceptos formados en la experiencia histórica del Viejo Mundo entran en constante pugna y contradicción.

Acaso la institución que mejor refleja y representa este difícil acomodo entre dos mentalidades ante una situación inusitada es la Encomienda. No necesitaría más que remitirme a Silvio Zabala, que al través del luminoso estudio de esa institución sui-géneris ha penetrado hasta lo más profundo la peculiaridad inherente de la nueva sociedad. Dentro de esa creación heterogénea que es la Encomienda, se forma el instrumento más activo y poderoso de formación social. Es dentro de ella que se decide la pugna entre las aspiraciones señoriales de los conquistadores que aspiraban a recrear una Castilla medieval, y la voluntad regalista de la Corona que va a predominar. En los laboriosos pliegos de la encuesta que realizaron los frailes jerónimos en La Española está el acta de nacimiento del Nuevo Mundo.

En esta ilustre casa, que es como la conciencia de España, estamos congregados hoy para conmemorar el Quinto Centenario del nacimiento de Hernán Cortés, el 23 de octubre de 1485 y, con él, medio

milenio de la aparición del Nuevo Mundo, digo mal, no de la aparición sino del comienzo del inmenso proceso de la creación del Nuevo Mundo.

El culto de los héroes siempre ha tenido la negativa consecuencia de hacernos perder de vista todo lo que hay de colectivo y de anónimo en la obra de las grandes personalidades históricas. Con ojos de poeta épico más que de juglares, tendemos a mirar sus hechos como dones gratuitos de un azar prodigioso que poco le debe a lo ordinario, que brota fuera y por encima de las circunstancias, y que viene a realizar la misión, casi sobrenatural, que los demás hombres no eran capaces de intentar.

No hay cómo desconocer la condición heroica de Cortés en todas las acepciones que la palabra tiene, desde la de sobrepasar los límites aparentes de la condición humana, la de encarnar un gran momento, la de confundirse con su obra, la de reunir en su acción los dones heráldicos del león, del águila y del zorro, hasta la virtud suprema de hacer historia, crear leyenda y personificar mito.

Ese grandioso proceso que se ha llamado la Conquista de América, con un nombre que falsifica irremediablemente la cosa, no fue la obra inexplicable de un hombre y, ni siquiera, de un puñado de hombres, fue una de las mayores, si no la mayor, de las empresas colectivas que han llevado al hombre a sobrepasar su condición individual.

Todos tomaron parte, en grado variable, desde las señeras figuras de los Reyes Católicos, Doña Isabel y Don Fernando, hasta los hidalgos pobres de «rocín flaco y galgo corredor», los letrados, los teólogos, el cambiante mundo de la picardía, los campesinos, los frailes, todos los hombres ávidos de acción y de aventura a quienes la increíble noticia fue alcanzando como el eco de una campana de rebato. Se había hallado una nueva tierra, se había revelado una nueva ocasión para los hombres, había sonado la hora milagrosa en la que todos podían y querían ser los hijos de sus obras.

El Estado no había hecho planes y proyectos, sino que sobre la marcha se fue adaptando al torrente de novedades para las que no había respuesta adecuada en el arsenal de la vieja experiencia histórica.

El niño que crece en la casa del hidalgo pobre, Martín Cortés, se tiene que sentir literalmente rodeado de prodigios. Parece haberse alcanzado el largo anhelo militante de unificar a España, se ha ganado Granada, se triunfa en Nápoles, y más allá del mar océano se han

hallado tierras desconocidas. La conversación de los peregrinos, el relato impresionante de los que habían regresado o habían podido hablar con alguien que había regresado, era el vasto dominio de la conseja, de la leyenda, de las descomunales aventuras, mucho más alucinantes que las que por el mismo tiempo comenzaban a realizar, en las páginas de los escasos libros, los caballeros andantes.

Su padre ha resuelto que sea letrado. Debió conocerle condiciones de inteligencia que justificaban el costoso esfuerzo de enviarlo a una de aquellas cuatro lumbres de Occidente, que era la Universidad de Salamanca.

Llega a una casa famosa, servida por su ilustres maestros. Están allí, o han dejado su huella reciente, los más célebres teólogos, filósofos y juristas. Está vivo todavía el eco de la voz de Nebrija y su afirmación de que «la lengua es la compañera del imperio». Es también un tiempo de renovación del pensamiento entre las corrientes humanistas que vienen de Italia y la renovación de la filosofía cristiana que viene del Norte en los escritos de Erasmo. Todo revela la inminencia de un nuevo tiempo del hombre, que comprenderá desde la idea cristiana hasta las desconcertantes noticias de nuevas tierras.

Los sabios maestros de teología, metidos en sus sutiles disputas de tomistas y escotistas, nunca llegaron a sospechar que entre aquellos jóvenes que animaban con su bullicio los claustros y los patios de la venerable casa había uno que iba a ser mirado por un pueblo entero como un dios viviente.

No perdió su tiempo el joven Cortés, muchos años más tarde Bernal Díaz dirá: «Era latino y oí decir que era bachiller en leyes, y cuando hablaba con letrados u hombres latinos respondía a lo que le decían en latín. Era algo poeta: hacía coplas en metros o en prosa. Y en lo que platicaba lo decía muy apacible y con muy buena retórica».

El dilema de su tiempo se le debió plantear dramáticamente: las armas o las letras, la vida del letrado o la fascinante aventura de la guerra en Italia o en las Indias. Cuando sale de Salamanca encontrará el camino que lo ha de llevar a la realización de su gran destino. No era un camino claro, sin desvíos y sin dificultades, el que lo va a llevar desde Salamanca hasta embarcarse a principios de 1504 para llegar al Puerto de Santo Domingo.

No llega con la impaciencia de aventuras que se le supone al conquistador. Llevan 12 años los españoles en Santo Domingo. El establecimiento comienza a asentarse y a tomar una fisonomía estable.

Verá partir a Colón por última vez de regreso a España, y mientras salen audaces expediciones en busca de nuevas tierras y de la fabulosa masa continental él va a permanecer en actividades casi rutinarias de colono establecido. Recibirá tierras y repartimientos de indios, desempeñará funciones de escribano y secretario, y cultivará su tierra con buen provecho. Los hombres más famosos de la conquista desfilan ante su mirada serena. Nada parece tentarlo como no sea la segura vida del rico colono y del poderoso hombre de justicia.

En 1511 va con Diego Velásquez a establecerse en la isla de Cuba. No es un aventura sino casi un tranquilo traslado para mejorar de condición. Cultiva la amistad del obeso gobernador, se mete en líos inevitables de la pequeña comunidad expatriada, ve salir las expediciones de Hernández de Córdoba y de Grijalba en busca de la costa de Yucatán.

A fines de 1518, cuando ya lleva 14 años de próspero y respetado colono, oye la llamada del destino.

Una expedición bien pensada, sólidamente preparada, llevada adelante con un infalible criterio de empresario sagaz. Pone su riqueza, que ya es de consideración, reúne otros aportes, adquiere navíos, recluta hombres, compra materiales y armas, hasta que tiene once naves, 663 hombre, 16 caballos, arcabuces, algunos cañones de cobre y la tranquila resolución de llegar hasta el límite de las posibilidades que se le ofrecían.

La ruptura con el Gobernador Velásquez era inevitable y prevista. No iba un hombre como él a emprender aquella incomparable empresa como un simple subalterno del Gobernador de Cuba.

Desde el primer momento parece marchar en el camino de una misión claramente intuida y aceptada, va como en cumplimiento de las fatales etapas de un supremo designio. Un designio ante el que no flaquea no sólo porque cuenta con la decisión heroica de su gente, sino porque se siente asistido de un poder sobrenatural que le ha confiado el empeño insuperable de llevar la fe y la salvación a los infieles.

Aquellos hombres que venían de convivir con los indígenas de las Antillas, con tribus de cazadores y agricultores de conuco, iban a hallar ciudades que les parecerán tan grandes como las de España, con una organización completa de la sociedad y con formas de civilización urbana que nunca había visto en las Indias.

No se pueden leer los testimonios que nos han quedado de aque-

lla insólita hazaña sin advertir de inmediato el sentido sinceramente religioso que tiene para todos ellos.

Cada cambio de paisaje va a ser un cambio de cultura. El mundo de la dominación azteca no era homogéneo ni en lengua, ni en tradiciones religiosas, ni en sentido de la vida. Era el fruto de una reciente dominación política y militar sobre distintas civilizaciones ya antiguas. Es lo que van a ir aprendiendo, de asombro en asombro, a medida que avanzan y cambian de entorno. Han tenido la inmensa fortuna de topar con Aguilar y con la Malinche. A través de ellos cobra sentido y forma el confuso panorama humano que los rodea y sumerge.

Van descubriendo rápidamente la situación de aquel extenso país y sus conflictos internos, van a conocer con espanto los ritos homicidas de su religión y con admiración los refinamientos de su arte. La primera embajada que llega a Cortés es el deslumbrante anuncio de la extraña novedad humana, de su arte y de su riqueza. Van a aprender los nombres nuevos o a crearlos para tantas nuevas cosas. Van a percatarse de que se les mira como dioses, dioses del viejo panteón mexicano que han vuelto. Lo que conocemos de la impresión de los aztecas es revelador de una actitud de terror cósmico. Volvía Quetzalcóatl a cumplir la profecía, la Quinta destrucción del mundo iba a comenzar. Más allá de las realidades físicas, de las armas, los caballos, el arte de la guerra y la viruela, estaba el choque de dos espíritus. Lo que se abre de inmediato es el conflicto religioso que todo lo va a dominar y a determinar. No la guerra de los hombres, que podía encontrar muchas formas de acomodo, sino la guerra de los dioses que no admite tregua.

Es de esa guerra y no del proceso ordinario de establecimiento de un imperio colonial que surge la simiente del Nuevo Mundo. De la guerra de los dioses han surgido los nuevos mundos culturales. Así se hizo Occidente, no de la mera romanización que impusieron las legiones de César, sino de la lucha abierta del cristianismo contra las inmemoriales formas del paganismo europeo. Cierto es que no se llega a destruir nunca por completo una religión local y que ella persiste en muchas formas bajo la nueva religión impuesta. La saga de la cristianización de Occidente está llena de ejemplos de esta asimilación, por la fuerza que engendra la simbiosis básica de las viejas creencias con las nuevas. Las fuentes, los árboles y las piedras sagradas del pa-

ganismo rural se absorbieron en las nuevas formas de rito y advocación impuestos por la Iglesia.

Cuando Cortés echa a rodar brutalmente los ídolos aztecas en Cempoala, abría el cruento corte para el injerto del que iba a nacer el rasgo fundamental de un Nuevo Mundo. El rápido proceso de absorción y deformación de las viejas culturas no creó una tabla rasa para implantar la española, sino que estableció las bases de una diferente y nueva realidad cultural. Desde ese momento quedaba abierto el camino para que Juan Diego tropezara un día con la Virgen de Guadalupe, con aquella María Tonantzin que reunía en su seno la fuerza creadora de las viejas creencias para servir de base a una nueva realidad espiritual.

Apenas asegurada la dominación militar llega la otra expedición, la más ambiciosa y temeraria, la de los doce frailes franciscanos que van a acometer la impensable empresa de hacer cristiano el imperio de Moctezuma. Los atónicos aztecas vieron a Cortés, en medio de todo su aparato de conquistador victorioso, ponerse de rodillas para recibir a los doce pobrecitos de Cristo.

Ninguno de los dos mundos sobrevivirá plenamente a esa confrontación total. Uno y otro van a cambiar no sólo dentro de los límites físicos del nuevo escenario, sino mucho más allá. La incorporación de América a la geografía y a la historia universales marca el comienzo de un nuevo tiempo del hombre, de inagotable consecuencia en la vida y en el pensamiento del Viejo Mundo. De ella se alimenta aquella crisis de conciencia que va a atormentar a los pensadores europeos por siglos, desde Tomás Moro hasta Rousseau, hasta crear el mito revolucionario y transformar el destino de la humanidad.

Se conoce en todos sus detalles exaltantes y terribles la hazaña de Cortés y de sus compañeros, que en cortos años va a someter a la Corona de Castilla territorios decenas de veces más grandes que el de la Península. Lo que importa mirar ahora es el significado y las consecuencias de ese encuentro.

No se trata de un mero hecho de conquista, que tantas veces se ha dado en tantas épocas, sino de ese raro fenómeno que tiene su antecedente en el continente europeo en el tiempo que va desde la muerte de Teodosio hasta la coronación de Carlomagno. El factor decisivo en la creación de Occidente no fue la extensión política y administrativa del dominio de Roma, sino, sobre todo, la asombrosa empresa de la cristianización de los paganos.

El fenómeno se da en el Imperio español de un modo mucho más dinámico y completo. En medio siglo se completará la estructura, el carácter y las formas de integración de esa masa continental desconocida. La experiencia de México define el carácter y las peculiaridades de aquella obra única.

La marcha de Cortés a Tenochtitlán podría ser vista, casi, como la trasposición en símbolo y alegoría legendaria, de un remoto hecho histórico, como ha pasado con las sagas de los más viejos tiempos.

Todo es simbólico y reviste casi un carácter de ceremonia sagrada para representar el hecho mítico de la fundación de un pueblo. Es simbólico, a pesar de ser real, el hecho de que Cortés destruya las naves. Era la manera de expresar que aquella empresa no tenía regreso ni vuelta posible al pasado. Es profundamente simbólica aquella llegada ceremonial de los conquistadores a Tenochtitlán.

Aquel ser divinizado por todos sus vasallos, que era Moctezuma, en toda su pompa sagrada, rodeado del complicado aparato de su cultura, a la entrada de la extraña ciudad del lago, con sus calzadas y sus torres y aquel otro ser doblemente divinizado que era Corés para sus hombres y para él mismo, por la convicción suprema de venir en cumplimiento de un designio divino, y para los atónitos aztecas que lo veían como Quetzalcóatl regresado.

No tenían lengua para poder hablar directamente, no tenían nombres para designar las cosas que pertenecen a cada uno de los dos mundos. Es por aproximación, por semejanza, por deformados ecos como pueden distinguir las cosas nuevas para cada uno. Los caballos son venados gigantes, la plaza de Tenochtitlán es dos veces la de Salamanca. Con ojos asombrados Cortés y sus compañeros han visto tantas novedades increíbles, las casas, los templos, aquellas fieras, aquellas aves, aquellos peces de los palacios del soberano azteca y el maravilloso retablo del mercado de Tenochtitlán, que eran como unas síntesis viviente de la presencia de un mundo desconocido. «Por no saber poner los nombres no las expresa», le dice al Emperador en su carta.

No las expresan, pero las sienten los dos protagonistas, en la violencia de la guerra y en la oscura germinación del orden impuesto, tan estrechamente unidos, tan inminentemente mezclados, tan fundidos en uno como los luchadores en su abrazo de vida y muerte.

A partir de allí habría que comenzar a contar no por años, ni por los siglos de los cristianos, ni por las sucesivas catástrofes universa-

les de los aztecas, ni por los reinados de los príncipes, ni por los cambios de decorado, sino por las estaciones del espíritu, por las etapas del vasto drama de una nueva creación humana.

No será ya solamente México, sino las tierras del Mar del Sur, los pueblos de los Andes, de la puna, de las selvas pluviales del Amazonas y del Orinoco, de las ilimitadas llanuras, de los nuevos poblados, de las viejas urbes con sus nuevos patrones celestiales, del casi geológico acomodamiento entre fuerzas y tensiones transformadoras del paisaje humano.

Lo que comienza a surgir no va ser una Nueva España, como pudieron desearlo los conquistadores, ni tampoco va a mantenerse el México Antiguo. No va a ser ni lo uno ni lo otro, sino el vasto surgimiento de una confluencia que refleja el legado de sus forjadores, con sus conflictos y sus no resueltas contradicciones en el múltiple e inagotable proceso de mestizaje cultural americano, que ha hecho tan desgarrador y vivo el problema de su identidad.

De allí va a tomar cuerpo, en toda su asombrosa variedad, esa nueva sociedad de tan viejas herencias y tan poderosas solicitaciones de futuro, que nunca fue cabalmente las Indias, ni tampoco una geográfica América casi abstracta. Los hijos de los conquistadores, los de los indígenas, los herederos de las contrarias lealtades y las opuestas interpretaciones, los que sienten la mezcla fecunda en la sangre y sobre todo en la mente, los causahabientes de los indios, de los españoles, de los negros y de las infinitas combinaciones de cultura que se produjeron y se producen, los que sienten combatir en su espíritu los llamados conflictivos del pasado y del presente, los que nunca dejaron de sentirse en combate consigo mismos, fueron y tenían que ser los actores de una nueva situación del hombre.

De esa peculiaridad creadora vendrán el Inca Garcilaso de la Vega, Sor Juana Inés de la Cruz, Rubén Darío, «muy siglo diez y ocho y muy antiguo y muy moderno; audaz, cosmopolita», y los creadores del realismo mágico en la novela, que han llevado ante el mundo la inconfundible presencia de la otra América. Nada fue simple trasplante o inerte yuxtaposición de formas. Desde la Catedral de México y las casas del Cuzco, que revelan las capas culturales por pisos casi geológicos, hasta Brasilia. Desde la afirmación del barroco de Indias que mezcla las sensibilidades distintas en el templo y la piedra labrada y en la poesía. Desde la pintura y la escultura, que pronto comienzan a revelar otro carácter cada vez menos enteramente asimilable al

de los estilos de Europa, desde el culto y la conciencia del ser hasta el lenguaje, este castellano, tan genuino y tan propio, tan antiguo y tan nuevo, que expresa la presencia poderosa de una identidad cultural. Habría que llamar a este juicio a todos los grandes testigos de la creación y de la afirmación de ese gran hecho creador, a los fundadores, a los comuneros, a los capitantes de insurrección, a los antagonistas de la palabra y de la acción, a los libertadores, a los buscadores de un nuevo orden para aquella sociedad peculiar, a los que creyeron estar siguiendo algún modelo extranjero y se hallaron metidos en una empresa de genuina creación propia, a todos los que han sido y siguen siendo factores y creadores del mestizaje cultural.

Cuando se abre el segundo o tercer acto del gran drama de la creación del Nuevo Mundo, los hombres de la Independencia, tan cercanos de los liberales de España, toparon con el viejo enigma del propio reconocimiento. Bolívar lo sintió y lo expresó con palabras certeras que no han perdido su validez. «No somos europeos, no somos indios... somos un pequeño género humano, poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias, aunque, en cierto modo, viejo en los usos de la sociedad civil.»

A la luz de esa condición, en presencia de lo que ha sido, de lo que ha llegado a ser, de lo que está en camino de llegar a ser esta vasta parte de la geografía y de la humanidad que todavía llamamos nueva, habría que intentar una nueva lectura desprejuiciada y valiente de tan inmenso hecho.

En ninguna parte puede encontrar mejor resonancia semejante esperanza que en esta noble casa, tan ligada históricamente a esa empresa abierta, a esa fascinante posibilidad de creación de futuro. Lo que estamos conmemorando hoy aquí, al amparo de la gran lumbre de este polo de la conciencia hispánica, siete veces secular, no es sólo el nacimiento de un gran hombre, sino su contribución a ese hecho fundamental de la historia de ayer y de hoy, a esa gran realización que habremos de seguir llamando, con toda propiedad y justicia, la Creación del Nuevo Mundo.

UN JUEGO DE ESPEJOS DEFORMANTES

TODA historia, en algún grado, es una simplificación engañosa. El mero hecho de reducir complejos sucesos pasados a una visión inteligible supone deformaciones y mutilaciones inevitables, además de la inescapable limitación de que todo historiador es un hombre de un tiempo, de una ideología, de una mentalidad y de una situación determinadas, desde las cuales tiene que mirar al pasado. En cierto modo no mira al pasado sino que tiende a reducir el pasado a su mentalidad, a su manera de comprender los hombres y los hechos y a su concepción finalista de la sociedad y del destino de las colectividades. En el mayor grado de objetividad imaginable, ningún historiador ha logrado nunca escapar de su piel, es decir, de su circunstancia intelectual, de su tribu conceptual, de su filosofía de los hombres y aún más de los fines conscientes o inconscientes que asigna a la sociedad.

Si esto fuera rigurosamente inmodificable, tendríamos que desconfiar de toda historia, no sólo de la que se aleja de nuestras convicciones y perspectivas, sino aún más de aquella que parece estar de acuerdo con ellas y justificarlas.

La historia no pasa de ser, en este sentido, más que un cálculo de

posibilidades, un contraste de deformaciones que se desmienten entre sí, un rico y fascinante juego de espejos deformantes. Habría que mirar el reflejo de todos esos espejos para, a través de la suma de todas sus deformidades diferentes, poder llegar a una mejor aproximación de esa fugitiva ilusión que es el conocimiento de la realidad. Por esto, más que del pasado, toda historia parte del presente, de la posición vigente de quien la escribe y de su visión del presente. En este sentido toda historia es autobiográfica y personal.

No es ésta una fatalidad inherente a la relación de los sucesos remotos sino, también y sobre todo, de los más próximos. La manera de pensar, la ideología, las proyecciones de la actualidad y del futuro influyen en los historiadores de un modo evidente. Desde Bossuet y su historia universal a lo divino, inspirada en los profetas del Antiguo Testamento, hasta los discípulos de Marx, que es otro profeta.

Bastaría volver la mirada a un gran suceso reciente, sobre el que abundan testimonios, documentos y fuentes, como lo ha hecho François Furet con la Revolución Francesa, para percatarse de esta fatalidad inherente a toda historia. Hay muchas historias de ese inmenso suceso, diferentes, a menudo contradictorias, que más que los sucesos de hace dos siglos reflejan la mentalidad de sus autores y de su hora. Desde Michelet, pasando por Tocqueville, hasta los marxistas de nuestros días, el gran suceso parece cambiar de carácter y significación con cada autor: casi como si no hablaran del pasado sino para justificar y apoyar sus posiciones ante el presente. Todas, en mayor o menor grado, han sido histoiras de opinión.

Furet dice que «no hay interpretación histórica inocente», porque todas ellas son el reflejo de los conflictos de ideas vigentes. «Los historiadores de la Revolución Francesa proyectan hacia el pasado sus sentimientos y sus juicios», dice Furet, para señalar ese persistente fenómeno de la «contaminación del pasado por el presente».

En su sagaz examen señala el historiador francés las «contradicciones flagrantes entre la sociedad revolucionaria y el mito revolucionario». Todas terminan por ser «historias de la identidad», como la entienden sus autores.

La historia de la América Latina no es excepción de esta regla sino evidente confirmación de la misma. Muy pocas veces ha logrado acercarse a la objetividad y más que los hechos del pasado parece reflejar las preocupaciones y las opiniones del presente. Las continuas antiposiciones aparecen a todo lo largo de los siglos de formación y

desarrollo del mundo hispanoamericano y llegan a hacer inconciliables las contrarias versiones. Más que una historia ha sido un debate inacabable entre historiadores, que nunca ha llegado a resolverse ni a concluir. Ha sido una historia fundamentalmente polémica, más que la historia de un pueblo ha sido la de una disputa y una confrontación que siguen vigentes.

Se abre con la gran polémica, que en mitad del siglo XVI sostienen Las Casas y Sepúlveda y que, en lo esencial, sigue abierta todavía. Las dos grandes figuras contrapuestas personifican los dos criterios extremos sobre la conquista. Las Casas que la condena apasionadamente parece reducirla casi a las horribles proporciones de un crimen colectivo, condenable desde todos los puntos de vista, y Sepúlveda, que no solamente la justifica en nombre de las enseñanzas del Evangelio y de los filósofos de la Antigüedad, sino que la convierte en un ejemplo resplandeciente de la guerra justa. Ambos son extremistas llenos de pasión. La pasión fría en Sepúlveda y la ardiente en Las Casas, que los conduce a los extremos irreductibles de considerar a todos los indios poco menos que como bestias irracionales, o a todos los españoles como criminales sin remisión.

Ese debate, bajo otros términos y en otras formas, sigue abierto en nuestros días y distorsiona fatalmente la posibilidad de una historia objetiva. Quiérase que no todo historiador termina por ser reo presunto o confeso de hispanismo o de indigenismo extremos.

Es un caso arquetípico de la traslación de los valores morales a la historia, parecería que es más importante demostrar quién tenía de su parte la razón y la justicia, entre indígenas y españoles, que la necesaria comprensión de lo que realmente sucedió y de cómo se constituyó el Nuevo Mundo. De allí arranca la no desaparecida tendencia a considerar el pasado a la luz de los valores morales y conviciones políticas del presente, que llega hasta hoy, y de la que podrían citarse tantos ejemplos como hechos de importancia han ocurrido en esa historia.

El interés histórico genuino no está en saber quiénes obraban más de acuerdo con determinada razón o determinada justicia, sino en llegar a conocer y comprender cómo del choque cultural, en un extraño e inmenso escenario, entre españoles, indígenas y africanos, se formó el rico y fecundo mestizaje cultural de esa América.

La historiografía de la América Latina parece estar condicionada y determinada por dos grandes focos de distorsión, que son la Con-

quista y la Independencia. Ellos parecen definir toda su comprensión, provocar una división de las aguas de la que salen dos vertientes. De una parte los indigenistas extremos, que llegan poco menos que a condenar la formación de este Nuevo Mundo en nombre de una exaltación intransigente del pasado precolombino. En algunos casos parecieran considerar el gran hecho de esa creación cultural como una horrible desgracia o como un crimen sin término que los impide comprender y aúnmenos aceptar la nueva realidad.

De la otra, los españolizantes obtusos que siguen creyendo en la posibilidad de una presencia incontaminada y perpetua de la cultura española del siglo XVI, excluyente y dominante, sobre una masa sin voz ni presencia, condenada a imitar lo español y a olvidar un pasado enterrado, sin ninguna validez actual.

La Independencia refleja el mismo caso. Para muchos autores todavía se libra la batalla de Ayacucho, como si fueran cosa incongruente los españoles venidos a América y los nacidos en ella y como si no participaran plenamente de una misma raíz cultural y de un mismo drama histórico. Se habla de godos y patriotas como de dos especies extrañas la una a la otra y sin parentesco posible. Casi como si a principios del siglo XIX una potencia extranjera hubiera enviado sus ejércitos, al estilo napoleónico, a sojuzgar y someter a países extraños con los que nada tenía en común. Apenas hoy comenzamos a conocer la estrecha relación entre la guerra de independencia española y la hispanoamericana, la extensión a través del Atlántico del fenómeno de las Juntas de Gobierno autónomas, el estrecho parentesco entre el movimiento liberal de Epaña y la lucha de los republicanos hispanoamericanos para crear un orden distinto del absolutismo tradicional, fundado en la libertad y la justicia. En su más profundo sentido comenzamos a comprender hoy que la independencia de Hispanoamérica es otro frente de la lucha entre liberales y serviles en un escenario distinto al de España.

Da la impresión, en algunos casos, de que se pretende creer que la comunidad hispanoamericana surge a partir de 1810, sin antecedentes ni pasado, casi como una creación *ex nihilo*, dejando en el olvido los tres siglos de creación de una nueva sociedad que, en la tierra de América y sin condiciones de originalidad, refleja los grandes sucesos del mundo y participa en las luchas ideológicas. No sólo Miranda sino todos los jefes de la Independencia americana nacen bajo el régimen colonial, se forman en él y es dentro de él que con-

ciben el designio de llevar a sus últimas consecuencias el proceso de creación de una sociedad peculiar que había comenzado a cobrar fisonomía desde el día siguiente de la llegada de Colón.

La pérdida del sentido de la continuidad no es el menor de los daños que hace esta visión distorsionada. Da la impresión de que quienes piensan así se salen, inconscientemente, de la historia para meterse sin saberlo en los terrenos del mito y para hacer imposible alcanzar la visión totalizadora de una historia real.

Podemos decir que no son dos los focos distorsionadores sino uno solo. La Independencia se inscribe dentro de la polémica de la Conquista. No pocas veces los Libertadores invocaron los argumentos de Las Casas, que les llegaban renovados en el lenguaje de los enciclopedistas franceses.

La Independencia resulta así un capítulo, no el último pero sí el más importante, de la inacabable polémica de Sepúlveda y Las Casas, que a su vez, no es sino la expresión de la larga búsqueda de la propia identidad, en medio de un difícil proceso de mestizaje cultural y de trasplante y choque de hombres y concepciones, que no ha terminado todavía.

Podría trazarse la genealogía o las líneas de derivación de las dos posiciones de los dos antagonistas de la vieja polémica para identificar no pocos herederos y causahabientes de Las Casas y Sepúlveda.

La posición lascasiana la recoge con entusiasmo la Ilustración y le infunde nueva vida. De ella la toman los criollos y se van a nutrir los próceres de la Independencia. Los insurgentes recogen la herencia de Las Casas, desde el sentimiento de condenación moral de la Conquista hasta la mitificación del pasado indígena.

La posición de Sepúlveda resucita, en muchas formas, en los adversarios de la Ilustración. En una especie de gesto desesperado va a aferrarse a un pasado difunto para pretender conservarlo a toda costa en un tiempo distinto del mundo. No es una mera burla el haberlos llamado «godos».

Las dos posiciones las encarnan entre los criollos, no entre los jefes expedicionarios españoles, los patriotas y los realistas, con la misma pasión de los dos viejos contrincantes. La van a renovar los liberales y conservadores del siglo XIX y va a llegar hasta nuestros días en todas las formas de la pugna entre izquierdas y derechas.

Era fatal que los historiadores tomaran posición en muchas formas en cada bando, cada uno traía o reflejaba su versión de secta. Basta-

ría hojear sucintamente el rico catálogo de la historiografía hispanoamericana para poder hacer con facilidad la clasificación de unos y otros. Ha habido historias españolizantes o indigenistas, godas o liberales, progresistas o retrógrados, de izquierda o de derecha, en todas las formas imaginables.

Las historias nacionales han sido distorsionadas por el nacionalismo patriotero, además de las influencias ideológicas, y a su vez han contribuido a desfigurar la posibilidad de una historia continental y aún más de la comunidad hispánica. La querella pueblerina entre bolivarianos y sanmartinianos no sólo carece de sentido, sino que dificulta la verdadera comprensión del gran proceso común de la Independencia. No pocas veces han sido historiadores foráneos los que más se han acercado a la objetividad y a una noción global de la evolución histórica de la América Latina. Entre ellos habría que destacar muchos trabajos de investigación realizados en Universidades de los Estados Unidos y la obra de eminentes historiadores norteamericanos como Haring, Hanke o Griffith, entre otros.

No ha desaparecido la querella, las sombras de Sepúlveda y Las Casas y de sus descendientes espirituales sigue pesando. Ya es tiempo de escribir con el equilibrio y la objetividad posibles una historia que pronto va a cumplir cinco siglos, pero todavía queda demasiado de las distorsiones del pasado, mucho más de lo que debería quedar. Todo esto está asociado, como condición limitante, con la necesidad de definir una difícil identidad y de alcanzar una toma de conciencia que prepare para el futuro.

¿Dónde hallar la historia de la América Latina, en medio de tantas visiones parciales y parcializadas? Es un esfuerzo que está todavía, en gran parte, por hacerse. La historiografía americana es también un juego de espejos deformantes, de unos a otros la imagen reflejada cambia y parece mostrar a un ser distinto en cada ocasión.

Política y pensamiento

En las carabelas de Colón llegaron, con muchas otras cosas, las ideas de Occidente. En las culturas indígenas había teogonías, mitos, leyendas y creencias, pero no había nada que pudiéramos llamar propiamente filosofía y menos aún filosofía política. Más que cultura en libros y sabiduría era cultura incorporada a la vida la que traían los navegantes. Una manera de ser y entender con largas y viejas raíces que venía de la antigüedad greco-latina y hebrea y que reflejaba no solamente el credo y los dogmas del cristianismo peninsular sino los ecos prestigiosos de la escolástica de la Edad Media con su dos vertientes hostiles, el escotismo y el tomismo.

A nadie se le puede ocurrir, para estudiar la mentalidad predominante en el largo período de la formación del Nuevo Mundo, buscar los textos originales en los que Duns Scotto o Santo Tomás de Aquino expusieron sus sutiles y poderosas concepciones teológicas y filosóficas, sino las pugnas entre los colonizadores, la actitud de los criollos, los procesos de la Inquisición y las muchas formas en que lo que originalmente vino de Europa cambió y adquirió otros rasgos al contacto del nuevo medio humano.

La historia de la ideas y la sucesión de los sistemas filosóficos po-

dría reducirse a un catálogo esquemático y casi abstracto de teorías y concepciones producidas por la larga y contradictoria serie de los grandes filósofos occidentales pero, en cambio, el poderoso y profundo proceso por medio del que esas ideas se incorporaron a la vida social y la influyeron, a veces en grado decisivo, no es otra cosa que la historia misma de Occidente. Esas ideas nunca penetraron en la sociedad y se convirtieron en acción en su forma original, sino que la colectividad las recibió y la hizo suyas en un proceso complejo de asimilación y deformación, en el que lo nuevo se mezclaba con lo que venía del pasado, en el que la mentalidad popular ponía su nota y su carácter y del que finalmente surgía un nuevo tiempo histórico.

¿Qué sabían de Tomás de Aquino o de Duns Scotto, no sólo muchos sacerdotes sino la inmensa masa de creyentes que terminaba en sus acciones y en sus actitudes reflejando una mentalidad racionalista o voluntarista? Poco ganaríamos para conocer el alcance histórico de esos procesos si nos atuviéramos a los textos originales y fundamentales de los grandes teólogos europeos y americanos que defendían las dos concepciones. En cambio lo que llegaba a la sociedad viviente y actuante y que se manifestaba en las palabras y en las actitudes de las distintas clase nos permite reconocer ciertas características de una situación y de una mentalidad específica. Esas ideas especulativas al convertirse en soporte y motivo de conductas y acciones, podían y debían sufrir transformaciones importantes que, a veces, podían llegar casi a desnaturalizarlas, pero que por eso mismo revelaban de un modo muy eficaz las características propias del conglomerado social y su manera de entender y participar en el curso de la historia.

De las carabelas bajaron hombres con ideas que eran un resumen peculiar de sus propias vidas y de la evolución cultural de su pueblo. Muchos de ellos nunca habrían leído y no habrían ido más allá de un sermón dominical o de una penitencia de confesión pero habían realizado la hazaña de vivir con un bagaje hecho de fragmentos o resonancias desiguales de un pensar que venía de las más altas cumbres, sólo que, a veces, resultaba casi irreconocible en las deformaciones y mermas que le había infligido la vividura personal y colectiva. Terminaba por realizarse una identificación entre ellos y aquellos vagos y heterogéneos trasuntos de sistemas de ideas. ¿Quién había escogido a quién y por cuáles motivos? No podríamos responder pero

constituye una cuestión fundamental que debería formar parte esencial de una investigación de este tipo.

Las ideas occidentales llegaron a América a correr un nuevo destino. A sufrir modificaciones y a recibir mezclas, a adquirir nuevas significaciones, a dar distintos sentidos en la lenta y contrastada hechura de los pueblos americanos.

El maestro de filósofos Juan David García Bacca apunta, al hablar de la influencia del escotismo en la formación de Venezuela, estas palabras que abren anchas perspectivas de interpretación: «Si no presidirá nuestros destinos una especie de separación entre el hombre de razón y el hombre de palabra, entre el hombre dedicado a una especie de esquema científico de cualquier orden y el hombre que hace valer su palabra, su voluntad, su gana, su poder sobre todas las demás cosas. Frente a un Dios impersonal un Dios personal. Esa constelación franciscana que se levanta en diversas partes de esta nación, ¿no tendrá detrás un sistema ideológico, casi no lo llamaré ideológico, una perspectiva personal, un aprecio por la persona y por el poder, por la palabra, por la gana inclusive, en términos de degeneración, por la voluntariedad, por la arbitrariedad, que no estaría tal vez presente, no hubiera cuajado, si hubiese esta nación nacido bajo la constelación, y hablo en lenguaje un poquito de astrología vieja, de un sistema tomista perfectamente racional, de un Dios de razón?».

El mero hecho del Descubrimiento provoca un cambio profundo de la perspectiva moral y antropológica de los europeos. Colón se lleva una visión falsificada del indígena americano que vierte en su carta a los Reyes Católicos de 1493. De esa carta y de otras descripciones paradisíacas de los indígenas de las Antillas surge incontenible y sin fronteras el poderoso mito del Buen Salvaje. Ese mito, que recogen los humanistas, va a nutrir el pensamiento reformista, crítico y revolucionario de Occidente hasta formar las tesis fundamentales del proyecto de la revolución. La expresión más cabal de ese asombro ingenuo la da desde la cumbre de su prestigio, Montaigne, cuando clama para los europeos fascinados y confusos: «Lamento que Licurgo y Platón no lo hayan tenido (este conocimiento) porque me parece que lo que nosotros hemos visto por experiencia en estas naciones sobrepasa no solamente todas las descripciones con que la poesía ha embellecido la Edad de Oro y todas las invenciones para imaginar una situación de felicidad para los hombres sino aún más la concepción y la aspiración misma de los filósofos».

El Descubrimiento se transformó para Europa en el descubrimiento de la Utopía. El eco de Colón está en Tomás Moro y sus seguidores. Toda una nueva visión del hombre y su destino, que ponía en tela de juicio la sociedad occidental coetánea, fue el inesperado y riesgoso don de la primera imagen del Nuevo Mundo. Una imagen imprevista que iba a transformar la historia de la humanidad y a revolucionar, en el más literal sentido, las ideologías.

Semejante idea no llegó a brotar nunca de los colonizadores de América, que permanecieron sin concebirla hasta que de Europa les llegó en las obras de los utopistas y los racionalistas, como novedad filosófica y científica, para invitarlos a formar parte de la futura revolución que reconocería por primera vez el derecho de todos los hombres a vivir como nunca vivieron los indios americanos, en el goce pleno de la libertad, de la igualdad y de la felicidad. No hay en la historia de las ideas hecho más fascinante que este de la transformción de una imagen deformada en tesis filosófica incontrastable. Los hombres que a partir de 1810 proclamaron las nuevas instituciones en el Nuevo Mundo no eran meramente los seguidores de una filosofía política sino los patéticos actores de un inmenso drama cultural dentro del que se inscribe la futura historia independiente de la América Latina hasta nuestros días. Es por la vía que abren estos hechos y no por la de la crónica de los acontecimientos o de la sucesión de las ideas que podemos llegar a acercarnos a la comprensión de esa condición peculiar dentro del ámbito de la cultura occidental.

Una historia de las ideas filosóficas o políticas tendría muy poco de americana. Desde los teólogos de la Edad Media hasta Marx las grandes concepciones ideológicas se produjeron en Occidente. Los hombres de pensamiento del mundo americano, en su mayoría más significativa, adoptaron esas ideas y las hicieron suyas, desde el escotismo de los teólogos hasta el positivismo de Comte, desde las concepciones de Rousseau hasta el estructuralismo. En la historia pura de las ideas es poco el aporte del mundo americano y no podría ser de otra manera por muchas y poderosas razones. Las grandes innovaciones ideológicas, la de Descartes, la de Kant, la de Hegel, la de Comte, la de Marx, la de Husserl y sus descendientes, han surgido en las cúspides de saturación y de búsqueda de los centros del pensar, cuando se ha planteado el agotamiento de las explicaciones aceptadas. No ha sido el caso nuestro.

Pero tampoco, aunque a veces no han faltado quienes lo hayan deseado, ha sido nuestra función de pensamiento una mera repetición de los grandes maestros europeos, una glosa infecunda de los textos centrales del pensamiento creador; queriéndolo o no, por la imposición misma del escenario geográfico y humano y por la gravitación de la historia, el pensamiento de la América Latina no ha podido mantener una fidelidad completa a sus patrones europeos. Muchas veces se ha apartado de ellos, ha incurrido en inconsecuencias y alteraciones impuestas por las circunstancias que han terminado por dar un sentido local y creador a lo que de otro modo no hubiera pasado de ser una vana glosa. Podríamos hablar con más propiedad de una historia de las ideas de América, de la suerte y transformaciones que las ideas filosóficas han recibido en el ámbito americano, del proceso creador del mestizaje y adaptación del que han brotado las ideas y las acciones creadoras en nuestro continente.

Podríamos, y lo han hecho con útil dedicación muchos eruditos, seguir la pista de las ideas de la Ilustración en un hombre como Bolívar.

Fue un buen lector de Montesquieu y lo cita con frecuencia en sus documentos públicos y en sus cartas. Gustaba de Voltaire y lo leía con placer, había conocido, sobre todo en su época de residencia en París junto a Simón Rodríguez, a los principales pensadores precursores de la Gran Revolución, sin que faltara el inevitable Raynal, y hasta el majadero de Pauw. Pero sería absurdo buscar en el Libertador un seguidor fiel de esas ideas. Desde muy temprano se percata de que la realidad social y cultural de la América española exige mucho más que una simple imitación y adaptación. «O inventamos, o erramos», dijo su maestro Rodríguez y él señaló en el gran planteamiento político e histórico del Mensaje de Angostura la peculiaridad de la situación histórica y humana de la América Hispana. No éramos Francia ni los Estados Unidos, sino que, como él mismo lo expresó, consituíamos «una especie de pequeño género humano». Es lo que él llama «la base de la República de Venezuela». Invoca a Montesquieu precisamente para pedir que se tenga en cuenta lo peculiar y propio del país a la hora de formular sus nuevas instituciones: «que las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, a la calidad del terreno, a su situación, a su extensión, al género de vida de los pueblos, referirse al grado de libertad que la Constitución puede sufrir, a la religión de los habitantes, a sus inclinaciones, a sus riquezas,

a su número, a su comercio, a sus costumbres, a sus modales. ¡He aquí el código que debíamos consultar y no el de Washington!».

Hay una creación intelectual bolivariana y es precisamente todo aquello que intuyó y expresó sobre la situación peculiar y la identidad de la América Latina, lo que nunca estuvo ni podía estar en los libros europeos, ni siquiera en aquellos que trataban de hablar de la América criolla y explicarla. Lo que pasó en Angostura del Orinoco en 1819 es un puro acto de creación intelectual americana. Hay un Congreso nacional que sólo en lo más formal y externo se parece a los congresos de los tratadistas franceses, hay unos diputados cuyas actas de elección no provienen de ningún cuerpo electoral ordinario sino de otra representación y otra legitimidad en la que se combinaban los más auténticos títulos de representación imaginables: el origen secular, la escogencia voluntaria de un destino de lucha, las herencias culturales más arraigadas y auténticas, la de los comuneros y procuradores de vecinos querellados, la vinculación raigal con la tierra, credenciales del fusil, la lanza y la carga de caballería, la voluntad fundadora, igualitaria y afirmativa de los derechos fundamentales. Ante ellos viene Bolívar a darles cuenta del llamado del destino. ¿Por qué son quienes son, qué mandatos les vienen de la tierra y de los muertos, en qué lugar del mundo están y para qué? Les ratifica y revela que el contenido y la meta de aquella empresa viene del más antiguo pasado y responde a las mayores urgencias del presente. Se dirige a una congregación visible pero también a otra invisible. No son ciertamente historiadores de las ideas los que se necesitan para comprender y escudriñar la significación y el contenido de aquel colectivo examen de conciencia.

A nadie se le ocurriría clasificar a Bolívar como un ideólogo. Lo más importante en él no es lo que pudo recibir de sus lecturas de los autores de la Ilustración, sino su capacidad de comprender la peculiaridad de su mundo. Eran las suyas una ideología y una historia vivientes y su pensamiento formaba parte de un inmenso proyecto de acción.

Esta es una característica que no es sólo de Bolívar sino de todos los grandes hombres del pensamiento de la América Latina. No se movían en el mundo de las ideas sino en el de las circunstancias. A nadie ha escapado este rasgo de los pensadores latinoamericanos. Su pensamiento estuvo siempre dirigido a alguna forma de acción, tenía como objeto la sociedad y nunca dejó de tomar en cuenta la

política. Ha sido un pensamiento de guías y educadores de sus pueblos, de periodistas y combatienes, de reformistas y rebeldes. Nunca se les ha llamado filósofos y en verdad no lo eran sino que correspondían a otros nombres que el instinto colectivo supo hallar con tino: maestros, libertadores, apóstoles, luchadores, apelaciones todas de un pensamiento volcado hacia la acción.

No podemos conformarnos hoy y mucho menos en el espacio cultural de la América Latina con una historia de las ideas confinada a las obras de los pensadores y a la genealogía de sus orígenes europeos, que no pasa del análisis de los textos, sin dar un paso más allá hacia la apreciación del cuadro social contemporáneo de aquellas ideas, de las reacciones que provocaron y de las deformaciones que sufrieron y lo que quedó de ellas cuando se transformaron finalmente en acción y en mito popular. Lo que se necesitaría no es una historia literaria o ideológica, dedicada al estudio de los textos, sino el cuadro viviente de cómo en ciertas horas ciertas ideas se convierten en formas de conciencia colectiva y dan, genuina o falsamente, alguna forma de sentido a los acaeceres históricos.

La historia de las ideas políticas en la América Latina no puede limitarse a un análisis esquemático y textual de lo que han escrito nuestros pensadores del pasado, ni a una biografía de ellos, aun cuando muchas de esas biografías son muy reveladoras del tipo de proceso de mestizaje entre la idea y el sentimiento, entre el proclamar y el hacer, entre los pareceres y las acciones. Tiene que ser una historia de cómo se han incorporado a la vida y al destino colectivo ciertas ideas en ciertos momentos, sin tomar en cuenta la fidelidad mayor o menor a sus patrones europeos, que han sido parte determinante de transformaciones, guerras y grandes crisis en el mundo latinoamericano.

Afortunadamente, hoy la historiografía tiende a buscar por nuevos caminos la realidad compleja de estos procesos de conciencia y de acción. Ya no se piensa en una historia de las ideas fuera de la vida colectiva, sino que se busca conocer en las distintas épocas lo que ha determinado el movimiento de las opiniones, los criterios generalizados, los climas de opinión, los temas aparentes, las concepciones y los prejuicios compartidos, lo que terminaría siendo una verdadera historia cultural, en el sentido antropológico, incluyendo no sólo el enunciado de las ideas en los pensadores sino la reacción ante ellas de la masa y los cambios de lo que se ha llamado la mentali-

dad colectiva. Son ellas las que hacen la historia finalmente y no las meras ideas que en algún momento haya podido lanzar un pensador, sin que por ello vayamos a discutirle o reducir la importancia que éstos han tenido y tienen en la formación de la conciencia colectiva y en las consecuencias que llegan a tener en el quehacer popular.

Gracias a la labor iluminada de los historiadores nuevos que se han agrupado principalmente en el grupo llamado en Francia de «Los Anales», desde comienzos de este siglo, se ha comenzado a escribir historia con otros criterios distintos a los que habían venido predominando. No se resignan a esa historia «*evenementiel*», de la sucesión de los acontecimientos, sino que se quiere penetrar en otros aspectos que permitan abarcar y comprender la complejidad de los procesos sociales que acompañan y explican los grandes sucesos históricos. En esa labor, que ha producido algunas de las obras más fascinantes y ricas de la historiografía contemporánea hay que citar por lo menos los nombrres de Lucien Febvre, Marc Block, Fernand Braudel, Georges Duby, Jacques Le Goff, Roger Chartier y Erwin Panofski. La visión que hoy logramos alcanzar del mundo del Mediterráneo en el época de Felipe II, de la evolución de la increencia religiosa en el siglo XVI, de la realidad de las comunidades campesinas en el final de la Edad Media o los orígenes intelectuales de la Revolución Francesa, se le debe en gran parte a ellos.

Ya no podemos hablar solamente de una historia de las ideas y ni siquiera de una historia intelectual, el panorama se ha ampliado y hoy se definen temas más completos y complejos que es lo que se llama la historia sociocultural, la psicología histórica y, por último, la historia de las mentalidades. Esa *«histoire des mentalités»* que según sus cultivadores es lo que cada quien «aun cuando se trate de un grande hombre, tiene en común con los hombres de su tiempo», que es también «el contenido impersonal de los pensamientos» donde entra igualmente «lo que no se concibe y se siente», el difícil campo de la inteligencia y de la afectividad. Como lo ha dicho un moderno historiador de los Estados Unidos: «Toda acción implica un significado, el significado implica intersubjetividad cultural e intersubjetividad implica sociedad. Toda actividad social tiene una dimensión intelectual que le da significación, así como toda actividad intelectual tiene una dimensión social que le da validez».

La historia de las ideas políticas en la América Latina, desde esta perspectiva, ofrece posibilidades inagotables. Pienso, por ejemplo,

en lo que podría ser una historia del pensamiento positivista en la América Latina, que no sólo abarcara a los pensadores que originalmente lo divulgaron a su manera, a los enardecidos discípulos de Comte que vinieron a diseminar la buena nueva en tierras americanas, sino también la correspondencia de estas ideas con las situaciones sociales, cómo las unas influyeron a las otras y terminaron por mezclarse, qué parte de ello y bajo cuáles formas terminó por transformarse en mentalidad colectiva y en acción histórica.

Habría que estudiar la obra de un precursor tan egregio como Simón Rodríguez. Regresado a América de una larga permanencia en Europa, cuatro años después de la batalla de Ayacucho publica en Arequipa uno de los libros más deslumbrantemente originales sobre la situación y las perspectivas futuras de aquella América enguerrillada y contradictoria que buscaba torpemente su camino. En el magro puñado de hojas se expresa una visión de la realidad y de las posibilidades que deja muy atrás lo que se pensaba en su tiempo. Había estado con los grupos saint-simonianos en París y venía a incorporarse a la inmensa obra de su amigo Bolívar porque la Independencia estaba establecida pero no fundada. Piensa que para tener repúblicas hay que comenzar por hacer los republicanos en la escuela. Propone una educación para la vida, para el trabajo y para la democracia. No imitar ni copiar lo de Europa o los Estados Unidos sino crear las formas de acción transformadora que nuestra realidad exige. Ver la democracia no como un mito sino como un camino. Su propósito se dirige a «declarar la nación en noviciado» para luego, por medio de una educación nueva: «colonizar el país con sus propios habitantes». Nadie ha dicho de manera más conmovedora y reiterada el mensaje que todavía no hemos sabido oír: «La América española es orginal, originales han de ser sus instituciones y su Gobierno y originales los medios de fundar uno y otro».

No hay investigación más reveladora de la América Latina que la larga y variada historia del positivismo asimilado y deformado por ella. Fue largo y variado su predominio desde la mitad del siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial. Pero no es una historia uniforme ni en todos los países revistió el mismo aspecto y carácter. Hay un positivismo brasilero que nos enseña más sobre el Brasil que sobre el positivismo, que es diferente al que se desarrolla en los países del Río de la Plata. Muchas veces más que un texto es un pretexto y más que una ideología formal es un mito, un mito que se incorpora al cli-

ma cultural propio y termina por formar un complejo peculiar de ideas, sentimientos y pasiones.

El positivismo que comienza en México por ser liberal y que en el Brasil había sido antimonárquico, termina en el propio México y en Venezuela por ser la ideología de la dictadura. Hay un positivismo optimista y otro pesimista, el que sueña en los grandes progresos que va a traer la ciencia y la religión de la humanidad, y el que encuentra limitaciones infranqueables en el clima, la raza y la geografía. Lo de positivista que hay en Sarmiento no es semejante a lo que hay en Bilbao ni el de Justo Sierra corresponde al de Varona. Lo más importante no es lo que de positivismo comtiano o spenceriano pueda aislarse en la obra de un pensador latinoamericano, sino lo que de local, tradicional y propio hay en la manera como cada uno de estos hombres asimiló o entendió aquel sistema filosófico.

El gran proceso de mestizaje cultural abierto en América Latina desde el día del Descubrimiento tiene una de sus manifestaciones más señaladas y ricas en la forma en que las ideas venidas de Europa han sido entendidas e incorporadas. Sobre fondos locales y tradicionales de sociedad y de cultura se han incorporado las ideas para injertarse y combinarse en mezclas a veces irreconocibles, que valen ciertamente como signo y muestra de lo americano más que como manifestación de un cuerpo de doctrina puro.

Hay una peculiaridad latinoamericana que tiñe y modifica las ideas recibidas y que se ha manifestado y manifiesta desde nuestros orígenes. Así como se desarrolló, en el rico proceso de mestizaje cultural, un cristianismo latinoamericano también se formó, por segmentaciones y accesiones, un liberalismo, un positivismo y un marxismo latinoamericanos. Son esos fenómenos, como hechos socioculturales, los que pueden revelarnos mucho sobre nuestra condición y nuestro destino.

La historia de las ideas políticas en nuestra América no es otra cosa ni puede ser otra que la larga y a veces heroica historia de la búsqueda de nuestra identidad y de nuestra originalidad.

La empresa fundamental de Venezuela*

No tengo palabras para decir mi agradecimiento ante este abrumador homenaje que con tanta benevolencia me tributan las academias venezolanas. Cuatro de ellas me han abierto generosamente sus puertas, la de Ciencias Políticas y Sociales, la de la Historia, la Venezolana correspondiente a la Real Española, y la de Ciencias Económicas. Hoy se suman generosamente a este homenaje, con munificiencia cordial, las Academias de Medicina y la de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales. Qué aplastante presencia para un hombre que nunca ha perdido el sentido de sus limitaciones.

Las academias nacionales han delegado su voz en el doctor Tomás Polanco Alcántara, quien con amistosa liberalidad, ha dibujado de mí un perfil que me excede en todas las dimensiones. Esa voz amiga y cordial da el tono exacto de este homenaje y me coloca indefectiblemente en la difícil posición del deudor insolvente, pues nunca podré pagar, ni siquiera en parte, la enorme deuda de gratitud que hoy he contraído.

---

* Discurso pronunciado en el homenaje a A.U.P. celebrado por las Academias Nacionales el 10 de junio de 1986 en el Paraninfo del Palacio de las Academias.

Ha querido, para su simbolismo cabal, el destino que nos reunamos hoy en estos viejos claustros de San Francisco, tan estrechamente ligados a la historia intelectual de Venezuela, desde sus iniciales días de apostólica enseñanza y ejemplo, en los que más tarde hizo tan larga posada la Universidad, hasta hoy, en que se ha convertido en el digno y prestigioso asiento de las academias nacionales, de estas ilustres corporaciones llamadas a congregar en su seno lo más prestigioso y señalado de la inteligencia nacional.

Ante este senado de la ciencia y de la inteligiencia venezolana no podría yo, en esta singular ocasión, limitarme a las muy sinceras manifestaciones de mi gratitud personal, es una ocasión excepcional la que se me brinda y sería inexcusable que no me refiera a las grandes cuestiones y a las ingentes tareas que se ofrecen a la inteligencia venezolana en esta hora singular, en espera de respuestas que sólo ella está llamada a dar.

Está aquí congregada la más elevada representación de los hombres de ciencia y de los de letras, los que escudriñan con ojos sagaces la naturaleza y la vida orgánica, los que se interesan por la vida social, en su pasado y su presente, los que se aventuran en el ilimitado espacio de las ideas en una hora que se caracteriza por la más completa y violenta transformación jamás conocida en el campo del saber humano, y los que expresan en el misterio del lenguaje las iluminaciones a las que el hombre puede llegar. Podría decir, sin exageración, que está aquí representada la conciencia venezolana que es, al mismo tiempo, conocimiento exacto y ponderado de las cosas que nos rodean y reflexión fecunda e inagotable sobre el propio ser.

Cabría preguntarse, y es una tentadora y temible pregunta, ¿qué ha hecho la inteligencia venezolana por entender y servir al país? ¿hasta qué punto ha podido ser su nodriza y su guía y hasta qué punto le ha dado la espalda, lo ha desconocido o deformado y se ha encerrado en sí misma en una actitud no pocas veces desdeñosa y estéril? Tomar conciencia de lo que somos y ponernos al día con el mundo nunca ha sido tarea fácil para ningún pueblo. Podríamos decir, que las naciones que han progresado más en el camino de la inteligencia son, precisamente, aquellas que más decididamente han dirigido su reflexión y su creación a su propia situación y a su destino en el fluir histórico.

Si diéramos por buena esta afirmación tendríamos entonces que preguntarnos: ¿desde cuándo y cómo, la inteligencia venezolana to-

ma conciencia de su propia situación y en qué forma ha asumido su papel ante el país que debía expresar y dirigir? Esto significa volver los ojos a una historia difícil y lenta, marcada por el retraso y el aislamiento. Bastaría recordar que la imprenta no aparece entre nosotros sino después de 300 años de vida colonial, que la primera noticia del pensamiento racionalista y sensualista llega apenas a fines del silgo XVIII, que la primera mesa de disección anatómica se instala después de la Independencia, y que las primeras obras literarias en las que asoma una expresión de identidad propia aparecen ya entrado el siglo XIX.

Caracciolo Parra León, a quien no se le ha reconocido suficientemente su decisiva contribución a la historia de las ideas en Venezuela, en su *Filosofía Universitaria Venezolana* nos ha revelado, entre otras cosas de mucha monta, el pavoroso atraso de la universidad venezolana en el siglo XVIII. Es en los años finales de ese siglo, propiamente entre 1770 y 1810, que gracias a Valverde y Marrero y a muchos otros llega a las aulas universitarias el pensamiento de Descartes, el de Bacon, de Condillac, de Newton, de Locke, de Lamarck y de Adam Smith. Es apenas entonces cuando se desgarran el velo que nos había mantenido separados del mundo del saber y que jóvenes venezolanos pueden lanzarse con avidez, en busca del tiempo perdido, sobre la nuevas certidumbres e interrogaciones para tratar de asimilar el inmenso tesoro del progreso intelectual de Occidente.

Se ha hablado mucho del milagro de la generación de la Independencia, de ese prodigioso florecer de grandes personalidades del pensamiento y de la acción que van desde Bello hasta Bolívar y desde Simón Rodríguez hasta Roscio. Ese milagro tiene una explicación. La Universidad venezolana, la pequeña casa de la inteligencia de aquellos tiempos, había logrado abrirse a las perspectivas de las novedades del pensamiento europeo y, como de una muy retardada lluvia sobre una tierra que había permanecido yerma, brota aquella vegetación gigante y poderosa que en breves años va a transformar las ideas y el destino de los venezolanos.

Ese brote súbito y admirable fue destruido, en gran parte, por el costoso proceso de la Independencia. Venezuela pagó el más alto precio de ninguna patria americana para alcanzar su Independencia, quince años de guerra, en el propio suelo y fuera de él, destruyeron aquella primavera de esperanza. Los núcleos creadores de progreso intelectual se dispersaron o perecieron, el despertar de las letras, las cien-

cias y las artes quedó detenido, destruido y el lugar que debieron ocupar los hombres de pensamiento y sabiduría lo ocuparon, fatalmente, los caudillos de la montonera ineducada.

En este punto debemos evocar el nombre de uno de los hombres más grandes y útiles que han nacido en este suelo, el doctor José Vargas. Con una vocación prometeica, con un desdén heroico por el tamaño de las dificultades, con una vocación de servicio que toca en la santidad, aparece, casi solo e inerme, a enfrentar el atraso y la ignorancia y a reanudar la marcha hacia el progreso intelectual. Lo que el doctor Vargas realiza, con su tenaz vocación de servir, es casi mítico. A parir de su regreso, en 1826, dedica su vida a enseñar, a sembrar conocimiento, a despertar vocaciones, a difundir la ciencia que ha traído de Europa, a suscitar interés, curiosidad y a transformar la situación y la realidad científica del país.

Lo que Vargas logra alcanzar en esos años de total y serena entrega de su vida al servicio de la ciencia en su país no se puede expresar sino en términos de asombro. Con el apoyo decidido de Bolívar transforma aquella universidad agonizante en el semillero de hombres capaces de transformar el destino de la nación. Nunca se detuvo a mediar las dificultades de la empresa, ni a ponderar el mérito de sus esfuerzos. Hacía aquello porque había que hacerlo y él estaba dispuesto a dar su vida para hacerlo. Inmarcesible y precioso ejemplo para todas las generaciones de universitarios venezolanos el que dejó aquel hombre que nunca se detuvo a averiguar con cuáles recursos contaba o cuál era la remuneración que había de recibir, ni de qué tamaño era el esfuerzo que iba a emprender, sino que se puso total y pacientemente a la tarea y, como por obra de magia, a lo largo de sus fecundos años hizo surgir una brillante generación de hombres de ciencia, hizo de la naturaleza desconocida su campo de investigación, incorporó las más avanzadas novedades científicas, creó una conciencia de servicio y una sed de saber y abrió las puertas para una Venezuela que pudiera enfrentar con decisión los obstáculos del medio y del pasado.

La siembra de Vargas se agostó por falta de renovación y continuidad. El país entró en el largo proceso de desintegración y empobrecimiento de las guerras civiles, del que sólo hubo una tregua reparadora bajo la autocracia de Guzmán Blanco y que no vino a concluir definitivamente sino bajo la de Gómez. En ese largo tiempo de ceguedad y auto-destrucción sobrevivieron algunos focos de ciencia

y cultura reducidos a pequeños grupos de hombres que no querían ni podían renunciar a la esperanza de un renacer. Era como un culto de catacumbas, en medio del caos de la ignorancia, que algunos seres apostólicos mantenían para que no se completara la ruina moral e intelectual.

Es precisamente, en esa época atroz de ruina y negación, cuando dos hombres excepcionales: Rafael Villavicencio y Adolfo Ernst, casi solitarios, casi sonámbulos, forman incipientes grupos para sacudir el inmenso atraso y para dar a conocer las novedades de la ciencia y del pensamiento: las ideas de Comte, las teorías de Darwin, de Huxley y de Spencer, el positivismo filosófico y el determinismo científico. No podía ser más flagrante y conmovedor el contraste entre aquella vasta geografía humana que parecía regresar a las formas más primitivas de la lucha tribal y la búsqueda desesperada de un regreso a la civilización y a la comunidad científica mundial.

Parecía una lucha desesperadamente desigual, la de aquel puñado de hombres de pensamiento frente a la estúpida montonera primaria a la que no faltaron nunca ni caudillos ni ideólogos de alquier.

Ese nuevo renacer se proponía un desmesurado objetivo de modernidad y superación. De allí surgen, en admirable legión, los renovadores de la enseñanza científica y de la creación literaria y artística: los Gil Fortoul, los Razetti, los Alvarado, los Jahn, los Hernández, los Rangel, el comienzo de una ciencia venezolana actualizada y de una literatura propia.

No fue un camino fácil el que allí comenzó. Literalmente se inició la lucha aún no terminada, la de la Venezuela concebida por su inteligencia y la de la Venezuela atada a su pasado. Una lucha que ni entonces ni ahora podía resolverse por la imposible victoria de ninguna de los dos imprecisos contrincantes sino por el paulatino acercamiento y fusión entre lo deseable y lo real para alcanzar plenamente lo posible. La hechura de un país no ha sido nunca el resultado de un pensamiento abstracto pero tampoco de una aceptación torpe y ciega de los hechos. La inteligencia tiene que allegarse, amorosa y humildemente al país real, para que éste pueda reconocer su camino y avanzar hacia el futuro.

Cuando ese camino fecundo de esfuerzo, de perseverancia y de superación comienza a vislumbrase irrumpe el gran hecho deformador, desmoralizador e impredecible de la riqueza petrolera. La abundancia de medios, que, en veces, llegó a parecer ilimitada, ocasionó la

pérdida de la noción de las proporciones, de las etapas necesarias de crecimiento y maduración y la noción atroz de que todo era posible lograrlo, sin plazo ni proceso de crecimiento y consolidación, con sólo dinero.

Mucho se hizo, se adquirieron equipos e instalaciones, se construyó una poderosa infraestructura, el mundo pareció inundarnos en una forma, generalmente, incontrolada e indigesta y se perdió el sentido de las realidades y de las exigencias del crecimiento orgánico.

Hoy desembocamos en una situación que no se parece a ninguna otra que esta colectividad haya conocido en su ya largo pasado. Las duras realidades que por tanto tiempo quisimos desconocer o minimizar reaparecen, inexorablemente, para plantear la necesidad de algunas de las decisiones más difíciles y exigentes que este país haya enfrentado nunca. Es por eso, precisamente, la hora de echar avaramente mano de los recursos humanos de que disponemos y, en primer lugar, de toda la capacidad de nuestros hombres de ciencia y de pensamiento.

La tarea que espera ahora el aporte supremo de la inteligencia venezolana nunca ha sido ni más difícil, ni más necesaria. Es el momento de revisar fríamente lo que hemos intentado sin fruto y descaminadamente, de redimensionar nuestras posibilidades y requerimientos, de partir de lo posible y lo deseable, de imponernos una dura autodisciplina del esfuerzo y de los fines.

Este clamor que todos sentimos no puede resonar vanamente en esta casa que es y no debe ser otra cosa que la más alta instancia del saber y de la inteligencia de Venezuela.

Son grandes, pero por lo mismo llenas de tentaciones de grandeza las labores que el presente nos ofrece. Desde las dificultades inherentes a nuestra propia situación nacional, hasta los desafíos que el mundo de hoy, en veloz e inabarcable proceso de transformación presenta a los hombres de pensamiento. Integrarse a ese mundo, sin perder identidad y rumbo, concebir la propia forma de nuestra modernidad dentro del futuro inmediato de la sociedad planetaria, enriquecernos mentalmente sin perder la raíz, elaborar un pensamiento que nos sirva y no nos confunda y desvíe, son tareas que el presente exige.

Hay también otras complicaciones no menos importantes que afectan a toda la comunidad pensante del orbe y que entre nosotros comienza a aparecer de manera amenazante. Las imposiciones de la cien-

cia moderna han provocado un desgarramiento del hombre total con el riesgo de llenar el mundo de la inteligencia y la creación de hemiplégicos mentales con media mente paralizada y yerta. En alguna forma habrá que retornar al ideal del hombre total, que microcosmos de los griegos, que reflejaba y expresaba la totalidad del ser y del universo.

En 1959, C. P. Snow, un gran científico inglés que era al mismo tiempo un eminente hombre de letras, lanzó un alerta que no ha dejado de resonar en los medios académicos más prestigiosos. Snow denunciaba, patéticamente, la formación creciente de dos culturas ajenas, diferentes y casi mutuamente desconocidas, que iban faltamente a empobrecer al hombre y a mutilarlo de la plenitud de su ser. El las identificaba como la cultura científica, de una parte, y de la otra la cultura humanística. La veloz y múltiple expansión del conocimiento científico en nuestros días ha traído como consecuencia la aparición inevitable del especialista, ese hombre, según la irónica frase de Ortega y Gasset, que es «un bárbaro que sabe mucho de una sola cosa».

Snow señalaba el temible empobrecimiento que esta separación iba a causar. No pueden vivir las humanidades ignorantes del mundo creciente y alucinante que la ciencia revela cada día y, tampoco, puede un hombre de ciencia, sin gran detrimento de su comprensión, prescindir del mundo de las letras, el pensamiento y las artes. Según Snow, los científicos se iban haciendo incapaces de leer y de sentir el arte y los humanistas se colocaban en la peligrosa situación de ignorar hasta un principio tan fundamental como la Segunda Ley de la termodinámica, en la que está escrito inexorablemente el Apocalipsis del Universo. Es profundamente limitante encerrarse en el lenguaje de las matemáticas e ignorar el lenguaje de la poesía que, a la postre, resultan complementarios e imprescindibles. Hoy la ciencia adelanta y se multiplica a una velocidad que no ha tenido precedentes. Ningún hombre culto puede ignorar semejante proceso de transformación que afecta todas las formas de la vida de relación y la concepción misma de la situación del hombre y de su condición. Tampoco puede, sin grave daño, el científico amputarse las más finas y eficaces antenas de su espíritu, para ignorar la vastedad de la creación artística, la crisis del pensamiento filosófico y las múltiples formas de expresión de lo humano que caracterizan nuestro tiempo. En una hora como la que la República atraviesa, esta gran reserva moral e intelec-

tual tiene una alta función que cumplir. Lo que individualmente fue Vargas, lo que en heroica falange fueron los discípulo de Ernst y de Villavicencio, corresponde hoy a las universidades venezolanas, a los calificados cuerpos de investigación y enseñanza, a la inteligencia creadora y a esta congregación de talentos y saberes, a la que no deberían faltar títulos para representar y expresar con autenticidad la conciencia nacional.

No es fácil tarea. Muchos obstáculos se alzan ante tamaña empresa, pero no hay otra más digna de ser acometida.

Para ello es necesario partir del reconocimiento sincero de ese deber ineludible de servir al país, de ponerse más allá de lo inmediato y lo particular, de empinarse sobre las naturales limitaciones que a todos nos atan, para alcanzar la visión y la comprensión de todo un pueblo y de su destino.

La empresa fundamental de la Venezuela de hoy es la de ponerla al día con el mundo desde el punto de partida de sus posibilidades reales y de sus circunstancias efectivas. Es una empresa múltiple de evaluación del propio ser y de la propia situación y sus condicionamientos y de la cambiante situación del mundo. Es una gran ocasión nacional, seguramente la más importante para los venezolanos de hoy y están en esta casa congregados muchos de los hombres que deben concebirla y dirigirla.

UN VIEJO SOLDADO DE LA ESPERANZA*

AGRADEZCO profundamente este homenaje excepcional ante el cual la palabra gratitud resulta insignificante.

Ante todo quiero manifestar que recibo con plena humildad este desmesurado homenaje y que no pierdo de vista, ni un solo instante, su inmensa desproporción con relación a mis muy contados méritos, pero entiendo bien que en este momento yo no represento mi sola persona, que muchos otros pudieron estar aquí con irreprochables títulos y que yo, en esta hora, no soy sino el transitorio revestimiento personal de una fecunda ansia, sentida por la colectividad, de crear ejemplos válidos para el mejoramiento de su clima moral.

El país quiere avivar las viejas virtudes ciudadanas, combatir el morbo del logro inmediato y la riqueza fácil, restaurar el prestigio de la virtud y de la obra positiva en la República, la añorada figura de los viejos repúblicos de nuestra historia y sólo por un azar, que yo soy el primero en reconocer, ha recaído sobre mis hombros flacos esta exigente carga de añoranza. Yo no soy aquí hoy sino un *locus tenens*,

---

*Discurso pronunciado en el Congreso Nacional, con motivo de la celebración de su 80 anirvesario, el 15 de mayo de 1986.

un casual vicario, el sustituible sustituto, sino el suplantador, de esa vaga figura de esperanza que la Nación añora y necesita.

Con muy afectuosa generosidad el doctor Carlos Canache Mata me ha dirigido obligantes palabras de elogio de mi vida y de mi obra, que yo recojo complacido. Ha hablado de mi obra de escritor, de mi larga devoción por Venezuela, de mi torpe pero nunca olvidado empeño de servirla en toda la medida de mis fuerzas y con ello toca fibras muy vitales de mi sensibilidad. No hay línea divisoria entre lo que he realizado como escritor y lo que he sentido como mi deber perpetuo de hijo de esta tierra. Puedo decir, sin vanidad, que Venezuela está presente en todas las acciones de mi vida, en mi obra de escritor, en mis actividades de hombre público, en mis preocupaciones diarias y que nada de lo que he dicho y hecho está desligado de mi angustia de entenderla, explicarla y servirla. Es a la imagen embellecida de esa condición a la que se dirige este homenaje, tan desmesurado como la generosidad de todos los miembros del Congreso que lo han acordado. Ya yo no tengo mucho cómo retribuirla pero confío en que su eco estimulante en la conciencia de los jóvenes habrá de ser su sola justificación.

He vivido una larga vida, lo que me da el privilegio de que pueda sentir este trecho de nuestra historia como una experiencia personal, con todas las limitaciones y ventajas que esto implica, he convivido largamente con venezolanos de diferentes épocas y nunca he dejado de sentir el vínculo fundamental, en el acuerdo y el desacuerdo, que me une indestructiblemente con ellos, más allá de coincidencias y oposiciones, más allá de clases y de gustos, más allá de provincialismos y particularidades, en la fundamental condición que en tiempos más solemnes se llamaba el amor de la Patria.

Nací, me formé y nunca he podido olvidarlo, en un país pobre, atrasado, lleno de necesidades, con escasos recursos y con una larga herencia de anarquía, la inestabilidad, de frustrantes realidades e inalcanzables sueños, que un siglo de guerra civil había arrruinado en su economía, en su cultura, en su estructura social y en la confianza en sí mismo. Fue el tiempo en el que se sintió dramáticamente el insoportable contraste entre la visión de gloria de la Independencia y las mezquinas circunstancias de una realidad depauperada en todos los sentidos, en la que cada vez que se hablaba de un futuro deseable era para mirarlo en perspectiva inalcanzable desde un morboso sentimiento de decadencia. Los caudillos que personificaron esa hora

se pasaban de unos a otros, como un treno de réquiem, la promesa de una regeneración, de una restauración, de una rehabilitación, que no era sino la expresión paladina de la desesperanza colectiva.

Sin embargo, nunca se extinguió el aliento de esperar y servir y en medio de la adversidad hombres insignes abundaron para pensar y preparar un futuro mejor, los que pusieron semillas de progreso, los que trajeron nuevas ideas, los que crearon la conciencia de las posibilidades de la nación, con el ejemplo, con la obra, con la enseñanza, sin otra aspiración sino el modesto título, una vez tan significativo, de amigos del país. Dejó su dura huella en mí la experiencia de la Venezuela pobre, pasé a vivir el deslumbrante proceso mágico de la expansión de la riqueza petrolera y llego hoy a un presente de interrogantes e incertidumbres. Es una vertiginosa y aleccionadora secuencia que resume y contiene la historia nacional y sus enseñanzas inolvidables.

Pereciera que el súbito sueño de Aladino se hubiera desvanecido de pronto y, en su lugar, hubiera aparecido una inesperada e indeseable realidad.

La riqueza petrolera creó muchas ilusiones, espejismos y malos hábitos y el concepto, irracional, de que la transformación completa de un país podía lograrse súbitamente, como en virtud de un conjuro, por el solo hecho de sentir que se disponía de recursos ilimitados.

La sensación de omnipotencia y de poder sobrepasar los límites de la realidad económica, social y cultural, parecieron hacer tangibles muchos viejos anhelos de bienestar material, de ostentación orgullosa de modernidad, de costosos símbolos de progreso, que han transformado, sin duda, la fisonomía del país y la mentalidad de su gente pero que, por lo inorgánico de su crecimiento y por la invitación desbocada a la riqueza fácil y a la corrupción, crearon otros males tanto o más graves que los que habíamos sufrido anteriormente. La faz positiva podría resumirse en el equipamiento y la infraestructura indispensable para todo progreso, vías, comunicaciones, servicios, concepción y realización de planes gigantescos, que venían deformados negativamente por la desmesura, la improvisación y la falta de organicidad. En un proceso de transformación múltiple, simultáneo y sin ritmo de crecimiento tuvieron que aparecer muchas deficiencias, desproporciones y contradicciones fundamentales entre medios y fines, entre proyectos y realizaciones, entre intereses y aspiraciones, entre mentalidades tradicionales y modernización ad-

venticia, entre ideales y posibilidades reales. Se provocaron desviaciones, incongruencias, saltos, divorcios entre proyectos y capacidades, fallas fundamentales, en lo económico y lo administrativo que bordeaba peligrosamente lo caótico.

Todo parecía posible porque la abundancia de recursos monetarios permitía tender puentes sobre los amenazantes abismos, mantener funcionando planes ineficientes, presentar la apariencia de un crecimiento acelerado que reposaba sobre supuestos inadecuados. Con el dinero petrolero, que parecía inagotable y creciente, como la bolsa mágica de Fortunato, fue posible por un tiempo posponer la crisis latente. Se asemejaba mucho a una huida hacia adelante. No sólo no supimos aprovechar adecuadamente esos recursos gigantescos y transitorios para echar las bases de una transformación estable y progresiva del país, para la contrucción efectiva de una nación moderna y el afianzamiento de una democracia efectiva y funcional, sino que se incurrió en el error imperdonable de abrir anchamente la puerta al endeudamiento público.

Lo que pudimos y no logramos hacer con el petróleo, que nos desbordó, arrastró y extravió con lamentables consecuencias tiene su más patética y dolorosa imagen en la ciudad de Caracas. En el maravilloso marco de su valle, frente al inagotable prodigio del Avila, se pudo concebir y desarrollar una de las más bellas y humanas ciudades del continente, que fuera el patrón modelador del espíritu, la cultura y el trabajo para todo el país, pero lo que vino a resultar de la improvidencia, del afán desbocado de lucro y de la falta de metas definidas ha sido, desgraciadamente, esta informe acumulación inorgánica y desintegrada de torres de concreto de todas las dimensiones, de autopistas y viaductos, de barriadas proliferantes, inasimilables a ninguna forma de vida urbana, sin plan ni concierto, sin respeto para la ley ni para la naturaleza, incompatibles con la imagen y la función de una ciudad histórica, en la que se confunde y resuelve una población desarraigada y desvinculada, acrecida constantemente por el flujo incontrolado de la marginalidad nacional y trasnacional.

Si el mal se hubiera limitado a invertir insensatamente una gran parte de ese flujo monetario, no nos encontraríamos ante la difícil situación a la que hemos llegado.

La ocasión y la forma en que se contrajo gran parte de esa deuda con bancos extranjeros y agencias internacionales de crédito podría formar parte de una crónica de locura colectiva, de tecnificada pica-

resca, en la que proliferaron todas las formas de corrupción desde las más elementales y descaradas, hasta las más refinadas y astutas. Es de esperarse que un día próximo entren a formar parte de la historia penal del país. El pueblo venezolano ha descubierto con angustia esa situación creada, en buena parte, por innumerables transacciones financieras con bancos de todo el mundo al capricho y fantasía de los numerosos entes, más o menos autónomos, que no vacilaron en contraerla sin tomar en cuenta elementales normas legales, principios básicos de sana administración, ni posibilidades reales de pago. Al decir esto, no podemos dejar de añadir que una parte fundamental de la responsabilidad en la creación desmandada de ese pasivo cae y debe caer sobre aquellas instituciones extranjeras que, sin muestra visible de respeto a las normas financieras más usuales, hicieron, de una manera espontánea y hasta insistente, el triste papel de los prestamistas más alegres de la historia.

Ha podido, quizás, mantenerse por más años esa insostenible situación si el inesperado descenso de los precios del petróleo no hubieran hecho inevitable su planteamiento, y las viejas contradicciones que habíamos creído atenuar y borrar con el subsidio petrolero no hubieran empezado a aflorar de una manera crítica.

La democracia venezolana, en su etapa iniciada el 23 de enero, ha reflejado, en muchas formas, el clima de la facilidad y la abundancia de recursos. Se formó un poderoso Estado paternalista a quien todo se le podía pedir y que a todo atendía. No era este el clima ideal para que se desarrollara un sistema democrático efectivo que fuera más allá de las libertades públicas y creara en el ciudadano la conciencia de sus deberes y responsabilidades.

Lo que hubiera podido ser sólo un lamentable despilfarro se ha convertido en una pesada carga que grava y disminuye nuestras posibilidades de bienestar, bajo la forma de una desmesurada deuda exterior que devora nuestros recursos internacionales y que lastra el porvenir. Gran parte de esa deuda se contrajo con una abigarrada turba de instituciones de crédito situadas en más de cincuenta países, en las más variadas condiciones y plazos en una especie de competencia de locura entre los más diversos entes autónomos creados en Venezuela, que es difícil concebir que se haya hecho sin un gran margen de corrupción. Mucho debemos aprender de ese doloroso episodio, en el que insensatamente quisimos olvidar las duras lecciones de nuestro pasado de asfixia por la deuda externa arrastrada des-

de la Independencia, de cobro compulsivo y de indignantes humillaciones que remataron en el bloqueo de nuestros puertos por naves de guerra de los países acreedores y por la entrega de nuestras aduanas, en una situación incompatible con la dignidad del país.

Esa inmensa deuda no fue contraída por el Estado a través de los procedimientos legales y constitucionales, que la dura experiencia del pasado había impuesto en nuestra legislación, sino que se formó al través de innumerables y continuas operaciones, hechas por empresas e instituciones de toda laya, fuera de control y concierto en nombre de un falaz capitalismo de Estado, que nunca fue capitalismo, porque no funcionó como tal y tampoco fue del Estado porque escapaba a su control.

El modelo económico de desarrollo, adoptado por casi toda la América Latina después de la Segunda Guerra Mundial, está hoy en crisis. Son muchos los que hablan de su agotamiento irremediable. Se multiplican los congresos, estudios y simposios en los que, bajo distintas formas, se investigan las causas de este fracaso tan costoso. En el centro de las grandes cuestiones que afectan a este continente, y que llegaron a poner en peligro los regímenes democráticos, está el pensamiento socioeconómico predominante por más de medio siglo, el *corpus* teórico al que tanta posibilidad de bienestar fue sacrificada.

Venezuela adoptó esta frágil concepción del crecimiento económico y social. Se ha intervenido, estatizado y burocratizado, en un grado muy alto, la economía del país y, no obstante, se ha esperado que pudiera operar como una economía de mercado. Esta no es una de las menores contradicciones que entorpecen y reducen las grandes posibilidades reales del país para el crecimiento.

En el caso venezolano hubo el factor petrolero que le da unas características peculiares. El petróleo nos permitió cubrir con subsidiòs y reposiciones de capital las deficiencias del modelo.

En 1973 los países miembros de la OPEP iniciaron una justa política de alza de los precios. Era necesario e inobjetable hacerlo, la más valiosa y útil forma de energía había sufrido, injustamente, el castigo de precios viles, que venía a convertirse en una especie de paradójico subsidido que los países pobres le daban a los más ricos. La OPEP encara esa situación con resolución y acierto. En el mercado munial los precios del petróleo comenzaron a subir de una manera espectacular. Se pasó, en un corto tiempo, de 2 dólares por barril a 7, a 15,

y hasta 34. Los países industriales y también los no petroleros del Tercer Mundo, empezaron a sentir el negativo efecto de este alza de la principal fuente de su energía. El largo período de crecimiento que los países industriales habían disfrutado ininterrumpidamente se detuvo, se desató la inflación, aumentó el desempleo y se creó ese extraño fenómeno que los periodistas bautizaron de «stagflation». Desde luego que no era el petróleo el único culpable de esta situación, se tomaron eficaces medidas defensivas como la reducción del consumo, y la creación de grandes reservas, la desesperada búsqueda de nuevos yacimientos y de fuentes alternas de energía. Parecía crearse la peligrosa e insostenible situación de que la prosperidad de la OPEP era incompatible con el crecimiento de la economía mundial.

La OPEP no se preparó a enfrentar las medidas defensivas adoptadas por los Estados agrupados en la Asociación Internacional de Energía y el derrumbe de los precios se produjo de una manera que pareció inevitable.

A través del presupuesto nacional y del mercado de divisas Venezuela se había ido haciendo cada vez más dependiente de la actividad petrolera. Se ha tenido la sensación de que desaparecía la base sobre la cual habíamos asentado todo. Las lecciones de ese episodio tan dramático no debemos olvidarlas.

Nos hallamos ahora en una situación difícil en la que los presupuestos, sobre los que fundábamos nuestra acción pública han sufrido drásticas modificaciones que imponen a su vez la necesidad de revisar programas y compromisos y de trazar políticas más realistas y sanas que tengan en cuenta las posibilidades reales. Sobre una estimación objetiva de los recursos disponibles internos y externos debe basarse la nueva acción.

No es una empresa fácil pero tampoco imposible. Para poder acometerla será necesario que todos tomemos conciencia de su insoslayable necesidad y comprendamos con claridad sus fines y medios.

Es evidente que el Estado no puede seguir asumiendo las mismas cargas que hasta hoy ha asumido, ni en la misma forma, y que haya que hacer una sincera evaluación de necesidades y recursos, de objetivos y posibilidades, para modificar todo lo que sea necesario reajustar y enmendar sin vacilaciones, y de abandonar muchas viejas mentiras convencionales, muchos fetichismos paralizantes y no pocas supersticiones morbosas.

Es una gran oportunidad de renovar y redefinir magnitudes y rum-

bos, objetivos y medios. Es una excepcional ocasión para que el venezolano demuestre que no sólo la vieja fibra no está muerta sino que está crecida y fortificada con todos los nuevos saberes y las nuevas oportunidades para una gran movilización del espíritu nacional en la empresa de rescatar el destino colectivo y de crear un nuevo tiempo de la historia.

Yo no soy ni he sido nunca pesimista, no es con pesimistas ni tampoco con simuladores como se hace una patria. Mi vieja sensibilidad de venezolano me hace sentir casi físicamente que el país está deseoso de que se le señale un rumbo aunque tenga un precio de sacrificio, que no van a faltar voluntades para tarea tan digna, que hay más soldados dispuestos para el buen combate de fortalecer la democracia, impulsar la economía, hacer efectiva en su pleno sentido la justicia social y abrir caminos al futuro.

No dejemos que nos paralicen viejos fantasmas inconsistentes, hábitos y consejas, porque lo que está en juego es muy grande y se llama el destino de Venezuela.

No estoy diciendo nada que no esté en el ánimo y la preocupación de los magistrados, que muchas veces no haya aparecido en los debates del Parlamento, que no haya sido apuntado por los partidos políticos y por los medios de difusión, que no sea tema de toda reunión grande o pequeña, pero dejar de invocarlo en esta ocasión sería una mengua.

Para esa empresa de salvación todos tienen que concurrir con su aporte de esfuerzo, de consejo, de trabajo y de sacrificio. Allí estarán todos, los viejos y los jóvenes, las mujeres y los hombres, los trabajadores y los empresarios, los de mono azul y los de cuello blanco, los de la pala y los de la computadora, los artistas y los sembradores, los hombres de gabinete y los de taller, porque no hay nadie que no deba y pueda aportar algo, hasta este viejo soldado de la esperanza que se declara presente.

CUANDO SE HABLA DEL DESCUBRIMIENTO*

DENTRO de cinco años amanecerá el 12 de Octubre de 1992. La tierra se irá desnudando ante el sol en un despliegue sucesivo de regiones, de climas y de gentes hasta completar la vuelta sobre sí misma. Es lo mismo que simbólicamente ha ocurrido en esta larga jornada de cinco siglos que, a partir de esa alborada, ha presenciado el surgimiento de un nuevo tiempo del hombre.

Todo comenzó con el más afortunado de los viajes. Tres naves, 88 tripulantes y aquel hombre visionario que llevaba tras de sí, sin saberlo, el destino del mundo. La primera impresión fue sorprendente y limitada. Prontamente los europeos se enteraron de que se habían hallado nuevas tierras y nueva gente. No sabían lo que habían encontrado y todavía hoy nos cuesta trabajo darnos cuenta de toda la significación y vastedad del suceso. Lustros pasaron antes de que advirtieran que se trataba de un nuevo continente, nunca antes conocido por ellos. Cristóbal Colón, el Almirante del Mar Océano, creyó haber

---

*Discurso pronunciado en el Salón de Actos del Instituto de Cooperación Iberoamericana de Madrid, el 13 de octubre de 1987.

hallado la ruta de las Indias por Occidente. Buscaba a Asia y llevaba cartas para el Preste Juan de las Indias.

Cuando se habla del Descubrimiento se evoca una efímera impresión primera del hallazgo en las mentes europeas. Lo que había ocurrido en realidad y se ha ido sabiendo, de sorpresa en sorpresa, fue el comienzo de un nuevo tiempo del hombre. Lo que vieron y lo que creyeron ver, lo que buscaban y lo que encontraron, lo que terminó y lo que comenzó, fue un nuevo tiempo para la humanidad entera.

La noticia corrió como una revelación, sirvió de acicate a las imaginaciones y dio pie a los humanistas para reencontrarse con los mitos lejanos de la Antigüedad Clásica.

No ha habido documento más influyente en la evolución de la mentalidad europea que aquella carta del Almirante, que es el acta de nacimiento de una nueva Era.

En sucesivas etapas se fue desplegando la magnitud inabarcable del hallazgo. De las Antillas, con su nombre mitológico, se pasó a la Costa Firme, al Darién, al asombro del Pacífico, a la conquista de México, a la del Perú, a la búsqueda de El Dorado, a la circunnavegación del globo y a la posesión de los dos lagos universales que rodean la nueva tierra prodigiosa.

Tiempo tomó saber lo que habían hallado, si es que hemos llegado a saberlo cabalmente nunca, podría ser el Paraíso Terrenal, la Edad de Oro perdida de la mitología griega, podían ser las Amazonas que buscaron en el más grande río del mundo, y en la vasta costa iluminada que llamaron California y que tuvo que ser California.

Lo que descubrieron, ante todo, fue la posibilidad ilimitada de imaginar. De los escritos de Colón, de Vespucci y de Pedro Mártir de Anglería no sólo surge un anuncio de inagotable novedad, sino una invitación irresistible a la creación intelectual. Va a ser posible hallar, al fin, todo aquello con lo que se había soñado, desde el Jardín del Edén hasta los hombres sin cabeza, desde las tribus perdidas de Israel hasta la Manoa resplandeciente de oro y pedrerías, desde las yerbas alucinógenas hasta la Fuente de la Eterna Juventud.

Marca ese día el génesis de una nueva mutación de Occidente. La lenta elaboración de esa gran cultura, que creció desde el Mediterráneo al Báltico, en el fecundo maceramiento de las herencias griegas, latinas, judías y cristianas, salta al otro lado del mar tenebroso para emprender una nueva etapa de su inmensa creación. Iberos en el Sur, anglosajones en el Norte y la abierta ágora del Caribe a la que con-

vergerán españoles, ingleses, franceses, holandeses, daneses, para formar un insólito Mare Nostrum, trasladan una Europa que va a cambiar de fisonomía y sentido. En el Norte predominará el trasplante cercado de las colonias puritanas, en el Sur el encuentro abierto y mutuamente fecundante de las herencias y las culturas distintas.

La línea misma que dividió al Viejo Mundo en dos áreas de la Cristiandad, con dos concepciones del hombre y su destino, se extiende al otro hemisferio, con diferencias y antinomias que surgieron de la historia europea, entre un Norte protestante y un Sur católico, entre una concepción pragmática de la vida, dedicada al trabajo, al ahorro y a las virtudes pacíficas, y otra deslumbrada por la vocación heroica, la concepción trágica y aventurera de la vida y el desdén por la paciente servidumbre.

Al Norte se van a sembrar, con paciente trabajo, las semillas de las que brotarán con el tiempo Montreal, Ottawa, Nueva York, Chicago y Los Angeles. En el Sur se establecerán villas, reinos, universidades, palacios, conventos y una vocación abierta de mezcla de culturas, de la que surgirá una nueva forma de comunidad.

Lo que comienza no es una Nueva España, ni un nuevo Portugal, sino una nueva dimensión de la heredad histórica en otro escenario y con otros actores. Cuando comienza el siglo XVIII, el Nuevo MUndo es el que se ha formado en Iberoamérica y que Europa mal conoce y poco comprende. No sólo una nueva sociedad en una ribera del mar común, sino en las dos riberas. Una comunidad iberoamericana que va a transformar la herencia común y que va a influir en sus dos partes trasatlánticas. El día en que el Rey de Portugal instala su Corte en Río de Janeiro, se hace evidente que esa comunidad existe, que no tiene centro privilegiado, y que corresponde a un nuevo tiempo. Si el plan del Conde de Aranda, o algo semenjante, hubiera podido realizarse, no habría ocurrido el traumático desgarramiento de la Independencia y la afirmación poderosa de la comunidad iberoamericana no se hubiera retardado en má de un siglo.

Se creó la comunidad por un creciente proceso de intercambio y mutua influencia entre sus dos partes, que abarcó desde la mentalidad y la ley, hasta las costumbres, la alimentación, la economía, la sociedad y la noción de identidad.

Si ese viaje hubiera sido un mero descubrimiento de nuevas tierras y gentes, no habría tenido las descomunales consecuencias que lo caracterizan. Muchas cosas cambiaron para siempre a partir de esa

fecha divisoria y otras muchas, que siguen vivas y actuantes en nuestro tiempo, tuvieron su punto de partida allí.

El tiempo de la humanidad separada termina y se adquiere por primera vez la visión global del planeta. La cosmografía de Ptolomeo cae en pedazos, el mar tenebroso se convierte en un camino, el centro del mundo se desplaza del Mediterráneo al Atlántico, todo el globo se llena de caminos de agua y la tierra se hizo una.

Se ha dicho muchas veces que allí comenzó una nueva época de la historia universal, pero habría que decir más, porque con la incorporación activa de cuatro continentes y de los océanos mayores, se produce la universalización de la historia.

Vinieron de todos los sitios imaginables atraídos por la promesa de la inmensa novedad. Oviedo, que los vio llegar, atestigua: «Que ninguna lengua falta acá de todas aquellas partes del mundo que haya cristianos, así de Italia, como de Alemania y Escocia e Inglaterra, y franceses y húngaros y polonios y griegos y portugueses y de todas las otras naciones de Asia y Africa y Europa».

No sólo se conmovió Europa y sus grandes Estados históricos se aprestaron a participar en el aprovechamiento de la nueva oportunidad, sino que pronto, a través del Pacífico, hubo un tráfico con los puertos chinos para ampliar el diálogo de civilizaciones. El Africa, aislada y sin medios de actuar, experimenta duramente el acontecimiento. En un siglo, millones de africanos van a ser traídos, con su carga cultural, para incorporarse con injusticia a las tareas básicas para la formación de una nueva realidad.

Lo que comienza, en verdad, en esa fecha es el rumbo de un Nuevo Mundo. No sólo en el sentido estrecho en que lo nombraban los humanistas de la época, sino en otros sentidos reales, complementarios y creadores.

Hubo, ciertamente, un Nuevo Mundo americano, el que se formó en un desarrollo secular de toma de posesión de la tierra, de convivencia física, de simbiosis de culturas, de mezclas de razas y de mentalidades, de adaptación a nuevas moradas y nuevos interlocutores. Desde ese momento ni el europeo, ni el indígena, ni el africano, pudieron seguir siendo los mismos. Un vasto proceso de mestizaje, sobre todo cultural, se abre desde el primer momento. Lo que surgió no era, ni podía ser europeo, como tampoco pudo ser indígena o africano. Las tres culturas, en grado variable, se combinaron y mezclaron para crear un hecho diferente, todavía no enteramente reconoci-

do ni definido, que se reflejó en todas las formas de la vida, de la mentalidad y de la relación entre las gentes.

Todas las creaciones del mundo han sido cataclísmicas, desde el «big-bang» de la moderna astrofísica, hasta las inmensas revoluciones de nuestro tiempo.

Tuvo mucho de cataclismo la creación del Nuevo Mundo. Luchas sangrientas, violencia y desgarramientos, situaciones insólitas de trasplante y adaptación, muerte y vida, crueldad y grandeza, todo ello hubo de concurrir para que en un desarrollo de menos de un siglo en el enorme y variado escenario de un nuevo continente, hombres distintos y ajenos llegaran a formar un nuevo hecho humano.

Cuando Cortés, con espeluznante convicción, arroja de sus altares las representaciones de las divinidades aztecas para poner en su lugar la cruz y la imagen de la Virgen, realiza un acto de la más extrema violencia física y espiritual. Esa actitud, que hoy nos resistimos a comprender, es la que va a definir el carácter singular del proceso de formación del Nuevo Mundo. No se vino a cohabitar, ni a superponer, sino a fundir, replantar y crear. El cronista sacerdote, Fernández de Piedrahita, expresa con terrible candor el propósito irrenunciable de «la extirpación de la idolatría arraigada por tantos siglos en la barbaridad de los naturales».

La creación del Nuevo Mundo fue cataclísmica y de ella surge un hecho humano nuevo. En menos de un siglo los españoles, los indígenas y los africanos se hacen hermanos en Cristo y descendientes espirituales de Abraham, de Moisés y de los Padres de la Iglesia. Es así como se forma la base principal del rico fenómeno de la simbiosis cultural que le dará una comunidad espiritual a ese nuevo avatar de viejas culturas separadas.

El Nuevo Mundo, con todas sus peculiaridades y matices, se hizo cristiano y parte de la cultura de Occidente, lo que definirá para siempre su identidad y su destino. Así se formó el limo nutricio del que habían de brotar el Inca Garcilaso, Simón Bolívar, Benito Juárez y Rubén Darío.

El 12 de Octubre de 1492 no sólo comenzó un Nuevo Mundo en América, sino que todo el resto del planeta empezó a experimentar el mayor cambio de toda su historia.

Los historiadores de la ciencia, del pensamiento, de la economía y de la sociedad, han dicho la inmensidad de esas novedades.

En el nacimiento del capitalismo financiero y de los modernos sis-

temas monetarios está la avalancha de metales preciosos americanos. Miles de toneladas de oro y plata desbordaron el marco estrecho de las transacciones medievales para crear un mercado financiero transnacional.

El desarrollo de la población de Europa, que hizo posibles las grandes concentraciones urbanas, la consolidación nacional y el desarrollo posterior de la revolución industrial, tiene en su base no sólo una ampliación mundial del mercado, sino el cese definitivo de las hambrunas que habían diezmado a la gente europea durante siglos. Algunos protagonistas no-humanos del hecho americano, como el maíz y la papa, explican y determinan este hecho. Desde los hábitos alimentarios hasta los usos sociales se transforman con la presencia del tabaco, el cacao, el caucho, la quina, el palo Brasil. Esa guacamaya roja y ese indio emplumado que aparecen en la abigarrada decoración de los pintores barrocos, anuncian espectacularmente esa presencia definitoria.

Porque surge la noción de América y de su novedad va a cambiar la ciencia y el pensamiento de Occidente. La visión misma del planeta y del cosmos tiene que abandonar la ingenua máquina cosmológica de Ptolomeo para aceptar la concepción heliocéntrica del sistema planetario, con todas sus inmensas consecuencias de todo género.

Los nuevos climas, los nuevos cielos, la realidad de los Antípodas, la inagotable variedad de plantas y animales nunca antes conocidos, van a provocar dudas y debates y a conducir a nuevas concepciones. ¿Estuvieron aquellos animales desconocidos en el Arca de Noé, y, si lo estuvieron, cómo llegaron a desaparecer del Viejo Mundo?

Los avances de la ciencia en el siglo XIX muestran raíces americanas. El libro de Acosta, el viaje de Humboldt, la llegada del *Beagle* a la costa austral americana y a las Galápagos, son los antecedentes decisivos de la formulación de la doctrina del origen de las especies por Darwin.

La idea de Independencia y la de revolución, que han dominado la historia del mundo moderno tienen su origen en la experiencia americana. La utopía es americana. La carta de Colón y las publicaciones de los primeros divulgadores del hecho van a sacudir el pensamiento europeo. Se ve claro en Montaigne el efecto devastador de aquella revelación mal comprendida.

El libro de Tomás Moro es, paladinamente, la consecuencia ideológica de la primera visión del mundo americano. Moro, canciller y

santo, mira con repugnancia el cuadro de su Inglaterra contemporánea. La pobreza, la injusticia, la guerra, el odio, las luchas de poder no han servido sino para engendrar infelicidad para todos. Rafael Hitlodeo, su protagonista, le confirma lo que Colón y Vespucci habían anunciado, que había otro mundo donde los hombres vivían en la paz, en la abundancia, en la justicia y en el bien. La conclusión era invevitable, los europeos, en muchas formas, habían extraviado el camino y se habían condenado a vivir en una forma de sociedad abominable.

Hace años el historiador de las ideas Paul Hazard habló con mucha autoridad, a este respecto, de la crisis de la conciencia europea, que no es otra cosa que la desgarrada y dolorosa reflexión que sobre la propia condición la visión del buen salvaje plantea a los pensadores del Renacimiento. De esa contradicción fundamental entre lo existente y lo posible se va a nutrir el pensamiento revolucionario que culminará en la Ilustración con Rousseau y los Enciclopedistas, y con el gran rito bautismal y sangriento de la Revolución Francesa. En esta forma, Robespierre, Marx, Lenin y Mao son los extraños epígonos de la reflexión sobre el Descubrimiento.

Ha predominado la tendencia a considerar la historia de las ideas políticas desde una perspectiva europea. Sin embargo, la primera vez que se plantea la idea de Independencia y que en un documento histórico fundamental se invocan como verdades evidentes e irrefutables que «todos los hombres nacen iguales, que han sido dotados por su creador de ciertos inalterables derechos, entre los que están la vida, la libertad y la busca de la felicidad», ocurre en tierra americana y es allí también donde, en el Preámbulo de la primera Constitución escrita del mundo, aparece un personaje que asume su insólita presencia con estas palabras que tanto habían de resonar en todos los rincones de la tierra: «Nosotros el pueblo...»

Nada de lo que existe hoy como civilización, como política, como pensamiento, no es consecuencia, en alguna forma, del gran suceso que tiene como punto de partida el viaje colombino. Desde las artes hasta las ciencias, desde las ideologías hasta las costumbres, desde la noción del universo hasta el concepto mismo de humanidad.

Reducirlo a un solo aspecto, significarlo en una de las infinitas facetas que revistió y sigue revistiendo, en un suceder que alcanza al medio milenario, es condenarse a no comprenderlo. Rebajarlo a las elementales nociones de un descubrimiento y una conquista es mu-

tilarlo y deformarlo hasta hacerlo irreconocible. Descubrimiento hubo, ciertamente, de una manera transitoria y parcial, conquista también todas las terribles, inhumanas o demasiado humanas consecuencias, pero esto no fue sino parte, acaso necesaria e inevitable, de un inmenso proceso que no tiene paralelo en la historia.

Hubo una cruenta etapa de conquista. Esta sola palabra despierta atroces evocaciones en la memoria de los pueblos, particularmente de los más débiles, pero también junto al hecho, que desgraciadamente no fue el primero ni el último, de imposición por la fuerza de una nación sobre otras. Fue, egregiamente, la ejemplar ocasión en la historia en la que una potencia conquistadora se detiene en su ímpetu para reflexionar sobre la legitimidad y justicia de lo que está haciendo.

El debate de Valladolid, en 1552, y las disposiciones reales que se derivaron de él, constituyen la primera ocasión en que un gran poder expansivo hace alto para resolver problemas de justicia y de conciencia que el hecho le plantea. Es allí donde, por primera vez, se proclama al más alto nivel de Estado que «todas las gentes son naciones», que todas las naciones tienen derechos que deben ser respetados y que constituyen una comunidad internacional y, lo que no es menos importante, que aquellos remotos y desconocidos indios tenían por ser hombres los mismos derechos de los conquistadores. ¿Habrá algún ser humano hoy en la tierra que esté dispuesto a desconocer y rechazar esa herencia?

La humanidad en pleno es la que ha de convocarse a sí misma para conmemorar con toda dignidad los cincos siglos de esa fecha simbólica en toda la plenitud de sus significaciones, sin excluir ninguna de ellas, y sin tampoco reducirla a una sola de sus peculiaridades.

A las alturas del 12 de Octubre de 1992 ya no pueden sonar tanto a hipérbole las palabras iluminadas que el clérigo historiador dirigió a Carlos V, al borde de la blasfemia: «La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de Indias, y así las llaman Mundo Nuevo».

FUENTES BIBLIOGRÁFICAS DE LOS TEXTOS INCLUIDOS

1 / «Tío Tigre y Juan Bobo» (1948). En: *Letras y hombres de Venezuela*, pp. 122-128. V. t. *Medio milenio de Venezuela*, pp. 253-255.

2 / «El petróleo en Venezuela» (1955). En: *Venezuela en el petróleo*, pp. 19-31. V. t. *Medio milenio*, pp. 291-307.

3 / «Extranjeros y hermanos» (1951). En: *Pizarrón*, pp. 140-143. V. t. *Medio Milenio*, pp. 273 y sig. Inicialmente publicado en *El Nacional*, Caracas, 23 de junio de 1951, p. 4.

4 / *El carácter de la literatura venezolana* (1958). Caracas, Imprenta del Ministerio de Educación, 1958, 48 p. V. t. *Medio milenio*, pp. 331-354.

5 / *El rescate del pasado* (1960). Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1960, 31 p. V. t. *Medio milenio*, pp. 313-321.

6 / «La muerte de la crítica» (1967). En: *En busca del Nuevo Mundo*, pp. 93-121. Inicialmente publicado en el «Papel Literario» de *El Nacional*, Caracas, 20 de agosto de 1967, p. 4.

7 / «La historia en la novela» (1979). En: *Fantasmas de dos mundos*, pp. 53-64.

8 / «Realismo Mágico» (1985). En: *Godos, insurgentes y visionarios*, pp. 133-140. Inicialmente publicado en *El Nacional*, Edición Especial del Ateneo de Caracas, Caracas, 20 de febrero de 1985, p. B-1.

9 / «La Universidad y el país» (1961). En: *Educar para Venezuela*, pp. 69-88. Inicialmente publicado en el diario *Panorama*, Maracaibo, 12 de octubre de 1961.

10 / «Repensar la educación» (1979). En: *Educar para Venezuela*, pp. 203-207. Inicialmente publicado en *El Nacional*, Caracas, 27 de mayo de 1979, p. A-4.

11 / *¿Tiene un porvenir la juventud venezolana?* (1968). Caracas, Ediciones del Frente Nacional Democrático, 1968, 22 p. V. t. *Educar para Venezuela*, pp. 19-42.

12 / «La crisis de la educación» (1980). En: *Educar para Venezuela*, pp. 209-230. Inicialmente publicado en *El Diario de Caracas*, Caracas, 7 de agosto de 1980.

13 / «La nación fingida» (1949). En: *De una a otra Venezuela*, pp. 45-50.

14 / «Los nombres de Venezuela» (1950). En: *Las nubes*, pp. 233-235. Inicialmente publicado en *El Nacional*, Caracas, 13 de mayo de 1959, p. 4.

15 / «El mal de la viveza» (1951). En: *Pizarrón*, p. 322-325. Inicialmente publicado en *El Nacional*, Caracas, 14 de abril de 1951, p. 4.

16 / «La prédica del país ideal» (1952). En: *Pizarrón*, pp. 86-89. Inicialmente publicado en *El Nacional*, Caracas, 4 de octubre de 1952, p. 4.

17 / «La hayaca como manual de historia» (1954). En: *Medio milenio*, pp. 367-370. Inicialmente publicado en la revista *El disco anaranjado*, t. 7, No. 4, Caracas, 1954, pp. 2 y sig.

18 / «La tierra, las gentes y el destino» (1964). En: *Medio milenio*, pp. 251 y sig. Inicialmente publicado en *El Nacional*, Caracas, 17 de enero de 1964, p. C-33.

19 / «Sobre el vasallaje» (1969). En: *En busca del Nuevo Mundo*, pp. 36-47.

20 / «Los expulsados de la civilización» (1971). En: *La otra América*, pp.. 209-218. Inicialmente publicado en *El Nacional*, Caracas, 15 de abril de 1971, p. B-16.

21 / «Vasallaje intelectual» (1971). En: *Vista desde un punto*, pp. 285-288.

22 / «Una galería de insurgentes» (1974). En: *La otra América*, pp. 47-69.

23 / *En el 150 aniversario de la muerte del Libertador* (1980). Caracas, Congreso de la República, 1981, 31 p. V. t. *Medio milenio*, pp. 212-219.

24 / «Liberales y libertadores» (1984). En: *Godos, insurgentes y visionarios*, pp. 45-57. Inicialmente publicado en *El Nacional*, Caracas, 22 de abril de 1984, p. A-4.

25 / «Venezuela hoy» (1985). En: *De una a otra Venezuela*, pp. 155-164.

26 / «La imagen del hombre en el arte contemporáneo» (1962). En: *En busca del Nuevo Mundo*, pp. 100-121. Inicialmente publicado en *El Nacional*, Caracas, 10 de julio de 1962, p. 18.

27 / «El arte en la calle» (1978). En: *Fachas, fechas y fichas*, pp. 170-172. Inicialmente publicado en *El Nacional*, Caracas 22 de enero de 1978, p. A-4.

28 / «Los artistas y América» (1982). En: *Fachas, fechas y fichas*, pp. 163-165.

29 / «La conquista de América como problema jurídico y moral» (1961). En: *Del hacer y deshacer de Venezuela*, pp. 11-28. Inicialmente publicado en la revista *Política*, No. 15, Caracas, abril-mayo de 1961, pp. 14-29.

30 / «Las carabelas del mundo muerto» (1965). En: *En busca del Nuevo Mundo*, pp. 27-35. Inicialmente publicado en *El Nacional*, Suplemento Especial del Ateneo de Caracas, Caracas, 20 de enero de 1965.

31 / «El mestizaje y el Nuevo Mundo» (1965). En: *En busca del Nuevo Mundo*, pp. 9-26. Inicialmente publicado en *La Verdad*, Caracas, 5 de octubre de 1965.

32 / «Somos hispanoamericanos» (1978). En: *Fantasmas de dos mundos*, pp. 235-254. Inicialmente publicado en el «Papel Literario» de *El Nacional*, Caracas, 5 y 12 de marzo de 1978.

33 / «Tiempo de Indias» (1979). En: *Fantasmas de dos mundos*, pp. 221-234.

34 / *¿Existe América Latina?* (1984). Caracas, Instituto de Altos Estudios de América Latina, Universidad Simón Bolívar, 1984, 22 p.

35 / «Cortés y la creación del Nuevo Mundo» (1985). En: *Godos, insurgentes y visionarios*, pp. 199-216. Inicialmente publicado en *El Nacional*, Caracas, 24 de octubre de 1985, pp. C-2 y sig.

36 / «Un juego de espejos deformantes» (1986). En: *Godos, insurgentes y visionarios*, pp. 97-105.

37 / «Política y pensamiento» (1986). Id., pp. 155-167.

38 / «La empresa fundamental de Venezuela» (1986). En: *Boletín de la Academia Venezolana de la Lengua*, No. 137, Caracas, enero-junio de 1986, pp. 68-76.

39 / «Un viejo soldado de la esperanza» (1986). En: *Gaceta del Congreso de la República*, t. XVI, vol. I, Caracas, marzo 1986-febrero 1987, pp. 159-162. Inicialmente publicado en los diarios *El Nacional* y *El Universal* de Caracas, el 16 de mayo de 1986. V. t. revista *Confluencia*, año 2, No. 11 (Caracas)., mayo-junio-julio de 1986, pp. 18-21.

40 / «Cuando se habla del Descubrimiento» (1987). Separata de la revista *Cuadernos Americanos*, No. 450, diciembre de 1987.

Cronografía de Arturo Uslar Pietri

1906 Nace en Caracas el 16 de mayo. Padres: Arturo Uslar Santamaría y Helena Pietri de Uslar.

1916 Su padre es designado Jefe Civil de Cagua (Edo. Aragua). La familia Uslar reside en Cagua y posteriormente en Maracay.

1919 Concluye sus estudios de Educación Primaria. Inicia el Bachillerato en el Colegio Federal de Varones. Maracay.

1923 La familia Uslar se traslada a Los Teques y allí cursa su último año de Bachillerato en el Colegio «San José».

1924 *Todo es subjetividad.* Tesis de Bachiller en Filosofía. Se traslada a Caracas. Inicia estudios de Ciencias Políticas en la Universidad Central de Venezuela.

1927 Colabora en la revista *Caricaturas* con el seudónimo: Bárbaro de Bulgaria y en otras publicaciones periódicas.

1928 Funda la revista vanguardista *válvula* junto con otros escritores. *Barrabás y otros relatos*, Caracas.

1929 Doctor en Ciencias Políticas por la UCV. Tesis: *El principio de la no imposición de la nacionalidad y la nacionalidad de origen.* Se traslada a París como Agregado Civil de la Legación de Venezuela.

1930 Viaja a Italia.
1931 Viaja a España. *Las lanzas coloradas* (novela), Madrid.
1932 Delegado a la Organización Internacional del Trabajo, Ginebra. Viaja a Marruecos.
1934 Regresa a Venezuela.
1935 Funda la revista literaria *El Ingenioso Hidalgo,* junto con otros escritores. Colabora en el diario *El Universal.* Publica su afamado cuento *La lluvia* en la revista *Elite*, Caracas.
1936 Colabora en el diario *Ahora*, Caracas. El 14 de julio publica su célebre editorial *Sembrar el petróleo.* Funda *La Revista de Hacienda.* Presidente de la Asociación de Escritores Venezolanos (AEV).
1937 Profesor de Economía Política. Facultad de Derecho, UCV.
1939 Director del Instituto de Inmigración y Colonización. Ministro de Educación.
1940 Doctor Honoris Causa de la Universidad de Puerto Rico. *Imágenes del Occidente Venezolano* (crónicas de viaje) (fotografías de Alfredo Boulton), Nueva York.
1941 Orden del Libertador. Gran Cordón. Secretario de la Presidencia de la República.
1943 Gran Oficial de la Orden de Boyacá, Colombia. Ministro de Hacienda. Gran Oficial de la Orden Cóndor de los Andes, Bolivia.
1944 Diputado a la Asamblea Legislativa del Dto. Federal.
1945 Miembro de la Academia de Ciencias Políticas, Nueva York. Ministro de Relaciones Interiores. Parte al exilio. *Sumario de economía venezolana*, Caracas. *Las visiones del camino*, Caracas.
1946 Profesor visitante de la Universidad de Columbia.
1947 *El camino de El Dorado* (novela), Buenos Aires.
1948 Columna *Pizarrón, El Nacional*, Caracas. Actualmente se publica en 40 periódicos de 18 países. *Letras y hombres de Venezuela* (ensayo), México.
1949 Primer premio del Concurso Anual de Cuentos del diario *El Nacional* con *El baile de tambor. Treinta hombres y sus sombras* (cuentos), Buenos Aires.
1950 Regresa a Venezuela. Director del *Papel Literario* de *El Nacional.* Premio Arístides Rojas con *El camino de El Dorado.* Viaja a Europa.

1951 Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua. *Las nubes* (ensayos), Caracas.

1952 *Apuntes para retratos* (ensayos), Caracas.

1953 *Obras selectas,* Caracas-Madrid. *Arístides Rojas* (biografía escolar), Caracas. *Tierra venezolana* (fotografías de Alfredo Boulton), Caracas. Programa *Valores Humanos*, Radio Caracas T.V.

1954 Premio Nacional de Literatura. *El otoño en Europa* (libro de viajes). *Breve historia de la novela hispanoamericana* (ensayos). *Tiempo de contar* (selección de cuentos).

1955 *Valores Humanos* (1a. serie), Caracas. Individuo de Número de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales.

1956 Doctor Honoris Causa en Ciencias Económicas y Sociales, UCV.

1958 Se incorpora a la Academia Venezolana de la Lengua. Teatro *(El día de Antero Albán, La Tebaida, El Dios invisible, La fuga de Miranda)*, Caracas-Madrid.

1959 Embajador Especial de Venezuela ante el gobierno de los Estados Unidos. Miembro Correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua.

1960 Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia. *Materiales para la construcción de Venezuela* (ensayos). *Chúo Gil y las tejedoras* (teatro), Caracas. *La ciudad de nadie* (ensayo), Buenos Aires.

1961 Correspondiente de la Real Academia de la Historia Española.

1962 *Un retrato en la geografía* (novela). *Del hacer y deshacer de Venezuela* (ensayo).

1963 Candidato a la Presidencia de la República. Senador por el Dto. Federal. Viaja a los EE. UU. de Norteamérica.

1964 Funda el partido político «Frente Nacional Democrático». *El laberinto de fortuna* (novela), Buenos Aires. *Valores Humanos* (biografías), 3 vol. *La palabra compartida* (discursos). *Estación de máscaras* (novela).

1965 Orden al Mérito. Francia. Gran Oficial.

1966. Académico Correspondiente de la Academia Nacional de Letras, Uruguay. Viaja a Perú, Chile, Argentina, Brasil. *Hacia el humanismo democrático* (ensayo). *Petróleo de vida o muerte* (ensayo). *Pasos y pasajeros* (cuentos), Madrid.

1967 Orden Rubén Darío, Grado Gran Cruz, Nicaragua. *Oraciones para despertar* (discursos). Orden Ciudad de Caracas.

1968 Senador por el Dto. Federal. *Las vacas gordas y las vacas flacas* (ensayos), Caracas.

1969 Director del diario *El Nacional*, Caracas. *En busca del Nuevo Mundo* (ensayos), México. *Catorce cuentos venezolanos*, Revista de Occidente, Madrid. *Treinta cuentos*, Monte Avila Editores, Caracas.

1970 Viaja a Israel.

1971 Viaja alrededor del mundo. *La vuelta al mundo en diez trancos* (libro de viaje). *Vista desde un punto* (ensayos), Monte Avila Editores, Caracas. Premio Nacional de Periodismo.

1972 Orden de Mayo, Grado Comendador, Argentina. Premio «Mergenthaler», Sociedad Interamericana de Prensa. Premio Hispanoamericano de Prensa «Miguel de Cervantes», Madrid. *Manoa* (poemas). Premio María Moors Cabot, Nueva York. *Bolivariana* (ensayos), Caracas.

1973 Miembro Correspondiente de la Academia Argentina de Letras. Premio Alberdi-Sarmiento, Buenos Aires. Orden Río Branco, Grado Comendador, Brasil. Orden Francisco de Miranda (1a. Clase), Caracas. *Moscas, árboles y hombres* (cuentos), Barcelona, España.

1974 Renuncia a la dirección del diario *El Nacional*, Caracas. *La otra América* (ensayos), Madrid. Viaja a la Unión Soviética. Orden del Aguila Azteca, Grado: Placa, México.

1975 Embajador Delegado Permanente de Venezuela ante la UNESCO, París. *Camino de cuentos*, Barcelona, España. *Viva voz* (ensayos), Caracas.

1976 Miembro del Consejo Ejecutivo del Fondo Internacional para la Promoción de la Cultura, UNESCO, París. *Oficio de difuntos* (novela). Representante de Venezuela en la Asamblea General de la UNESCO, Nairobi, Kenia.

1978 *El prójimo y otros cuentos*, Barcelona, España. Miembro de la Comisión Preparatoria de la obra Historia del Desarrollo Cultural y Científico de la Humanidad, UNESCO, París. Orden de Mayo, Grado: Gran Cruz, Argentina. Vice-presidente del Consejo Directivo, UNESCO, París.

1979 Doctor Honoris Causa de la Universidad de París. *Fantas-*

mas de dos mundos (ensayos). *Escritura.* Premio «Henrique Otero Vizcarrondo», *El Nacional*, Caracas.

1980 *Los ganadores* (cuentos). *Cuéntame a Venezuela*, Serie de TV en 12 capítulos.

1981 Viaja a Madrid. Profesor Honorario, Universidad Simón Rodríguez, Caracas. Orden Diego de Losada, 1a. Clase, Caracas. Miembro del Consejo Superior del Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid. *Cuéntame a Venezuela* (charlas). *Educar para Venezuela* (ensayos). Premio Escritor del Año, Asociación de Escritores de Venezuela.

1982 Premio Nacional de Literatura. *Maravillosa Venezuela* (ensayos). *Valores Humanos*, 2 vols. *Fachas, fechas y fichas* (ensayos).

1983 Miembro del Jurado del Premio Internacional Simón Bolívar, UNESCO, Caracas. *Bolívar hoy* (ensayo), Monte Avila Editores. *Raíces Venezolanas*, Serie de TV en 12 capítulos. Miembro Honorario del Instituto Venezolano de Cultura Hispánica. Preside la Feria del Libro Latinoamericano, Washington.

1984 Doctor Honoris Causa, Universidad Simón Bolívar, Caracas. Individuo de Número de la Academia Nacional de Ciencias Económicas, Venezuela, Miembro Fundador. Orden Isabel la Católica, Grado: Gran Cruz, España. *Venezuela en el petróleo* (ensayos). Se estrena en Seattle, EE.UU., la traducción inglesa de su pieza de teatro *Chúo Gil y las tejedoras*.

1985 Miembro Honorario de la Universidad Hebrea, Jerusalén, Israel. Presidente de la Comisión Presidencial para el estudio del Proyecto Educativo Nacional. Doctor Honoris Causa, Universidad de Los Andes, Mérida.

1986 Homenaje del Congreso Nacional con motivo de sus ochenta años. *Medio milenio de Venezuela* (ensayos). Selección y Estudio Preliminar de Efraín Subero, LAGOVEN, Caracas. *Raíces Venezolanas* (charlas). *Godos, insurgentes y visionarios* (ensayos). *Treinta y tres cuentos.* Selección, Estudio Preliminar y Bibliografía de Efraín Subero, PDVSA, Caracas.

1988 Premio José Vasconcelos, México.

1989 Premio Rafael Heliodoro Valle, México. Coordinador General de la obra *Iberoamérica, una comunidad*, Madrid.

1990 Premio Príncipe de Asturias, España. Miembro del Consejo Superior Consultivo de Monte Avila Editores.

Bibliografía ensayística de Arturo Uslar Pietri

I-BIBLIOGRAFIA DE BIBLIOGRAFIAS

1. *Diccionario General de la Literatura Venezolana*, 2a. edic., Mérida, Instituto de Investigaciones Literarias «Gonzalo Picón Febres», Universidad de Los Andes, 1987, t. II, pp. 531-534.
2. Fundación Polar: *Contribución a la Biblio-Hemerografía de Arturo Uslar Pietri*. Caracas, Editorial Ex Libris, 1989, 478 p. 3074 entradas. Incluye «Programas de televisión», pp. 351-368. 1063 entradas.
3. Dunia García G.: «Contribución a la Bibliografía del doctor Arturo Uslar Pietri», en: *Boletín de la Biblioteca General de la Universidad del Zulia*, No.17-18, Maracaibo, agosto 1970-junio 1971, pp. 287-317.
4. Roberto Lovera De Sola: «Cronología y Bibliografía de Arturo Uslar Pietri», en: revista *Imagen*, No. 92-93, Caracas, 15 de marzo-15 de abril de 1974, pp. 6-11.
5. Roberto Lovera De Sola: «Los 70 años de Uslar Pietri, Bibliografía fundamental», en: *Libros al día*, No. 20, Caracas, 1o. de junio de 1976, pp.21-29.

6. Roberto Lovera De Sola: «Arturo Uslar Pietri. Cronología biográfica», en: *Criticarte*, Caracas, 12 de mayo de 1986, pp. 8-15.
7. Domingo Miliani: *Uslar Pietri, renovador del cuento venezolano*, Caracas, Monte Avila Editores, 1969, 183 p. V. «Apéndice. Ficha bio-bibliográfica de Arturo Uslar Pietri», pp. 157-164 y «Aportación a la Bibliografía de Arturo Uslar Pietri», pp. 165-183.
8. Margherita Peressotti Masutti: *Bio-Bibliografía de Arturo Uslar Pietri*, Trieste, Italia, Universita degli Estudi di Trieste, 1971-1972, 112 p.
9. Efraín Subero y colaboradores: *Contribución a la Bibliografía de Arturo Uslar Pietri*, Caracas, Universidad Católica «Andrés Bello» / Gobernación del Distrito Federal, 1973, 396 p. 1882 entradas.
10. Efraín Subero: «Arturo Uslar Pietri, Bibliografía selectiva», en: Arturo Uslar Pietri: *33 cuentos*. Selección, Estudio Preliminar y Bibliografía de Efraín Subero, Caracas, Ediciones de Petróleos de Venezuela, 1986, pp. 481-492.
11. Angel Raúl Villasana (comp.): *Ensayo de un repertorio bibliográfico venezolano (1808-1950)*, Caracas, Ediciones del Banco Central de Venezuela, 1979, t. VI, pp. 500-504.

II-BIBLIOGRAFIA DIRECTA
(sólo unidades bibliográficas)

12. *Todo es subjetividad*, Caracas, Tip. Vargas, 1924, 22 p.
13. *El principio de la no imposición de la nacionalidad y la nacionalidad de origen*, Caracas, Tip. Vargas, 1929, 19 p.
14. *Venezuela necesita inmigración*, Caracas, Empresa El Cojo, 1937, 23 p.
15. *Esquema de la historia monetaria venezolana*, Caracas, Lit. y Tip. Vargas, 1937, 23 p.
16. *Apuntes sobre los principales aspectos venezolanos del Programa de Economía Política de la Facultad de Derecho de la Universidad Central de Venezuela*, Caracas, 1941, 106 p. (multigrafiado).
17. *La libertad económica y la intervención del Estado*, Caracas, Tip. La Nación, 1945, p. s. n.

18. *Sumario de economía venezolana para alivio de estudiantes*, Caracas, Lit. y Tip. del Comercio, 1945, 310 p. (Edición del Centro de Estudiantes de Derecho de la Universidad Central de Venezuela).
19. *La novela en Venezuela*, Buenos Aires, Ediciones de la Embajada de Venezuela en Argentina, s/f, 48 p.
20. *Letras y hombres de Venezuela*, México, Fondo de Cultura Económica, 175 p. 2a. edic.: Caracas, EDIME, 1968, 345 p.
21. *De una a otra Venezuela*, Caracas, Ediciones Mesa Redonda, 1949, 178 p. 2a. edic.: Caracas, Monte Avila Editores, 1973, 170 p. 3a. edic.: id., 1978. 4a. edic.: id., 1982. 5a. edic.: id., 1985, 164 p. Incluye «Epílogo de 1985».
22. *Las Nubes*, Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación, 1971, 235 p. (Biblioteca Popular Venezolana, No. 43).
23. *Apuntes para retratos*, Caracas, Tip. La Nación, 1952, 107 p. (Cuadernos Literarios de la Asociación de Escritores Venezolanos, No. 71).
24. *Pizarrón*, Caracas-Madrid, EDIME, 1955, 338 p.
25. *El indio en la literatura venezolana*, Caracas, Imprenta Nacional, 1955, 14 p.
26. *El petróleo en Venezuela*, Caracas, Empresa El Cojo, 1955, 51 p.
27. *Breve historia de la novela hispanomericana*, Caracas-Madrid, EDIME, 1955, 183 p.
28. *Memoria de Humboldt*, Caracas, Creole Petroleum Corporation, 1959, 31 p.
29. *Discurso de Incorporación del Individuo de Número Dr. Arturo Uslar Pietri. Contestación del académico Dr. Guillermo Morón*, Academia Nacional de la Historia, Caracas, s.p.i., 1969, 31 p.
30. *Un rumor de ágora*, Madrid, Edit. Guadarrama, 1961, 37 p.
31. *La Universidad y el país*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1961, 62 p.
32. *Del hacer y deshacer de Venezuela*, Caracas, Ateneo de Caracas, 1962, 190 p.
33. *Política para inocentes,* Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación, 1962, 25 p.
34. *Hacia el humanismo democrático*, Caracas, Ediciones del partido político Frente Nacional Democrático, 1965, 155 p.
35. *Homenaje a la memoria del prócer Juan Uslar*, Caracas, Imprenta Nacional, 1966, 13 p.

36. *Petróleo de vida o muerte*, Caracas, Editorial Arte, 1966, 164 p.
37. *Oraciones para despertar*, Caracas, Gráficas Ediciones de Arte, 1967, 104 p.
38. *Las vacas gordas y las vacas flacas*, Caracas, Ediciones del Concejo Municipal del Distrito Federal, 1968, 315 p.
39. *¿Tiene un porvenir la juventud venezolana?*, Caracas, Ediciones del Frente Nacional Democrático, 1968, 22 p.
40. *Discurso del Senador Arturo Uslar Pietri en el 150 aniversario del Congreso de Angostura*, Senado de la República, Caracas, Dirección de Imprenta y Publicaciones del Congreso de la República, 1969, 25 p.
41. *En busca del Nuevo Mundo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1969, 224 p. (Colección Popular No. 93).
42. *Vista desde un punto*, Caracas, Monte Avila Editores, 1971, 347 p.
43. *Bolivariana*, Caracas, Ediciones Horizonte, 1972, 124 p.
44. *La universidad y la revolución*, Caracas, s.p.i., 1973, 15 p.
45. *La otra América*, Madrid, Alianza Editorial, 1974, 238 p. (El libro de Bolsillo, No. 553).
46. *Del Estado, la economía, la universidad y los ranchos: cuatro textos ocasionales*, Caracas, s.p.i., 1974, 53 p.
47. *El globo de colores*, Caracas Monte Avila Editores, 1975, 313 p.
48. *Viva voz*, Caracas, Ediciones de C.A. Tabacalera Nacional, 1975, 313 p.
49. *Educar para Venezuela*, Caracas, Gráficas Reunidas A.A., 1981, 269 p.
50. *Discurso pronunciado en la Sesión Solemne del Congreso de la República con motivo del sesquicentenario de la muerte del Libertador Simón Bolívar*, Caracas, Ediciones del Congreso de la República, 1981, 32 p.
51. *Fantasmas de dos mundos*, Barcelona, Editorial Seix Barral, 1981, 284 p.
52. *Fachas, fechas y fichas*, Caracas, Ateneo de Caracas, 1982, 223 p. 2a. edic.: id. id.
53. *Veinticinco ensayos*, 2a. edic., Caracas, Monte Avila Editores, 1982, 330 p.
54. *Bolívar hoy*, Caracas, Monte Avila Editores, 1983, 144 p.
55. *El proyecto de Bolívar*, Caracas, Fundación Eugenio Mendoza, 1983, 16 p.

56. *Venezuela en el petróleo*, Caracas, Urbina y Fuente Editores Asociados, 1984, 256 p.
57. *¿Existe América Latina?*, Caracas, Instituto de Altos Estudios de América Latina, Universidad Simón Bolívar, 1984, 22 pp.
58. *Bello el venezolano*, Caracas, Ediciones La Casa de Bello, 1986, 91 p.
59. *Medio milenio de Venezuela*, Selección, Estudio Preliminar y Bibliografía de Efraín Subero, Caracas, Ediciones LAGOVEN, 1986, 431 p.
60. *Godos, insurgentes y visionarios*, Barcelona, Editorial Seix Barral, 1986, 216 p.
61. *Dentro de cinco años*, Separata de la revista Cuadernos Americanos, No. 450, diciembre de 1987, 6 p.

III-BIBLIOGRAFIA INDIRECTA SELECTIVA

62. Miguel Acosta Saignes: «Sobre una concepción de Uslar Pietri», en: *El Nacional*, Caracas, 16 de enero de 1952, p.4
63. María Rosa Alonso «Breve historia de la novela hispanoamericana», en: «Papel Literario» de *El Nacional*, Caracas, 1o. de septiembre de 1955, p. 7.
64. Anselmo R. Chuecos Pérez: *El doctor Uslar, la juventud y el país*, Caracas, s.p.i., 1968, 12 p.
65. Gustavo Díaz Solís: «Tres ensayistas de Venezuela», en: «Indice Literario» de *El Universal*, Caracas, 6 de marzo de 1954, p. 3.
66. Carlos Díaz Sosa: «Tres ensayistas de Venezuela», en: *El Nacional*, Caracas, 21 de mayo de 1955.
67. Margarita Eskenazi: *Uslar Pietri, Muchos hombres en un solo nombre*, 2a. ed. Caracas, Editorial Caralex, 1988, 282 p.
68. Ida Gramcko: «Tríptico nacional. Las nubes», en: *El Nacional*, Caracas, 23 de septiembre de 1952.
69. Manuel Granell: «De una a otra Venezuela», en: revista *Tierra Firme*, Caracas, 1952.
70. Luis Beltrán Guerrero: «La otra América», en: *El Universal*, Caracas, 7 de octubre de 1975.
71. Félix Guzmán: «Letras y hombres de Venezuela», en: *Revista Nacional de Cultura*, No. 133, Caracas, marzo-abril de 1959, pp. 115 y sig.

72. Elisio Jiménez Sierra: «Sobre los 'Apuntes' de Uslar Pietri», en: «Indice Literario» de *El Universal*, Caracas, 2 de enero de 1954, p. 3.
73. Pedro Francisco Lizardo: «Una larga conversación con Arturo Uslar Pietri», en: revista *Imagen*, No. 92-93, Caracas, marzo-abril de 1974, pp. 8 y sig.
74. María Carolina Márquez Arismendi *La búsqueda de la originalidad hispanoamericana en la novelística de Arturo Uslar Pietri*, París, U.E.R. Etudes Italiennes et Latinoamericaines, Université de París, Sorbone, 1978.
75. José Ramón Medina: «El otoño en Europa», en: *Revista Nacional de Cultura*, No. 105, Caracas, julio-agosto de 1954, pp. 144-146.
76. José Melich Orsini: «Letras y hombres de Venezuela», en: *Revista Nacional de Cultura* , No. 72, Caracas, enero-febrero de 1949, pp. 189-192.
77. José Melich Orsini: «De una a otra Venezuela», en: *Revista Nacional de Cultura* , No. 87-88, Caracas, julio-octubre de 1951, pp. 309-311.
78. James Melvin Hall: *The rejection of violence in the novels and short stories of Arturo Uslar Pietri*, Tesis de Master, University of Texas, 1976.
79. Pedro Pablo Paredes: «Apuntes para retratos», en: *Revista Nacional de Cultura* , No. 199, Caracas, noviembre-diciembre de 1956, pp. 365 y sig.
80. Fernando Paz Castillo: «Arturo Uslar Pietri y su obra literaria», en: *El Nacional*, Caracas, 27 de agosto de 1961.
81. Alfredo Peña: *Conversaciones con Uslar Pietri*, 2a. edic. Caracas, Ateneo de Caracas, 1978, 209 p.
82. Pascual Pla y Beltrán: «Materiales para la construcción de Venezuela», en: *Revista Nacional de Cultura*, No. 139, Caracas, marzo-abril de 1960, pp. 199 y sig.
83. Tomás Polanco Alcántara, director: *El valor humano de Arturo Uslar Pietri*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1984, 335 p.

En lo relacionado con la obra ensayística, véase: «Uslar Pietri y la política» por Ramón Escovar Salom; «El mensaje educacional de Arturo Uslar Pietri» por Rafael Fernández Heres; «Arturo Uslar Pietri», por Luis Beltrán Guerrero; «Arturo Us-

lar Pietri, una escritura para el tiempo» por Domingo Miliani; «Noticia sobre Arturo Uslar Pietri» por Guillermo Morón; «Treinta años del advenimiento de la otra Venezuela» por Angel Rama; «Discurso pronunciado por el doctor Rafael Caldera, en la Academia de Ciencias Políticas»; «Discurso pronunciado por don Ramón Díaz Sánchez, en la Academia Venezolana de la Lengua»; «Discurso pronunciado por don Guillermo Morón en la Academia Nacional de la Historia».

84. Ignacio Quintana: *Uslar Pietri, una manera de ser hombre*, Caracas, 1982.
85. José Antonio Rial: «Breve historia de la novela hispanoamericana», en: «Indice Literario» de *El Universal*, Caracas, 1o. de octubre de 1955.
86. Rafael Rodríguez Delgado: «Breve historia de la novela hispanoamericana», en: *Revista Nacional de Cultura*, No. 111, Caracas, julio-agosto de 1955, pp. 217-219.
87. Ruth Mary Rogers Daughersty: *Los ensayos de Arturo Uslar Pietri*, Universidad de Illinois, 1971 (tesis inédita).
88. Elizabeth Stegen: *Los cuentos de Arturo Uslar Pietri*, Universidad de Hamburgo, 1957 (tesis inédita).
89. Oscar Sambrano Urdaneta: «Las nubes», en: *Revista Nacional de Cultura*, No. 96, Caracas, enero-febrero de 1953, pp. 243-245.
90. Oscar Sambrano Urdaneta: «Pizarrón», en: *Revista Nacional de Cultura*, No. 115, Caracas, marzo-abril de 1956, pp. 183 y sig.
91. Efraín Subero: «Cercanía de Arturo Uslar Pietri», Prólogo a *Medio milenio de Venezuela* por Arturo Uslar Pietri, Selección, Prólogo y Bibliografía de Efraín Subero, Caracas, LAGOVEN, 1986, pp. 11-19.
92. Pascual Venegas Filardo: «Sumario de economía venezolana», en: *Revista Nacional de Cultura*, No. 50, Caracas, mayo-junio de 1945, pp. 165-167.
93. Josianne Vilaseca: *Arturo Uslar Pietri y la France*, Université de Toulouse, 1984, Tesis de doctorado.

INDICE

ENSAYOS

Seleccionados y presentados por Efraín Subero, los ensayos contenidos en este volumen son una muestra invalorable de la clara filiación humanista del pensamiento y la escritura de Arturo Uslar Pietri. Heredero inteligente del clásico legado de Montaigne, en cada uno de sus acercamientos a la multiplicidad del mundo que le ha tocado vivir o evocar, el célebre intelectual venezolano explora aquí, con ese *espíritu de cámaras diversas* que ponderaba el autor de los *Essays,* la plural unidad de lo diverso: arte de establecer relaciones entre las cosas y de crear con ellas cuerpos de entendimiento global en los que lo particular se universaliza y se ordena cosmológicamente. El lector podrá pasearse, así, por el territorio de un libro de gozosa erudición en donde el más mínimo detalle del terreno es pretexto para la más sabrosa y productiva de las reflexiones. Desde la política y la economía hasta la gastronomía y la anécdota histórica, pasando por el retrato y la crónica de viajes, un calidoscopio de visiones y de opiniones se encuentra reunido en estas páginas de provecho absoluto, fiesta del espíritu y esplendor del idioma.

ESTUDIOS

MONTE AVILA EDITORES